Uncilla y Arroitajáuregui
Urdaneta y la conquista de Filipinas

ARROITA-
JAUREGUI

URDANETA
Y LA
CONQUISTA
DE
FILIPINAS
ESTUDIO
HISTORICO

SAN
SEBASTIAN
1907

URDANETA

Y LA

CONQUISTA DE FILIPINAS



URDANETA Y LA CONQUISTA DE FILIPINAS

ESTUDIO HISTÓRICO

POR EL M. R. P.

FR. FERMÍN DE UNCILLA Y ARROITAJÁUREGUI,

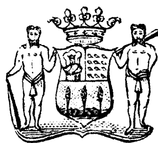
AGUSTINO

CON UN PRÓLOGO

DE

D. Carmelo de Echegaray

CRONISTA DE LAS PROVINCIAS VASCONGADAS



SAN SEBASTIÁN

Imprenta de la Provincia

1907



EXCMA. DIPUTACIÓN DE GUIPÚZCOA



Sesión de 10 de Octubre de 1902



ACUERDO

En este estado se sometió á S. E. una proposición, que, copiada á la letra, dice así:

"Excma. Diputación de Guipúzcoa.=Excmo. Sr.:=Los Diputados que suscriben tienen el honor de someter á la aprobación de V. E. la siguiente proposición:

Creyó siempre la provincia de Guipúzcoa que debía contribuir por todos los medios posibles á la perpetuación de la memoria de sus hijos ilustres, y para lograr estos fines nobilísimos, levantó estátuas que demostraran el amor con que la posteridad recuerda los hechos gloriosos de quienes honraron el solar nativo con la grandeza de sus empresas marítimas ó militares, científicas ó artísticas, religiosas ó civilizadoras. Pero no sólo en mármoles y bronces se graba la figura de tales hombres, y no sólo por esos medios se trasmite á las generaciones futuras. Hay monumentos más duraderos que mármoles y bronces, y que reproducen con más fideli-

dad el hombre interior, que es el que más nos importa conocer en los grandes hombres. Esos monumentos son las biografías documentadas y críticas, escritas con escrupulosa sujeción á la verdad histórica, y con amenidad y encanto de estilo que haga apacible y deleitosa la lectura, y en las cuales veamos el hombre en acción, desenvolviendo toda su actividad y toda su pujanza en la realización de nobilísimos empeños que despiertan la admiración de quien serenamente los contempla.

Entre las figuras de más relieve que ha producido el noble solar guipuzcoano, descuella por modo singular el insigne hijo de Villafranca Fray Andrés de Urdaneta, grande por muchos conceptos: como militar valeroso, como marino audaz, como misionero celosísimo, abrasado por caridad apostólica, y hasta como hombre de ciencia, puesto que, según testimonio de sus contemporáneos, por nadie puesto en duda, en el arte de la náutica hacía ventaja á cuantos á la sazón vivían, y descubrió el viento que los marineros con vocablo indiano llaman huracán. Ese fué el varón egregio á quien se confió la magna empresa de la colonización del Archipiélago filipino, y ese el que designó para jefe de aquella expedición al inmortal Miguel López de Legazpi, y le acompañó, y le guió, y le aconsejó con exquisito tino, y con aquella prudencia, incomparable que da la caridad. Su vida, por lo mismo, merece ser estudiada con detenimiento, para admiración y orgullo de los guipuzcoanos, y para ejemplo de todos; y como los Diputados que suscriben tienen noticia de que la ha escrito completa y nutridísima de datos el docto historiador agustiniano Fray Fermín de Uncilla, que por sus condiciones especiales de literato y de crítico, y por las copiosas y bien encaminadas investigaciones que, con objeto de ilustrar la memoria de Urdaneta, viene practicando desde hace largos años, puede desempeñar ese cometido con la perfección que hay derecho á esperar de él, y de que son gallarda muestra los trozos y capítulos de esta biografía publicados en autorizadas Revistas, y justamente celebrados por jueces competentes, se atreven á proponer á V. E. se sirva acordar:

Que se imprima en el establecimiento tipográfico de la Provincia,

y á expensas de la Diputación, la biografía de Fray Andrés de Urdaneta, escrita por el religioso agustiniano Fray Fermín de Uncilla, y quede la Comisión provincial encargada de la ejecución de este acuerdo.

Palacio de la Diputación 10 de Octubre de 1902.=Modesto Aguirrezabala.=Tomás Balbás.=Juan Santo Domingo.=Joaquín Pavía.=Ricardo de Añíbarro."

Concedida la palabra al Sr. Pavía para apoyar esta proposición, dijo que iba á pronunciar breves palabras para pedir que se tomara en consideración, pues el asunto era tan simpático que se defendía por sí mismo, y tenía la firme convicción y la seguridad completa de ser fiel intérprete de los sentimientos, no sólo de los Diputados aquí congregados, sino del país en masa, al solicitar que la Corporación acogiese por unanimidad la idea que en la proposición se indica, y la llevase á ejecución cumplida. Agregó que, sin embargo, había que dedicar algunas palabras á una figura tan grande como la de Urdaneta, que es de las que más honran y enaltecen al solar guipuzcoano, porque esto le permitirá dar á la Diputación una noticia grata, que será seguramente acogida con júbilo. Afirmó que entre los marinos guipuzcoanos que, en el siglo de oro de nuestra querida España, á la sombra del pabellón castellano, extendieron los beneficios de la civilización cristiana á los países más remotos y á las más apartadas regiones del mundo conocido, se destaca la figura de Urdaneta como una de las primeras. Recordó que este insigne hijo de Villafranca fué compañero del inmortal marino, hijo de Guetaria, Juan Sebastián de Elcano, con quien iba en el segundo viaje que éste realizó al mar Pacífico, y por ello tuvo el triste consuelo de acompañarle en los últimos momentos de su existencia, que se extinguió en medio de aquellas apartadas soledades del Grande Océano. Añadió que Urdaneta, después de luchar heróicamente con los portugueses en las Islas Molucas, abrazó años más tarde la vida religiosa, y vistió el hábito agustiniano en el convento de San Agustín de Méjico, y supo reunir en su persona las cualidades de marino, militar, perito en conocimientos náuticos y cosmográficos, misionero y evangelizador y hasta hombre extraordi-

nario en la difícil empresa de la gobernación de los pueblos. Expuso que cuando se trató de organizar la cuarta expedición para las Islas llamadas del Poniente, ó sea el Archipiélago filipino, Felipe II, por medio del Virrey de Méjico, consultó el parecer de Urdaneta sobre la persona que debía ponerse como Adelantado, al frente de la expedición, y Urdaneta designó á su amigo y paisano, y también paisano nuestro gloriosísimo, Miguel López de Legazpi que en la capital de Nueva España había desempeñado los cargos de Escribano y Alcalde Mayor, y era justamente reputado por su honradez intachable, su generosidad, su patriotismo sincero y sus dotes de administración y de gobierno. Aseveró que unidos en santa concordia de pensamiento y de acción Urdaneta y Legazpi, relizaron lo que parece milagroso: la conquista de un territorio tan vasto como el Archipiélago filipino sin efusión de sangre, demostrando hasta dónde llegaban su prudencia y su caridad, y dando al mundo ejemplo de cómo se pueden llevar á cabo admirables empresas de colonización, sin que la lepra de la esclavitud haya manchado jamás tan alta y generosa obra. Agregó que, por eso mismo, cuando por vicisitudes de los tiempos, y circunstancias históricas, hemos perdido el Archipiélago que ganaron Urdaneta y Legazpi, hemos podido retirarnos de alllí sin sonrojo en la frente, y sin que nadie haya podido poner tacha de inhumanidad en la empresa civilizadora de nuestros ilustres paisanos. Refirió que, después de dejar á Legazpi en el territorio de que habían tomado posesión, todavía tuvo Urdaneta alientos para volver á la metrópoli y dar cuenta al Rey de las conquistas realizadas, y habiendo cumplido este encargo, regresó á Méjico, y en la modesta y retirada celda de su convento de San Agustín murió con la muerte que convenía á varón tan justo y que tan noblemente empleó su vida en beneficio de la Cristiandad y de la patria. Declaró que, por todo ello, había de ser motivo de satisfacción para Guipúzcoa el conocer la vida de tan excelso personaje, escrita por un autor, que á sus condiciones de historiador y literato, reune la circunstancia, doblemente recomendable en este caso, de ser no sólo hermano de hábito del P. Urdaneta, sino paisano suyo, puesto que el P. Uncilla ha nacido en solar vascongado, y es hijo

esclarecido de la Provincia hermana de Vizcaya. Advirtió que esto le traía como de la mano á dar á la Diputación la noticia que había anunciado en un principio, y era que, como la Corporación, llevada de su afán de que no sean estériles las pensiones que para estudios artísticos concede á jóvenes guipuzcoanos, había señalado al escultor pensionado don Isidoro Uribesalgo, que trazara un grupo escultórico en que apareciese Fray Andrés de Urdaneta, evangelizando á los indios filipinos, la labor artística encomendada al Sr. Uribesalgo, justamente celebrada por cuantos la han podido admirar, había animado al Ayuntamiento de Villafranca á perpetuar en bronces la figura del más grande de sus hijos; y al efecto, se propone abrir una suscripción pública que le permita colocar la obra ejecutada por Uribesalgo, reproducida en bronce, en uno de los lugares más espaciosos de aquella villa, é inaugurarla, como ya lo saben dos queridos compañeros, con ocasión de las fiestas euskaras y concursos de agricultura y ganadería, que Dios mediante, habrán de celebrarse en la misma el año 1904. Y terminó manifestando que á fin de que para entonces se difundan las noticias interesantes contenidas en la obra del P. Uncilla, y se haga popular y conocida la vida heróica y benemérita del P. Urdaneta, se tomara en consideración la proposición que había tenido el honor de presentar; se declarase su urgencia y aprobándola por unanimidad, quedase la Comisión provincial facultada para entender en todos los detalles relativos á la impresión del libro.

Tomada en consideración por unanimidad la proposición de que se trata, y declarada su urgencia, fué aprobada inmediatamente, también por unanimidad.

Á petición del Sr. Añíbarro, la Diputación hizo constar en acta la satisfacción con que había escuchado las elocuentes y eruditas manifestaciones del Sr. Pavía.





PRÓLOGO

Refiriendo el autor de las *Buenas andanzas é fortunas* Lope García de Salazar cómo sus ascendientes vinieron desde las montañas de Castilla á establecerse no lejos del Cantábrico y á fundar allí prosapia que figuró no poco en la historia luctuosa de los bandos que ensangrentaron el suelo de Vizcaya al declinar los tiempos medios, declara, con la ingenuidad y lisura que le son propias, que se vieron obligados á ello porque se hacía necesario buscar en el mar „conducho para amatar la gana del comer.“ La tierra era muy dura, muy ingrata, no respondía á los afanes de quienes querían arrancarle lo preciso para el sustento de los suyos. Para quien tuviese valor bastante y el ánimo hecho á afrontar sin tibiezas de la voluntad la furia de los elementos desencadenados, el mar estaba allí, batiendo sin cesar las costas del Labourd, de Guipúzcoa y d Vizcaya, y ejerciendo sobre más de un espíritu aventurero, aguijoneado por la necesidad, aquella seducción misteriosa de que fué víctima el pescador de la balada de Goethe.

Se sabía que la tierra era improductiva ó poco menos. Bosques espesos cubrían una extensa parte del territorio vascongado, y las vegas aluviales, hoy esmeradamente cultivadas, no eran todavía más que ciénaga infecta, en que parecía que no se había verificado una de las operaciones de la Creación: la separación de la tierra y las aguas. El mar tragaba á muchos que se decidían á surcarle; pero los que volvían con vida de las expediciones náuticas, traían no-

ticias de países lejanos y de lugares que se diferenciaban totalmenmente de los que estaban acostumbrados á ver, y esa novedad no dejaba de ser tentadora para aquellos que reputaban magnífico lo desconocido. *Omne ignotum pro magnifico est.*

En unos, esta sed de aventuras, este afán de lo peregrino que, por extraño que parezca, tiene raíces muy hondas en el alma vasca, y en otros, la necesidad apremiante, las exigencias imperiosas de su organismo que reclamaban aquel *conducho* que hacía falta *para amatar la gana del comer,* fueron los móviles que determinaron á multitud de euskaldunes á lanzarse á través del Océano y á emprender desde tiempos ya remotos arriesgadas expediciones náuticas que hoy ponen pavor en el ánimo que se detiene á recordarlas. Fuese por el ansia de lo desconocido, fuese por las duras é inexorables leyes de la necesidad que no admitían espera, fuese por ambas cosas á la vez, lo cierto es que la raza euskara fué produciendo multitud de marinos que osaron arribar á costas azotadas por la tempestad y no visitadas todavía por los moradores de esta parte de Europa. Muchas de sus hazañas quedaron envueltas en el silencio y la obscuridad más impenetrable, sin que las cantára ningún poeta, ni las consignase ningún cronista. Pero sólo aquellas cuya memoria se ha conservado á través de los tiempos, bastan para justificar las frases de admiración y de asombro que se escapan á los historiadores, cuando ponderan, en términos verdaderamente significativos, la pericia que las gentes nacidas en Vizcaya y en Guipúzcoa atesoran para las empresas marítimas. „Los que moraban en el condado de Vizcaya y en la provincia de Guipúzcoa—decía Antonio de Nebrija en su *Crónica de los Reyes Católicos*—son gente sabia en el arte de navegar y esforzados en las batallas marítimas, y tienen naves y aparejos para ello, y en estas tres cosas eran más instructos que ninguna otra nación del mundo.“ Pedro de Medina, en sus *Grandezas de España,* no tiene reparo en declarar, haciendo coro á Nebrija, que „las gentes de Vizcaya y Guipúzcoa son muy prestas y belicosas. Son la mejor del mundo para sobremar.“ Y haciéndose eco de estas palabras, y de las que se leen en el *Viaje* del magnífico Embajador veneciano Micer Andrés Navajero, afirma Juan

Botero Benes, en sus curiosas *Relaciones universales del mundo*, que „los vizcainos son excelentísimos en el arte de la navegación, pilotos y gentes de guerra;" y en la segunda parte de las mismas *Relaciones* extrema todavía más el encomio de las condiciones marineras de los hijos de la Euskal-erria, cuando escribe textualmente: „Ni tengo para que me alargar encareciendo el esfuerzo y valor de los vizcainos en el manejó de las cosas del mar, donde todos á una mano salen excelentísimos pilotos y diestros en el ministerio de la soldadesca, embistiendo con igual ferocidad á los enemigos armados, que al violento furor de los espantosos ímpetus del mar Océano." (1).

De larga fecha venían familiarizándose aquellas gentes con el líquido elemento y atreviéndose á surcarle en todas direcciones. La persecución de la ballena, en cuya captura se distinguieron á par de los primeros, los llevó hasta los mares árticos, y los puso en relación con los habitantes de la Península Escandinava, y aún con los que vivían entre los hielos de la Islandia, de aquella postrera y misteriosa Thule de que habló Séneca. Exploraron las costas del mar Báltico, buscaron al bacalao en los bancos de Terranova, lucharon con el poder naval de los ingleses, establecieron grandes factorías en Brujas, y hasta penetraron en los últimos senos del Mar Negro, y llegaron á tener en Azof depósitos comerciales de importancia antes de finalizar el siglo XIV. (2).

Ejercicio tan contínuo y tan arriesgado de las condiciones marineras de toda una raza, no podía menos de constituír un aprendizaje colectivo y heróico, que de día en día capacitaba á aquellos hombres para la realización de las más peligrosas expediciones náuticas La experiencia de cada cual se sumaba á las lecciones recibidas de los antepasados, y la práctica se encargaba de acrecentar el caudal de los conocimientos que se hacían precisos para aventurarse en

(1) Relaciones universales del mundo, de Juan Botero Benes, Primera y segungunda parte, traduzidas á instancia de D. Antonio López de Calatayud, Corregidor de las dezisiete villas, y Regidor de Valladolid, por Su Majestad: por el Licenciado Diego de Aguiar, su Alcalde mayor..... Año 1603.—Impreso en Volladolid por los herederos de Diego Fernández de Córdova.

(2) Lo afirma Karamsin en su *Historia de Rusia*.

medio de las olas. La fuerza acumulada por la tradición de tantas generaciones que vivieron sobre el Océano, empujaba cada vez con mayor imperio á los que abrían sus ojos á la luz en el rincón de mundo en que el pueblo vasco tiene su morada, y para muchos de los cuales era el mar, no sólo palenque abierto á todas las proezas imaginables y á todos los arranques viriles de la voluntad, sino el ambiente necesario para el espíritu, el único en que se encontraban dueños de sí, y como en su ser y centro propio. El hábito de contemplar desde la infancia el espectáculo maravilloso del mar, labraba en su alma huellas tan hondas, que la vida náutica llegaba á convertirse para ellos en una especie de segunda naturaleza. Si la raza euskara fué en su origen, según opinan algunos antropólogos, raza que vivía de la agricultura y del pastoreo, y el nombre mismo que dió al Océano, cuando se encontró por vez primera en frente de sus dilatadas y procelosas llanuras, denota el terror que le causó la visión grandiosa, pero espantable que se ofrecía ante sus ojos, (1) bien cambió con el andar de los tiempos. El esfuerzo de todos los días y de todos los momentos la hizo domeñadora del mar, y la necesidad, dando nueva dirección á la actividad de aquella gente, convirtió la Euskal-erría en cuna y vivero de navegantes valerosos que sobresalieron entre los más arriesgados y heróicos que conmemora la Historia.

De estas indicaciones se desprende qué fué obra de los siglos la aptitud singular de los euskaldunes para las empresas marítimas. Por eso mismo echó tan hondas raíces en el alma vasca, y la dotó de una especie de instinto particularísimo que la ponía en condiciones de conocer, hasta donde fuese posible, los secretos de la navegación con los más que imperfectos elementos con que á la sazón se contaba. La falta de teorías científicas se suplía con las enseñanzas de la experiencia, y el valor, y si se quiere, la temeridad heróica salvaba de más de un escollo peligroso á quien se aproximaba

(1). D. Arturo Campión hace notar que en vascuence, *iz* es, á la vez, radical de *itsasoa,* el mar, y de *izua, izialdura,* el terror. El admirable filólogo Hugo Schuchardt, profesor de la Universidad de Gratz, encuentra muy plausible la observación del docto escritor navarro.

á él por ignorar la fuerza de las corrientes, ó carecer de medios para fijar con precisión y exactitud la situación del buque.

Parece inútil encarecer el fruto que los espíritus agudos y observadores sacarían de estas lecciones de la práctica para ir rectificando y corrigiendo con ellas los errores de la teoría, y perfeccionar paulatinamente el arte de guiar las naves. La influencia que estas correcciones menudas y estas rectificaciones de detalle han tenido en los grandes inventos científicos, es, á todas luces, indiscutible. Ninguno de estos inventos se ha producido por generación espontánea, sino cuando larga sucesión de avances logrados en el campo de la experimentación metódica y bien encaminada, lo ha hecho posible. Entonces surge un genio que aprovecha toda la labor de quienes han venido preparándole el camino, y remontándose á las alturas de la síntesis científica, y sintiendo dentro de sí aquella inspiración secreta, aquella especie de estremecimiento íntimo y misterioso que acompaña á todos los espíritus creadores en los instantes en que brota de su cerebro un nuevo rayo de luz que ha de esclarecer al mundo, proclama la verdad que su mente ha descubierto y que queda definitivamente conquistada para los por venir.

No sólo en la formación de los pueblos y en la constitución de las sociedades tiene capital importancia el elemento histórico, sino también en el desarrollo progresivo de las diferentes ramas del saber humano. Alejandro de Humboldt hizo notar, á este propósito, que los gérmenes de las verdades físicas más importantes se encuentran con frecuencia en los escritos españoles del siglo XVI. De igual suerte podemos afirmar que los azarosísimos viajes emprendidos por los vascos desde los primeros siglos de la Edad Media, contribuyeron indudablemente al avance de la ciencia náutica, y á que de día en día fuese menos deficiente el conocimiento que se tenía de la superficie del globo. Entre la multitud de hechos que, por vía más ó menos indirecta, prepararon el descubrimiento del Nuevo Mundo, nunca deben olvidarse estos antecedentes humildes y obscuros, como no los olvidó el autor del *Cosmos* cuando trazó, en un libro imperecedero, los que pudiéramos llamar orígenes de la portentosa empresa de Cristóbal Colón.

El vuelo que con ella tomaron las artes que se relacionaban con la navegación, fué realmente extraordinario. Sucediéronse sin interrupción las expediciones que salieron para la América recien descubierta, y se acrecentó considerablemente el número de pilotos y conductores de naves. Sólo de la tierra vasca surgieron no pocos: algunos de ellos, como Juan Sebastián de Elcano, midieron con sus buques toda la redondez del planeta. No desmentían, en verdad, la tradición de su raza y gente, sino que la mantenían gloriosa y la enaltecían con nuevas y nunca soñadas maravillas. Diríase que la semilla plantada por los anónimos y esforzados marineros que en remotas edades partieron de las costas vascongadas, empujados por la necesidad, y se lanzaron á través de las olas en busca de sustento, había llegado á convertirse en frondoso y corpulento árbol, que producía copiosísimo fruto. Se veía palpablemente el resultado espléndido de la labor silenciosa, pero continuada, de tantos siglos. Se descubrían islas y continentes de feracidad fabulosa y de hermosura sin igual: se surcaban nuevos mares: se veían en el cielo estrellas que los antiguos no pudieron contemplar nunca. Había en las almas sed de lo grande. Sobre las ciencias que utilizaba la náutica, pasaba como un aliento de renovación. ¡Qué ocasión se presentaba á los espíritus activos, á las voluntades firmes y denodadas, para la ejecución de hechos que inmortalizasen su nombre!

En aquellos días henchidos de prodigios, en que no parece sino que la talla moral de la humanidad se había agigantado por extremo, hasta el punto de convertir en realidad palpitante y viva lo que, por su singular grandeza, tenía todas las trazas de una fantástica leyenda concebida por robusto ingenio, surge y se destaca la notabilísima figura de Andrés de Urdaneta, en quien vemos elevadas al más alto grado las dotes especiales que distinguen á la gente vasca para las empresas marítimas.

No he de pararme á relatar su gloriosa vida. La hallará el lector, circunstanciada y minuciosa hasta donde cabe, en las páginas que siguen, escritas por quien consagró largos años y muy asíduas investigaciones al estudio cabal de aquel insigne guipuzcoano. Una persona dotada de talento sintético y generalizador, y favorecida

por el cielo con muy altas condiciones oratorias, mostraba su sentir íntimo de que hubiera sido preferible una biografía que, por los tonos calientes del estilo y por la fuerza de condensación, tuviese algo de himno ó de epopeya, algo, en suma, que fuera, aunque en prosa, una especie de efusión lírica entusiasta, de canto arrebatador y espléndido, inspirado por la memoria de Urdaneta y enderezado á perpetuar el recuerdo de sus grandes hazañas. Yo, respetando mucho el parecer de orador tan ilustre, opino, por el contrario, que no hay himno, ni efusión lírica, ni canto épico vibrante y encendido, que basten á grabar en nuestro ánimo la gallarda figura del hijo de Villafranca con aquella precisión de rasgos, con aquella exactitud de dibujo, y aún con aquella justeza de color con que la graba una biografía documentada y crítica que sigue paso á paso el desarrollo de su vida y nos lo pone patente en páginas trazadas con escrupulosa sujeción á la verdad, y con temor saludable, y, si se quiere, nimio de no apartarse de ella ni aún en ápices y detalles de poca monta. Siempre tendré por expresión feliz de las ideas que debemos sustentar en tales materias, aquella pregunta de Menéndez Pelayo, cuando, ponderando el contenido poético de la historia. y poniéndolo sobre las creaciones libres de la fantasía que pretenden sustituírlo, exclamaba para reforzar un texto de Manzoni: "¿Qué caballero ha producido el arte más perfecto que San Luis?" (1).

El P. Uncilla es del mismo parecer que yo, y lo ha demostrado en el libro á que las presentes líneas han de servir de prólogo. El docto religioso agustiniano sacrifica al amor de la verdad todos los demás amores, por nobles que en sí sean. Su conciencia histórica, tan severa y tan escrupulosa, no le permite afirmar un hecho sino cuando testimonios fehacientes lo comprueban. Pone lo cierto como cierto, y lo dudoso como dudoso, sin dar á tradiciones sin base más fuerza de la que realmente deben tener á los ojos del historiador. Las rectificaciones que ha introducido en la vida de Urdaneta son, á mi juicio, definitivas, comenzando por la que se refiere á la fecha

(1) *De la historia considerada como obra artística.*

de nacimiento del excelso guipuzcoano, que no es posible ya fijar en 1498, como venía haciéndose, sino en 1508, pues así se deduce de repetidas afirmaciones del propio interesado, muy discretamente examinadas por su puntual y excelente biógrafo. Tampoco cabe ya repetir la leyenda que concede á nuestro ilustre paisano una participación más ó menos activa en las campañas de Flandes y de Italia, á las cuales no asistió nunca, ni pudo asistir,—como dice con frase feliz el P. Uncilla,—si no le arrancaron de los brazos de su nodriza para iniciarle en los secretos de la guerra y fascinarle con la polvareda y el estruendo del combate.

Para la gloria de aquel guipuzcoano esclarecido, que dió tan solemnes pruebas de extraordinario temple de alma, no sólo en memorables expediciones marítimas, en que barcos frágiles y sin condiciones hubieron de sostener con frecuencia el empuje ciego y formidable de los elementos desencadenados, sino en las luchas con los portugueses para la posesión del Maluco, no hacen falta invenciones fabulosas, ni timbres forjados por la leyenda. Basta la realidad histórica, severamente inquirida, para que hayamos de considerarle como uno de los hijos más excelsos que en tiempo alguno haya producido el solar vascongado, como uno de los astros más esplendorosos que fulguran en los anales de nuestra tierra.

Uno de los más perfectos prosistas de que puede ufanarse la literatura castellana en su siglo de oro, el P. José de Sigüenza, prez de la Orden de San Jerónimo, atribuía á los vascongados un natural impetuoso, bueno para acometer animosamente cosas grandes. (1) El lector que recorra con atención las páginas que siguen, verá si Urdaneta tenía ó nó las cualidades características de su raza, y si le faltaba ó nó aquella decisión de la voluntad, que no sólo emprende, sino que lleva á feliz término las cosas más árduas. Sus impulsos no eran ciegos é irreflexivos, sino conscientes y ordenados por una razón serena. No era de aquellos para quienes la vida carece de enseñanza, sino, por el contrario, de los que saben aprovechar á maravilla las lecciones de la experiencia. En el libro abier-

(1) Véanse en su *Historia de la Orden de San Jerónimo* los párrafos que dedica á Fray Martín de Vizcaya.

to de la Naturaleza aprendió lo que otros no pudieron aprender en las escuelas de pilotaje y cosmografía, y sin hipérbole podemos afirmar que superó á todos sus contemporáneos en el arte de dirigir las naves, aunque tengamos por un tanto problemática, por no decir inmerecida, aquella excelencia que generosamente le adjudica el cartujo Esteban de Salazar cuando da por hecho que „añadió aquel viento á la aguja que, con vocablo indiano, los marineros llaman huracán.“ (1) Aún descartando este descubrimiento, la capacidad científica de Urdaneta y su importancia en la historia de la náutica queda bien demostrada con la serenidad de juicio con que puso de relieve cuán imaginarios eran los terrores manifestados por los pilotos en lo que respectaba al viaje de vuelta desde el Archipiélago filipino á Nueva España. Lejos de extremar las dificultades, y de fantasear riesgos sin número, aseguraba que el empeño era llano y fácilmente realizable, como se dispusiese de buques adecuados para ello. El peligro, á su juicio, estaba en la falta de condiciones de los barcos y en la ignorancia de los que hubiesen de dirigirlos. Los hechos se encargaron de probar hasta qué punto eran razonables y justificadas sus afirmaciones, cuando con éxito felicísimo, y después de cuatro meses de navegación, llegó al puerto de la Natividad el día 3 de Octubre de 1565, y cumplió así las esperanzas que se habían puesto en él para la ejecución de la parte principal de aquella jornada, que era „saber la vuelta, pues la ida se sabe que se hace en breve tiempo.“ (2) Bien aconsejado estaba Felipe II cuando disponía que, sea cual fuese el buque que llevase á cabo este viaje de las Filipinas á Nueva España, no dejase de venir á su bordo el egregio hijo de Villafranca.

No he de insistir en este particular, ni desflorar asuntos que están magistralmente tratados en el libro del Padre Uncilla, uno de cuyos capítulos más interesantes y más nuevos, á mi ver, es justamente aquel en que se estudia la significación especial de Urdaneta como cosmógrafo y hombre de ciencia, y la influencia que

(1) *Veinte discursos sobre el Credo, en declaración de Nuestra Santa Fé Católica y Doctrina Cristiana..... Compuestos por D. Esteban de Salazar.....* Granada=1582.

(2) Palabras de Felipe II en carta al virrey D. Luis de Velasco.

alcanzó en el desenvolvimiento de la náutica. La originalidad de este capítulo nace, no de que el autor se proponga decir cosas nuevas y peregrinas, pues es demasiado juicioso para eso, sino de que este aspecto de la vida de nuestro ilustre paisano había pasado casi inadvertido á sus anteriores biógrafos, que se contentaron, cuando mucho, con cuatro frases vagas en alabanza de la pericia de Urdaneta, sin detenerse á examinar cuáles pudieron ser sus conocimientos cosmográficos, cómo logró adquirirlos y en qué ocasiones y circunstancias los demostró. El P. Uncilla ha venido á suplir este vacío tan notable, y lo ha suplido con tanto mayor acierto cuanto no dice nada que no se funde en las declaraciones del propio personaje biografiado ó en el testimonio de sus contemporáneos, contestes todos en asignar al hijo de Villafranca los méritos que le son debidos en justicia.

Para los que no conozcan la historia de Guipúzcoa y no tengan en cuenta aquella tradición secular que empujaba á sus hijos en dirección al Océano, no deja de ser extraña esta competencia singularísima que demostró en las cosas que se relacionan con la náutica quien nació bastante apartado de la costa y no pudo apacentar su vista desde niño en la contemplación de los ilimitados horizontes del mar. Los que hayan recorrido, siquiera someramente, los anaes de nuestra tierra, verán, en cambio, que el caso de Urdaneta no constituye excepción, sino que es una de las manifestaciones más claras y más gloriosas de la aptitud de los guipuzcoanos para las empresas marítimas. De lo más mediterráneo de Guipúzcoa surgieron generales que, con no poco lustre, mandaron flotas descubridoras y visitaron costas lejanas, no señaladas todavía en mapa ninguno. Elgueta tuvo, entre sus hijos, marinos muy notables, y los tuvo Eibar, y los tuvo Azpeitia. Del mismo Villafranca salió un Martín Barrena, que formó parte de la memorable expedición de Magallanes. De Villarreal de Urrechua procedía Juan de Areizaga, y de Elgoibar Martín Iñiguez de Zarquizano, (1) que figuraba con

(1). Llámole *Zarquizano* porque Zarquizano se llamaba también, y nó *Carquizano,* el jefe de las fuerzas de Elgoibar que formaban parte de la guarnición de Fuenterrabía, cuando se rindió esta plaza á los franceses en 1521. Tengo para mí que la

Elcano en la expedición Loaisa, ó sea, en la primera á que, mozo todavía, acude nuestro Urdaneta, que no obstante ser á la sazón un adolescente de diez y siete años, puso ya de resalto las cualidades de que había de dar tan gallarda prueba en el curso de sus días, y mereció que le distinguiese en su testamento el inmortal hijo de Guetaria á quien cupo la gloria de trazar el primero con la estela de su buque un círculo alrededor del mundo. *Primus circumdedisti me.*

Pero Urdaneta no se contentó con ser un aventajado cosmógrafo, un marino de singular pericia que daba lecciones á los pilotos y corregía sus errores y deficiencias, un guerrero, que, llegado el caso, peleaba por el honor y la defensa del pabellón jurado con el denuedo extraordinario con que se batió en las Molucas con los portugueses, cuando los restos de la expedición Loaisa quedaron en aquellas famosas y codiciadas *Islas de la Especería.* Fué, además de eso, otras muchas cosas no menos difíciles, y demostró en todos sus actos un tino y una prudencia tales, que nos ponen de manifiesto lo reflexivo de su carácter, que no procedía por impulsos momentáneos, por movimientos súbitos y arrebatados del corazón, sino con aquella serenidad y madurez de juicio y aquella perseverancia á prueba de desmayos, que son la mejor garantía del éxito de las empresas. Así le vemos, sobre todo, en aquella inolvidable expedición que partió con Legazpi del puerto de la Natividad para el Archipiélago filipino, y en la cual fué considerable y decisiva la influencia de Urdaneta, que doce años antes, ó sea, en 1552, se había refugiado en el Claustro, inscribiéndose en la benemérita falange que formaban los esclarecidos hijos de San Agustín. No ponderaré la capital importancia de los servicios que prestó en aquella ocasión el ilustre guipuzcoano á quien este libro se dedica: dejaré que

transformación del apellido obedece á la supresión de la cedilla que debió de ostentar la c inicial en los días á que nos referimos. Valga por lo que valiere esta conjetura, hemos creído que ya que en 1521 se denominaba *Zarquizano* el representante de esta ilustre familia que acudió á la defensa de Fuenterrabía, *Zarquizano* se denominaría también el que, ostentando igual representación, figuraba en la expedición Loaisa el año de 1525. Es de advertir que un guipuzcoano de origen y de afección como el P. Rodrigo de Aganduru Moriz le llama *Zarquizano* en su *Historia de Filipinas.*

la enaltezca el mismo Legazpi, cuando dirigiéndose al Rey afirma que „el venerable Padre Fray Andrés de Urdaneta es digno de gran mérito y crecida merced por haber alumbrado, así en lo espiritual, como en lo temporal, en todo lo que en este viaje se ha ofrecido, por no venir en el armada persona que nos diese lumbre, si no fué la suya."

Tan encarecidos elogios, y tributados por tal hombre y en tales circunstancias, dicen y significan mucho más que todo cuanto nosotros pudiéramos aducir para ensalzar los méritos de Urdaneta. Hora era ya de que se consignasen en una biografía documentada y concreta, escrita con aquel espíritu crítico que es indispensable para que no se convierta en panegírico desaforado, y con aquel estudio de las fuentes que se hace preciso si nuestras fantasías no han de usurpar el puesto que corresponde á la severa musa de la Historia. El Padre Uncilla ha sabido realizar esa labor cuya falta se venía sintiendo, y la ha realizado después de examinar á conciencia y por espacio de largos años cuanto se relaciona con el personaje biografiado. Agustino como Urdaneta, y vascongado como él, ha sabido el autor del presente libro refrenar sus amores y sus generosos entusiasmos cuando creía que podían estar en pugna con las exigencias ineludibles de la verdad. Nadie podrá, con razón, suponerle atacado de aquella enfermedad de la admiración injustificada que Lord Macaulay señala en uno de sus deliciosos *Ensayos,* (1) como propia de los biógrafos y de los editores. Nunca se propone alabar á Urdaneta, sin que la grandeza de los hechos que refiere, le fuerce á ello. La serenidad y templanza de su juicio se retrata en la ejemplar moderación de su estilo, discreto y oportuno siempre, adecuado á la austeridad de la narración histórica, sin desdeñar por eso aquellas modestas galas que tan admirablemeste se alían con la verdad, y la realzan y la hacen seductora. La propiedad de la lengua, castiza y de pura cepa castellana, demuestra hasta qué punto puede el estudio bien encaminado y asíduo llegar á penetrar los secretos de ún idioma que no se aprendió á balbucir en el rega-

(1). En el referente á Lord Chatham.

zo materno. Quien lea con atención las páginas de este libro, notará en ellas que la figura de Urdaneta no sólo está *vista*, sino *sentida*. Este sentimiento, tanto más profundo cuanto menos aparatoso, es el que infunde vida á la interpretación de documentos antiguos y á la relación de hechos que resultarían enojosos, referidos por pluma menos diestra y elegante. El P. Uncilla es de los que conciben la historia como ciencia y como arte, y propenden á reforzar la severidad y acierto de las investigaciones con el encanto del buen decir, que tan simpáticas hace las cosas menos artísticas y amenas. Los excelsos méritos de Urdaneta, que constituyen para mí una de las muestras más salientes de lo que puede la raza vasca cuando se personifica en un alma digna de ostentar su representación en la Historia, quedan de hoy más consignados en un libro que no está llamado á tener la efímera vida de las flores. Acaso no sea popular, aunque debiera serlo; pero aquellos que lo lean con atención, no lo olvidarán una vez leído, sino que lo incluirán en el número de las obras escogidas que dejan en el alma como un perfume exquisito de salud moral y de grandeza. Siempre es confortante y alentadora la consideración de las grandes figuras que son ornamento de la humanidad. Y cuando esas figuras han sido gloria de nuestra patria, prez del suelo en que vinimos á la vida, entonces el entusiasmo que nos inspiran sus memorables hechos sube de punto, y nos sentimos agitados por una especie de noble orgullo cuando los recordamos, cual si alguna parte de ellos nos correspondiese, como hijos de la misma tierra que produjo varones tan esclarecidos. Con esos sentimientos de íntima alegría he conmemorado siempre los méritos singulares de Fray Andrés de Urdaneta, y esos sentimientos son los que han movido mi pluma al trazar el presente *Prólogo*, escrito con tanta mayor satisfacción cuanto es más cordial y cariñosa la amistad que me liga con el docto agustino á quien se debe este excelente estudio biográfico. Nació nuestra amistad al calor del entusiasmo que á ambos nos inspiraba la radiante memoria que hoy se trata de gorificar: esa misma memoria, tan pura, tan excelsa, hace que así como van unidas nuestras almas siempre que se procura enaltecerla, así también vayan unidos nuestros nom-

bres en una obra que tiene por objeto transmitir á los venideros el recuerdo de la admiración con que las generaciones guipuzcoanas de principios del siglo XX evocan las proezas de Urdaneta, dignas ciertamente de ser perpetuadas, como lo han sido, en mármoles y bronces.



Escribióse el precedente prólogo por el mes de Julio de 1904. Poco tiempo después, el 10 de Diciembre del mismo año, el P. Uncilla, que venía sufriendo con ejemplar resignación una cruel enfermedad que minaba su existencia, espiraba con la tranquilidad edificante del justo en aquel grandioso Monasterio del Escorial, en que había dejado tan honda huella de su saber y de sus virtudes.

La circunstancia de haber fallecido el respetable autor de este libro antes de que el fruto de sus penetrantes y certeras investigaciones saliese á la luz pública, nos impone en cierto modo el deber de consagrar á la memoria de aquel amigo inolvidable á quien quisimos con toda el alma, una sucinta noticia de las fases más salientes de su vida, reducida en absoluto al cumplimiento de sus deberes sacerdotales y religiosos y al cultivo de sus nobles y generosas aficiones artísticas y literarias. Era el P. Uncilla de aquellos espíritus elevados y serenos que son atraídos con igual fuerza por los destellos de la Verdad, por las irradiaciones espléndidas de la Hermosura y por las celestiales emanaciones del Bien. Parecía que todos los sentimientos que nos enaltecen y dignifican se habían dado cita en su alma, y en ella se encontraban como en su propio centro. Los que pudimos conocerle á fondo, no lo olvidaremos fácilmente. El tiempo, destructor de tantas cosas que se tienen por imperecederas, es impotente para borrar determinados recuerdos, ni para extinguir

la llama siempre viva de ciertos afectos que anidan en lo más hondo y recóndito del corazón, y son tanto más fuertes cuanto más recatados y silenciosos.

El P. Fray Fermín de Uncilla y Arroitajáuregui nació en la anteiglesia vizcaina de Izurza el día 23 de Julio de 1852. Era muy niño todavía cuando se trasladó, con su honrada familia, á Durango, y en Durango se formó, y Durango fué para él como su segunda patria, pues allí abrió sus ojos á los primeros albores de la vida intelectual, y allí dió las más tempranas muestras de sus excepcionales aptitudes para el canto, que había de ser una de las aficiones predilectas y absorbentes de su vida.

Tan admirable era su voz, y de tal manera llamaba la atención de los inteligentes, que el año de 1868 le llevaron á Vitoria para que formase parte de la capilla de la Iglesia parroquial de San Pedro. Pronto se fijaron en él los músicos más notables de la capital alavesa, y le consideraron necesario para realzar, con su bien timbrada voz de barítono, y con el buen gusto que tenía como ingénito, el esplendor de las funciones religiosas que se celebraban en la Catedral.

Gentes que le conocieron entonces nos han hablado con singular entusiasmo de las extraordinarias disposiciones que tenía para el canto el jóven Uncilla, á quien muchos auguraban un brillante porvenir si se dedicaba á las tablas. La gloria que anhelaba el barítono que, con su poderosa voz, suscitaba tales comentarios, era de muy distinta índole. No le satisfacían las honras y placeres del mundo que antes de venir se van, en frase del Maestro Valdivielso: tenía sed de algo que no fuese caduco y deleznable, de algo que no estuviese sometido á la veleidad y el capricho de tornadizos públicos. Buscaba aquella paz interior de que gozan los justos, en el silencio de la vida religiosa.

La vocación para el Claustro se despertó en él de la manera más sencilla y natural, como brota el agua de una fuente. Cuando aquel espíritu, de suyo grave y piadoso, ejemplar saliente de la raza vascongada, se halló en contacto con la Comunidad de religiosos agustinos de la Vid, á donde fué el año de 1873 con objeto de can-

tar en la primera misa de un hermano suyo, religioso del citado monasterio, el anhelo de vestir el mismo hábito surgió de pronto en su pecho, y decidió alistarse en la gloriosa falange de los esclarecidos hijos del Águila de Hipona. Nadie tuvo que empujarle para ello: sintió dentro de sí los llamamientos de la gracia, y respondió como quien aspiraba, ante todo y sobre todo, á la perfección cristriana.

Allí en la Vid, pasó el noviciado, y profesó el 20 de Julio de 1874. Allí cursó sus estudios de Filosofía y Teología, y allí aprendió á hablar y escribir la lengua castellana con envidiable pureza de dicción, sin que por eso dejara de poner igual empeño en expresarse con frase castiza siempre que tenía ocasión de valerse del venerable idioma vascongado, que fué el primero que pronunciaron sus labios.

No le abandonaban en el Claustro las aficiones musicales que le habían llevado á él, y las cultivaba con entusiasmo, y se complacía en cantar, como quien cumple una necesidad apremiante de su espíritu. El placer que buscaba en el canto, era desinteresado. Jamás le tentó la ambición del aplauso popular: por el contrario, cuanto más lejos del mundo se hallase, cuanto más á solas y en comunicación más íntima con la Naturaleza, cantaba con más fervor, con más delectación, con más entusiasmo. El amor á la Belleza artística, la fascinación profunda que sobre él ejercía el arte de los sonidos, era acicate bastante poderoso para que lanzára torrentes de voz y escrupulizára por obedecer las normas del buen gusto. Pocos menos *artistas* que él, en la acepción restricta y profesional del vocablo, con ser de los más entusiastas devotos del Arte, hasta el extremo de considerarle á manera de escala de Jacob, que nos conduce desde la contemplación de la belleza difusa y latente en el Universo hasta la contemplación de la Suma Increada Hermosura.

El P. Uncilla perdió el oído, á consecuencia de una enfermedad, y desde entonces ya no pudo dar rienda suelta á su entusiasmo por el canto, aunque seguía admirando las grandes creaciones musicales, y celebrando los primores de estilo con que sabía ponerlas de realce otro paisano y hermano de hábito suyo: el inolvidable Padre

Uriarte, tan personal y exquisito en sus apreciaciones como en su frase, tan sagaz y penetrante en desentrañar la altísima excelencia y el valor artístico del canto gregoriano, por él propugnado y defendido con simpático y comunicativo calor de alma, y con elocuencia vivaz, efusiva y avasalladora.

Pero todavía después de haber perdido la que parecía más saliente de sus facultades, el P. Uncilla atesoraba otras muchas dignas de loa, aún prescindiendo de aquellas virtudes calladas del Claustro cuya grandeza está en relación directa con su obscuridad, y que por eso mismo no deben ser traídas, para que no se evapore su celestial perfume, en lenguas de los hombres: Dios las escribe, con caracteres perdurables, en el *Libro de la Vida*.

El religioso vizcaino de quien hablamos era hombre de muy claro entendimiento, de muy sólida instrucción, y sobre todo, de notable serenidad y equilibrio de espíritu. Esta última cualidad le hacía muy apto para el consejo, y lo daba con llaneza, y sin alarde ninguno de suficiencia, ni superioridad. Ocasión tuvo de demostrarlo en los seis años que ejerció el cargo de Párroco de la iglesia aneja al Colegio de la Vid. El celo apostólico, la prudencia exquisita, la caridad ardiente con que regentó aquella parroquia desde 1881 hasta 1887, no se habrá olvidado fácilmente por los pobres labriegos que formaban la feligresía, y que acudían á él con la misma confianza con que acudirían á un padre, para que les iluminase y les guiase en todos los casos árduos de su existencia.

En 1887 pasó al Real Monasterio del Escorial á explicar una clase de Teología, y otra de Historia eclesiástica, y dos años más tarde se le nombró primer Bibliotecario de aquella mansión histórica, en que desde los tiempos del inolvidable P. Sigüenza se habían depositado tantos y tan peregrinos monumentos científicos y literarios, tantas riquezas bibliográficas, y tantos inapreciables manuscritos. Uno de sus hermanos de hábito, el R. P. Fr. Conrado Muiños dice que del desempeño de su clase da testimonio el bien trazado „y erudito *Compendio de historia eclesiástica* que escribió para suplir las deficiencias de la del Cardenal Hergenroether en lo referente á España principalmente, y de la manera como cumplió su

cargo de Bibliotecario, es prueba el Indice de impresos, hoy terminado por sus sucesores, y en que él trabajó mucho." (1).

En 1895 fué elegido Definidor de la nueva Provincia Matritense y Rector del Real Colegio de Estudios Superiores de María Cristina del Escorial. Desempeñó estos puestos „con el celo, la discreción y la prudencia que todos le reconocían," y un año antes de cesar en el de Rector, obtuvo, ante el Claustro de la Universidad Pontificia de Valladolid el grado de Doctor en Derecho Canónico. Poco más tarde ganó el de Doctor en Teología, „por el título de Maestro con que recompensó sus méritos y su ciencia el General de la Orden. (2).

Nombrósele en 1899 Director del Colegio de Palma de Mallorca; pero el estado de su salud, cada día más delicado, le obligó á dimitir el cargo y á regresar á la Península, en donde se trasladó de una á otra residencia y de una á otra Comunidad sin hallar más que muy pasajero alivio á la cruel afección cardíaca que le minaba. Todavía los entusiasmos generosos de su alma se sobreponían á veces á sus abatimientos físicos, y halló vigor bastante para asistir en el verano de 1903 al Congreso Católico de Santiago, y disertar con abundancia de datos y criterio desapasionado y sincero sobre *La libertad de enseñanza;* mas á pesar de estas llamaradas fugaces que de cuando en cuando le enardecían, ya no era posible hacerse ilusiones respecto á su estado. Se veía palpablemente que la enfermedad era de muerte, y ni Madrid, ni el Escorial, ni Guernica lograban extirpar la raíz del mal que le iba consumiendo. Yo que le ví entonces, y le traté de cerca durante las largas temporadas que residió en la histórica villa vizcaina en que se yergue el árbol simbólico de las libertades vascongadas, puedo dar fe del empeño que puso en dar cima á la obra predilecta á que había consagrado tantos años de penosas investigaciones: el estudio histórico sobre Urdaneta y la conquista de Filipinas.

Ni aún en aquellos días, cuando más estragos había hecho en él la dolencia cardíaca que le quitaba alientos para todo, se apagó en su noble espíritu el amor y el entusiasmo del arte. Refiere el P. Con-

(1) *La Ciudad de Dios.*—20 de Diciembre de 1904.
(2) Id. íd. íd. id.

rado Muiños que, ya hecho una ruina, todavía el verano de 1904, en una excursión por las costas vascongadas, consiguió verle animarse „y hasta resucitar el artista y el poeta, pues lo era de verdad, sin haber escrito un verso, ante la Iglesia y los recuerdos históricos de Lequeitio y los cambiantes del mar estrellándose en las rocas.“ Y de mí puedo referir, para corroborar ese testimonio, que cuando en el mes de Octubre del mismo año, iba yo en su compañía de Guernica á Madrid, y llamaba su atención sobre la semejanza que Fischer, viajero alemán que vino por nuestras tierras á fines del siglo XVIII, encontraba entre los valles de la cuenca alta del Nervión, que á la sazón atravesábamos, y los paisajes alpestres de Chamounix, todavía se incorporó en su asiento, y fijó sus ojos en la augusta serenidad del campo, iluminado suavemente por las luces de una tarde de otoño, plácida y hermosa, aunque un tanto saturada de melancolía. Fué aquel el último resplandor de entusiasmo que ví en su rostro, marcado ya por las huellas que indican la proximidad del sepulcro.

Trasladóse de Madrid al Escorial, y allí, en aquella Casa que le vió trabajar con tal celo y tal ardor en la investigación histórica y en la enseñanza de la juventud, entregó su alma á Dios el día 10 de Diciembre de 1904, edificando á cuantos le rodeaban con la heróica resignación de que daba prueba, y con la efusión y el anhelo santísimo que mostraba por volar á las mansiones de perenne luz y eterna dicha, en donde, según la frase de San Pablo, ni ojo vió, ni oído oyó las inefables venturas que el Señor reserva á sus elegidos.

Nada hemos de decir de las condiciones literarias del P. Uncilla, ya que expusimos lealmente nuestro sentir en el prólogo del presente libro. Lo que sí queremos consignar aquí, antes de poner término á esta noticia biográfica, es que, cuando más enconados estaban los ánimos entre los católicos españoles por cuestiones político-religiosas, supo escribir por espacio de varios años la *Crónica* quincenal de *La Ciudad de Dios,* sin desviarse de aquella senda de sensatez, serenidad y desapasionamiento que desde un principio se había trazado, y en que perseveró hasta el fin de sus días. Escribió también, además del *Compendio de Historia eclesiástica,*

una *Vida de San Agustín* para lectura popular, y varios notables artículos entre los cuales no hemos de pasar por alto los que dió á las prensas sobre *El estudio de la lengua latina,* sobre *El Socialismo,* sobre *Los razonamientos de la dinamita,* sobre *Una excursión á Abalos,* al solar de los Navarretes y á visitar su biblioteca sobre *El Congreso social de Lieja,* sobre *La libertad académica de la enseñanza según la ley fundamental*, sobre *La Razón y el Racionalismo,* y sobre *Felipe II y las Islas Filipinas*, con ocasión del cuarto centenario de la muerte de aquel memorable Monarca.

Carmelo de Echegaray.





CAPÍTULO I

Expedición de Magallanes.—Exploraciones marítimas de portugueses y españoles.—Las islas de la Especería.—Hácense aquellos fuertes en ellas.—Asombrosas conquistas de los españoles.—Tratan de pasar á las Molucas.—Magallanes y Rui Falero.—Sale la expedición.—Desavenencias—Pasa la Armada el Estrecho.—Llegan al Archipiélago de San Lázaro (Filipinas).—Pasan por la isla de Mazagua, y por la de Suluan, y toman tierra en Cebú.—Son bautizados los cebuanos.—Muerte de Magallanes.—La de otros.—Marchan á Bohol.—Llegan á la Especería.—Son bien recibidos.—Viaje de la nao «Victoria».—Desagradable incidente de Cabo Verde.—Llegan á Sanlucar.—Mercedes á Sebastián de Elcano y compañeros.—Viaje de la nao «Trinidad».—Vuelve á las Molucas.—Novedades que en ellas encontraron.—Penalidades de los expedicionarios.—Sólo tres llegan á España.—Restos de la expedición.—Importancia de la misma.

El movimiento de exploraciones marítimas iniciado á principios del siglo XV por el Infante D. Enrique el *Navegante*, de Portugal, á la vez que por los españoles que ocupaban las Canarias, fué, á no dudarlo, fecundísimo en resultados para la Religión, para la Ciencia y para el Comercio. Ya entonces, portugueses y españoles chocaron bien pronto, y no hay

que extrañarlo, puesto que se dirigían á las mismas costas, movidos por idénticas aspiraciones.

Paulatinamente y á fuerza de constantes é incalculables sacrificios llegaron nuestros vecinos al extremo Sur del África. Bartolomé Díaz montó el Cabo de Buena Esperanza (1486), y Vasco de Gama aportó á las inexploradas regiones de la India (1498), estableciendo relaciones comerciales y de mútua amistad entre los jefes de aquellas costas y el Monarca lusitano, cuyo poder se vió allí muy pronto vigorosamente afianzado con la conquista de importantes puntos estratégicos. Así pudo Alfonso de Alburquerque destacar en 1511 desde Malaca una flotilla de tres naves, á las órdenes de Antonio de Abreu, en demanda de las Molucas ó Islas de la Especería. Magallanes, que formaba parte de esta expedición, no llegó á dichas islas; pero su amigo Francisco Serrano, que mandaba una de las naves y aportó á ellas, le hizo creer que caían fuera de la demarcación de Portugal (1). Desde entonces hubo de em-

(1 Sin embargo no lo estaban. La Bula *Inter cetera*. de Alejandro VI, enderezada á ahogar en germen estériles contiendas sobre la pertenencia de las nuevas regiones que con tanto entusiasmo se aprestaban á descubrir y conquistar españoles y portugueses, concedía á los Reyes Católicos los países hasta entonces descubiertos y que en adelante se descubriesen desde cien leguas al Oeste de Cabo Verde en 180 grados hácia Oriente para Portugal. Mas como ocurrieran algunas diferencias, en 20 de Junio de 1494 se firmaron nuevas capitulaciones por los Soberanos de entrambos países, extendiendo las cien leguas de que hablaba la Bula Pontificia, á trescientas setenta.

Estos datos que hoy ofrecerían sobrada base para resolver cualquiera dificultad, eran insuficientes á fines de la centuria décimaquinta y principios de la siguiente, porque se carecía de medios adecuados para determinar dónde comenzaban y hasta dónde se extendían los grados que reclamaba cada una de las partes. En esta situación transcurrieron varios años: hasta que se descubrieron importantes regiones en puntos cuya pertenencia pudiera ofrecer dudas, no hubo conflictos; mas cuando los portugueses dieron con las islas Molucas ó de la Especería, y empezó á susurrarse que debían de caer dentro de la demarcación española, despertóse la codicia y vivo anhelo de poseerlas, y surgió el conflicto, grave y amenazador, del que fueron primeras víctimas los últimos restos de la expedición Magallanes. No bien llegaron éstos á España y se tuvo noticia de lo ocurrido, á fin de evitar ulteriores choques, los Soberanos de las dos potencias interesadas convinieron en que de común acuerdo se estudiase la cuestión, nombrando cada una de las partes tres astrónomos, tres pilotos y tres letrados, para que, previo juramento de obrar en justicia, resolviesen cuál de ellas alegaba mejor derecho á la posesión de las Molucas. Según los razonamientos de los españoles, no sólo estas islas, sino también Malaca y Sumatra caían en nuestra demarcación. A su vez los portugueses no quedaban cortos, pues incluían como de su pertenencia toda la Nueva Guinea. No hubo, pues, acuerdo, y unos y otros se aprestaron á la lucha armada para resolver el espinoso y trascendental asunto. Por lo que hace á nosotros no dudamos en afirmar que las Molucas caían fuera de la demarcación de España.

pezar á madurar planes, cuya realización le coloca entre los primeros descubridores que menciona la Historia. Por aquella sazón los portugueses no mostraban todavía gran empeño en arraigarse en las Molucas, satisfechos con explotar y monopolizar el comercio de las mismas, (1) según se lo permitía la favorable acogida que les habían dispensado los naturales. Mas esto mismo y quizá también alguna noticia ó barrunto de que los españoles, salvando enormes distancias y venciendo formidables obstáculos, habían llegado allá, movió al Rey de Portugal á disponer que se construyese una fortaleza que sirviera de seguro baluarte á los suyos. Así lo hizo Antonio de Brito, jefe lusitano, que aportó á las Molucas en 1522, y permaneció allí hasta 1526. Y quédese esto aquí, pues nos llaman los esfuerzos de los españoles para llegar á las propias islas por derroteros completamente opuestos, ó sea por la vía de Occidente.

Mientras los portugueses se ocupaban en abrirse paso á la India, realizaron los españoles el asombroso descubrimiento del Nuevo Mundo. No menos que profeta era preciso ser para vaticinar á

---

(1) Las islas Molucas forman tres grupos: el de Amboina, el de Banda y el de las Molucas propiamente dichas, que son cinco: Ternate, Tidore, Motir, Makian y Bakian. Estas están situadas entre la línea ecuatorial y el 1.° latitud S., y se extienden desde los 130.° á los 131.° longitud E. del meridiano de Madrid. Eran sus producciones principales en la época de su conquista, y lo son hoy todavía, la nuez moscada y el clavo de especia, que, según queda dicho, en ninguna otra parte del mundo se cultivaban; razón por la cual estas islas estaban consideradas como venero inagotable de inmensas riquezas. Urdaneta calculaba que se cosecharían en su tiempo «en todas las cinco islas, el año que hay mucho clavo, once mil é seiscientos quintales, poco más ó menos.» *(Relación presentada al Emperador,* Navarrete, tomo IV.) En años malos no pasaría, según el mismo, de cinco á seis mil quintales. Aunque no clavo, cosechábase abundante nuez moscada en las islas de Banda. «Cógese—dice Urdaneta—un año con otro, cada año siete mil quintales de nuez y mil quintales de macia,,, ó corteza sutil y aromática, de la misma nuez. En otra relación inédita del mismo autor, escrita en 1566, se lee: «En la isla grande de Ambon (Amboina)..... dicen que se coge ya clavo... De que hubiesen llevado plantas, yo tuve esta noticia en el tiempo que estuve allá; aunque no se cogía clavo entonces.»

El precio del clavo á la llegada de Urdaneta (1526) era de dos ducados el bahar (algo más de cuatro quintales), y á su salida, (1535) se pagaba diez y hasta catorce ducados. El bahar de nuez moscada costaba cinco ducados, y el de macis siete veces más. Obra de 500 quintales de clavo, 200 de nuez y 100 de macis al año llegaban por entonces á Portugal.

Los habitantes de todas estas islas habían sido idólatras hasta que poco antes de la llegada de los portugueses, abrazaron el islamismo, entremezclándolo con sus antiguas doctrinas y hábitos; de tal modo que era difícil distinguir entre lo que debían al Corán y lo que habían conservado de sus antiguas instituciones religiosas.

mediados de la centuria XV lo que la divina Providencia nos tenía reservado para su ocaso. La unión de las dos coronas, á que siguió como brillante consecuencia el completo aniquilamiento del Islam al ponernos en posesión de Granada, su último baluarte, centuplicó nuestras energías, como si Dios quisiera con ello preparar á la generosa raza española para las nunca soñadas empresas á que se dedicó al punto y logró realizar con pasmo de las naciones. Los primeros descubrimientos al otro lado del Atlántico despertaron sed ardentísima de fabulosas conquistas: subyugar como por arte de encantamiento poderosos y dilatados imperios, hacerse dueños de inmensas regiones, de tierras vírgenes, cuyo seno estaba henchido de oro y de los más preciosos metales: llevar á cabo, en suma, aventuras en cuya comparación las más desatinadas de la literatura caballeresca semejaban nonadas y niñerías; tales eran las ideas de gran parte de los españoles al despuntar el siglo XVI, y es preciso confesar que las conquistas realizadas en pocos años por aquellos heróicos aventureros transformaron los más desvariados ensueños en magníficas realidades.

Mas esto no satisfizo por completo sus aspiraciones; pues al cerciorarse de que América no era prolongación de la India, como se creyó por largo tiempo, y ver que, á pesar de las nuevas conquistas, los portugueses seguían monopolizando el comercio de la India y el de las Molucas, no es creible cuánto se esforzaron por dar con un paso para el mar que después se llamó *Pacífico;* puesto que por concesiones pontificias, bien conocidas, á favor de los portugueses, estábanos vedado el camimo por la ruta de Oriente.

Magallanes, (1) profundamenle disgustado por las desatenciones de que, á su entender, había sido objeto en Portugal, solicitó y obtuvo carta de naturaleza en España. Otro tanto hizo un su paisano, por nombre Rui Falero, que pasaba por hombre entendido en achaques de Cosmografía; y entrambos, eficazmente ayudados por Cristóbal de Haro, acaudalado comerciante de Amberes, acu-

(1) Nació este celebérrimo navegante en Saborosa, provincia portuguesa de Tras os Montes, en 1480. Jóven todavía pasó á la India, donde se distinguió como hombre de gran valor y de calificada prudencia. Dícese que allí se disgustó con Alburquerque; y al recibir las cartas de su amigo Serrano, en las que éste le pintaba las Molucas como una gran adquisición, dirigió sus esfuerzos á buscar un nuevo derrotero para las mismas, como más largamente se refiere en el texto.

dieron al Rey en demanda de los auxilios necesarios para la realización de los planes que tenían meditados, conviene á saber, para hallar un nuevo camino que los condujera al Extremo Oriente, fin inmediato que ellos se proponían para que España pudiera participar de las ventajas del comercio con aquellas regiones. Carlos V, aunque ganoso como el que más de ensanchar los dominios de España, no se avino fácilmente á los deseos de Magallanes, „por juzgarse entonces—dice Navarrete—que el continente americano se extendía de Norte á Sur sin interrupción, y sin dejar paso ni estrecho que se pudiera atravesar para la comunicación de los dos mares.“ (1)

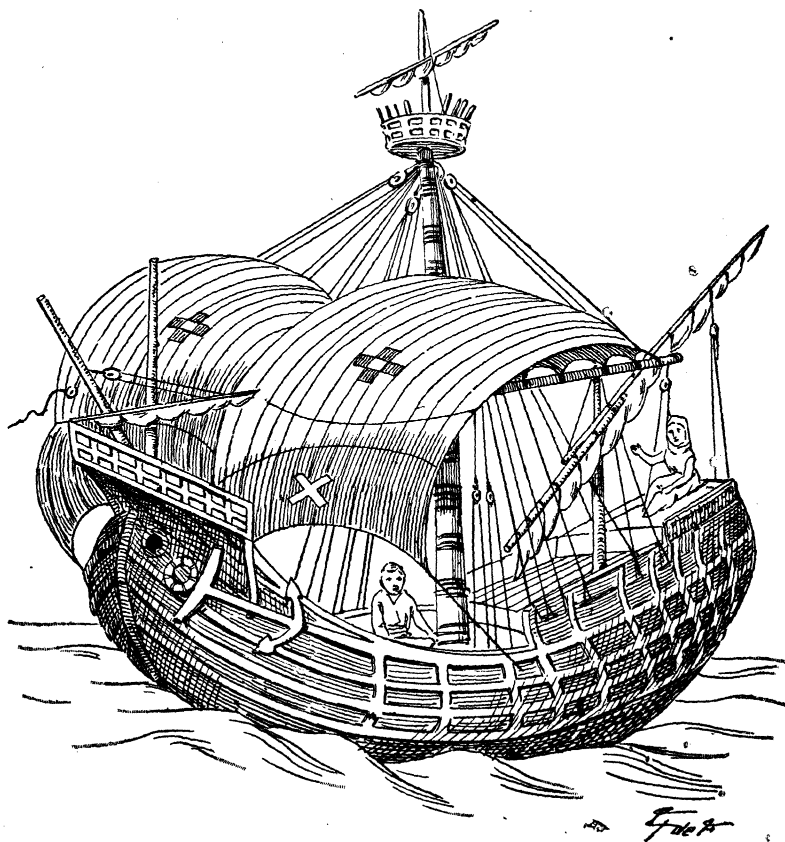
No es del caso reseñar detalladamente los muchos y graves obstáculos con que tropezaron los dos egregios portugueses para los preparativos de la expedición. Fueron los últimos, y los de mayor trascendencia por cierto, los que surgieron con motivo de ciertas desavenencias entre sí mismos, sobre cuál de ellos había de izar el estandarte real. El Emperador resolvió la dificultad, disponiendo que Rui Falero se quedase en tierra para dirigir una segunda expedición; aunque en realidad no estaba para nada, pues adolecía de la cabeza. Con esto parecía conjurado todo peligro de choque; mas Carlos V, con desdichado acuerdo, proveyó el puesto que había de ocupar Rui Falero, en *Juan de Cartagena, como su conjunta persona* (de Magallanes). Gravísimo error fué este, origen, como veremos, de terribles discordias.

Magallanes recibió el estandarte real en la iglesia de Santa María de la Victoria, de Sevilla, é hízose al mar el día 10 de Agosto de 1519; mas fuera por las calmas, ó porque aún le quedaban que ultimar asuntos de importancia, los buques llegaron pausadamente á Sanlúcar, donde permanecieron más de un mes, y entre tanto Magallanes saltó varias veces á tierra, otorgó su testamento, y

---

(1) Prol. al T. IV, pág. 37.

dejó al Rey apuntes importantes sobre la situación que, á su entender, ocupaban las islas de la Especería. (1)



(1) Componíase la flota de cinco naves, de las condiciones que á continuación se expresan:

Naos.	Toneles de porte.	JEFES
Trinidad......	110	Magallanes, que lo era también de la armada.
San Antonio..	120	Juan de Cartagena, veedor general de la misma.
Concepción ...	90	Gaspar de Quesada.
Victoria.......	85	Luis de Mendoza.
Santiago......	75	Juan Serrano.

En la *Concepción* iba de Maestre, ó de segundo jefe, el después celebérrimo Juan Sebastián de Elcano.

En 20 de Septiembre levaron anclas en Sanlúcar, y el 26 llegaron á Tenerife, donde se proveyeron de algunos refrescos, saliendo el día 2 de Octubre, con rumbo SO., que era el convenido con los capitanes, pilotos y maestres, mas á poco dirigióse Magallanes al Sur, lo que originó un violento choque entre el Almirante y Cartagena, pues éste se llamaba autoridad, y reclamaba la parte que legalmente creía corresponderle. El Almirante vino á decirle que allí no había más jefe que él, y que lo de *conjunta persona*, que rezaba el nombramiento real, era desatino que no podía en manera alguna coartar su autoridad de Capitán general de la armada. La discordia había echado profundas raíces, y no tardaría en producir sus naturales frutos. Siguiendo la derrota indicada al Sur, dieron en la Guinea, donde surgió nuevo conflicto, porque Cartagena saludó á Magallanes llamándole sólo *capitán* y *maestre*, de que se enojó en gran manera el Jefe, y mucho más cuando vió que en tres días siguientes no le volvió á saludar. Magallanes vió echársele encima recia tormenta con tales desacatos, y mandó reunir todos los capitanes y pilotos; y cuando se discutía con más calor acerca del rumbo que deberían seguir, agarró del pecho á Cartagena, diciéndole: „daos preso.“ Aunque Cartagena apellidó favor, nadie osó dárselo, y fué encadenado. Sólo á los ruegos de los capitanes consintió el Almirante en entregar el preso á Luis de Mendoza, á condición de volvérselo á entregar cuando se lo pidiera. Ocupó el lugar de Cartagena Antonio de Coca, Contador de la *San Antonio*, y á favor del viento continuaron el viaje. El día 8 de Diciembre vieron las costas del Brasil, adonde llegaron el 13. Aquí relevó Magallanes á Coca de su cargo, y se lo dió á Álvaro de Mezquita, portugués y sobrino suyo. Repuestos de víveres, salieron del Brasil el 27 de Diciembre, llegando el 10 de Enero á *Montevidi* (después Montevideo): allí se detuvieron en diversos reconocimientos hasta el 7 de Febrero, y arribaron al puerto de San Julián, cerca de 49° lat. Sur, el día 31 de Marzo. En cuanto el General inició la idea de invernar allí, se quejó la gente; pero se acalló, al parecer, á las buenas razones del mismo. El día 1.° de Abril, Domingo de Ramos, ordenó que todos los capitanes y pilotos saltasen á tierra para oír Misa; pero Luis de Mendoza y Gaspar de Quesada no se movieron, ni, por consiguiente, Juan de Cartagena, que estaba en poder de este último desde algunos días antes. Aque-

lla misma noche asaltaron Quesada y Cartagena, con cerca de treinta hombres, la nao *San Antonio*, y apresaron á su capitán Álvaro de Mezquita, no sin que Juan de Elorriaga, maestre de la nave, abogase por su capitán; acto de nobleza y fidelidad que le valió cuatro puñaladas de Quesada, de las que murió á los dos meses. Momentos después, Quesada, Mendoza y Cartagena eran dueños de las tres naves *Concepción, San Antonio* y *Victoria*, y mandaron decir á Magallanes que se atuviera á las órdenes de S. M. y le obedecerían puntualmente. Magallanes no se amilanó á vista del conflicto; llamó á los rebeldes á su nao; contestaron que no se atrevían á ir por temor á malos tratamientos, y entonces resolvió jugar el todo por el todo: mandó al alguacil Espinosa y otros varios, ocultamente armados, con una carta para Luis de Mendoza; y mientras éste la leía, Espinosa le clavó el puñal en la garganta, é inmediatamente un marinero le remató con una cuchillada en la cabeza. Pronto se apoderó el General de todas las naves, y mandó descuartizar á Quesada.

A poco ordenó á Juan Serrano que se adelantase con la nao *Santiago*; pero un recio temporal la destrozó, salvándose los tripulantes, que llegaron á pie al punto de partida, después de haber sufrido terribles contratiempos.

El 24 de Agosto de 1520 dió la vela en el puerto de San Julián, después de haber dado el mando de la *San Antonio* á Alvaro de Mezquita, á Serrano el de la *Concepción*, y á Duarte Barbosa el de la *Victoria*. En dicho puerto dejó desterrados á Juan de Cartagena y al clérigo Pedro Sánchez de la Reina. En el río Santa Cruz se detuvo hasta el 18 de Octubre; y á principios del siguiente mes, las naves exploradoras que mandó á reconocer la bahía en que se hallaban, le cercioraron de que estaba ya en el estrecho anhelado.

Entonces convocó junta magna de todas las personas importantes de la armada, y vió que, en general, la gente estaba animada para seguir adelante, si bien la autoridad del portugués Esteban Gómez, que era de opinión contraria, resfrió algo el entusiasmo común. Pero Magallanes, que poco antes había hecho circular órdenes terminantes disponiendo que era necesario proseguir en la demanda, aunque tuvieran que llegar hasta el grado 75, no había de desperdiciar ocasión tan favorable para pasar el estrecho á poco más del grado 52: así fué que entró confiadamente en él, y, á 27

de Noviembre de 1520, salió al mar Pacífico. Había perdido, desde que se dió á la vela en Sanlúcar, 16 individuos, sin incluir á los dos ajusticiados ni á los otros dos que dejó en el inhospitalario puerto de San Julián.

Una vez en la inmensidad del Océano, que llamaron *Pacífico,* porque le hallaron en calma relativa, lo atravesaron llenos de confianza, aunque no dejaron de padecer grandes estrecheces por falta de alimentos sanos; antes de mediar el mes de Enero de 1521 pasaron la equinoccial, y á principios de Marzo hallábanse á la altura de las Marianas, que ellos nombraron *Islas de los Ladrones,* porque no se acercaban una sola vez sus naturales que no fuera para robar cuanto hallaban á mano; hasta osaron llevarse el esquife de la nao capitana. Entonces el General mandó dos bateles con 90 hombres para castigar tal atrevimiento, y logró rescatar el esquife y tomar algunos refrescos, no sin castigar duramente á los naturales.

El día 9 de Marzo abandonaron las Marianas, y una semana después dieron vista al Archipiélago de San Lázaro (después Islas Filipinas). Detuviéronse primero en la isla de Suluan, y de una en otra llegaron á la de Mazagua, cuyo régulo ó cacique (1) les favoreció cuanto pudo y les dijo que cerca de allí había otro más poderoso, deudo suyo, que los proveería de cuanto hubieran menester. Era Páscua de Resurrección, y toda la gente oyó Misa en tierra. Magallanes mandó colocar una cruz en un alto de la isla, por donde los cristianos que en adelante pudieran pasar comprendiesen que otros habían llegado antes. Habiendo pedido al régulo algunos pilotos que los guiasen á otras islas más abastecidas, él mismo se ofreció á dirigirlos á la de Cebú, que era donde imperaba su pariente.

No bien llegaron, se llenó la playa de gran multitud de gente armada, que, con asombro mezclado de terror, contemplaba las

---

(1) Aunque las relaciones contemporáneas suelen llamar *reyes* á boca llena á los jefes que se presentaban á la Armada, de hecho no pasaban de *caciques de pueblo,* pues cada uno tenía el suyo. El no haberlo comprendido así desde un principio, costó á los españoles larga serie de desdichas: creían que hecha la paz con un cacique, á quien desde luego suponían rey y señor de la isla, todos sus habitantes eran amigos de los expedicionarios. Esta errónea creencia les animaba para acercarse confiadamente á los isleños, los cuales en repetidísimas ocasiones les hicieron pagar muy cara su ignorancia, matándolos con muerte cruel é ingloriosa.

naos expedicionarias, microscópicas, es verdad, si se las compara con las que hoy surcan los mares, pero enormísimas para ellos, que nunca habían visto más que las lanchas en uso entre los naturales. El régulo de Mazagua saltó á tierra é hizo saber al de Cebú que los españoles iban de paz, deseosos de entablar relaciones comerciales. Con esto se tranquilizó el pueblo y empezó á llenar á porfía las naves, de puercos, cabras, gallinas, arroz, cocos, etcétera, etc., á cambio de cascabeles, cuentas de vidrio y otras baratijas. Era costumbre en aquellas regiones, cuando se trataba de hacer paces y entablar amistades, sangrarse los Jefes en los pechos y beberse el uno la sangre del otro, y el cacique de Cebú mandó decir á Magallanes que él lo quería hacer así. El General convino en ello; pero poco después mandó decirle que no era menester, pues conocía la buena voluntad de los españoles.

En breve se construyó una casa de piedra que sirviese para celebrar los Divinos Oficios á vista de los isleños, los cuales, en cuanto comprendieron de lo que se trataba, comenzaron á visitar la capilla y asistir á los Oficios con ejemplar recogimiento, como transportados de la belleza y hermosura de las ceremonias religiosas. Muy pronto se hicieron instruir en los sagrados misterios de nuestra fé el cacique, su mujer y su hijo, y fueron bautizados, y tras ellos todo el pueblo. Con esto ya creía tener Magallanes un rey cristiano, vasallo del de Castilla, en tan apartadas regiones; y como en las islas cercanas había otros varios infieles, quiso que todos ellos prestasen pleito homenaje al de Cebú, (1) á fin de hacerles comprender cuánto importaba la protección del poderoso Monarca que le había enviado. Aveníanse de buen grado los régulos á obedecer al Rey de Castilla, pero no al de Cebú, que era uno de tantos, y acaso no el más poderoso. Uno de los que más se resistían era el de la isla de Máctan, y con su ejemplo se animaron otros varios, que hicieron causa común, dispuestos á vender cara su autoridad. Magallanes, á pesar del dictamen opuesto del Jefe cebuano

(1) En este ciego empeño de Magallanes resalta por modo singular la profunda equivocación que padecía, según ya queda indicado, sobre la autoridad de los jefes indios. Habituado á ver que los monarcas de las naciones civilizadas ejercían una autoridad sin mermas ni cortapisas, creyó lo más hacedero del mundo revestir al cacique de Cebú—que no lo era más que del pueblo de este nombre—con la soberanía de todas las islas vecinas, siendo así que en la suya misma ejercía una autoridad precaria, y restringida al pueblo en que vivía.

y de varios de sus propios compañeros, no dió oídos á nadie, y mandó armar tres bateles con 60 hombres sanos de la armada, sin consentir que le ayudasen los cebuanos. Gravísimo error, en que tal vez incurrió, á pesar de su consumada prudencia, porque hasta entonces había triunfado su parecer en todo y contra todos, con el éxito que hemos visto. Llegó, pues, á Máctan, seguido de 1.000 cebuanos, que no permitió entrasen en batalla, y arremetió contra el enemigo, con el ímpetu que es de suponer en hombres tan avezados á toda clase de peligros. Pero sólo eran 55 los españoles, pues los otros cinco quedaban custodiando los bateles, y hasta 6.000 sus enemigos: en lo más recio del combate se hallaron aquellos sin pólvora ni saetas, y juzgó prudente el General batirse en retirada; mas, cuando lo estaba efectuando, de una pedrada le destrozaron la celada, de otras varias le derribaron en tierra, y, antes que pudiera levantarse, le atravesaron á lanzadas. Ocurrió tan lamentable desgracia el día 27 de Marzo de 1521. Así murió aquel hombre extraordinario, de temple más que de acero, que había llevado á glorioso término una de las mayores empresas que registra la Historia, en circunstancias dificilísimas, y venciendo terribles obstáculos de todo género.

No acabaron ahí las desdichas de aquella expedición singular que, vencedora en las mil borrascas del Océano, iba sucumbiendo infelizmente allí donde pudo haber hallado solidísima base para gloriosas y lucrativas excursiones; y es fuerza confesar que contribuyó á ello la falta de cautela de los españoles, tanto como la astucia de los isleños. El sucesor de Magallanes en el mando de la armada, Duarte de Barbosa, á pesar de las advertencias de Juan Serrano, cayó en una celada preparada por el propio cacique de Cebú, el cual, bien por las amenazas de sus vecinos, bien por las infamias que de los españoles le hizo creer—según dicen algunos—un malayo que había sido esclavo é intérprete de Magallanes, se decidió á concluir con los expedicionarios. Invitólos á que fueran á comer con él, á pretexto de entregarles una gran joya para el Rey de Castilla, como prenda de su inquebrantable amistad. Duarte de Barbosa saltó en tierra, seguido de 26 españoles más, entre ellos Juan Serrano, que, al verse afrentado por su jefe, que calificó de cobardía su prudencia, no vaciló en exponer su vida. El indio los recibió con agrado; sentáronse á comer todos, y, cuando menos lo espera-

ban, se arrojaron sobre ellos los indios que estaban en acecho, matándolos á todos, menos á Juan Serrano, al cual le llevaron desnudo y maniatado á la playa, para que hiciera saber á sus compañeros cómo los demás eran muertos, y él también debía serlo si no le rescataban por dos piezas de artillería.

Enfermos y quebrantados de ánimo cuantos quedaban en las naves, temieron un nuevo ardid, y, aunque con grandísimo dolor de abandonar á su compañero á la triste suerte que le esperaba, levaron anclas para tomar rumbo á la isla de Bohol. A poco oyeron gran vocerío y algazara, y creyeron, no sin fundamento, que habrían matado á Juan Serrano.

Además de los 8 individuos que murieron en Cebú de enfermedad natural, perdió la armada 35 hombres: 8 habían muerto en Mactán, y 27, á traición, en Cebú.

Llegaron á la isla de Bohol sin darse cuenta apenas de que carecían de jefe: tan hondamente preocupados iban por los tristísimos sucesos de aquellos días. No sabemos que entrasen en relaciones con los isleños; lo que hicieron fué elegir por general de los restos de la armada al portugués Juan Caravalho, y capitán de la *Victoria* á Gonzalo Gómez de Espinosa. Componíase la dotación de las tres naos en este tiempo, de ciento quince hombres, enfermos en gran parte, pues los más robustos perecieron en Cebú; y por carecer de personal suficiente para utilizarlas todas resolvieron quemar la nao *Concepción*, que era la más quebrantada, destruyéndola para que nadie la pudiera aprovechar. De las cinco de que se componía la expedición, quedaban pues, dos naos: la *Trinidad* y la *Victoria*. Tocaron en la isla de Quipit, con cuyo jefe trabaron amistad, y siguieron hacia Cagayán, deteniéndose en la isla de Pulúan, donde se proveyeron con abundancia de los bastimentos necesarios.

El día 8 de Julio fondearon en Borneo, y aún tardaron hasta cuatro meses más en llegar á las suspiradas *Islas de la Especería*, después de haber recorrido, otras muchas sin rumbo seguro, porque andaban á tientas, y de haber experimentado notables reveses (1).

(1) Juan Carvalho perdió la jefatura de la expedición, á lo que se cree, por haber dado libertad indebidamente á un jefe indio. Ocupó su puesto Gonzalo Gómez de Espinosa, capitán de la nao *Victoria*, empleo á que fué elevado Juan Sebastián de Elcano.

Era el día 8 de Noviembre de 1521 cuando dieron vista á la isla de Tidore, una de las Molucas.

Dos años, un mes y veinte días de indecibles penalidades, de amarguras sin cuento y de pérdidas enormes de todo género, costó á aquellos heroicos navegantes llegar á las *Islas de la Especería*, por la ruta de Occidente, que era lo que se habían propuesto. Mas no se había realizado todavía más que una parte del proyecto de Magallanes, patrocinado por el Emperador, y popular entre los españoles: el complemento de aquella idea, con tal constancia sostenida por el primer jefe de esta memorable expedición, consistía en volver á España, ora por el mismo estrecho que les había franqueado el paso para el Oriente, ó bien por Panamá, pero atravesando siempre el Pacífico, á fin de no molestar á los portugueses, ni ser molestados por ellos, en su derrota por el Cabo de Buena Esperanza.

No podían imaginarse los españoles la acogida que les esperaba en las Molucas. El rey de Tidore, que lo era de verdad y no como el de Cebú, los recibió con imponderables muestras de cariño; se presentó él mismo en la nao capitana, ricamente vestido con túnica labrada de oro, ceñido con un paño blanco y velo de seda en la cabeza, en forma de mitra. Correspondieron los españoles, recibiéndole con salvas de artillería y presentándole los dones que le enviaba el Monarca de Castilla, el más poderoso de la Tierra, que eran: una silla de terciopelo carmesí, un sayón de tela de oro falso, cuatro varas de escarlata, una pieza de damasco amarillo, otra de lienzo, un paño de manos labrado de seda y oro, dos copas de vidrio, seis sartales de lo mismo, tres espejos, doce cuchillos, seis tijeras y seis peines. Dieron también á su hijo una gorra, un espejo y dos cuchillos, y á los caballeros que venían con ellos otras cosas semejantes (1). Almanzor, que así se llamaba el rey, quiso ver moneda castellana y el peso de ella: enseñáronsela; vió también un retrato del Emperador; y habiendo concedido amplísimas facultades para comerciar en sus dominios, y autorizado para que dieran muerte á quien tratase de impedírselo, abrazó á los expedicionarios, y se marchó.

Varios de los españoles fueron á visitar al rey en días sucesivos, refiriéndole cuanto les había ocurrido en tan largo y accidentado viaje, y de nuevo les prometió amistad eterna; díjoles también

(1) Navarrete, tomo IV, pág, 79.

que tal vez por entonces no tendría su isla el clavo de especia necesario para cargar las naos; pero que lo mandaría buscar en otras vecinas. Como tardasen cuatro días en llevar clavo á las naves, dieron muestras de quererse marchar los españoles; y al punto que lo supo Almanzor, se llegó otra vez á la capitana y díjoles que estaba dispuesto á jurar, según su ley, que mientras estuviesen en su puerto él los defendería, siempre que el capitán español jurase igualmente no salir de allí hasta cargar las naves. Juró, en efecto, Almanzor sobre el Corán, y Gonzalo Gómez ante una imagen de Nuestra Señora, y quedaron aseguradas las amistades y concertado el precio á que se darían las especias á cuantos súbditos del rey de Castilla las quisieran comprar. Entrególe entonces el General los treinta moros que traía prisioneros, cosa que agradeció mucho.

La buenísima voluntad del rey de Tidore se manifestó, más aún que en lo que personalmente hizo por los españoles, en lo que procuró que hicieran sus vecinos los reyes de Gilolo, Ternate, Bakián y Makián, todos los cuales se ofrecieron también como amigos del Rey de Castilla y vasallos suyos, dispuestos á autorizar el comercio á todos los españoles. El estusiasmo de Almanzor por los castellanos no reconocía límites, y en sus cartas al Monarca de Castilla le rogaba que le mandase muchos españoles que le enseñasen las costumbres de por acá y le ayudasen á vengar la muerte de su padre, ignominiosamente muerto en la isla de Baru; alguno de los otros reyes hasta pidió ministros de la Religión católica que le enseñasen los sagrados misterios, con el fin de abrazarla.

Estas pruebas de afecto y de amistad, sincerísima sin duda, no fueron suficientes para alejar de los españoles todo temor á una celada; tan vivas estaban en su memoria las catástrofes de Cebú. Buena prueba de ello es que Almanzor quiso ofrecerles un convite de despedida; pero se excusaron finamente, pretextando que no podían detenerse; mas en realidad la causa fué la indicada. (1)

Cargados los dos buques de especias, con algo de miel de unas abejas muy pequeñas que llamaban moscas, habiéndose también embarcado varios jóvenes molucos que venían á visitar á Castilla, ya se aprestaban á darse á la vela, cuando observaron en la nao capitana una vía de agua. Trataron de remediar el percance; mas

(1) Pigafetta, en Ramusio, *Primo volum ... delle Navigationi et viaggi*, fol. 367.—Venecia, MDLXIII.

fuéles preciso descargarla para darle carena. Como esta operación requería más de tres meses, determinaron que Sebastián de Elcano diese la vuelta por la India, portador de cuantos documentos importantes debía llevar Gómez de Espinosa; que éste, bien aderezada su nave, tomase la vuelta del Pacífico, y que, llegando á Panamá, se transportase la carga al mar del Norte—así llamaban al de las Antillas—para trasladarla á España.

Era el 21 de Diciembre de 1521 cuando la nao *Victoria* largó velas en Tidore, al mando de Juan Sebastián de Elcano. Iban á bordo 47 españoles, mas 13 naturales de Tidore. Generalmente llevaban ruta al SO., y después de haber dado vista á varias de las islas Molucas, fueron descendiendo paulatinamente, hallándose á principios de Febrero en la isla de Timor, donde cargaron algo de sándalo blanco y canela. Hubo aquí no sabemos qué discordia entre varios de la nave, y á consecuencia de ella se escaparon á tierra, donde quedaron, un grumete y un soldado. Como al salir de España se les había prohibido, bajo penas severísimas, tocar en la demarcación de Portugal, ya que no pudieron excusar la vía de Oriente, huyeron cuanto les fué posible de encontrarse con los portugueses, á tal extremo, que el 18 de Marzo dieron vista á la isla de Amsterdan, á más de 37° lat. S. Verdad es que no siempre pudieron seguir el rumbo que ellos querían, sino que frecuentemente se veían forzados á caminar á merced del viento.

Aún fué mayor la inseguridad al acercarse al Cabo de Buena Esperanza, pues no lejos del mismo invirtieron varias semanas andando de acá para allá, siendo juguete de los vientos y de las corrientes marítimas. El día 10 de Mayo estaban no lejos de Mozambique, y algunos manifestaron deseos de fondear para tomar algunos refrescos, porque la gente iba muy enferma; pero la mayor parte opinó que antes morir en la demanda que tomar otro rumbo que no fuera el de Castilla. Finalmente, del 19 al 21 de Mayo doblaron el Cabo de Buena Esperanza, y subieron rápidamente hasta la equinoccial, que atravesaron del 7 al 8 de Junio.

Siguiendo por lo común la dirección NO., invirtieron todo aquel mes y parte del de Julio en subir al grado 14 latitud Norte, y ya cerca de las islas de Cabo Verde, enferma casi toda la tripulación, no habiendo comido más que arroz en mucho tiempo, deliberaron sobre arribar á dichas islas, que distarían cosa de doce leguas, ó á la

tierra firme de África (la actual Senegambia), de la cual sólo distaban siete. El caso no dejaba de ofrecer serias dificultades: si se dirigían á tierra firme, probablemente arribarían á algún puerto dominado por los bárbaros, donde sólo á viva fuerza podrían obtener algunos alimentos, y la tripulación no se sentía con fuerza ni alientos para guerrear. También era posible dar con alguna colonia portuguesa, y esto acaso hubiera sido más temible, sobre todo si los portugueses, mortales enemigos de los españoles, llegaban á comprender que se trataba de los restos de la expedición de Magallanes. Era asimismo peligroso presentarse en las islas de Cabo Verde, dominadas por los portugueses; pero darían á entender que venían de América y formaban parte de una flota que se dirigía á España, y no era de creer que los dejasen de remediar (1). Ello es que el día 9 de Julio de 1522 tomaron el puerto del Río Grande, en la isla de Santiago, donde al principio fueron recibidos por los portugueses mucho mejor de lo que esperaban. Preguntaron por el día que era, y dijéronles que jueves, cuando ellos contaban miércoles. No había, sin embargo, equivocación, ni los expedicionarios saltaron día: la diferencia era efecto natural de la dirección en que habían dado vuelta al mundo. Habían muerto 21 hombres desde que doblaron el Cabo de Buena Esperanza.

Dos viajes hizo á tierra el batel de la nao, tripulado por doce hombres, llevando alimentos; mas al tercero, como pidiesen algugunos negros para dar á la bomba y ofreciesen pagarlos con especias, porque no tenían dinero, el jefe portugués cayó en la cuenta de que venían de las Molucas, ó por lo menos de la India, cuyo comercio estaba severamente prohibido por el rey de Portugal á todo extranjero. Así, pues, mandó detener el batel y apresó á los doce españoles que lo tripulaban; y cuando los de la nao, viendo que tardaban sus compañeros, se acercaron á la playa, se encontraron con que les intimaban la rendición. Elcano comprendió que no había tiempo que perder, y que corría inminente peligro de caer en manos de los portugueses, casi á vista de España y del puerto deseado: huyó, pues, á toda vela el día 15 de Julio, y anduvo por muchos días en diferentes direcciones con imponderables trabajos,

(1) Pigafetta dice que se contentaron con encarecer á los portugueses los grandes trabajos é infortunios sufridos para despertar en ellos sentimientos de caridad —Loc. cit., fol. 369 vuelto.

porque la nao hacía mucha agua, y en vez de obtener en Cabo Verde el auxilio de negros que esperaba, perdió los brazos más robustos con los doce hombres que allí quedaron prisioneros. El 18 de Agosto se encontraban á 42° lat. Norte, al Oeste de las Azores; el 24 tomaron dirección SE. Más de una vez temieron por su vida; la mar gruesa, los vientos con frecuencia contrarios, una embarcación descuadernada, dirigida por poco más de una docena de enfermos, no era situación nada halagüeña. Con todo, el 1.° de Septiembre se creían á 81 leguas del Cabo de San Vicente, y el 4 le dieron vista con indecibie consuelo de sus almas.

El día 6 del propio mes (1522) fondearon en Sanlúcar, á los tres años menos catorce días de su salida del mismo puerto, despues de haber andado, según cálculos aproximados, obra de 14.000 leguas. De los 47 españoles que salieron de Tidore, sólo llegaron á Sanlúcar 18: también habían muerto varios de los 13 isleños embarcados en dicho puerto (1). Dos días después llegó la *Victoria* á Sevilla, con el auxilio de otro barco y de varios marineros de Sanlúcar.

Hombres de ardiente fé, aunque frecuentemente parecían desmentirlo con sus obras, en cuanto llegaron á la hermosa capital andaluza organizaron los venturosos navegantes devota procesión, descalzos, en camisa y con sendas velas en la mano, dirigiéndose á las iglesias de Nuestra Señora de las Victorias y Nuestra Señora de la Antigua, á dar gracias al Señor y á su bendita Madre, á quien se habían encomendado en sus angustias (2). La Historia nada dice de los transportes de alegría, de las lágrimas de indecible consuelo, que seguramente derramarían al verse de nuevo en la patria que les vió nacer, á punto ya de abrazar á los suyos, después de haber perdido toda esperanza de volverlos á ver.

Elcano había escrito al Emperador desde Sanlúcar, y no tardó en recibir contestación del Monarca, llamándole para Valladolid, donde por entonces residía la corte. Carlos V recibió, como era de esperar, á su fiel servidor, quien le presentó varios indios de las Mo-

---

(1) Véanse en Navarrete (tomo IV, pág. 96) los nombres de esos 18 heróicos navegantes.

(2) Navarrete (D. Eustaquio), *Historia de Juan Sebastián del Cano*, pág. 106.—Pigafetta dice á este propósito: «Tutti in camicia, & scalzi, con un torchio in mano, andarono a ringratiare alla chiesa maggiore il signor Iddio, che gli hauesse condotti salvi fino a quel punto.» Loc. cit.

lucas, las cartas de sumisión y regalos de los régulos de aquellas remotas islas, y algunas muestras de las especias. Además de concederle la cuarta parte de la veintena de lo que traían (1) y pertenecía á S. M., le dió un escudo de armas „en cuya primera mitad, en lo alto, pusiese un castillo dorado en campo rojo, y en la otra mitad un campo dorado, sembrado de especería, con dos palos de canela, tres nueces moscadas en aspa, y dos clavos de especia, encima un yelmo cerrado, y por cimera *un globo* con esta inscripción: *Primus circumdedisti me.* ¡Magnífico emblema, y sorprendente siglo aquél, en que la Historia contemporánea podía ofrecer tales imágenes para alentar el espíritu caballeresco y emprendedor!„ (2).

Hemos dejado á Gonzalo Gómez de Espinosa carenando la nao *Trinidad* en el puerto de Tidore, con ánimo de emprender su viaje de retorno por el Pacífico. Muy cerca de cuatro meses permaneció en dicho puerto; en ese tiempo recibió, entre otras, la visita del rey de Gilolo, que manifestó deseos de conocer la manera de pelear de los castellanos, los cuales, deferentes siempre, se armaron por complacerle. Pidióle también dos cañones y un lombardero, más otros dos españoles, para con su ayuda pacificar la isla, y todo lo obtuvo del complaciente capitán español.

Suponiendo que España seguiría explotando el comercio de las Molucas, construyó una factoría, mientras con la ayuda poderosa de los naturales seguía arreglando la nao, obra que dió por terminada á principios de Abril de 1522. Al frente de la factoría dejó Espinosa cinco españoles, y embarcaron otros 50 en la nao, que además llevaba de carga unos 900 quintales de clavo. El día 6 del mes indicado largaron velas é hicieron rumbo al Norte, y deteniéndose á las 40 leguas en la isla Moratay, del dominio de Tidore, fueron bien recibidos, y se les facilitó, por dinero, cuanto pidieron.

En cuanto se vieron en alta mar, el capitán reunió al consejo para deliberar acerca de la derrota que convendría seguir, aunque

(1) El clavo de especia neto que vino en la nao *Victoria* pesó 524 quintales, 21 ½ libras. Llegaron además en varias cajas y costales muestras de canela, macia, nuez moscada, y varias partidas de clavo que para sí y de encomiendas traían los oficiales y marineros de la nao: pesaba todo esto 28 quintales, 1 arroba y 10 libras. De todo ello se hizo cargo, por orden de S. M., Diego Díaz, en nombre de su amo Cristóbal de Haro. El valor de las especias superaba en mucho el de los gastos de la expedición. Véase Navarrete, tomo IV, páginas 247-248.

(2) Navarrete (D. Eustaquio), obra citada, pág. 111.

desde mucho antes parecía cosa resuelta, como dejamos indicado. Decidieron seguir la ruta convenida, ó sea la del Pacífico, en consideración á que no habría más de 2.000 leguas desde allí á Panamá, y así respondían mejor á los deseos del Rey, que no quería que se tocase en los dominios de Portugal (1).

Las relaciones contemporáneas y los historiadores de la época nos presentan á estos infelices expedicionarios padeciendo indecibles trabajos en los inútiles esfuerzos que hicieron para llevar á término su proyectado viaje por el Pacífico. (2) Los vientos les obligaron desde luego á tomar rumbo al Norte, y tocaron en las Marianas. Siguiendo casi siempre la misma dirección por espacio de cuatro meses, llegaron hasta el 42° latitud Norte, donde una recia tempestad estuvo á punto de concluir con la endeble embarcación: después que el viento destrozó todo su velamen, viéronse obligados á cortar los castillos. Entre tanto, los expedicionarios estaban casi todos enfermos, y era mucha la mortandad. Sospechando que las lombrices eran la causa, abrieron un cadáver y le hallaron una.

En tan lamentable estado no era posible avanzar: la nao era juguete de las olas; la alimentación escasa y mala, sobre todo para los enfermos. Retrocedieron, pues, con la rapidez posible, y de nuevo dieron vista á las Marianas: en una de ellas se proveyeron de refrescos, no muy exquisitos ni abundantes, pero sí necesarios. Asimismo necesitaban agua; pero dos castellanos que saltaron á tierra volvieron con la desconsoladora noticia de que la isla era pequeña y seca, habitada solamente por cuarenta personas. Entonces salió el mismo Espinosa, y tuvo la suerte de hallar un pozo,

---

(1) Argensola da por hecho este viaje, cuando dice: «La nao *Victoria* por Cabo de Buena Esperanza, y Espinosa por Panamá, traen la ratificación de las Molucas al Emperador Carlos V.» *Conquista de las islas Molucas,* (lib. 1.°, pág. 21). ¡Lástima grande que el elegante escritor aragonés no nos pueda hacer bueno lo que supone realizado con tanta facilidad! Ya lo hemos dicho: más de cuarenta años de titánicos esfuerzos y muchas preciosas vidas había de costar á España hallar—*descubrir* llaman los historiadores contemporáneos—la vuelta del Pacífico, desde las islas del Oriente al Nuevo Mundo. Hé ahí, justamente, uno de los mayores timbres de gloria de Urdaneta, el cual, como veremos más adelante, siguiendo rumbos de antemano por él indicados, y dirigiendo personalmente, aunque anciano valetudinario, la nave en que iba, volvió desde Filipinas á Méjico sin el menor entorpecimiento, y en tiempo relativamente breve.

(2) V. Navarrete, tomo IV, documento núm. 40.—Oviedo, segunda parte, lib. 20, fol. XX, edic. de Valladolid. MDLVII.—Herrera, Dec. 3.ª, lib. 4.°, cap. 2.°

donde llenaron hasta quince pipas de agua potable. Cuando más habían menester de gente sana se escaparon á la isla cuatro españoles, y sólo volvió uno, á pesar de prometerles el perdón á todos.

Con imponderables trabajos, y después de mes y medio de penosísima navegación, bajaron otra vez á las Molucas, á fines de Septiembre del mismo año 1522. Enfermos, hambrientos y derrotados, no hallaron forma de llegar á Tidore; y sabiendo que los portugueses se habían fortificado aquel mismo año en Ternate, mandó Espinosa al escribano de la nave con una carta para el jefe lusitano, Antonio de Brito, suplicándole ayuda para conducir la nao á Tidore. Brito, como buen portugués, era enemigo irreconciliable de los españoles, y bien lo demostró en el caso presente: no se dió prisa en contestar al capitán español; éste no sabía á qué medios apelar á fin de salir del estado por demás angustioso en que se veía; peligraba la nao, porque sólo estaba sujeta por un ancla pequeña ¡y no podía echar más por falta de brazos! Largó vela, como pudo, y salió en demanda de un puerto más seguro. En esto le alcanzaron los portugueses, que de orden de su jefe se apoderaron de la nao para dirigirla como cosa propia hácia donde les convino, amén de despojar á Espinosa de todos sus papeles é instrumentos de marear. Surgieron entre Ternate y Tidore, y los desdichados españoles, después de tanto padecer, se vieron reducidos á prisión, los considerados como sanos; á los enfermos los pusieron en un hospital. Espinosa, que protestó del desafuero y violencia, y pidió testimonio de cuanto se había hecho con ellos, recibió por consuelo único esta contestación: "que si lo pedía muchas veces, se lo darían en una entena."

Extrañará el lector el abandono en que los reyes y naturales de las Molucas dejaron á los españoles; pero una carta del jefe portugués nos da la clave del comportamiento de los indios. Cuando llegó Antonio de Brito pidió cuentas al rey de Tidore sobre sus tratos con los castellanos, y le respondió que los había admitido como mercaderes, „y más por temor que por voluntad." Al día siguiente se ofreció por vasallo del rey de Portugal, y no hay que decir si esta sumisión sería por voluntad ó por temor, cuando era consecuencia de las mal encubiertas amenazas de Brito. Igual vasallaje ofrecieron al Monarca portugués un hijo bastardo del difunto rey

de Ternate y la madre de su sucesor, que eran los regentes, en la menor edad de aquel niño de ocho á nueve años (1).

De los cincuenta que salieron de Tidore en dirección á Panamá, volvieron diez y siete: todos los demás, excepto los que quedaron en las Marianas, habían muerto. De los cinco españoles que dejó Espinosa en la factoría de Tidore, tres estaban presos, uno era muerto, y el otro se había internado en la isla, huyendo de los portugueses. Espinosa le llamó sobre seguro; vino, y también le apresaron. El capitán se enteró de la desdichada suerte que había cabido á la factoría, por boca de los que en ella quedaron: los portugueses la habían destruído, apoderándose de las mercancías reunidas, lo mismo que de cuantos enseres había dejado él cuando partió en Abril.

Cuatro meses de prisión en Ternate fué el premio que recibieron los diez y siete españoles sin ventura por sus anteriores trabajos y privaciones. De allí los llevaron presos á Banda, menos al carpintero y al calafate, que el jefe portugués dijo que los necesitaba. En Banda los detuvieron otros cuatro meses, pasando luego á Java, donde no se puntualiza el tiempo que estuvieron. Trasladáronlos á Malaca, y allí murieron cuatro en Noviembre de 1524, y quedó uno que decían ser esclavo de una hermana de Jorge de Alburquerque, gobernador por el rey de Portugal; los demás tomaron rumbo á la India; pero del escribano Sánchez y otros dos que iban en un junco no se tuvo más noticia (2). Para colmo de desdichas, al llegar á Cochín supieron que aquellos días había salido la flota portuguesa en dirección á Europa, y que tendrían que esperar allí un año más para hallar oportunidad de volver á su patria. El maestre de la *Trinidad*, Bautista Poncero, y León Pancaldo, marinero de la misma, desesperados de tanta rémora é hipócritas dilaciones, se ocultaron en una nao, por nombre Santa Catalina, que venía á Portugal; pero los dejaron en Mozambique. Quisieron devolverlos á las órdenes del Gobernador de la India; pero los temporales impidieron la salida del buque; entre tanto murió Poncero, y Pancaldo se ocultó de nuevo en otra embarcación, y no le echaron de ver hasta que llevaban andadas cien leguas. En Portugal le metieron preso, hasta que el rey le mandó soltar, probablemente con motivo de su casa-

(1) V. Navarrete, tomo IV, documento núm. 30.
(2) V. Navarrete, tomo IV, pág. 104.

miento con la hermana del emperador, la princesa Doña Catalina. Fué el primero que llegó á España, después de los que arribaron en la nao *Victoria*.

Los restantes aún seguían en Cochín: inútil fué que pidiesen al nuevo Virrey, Vasco de Gama, su venia para embarcarse: murió este Virrey á poco; sucedióle Enrique de Meneses, y no tuvieron mejor resultado las gestiones de los castellanos. Murieron dos, y los tres restantes—no quedaban más—tuvieron que esperar otro año. Sólo cuando allí se tuvo noticia del casamiento del rey de Portugal con la princesa dicha, otorgó el Gobernador la tantas veces solicitada licencia, que ya sólo alcanzó á Espinosa, al lombardero Hans y al marinero Ginés de Mafra. No debía terminar aún tan prolongado y penoso calvario: cuando llegaron á Portugal, los metieron en el *limonero*—así llamaban á la cárcel,—donde murió Hans. Los otros dos estuvieron allí cerca de siete meses, y sólo á ruegos del rey de Castilla les dieron libertad. A Espinosa le soltaron algunos días antes; temían mucho más sin duda á Ginés de Mafra, á quien siendo simple marinero, le detuvieron como piloto, por unos libros y otras escrituras que le hallaron, con apuntaciónes del piloto Sanmartín. De más estará añadir que libros y escrituras naufragaron en Portugal, pues eran justamente las cosas que más temían los portugueses, por los datos que pudieran utilizar los españoles en sus futuras expediciones por las islas del Extremo Oriente. Total: de los 55 hombres con que aún contaba Espinosa en Abril de 1522, sólo tres llegaron á España, y éstos, tras varios años de padecimientos; además del licenciado Morales, clérigo, de cuyo viaje nada hablan las relaciones contemporáneas, pero que se sabe llegó á España.

No son un misterio para nadie los motivos que indujeron á los portugueses á emplear tan ruín y miserable procedimiento: querían acabar con los españoles que habían visto las Molucas. Si alguno calificase de poco fundada esta afirmación, deponga todo escrúpulo; pues no la hemos hecho sin consultar documentos dignos de toda fe. En la carta ya citada de Antonio Brito al Rey de Portugal, se lee: „Con D. García envié diez y siete castellanos (eran Espinosa y sus infelices compañeros) para que paguen lo que deben á Jorge de Alburquerque, para que de allí los envíe al capitán mayor de la India, según V. A. me mandó en la instrucción." Se-

guro es que los castellanos no tenían deuda alguna personal que pagar á Alburquerque: de lo que se trataba, por lo tanto, era de que pagasen con su vida el crímen de haber arribado á las Molucas. ¿Que no lo dice claro en las palabras copiadas? Convenido; pero lo dice en estotras, que indigna el leerlas: „En lo que toca al maestre, al escribano y piloto, yo escribo al capitán mayor, que será más servicio de V. A. *mandarles cortar las cabezas* que enviarlos allá. Detúvelos en Maluco, *porque es tierra enferma, con intención de que murieran allí,* no atreviéndome á mandárselas cortar, porque ignoraba si daría á V. A. gusto en ello. Escribo á Jorge de Alburquerque que los detenga en Malaca, que tampoco es tierra muy saludable" (1). Se necesita no tener átomo de pudor, y despojarse de todo sentimiento de humanidad para estampar tales palabras.

Dos no más acerca de la nao *San Antonio,* que se desrotó en el Estrecho de Magallanes, y para nada ha vuelto á figurar en la grandiosa expedición que brevemente hemos historiado. Dicha nao, cuyo capitán era Álvaro de Mezquita, sobrino de Magallanes, fué comisionada por éste para que explorase un brazo de mar en el famoso Estrecho, con orden de volver á los tres días al punto de partida. Hízolo así; y no habiendo hallado á la flota en el sitio convenido, ni rastro alguno que indicase dónde pudiera estar, á pesar de las diligencias que hicieron, el piloto Esteban Gómez y el escribano Guerra dieron voz de vuelta á España. Resistióse el capitán, pero inútilmente, pues le metieron preso, y el barco, al mando de Guerra, llegó á Sevilla el día 6 de Mayo de 1521.

Álvaro Mezquita seguía preso aún á la llegada de la nao *Victoria*, porque Esteban Gómez y los suyos le acusaron de haber aconsejado á Magallanes las violencias que cometió en el puerto de San Julián, extraviando así el espíritu público, y haciendo formar á doctos é indoctos, sin excluir á los jueces que entendían en la causa, ideas muy confusas acerca de lo sucedido con motivo de las diferencias entre Magallanes y Juan de Cartajena (2) en aquel puerto de infausta memoria.

(1) Navarrete, tomo IV, documento núm. 30.

(2) Este y el clérigo Pedro Sánchez de la Reina volvieron á España en la nao San Antonio: si ésta hubiera seguido su viaje, bien triste suerte esperaba á los desterrados.

La importancia de la expedición Magallanes, considerada desde el punto de vista científico, religioso, político y comercial, fué incalculable. Destruyéronse para siempre las antignas teorías sobre la existencia de tenebrosas y fantásticas regiones, habitadas por espantables monstruos, puesto que podía darse por recorrido el Globo en una extensa línea, que abarcaba, no solamente la zona tórrida, sino también gran parte de entrambos hemisferios, pues en uno y otro se acercaron á las zonas glaciales, con que resultó asimismo comprobada la esfericidad de la tierra. Vastísimas regiones, cuya existencia apenas se sospechaba, se abrieron al celo de los misioneros evangélicos, los cuales se apresuraron á formar parte de sucesivas expediciones para extender por todo el Globo los beneficios de la redención. La política colonial de las naciones civilizadas, muy circunscrita hasta entonces, tomó grandes vuelos, y ejercitó los talentos de los estadistas; y no será preciso encarecer la importancia comercial de tales descubrimientos, pues salta á la vista con sólo observar que los beneficios inmediatos del comercio fueron el poderoso acicate que movió en primer término á los conquistadores á realizar tan memorables empresas.



CAPÍTULO II

Expedición Loaisa.—Su jefatura.—Urdaneta.—¿Cuándo nació?—No tomó parte en las guerras de Italia y Alemania.—Ni en la expedición de Magallanes.—Sale la Armada.—Persigue á una nave extranjera.—Incidente entre Acuña y Guevara.—Llegan á la isla de San Mateo.—Información y castigos.—Parten de San Mateo.—Llegan al Brasil.—El río de Santa Cruz.—Peligrosa equivocación.—Cabo de las Vírgenes.—Pérdida de la «Santi Espíritus».—Elcano y Urdaneta.—Inminente peligro.—Urdaneta comisionado.—Los naturales del país.—Falta de agua.—Sabroso banquete.—Nuevo temporal.—Noticias desconsoladoras.—Más temporales y peligros.—Armada reducida á cuatro naves.—Otra vez en el río de Santa Cruz.—Pesca de focas.—Otra vez al Estrecho.—Incendio.—Visita de los patagones.—Puerto de San Jorge.—El Buen Puerto.—Horribles fríos.—Llegada á Cabo Deseado y mar Pacífico.

Hemos dicho más arriba que el pleito que se suscitó entre España y Portugal sobre la pertenencia de las Molucas fué sometido por los soberanos respectivos al estudio de peritos de entrambos países, sin que llegaran á entenderse. Pues bien; apenas se hicieron públicos los resultados puramente negativos de las conferencias sobre las Molucas, apoderóse de

los Españoles grande ánimo y decisión para arrebatárselas á viva fuerza á Portugal. (1) Buena prueba de ello es la rapidez con que se dispuso la nueva escuadra, encargada de negocio tan espinoso y difícil. Cometió el Emperador el apresto de ella á Cristóbal de Haro, el animoso y eficaz cooperador de Magallanes; y aunque ordenó que se enviaran por entonces seis barcos, ello fué que se prepararon siete, tres en la Coruña y cuatro en Vizcaya (Portugalete), merced á la diligencia y esfuerzos de Juan Sebastián de Elcano, el cual animó también á sus parientes, paisanos y amigos para que le prestasen su ayuda. De ahí el razonable número de vascongados—guipuzcoanos en su mayor parte—que se decidieron á acompañarle, lanzándose confiadamente á los azares de un viaje erizado de peligros, por los alientos que les infundía quien tuvo el acierto y la suerte venturosa de enderezar á seguro puerto la única nave que hasta entonces había realizado la circunnavegación del Globo.

Aunque cubierto de lauros inmarcesibles por tan magnífica empresa, no logró el inmortal Elcano lo que tanto ansiaba: la jefatura de la nueva expedición. Sobrábanle méritos y había dado incontrastables pruebas de su pericia; pero ni ésta ni aquéllos bastaban: „Aún se daba, dice el esclarecido biógrafo, demasiada importancia á los privilegios de nacimiento; de suerte que un buen marino, aunque se hubiese ilustrado con el hecho más portentoso, no pare-

(1) Acerca del viaje cuya reseña emprendemos ahora, se han publicado muchos é importantes documentos, siendo dignos de mención especial un *Derrotero* y una *Relación* de Hernando de la Torre, y dos *Relaciones* de Urdaneta. Todos ellos los incluyó el eruditísimo D. Martín Fernández de Navarrete en el tomo V de su nunca bastante alabada *Colección*. Sin embargo, aún permanece inédita la *Relación* más valiosa de cuantas conocemos—también de Urdaneta—referente á la misma expedición. El Sr. Jiménez de la Espada, en los datos que acerca de Urdaneta nos suministró galantemente, dice de esta Relación: «Es la más extensa, completa y curiosa que se ha escrito de ese viaje, y aun la más importante para la Historia Natural de cuantas se ocuparon hasta mucho tiempo después de las cosas del Estrecho de Magallanes é Islas de la Especería, conteniendo noticias que no se encuentran en Pigafetta.» Conjeturo que esta Relación es de las que los portugueses arrebataron á Urdaneta, cuando volvía de las Molucas, según lo cuenta él mismo en la que después dirigió al Emperador, diciendo: «Me tomaron el libro de la Contaduría de la nao..... con otro libro grande mio..... Asimismo tomaron de la dicha caja la derrota que hicimos de aquí á Maluco..... con otras memorias y escrituras.» Nuevo argumento á favor de la conjetura de Jiménez de la Espada es el hecho de estar incompleta la Relación, que solo alcanza al mes de Junio de 1535, en que partieron para Java. No pudo terminarla Urdaneta, porque se la arrebataron los portugueses. Consérvase esta Relación manuscrita en la Biblioteca de S. M., y una copia de ella será nuestra guía principal en cuanto se refiere al viaje de Loaisa.

cía bastante autorizado para el mando superior de la Armada. Y no era ésta una preocupación del Gobierno, sino general. De manera que, aunque el Monarca le hubiese juzgado idóneo para el cargo, habría costado trabajo que cediesen á obedecerle orgullosos hidalgos, mientras nuevas hazañas no hiciesen olvidar su origen de mero armador.“ (1) Es bien extraño, en efecto, para nosotros, lo que en el siglo XVI—y más aún en los precedentes—sucedía frecuentemente en casos análogos: casi siempre era preferido para ocupar el primer puesto, no el más perito en achaques del asunto que se traía entre manos, sino el de más noble alcurnia, sobre todo si á esa condición añadía prendas de carácter y de conocimiento del mundo. Legazpi mismo no debió su nombramiento para el mando superior de la expedición á Filipinas á su experiencia y conocimiento de las cosas de mar, sino á la nobleza de su estirpe, aunque, como tendremos ocasión de ver, contribuyó también á ello la eficaz recomendación de Urdaneta.

En conformidad con las ideas dominantes, el Emperador puso los ojos para tan espinoso cargo en un noble caballero, por nombre D. Frey García Jofre de Loaisa, de la Orden de San Juan, Comendador de Barbales, (2) que aparece sin antecedentes en la Historia, y del cual no se sabe que tuviera ni ciencia ni experiencia de las cosas de mar. Sebastián de Elcano se sometió á las disposiciones del Monarca, conformándose con ocupar el cargo de segundo jefe de la armada. Dos hermanos suyos le acompañaban, el uno como piloto de una de las naos, y el otro como ayudante de piloto. Entre los demás paisanos suyos figuraban Martín Iñiguez de Carquizano, que llegó á ser General de los restos de la flota, y Andrés de Urdaneta, jóven entonces, y cuya vida y hazañosos hechos son el objeto principal de esta historia.

Este varón por tantos títulos ilustre, nació, según unos, en 1499 (v. Cartas de Indias), y según la opinión generalmente admitida, en 1498. Nosotros, que confesamos no compartir nuestra opinión con nadie, tenemos por seguro que vió la luz primera en 1508. ¿Que por qué disentimos de todos? Porque la autoridad del propio

(1) D. Eustaquio Navarrete, *Historia de Juan Sebastián del Cano,* pág. 117.

(1) Este personaje había nacido en Ciudad Real; era el primogénito de D. Álvaro de Loaisa y María González de Yanguas, y hermano de D. Juan, Obispo de Mondoñedo, y de D. Álvaro, Comendador de Paracuellos. *Cartas de Indias,* pág. 786.

Urdaneta nos parece de mucho más peso que la de cualquiera otro, por muy respetable que parezca.

En efecto, en las declaraciones juradas á que sometieron á Urdaneta en Valladolid no más llegar de su primera expedición al Oriente, leemos estas palabras: „Fué preguntando por los preguntas generales, é dijo: que es de edad *de veinte é ocho años, poco más ó menos.*" (1) Aunque estas declaraciones no llevan fecha, sabemos que Urdaneta llegó á Lisboa en Junio de 1536, y que por consejo del embajador Sarmiento salió precipitadamente de allí para ir á dar cuenta al Consejo de Indias, de todo lo ocurrido en su larguísimo viaje de once años. Es, pues, indudable que las declaraciones se hicieron en Septiembre ú Octubre de 1536; y como en dicho año se nos asegura que tenía *veinte é ocho años,* es lógico suponer que nació, no en 1498, sino en 1508. Esta opinión nuestra, que confesamos no compartir con ninguno de los historiadores que han precisado fechas sobre el nacimiento del gran cosmógrafo, adquiere singular fuerza y corroboración con lo que el propio interesado escribe al Rey en carta fechada en Méjico á 28 de Mayo de 1560: „Y dado caso, dice, que segun *mi edad, que pasa de 52 años* y falta de salud que al presente tengo y los muchos trabajos que desde mi mocedad he pasado, estaba necesitado de pasar lo poco que me resta de vivir en quietud; pero considerando el gran zelo de V. M. para en todo lo que toca al servicio de nuestro Señor Dios y augmento de su Santa Fe Católica, me he dispuesto para los trabajos de esta jornada, solamente confiado en el auxilio divino, mediante el cual en su misericordia espero que su divina magestad y vuestra Real Persona han de ser servidos muy mucho." (2) Estas palabras resuelven definitivamente, á nuestro entender, el punto en cuestión: el año 36 escribió que tenía veintiocho años de edad, y el año 60, que cincuenta y dos; luego había nacido en 1508 y no en 1498. Pero detengámonos un momento en los reparos que se hacen á esta opinión nuestra... y también, por lo visto, de Urdaneta. D. Martín Fernández de Navarrete, coleccionador de estos documentos, puso al pie de las palabras por nosotros copiadas una nota que dice así: „Esta (la fecha copiada en el texto) es equivocación, pues según los

---

(1) *Colección de Navarrete,* tomo v, pág. 389.
(1) *Col. de doc. inéd. de la R. Acad. T. núm. 2.—I de las Islas Filipinas,* pág. 108

historiadores de su Orden había nacido en 1498." (1) Por su parte el Sr. D. Francisco Javier de Salas, que dirigió la impresión de dichos documentos por encargo de la Real Academia de la Historia, y los enriqueció con oportunos prólogos y notas, dice también, abundando en la opinión de Navarrete: „Compruébase además por una carta del capitán Carrión que aparecerá en lugar oportuno" (2), Cuanto al reparo de Navarrete, bueno es advertir que el testimonio de los historiadores de la Orden, de que nos habla, se reduce al de Grijalva, de quien lo copian los demás, sin detenerse á aquilatar fechas; y ya se irá viendo que en tales minucias no era Grijalva demasiadamente escrupuloso. Aún es más endeble la autoridad alegada por el señor Salas. En efecto; Juan Pablo de Carrión escribía al Rey en 1564: „Será (Urdaneta) hombre de edad de *más de sesenta años*" (3). De estas palabras de Juan Pablo se quiere hacer un argumento á favor de la opinión, que ya hemos dicho ser general, sobre el nacimiento de Urdaneta en 1498, pues si en 1564 tenía más de sesenta años, no pudo haber nacido en 1508, como nosotros sostenemss. Pero tal afirmación queda desvirtuada y aún completamente anulada con sólo notar que Carrión era émulo de Urdaneta, y sus palabras se enderezaban á demostrar al Rey en el documento citado que la expedición Legazpi sería un desastre más, sin poderlo remediar, porque iba dirigida por un anciano achacoso (Urdaneta) y un hombre sin experiencia del mar (Legazpi). Léanse sus palabras: „Y porque el Visitador y la Real Audiencia hacen más larga relación á V. M. dello, no pongo aquí sino la sustancia de la desconformidad de los pareceres que emos tenido, ques la causa por donde creo me dexan en esta tierra: porque el P. Fray Andrés ha dicho resolutamente, que no se embarcará si el Armada va á donde yo digo; y como el que va por General, ques Miguel Lopez de Legaspe, es de su nación y tierra, y íntimo amigo, quiérele complazer en todo; y como el dicho General, no tiene ninguna experencia en estas cosas, ni entiende ninguna cosa de navegación, por no lo aver usado, no save destenguir lo uno de lo otro y en todo se abraza á la voluntad del Padre" (4). Ahora bien; ¿qué extra-

(1) *Colección,* tomo y página citados, nota.
(2) Ibidem.
(3) Ibid., pág. 210.
(4) Ibid., pág. 209.

ño es que Carrión nos presente á nuestro héroe como hombre de más de sesenta años, cuando según nuestra cuenta sólo tenía cincuenta y seis, dado el objeto que se proponía, y sobre todo no olvidando que, en efecto, Urdaneta debía de representar en aquel entonces muchos más años de los que tenía, ora por sus achaques, ora, sobre todo, por los enormes trabajos, fatigas y privaciones que había padecido? Fuera de eso, sabemos por Aganduru que en uno de los innumerables encuentros con los portugueses, salió con la cara abrasada, por haber reventado á su lado un barril de pólvora, de que quedó, dice el autor citado, con notable fealdad para toda su vida. Dados tales antecedentes, milagro fuera que no representase Urdaneta por lo menos diez años más de los que tenía; y en todo caso Carrión no trató de precisar su edad, sino de manifestar en términos generales que el insigne guipuzcoano con sus años y achaques no era elemento en que se podía confiar gran cosa para la realización de empeños como aquél, en los cuales solían sucumbir, como una larga y triste experiencia enseñaba, innumerables jóvenes rebosantes de salud.

En suma: teniendo en cuenta el fin que Juan Pablo se proponía y las frases nada precisas de que usó, juntamente con los antecedentes que conocemos, sus palabras no tienen alcance alguno para el fin á que se les aplica: Urdaneta seguramente representaba más de sesenta años cuando Carrión le trataba de anciano más que sexagenario; y cuando así no fuera, conveníale representar al Rey que era descabellado el propósito de confiar á tales elementos empresa tan arriesgada. Recuérdense ahora las dos terminantes afirmaciones del propio Urdaneta, declarando, por modo claro y contundente, aunque indirecto, haber nacido en 1508, y dígasenos si es factible en razón y justicia apartarse de ellas.

Fueron sus padres D. Juan Ochoa de Urdaneta y Doña Gracia de Ceraín, ambos de calificada nobleza. (1) Afírmase vagamente que Urdaneta se dedicó en sus primeros años á los estudios eclesiásticos, cursando los de Latinidad y Filosofía; pero que muertos sus padres, que eran los que le inclinaban por tal senda, y no habiendo

(1) «Cuenta la tradición, aunque no sabemos con qué fundamento, que Andrés de Urdaneta abrió sus ojos á la luz en el caserío de Oyanguren, que todavía subsiste, escondido entre árboles centenarios que le prestan grata sombra en los meses de estío.» Carmelo de Echegaray, *De mi país, Miscelánea histórica y literaria*, pág. 165.

recibido aún Órdenes sagradas, se alistó bajo las banderas del Emperador Carlos V, á quien siguió en sus venturosas campañas de Italia y Flandes.

Respecto á la muerte de sus padres, no sabemos hasta qué punto estarán en lo cierto los historiadores: el padre de Urdaneta, según datos que me ha proporcionado mi doctísimo amigo D. Carmelo de Echegaray, era Alcalde de Villafranca en 1511, y en 1527 un Juan Ochoa de Urdaneta ejercía de Fiel Regidor en la propia villa. Cabe que éste fuese hijo ó deudo de Juan Ochoa; pero tampoco juzgo imposible fuera el mismo que diez y seis años antes aparece como Alcalde de la villa mencionada. La autoridad de los historiadores que dan por muerto á Juan Ochoa de Urdaneta, cuando su hijo daba los primeros pasos en la carrera eclesiástica, no es de gran peso; pues esos mismos escritores, mientras por una parte le hacen militar en Flandes é Italia bajo las vencedoras banderas de Carlos V, le suponen también recorriendo los mares en la expedición Magallanes; y entrambas nos parecen afirmaciones gratuitas amén de inconciliables entre sí.

Cuanto á la primera, partiendo de la base, para nosotros inconmovible, del nacimiento del ilustre guipuzcoano en 1508, tenía diez y siete años cuando la Armada de Loaisa se hizo á la vela. ¿De qué naturaleza era nuestro héroe para que mucho antes y no más salir de la infancia, le supongamos figurando en todas las guerras, y embarcándose en todas las naos conquistadoras? Y no como quiera, sino emulando las glorias y proezas de valentísimos soldados y capitanes en la era más grande y gloriosa que tuvieron jamás los ejércitos españoles. Pero no hay nada de eso. Harto niño era cuando al amparo de su conterráneo el gran Sebastián de Elcano, se lanzó á la ventura de las mares en la expedición indicada, y no podemos suponerle ya cubierto con el polvo de los combates, á menos de arrojarle desde los brazos de su nodriza á la sorpresa de Molza ó á los campos de batalla de Pavía. Pero una vez más será el mismo Urdaneta quien nos resuelva la cuestión. Supónese, en efecto, que no sólo tomó parte en las guerras mencionadas, sino que llegó á la categoría de capitán, y no ciertamente en brazos del favor, sino en los de sus méritos; pero el interesado, como si aun después de muerto rechazase los favores, viene á desmentir ese diciendo que había servido al Rey en el Maluco, *así de sol-*

dado como de capitán, como en cargos de su Real Hacienda. (1) Luego Urdaneta era simple soldado, y como tal figura al llegar á las Molucas, y con más razón al salir de España; luego no sólo era imaginario el título de capitán que le regalaron, añadiendo que lo había ganado en las guerras de Italia, etc., etc., sino también su intervención en ellas. Otra razón hay de más peso aún, si cabe, que las alegadas para creerlo así: Urdaneta en sus cartas al Rey expone repetidas veces sus méritos, no sólo como marino, sino también como hombre civil, en los diferentes cargos en que le ocupó el Virrey en Méjico; insiste, sobre todo, en su expedición á las Molucas. Esta insistencia se comprende muy bien, si se observa, que el Monarca era entonces el árbitro único de los favores, que otorgaba á quien bien le parecía; y aunque Urdaneta nada pretendía para sí, como observantísimo religioso que era, al escribir dichas cartas, no podía olvidar que pertenecía á una Orden religiosa que, como todas, se esforzaba en ganarse la real benevolencia. Sin embargo, en las repetidas reseñas de sus méritos, jamás leemos ni la más mínima alusión á los que pudo adquirir en esas soñadas guerras, y no hay duda que si gloriosa fué su participación en la fracasada empresa de las Molucas, mucho más gloriosa y meritoria hubiera aparecido la que quieren regalarle en las campañas de Italia, coronadas por espléndidas victorias. Luego si no las menciona, es porque no tomó parte en ellas, que en otro caso, repetidas ocasiones tuvo de traerlas á colación oportunamente, y no es dudoso que le hubieran engrandecido ante el Rey, y hubieran centuplicado sus méritos, que refluirían en la Orden religiosa á que pertenecía. Concluyamos, pues, que en esto como en otros varios puntos, se ha forjado una novela, que debe desaparecer ante la crítica seria y desapasionada.

¿Qué decir ahora de su intervención supuesta en la expedición de Magallanes? Que es evidente que no le cupo tan alta gloria. Once años tenía, por nuestra cuenta, cuando se hizo á la vela dicha expedición. ¿Qué iba á hacer en ella un niño de tan corta edad? A mayor abundamiento conocemos la lista completa de los que la formaban, y el nombre de Urdaneta brilla por su ausencia en ella. Pero también aquí es él mismo el que va á salir por los fueros de

---

(1) Carta de Urdaneta al Rey en la *Colec. de Doc. inéd. de la R. A. de la Hist.*, tomo núm. 2., *I de las Islas Filipinas*. pág. 107.

la verdad, resolviendo de plano la cuestión y cerrando la puerta á todas las posibles tergiversaciones. En las declaraciones más arriba citadas leemos lo que sigue: „A la segunda pregunta dijo (Urdaneta): *que este testigo no fué en la Armada de Magallanes,* de que en esta pregunta se hace mención; pero que ha oido decir.....“ etc. No es menester insistir sobre este punto; sólo hacemos notar que si el mismo Urdaneta no hubiera salido tan oportunamente al encuentro de Grijalva, oponiendo una rotunda negativa á la afirmación de éste, exactamente lo mismo que al fijar la fecha de su nacimiento, se hubiera seguido repitiendo la especie con igual seguridad que otras muchas que sólo reconocen el mismo endeble fundamento.

Se nos dirá, por ventura, que despojamos á Urdaneta de sus más ricos lauros en nuestro empeño de aquilatar los hechos de su vida; mas este reparo no influye ni poco ni mucho en nuestras afirmaciones: sobre que no escribimos un panegírico, queremos reducir las cosas á su punto, por lo mismo que á nadie cedemos en admiración y entusiasmo por el ilustre hijo de Villafranca. Los sagrados derechos de la verdad son anteriores y superiores á todo, aún en asuntos al parecer de escasa importancia, y Urdaneta, además, no ha menester de mentiras piadosas ni de glorias postizas para brillar con luz propia, como astro de primera magnitud, en el cielo de nuestra Historia.

Desbrozado el camino de malezas, de ficciones, queremos decir, y leyendas que afeaban el puro y nativo brillo de la verdad histórica, volvamos al punto de partida. La vida de Urdaneta, como dice oportunamente el Sr. Echegaray, „empieza para nosotros cuando en 1525 le vemos, todavía mozo, formar parte de la expedición que se organizó en la Coruña bajo el mando de Frey Juan García Jofre de Loaisa“. (1)

Pero volvamos á la expedición Loaisa, que reclama toda nuestra atención. Hechos los preparativos necesarios, artillada y pertrechada cual convenía la Armada, (2) que iba provista asimismo de mu-

---

(1) *De mi país,* pág. 166.

(2) Componíase, como se ha dicho, de siete naves, cuyos nombres, porte y Capitanes eran:

cha lencería, paños, buhonería y otras cosas de rescate (1), Loaysa hizo pleito homenaje en manos del Conde D. Hernando de Andrada, los capitanes en las del General, y cada soldado en las de su capitán respectivo. Lo mismo que á los anteriores expedicionarios, se les prohibió tocar en la demarcación de Portugal, para evitar contiendas, ignorando el que tal ordenaba que, de hecho, el único objeto de aquella expedición era despojar á Portugal de lo que legalmente había adquirido. Al repartirse la gente en las naos, á nuestro Urdaneta le destinaron á la Santi-Espíritus, á las órdenes inmediatas de su amigo Juan Sebastián de Elcano, que le manifestó especial afecto, según veremos más adelante.

En la madrugada del 24 de Julio de 1525 levaron anclas en el puerto de la Coruña, y, sin que ocurriera cosa digna de mención particular, llegaron el día 2 de Agosto á la isla de la Gomera, una de las Canarias. Allí, por indicación de Sebastián de Elcano, hubo Junta de Capitanes, y resolvieron dirigirse, tan pronto como pudieran, al Estrecho de Magallanes; que si los vientos y corrientes les obligaban á separarse, cuidase cada nave de arribar á la bahía de Todos los Santos, y esperase allí veinte días; si al cabo de ellos no llegaban los demás, debía plantar una cruz grande en una isla, y colocar al pié de ella una carta metida en una olla, indicando el camino emprendido. En circunstancias análogas, debían hacer otro tanto en el río de Santa Cruz.

Detuviéronse en la Gomera hasta el 14 de Agosto, tomando leña, agua, carnaje y atavíos, dice Urdaneta. Al tiempo de hacerse á la vela, se notó la falta de algunos soldados, que no sabemos si maliciosa ó inocentemente quedaron en tierra. Cuatro días después, yendo á la vela con viento próspero, á poca distancia de Cabo Blanco, se rompió el palo mayor de la nao *Capitana,* y fué necesa-

Nombres de las naos.	Su porte en toneladas.	CAPITANES
Santa María de la Victoria...	360	Frey García Jofre de Loaisa.
Santi-Espíritus..............	240	Juan Sebastián de Elcano.
Anunciada...................	204	Pedro de Vera.
San Gabriel..................	156	D. Rodrigo de Acuña.
Santa María del Parral.......	96	D. Jorge Manrique de Nájera.
San Lesmes..................	96	Francisco de Hoces.
Patache Santiago............	60	Santiago de Guevara.

El total de los individuos de la Armada era de 450. Vid. Navarrete, tomo v, pág. 3.

(1) Id. Ibid., pág. 3.

rio que Sebastián de Elcano enviase dos carpinteros en su esquife, con gran riesgo de sus vidas, porque la mar andaba muy brava, para reparar el daño. Entre tanto, la Armada navegaba con trinquete, y no habían hecho más que comenzar el arreglo de la *Capitana,* cuando ésta, en medio de un aguacero, embistió á la *Santa María del Parral* y le deshizo toda la popa, rompiéndole además el palo de mesana. Al punto se le auxilió con tablas y carpinteros con que pudiese remediar el destrozo.

Hallándose el día 5 de Septiembre á la altura de seis grados y minutos, no lejos de Sierra Leona, dieron vista á una nave, que así al pronto la creyeron francesa; y como Castilla y Francia estaban en guerra, toda la Armada, por orden del General, dió tras ella; mas viendo que perdían camino, porque la nave perseguida huía á toda vela, dió contraorden el General, y á fin de hacerse entender de las más lejanas, que eran la *San Gabriel* y la *Santiago,* mandó disparar dos tiros, pero sin resultado, porque ellas siguieron su camino: „No sé, dice Urdaneta, si por no oír los tiros, ó por cumplir su apetito.“ Al cabo de buen rato, el patache *Santiago,* capitaneado por Santiago de Guevara, alcanzó á la nao extranjera, y la hizo amainar; y conociendo que era portuguesa, rogó al Capitán que se llegase á hablar al Jefe español. Al punto obedeció el portugués, y ya se dirigían todos á platicar con el General, cuando toparon en el camino con la *San Gabriel,* cuyo Jefe, Rodrigo de Acuña, mandó disparar un tiro, como indicando á los portugueses que amainasen; pero como iban de paz, obedeciendo á los ruegos de Guevara, no hicieron caso de las órdenes de Acuña, el cual, tomándolo, sin duda, á desaire, mandó dar voces de que amainasen, que si no echaría la nao inmediatamente á pique. Tal proceder disgustó en gran manera, y con sobrada razón, al Capitán Guevara, y se lo afeó á su compañero Acuña, diciendo que estaba maravillado de su gran descomedimiento, al tratar de aquella suerte á una nave que iba rendida á ponerse á las órdenes del General. Con esto trabáronse de palabras hasta desafiarse—¡españoles al fin y puntillosos hasta lo absurdo, y de sangre y temperamento ardentísimos,! —y á punto estuvieron de disparar sus cañones por cosa tan baladí (1). El General recibió muy bien á los portugueses, y se enteró

(1) Sobre este, como sobre otros muchísimos puntos, hablan muy brevemente las relaciones impresas: sólo la hasta ahora inédita, de que me sirvo, obra de Urdaneta, desciende á los pormenores que arriba se expresan.

de que venían de la isla de Santo Tomás, en el golfo de Guinea, y escribió cartas á España, con que se separaron para seguir cada cual su derrota.

Desde el día 6 comenzó á escasearles el viento, á tal extremo, que en mes y medio no anduvieron arriba de 150 leguas. El 15 de Octubre descubrieron la isla de San Mateo: distaban de ella diez leguas, y aún tardaron en tomarla hasta el 20 del propio mes, en que llegaron las seis naos mayores; el patache *Santiago* quedó á distancia porque no podía barloventear, y fué preciso que la *Anunciada* le soltase un cabo por popa para llevarle al surgidero. En esta isla, á falta de mejor arsenal, pusieron en seco el patache para limpiarle y darle un recorrido, porque venía muy sucio, añadiéndole además vela redonda. Asimismo precintaron las velas de las naos restantes para fortificarlas, aprovechando aquel descanso, y en la previsión de que en semejante viaje, que iba resultando pesadísimo, todo lo habían menester. Proveyéronse de agua y leña y de abundancia de peces de diversos tamaños, cogiendo también naranjas, palmitos, algunas gallinas, huevos y muchas aves bobas que mataban á palos. Uno de los días cogieron un pescado grande y hermoso los de la nao *Capitana,* y el General convidó á varios de los Capitanes y Oficiales del Rey, y todos los que de él comieron enfermaron de gravedad, pero se restablecieron pronto.

Estando en dicha isla mandó el General hacer información sobre lo ocurrido entre Rodrigo de Acuña y Santiago de Guevara, cuando la captura de la nao portuguesa, y el primero fué condenado á dos meses de *destierro* de su nao, ocupando su puesto Martín de Valencia; el segundo á otros dos meses de pérdida de sueldo. Se trató igualmente de substanciar otra causa, acaso más delicada: venían presos en la *Capitana* y en otras varias naos siete ú ocho *gentileshombres,* acusados por Juan Sebastián de Elcano de haberse querido amotinar contra él; y estando el Capitán General determinado de mandarles dar tormento para hacerles confesar la verdad, garró la nao *Santi Espíritus* (1), de tal manera que se vió obligada á hacerse á la vela. Viéndolo el General, y en consideración también á que Sebastián de Elcano, Jefe de la misma nao, con algunos más, estaba en la *Capitana,* y la *Santi Espíritus* se alejaba por momen-

(1) El piloto Uriarte dice que la nao *Victoria* iba garrando sobre la *Santi Espíritus,* y por eso ésta largó amarras.—Vid. Navarrete tomo IV, doc. núm. XIV.

tos, hasta perderla de vista, mandó levar anclas y proseguir el viaje (1). Tan oportuno incidente libró á los desdichados gentileshombres de un castigo durísimo.

El tiempo se presentaba amenazador, los vientos eran contrarios, y bien puede decirse que aún no habían afrontado ni uno solo de los gravísimos obstáculos que eran inseparables de tal expedición. Nada de esto se les ocultaba á los Jefes de la misma, y, al arrancar tan á deshora del puerto de San Mateo el día 3 de Noviembre, celebraron Junta sobre lo que convendría hacer. Se apuntó la idea de tomar por el Cabo de Buena Esperanza; pero al punto fué rechazada, porque no ofrecía mejor cariz el viaje por dicho cabo que por donde ellos desde un principio intentaron, y resolvieron proseguirlo.

El día 4 de Noviembre, juntas ya las siete velas, partieron en dirección SO., y el 19 se hallaron cerca de las costas del Brasil. A falta de pasatiempos más divertidos, entreteníanse viendo y pescando peces voladores. Debió de llamar extraordinariamente la atención de Urdaneta la presencia y manera de volar de estos vistosos peces, como se desprende de sus palabras, que son de grande encarecimiento (2). Al amanecer del 5 de Diciembre distaban de la tierra firme tres leguas: habían tardado, pues, muy cerca de cuatro

(1) La isla de San Mateo estaba despoblada en aquel entonces; pero un portugués que iba en la Armada dijo que antes la habían poblado los portugueses, y que los esclavos negros habían matado á sus señores y á todos los cristianos. Así debía de ser, pues se hallaron casas, huesos humanos y una gran cruz hincada, con un letrero que decía: «Pedro Fernández pasó por aquí el año de mil y quinientos y quince.» Urdaneta, en la Relación citada, dice hablando de esta isla: «Es despoblada, é hallamos dos cabezas de hombres muertos, y..... unas letras en portugués, que decían: aquí moreo el desditado de Juan Ruyz, porque lo meresçao.»

(2) «Había—dice—mucha pesquería, é cada dia viamos una cosa ó pesquería la más fermosa de ver que jamás se vió; y es que hay unos peces, mayores que sardinas los cuales se llaman voladores, por respecto que vuelan como aves en aire, bien un tiro de pasamuro; que tienen alas como casi de murciélago, aunque son de pescado; y éstos vuelan y andan á manadas. Y así hay otros pescados tan grandes como toninas, que se llaman albacoras, las cuales saltan fuera del agua bien longura de media nao, y éstas siguen á los voladores, así debajo del agua, como en el aire, que muchas veces viamos que yendo volando los tristes de los voladores, saltando en el aire las albacoras los apañaban. E asi mesmo hay unas aves, que se llaman rabihorcadas, las cuales se mantienen de los peces voladores que caçan en el aire; que muchas veces los voladores, aquejados de las albacoras y de otros pescados que les siguen, por guareçerse vuelan donde topan luego con las rabihorcadas, e apañan de ellas: de manera que, ó de los unos ó de los otros siempre corren los voladores á dar dentro en la nao; y como tocaban en seco, no se podían levantar, y así los apañábamos.» Relación inédita citada.

meses y medio desde España á las costas del Nuevo Mundo; bien es verdad que descendiendo más de 60°, porque se encontraban á 21° 30' latitud Sur. Siguiendo por lo regular la misma dirección SO. en demanda del Estrecho de Magallanes, y con tiempo relativamente próspero, caminaron á lo largo de la costa, ó por lo menos sin separarse mucho de ella, hasta el 28 del mismo mes, que se hallarían á los 40° latitud S. En dicho día, no pudiendo sufrir velas, por la fuerza del viento contrario, corrieron sólo con el papahígo del trinquete. El 29 aún fué más recio el viento, y anduvieron diez leguas sin vela ninguna: al medio día amainó, y observaron que había desaparecido la nao *Capitana*. Elcano era de opinión de ir en su busca á sotavento, y á ello se avenían los demás Capitanes, pero el piloto de la *San Gabriel* se opuso, alegando que lo convenido con el General era seguir el derrotero que llevaban hasta el río de Santa Cruz. Así lo hizo la *San Gabriel*, mientras las cinco naos restantes torcieron en busca del General: no hallándole en tres días que emplearon en esta pesquisa, tomaron la primitiva derrota con rumbo al Estrecho.

El 12 de Enero de 1526 llegaron sin novedad al río de Santa Cruz, que está pasados los 50° latitud S. Elcano deseaba detenerse allí hasta la llegada de la *Capitana* y de la *San Gabriel;* pero los Capitanes y Oficiales opinaron que iban á perder inútilmente el tiempo, exponiéndose á que se echase encima el invierno, con grave perjuicio de la Armada; por lo cual convenía seguir adelante, colocando la cruz convenida de antemano en una isleta del río, y al pié de ella una carta, en que se avisase al General cómo le esperaban en el puerto de las Sardinas, dentro ya del Estrecho. El patache se encargó de cumplir este acuerdo, mientras las demás naves siguieron su camino. Estas llegaron dos días después á un río; y pensando que era el Estrecho, quisieron penetrar por él; mas cuando se dieron cuenta, ya habían encallado todas, con inminente peligro de perderse. Elcano sacó su esquife y mandó á su hermano Martín Pérez con el clérigo D. Juan de Areizaga, el Tesorero Bustamante, el artillero Roldán—uno de los compañeros de Magallanes—y otros tres ó cuatro, á que hicieran un reconocimiento sobre si era ó no el Estrecho, con orden de encender tres fogatas en caso afirmativo. Bustamante y Roldán quisieron muy pronto dar por resuelta la cuestión en este sentido; pero se oponían Areizaga y Mar-

tín Pérez. Para asegurarse, pasaron más adelante, saltaron á tierra y anduvieron tres leguas, y entonces convinieron todos en que no era tal Estrecho, sino un río (al cual llama Urdaneta Sant Alifonso), y volvieron al punto de partida; pero ya no hallaron á la Armada, antes en la pleamar se desencalló y salió á alta mar, para venir al anochecer á un bajo del Cabo de las Vírgenes.

Serían las diez de la noche cuando levantó un viento recio, que fué aumentando hacia el amanecer del siguiente día, en tal extremo, que todas las naves garraron, á pesar de las cuatro anclas que cada una tenía echadas, y se iban á la costa; las olas llegaban á la mitad de los palos más altos, y no había en las embarcaciones quien pudiera moverse del sitio que ocupaba: los marineros, descorazonados (desmayados dice Urdaneta), porque conocían que estaban perdidos, y los soldados sin poderse tener en pié. Sebastián de Elcano, conociendo que no había otro remedio más que entregarse á la ventura, dando con la *Santi Espiritus* en tierra, mandó largar cables y arbolar el trinquete, con que, en efecto, dió al través en la costa, en el período álgido de la tempestad, cuando las olas alcanzaban las gavias, presentando un espectáculo aterrador. Lo más lamentable fué que, de diez hombres que pretendieron tomar tierra á nado, se ahogaron nueve, porque la resaca los iba metiendo debajo de la misma nao, y la fuerza de las olas los despedazaba contra ella. Los demás saltaron con la ayuda de un cabo que lanzaron á tierra, no sin gravísimo peligro de sus vidas, en camisa y completamente mojados y enteleridos. „El lugar á donde salimos—dice Urdaneta, que era uno de los actores en aquella escena espantosa y desgarradora—está maldito, que no había en él otra cosa que guijarros; é como azía mucho frío, ubiéramos de pereçer, sino que tomamos por partido de correr á una parte y á otra por calentarnos" (1). Esto ocurrió á cosa de las diez de la mañana, y poco después se inició la bonanza y quedó la nao en seco: gracias á esto pudieron sacar de ella algunos alimentos y cajas; pero aquella misma noche, recrudeciéndose el temporal, se abrió la nao por un costado y esparció cuanto había en ella.

Las demás naves pudieron sostenerse, aunque con gran trabajo, y sus capitanes enviaron á llamar á Sebastián de Elcano para que las enderezase por el Estrecho. Al embarcarse en el batel que

(1) Relación citada.

le había de conducir á ellas, Diego de Covarrubias, factor de la nao destrozada, y otros varios, quisieron también embarcarse; pero, viendo que los demás reclamaban, sólo permitió que le acompañase Urdaneta, prometiendo venir por todos los demás cuando fuese oportuno. Asimismo dispuso que fuesen cinco hombres en busca de su hermano Martín Pérez y compañeros, con una carta en que les anunciaba las desgracias ocurridas: todos ellos llegaron días después sanos y salvos, aunque habían pasado grandes penalidades, al lugar de la catástrofe.

Elcano y Urdaneta se embarcaron en *La Anunciada* (las otras dos eran *Santa María del Parral y San Lesmes*), y el día 17 de Enero se hicieron las tres á la vela, con ánimo de embocar el Estrecho; pero, cuando se hallaban obra de cinco leguas del mismo, se desencadenó furioso vendaval, y á cosa de la media noche perdieron los bateles, á pesar de estar surtos. Tal y tan espantoso era el temporal, que la gente se amilanó al ver que nada valían anclas ni amarras, y que *La Anunciada* iba garrando hacia espantables barrancos, donde „ni de día—dice Urdaneta—podía escapar á vida ninguno de nosotros.“ „Y estando toda la gente—prosigue—pidiendo misericordia, llegó Juan Sebastián de Elcano é dijo á Pedro de Vera—capitán de la nao—que esforzase la gente para que trabajasen en lo que les mandasen, é que con la ayuda de Dios, escaparía la gente y la nao, si ellos quisiesen trabajar como buenos marineros“ (1). Con esto se animó la gente, largaron velas y salieron á ancha mar, hasta perder de vista la tierra y las otras naos. A los dos días volvieron de nuevo al Estrecho y avanzaron dentro de él más que antes, hasta la bahía de la Victoria, y hallaron allí surtas á las dos naos, que creían perdidas, porque no las habían visto en varios días. „Dios sabe—dice Urdaneta—cuánto placer ubimos en allarlos allí, porque pensábamos que serían perdidos“ (2).

Domingo 21 de Enero, juntos los tres capitanes con Sebastián de Elcano, concertaron de mandar al día siguiente á Urdaneta con media docena de hombres al lugar donde habían quedado los náufragos de la *Santi-Espíritus,* á participarles cómo los tres navíos estaban surtos dentro del Estrecho, y que, entrando más adelante en otro puerto y dejando allí una de las naos, volvería Elcano

(1) Relación citada.
(2) Id. id.

con las otras dos por todos ellos y por las mercadurías, vinos, artillería, munición y jarcia, avisándoles entre tanto que lo tuviesen todo dispuesto para cuando se presentasen las naos (1). El mismo día 21 por la tarde divisaron en la costa gente que parecía vestida de colorado. Movidos de curiosidad, enviaron un esquife, que volvió trayendo un patagón de tamaño desmesurado, cubierto con un pellejo de cebra, calzado de abarcas del mismo pellejo, y con plumas blancas en la cabeza. Cerca ya de las naves, atónito y espantado de lo que veía, resistíase á subir á ellas, y fué necesario *echarle un aparejo* para meterlo dentro (2). En medio de las terribles amarguras y padecimientos de todo linaje, tuvieron un buen rato de esparcimiento con el patagón (3).

Según lo acordado, el día 22 salió Urdaneta con los seis compañeros que le dieron (en la relación impresa dice que fueron cinco). No bien saltaron á tierra, viéronse rodeados de indios, hombres y mujeres, que les pedían de comer y beber; era, sin duda, que el patagón había ponderado lo bien que le fué con los españoles. Y como quiera que éstos llevaban medidos sus alimentos, no podían prodigarlos mucho, aunque todavía se excedieron, desprendiéndose de lo que muy pronto habían de echar de menos. En efecto, la noche siguiente dieron fin á cuanto llevaban; y los indios, que tuvieron alientos para seguirles hasta entonces, en cuanto vieron que las mochilas de los españoles quedaban completamente vacías, los abandonaron. Urdaneta y sus compañeros prosiguieron el viaje al día siguiente, y con el ejercicio no poco violento de caminar leguas y leguas por un terreno áspero y salvaje, pronto sintieron el aguijón del hambre; pero sobre todo hizo presa en ellos una sed rabiosa que los ponía á morir, y bien creyeron que era aquél su último día. Sacando fuerzas de flaqueza, se esparcieron en busca de algún pozo ó manantial donde refrigerarse, y en esto se acordó Urdaneta

(1) Relación impresa, en Navarrete, tomo v, doc. 26.

(2) Relación inédita.

(3) «Diéronle de comer é de beber, el cual se olgó mucho con ello; é como probó el vino, nunca jamás quiso beber agua. Así mesmo le dieron entre otras cosas un espejo, con el cual hizo tantas cosas de ver su figura dentro del espejo, que no haría más un mono; que verdaderamente creía que algún indio *estaba* tras el espejo, é á veces iba muy quedito á asirle, é como no podía asirle, daba las risadas que á tiro de escopeta se oyeran: después estuvo muy contento é bailó buen rato y hizo señas que le llevasen á tierra é luego se lo llevaron en el mismo esquife, el cual fué muy contento.» Id., Relación inédita.

de que tal vez se remediara en tan extrema necesidad tomando su propia orina; hízolo así, y se sintió grandemente aliviado, "é torné en mí—dice,—como si hubiera comido ó bebido„. Al poco rato dió con algunos de sus compañeros, que estaban alrededor de un charco; muy cerca de allí encontraron algo de apio, y jamás gastrónomo alguno halló tan sabrosos sus exquisitos manjares como aquellos desventurados el apio y el agua encharcada.

Al atardecer de aquel mismo día llegaron á la costa, y siguieron por ella hasta muy avanzada la noche. Entonces notaron que subía la marea y que los tenía cercados, no quedándoles otra salida, si no querían perecer bajo las entumecidas olas, que trepar por espantosos barrancos; „é quiso Nuestro Señor, aunque fué con mucho trabajo, darnos gracia para subir arriba: subidos arriba, dimos gracias á Dios por la merced que nos había hecho" (1). Ese era el soldado español de aquellos buenos tiempos: su arraigada fe hallaba constante esfuerzo en Dios para salir airoso en los lances más difíciles de la vida; y al recibir un beneficio, el noble, aunque rudo corazón de aquellos hombres de acero volaba al cielo en alas de esa misma fe y del más profundo agradecimiento.

Allí, encima de los despeñaderos, se resolvieron á pasar la noche: encendieron fuego y se pusieron á asar dos patos y un conejo que habían cazado por la tarde; „y quiso mi dicha—dice Urdaneta —que tomando el fuego un frasco de pólvora, me quemó todo, que me hizo olvidar todos los trabajos é peligros pasados" (2). Todo esto no les impidió cenar alegremente de aquellas viandas, que no debían de tener más aderezo que el buen apetito de los que las tomaban. Repartieron sus guardias y se echaron á dormir los que podían, por turno, cuando en el primer sueño oyeron cerca los ladridos de los adives, con lo cual creyeron verse rodeados de patagones. No es extraño: los repetidos golpes de la desgracia pueblan la imaginación de temerosas sombras; y bien que aquellos hombres, que exponían su vida con tanta frecuencia jamás dieron abrigo en su pecho al miedo, todavía les obligaban las circunstancias á vivir muy sobreaviso, siquiera para no morir sin gloria, ó sin vender muy caras sus vidas. Ello fué que, después de un día de horribles fatigas y privaciones, pasaron toda la noche en vilo.

(1) Urdaneta, Relación inédita.
(2) Idem íd.

Al ser de día bajaron de nuevo á la ribera, y por ella caminaron largo rato; hallaron abundante agua potable y unas á manera de ciruelas monteses, de que se alimentaron, habiendo llegado felizmente aquella tarde al lugar donde les esperaban los náufragos de la *Santi-Espiritus*. Como éstos estaban faltos de noticias de las naos, temían se hubiesen perdido; y cuando supieron por Urdaneta y compañeros que todas tres estaban en salvo, experimentaron grandes transportes de alegría. Esta se centuplicó al divisar un rato después á la *Capitana*, la *San Gabriel* y el patache, naves las dos primeras que habían perdido de vista desde hacía muy cerca de un mes, y la última en el río de Santa Cruz.

Si no hubiesen variado de rumbo las que venían con Sebastián de Elcano, juntáranse muy pronto con el General, pues éste siguió la derrota prefijada en cuanto se lo permitieron los vientos contrarios. Por eso se unió con la *San Gabriel;* al patache lo hallaron en el río San Ildefonso. En suma: que el empeño mismo de buscar al General les alejó de él. Cuando Loaisa tuvo conocimiento de cómo se salieron del derrotero previamente acordado, sólo por ir en su busca, se enojó mucho, y con razón, aunque no dejó de comprender la buena fe con que obraron.

Al saber el General, por los náufragos, lo ocurrido durante su ausencia, largó velas hacia donde estaban surtas las otras naos. Allí mandó á Martín de Valencia que pasase á la *Anunciada;* que Rodrigo de Acuña volviese á su antiguo cargo de capitán de la *San Gabriel* (del cual sabemos que fué temporalmente desposeído), y que Sebastián de Elcano, con las carabelas *Parral* y *San Lesmes* y el patache *Santiago,* volviese á recoger la gente, ropas, mercaderías, jarcias y todo cuanto se había salvado de la *Santi-Espiritus*. Elcano salió el 26 de Enero á cumplir su cometido, y en cuanto llegó al lugar del naufragio se dió prisa en embarcar la gente y objetos expresados (1). Iba á partir el día 5 de Febrero para unirse con Loaisa, cuando se desencadenó furioso vendaval, obligándole á meter el patache en un arroyo, y á salir con las naos mayores de aquel punto. La *Parral*, donde iban Elcano y Urdaneta, se dirigió, ó más bien fué arrojada, hacia el Estrecho, y surgió en un pequeño puerto dentro de él, mientras la *San Gabriel* salió á alta mar. Era el 9 de Febrero, y todavía seguía allí Elcano esperando la bonanza,

(1) Navarrete, tom. v. pág. 26.—Urdaneta, Rel. inéd.

cuando vió salir por el Estrecho á la *San Gabriel;* mandó disparar un cañonazo, avisándole que estaban allí, y momentos después surgía cerca de ellos la nave expresada, portadora de noticias desconsoladoras (1): la propia tormenta que les puso á ellos en grande aprieto, había hecho garrar á la *Capitana,* á pesar de sus cinco anclas y otros tantos ayustes, arrojándola hacia tierra. Ni el haber cortado la obra muerta, ni la echazón, ni cuantos arbitrios emplearon, fueron parte para evitar que el viento la forzase á dar en la costa, golpeándola allí despiadadamente las olas. Tuvo que abandonarla toda la gente, menos el maestre y los marineros. Concluía diciendo el capitán de la *San Gabriel* que, en su opinión, podía darse por inutilizada la *Capitana,* y que él optó por abandonar el Estrecho, como único remedio para salvarse en tan extremado lance. Elcano mandó sin pérdida de momento á sus mejores marineros por tierra, y después supo que habían llegado con gran oportunidad, pues con su ayuda sacaron á flote la *Capitana* y le arreglaron el timón, poniéndole por de pronto en condiciones de andar algo, mien-

(1) Navarrete, apoyado en el doc. 14, que publica en el apéndice al tomo v, afirma que la nao *San Gabriel* tomó primero este puerto, uniéndosele después la nao *Parral.* Nótense, sin embargo, los detalles que da Urdaneta, cuando dice que dispararon un tiro para avisar á la *San Gabriel,* que surgiera donde ellos estaban, y se vendrá en conocimiento de que lo dicho por Urdaneta parece tener más caracteres de verdad. Aparte de esto, el piloto Uriarte, autor del documento núm. 14, no habla como testigo ocular, y sí Urdaneta. Uno y otro difieren también en la fecha de aquella tempestad; pues mientras Uriarte dice que se levantó el día 8 de Febrero, Urdaneta afirma que el 5 por la noche. Es casi seguro que todas estas diferencias nacen de haber dicho Uriarte: *Martes á 8 dias de..... Febrero, dia de Santa Dorotea, caceó la nao Victoria.* Y es claro; como escribe inmediatamente que el viérnes por la mañana se hizo á la vela la *San Gabriel,* y el mismo día por la tarde la *Anunciada,* si el martes era día 8, se ha supuesto que el viérnes inmediato, cuando salieron dichas naos, era día 11. Todo ello nace de una fecha equivocada: el mismo Uriarte escribe que era jueves el 25 de Enero anterior; luego no podía ser martes el día 8 de Febrero, ni este día se celebra ni se celebraba entonces la fiesta de Santa Dorotea. Aparte de esto, el piloto mencionado nos dice en el párrafo siguiente que el *domingo 11* de Febrero salió la *Capitana.* Si el martes era día 8, ¿cómo podía ser el domingo inmediato día 11? La dificultad desaparece con poner dicho martes en el día 6 de Febrero, fiesta de Santa Dorotea, como era en realidad; el viérnes siguiente, 9, salieron las naos con el rumbo que arriba se indica, y el domingo 11 hizo lo mismo la *Capitana.* Con todo, la nao *Parral* surgió la primera en el puerto más cercano al Estrecho, como que fué arrastrada por la fuerza del vendaval. La pequeña divergencia de asignar Urdaneta el día 5, y el 6 Uriarte, como fecha de la tempestad, se salva con sólo tener en cuenta la distancia á que estaban unas naos de otras y advirtiendo que el primero se refiere á la noche del día 5, y el segundo á la mañana del 6. Además, pudo haberse iniciado el día 5, como afirma Urdaneta, y no haber garrado la *Capitana* hasta el siguiente, según se deduce de lo escrito por el piloto Uriarte.

tras se proporcionaba ocasión de carenarla mejor. Siguiendo las naos *Parral* y *San Gabriel* en el mismo puerto, vieron el día 10 salir por el boquerón del Estrecho la *Anunciada*, de que era capitán Pedro de Vera; y aunque le hicieron señas "no *quiso* venir—dice Urdaneta—adonde nosotros estábamos; antes fué á surgir adonde primero con la otra tormenta largaron amarras, é á la tarde desapareció de allí, y nunca más la vimos„ (1).

El mismo domingo 11 de Febrero vieron que se dirígía la *Capitana* fuera del Estrecho, y en cuanto la divisó Elcano fué á ella, acompañado de Urdaneta, para hacer que surgiera donde estaban ellos (2); pero no lo pudieron lograr, y al día siguiente se detuvieron á tres leguas de las otras naos, *San Gabriel y Parral* las cuales se le juntaron el mismo día. Allí determinaron de ir al río de Santa Cruz á carenar la *Capitana*, que, sobre los destrozos anteriores, perdió aquel día el áncora mayor. En cambio, tuvieron la satisfacción de ver que se les unió la carabela *San Lesmes*, después de haber corrido hasta el grado 57 lat. S., según Urdaneta, y, según los del buque, hasta donde á ellos *les parecía que era el acabamiento de la tierra* (3).

El General ordenó al Capitán de la *San Gabriel*, Rodrigo de Acuña que se llegase adonde estaba el patache *Santiago*—al cual le dejamos surto en un arroyo,—y le dijese de su parte que, si el tiempo le favorecía, se llegara hasta la bahía de la Victoria, donde estuvo la *Capitana* á punto de perderse, y, recogiendo cuanto allí encontrase de la echazón de la *Capitana*, se volviera al río de Santa Cruz, hácia donde se dirigían los demás. Añadíale el General que importaba al mismo Rodrigo de Acuña recobrar su batel, que quedó con el patache, pues no había más que el de la *Capitana*. Acuña se excusó diciendo que el mucho viento y la mar gruesa le

---

(1) Rel. inéd.—En la Relación de Francisco Dávila (Nav., tom. v, documento número 10) se dice que la *Anunciada* no *pudo* tomar este puerto.

(2) En los documentos 10 y 14, ya citados, se dice que Rodrigo de Acuña envió el esquife á la *Capitana*, batiéndole una bandera para que se acercase á tierra. Es probable que Sebastián de Elcano y Urdaneta aprovechasen el esquife de Rodrigo de Acuña para trasladarse á la *Capitana;* de este modo se armonizan las dos versiones.

(3) Parece indudable que la nao *San Lesmes* llegó hasta lo que más tarde se llamó Cabo de Hornos. ¡Lástima grande que no tuvieran entonces noticia de lo ventajoso que les fuera pasar al Pacífico por dicho Cabo! Casi seguro es que lo hubieran doblado todas las naos sin pasar los grandes trabajos y formidables riesgos del malaventurado Estrecho de Magallanes.

impedían hacer tal viaje; pero el General insistió en su idea, tanto más cuanto que el patache, ignorante del paradero de las demás naos, podía fácilmente extraviarse. Lejos de someterse, Acuña respondió á su jefe que „adonde él no se quisiese hallar no le mandase ir" (1). Mucho se enojó el buen Loaisa con palabras tan descomedidas, y dió á entender al capitán que no tenía más remedio que obedecer. D. Rodrigo dijo entonces que, pues el General se lo mandaba, obedecería; y así lo hizo.

Ignoraba la gente del patache los tristes sucesos de la bahía de la Victoria, donde suponía que aun seguiría surta la Armada; para cerciorarse, el clérigo D. Juan de Areizaga fué por tierra con tres compañeros, llevando comida para cuatro días—muy medida iba la ración,—para recorrer cuarenta leguas. (2) Llegaron á la expresada bahía, y hallaron algunos restos de la *Capitana*, comprendiendo por ellos lo sucedido. Al volver les faltó comida, y echaron mano de malas frutas silvestres, y llegaron al patache al mismo tiempo que se acercaba la *San Gabriel*, en cumplimiento de las órdenes del General. En el viaje perdieron un hombre, llamado Juan Pérez de Higuerola, no sabemos si por haberse extraviado, ó porque le detuvieron ó le mataron los patagones. En verdad que no había mucho que fiar de ellos, y bien lo comprendieron aun los que llegaron sanos y salvos, pues venían los desventurados en cueros vivos, porque los salvajes los despojaron de todo.

Rodrigo de Acuña, que halló al patache en el Cabo de las Vírgenes, comunicó á su capitán Santiago de Guevara las órdenes del General; recobró su batel, no permitiendo que volviesen al patache los diez ó doce hombres—Urdaneta dice que catorce—que se lo entregaron, y se dirigió con rumbo al río de Santa Cruz; pero no volvió á juntarse con el General (3).

El patache cumplió fielmente su cometido: se internó en la bahía de la Victoria, recogió los restos del alijo de la *Capitana*, y volvió sin novedad al río de Santa Cruz el domingo 11 de Marzo. Allí estaba ya el General desde el 24 de Febrero (4), con las naos

(1) Urdaneta, Rel. inéd.

(2) Nav., tomo v, pág. 29.

(3) Más adelante reseñaremos las vicisitudes por que fueron pasando las naves que se separaron de la Armada.

(4) Después de haber escrito el piloto Uriarte (Nav., tomo v, pág. 261) que la *Capitana* se hizo á la vela *el domingo 11 de Febrero* en la bahía de la Victoria; que se de-

Victoria, Parral y *San Lesmes*; por manera que la escuadra se vió reducida á cuatro embarcaciones, de siete que habían salido de España. Se perdió la *Santi Espiritus*, como sabemos, y se habían separado del General, se cree que voluntariamente, la *San Gabriel* y la *Anunciada*. En la Armada se sintió mucho tal pérdida, y con sobrada razón, pues faltaron las tres naves mayores después de la *Capitana*. No sabemos cómo tenían aliento aquellos hombres para insistir en la demanda del Estrecho, que siempre los recibía sañudo é implacable; debiendo temer que si, cuando llegaron de refresco y con todas sus fuerzas y con las naos en buen estado, les fué imposible atravesarle, cada vez les sería más difícil triunfar de aquel coloso, que con todo el formidable empuje de sus olas se oponía á los deseos de los heróicos expedicionarios.

No bien llegaron al río de Santa Cruz el 23 de Febrero, colocaron en seco la nao *Victoria*, y hallaron que tenía quebrado todo el codaste y tres brazas de quilla. En cinco mareas, que en aquella sazón eran muy grandes—el piloto Uriarte dice que en ocho,—la aderezaron lo mejor que les fué posible con tablas, planchas de plomo y „cintas de fierro". (1) La labor resultaba en extremo penosa, porque tenían que trabajar en el agua. También pusieron en seco las otras dos naos y el patache, y les dieron un buen recorrido. Aprovechando la madera que llevaban con objeto de hacer un

tuvieron cerca del Estrecho *hasta el martes en la tarde* (13); que, habiéndoseles roto esa misma tarde un ancla de la *Capitana*, junto con la cruz, anduvieron voltejeando hasta el miércoles (14); y que el jueves (15), antes de hacer rumbo al río de Santa Cruz, comunicó el General á Rodrigo de Acuña las órdenes que conocemos, concluye diciendo: «El *sábado 13 de Febrero* entramos en el río de Santa Cruz.» Salta á primera vista que hay aquí una equivocación palmaria, no sólo porque, siendo el 11 domingo, no podía ser sábado el 13, sino también porque, según el mismo Uriarte, el día 15 se hallaban lejos del río de Santa Cruz. No hay que olvidar, además, que la *Capitana* iba desarbolada, y no es nada extraño que no pudiera surgir en el río mencionado hasta el sábado 24, como dice Urdaneta en su Relación inédita, por nosotros tantas veces citada.

Tampoco están acordes Uriarte y Urdaneta respecto á la fecha en que el patache surgió en el mismo río: aquél dice que el 1.° de Marzo; éste que el 11. No tenemos fundamentos que directamente apoyen la versión de Urdaneta; pero la exactitud de sus noticias en otros puntos, tanto como las frecuentes equivocaciones de Uriarte, nos inducen á creer que también por esta vez está en lo cierto el primero. Excusamos advertir que, habiendo sido hasta ahora la Relación de Uriarte la más minuciosa de las conocidas y la que más puntualiza las fechas, verdaderas ó equivocadas, todos los historiadores le han seguido, sin excluir al diligentísimo Navarrete, que carecía de otras fuentes.

(1) Urdaneta, Relación inédita.

bergantín, construyeron un batel y se lo dieron á la *Santa Maria del Parral*. La *San Lesmes* estuvo á punto de inutilizarse: ocho días permaneció en seco después de aderezada, hasta que, ayudados por las grandes mareas, la arrojaron al agua.

Entre tanto, el elemento militar de la Armada se entretenía útilmente en la caza y pesca: obra de dos leguas de la barra había una isleta adonde salían gran número de lobos marinos ó focas á tomar el sol; oíanse sus bramidos á larga distancia. Para ver de cazarlos, se organizó una expedición de cuarenta hombres, que fueron en un batel, y, salidos en tierra, se repartieron en grupos de cinco en cinco. Cuando distaban un tiro de ballesta de los lobos, arremetieron contra ellos, pasando por encima de innumerables patos, que, no pudiendo volar, se dejaban aplastar por los cazadores, los cuales, con la codicia de matar lobos, no hacían caudal de dichas aves. Sólo una foca pudieron matar, y eso porque la hallaron dormida, con haber quebrado en otras muchas, todas las alabardas, lanzas, ganchos, mazas de plomo, y cuantas armas llevaban, „porque eran tan grandes é de tanta fuerza, é tan recios (los lobos marinos ó focas) que no aprovechaba asirles con los ganchos ni darles con las otras armas; é si asían con los dientes alguna lanza, acíanla pedazos". (1) Abrieron en canal la única pieza lograda, y le hallaron en el buche piedras lisas, tamañas y mayores que una mano. Aquella noche se detuvieron en la isleta, en espera de mejor fortuna para el día siguiente; pero los lobos no salieron. Lo lastimoso fué que los cazadores comieron del hígado y del bazo del que habían cazado, y al poco tiempo se desollaron todos de pies á cabeza. De lo restante de aquella enorme pieza comieron ciento cuarenta hombres. En los días siguientes se dedicaron á la pesca, de que hallaron enorme abundancia: unas veces se servían del chinchorro ó red que llevaban; otras, de las manos, pues en la marea baja quedaban en seco muchos peces. Después de repartir en fresco los que buenamente podía comer la Armada, aún pusieron en salmuera trece botas ó pipas llenas de buenos pescados.

Asimismo hallaron „un animalia á manera de galápago, que parecía, en la cabeza y ancas, como caballo; é con la concha que tenía, parecía caballo encubertado". (2) Vieron también avestru-

(1) Urdaneta, Relación inédita.
(2) Idem, id. id.

ces é innumerable multitud de aves de rapiña. Urdaneta, que estaba animado de gran espíritu de observación, cuenta y no acaba de las cosas que vió durante la forzosa estancia de la Armada en el río de Santa Cruz; y refiere que hallaron muchas piedras, calificadas de *madres de turquesas* por los lapidarios de la expedición; gran número de salitrales ó criaderos de nitro, y él mismo dió con un topacio, por el cual le ofrecían cuarenta ducados. No se dejó ver un solo patagón en todo el tiempo que se detuvieron allí los expedicionarios.

El día 24 de Marzo (Uriarte dice que el 29) abandonaron el río de Santa Cruz en dirección al Estrecho, con mar muy gruesa y viento huracanado, aunque favorable. A la altura del río de San Ildefonso, el temporal obligó al patache á separarse de la Armada y á entrar en dicho río. En una isla cercana mataron los del patache innumerables patos, que pusieron en salmuera, llenando ocho pipas. Juntas ya todas las naves, el día 5 entraron en el cabo de las Vírgenes, y el 8 embocaron el temido Estrecho, adelantándose el patache, forzado por el tiempo. Al pasar por donde la vez anterior había garrado la *Capitana*, mandó el General su batel para que recogiese algunas botas y cepos de lombarda que aún quedaban allí, encargando á su gente que, si podía haber á algún patagón, le llevasen á las naves. No lo consiguieron, porque los indios empezaron á tirar flechas en cuanto los españoles trataron de obligar á uno de aquellos á que entrase en el batel.

Al día siguiente, (9 de Abril) hallaron al patache al abrigo de una isla, donde surgieron también las otras naves. La *Capitana*—que era donde iba Urdaneta desde que se perdió la *Santi-Espíritus*—empezó á arder el día 10, cuando estaban cociendo una caldera de brea: gracias á la diligencia de muchos de los tripulantes se salvó la nave, pero ellos estuvieron en gravísimo peligro de sucumbir. Se centuplicó el peligro, porque mientras los unos se ocupaban, como era su deber, en apagar el fuego, los otros se dieron prisa en apoderarse del batel, donde querían entrar muchos á la vez, y estuvieron á punto de matarse por ese empeño. „Si así hiciéramos todos—dice Urdaneta,—bien librados quedáramos; empero, con la ayuda de Dios, todo se remedió bien, y el Capitán general afrentó de palabra á todos los que entraron en el batel.“

Partieron de allí el día 12, llegando en el mismo al puerto de la

Concepción, donde se detuvieron con malos tiempos. El patache perdió allí su esquife, y al salir las demás naves, se quedó, no sabemos porqué, la *Parral*, que no pareció hasta muchas horas después; como que creyeron no volverla á ver. El 18 surgieron en el puerto de San Jorge, uno de los mejores de aquellos tempestuosos mares, donde hicieron leña y aguada, cortando además la madera necesaria para un par de bateles. Allí se les murió el factor Diego de Covarrubias. Cuando más descuidados se hallaban, oyeron una noche inmenso griterío que les alarmó: eran dos canoas de patagones que llevaban tizones encendidos, por lo cual entendieron que tal vez trataban de incendiar las naves. Los patagones hablaban á grito herido; mas, como nadie les entendía, volviéronse á tierra. Al siguiente día mandó el General á su batel, por si podía hallar alguno de los alborotadores; pero no hallaron rastro de ellos.

El día 25 abandonaron el puerto de San Jorge, para surgir el 26 en el llamado Buen Puerto. Hallaron aquí abundancia de leña, y una fruta colorada, semejante á la guinda, de la cual comieron todos. Asimismo probaron de la corteza de un árbol que tenía el propio sabor de la canela. Aunque en todo el Estrecho hay copia de mejillones, en éste los hallaron muy extremados, con mucho aljófar dentro. Al salir de Buen Puerto, el día 2 de Mayo, experimentaron grandes temporales que les hicieron andar volteando sin poder adelantar un paso, hasta que el 6 surgieron en el puerto de San Juan, donde se detuvieron hasta el 9. Los fríos eran horribles en aquella estación, sin tener con qué remediarse los expedicionarios; las noches duraban veinte horas, y no cesaba de nevar. Se formará alguna idea de la angustiosa situación de aquellas gentes con solo saber que el día 9 de Mayo se les murió un gallego, ahogado materialmente por una espantosa plaga pedicular. En dicho día 9 partieron del expresado puerto de San Juan, y al siguiente volvieron al mismo, porque no les fué posible avanzar, ni hallaron surgidero que les ofreciera mayor seguridad. Paso á paso tenían que ir ganando terreno: el 14 abandonaron este puerto y el día 15 se detuvieron en el llamado de Mayo. Finalmente, habiéndose detenido aquí hasta el 25, al día siguiente, 26 de Mayo, desembocaron el Estrecho, llegando al Cabo Deseado, que lo sería ardientemente por los expedicionarios. Mas de diez meses llevaban á merced de las olas, y sólo habían avanzado en dirección á las regio-

nes que buscaban 70 grados: aún les faltaban otros 160. De cualquier modo, el saber que dejaban atrás el formidable Estrecho con tantos afanes y pérdidas atravesado, debía animarles sobremanera, tanto como la equivocada idea del Pacífico, que solo de nombre lo era, como lo experimentaron muy pronto (1).

(1) Calcularon los expedicionarios que el estrecho de Magallanes tendría obra de 110 leguas desde el Cabo de las Vírgenes al Deseado, con tres ancones y otras tantas angosturas. Entraban en el Estrecho muchos ríos y arroyos de buenas aguas; la nieve era azul: había adquirido ese color en los muchos siglos que acaso llevaba sin derretirse. Entrambas costas debían de estar habitadas por pueblos más ó menos numerosos, porque vieron muchos fuegos. La pesca era abundante: vieron ballenas, toninas, marrajos, merluzas, abundante sardina y anchoa, lo mismo que ostras y mejillones. Las mareas del Pacífico y del Atlántico se unían en la medianía del Estrecho con grande é imponente estruendo. Véase Navarrete, tomo v, páginas 42 y 43.

Urdaneta emplea aquí largas páginas de su Relación inédita, explicando muy detalladamente *las conocencias que se han de tener de Santa Cruz é del Estrecho,* asunto para ellos de vital interés; pues, de haber conocido antes todos los pormenores que á tanta costa aprendieron en la travesía, tal vez hubiera sido ésta más breve y menos costosa.



CAPÍTULO III

Prosigue la expedición Loaisa.—Toman dirección NO.—Tempestad en el Pacífico.—Dispersión de la Armada.—Queda la Capitana sola.—Gente enferma.—Muerte de Loaisa.—Cariño de Elcano á Urdaneta.—Muerte de Elcano.—Sucédele Toribio Alonso de Salazar.—Islas de los Ladrones.—Gonzalo de Vigo.—Costumbres de los isleños.—Parte la nao.—Muerte de Salazar.—Peligrosa contienda sobre jefatura.—La obtiene Carquizano.—Llegan á Mindanao.—Son bien recibidos.—Doblez de los naturales.—Aventura peligrosa.—Juicio de Urdaneta acerca de los naturales de Mindanao.—Toman rumbo á las Molucas.—Detiénense en la isla de Talao.—Son bien recibidos.—Llegan á las Molucas.—Entéranse de su situación.

Llegó, pues, Loaisa, el sábado 26 de Mayo de 1526, al mar Pacífico, después de haber invertido en la travesía del Estrecho cuarenta y ocho días. A pesar de los trabajos y privaciones inseparables de un paso tan peligroso, bien podían gloriarse los expedicionarios de la bonanza relativa de las aguas del Estrecho, y de la facilidad con que salvaron todos los obstáculos; porque más de una vez hubo de torturar la fantasía de aquéllos la perspectiva de una catástrofe que los borrase del catálogo de los vivos, sin gloria ni utilidad; que era acaso el más amargo torcedor para la mayor parte de aquellos hidalgos, ávidos de fama y de renombre.

El mismo día 26 de Mayo de 1526 empezaron á surcar el Pacífi-

co en dirección NO., y el 31, distando cosa de 150 leguas del Cabo Deseado, les dió un viento fresco, que arreció por la noche, y al día siguiente se convirtió en horrorosa tormenta, „muy grande á maravilla,“ dice D. Juan de Areizaga (1), que obligó á las naves á dispersarse, y nunca más se volvieron á juntar. Nosotros seguiremos á la *Capitana,* donde iba el General con Sebastián de Elcano, Urdaneta y buena porción de la plana mayor. Después de aferrar el velamen, corrió la nao dos días, á impulsos del huracán, sólo con el papahígo del trinquete; al tercero largó velas; pero pronto las recogió, forzada por el temporal. El día 4 de Junio distaba doscientas leguas del Cabo Deseado, hallándose á 42° 30' latitud Sur.

De nuevo le acometió el temporal el día 7, y al amansar el viento pensaron que tres distintas corrientes cruzadas iban á concluir con la embarcación, destrozada como iba con tres brazas de codaste roto, por donde entraba enorme cantidad de agua: día y noche trabajaban dos bombas para achicarla, y adelantaban muy poco. La situación de los expedicionarios iba siendo cada vez más crítica; enfermaba la gente, y, con todo, fué necesario acortar las raciones, porque, habiendo pasado á la *Capitana* casi todos los individuos de la nao perdida *Santi-Espíritus,* temieron les faltase alimento. El día 24 de Junio murió el piloto Rodrigo Bermejo. Gran pérdida para todos, porque era muy entendido en su oficio. Por este tiempo enfermó el General, de enojo de verse solo, por la separación de todas las demás naos (2), y el día 13 de Julio murió también el contador Alonso de Tejada. Por espacio de un mes largo navegaron sin que les ocurriese cosa particular, fuera del trabajo grande de las bombas, de la escasez de alimentos y del grave peligro constante de que se les abriera la nave en el momento menos pensado. Así cortaron la equinoccial el día 26 de Julio, que observaron la latitud de 20 minutos Norte.

El día 30 de Julio sucumbió el pundonoroso General Loaisa, bajo el peso de la profundísima pena que le causaba la suerte desdichada de la expedición, reducida desde 1.° de Junio á un solo barco, de los siete que habían salido de España; con la triste esperanza de que si llegaba á las Molucas, que era muy dudoso, por lo muy quebrantado que iba, tendría que habérselas con todo el poder de los

(1) Navarrete, tomo v, doc. número 9.
(2) Navarrete, tomo v, doc. número 23.

portugueses en Oriente. Apenas tuvo ocasión Loaisa de dar pruebas de sus cualidades; pero es indudable que se hubo siempre con gran prudencia y justificación (1). Sucedióle en el mando Juan Sebastián de Elcano, de conformidad con lo que disponía una provisión secreta del Emperador. Pudo halagarle un día la jefatura de la Armada; pero en las circunstancias en que se le venía á la mano era pesadísima carga, más bien que apetecible honor. Sobre todo esto, Elcano se sentía morir; como que, previendo cercana su última hora, hizo testamento cuatro días antes del fallecimiento del General, á quien nombró por uno de sus testamentarios. En sus disposiciones se echa de ver al hombre de verdadera fe y de un gran fondo de justicia, que si tuvo en su juventud algo de las costumbres libres y desgarradas, propias de los pocos años y de la profesión aventurera y errática de los de su clase, nunca olvidó por completo sus deberes para con Dios. Por eso, después de hacer numerosas mandas piadosas y caritativas con los mil setecientos cincuenta ducados que le debía el Rey, más otros mil que tenía de sueldo por su empleo, dejó á su anciana madre por usufructuaria de sus bienes —aunque advirtiendo que eran castrenses y de su libre disposición,— y por herederos á sus hijos (2).

El cariño paternal que Sebastián de Elcano profesaba á Urdaneta se ve patente en su testamento, donde aparece favorecido, ya solo, ya en mancomún con deudos del testador (3). Verdad es que Urdane-

---

(1) «Murió como católico y buen caballero en su oficio, encomendándose á nuestro Señor, y dejó mucha tristeza y dolor á todos los que en aquella nao *Capitana* iban; porque demás de ser buen capitán, sabio y de experiencia, era de gentil conversación y muy bien quisto. Así como fué muerto, y con sendos *Paternostres* y *Avemarías* por su ánima, que cada uno de los presentes dijo *fué* echado su cuerpo en la mar.» Oviedo, P. II, lib. XX, cap. XIV.

(2) Su biógrafo D. Eustaquio F. de Navarrete conjetura, con sobrados motivos, que la madre del gran navegante y conquistador no logró se le pagasen deudas tan sagradas, por lo menos todas. Vid. *Historia de Juan Sebastián de Elcano,* páginas 178 á 181.

(1) Se lee en el testamento: «Mando de las ropas de vestir que se haga lo siguiente: Mando el jubón de tafetán plateado, que se le dé á Andrés de Urdaneta.» Y más adelante: «Item más, mando que de mis rescates les sean rescatados de especia sus quintaladas é caja á Andrés de Urdaneta é á Hernando de Guevara, é á Esteban mi sobrino.» Esta manda era muy importante, pues Elcano llevaba muchos géneros de rescate de su propiedad, á cambio de los cuales esperaba obtener buenas quintaladas de especia. Obsérvese además que el testador iguala á Urdaneta con sus parientes Guevara y Esteban. En otro párrafo del propio testamento se lee: «Item, mando que del trigo é de la harina que yo tengo, que den una hanega de trigo é otra de ha

ta hubo de dar ya desde entonces muestras de lo que fué toda su vida: fidelísimo con los superiores, sereno en los peligros, constante é incansable en el trabajo, avisado y prudente en el consejo; y, sobre todo, de inteligencia vivacísima y de un espíritu de observación tan sagaz y penetrante, que parecía leer como en libro abierto, en los grandes trastornos de la naturaleza, las leyes por que se rigen las tormentas y el huracán.

Vista la real provisión, arriba mencionada, Sebastián de Elcano fué jurado por Capitán general, y sólo siete días ejerció este alto cargo, pues el 6 de Agosto siguiente pasó á mejor vida en las vastas soledades del Océano Pacífico, á los 8° ó 10° latitud Sur, y obra de 350 leguas al Este de las Marianas (1). No se sabe que ejerciera más actos de jurisdicción que el de nombrar á Alvaro de Loaisa, sobrino del General difunto, contador general; á su propio hermano Martín Pérez de Elcano, piloto, y á Hernando de Bustamante,

rina, é del aceite una arroa á Andrés de Urdaneta é á Hernando de Guevara, é más de los pulpos, treinta é tres quesos.»

(1) Urdaneta, en su Relación inédita, da cuenta de este triste suceso con estas breves palabras: «Lunes, á seys días de Agosto, falleció el manífico Señor Juan Sebastián del Cano, el Capitán General é Gobernador.» En su Relación impresa (Navarrete, tomo v, documento núm. 26) dice á este propósito: «A cuatro días de Agosto del dicho año de veinte é seis murió el capitán Juan Sebastián del Cano.» Lo mismo se expresa en otra relación abreviada que presentaron al rey él y su compañero Macías del Poyo. Oviedo (libro II, cap. XIV), consigna esta última fecha, de igual modo que Herrera (Década III, página 265); éste añade palabras y detalles que indican haber seguido á Oviedo. No citamos autores modernos, y bastará decir que cuantos conocemos adoptan la fecha del 4 de Agosto, menos el P. Rodrigo Aganduru Moriz que dice que el 6. (*Historia de las Islas Filipinas,* tomo 1.°, pág. 127). ¿Cuál de ellas será razón que adoptemos nosotros? Recuérdese que Urdaneta escribió la relación que corre impresa fiándose únicamente en su memoria; razón por la cual la presentó al Rey mucho después de haber vuelto de las Molucas, como que la tuvo que redactar en España; pues los portugueses le despojaron de todos los libros y papeles que traía. No es maravilla que un escrito en tales condiciones perjeñado adolezca de notables defectos en fechas y detalles menudos; y como ese y otro análogo y de igual procedencia y autoridad son los únicos documentos contemporáneos que nos dan la fecha indicada del 4 de Agosto; y como Oviedo, á quien copia Herrera, recibió de Urdaneta los datos referentes á la expedición Loaysa, síguese que la autoridad de estos escritores y de cuantos han tocado el punto en cuestión se refunde en la autoridad de Urdaneta. Este, sin embargo, nos da dos fechas—4 y 6 de Agosto:—¿á cual de ellas atenernos? Juzgamos que en buena crítica debemos atenernos á la última, porque la Relación inédita en que nos la da es á manera de *Diario* ó libro de memoria en que iba consignando los sucesos á medida que ocurrían, mientras las dos Relaciones impresas las escribió, como ya lo tenemos dicho, después de haber llegado á España, y recurriendo á su memoria. Cierto que el asunto no es de transcendencia; pero es una fecha memorable, en que España perdió á un héroe digno de inmortal renombre; fecha que hasta ahora, en nuestro sentir, ha corrido equivocada.

contador de la nao. El mismo día y á la misma hora que Sebastián de Elcano, murió Alvaro de Loaisa, el contador general últimamente nombrado. Fué elegido para ocupar el puesto del General finado Toribio Alonso de Salazar, que iba arrestado en la nao *Capitana,* desde el Estrecho (1). El nuevo jefe nombró tesorero general á Martín Iñíguez de Carquizano, y alguacil mayor, en su lugar, á Gonzalo del Campo.

Hallándose el día 9 de Agosto á 12° latitud Norte, determinaron tomar rumbo resueltamente hacia las islas de los Ladrones (Marianas), porque se les moría mucha gente de escorbuto y de dolores de pecho. Más de treinta hombres habían fallecido desde que salieron del Estrecho. Urdaneta indica que, si hubiese vivido Sebastián de Elcano, no se dirigieran tan pronto hacia Marianas, sino más bien en demanda del Japón. La misma especie veo en otras relaciones de la época, y no atino á comprender qué se proponía Elcano con semejante itinerario.

A 21 de Agosto, hora de vísperas, divisaron tierra por la parte del Norte; pero ni aquel día ni el siguiente, que hicieron los esfuerzos imaginables para surgir, pudieron lograr nada: contentáronse, pues, con poner á la isla el nombre de San Bartolomé, y pasaron adelante, en dirección á las Marianas, á donde llegaron el 5 de Septiembre. Los naturales cercaron la nao con sus canoas, desde una de las cuales oyeron que un hombre les saludaba á usanza de España, de lo cual se maravillaron mucho. Dijéronle que entrase en la nao, pero respondió que no se atrevía, si antes no le daban seguro real; diéronselo, y no bien entró satisfizo colmadamente la curiosidad de todos, refiriendo muy por menor sus vicisitudes. Recordará el lector que la nao *Trinidad,* capitana de la expedición Magallanes, intentó atravesar el Pacífico al mando de Gonzalo Gómez de Espinosa, mientras Elcano realizaba su legendaria empresa de completar en la *Victoria* la circunnavegación del Globo. La *Trinidad*, después de inútiles esfuerzos para atravesar el Pacífico,

(1) Loaisa tuvo noticia de que se fraguaba una insurrección en la *San Lesmes,* con objeto de volverse á España, y suponiendo que Salazar quería alzarse con la nao, le hizo pasar á la *Capitana* para tomar información y castigarle, si era culpable. El P. Agandurn Moriz dice que Loaisa le declaró inocente, encargando á Elcano que le honrase porque era *muy leal hidalgo.* (Id. Id. pág. 129). Diego de Solís, tesorero general, se trasladó á la *San Lesmes,* ya como tesorero de ella, ya como Jefe, pues Francisco de Hoces, su capitán, estaba á la muerte.

enferma casi toda la gente, y rota y desarbolada la nao, se detuvo en una de las islas Marianas, ó de los Ladrones, y cuatro de los expedicionarios saltaron á tierra, de los cuales sólo volvió uno, á pesar del perdón á todos ofrecido. Pues bien; el español con quien dieron tan á deshora los de la nao *Victoria*, era uno de aquellos tres que habían quedado allí á fines de Agosto de 1522: llamábase Gonzalo de Vigo, y era natural de Galicia; venía casi desnudo, con el cabello hasta las nalgas. Sus dos compañeros habían sido muertos por los indios, por ciertas sinrazones que habían hecho. Les sirvió mucho, porque conocía bien la lengua de las islas, y fué en adelante el intérprete obligado de la expedición.

Aquella misma tarde del 5 de Septiembre surgieron en una de las expresadas islas; y, aún antes de llegar á ella, los indios les llevaron á bordo agua, sal, pescado, batatas, arroz, cocos, plátanos y otras cosas (1).

Urdaneta,—lo mismo que los compañeros de Magallanes—formó opinión poco ventajosa de estos indios, singularmente por su incurable rapacidad. Si á Magallanes le robaron el batel, á estos expedicionarios hasta se atrevieron á quitarles los machetes, cuchillos y puñales que llevaban en la cintura, arrojándose al mar con su presa. Ya entonces mascaban buyo, andaban untados de aceite de coco y ennegrecían los dientes con cierto zumo. No faltaban algunos con barba larga como los europeos. En sus continuas guerras con los de las islas vecinas usaban por armas, hondas, palos tostados y canillas de hombres que mataban en la guerra. Adoraban en las cabezas de sus padres y abuelos; desenterrábanlas al cabo de cierto tiempo, y las tenían en sus casas para tributarles culto. Como no tenían hierro, ni género alguno de metal, lo apreciaban en tanto, que por una pequeña cantidad de ello dieran todas sus cosas. No es extraño: calcúlese la situación de aquellas pobres gentes, obligadas á labrar la tierra, construir sus embarcaciones y atender á los mil usos y necesidades de la vida con pedernales y conchas de tortuga. Las costumbres y moralidad de los naturales corrían parejas con su menos que rudimentaria civilización.

Algo se repusieron durante la estancia en estas islas; pero aún había mucha gente enferma á bordo, y Alonso de Salazar—el jefe de la expedición—obligó á once isleños á que se embarcasen para

(1) Navarrete, tomo v, pág. 50.

dar á la bomba, porque la nao seguía haciendo mucha agua. Gonzalo de Vigo quiso seguir la suerte de los expedicionarios, y se embarcó también, y con esto hicieron rumbo hácia las Molucas. Era el 10 de Septiembre de 1526.

Cinco días después murió Toribio Alonso de Salazar (1), y con motivo de la elección de sucesor surgió agria reyerta que pudo tener desastrosas consecuencias: los unos apoyaban la candidatura de Martín Iñiguez de Carquizano, contador general, y los otros la de Fernando de Bustamante, que lo era de la nao. Todos habían depositado sus votos, cuando Martín Iñiguez „se resabió con parecerle que tenía más votos el Bustamante, é apañó al escribano los votos y echolos en la mar, por lo cual se hubiera de revolver gran quistión" (2). No es fácil calcular adónde hubiera llegado una contienda á bordo en tales condiciones, apasionados y divididos los ánimos, y entre gente avezada y como familiarizada con los más espantosos peligros. Por suerte de todos aún lograron ahogar en germen la discordia, que, más implacable que el sañudo Océano, iba á dar al traste con aquellos desdichados restos de la Armada. Convinieron, por de pronto, en que los dos aspirantes á la jefatura gobernasen y administrasen juntos hasta que, una vez en las Molucas, si Dios misericordioso les concedía tal favor, pudieran proceder á la elección definitiva. El expediente era malo, si los hay, y ocasionado á contiendas diarias, y bien se comprende que lo adoptaron sólo con el fin de evitar un choque inmediato. Sin embargo, no se alteró la paz y el orden material, aunque los ánimos iban muy exaltados. No sabemos si antes ó después que Salazar, murió también Juan de Huelva, maestre de la nao, cuyo puesto ocupó Iñigo de Elorriaga, que era contramaestre.

No fué nada fácil la navegación desde que abandonaron las islas consabidas, porque los vientos y las corrientes traían á la desbaratada nave de acá para allá; con todo, el día 2 de Octubre dieron vista á la isla de Mindanao, quedando al Este de ella, obra de doce leguas.

---

(1) Navarrete (tomo v. pág. 51) dice que murió el día 13, pero añade en la nota: «Fecha tomada en el Archivo general de Indias en Sevilla, y comunicada por el señor Ceán Bermúdez en 31 de Octubre de 1804.» Ninguna de las Relaciones impresas que conozco fija la fecha de la muerte de Salazar, y la inédita de Urdaneta dice que ocurrió el 15 de Septiembre. Concuerda con Urdaneta el P. Rodrigo de Aganduru Moriz. V. su *Historia de las Islas Filipinas,* t. 1.°, pág. 134.

(2) Urdaneta, Relación inédita.

Entre tanto Martín Iñiguez había madurado el plan que le había de poner en posesión de la ambicionada jefatura. A la vista ya de Mindanao, llamó á la cámara de popa á su rival Bustamante, á los oficiales de la nao, al alguacil mayor, Gonzalo de Campo, y á otros quince ó diez y seis *hombres de bien,* y les dirigió una plática ó razonamiento, saturado de buen sentido, bien que insistiendo en una idea que por lo egoísta podía desvirtuar el peso de las razones que iba aduciendo. Díjoles, pues, que ya estaban á punto de llegar al Maluco, y que por lo mismo, en el momento menos pensado, podrían verse comprometidos en alguna refriega, ora con algún barco portugués, ora con alguna embarcación india; y que como iban acéfalos, sin capitán nombrado y jurado, podría acaecerles algún desastre, como á hombres desmandados y sin orden ni concierto, cosa que cedía en gran deservicio de Dios y de Su Majestad. Por tanto, les rogó que le nombrasen y jurasen á él, Martín Iñiguez, pues le asistía mejor derecho, según las instrucciones de Su Majestad, que presentó, en las cuales se ordenaba que, á falta de los capitanes por él nombrados, eligiesen á oficiales generales de Su Majestad, y que, no habiendo en aquel entonces otro oficial general más que él, que ejercía el cargo de contador general, no debían titubear en darle los votos.

Por otra parte, añadía Martín Iñiguez en un arranque de poco modesta sinceridad, que él era más hábil que Fernando de Bustamante para el espinoso cargo. Ello fué que todos á una le dieron la razón, excepto Bustamante, diciéndole que estaban aparejados para hacer y cumplir lo que su merced les mandase, é inmediatamente le juraron por su capitán y jefe. Bustamante se resistía; pero al punto le mandaron echar grillos, y cobró tanto miedo, que hubo de ceder muy pronto, jurando obediencia, como todos los demás, á Martín Iñiguez de Carquizano (1).

(1) Háse creido hasta ahora que, muerto Alonso de Salazar á mediados de Septiembre, Carquizano fué elegido incontinenti, sin diferencias ni rivalidades. Así lo dice el Sr. Navarrete, tomo v, pág. 51: «Este día *(13 de Septiembre)* murió Toribio Alonso de Salazar, é hicieron capitán á Martín Iñiguez de Carquizano, natural de Elgoybar, en la provincia de Guipúzcoa, que era entonces contador general.» Navarrete no podía hablar de otro modo, porque, tanto las relaciones conocidas en su tiempo como los historiadores de Indias, se explicaban en igual sentido con rara unanimidad, apoyados seguramente en el mismo Urdaneta, que dijo y escribió: «Se nos murió el capitán Salazar, y hicimos capitán á Martín Iñiguez de Carquizano.» (Relación impresa en Nav., tomo v, páginas 401 á 439). Cierto que Urdaneta se expre-

Al siguiente día, 3 de Octubre, proveyó Martín Iñiguez los cargos vacantes, nombrando á su hermano, Martín García de Carquizano, tesorero general; á Francisco de Soto, contador general; á Diego de Soler, factor general, y á Gutierre de Tuñón, tesorero de la nao.

Desde el día 2 hasta el 6 estuvieron sin poderse acercar á tierra por las calmas, y este día al fin surgieron en una bahía, al amparo de una lengua de tierra. Era la isla de Mindanao. Urdaneta y otros varios saltaron á tierra, con objeto de averiguar si la isla estaba habitada, y ver de proporcionar á la nao mejor surgidero. Pronto se persuadieron de que se trataba de un territorio habitado, y por gentes relativamente civilizadas; pues sobre hallar en un bosque árboles cortados con hacha, vieron dos indios vestidos de medio cuerpo abajo, á los cuales llamaron, aunque inútilmente, desde el batel. Enviaron entonces á Gonzalo de Vigo, que conocía algo de la lengua malaya, para que hablase con los indios, pero no se entendieron. Embarcáronse éstos en una canoa, les siguió el batel, y bien entrada la noche se acercaron á un pueblo, cuyos habitantes andaban en la ribera, armados y metiendo gran bullicio y algazara. Urdaneta y sus compañeros pasaron la noche en el batel, y en amaneciendo se fueron á tierra, donde hallaron muchos indios en actitud pacífica. Diéronles á entender por señas cómo deseaban rescatar bastimentos, y no tuvieron reparo algunos en llegar al batel, llevando cocos, plátanos, batatas, cidras y otras varias frutas, y vino de palmas, á cambio de algunas cuentas de vidrio, con que se holgaron mucho los naturales. Los españoles deseaban comprar también puercos, gallinas y arroz, y diéronselo á entender por señas á los indios, los cuales les llevaron desde luego arroz y algunas gallinas; con lo cual se mostraron todos muy amigos. Los expedicionarios tornaron á la nave muy gozosos, y el mismo día surgió la nao muy cerca de tierra, en el Cabo de la Ensenada, donde hicieron buena aguada.

---

sa así, dando sólo á entender que Martín Iñiguez sucedió á Salazar en la jefatura; mas de sus palabras puédese también deducir que le hubo de suceder inmediatamente; y como en ninguno de los documentos conocidos hasta ahora se mencionan las peligrosas diferencias ocurridas, reconocemos de buen grado que el sentido obvio de las palabras de Urdaneta en su Relación impresa era el que han adoptado los escritores; aunque hoy, apoyados en lo que más minuciosamente refiere él mismo en la Relación inédita, no nos sea lícito sostener esa versión.

Estando surtos allí vínoles á visitar un indio, cacique de otra provincia de la misma isla (Rey de un pueblo, dice Uriarte), y les trajo muchas gallinas y un puerco: parte de ello lo regaló al capitán, y lo restante lo vendió á trueque de cuentas. Martín Iñiguez regaló á su vez al indio una vara de paño, y cierto lienzo, cuentas y otras frioleras, de que él se contentó en gran manera. Venía vestido de raso carmesí, y llevaba manillas gruesas de oro y orejeras de lo mismo. Algunos indios que iban con él tenían los dientes horadados y rellenos de oro, y vendían este metal muy barato; pero el capitán prohibió á todos comprarlo, para que no pensasen que hacían gran aprecio de él. Con esto se fueron los indios sumamente satisfechos.

El día 9 salió de nuevo Urdaneta con otros en el batel á tierra, con objeto de entablar relaciones de amistad con los isleños y de comprar bastimentos; pero los indios se mostraron desconfiados, exigiendo para entenderse con los españoles lo que éstos en ningún caso podían consentir, conviene á saber: que descargasen los tiros que llevaban á proa, y apagasen las mechas de las escopetas. Con esto se recelaron también los nuestros alguna emboscada, y la desconfianza mutua hizo imposible toda inteligencia. Aquel día lo pasaron en dimes y diretes, sin lograr que los indios les vendieran nada; antes uno de ellos les habló en malayo, llamándoles *faranguis*—nombre con que eran conocidos los portugueses en la India—y afrentándoles como ladrones, que sólo deseaban acabar con los indios (1). La redomada astucia de éstos, que querían hacer papel de víctimas, se vió patente aquella misma noche, pues tuvieron el atrevimiento de ir con dos canoas á cortar el cable que sujetaba el batel á la nave, y apoderarse del mismo; pero los españoles estaban muy sobreaviso, y al verlos llegar les dispararon un verso, con que les ahuyentaron, y, si hasta entonces tomaban grandes precauciones, redobláronlas en adelante, colocando buena guardia en el batel día y noche. El día 10, antes de amanecer, se escaparon á tierra los once indios de las islas de los Ladrones, en la misma canoa que les habían cogido los españoles; pero no bien llegaron á tierra fue-

(1) Uriarte afirma que estaban haciendo amistades con el Rey de la tierra, que quería darles provisiones; pero que un malayo se lo estorbó, persuadiéndole de que eran portugueses, cuyas mañas y modo de proceder conocía.—Navarrete. tomo V, pág. 280.

ron todos víctimas de la ferocidad de los isleños de Mindanao, según Urdaneta. Todavía insistieron los expedicionarios en comprar allí ciertos bastimentos, y con ese objeto se acercó el batel á tierra el día 11: los indios andaban muy soliviantados; pero á la solicitud de los españoles pidiendo rescates, prometiendo pagarlos bien, respondieron que sí, que estaban dispuestos, que saliesen á tierra y se procedería al cambio de los bastimentos por el dinero. Los del batel, en vista de lo acaecido el día anterior, exigieron que uno de los indios se entregase en rehenes, prometiendo también enviar á uno de los españoles. Convínose en ello: entró en el batel un indio que parecía principal; saltó en tierra Gonzalo de Vigo; trajeron un puerco, y pidieron por él ciertas varas de lienzo; y al aceptar el trato los españoles, los bellacos de indios tornaron á pedir más y fuera de razón. Entre tanto, el infeliz Gonzalo de Vigo hallábase en situación muy comprometida: le rodeaban doce indios, armados de alfanjes y paveses, y observó que trataban de acometer al batel. Los que en él estaban podrían defenderse como Dios y su temerario valor les diera á entender; pero su muerte (la de Gonzalo) era inevitable, si no acudía á alguna estratagema. Habló, pues, con los suyos, en lengua castellana, naturalmente desconocida para los indios; díjoles lo que pasaba, y que estuviesen sobreaviso, porque iba á acogerse al batel. Cerca ya de tierra el bote, y preparados los que lo tripulaban, escapóse el gallego, veloz como el rayo, de las manos de los indios; y aunque le persiguieron hasta el agua, se salvó. En suma: como gaje de la peligrosa aventura sacaron los españoles el indio que llevaban en rehenes, y del que ni siquiera se acordaron sus compañeros, y el puerco, por el cual tanto pedían.

Al día siguiente, creyendo sin duda que con la garantía del indio, á quien trataron bien, lograrían algo más, tornaron de nuevo á tierra, hablando con cariño á los naturales, y prometiéndoles devolver su paisano; pero ni siquiera les dieron oídos; antes salían del bosque en actitud amenazadora.

El domingo 14 de Octubre mandó Martín Iñiguez preparar el batel y el esquife, y salió en ellos con sesenta hombres bien armados. Al llegar á tierra, requirió de paz á los indios, pidiéndoles, como en días anteriores, que le vendiesen algunos bastimentos. Todo inútil: lejos de acceder, decíanles mil bellaquerías, y, viéndolo el capitán, avanzó con los suyos hácia el pueblo. Los indios

eran muchos, pero ante la actitud resuelta de los españoles, desampararon el pueblo y se acogieron al bosque. Aunque los soldados querían habérselas con ellos, no lo consintió el capitán, contento con hacer alarde de sus fuerzas, y comprendiendo además que nada ganaría, puesto que los indios ocultaban fácilmente sus cosas.

El indio que llevaban á bordo, algo conocedor de la lengua malaya, les dijo que aquella provincia se llamaba Visaya, y que en la isla había otras muchas provincias. En algunas de ellas se cogía oro; lo hallaban debajo de la tierra, y lo cernían con unos arneros. Producían también mucha canela por la parte del Oeste. Cada año venían dos juncos chinos, y rescataban perlas, oro, canela y otras riquezas (1). Andando los tiempos se supo que estos informes eran verídicos.

Hablando de los naturales de Mindanao y de sus inclinaciones, hace Urdaneta una pintura muy sombría, y la historia ha venido á confirmar sus juicios: „Estos indios de esta dicha isla é de otras algunas, dice, son lo más atraicionados indios que hay en gran parte; y quien por estas indias anduviese é no fuere plático, perderse ha, por ser los indios muy atraicionados" (2). Eran de mediana estatura; tenían costumbre de pintarse, menos de medio cuerpo abajo, que iban vestidos de paños de algodón, y hasta de seda y raso. Traían los cabellos largos, recogidos á la usanza de las mujeres europeas. Daban culto á ciertos ídolos de madera, pintados con alguna delicadeza (3). Las guerras eran muy frecuentes entre los pueblos limítrofes, y servíanse en ellas de arcos, flechas y alfanjes de hierro, de azagayas, dagas y paveses, con otros géneros de armas. Las costumbres eran por extremo corrompidas y no sufrían comparación con las de sus vecinos. Sus embarcaciones, muy grandes algunas, comparadas con las que estaban en uso en otras islas,

(1) Urdaneta, Relación inédita.

(2) Id. Ibid.

(3) Debe entenderse del pueblo indígena; pues la raza malaya, que era la que dominaba y sigue hoy dominando, era y es mahometana, debiéndose creer que gran parte de la indígena, si no toda, lo es también á estas fechas, exceptuando la que se ha convertido á la Religión católica. El P. Agandurú Moriz escribía á principios del siglo XVII, hablando de estas gentes, en la obra y tomo varias veces citados, página 137: «Este puerto, de gente belicosa y bárbara, es de la provincia de Butuan, en la isla de Mindanao, al presente vasallos del Rey nuestro Señor, y cristianos, donde mi religión de descalzos Agustinos tiene conventos, cuyos feligreses son, donde han bautizado muchas almas y trabajan en esta conversión apostólicamente.»

estaban muy bien hechas, y las movían á remo con grandísima velocidad. Urdaneta calculaba que la isla de Mindanao tendría doscientas ochenta leguas de circuíto.

El 15 de Octubre se dieron á la vela, con intento de llegar á la isla de Cebú; mas los vientos contrarios se lo impidieron, y les fué preciso tomar dirección S. E., rumbo á las Molucas. Hasta el día 18 no perdieron de vista á Mindanao, y alcanzaron á ver otra, que distaría cosa de cuatro leguas, y se llamaba, según el indio que iba á bordo, Sandingar. Los días 19 y 20 vieron algunas islas, entre ellas la de Sarragán; quisieron surgir en un puerto de ella; pero calmó el viento y no lo pudieron tomar. El día 22 costearon la de Talao, y fondearon en su parte NO. en cuarenta brazas. Los indios les trajeron muchos puercos, gallinas, cabras, pescado, papagayos, arroz, vino de palmas, frutas, y cuanto tenían, porque los españoles, además de agradecérselo, se lo pagaban bien. Los habitantes de la isla eran gentiles, y andaban menos aderezados que los de Mindanao. El cacique del pueblo, que tan bien les había tratado, les requirió muchas veces para que fuesen á pelear con él á otras islas que caían al Nordeste de Talao, ricas en oro; pero el Capitán, con excelente acuerdo, se negó siempre á la demanda. De todos modos trabaron amistades con dicho Cacique, á quien regalaron una bandera con las armas del Emperador. Allí, sabiendo que se encontraban cerca del Maluco, arreglaron la nao cuanto les fué posible, colocaron la artillería y prepararon las armas, en la fundada creencia de que pronto tendrían que habérselas con los portugueses.

Permanecieron en este puerto hasta el día 27 por la mañana, que salieron con rumbo á las islas Molucas, y dos días más tarde dieron vista á Gilolo, la mayor de ellas. A la distancia de tres ó cuatro leguas de la tierra les calmó el viento, viéndose precisados á detenerse algunos días más antes de surgir. A una legua de Gilolo hay otra isla llamada Rabo; varios indios de ella fueron á la nao, y no fué pequeña la sorpresa y alegría de los españoles cuando oyeron á los naturales hablar en portugués; porque, si bien era lengua extraña, sonaba en sus oídos á regalada música, evocando recuerdos dulcísimos de la madre patria; que, á distancia tan enorme, considéranse como amigos de toda la vida aún los que sólo tienen de común la identidad de raza. Al propio tiempo, aquel hecho, al parecer insignificante, podía darles en qué pensar; pues si

indicaba que los portugueses tenían dominadas aquellas regiones, hasta el extremo de haberles impuesto su lengua, la empresa de los españoles, que aspiraban nada menos que á agregarlas á la Corona de Castilla, contando para ello con tan mermados recursos, era para descorazonar á una legión de gigantes. Ellos, sin embargo, no lo entendieron así, y las relaciones contemporáneas sólo mencionan la alegría y satisfacción que les causó oír en boca de los indígenas la hermosa lengua que no mucho después hubo de llamarse de Camoens.

El viernes 2 de Noviembre tuvieron viento N., y lo aprovecharon para ir en dirección á Zamafo, pueblo de la isla de Gilolo, á fin de saber nuevas de los portugueses, pues los indios con quienes hablaron, sobre no darles cuenta de la situación en que estaban las cosas, hasta les indicaron una derrota equivocada para llegar á Tidore y Ternate. Al día siguiente pasaron por delante de Zamafo, sin darse cuenta, y, finalmente, el domingo 4 de Noviembre surgieron á un tiro de piedra del expresado pueblo. Quince meses de navegación, con los desastres y pérdidas que brevemente hemos referido, les costó llegar á aquella región maravillosa, cuya posesión era el dorado sueño de españoles y portugueses, como única productora en el mundo entero de las peregrinas especias que constituían raudal inagotable de riquísimos tesoros. Pero no habían realizado aún más que una pequeña parte de la magna empresa que se habían propuesto, y así lo comprendieron bien pronto.

Se ha dicho que el lugar de Zamafo, donde surgieron los españoles, era de la isla de Gilolo; pero debemos añadir que estaba bajo el dominio del rey de Tidore, en cuyo nombre era gobernador del pueblo un Bubacar, que, apenas tuvo noticia de la llegada de los españoles, se fué á bordo y les saludó con muestras grandísimas de cariño. Llevaba el gobernador consigo á un indio que había sido esclavo de los portugueses, cuya lengua conocía muy bien, y les puso al tanto de lo que ocurría.



CAPÍTULO IV

Prosigue la expedición Loaysa.—Ojeada retrospectiva.—Llegan los españoles en excelente coyuntura.—Consideraciones.—Embajada al Rey de Gilolo.—Recíbela muy bien.—Ofrecimientos recíprocos.—Entiéndense también con el Rey de Tidor.—Vuelve Urdaneta á Zamafo.—Dirígese la nao á Tidor.—Sáleles al encuentro un comisionado portugués.—Contéstale Carquizano oportunamente.—Nuevo requerimiento é igual contestación.—Descúbrese un complot.—Excelente espíritu y decisión de los españoles.—Surgen en el puerto de Tidor.—Júranse mutua ayuda españoles y tidores.—Construyen un baluarte.—Deliberan los portugueses sobre lo que deben hacer y resuelven romper las hostllidades.

Debemos retroceder algunos pasos para dar idea del estado de las Molucas á la llegada de esta nueva expedición. El jefe portugués, Antonio de Brito, de odiosa memoria, gobernó en Ternate desde 1522 hasta 1526, según hemos dicho más arriba. Como desde la muerte del último rey de esta isla ocupaba el trono un niño de corta edad, bajo la aparente regencia de su madre, pero sometido al absoluto dominio de un Cachil Daroes (1), que ejercía también de gobernador del reino, Brito dió oídos á los ambiciosos planes de Daroes (no sin intento de aprovecharse de cualquiera oportunidad para fundar mejor el imperio

(1) Argensola entiende que en las Molucas se honraban los nobles con el título de *Cachil*, y que el de *Sangaje,* muy usado también en las relaciones contemporáneas, corresponde, sobre corta diferencia, al de Conde ó Duque. Véase *Conquista de las Islas Molucas,* lib. I, pág. 21. Madrid. 1609.

lusitano en las Molucas), y encerró al monarca y á un hermanito suyo en la fortaleza poco antes construída, á pretexto de que la reina madre andaba en tratos con su padre el rey de Tidore para entregarle el reino. La reina se puso en cobro, gracias á su astucia.

Esto dió motivo á una guerra entre los de Tidore y Ternate, porque Almanzor, rey de los tidores, como abuelo de los niños cautivos, quiso ponerlos en libertad. Al principio llevaba la mejor parte, mas luego sufrió una derrota espantosa, que le obligó á internarse en los bosques. Con todo, aún pudo rehacerse, y en los últimos tiempos del mando de Antonio Brito cayó de improviso sobre una fragata portuguesa y se apoderó de ella, con grandísimo sentimiento de Brito. Cuando éste se disponía á tomar el desquite, se presentó á sustituirle D. García Henríquez, soldado tan brioso en la guerra como aturdido y poco prudente en la paz.

Hízose cargo del mando, é inmediatamente brindó con ella á Almanzor, que también la deseaba, con la sola condición de que el monarca le había de entregar la fragata con toda su artillería. Almanzor pasó más adelante: sabiendo que Daroes era muy querido de los portugueses, por lisonjearlos y captarse al propio tiempo las simpatías del Gobernador indio, ofrecióle la mano de una de sus hijas. Lo supo D. García; y temiendo de esta concordia una alianza perjudicial para la influencia portuguesa, hizo los imposibles para estorbar el casamiento. Viendo que nada conseguía, se determinó á romper las paces: exigió para ello á Almanzor el inmediato cumplimiento de la condición pactada; respondió el Rey que, pues no había terminado aún el plazo convenido para la devolución de la artillería, no cabía argüirle de negligencia en el cumplimiento de su palabra. En esto cayó enfermo, y pidió á D. García le mandase un médico: envióle un boticario, encargado, según se dice, de acabar con Almanzor (1). Ello fué que, á poco de llegar el boticario á su lado, el rey comprendió que se moría, y mandó llamar á

(1) Asegúralo el P. Rodrigo Aganduru Moriz, añadiendo que, según los autores portugueses, le mató con veneno. Ob. cit., part. 3.ª, cap. VII.—Argensola escribe á este propósito: «Le embió D. García un boticario diestro: el qual en breve tiempo, por ignorar la medicina, ó, según se creyó, por trato de D. García, dió la muerte al enfermo. Pareció después de veneno, con manifiestas señales». *Conquista de las Molucas*, lib. I, pág. 22.—Parece llano que debe admitirse como verdad inconcusa la fechoría del portugués; pero no se ha de olvidar que se escribía por aquella época con grandísimo apasionamiento.

su hijo y único heredero Tabarìja, encargándole con palabras de grande encarecimiento que, si por ventura volviesen los castellanos, guardase la fidelidad por él jurada al Emperador, y fuese tan constante y fiel amigo de los castellanos como enemigo de los portugueses, de quienes no debía fiarse jamás, como se lo enseñaba el ejemplo que estaba viendo al ojo. Murió el rey de Tidore; y cuando se preparaban sus exequias con la solemnidad acostumbrada, presentóse D. García frente á la capital, exigiendo le entregasen los cañones consabidos: contestáronle que en ello estaban; pero que considerase el luto general por la muerte de su rey querido, y los sagrados deberes que debían cumplir, dando sepultura honrosa á sus restos; que, sobre esto, no tenían á mano la artillería; pues, de tenerla, se la entregaran inmediatamente. García Enríquez no dió oídos á tan justas razones, según cuentan los historiadores más antiguos (1), y saltó en tierra y acometió furioso contra la ciudad, pasando á cuchillo á cuantos no fiaron su salvación en la ligereza de sus pies. Los tidores dejaron insepulto el cadáver de su monarca, y al internarse en los bosques vieron, con el sentimiento que se deja comprender, que su ciudad era una inmensa hoguera. El sucesor del difunto monarca buscó asilo con los suyos en lo más fragoso de los montes, y D. García volvió á su fortaleza de Ternate, bien seguro de haber logrado su objeto; pues habiéndole ayudado los de Ternate en aquella deshonrosa victoria, hizo imposible todo intento de amistad entre vencidos y vencedores, y por lo mismo entre las familias reinantes. En cambio, corrió, con la velocidad del rayo por todas las islas, la noticia del proceder criminal de los portugueses, y empezaron á tenerlos por falsos y fementidos, con que perdieron todo crédito, y se hicieron odiosos en aquellas regiones. El rey de Tidore era aún muy jóven, y diéronle por ayo y regente á un su deudo, por nombre Rade, que se encargó de sostener la guerra contra los portugueses, con los mermadísimos recursos que le quedaban.

En tal coyuntura llegaron los españoles: era difícil excogitar otra mejor para que los isleños, abatidos por tales desastres, los recibieran con los brazos abiertos, como á sus naturales libertadores, y para que en los pechos abatidos de los indios renaciese la esperanza de mejores días. Desgraciadamente, los españoles eran muy

(1) Véanse los citados Aganduru Moriz y Argensola, *ut supra*.

pocos para luchar con los elementos que podían en breve acumular los portugueses desde la India, donde ya sabemos que dominaban como señores, y hasta desde la metrópoli; pues con ser trabajoso el paso del Cabo de Buena Esperanza, lo era mucho menos que el del Estrecho de Magallanes. Si los españoles hubieran podido comunicarse por el Pacífico, dados los recursos que ya iban teniendo en Nueva España y llegaron á tener pronto en toda la costa del mar expresado, tardaran bien poco en dar al traste con los portugueses y con toda su influencia y poder en el Extremo Oriente; pero ya conocemos algo, y aún lo veremos con luz meridiana, que si el Pacífico franqueaba el paso hacia el Extremo dicho, ofrecía dificultades insuperables al que intentase atravesarle en sentido inverso. Expedición que no buscara ruta por la India para volver á España, estaba irremisiblemente condenada al aniquilamiento. En tales condiciones, aunque nuestra nación se impuso incalculables sacrificios, iban resultando estériles: sólo Sebastián de Elcano, por un milagro de energía, de valor y de constancia maravillosa, atravesando, por de contado, el mar Indico, logró alguna ventaja para nuestro mermadísimo Tesoro. Y pasaron muchos años todavía, y ocurrieron desastres inmensos, parte de los cuales tienen su propio lugar en esta historia, antes que el Pacífico nos ofreciera relativa seguridad para comunicarnos con el Extremo Oriente. Pero tornemos á nuestra interrumpida narración.

Bubacar, gobernador de Zamafo, les hizo, como queda indicado, minuciosa relación del estado de las islas, recomendándoles sobre todo que se guardasen mucho de los portugueses, cuyo poder era muy grande, pues al punto que supieran la llegada de los españoles, se echarían sobre ellos. Desde luego creyeron cuanto se les dijo, no solamente por el acento de sinceridad que empleaba el gobernador, sino también por las muestras positivas de cariño y aprecio que les dió, proporcionándoles abundancia de cabras, puercos, gallinas, arroz, cocos, plátanos y variedad de frutas, de todo lo cual había gran abundancia en aquel pueblo.

Martín Iñiguez comprendió desde luego que le convenía entenderse con los Reyes, víctimas de la arbitrariedad portuguesa, y pidió á Bubacar le proporcionase una embarcación ligera para enviar embajadores al Rey de Gilolo, haciéndole saber su llegada y los pensamientos que le animaban. Aquella misma tarde tuvo á su dis-

posición un parao y otros dos barcos menores, bien esquifados y dispuestos, y envió en ellos á Alonso de los Ríos, sobresaliente de la nave, á Urdaneta y otros cuatro castellanos, entre los cuales iba Gonzalo de Vigo, que debía servir de intérprete. Era lunes, 5 de Noviembre, cuando partió la embajada para Gilolo. Caminaron primero hacia el Sur siete ú ocho leguas, y luego al SO. otras veinticinco: dejaron allí las embarcaciones, y atravesaron la isla por tierra, saliendo al lado opuesto, enfrente de la de Ternate, obra de una legua de ella. Los españoles se quedaron allí, mientras el hijo de Bubacar, que les acompañaba, fué á la ciudad de Gilolo, distante unas siete leguas, á dar parte al Rey de cómo esperaban su venia los españoles para irle á saludar y cumplir su embajada. El día 8 del propio mes envió el Rey diez paraos, al mando de un sobrino suyo llamado Quichiltidore, hombre muy sagaz, dice Urdaneta, que los recibió muy bien y los llevó á la capital, donde llegaron el mismo día por la noche. No los recibió el Rey, porque la hora debía de ser poco á propósito para ello, según las costumbres de la tierra; pero dispuso que les dieran buenos aposentos, mandándoles también decir que descansaran y se solazasen, que al día siguiente los recibiría. Al propio tiempo les "ynbió mucha cosa de comer é de beber, que bien pudieran comer cien hombres„ (1). ¡Cuánto debieron de agradecer aquellas pruebas de la real munificencia los que hacía año y medio ignoraban lo que era comodidad y descanso y buena alimentación! La satisfacción de los afortunados embajadores fué completa cuando al día siguiente salió el Rey á unas atarazanas, y desde allí mandó llamar á los españoles. Urdaneta y Alonso de los Ríos quisieron, rodilla en tierra, besarle las manos; pero no lo consintió, y los hizo levantar al punto, dándoles muestras de gran consideración y afecto. Ellos le dieron cuenta primero de sus cartas credenciales, por medio de Gonzalo de Vigo; luego le refirieron á la larga cómo el Rey de España, en vista del buen recibimiento y favor que alcanzaron sus vasallos en las Molucas, según lo supo Su Majestad por Sebastián de Elcano, había mandado una gran Armada, compuesta de siete naves con presentes para Su Alteza (el Rey de Gilolo) y para otros reyes de las islas, y con muchas mercaderías, para el rescate de las especias; que sólo había llegado la nao capitana, de la cual se habían separado las otras con

(1) **Urdaneta, Relación inédita.**

un gran temporal; mas que esperaban, con el favor de Dios, no tardarían en llegar; y que ellos y cuanto tenían y podían era para darle favor y ayuda contra todos sus enemigos. Siguiendo por este camino, dijéronle cuanto creyeron oportuno para obligarle más y más á lo que ellos deseaban, conviene á saber: á que á su vez les favoreciese con todo su poder, que era relativamente grande, contra los portugueses. El rey les contestó muy afablemente, refiriéndoles con brevedad los sucesos principales de aquellas islas desde que llegaron los portugueses, sin olvidar los desafueros que habían cometido con los españoles, y últimamente, hacía pocos días, la destrucción de Tidore.

No bastaba una estrecha alianza entre los españoles y los de Gilolo; y puesto que los tidores estaban suspirando por reunir los elementos necesarios para vengarse de sus naturales enemigos, los portugueses, convinieron los embajadores y el Rey en que uno de ellos se pusiera en camino aquella misma noche, á verse con los tidores y entenderse con ellos. Salió, pues, Alonso de los Ríos con dos españoles más, y acompañado de varios *caballeros* de Gilolo, así los llama Urdaneta, según lo previamente acordado, y Urdaneta con otros dos españoles quedó en Gilolo, cuyo Rey, como hombre avisado y de gran experiencia, no permitió que saliesen todos los castellanos, por los riesgos del viaje; pues si por ventura topaban con los portugueses, podría acaecer que los apresaran á todos, y entonces no quedaría quien certificase al General español de lo sucedido, pudiéndose maliciar que él (el Rey) los había entregado en manos de sus enemigos.

Alonso de los Ríos llegó sin novedad á Tidore, y dió su embajada al Rey—que ya hemos dicho era todavía muy joven—y á los magnates que le acompañaban en su forzoso destierro en los montes. Uno y otros le recibieron con los brazos abiertos y se holgaron en gran manera de las nuevas que les comunicaban, refiriéndole también ellos sus cuitas, y cómo los portugueses, por mostrarse ellos amigos del Rey de España, los habían destruído. Nosotros sabemos que esto no era verdad, más que hasta cierto punto; pero, así como los españoles pintaron al Rey de Gilolo su situación y los fines que se proponían por el lado que mejor podía impresionar al monarca indio, de igual modo se hubieron los de Tidore con Alonso de los Ríos, el cual, aunque muy al tanto de lo que había

ocurrido, dió por valederas las causas expuestas; que ni unos ni otros estaban para reparar en melindres, sino muy necesitados de ayuda mútua, si no querían sucumbir á manos del común enemigo. Luego dispusieron que dos de los más allegados al Rey (llamado *Guzmán* el uno y Bayano el otro) fuesen con Alonso de los Ríos á besar las manos al General español, y á suplicarle de parte del Rey y de cuantos le acompañaban, que les hiciese merced de ir al puerto de Tidore, á donde ellos bajarían luego, proporcionándole bastimentos y favoreciéndole cuanto pudiesen.

Alonso de los Ríos volvió á Gilolo el día 11 de Noviembre, y dió parte al Rey de lo bien que le recibieron en Tidore, y de los pensamientos que animaban á los tidores, con lo que experimentó gran satisfacción, y mandó hacer públicas fiestas y holgorios, en que abundaron las borracheras según costumbre del pais. Al punto ordenó que preparasen algunas embarcaciones para trasladar á los embajadores hasta el punto donde habían dejado el parao; mas antes les hizo una plática, diciéndoles que tendría el mayor gusto en dejarles ir á todos, juntamente con su sobrino, á poner en conocimiento del general lo acaecido; pero que teniendo por cierto que los portugueses, no bien tuvieran noticia de lo que ocurría, se echarían sobre él para destruírle la isla, juzgaba de la mayor importancia quedasen algunos españoles, con cuya astucia, valor y buen ejemplo pelearía mejor la gente en Gilolo, con que cobrarían miedo los de Ternate. (1) Entendieron Urdaneta y Alonso de los Ríos que era muy razonable la pretensión del Rey; y comprendiendo, por otra parte, cuán bien les estaba tan poderosa amistad, accedieron á sus deseos, y quedó Alonso de los Ríos con tres españoles más, volviendo Urdaneta con el otro español á Zamafo, juntamente con varios caballeros de Gilolo y dos más de Tidore que habían llegado con Alonso de los Ríos.

Entre tanto era muy grande la impaciencia de los del real de Zamafo, que ignoraban cuanto ocurría: así fué que experimentaron vivísima satisfacción al conocer por Urdaneta los buenos re-

(1) Los portugueses contaban con el apoyo de los de Ternate; pues teniendo su fortaleza en esta isla, eran dueños de la misma. Sabemos además que el gobernador de ella era amigo de los portugueses. Los españoles, por su parte, hallaron eficaz ayuda siempre en los de Tidore y Gilolo; los demás isleños no parece que mostraban interés ni por unos ni por otros; pero los portugueses servíanse de ellos como de auxiliares, cuando hallaban oportunidad.

sultados de la embajada, tanto en Tidore como en Gilolo. El general regaló á los magnates indios algunas cosas de España, y todo fué contento y regocijo entre españoles é indios, contribuyendo á ello la abundancia de bastimentos con que los de Zamafo acudían á regalar á los expedicionarios.

No era Zamafo punto estratégico, ni estaban allí en condiciones para ponerse fácilmente al habla con los de Tidore y Gilolo y prestarse mútua ayuda, razón por la cual deliberaron sobre el puerto que les convenía tomar. Los de Gilolo quisieron tener á su lado á los españoles, pero los tidores necesitaban de ellos más que del aire que respiraban. Determinaron, pues, dirigirse á Tidore, y á este fin partieron de Zamafo el domingo 18 de Noviembre. Quichiltidore, sobrino del Rey de Gilolo, y los caballeros que le acompañañaban, se embarcaron en los paraos, y los enviados de Tidore en la nao con los españoles. Tomaron rumbo al Norte, para doblar el cabo septentrional de Gilolo; mas las corrientes y los vientos contrarios les forzaron á salir á alta mar, rondando la isla de Moro, sin poder volver, como quisieron, al punto de partida. Era ya el día 30 de noviembre, y no habían podido aún salvar la pequeña distancia que les separaba de Tidore; y al ir dicho día en dirección de la isla de Rabo, se les acercó el portugués Francisco de Castro, portador de una carta de D. García Henríquez para el General español, ordenándole abandonase las islas, pues todas ellas caían en la demarcación de Portugal; que si quería ir á su fortaleza de Ternate, sería tratado con mucha honra; que de no, tomase el camino de la vuelta á España ú otro cualquiera; todo menos permanecer en demarcación portuguesa. Finalmente protestaba de todos los daños, muertes y demás consecuencias que pudiera traer la permanencia de los españoles en las Molucas. Fácil es adivinar la contestación que daría Martín Iñiguez, enérgico y altivo como era, á las pretensiones del portugués; obrando con la prudencia y seso que las responsabilidades de su cargo le imponían, mostró á Francisco de Castro la provisión real en la que se le mandaba construír una fortaleza en el Maluco; y, cuanto al requerimiento, díjole que él iba á aquellas islas obedeciendo órdenes de Su Majestad, y las cumpliría á pesar de todo, con tanta mayor puntualidad, cuanto eran más justificadas y razonables, pues era público y notorio—tal era la íntima persuasión de los españoles—que las Molucas caían

en la demarcación de España. Terminó diciéndole que no era él quien debía abandonar las Molucas, sino los portugueses, por las razones dichas, y que, de no hacerlo así, ellos serían los únicos responsables de las desgracias que pudieran ocurrir. Martín Iñiguez no quiso firmar esta carta-contestación, porque la de García Henríquez venía igualmente sin firma; después se supo que el jefe portugués lo llevó muy á mal, tomándolo como afrenta, y diciendo que si no estampó su firma no fué por malicia, sino por olvido (1).

Con esto se despidió el portugués, prosiguiendo la nao su derrota hasta fondear en la parte SE. de la isla de Rabo. Cuatro días más tarde se presentó nuevo enviado de García Henríquez, por nombre Fernando de Baldaya, escribano de la factoría portuguesa haciendo iguales protestas y requerimientos que el anterior. Martín Iñiguez le respondió en sentido análogo; cortés en la forma, pero enérgico en el fondo: la contestación del jefe castellano hacía perder toda esperanza de avenencia. Verdad es que Fernando de Baldaya llevaba en realidad un fin muy distinto del que aparentaba, pues con el pretexto de un requerimiento, iba á enterarse á su sabor de los elementos con que contaban los españoles para habérselas con el portugués. Por cierto que los datos adquiridos por Baldaya no debieron ser muy tranquilizadores, puesto que la Armada portuguesa, compuesta de dos navíos y doce galeras de Ternate, que se hallaba oculta muy cerca de allí, tras la punta gorda de Gilolo, con encargo de apresar al navío español ó de afondarle, no se atrevió á molestarle en lo más mínimo.

Estando surtos en la dicha isla de Rabo ó Rao, hicieron varias correrías á otras, y en la de Chabo hallaron un barco cargado de víveres—destinado tal vez á los portugueses—y lo apresaron, no ciertamente porque careciesen de ellos, sino porque les convenía tener buen repuesto, y también para que no los aprovechasen sus enemigos. En aquellos mismos días de forzosa inacción recibió el General informes secretos de que el contador mayor Francisco de

(1) Oviedo y Herrera suponen que Francisco de Castro, viendo que Martín Iñiguez no firmaba la carta, le dijo: «Señor, firme vmd.; que si el Sr. D. García Henríquez no firmó su carta, fué por descuido con la priesa que tuvo de enviar pronto este despacho.» Carquizano le respondió «que no dejaba de firmar por descuido ni por priesa, sino porque D. García, su capitán, debiera mirar cómo escribia á un capitán del Emperador; que no merecía ser respondido sino al propósito de como hablaba, y que así lo sería con las obras». (Véase Navarrete, tomo V, pág. 62.)

Soto armaba un complot con objeto de suplantar á su jefe, si prosperaba la intentona, ó de pasarse al portugués si fracasaba. Hiciéronse inmediatamente las oportunas averiguaciones, de las cuales resultó ser cierta la denuncia. Soto debió la vida á las instancias que hicieron en su favor gran parte de sus compañeros, y Carquizano se contentó con privarle de la Contaduría general y dársela á Fernando de Bustamante. Urdaneta sustituyó á éste en la de la nao (1).

El día 13 de Diciembre se vieron obligados á abandonar aquel puerto, porque empezó á garrar el ancla, y los vientos y las corrientes contrarias les arrastraron hacia Zamafo, yendo á surgir una legua más al N. del pueblo dicho. Como hubiesen tenido noticias de que los portugueses andaban acechando ocasión oportuna de dar contra ellos, Martín Iñiguez hizo saltar en tierra á la mayor parte de su gente, mandó decir Misa al capellán, y después de ella expuso llanamente á los suyos la situación en que se encontraban, tras los imponderables trabajos hasta entonces sufridos; cómo los portugueses tenían grandes recursos y se manifestaban envalentonados, mientras ellos sólo contaban con una nao; aunque, por otra parte, debían considerarse obligados á mucho, como enviados de la Majestad Cesárea para defender los derechos de España; que, en vista de todo, expusiera cada uno sinceramente su parecer. El de todos ellos fué que no se debía cejar en la demanda, y que estaban prestos y aparejados á morir en servicio de Su Majestad; que á todo trance debían trasladarse á Tidore, pues tenían tan buen favor y ayuda en su Rey y en el de Gilolo; que en punto á recursos y medios para luchar con los portugueses, eran tantos como ellos en número, y con mucha artillería y municiones, y la gente muy deseosa de salir con honra de aquel empeño; que jamás rehusarían ellos el cumplimiento de la voluntad del César, el cual llevaba por mote en su divisa *Plus Ultra*. Holgóse en extremo el General con los alientos que manifestaban sus subordinados, y al punto repartió la gente en tres cuadrillas con sendos jefes, que fueron Fernando de la Torre, Andrés de Urdaneta y Andrés de Palacios; aderezó la nao lo mejor que pudo y dispuso las cosas de tal arte que estuviera todo ordenado para entrar en batalla. "Allámonos en la

(1) «En la Contaduría de la nao me probeyó á mí, Andrés de Urdaneta.» Relación inédita.

nao—dice Urdaneta—ciento y cinco personas, entre las cuales abía más de nobenta de pelea, é todas escopeteros é ballesteros, é toda la gente estaba tan rezia é fuerte como el día que partimos despaña, aunque había diez y ocho meses que partimos„ (1).

Habían muerto unos cuarenta hombres desde que atravesaron el Estrecho de Magallanes. Nótese que Urdaneta era ya contador de la nao y capitán de una de las tres compañías en que se dividió la gente: excelente prueba de la buena cuenta que dió de sí en las diversas comisiones que se le encomendaron, tan delicadas como peligrosas. No había cumplido todavía veinte años.

Estando en este puerto había llegado un parao del rey de Tidore, con objeto de acompañar á la nave española, que deseaban verla anclada muy pronto cerca de dicho pueblo, y á 28 de Diciembre partieron todos juntos en demanda del mismo. Llevarían navegando veinticuatro horas escasas, cuando les salieron al encuentro dos galeones portugueses y una fusta, con más numerosa bandada de paraos de Ternate, que se acercaría á un centenar. Algunos indios que iban á bordo de la nao creyeron llegada su última hora al divisar tan poderosa Armada enemiga; pero los españoles no se inmutaron, y al ver el General que el parao de Tidore no podía seguirle, y que los portugueses le iban á atajar, se detuvo á esperarle, hasta que, muy cerca ya, le dió un cabo por popa, y largó velas, siguiendo su anterior derrota. "Si los portugueses quisieran, dice Urdaneta, bien nos alcanzaran; empero no les pareció buen partido, é así nos dejaron pasar.„ Dieron vista á Tidore y Ternate, lunes 31 de Diciembre, y aquella noche se detuvieron en un puerto al N. de Tidore, adonde llegaron muchas canoas de la isla con regalos, dando noticia al General de que había cerca de allí un junco de portugueses, cargado de clavo. Carquizano manifestó deseos de apoderarse del junco; pero los capitanes se lo disuadieron, para que jamás se dijera que habían sido ellos los primeros en romper las hostilidades. A las diez de la mañana del día 1.º de Enero de 1527 surgieron en el puerto principal de Tidore, muy cerca del pueblo poco antes destruído por los portugueses, y á cuatro leguas de la fortaleza de Ternate. El Rey, niño de doce años, el regente ó gobernador y magnates lloraban de placer cuando vieron á los espa-

(1) Urdaneta en sus dos Relaciones, y Uriarte. Otros documentos dan distintas cifras, todas mayores que la indicada: 115, 116, 123, y hasta 133.

ñoles, "como si fuéramos—dice Urdaneta—sus primos ó hermanos; é hacíanlo de corazón, porque llegábamos á tiempo que los redemimos de cavtiberio.„

De nuevo expusieron los tidores á Martín Iñiguez sus cuitas, y éste les manifestó cuáles eran sus propósitos, como enviado del Rey de España; cuitas y propósitos que ya conoce el lector; conviniéndose en la cariñosísima entrevista, que el General dispondría cuanto creyese oportuno en tan críticas circunstancias para el procomún y defensa de tidores y españoles, puesto que el Rey no estaba aún en condiciones de hacerlo, por su poca edad. Juraron los isleños sobre el Corán, y los españoles sobre los Evangelios, cumplir fielmente lo capitulado; y, después de haber tomado algunos refrescos, salieron de la nao el Rey y magnates al són de las trompetas y en medio de una salva estruendosa de toda la artillería; pequeña muestra de la satisfacción inmensa que embargaba los corazones.

El día mismo de su llegada comenzaron los españoles á construír un baluarte de piedra y madera, á cosa de ciento cincuenta pasos de la nao; y con la ayuda de los indios, que trabajaban con indecible ardor, antes de las cuarenta y ocho horas dieron por terminada la obra. No contentos con esto, levantaron dos bastiones, uno á doscientos pasos de la nao, y otro á la parte opuesta del pueblo, artillándolos con un pasamuro y un tiro grueso cada uno. Completáronse los preparativos de defensa, que es natural adolecieran de la grandísima precipitación con que se hicieron, levantando los derruídos muros de la ciudad, y descargando la nao, donde quedó Martín Iñiguez con sesenta hombres. Los cuarenta restantes los repartió entre la fortaleza y bastiones.

No bien se supo en el real de los portugueses que los castellanos se estaban fortificando en Tidore, García Henríquez quiso tomar consejo de sus capitanes sobre lo que convenía hacer en aquellas circunstancias; la juventud ardorosa opinó que sin pérdida de momento era preciso dar sobre los españoles y apresarlos, antes que se arraigasen en las islas; los más experimentados, en cambio, juzgaban que tal empresa estaba erizada de dificultades, pues los castellanos eran un linaje de enemigos muy malos de vencer, y peores de apresar, mucho más con la ayuda que les prestarían los indios, tan malavenidos con los portugueses; que lo procedente era esperar

socorros de Malaca, y que entre tanto, puesto que los castellanos deseaban vivir en paz y á nadie molestaban, no convenía comprometerse. García Henríquez, naturalmente inclinado á la guerra, atúvose al dictamen de los primeros y mandó preparar la Armada; mas antes envió á Tidore á Fernando de Baldaya para que, con pretexto de nuevos requerimientos, se enterase de la situación de los castellanos (1). Hízolo así, y al volver de su entrevista con el General español, salió la Armada portuguesa, con orden de entrar á sangre y fuego y destruír cuanto hallase al paso.

(1) Aunque en todos estos requerimientos hubo la obligada invitación del portugués para que los castellanos se trasladaran á Ternate, donde serían honrados cual merecían, en nada pensaba Martín Iñiguez menos que en acceder á tales invitaciones, ora porque le repugnaba la idea de abandonar la empresa por cuya realización tanto se había afanado, ora porque un portugués, amigo suyo, le escribió diciendo que se guardase de dar oídos á semejante añagaza, porque deseaban acabar con ellos y no dejar ningún castellano á vida, para que no hubiese en España más noticias de aquellas islas.



CAPÍTULO V

Prosigue la expedición Loaysa.—Rómpense las hostilidades.—Apresan los españoles un barco cargado de clavo.—Bárbara costumbre de los molucanos.—Llegan á los españoles dinero y provisiones de Gilolo.—Una expedición dirigida por Urdaneta.—Queman los españoles su única nao.—Valor y pericia de Urdaneta.—Corre gravísimo peligro.—Desafía Martín Iñiguez al Jefe lusitano.—Treguas.—Requerimientos recíprocos.—Nuevas treguas.—Rómpenlas los portugueses.—Valor temerario de Urdaneta.—Indígnase Martín Iñiguez contra Urdaneta.—Explicaciones honrosas para Urdaneta.—Muerte del General español.—Divisiones.—La Torre es nombrado Jefe de los españoles.—Rómpense de nuevo las hostilidades.—Sométese á los españoles el Rey de Makien—Varias correrías y encuentros.—Llega á las Molucas Alvaro de Saavedra.

Dos meses largos llevaban lusitanos y españoles contemplándose recelosos, sin que ninguno de ellos se atreviera á romper las hostilidades; por eso mismo debió de resonar tristemente, aún en los corazones más intrépidos, el primer cañonazo disparado para romper aquel sombrío é imponente silencio, y dar comienzo á una guerra cruel, cuyos resultados era imposible calcular. Verdad es que por otra parte, aquella indecisión y continuo estado de zozobra era casi tan penoso como el de una abierta y declarada hostilidad, que tarde ó temprano todos consideraban inevitable.

Y la guerra no se hizo esperar, ó mejor dicho, la declararon

los portugueses, conforme á las resoluciones de la Junta que ya conocemos. El día 17 de Enero de 1527, á la media noche, se acercaron cautelosamente á la nao castellana, con objeto de abordarla ó de echarla á pique, suponiendo que sus defensores estarían desprevenidos; mas no fué así: el lombardero que estaba de guardia en el bastión los acechaba, y fué el primero en disparar. Visto que no era posible una sorpresa, empezaron á cañonear la nave, y mataron á un español é hirieron á tres ó cuatro; los castellos respondieron conforme á la demanda, y siguieron cañoneándose hasta el 18 á medio día, que se retiraron. Los portugueses tuvieron un muerto y dos heridos.

Dos horas más tarde avisaron los tidores al General que el enemigo estaba descuidado muy cerca de allí, oculto tras de una punta de tierra, y mandó allá quince españoles y doscientos indios, que, cayendo de improviso sobre ellos, mataron dos portugueses y varios indígenas, sin haber recibido ningún daño. Apenas rehechos de la sorpresa, volvieron ternates y portugueses llenos de saña, llevando en el espolón de la fusta un rótulo que decía: *A sangre y fuego*; pero, aunque abundó éste, aquella tarde no se derramó una sola gota de la primera.

El día 19 se repitió la peligrosa aventura: toda la mañana se cañonearon reciamente, habiendo recibido la nao tres balazos de consideración. Con todo, aún fué mayor el daño causado por la artillería propia, pues con sus violentas sacudidas se iba abriendo y era por extremo difícil sostenerla á flote. Los portugueses se marcharon á Ternate en la creencia de haberla inutilizado, y en verdad no iban muy descaminados.

Entre tanto, el Rey de Gilolo no se olvidaba de sus amigos, y aquella misma tarde recibió el General un rico presente de bastimentos que aquel le enviaba en cinco paraos. Mientras le daban nuevas de aquella isla, le avisaron que en otra cercana de allí encontrábanse dos barcos cargados de clavo, y al punto ordenó que se embarcasen tres ó cuatro españoles con muchos indios, en los propios paraos de Gilolo, para ir en su persecución. Al anochecer apresaron á uno de aquellos; y por más que los castellanos se esforzaban para coger prisioneros, sólo pudieron lograr un indio; los tidores, conforme á la bárbara costumbre de aquellas regiones, mataban á todos los prisioneros y les cortaban las cabezas, por

que recibían del Rey un tanto por cada cabeza que entregaban. Allí murió también un portugués.

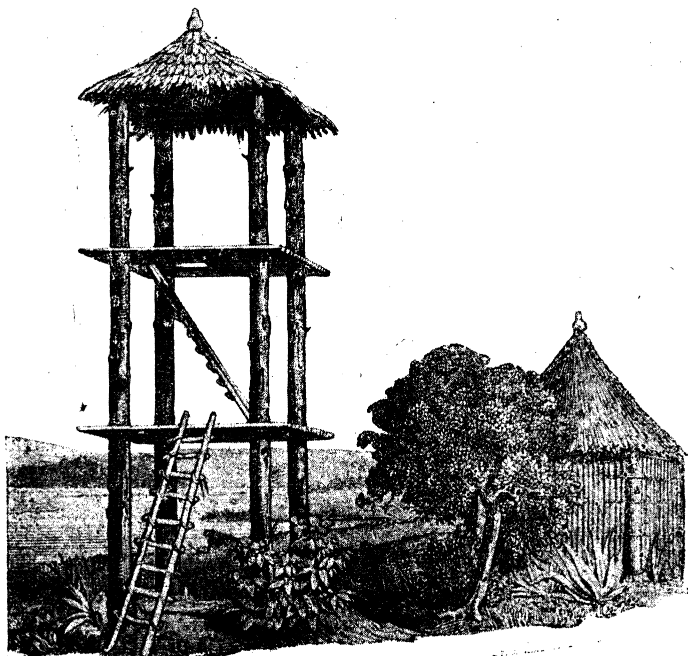
La alegría de los tidores, al tornar victoriosos de la refriega, no reconocía límites; y no la producía ni el haber apresado un barco enemigo cargado de cien quintales de clavo, ni los cañones con que venía artillado, y que eran muy de apreciar, sino las veintitantas cabezas enemigas que traían como trofeo de su victoria: era el más rico botín para aquellos salvajes. Olvidábasenos decir que el clavo era de la propiedad de D. García Henríquez, que diz que bramaba de coraje cuando supo lo ocurrido.

De nuevo llegaron algunas embarcaciones de Gilolo, cargadas también de vituallas para los españoles, y cierta cantidad de una moneda de cobre para el gasto de los soldados, (1) rogándole muy encarecidamente le enviase treinta españoles y alguna artillería, pues le constaba que los portugueses y ternates iban á dar sobre él de un momento á otro. Mucho le dolía á Martín Iñiguez desprenderse de su gente; pero no era posible abandonar á un tan leal y poderoso amigo como el rey de Gilolo, y le envió á su sobrino Martín García de Carquizano con veintitantos castellanos y varias piezas de artillería, pidiéndole á su vez le mandase carpinteros y tablazón para construír una fusta, pues la nao estaba inservible y no tenía más que un parao y pequeñas canoas para luchar contra los portugueses, que le atacaban con sus barcos y con los paraos de Ternate.

De dichas canoas hubo de servirse para mandar una expedición á la isla de Motil, donde veinte castellanos y trescientos indios quemaron un pueblo y apresaron dos paraos. Y como hubiese corrido entre los indios la voz de que por aquellas aguas habían visto algunos navíos, supuso Martín Iñiguez que tal vez se trataba de

(1) El P. Rodrigo Aganduru Moriz dice que en el Maluco llaman á esta moneda *pipi* (*Hist. General de Filip.*, lib. IV, cap. III). Gonzalo Fernández de Oviedo escribe, hablando de la misma: «En todas estas islas del Maluco corre cierta moneda de cobre, hecho en medio de ella un agujero quadrado, la cual unos la llaman *picis*, y otros la dicen *caz*, la qual es de la forma que aquí está debuxada y del mismo tamaño (exactamente igual que nuestras actuales monedas de cinco céntimos), con ciertas letras ó caracteres; no me supieron decir en qué lengua están escriptas, y aquestas de la una parte; y de la otra no tienen figura ni letra alguna. Quatro monedas destas me dió Martín de Islares (*compañero de Urdaneta*), del cual en esta relación se ha hecho memoria, y puse aquí la forma desta moneda assi del un cabo como del otro». (*Historia general y natural de las Indias*, Lib. XX. cap, XXXIII.)

los restos de la Armada de Loaisa, y mandó á Urdaneta con dos castellanos y buen golpe de tidores en su busca. Llegaron á Veda, y recorrieron por espacio de veinte días otras varias islas sin resultado. De vuelta de la expedición faltáronles víveres, y para proverse de ellos se detuvieron en la isla de Guacea; mas los indios por nada del mundo quisieron facilitárselos. El caso no daba espera: la imperiosa ley de la necesidad obligaba á Urdaneta á echar mano de medidas extremas, y no dudó un momento: saltó á tierra y ordenó la gente; y aunque los indios le recibieron con feroz acometida, huyeron pronto, al ver que se les recibía á pie firme y sin hacer gran caudal de sus fieros y amenazas. Urdaneta los persiguió hasta un lugar llamado Tabelica, donde tenían sus casas, tan altas como gavias de buque de 150 toneles, con escaleras de mano para subir á ellas.



Creíanse los indios fuera de todo peligro en tales viviendas: el desengaño fué cruel: al llegar los expedicionarios, fueron recibidos

á flechazos y pedradas; pero Urdaneta halló modo de arrojar un tizón encendido sobre el techo de una de aquellas casas, y en obra de media hora ardió todo el pueblo. Mataron á muchos y cogieron más de cincuenta prisioneros. De creer es que pocos víveres podría proporcionarse Urdaneta en un pueblo incendiado.

Hecho el escarmiento, volvieron rumbo á Tidore, deteniéndose en Gave, pueblo de la isla de Gilolo, que aunque sujeto por entonces á Ternate, sabedor de lo sucedido en Guacea, les proporcionó cuantos víveres quisieron.

Para fin de jornada, los portugueses esperaban á los expedicionarios, seguros de escarmentarlos duramente, puesto que Urdaneta contaba con escasísimos elementos para hacer frente á ternates y lusitanos que se le echaron encima. Con todo, no se arredró; y en lo más recio de la pelea, cuando dos paraos portugueses tenían casi rendidos á otros dos de Tidore, Urdaneta lanzó sobre uno de aquellos tan certero cañonazo, que le desbarató la proa é introdujo el desorden entre ellos. Gracias á eso pudo acogerse con todos los suyos á Tidore. En lo más recio de la lucha se arrojaron al mar, acogiéndose á los portugueses, todos los prisioneros que traía de Guacea, menos algunos que se ahogaron.

Por aquellos mismos días se había librado un reñido combate entre los de Ternate y Gilolo con muchos portugueses y castellanos en el bando respectivo. Unos y otros—dice Urdaneta—pelearon como buenos, y quedó indecisa la victoria, habiéndose se parado al concluírseles las municiones.

No poderse comunicar con España por falta de naves, y haber de luchar sin ellas, en una guerra esencialmente marítima, con un enemigo que tenía algunas y podía fácilmente recibir otras de la India, era situación desesperante para los castellanos. La nao *Victoria*, que les había conducido hasta allá, y hacia la cual debían de experimentar intenso cariño por los excelentes servicios prestados y por haber sido su única vivienda por largo espacio de tiempo, no podía tenerse á flote, y más que ayuda, era molesta impedimenta cuya conservación les costaba grandes sacrificios. Con todo, Carquizano se resistía á deshacerse de ella, y sólo se decidió á quemarla previo un informe jurado de la gente de mar, que con unanimidad desconsoladora afirmaba que era imposible aderezarla. Mandó entonces construír un galeón en Tidore y una fusta en Gilo-

lo; pero sólo ésta pudo utilizarse, y eso después de larga espera; las maderas del galeón, mal escogidas, fueron pudriéndose á medida que las iban armando, y cuando ya se dió por terminada la obra observaron que nada servía, y la quemaron.

Pero, con muchos ó pocos medios, era preciso hacer frente á las necesidades, porque el enemigo no les dejaba un momento de reposo: era el 27 de Marzo de 1527 cuando los portugueses, después de haber dado caza á algunos pescadores amigos de Castilla, se apostaron enfrente de Tidore con dos paraos, como haciendo alarde de sus fuerzas: encontrábanse entonces allí dos paraos de Gilolo con cuatro castellanos, y Martín Iñiguez mandó preparar el único qne había en Tidore con buen golpe de indios y ocho castellanos, al frente de los cuales puso al capitán Urdaneta. Dispuso éste que los dos barcos de Gilolo abarloasen á uno de los de Ternate, decidido á embestir sólo al otro; pero los gilolanos se negaron por razones de dignidad, que suelen ser de escasa fuerza entre aquellos naturales: contestaron, pues, que ellos solos querían habérselas con los portugueses: que donde no, se entendiese Urdaneta con el enemigo, y ellos se abstendrían en absoluto de tomar parte. Inútil fué que insistiese Urdaneta; los de Gilolo se cerraron á la banda, y no quisieron darse á partido. En su consecuencia, el valeroso capitán no dudó un momento en acometer solo, pero briosamente, al enemigo, á quien hizo huir después de porfiada lucha. Llevarían obra de legua y media en seguimiento del enemigo, cuando se convencieron de que no era posible darle caza; por lo cual se detuvieron, desarmándose los castellanos, obligados por el mucho trabajo y el excesivo calor. Decididos á volverse á Tidore, dispararon el último cañonazo; pero con tan negra suerte, que prendió el fuego en un barril de pólvora que por descuido estaba abierto, produciéndose horrorosa explosión, de la que resultaron heridos varios castellanos y quince indios, seis de los cuales murieron. Urdaneta, al sentirse abrasado, se arrojó al agua, y para cuando salió á flote hallábase el parao á respetable distancia, huyendo de los portugueses, quc, no bien se enteraron de lo ocurrido, dieron en perseguirle. Horribles eran las angustias del desdichado capitán: el enemigo le iba á los alcances, disparándole sin piedad una granizada de escopetazos; el parao de los tidores huía á todo andar, y aunque los castellanos la emprendieron á golpes con ellos para que es-

perasen al jefe, pudo más el terror pánico producido por la inesperada catástrofe, y bogaban desaforadamente con rumbo á tierra, sin que ni súplicas, ni amenazas, ni castigos los contuvieran. En esto comenzó á nadar Urdaneta hacia los paraos gilolanos, que, ó más serenos ó menos perseguidos que los de Tidore, se hallaban más cerca. "De rato en rato—dice Urdaneta—ynpinábame encima del agua é capeabales con la mano, de manera que me vieron los castellanos que estaban dentro en los paraos de Gilolo, é hicieron con los yndios que fuesen á socorrerme, porque los paraos de Ternate venían ya sobre mí tirándome bersazos y escopetazos. Plugo al Señor que llegaron los de Gilolo á tan buen tiempo, que me tomaron sin que me hubiesen hecho daño ninguno los enemigos. Mucho me ayudó este día el buen nadar. Yo iba muy quemado, de manera que estube bien beinte días sin salir de una casa de los yndios de Gilolo„ (1). Urdaneta salió con el rostro abrasado, quedando con notable fealdad por toda su vida.

No cesaba el jefe portugués en su eterna cantilena de requerimientos excusados, y dió en la flor de añadir en ellos que los castellanos eran, más bien que enviados del Emperador, corsarios y ladrones que obraban por su cuenta y riesgo. No pudo llevar en paciencia Martín Iñiguez tan fea imputación, y le contestó, una vez por todas, que mentía como ruin y bellaco; que repetidas veces le había mostrado, sin que nadie le forzara, las provisiones reales ordenándole la conquista del Maluco, por lo cual cedían en beneficio del Emperador y de la Corona de Castilla los sacrificios que se imponían, que no eran pocos; que ni él ni los hidalgos que le acompañaban eran capaces de las bajezas que con evidente sinrazón se les imputaban; y que, en suma, los únicos que allí estaban de más y obraban contra toda ley y justicia eran los portugueses, como se lo haría ver de persona á persona, ó, si quería, de tantos á tantos. García Henríquez, de suyo esforzado y valeroso, educado en la escuela de aquellos grandes generales portugueses que conquistaron la India, se inclinaba á aceptar el desafío; pero los capitanes que le rodeaban se lo disuadieron. Con haber llegado á tal extremo los dos jefes, el portugués solicitó y obtuvo treguas, y en su virtud españoles y lusitanos se visitaban cou frecuencia en las fortalezas respectivas, con gran contentamiento de unos y otros.

(1) Relación inédita.

Un mes habría transcurrido en tal situación, cuando arribó á Ternate D. Jorge de Meneses, nuevo general portugués, que venía á relevar á García Henríquez. No es de este lugar detenernos á referir las diferencias surgidas entre los portugueses con motivo de este relevo: bastará indicar que Meneses intimó á D. García la orden de embarque hacia Malaca; pero éste, que tenía intereses en las Molucas, se resistía á abandonarlos por el momento. De ahí nació el primer choque, el cual tuvo por resultado la prisión de Don García; sus parciales lograron librarle de ella y encerrar á Meneses. En esto intervino el General español á favor del último, y después de incontables vicisitudes terminó la contienda con el embarque de García Henríquez.

No bien tomó posesión de su cargo, y antes de sus altercados con D. García, le faltó tiempo á Meneses para dar por terminada la suspensión de armas, y envió al jefe castellano la indispensable embajada con los requerimientos de siempre, obteniendo contestación idéntica. Como se trataba de un jefe nuevo, Iñiguez creyóse también obligado á enderezarle mensaje análogo con las solemnidades de rúbrica, y eligió para ello á su antiguo competidor Fernando de Bustamante, á Gonzalo de Campo y á Urdaneta. Ya no se contentaba el jefe español con las protestas de costumbre, sino que reclamaba de Meneses la entrega de la fortaleza de Ternate y la del capitán D. García, por haber iniciado una guerra injusta; y, finalmente, que abandonasen los portugueses todas aquellas tierras é islas, por la consabida razón de que pertenecían á la Corona de Castilla. Como D. Jorge había llevado cien hombres de refresco en dos navíos bien pertrechados, creía tener sobrados elementos para imponerse al puñado de españoles que, por diversas causas, se iban diezmando; y, á la verdad, no era necesario ser portugués para imaginarse que en su presencia iban á temblar las Molucas con todos sus habitantes, indígenas ó exóticos. Por eso no reconoció límites su asombro al encontrarse de manos á boca con una embajada de tal naturaleza. Aún insistió Meneses en hacer nuevos requerimientos, y á este objeto mandó á Fernando de Baldaya, encargándole que si, como era de temer, Martín Iñiguez no se avenía con las reclamaciones portuguesas, tratase de paces y las dejase asentadas. Apenas pronunció Baldaya sus primeras palabras, le atajó Martín Iñiguez con otras muy significativas: "¡Vive Dios—le vino á decir—

que, si volveis á exponerme tales exigencias, he de colgaros de una entena, y después de vos á cuantos me vengan con semejantes pretensiones!„ (1) Dicho se está que no insistió Baldaya; creyendo llegado el caso de tratar de la segunda parte de su embajada, convino sin grandes dificultades con el General castellano en las condiciones de las treguas que habían de firmarse, que fueron, sobre poco más ó menos, las mismas que las concertadas poco antes: quedaban Gilolo y Tidore por los castellanos, y las demás islas con Ternate por los portugueses, debiendo también gozar todos los indios de los beneficios de la suspensión de hostilidades.

Martín Iñiguez, que poco antes había mandado á su sobrino Martín García de Carquizano como Jefe de las castellanos á Gilolo, vióse desagradablemente sorprendido con la noticia de que éste y Alonso de los Ríos estaban muy desavenidos, por causas que ninguna de las relaciones contemporáneas especifica. Ello fué que llamó á los dos y envió á Urdaneta, cuya excelente mano para los asuntos más espinosos le era bien conocida. Pocos días llevaba Urdaneta en Gilolo cuando los portugueses cometieron la felonía cruel de apresar dos canoas, tripuladas por pescadores gilolanos (2), los cuales murieron á manos de sus pérfidos enemigos. Al saberlo el anciano monarca de Gilolo, montó en cólera, y juró tomar terrible venganza de gentes tan fementidas; exhaló también amargas quejas contra el General español, por cuyo mandato publicó por todo el reino las malhadadas treguas, mil veces más perjudiciales que la guerra. Con tan desagradable motivo, probó una vez más Urdaneta su admirable temple de alma, y su valor más que temerario. Embarcóse inmediatamente en un parao ligero y corrió tras de los portugueses; y, hallándose cerca de ellos, pidióles seguro (¡calcúle-

(1) P. Agandurn Moriz, *Historia general de las Islas Filipinas*, lib. IV, cap. VI.

(2) Urdaneta, y cuantos escriben de estos asuntos, no se cansan de repetir que los portugueses obraban con insigne mala fe, lo mismo al simular treguas que al romper las hostilidades: en su vehemente deseo de acabar con los españoles, no reparaban en medios. «Viniendo—dice Urdaneta—muchas veces á nuestra isla, procuraron de alzarse con los indios de Tidor á poder de dádivas, que nos matasen á traición, é no hallando aparejo en los indios, procuraron de matarnos con ponzoña». Ya hemos advertido antes de ahora que tal vez la pasión movió muchas plumas para estampar bajezas que no se avienen con la nativa hidalguía de aquellos valientes guerreros (hablamos de los portugueses); pero aunque descartemos algunas de las imputaciones, no es fácil justificar ciertos hechos, como el de la matanza de los indefensos pescadores de que se habla en el texto. Verdad es que los portugueses la achacaron á los indios.

se qué seguridad podía ofrecer la palabra de unos hombres que acababan de pisotear las leyes más sagradas y elementales de la guerra!) para pasar á su barco; mas los indios, temerosos de una nueva bajeza—temor sin duda muy natural,—por nada del mundo querían acercarse á los portugueses. Entonces se arrojó al agua Urdaneta, y nadando llegó á los portugueses, más que todo por tomar sus nombres y echarles en cara tan infame traición. Aganduru Moriz dice que le respondieron de mala manera (1); pero Fernández de Oviedo y Herrera afirman que se excusaron con los indios, asegurando que ellos no lo pudieron evitar.

Urdaneta apuntó en una hoja de palmera los nombres de aquellos portugueses y de varios indios de mayor categoría, y advirtiéndoles que estaban rotas las treguas, volvióse á nado á su embarcación. Habrían transcurrido escasamente ocho días de esto, cuando el rey de Gilolo, sabedor de que varias embarcaciones de Ternate iban á pasar por allí cargadas de víveres de una isla cercana, salió á su encuentro con Urdaneta y los demás castellanos, y arremetió furioso al enemigo, cogiéndole doce paraos y gran número de prisioneros; mandó cortar las cabezas á todos los que eran de Ternate, que pasaban de cuarenta, tomando á los demás como esclavos.

Sintió Meneses á par del alma este percance y se quejó amargamente á Martín Iñiguez del supuesto desafuero cometido por Urdaneta, á quien se lo achacaban en primer término, ocultando, por supuesto, que ellos habían roto primero las treguas Indignóse el General contra su subordinado, y juró degollarle como fuera verdad lo que le referían. Advertido Urdaneta del juramento de Martín Iñiguez, determinó pasar á Tidore, pero el Rey de Gilolo quiso que le acompañase su sobrino Quichiltidore, para de este modo justificarle mejor y asegurar la vida de un hombre tan idolatrado por todos los gilolanos, que en él cifraban todas sus esperanzas. Llegaron á Tidore; habló Urdaneta con el General delante de varios portugueses, dando sus descargos, y á seguida dijo Quichiltidore, entre otras cosas: "Mira, señor: cuando los enemigos no tienen palabra, juramento ni vergüenza que los apremie á guardar lo que prometen, más segura es con ellos la guerra que la paz, por muchas prendas que ofrezcan. Mi Rey, debajo de tu fe, hizo pregonar

(1) *Historia general de las Filipinas,* lib. IV, cap. VII.

la paz, que le ha muerto sus vasallos; y con más justa causa se debería quejar de tí que de los portugueses; y tú fuiste el primer ofendido en el rompimiento de la tregua; y lo que el Rey y Urdaneta han hecho ha sido restituír la honra al Emperador y á ti, y no romper tregua, sino restaurar la ofensa, que, con tan poca vergüenza en las barbas del Rey, mi señor, y á su puerta se atrevieron de hacer, sobre seguro, á tu nación y á nosotros; lo cual no pudieran hacer sino con la confianza de tu tregua. Por tanto, señor, el Rey os suplica que, aprobando y teniendo por bien lo que se ha hecho, hagáis mercedes á Urdaneta y á los demás castellanos que en Gilolo están, y te avisa que te guardes de gente que tan mal cumple su palabra; y, por muchas treguas que asientes, no se piensa confiar más, si el Rey de Ternate no le envía vivos los Capitanes que le mataron sus vasallos, rompiendo la tregua; y aun tú, señor, será bien que, de tu parte, pidas enmiendas, y las personas de los portugueses que en ello se hallaron, pues Urdaneta los habló y sabe sus nombres„ (1).

Martín Iñiguez, que tanto apreciaba á Urdaneta, se holgó en extremo de ver palpablemente demostrada su inocencia. Y le dió un estrecho abrazo, diciendo que no esperaba menos de tan honrado y valiente capitán, y le ofreció gratificarle generosamente, si Dios le daba con qué, y suplicar al Emperador que le hiciese merced (2). Con esto le mandó volver á Gilolo, y tornó con mayor honra y reputación que la que antes gozaba, con ser muy grande, lo mismo entre españoles que entre indios.

Con la tregua asentada hemos dicho ya que españoles y portugueses se relacionaban con frecuencia, alternando é intimando algunos hasta un punto que para los primeros produjo resultados desdichadísimos. Bien persuadidos los portugueses, por una experiencia harto costosa, de que los españoles, con ser tan pocos y aún careciendo de recursos, llevaban la mejor parte en medio año de choques frecuentes, acudieron á medios infames y reprobados,

(1) Esta es la forma, punto más, punto menos, en que los historiadores nos hablan del razonamiento de Quichiltidore. Algún malicioso la juzgará, por ventura, excesivamente sutil y perfilada para dicha por un indio, tomándola como una imitación poco feliz de las arengas clásicas. Sea como quiera, no podemos poner en duda el excelente efecto producido en el ánimo del General español por los descargos y explicaciones que se le dieron, en esa ó en otra forma.

(2) Véase Navarrete, t. v, pág. 82.

si hemos de dar crédito á las relaciones contemporáneas; medios que sólo pudieron poner en práctica gracias á la suspensión de hostilidades, amañosamente concertada. "Procuraron—dice Urdaneta—de matarnos con ponzoña, echando en un pozo de donde bebíamos; lo cual fuimos avisados, é así se remedió.„ Otras relaciones añaden que el capellán de los portugueses, tomándolo a cargo de conciencia, se lo escribió al de los españoles. No desfallecieron por eso: Fernando de Baldaya, que se vendía por muy amigo del general castellano, intimó tanto con él, que logró le convidase varias veces á su mesa en el fuerte de Tidore, y aprovechó una de ellas para emponzoñar el vino que había de beber Martín Iñíguez. A poco de haberlo tomado, experimentó grandes bascas y congojas, efecto del veneno propinado por el traidor Baldaya. Aún vivió obra de un mes, pero no tuvo día bueno, entregando su alma al Criador á 11 de Julio de 1527. "Dios sabe cuanta falta nos yzo —escribe Urdaneta—por ser onbre muy abil é valeroso para el dicho cargo: era muy temido asi de los cristianos como de los yndios.„ (1)

Calientes aún los restos del general Martín Iñiguez, juntáronse los oficiales en la iglesia, dónde aquéllos acababan de recibir cristiana sepultura, para proceder á la elección de sucesor. Habló primero Martín García de Carquizano, sobrino del difunto Iñiguez reclamando para sí el puesto, como tesorero general de Su Majestad; pero tuvo pocos adeptos, á consecuencia "de algunas sinrazones que hizo„, según cuenta Urdaneta. A seguida tomó la palabra Bustamante, que por su empleo de contador general, creía tener mejor derecho; y, sin duda porque á Martín Iñiguez le dió buen resultado su audacia al proclamarse el más hábil de todos para el espinoso cargo, Bustamante no tuvo empacho en hacerse la propia

(1) Supónese que el incauto General murió un mes despúes de haber sido atosigado, y por efecto de la ponzoña, que lentamente iba minando su existencia. Hay una preocupación popular, bastante arraigada todavía, sobre la acción paulatina y misteriosa de algunos tósigos; preocupación no nada conforme con lo que dictan los principios de la ciencia médica; y es indudable que los escritores se fundan en la expresada preocupación para afirmar con imponente unanimidad que Martín Iñiguez murió treinta días después de envenenado, porque la ponzoña fué poco á poco destruyendo su existencia. Esto no es admisible: sin embargo, nada nos fuerza á rechazar en lo substancial los hechos admitidos en el texto. Pudo, en efecto, producir el tósigo violentísima sacudida en el organismo del General, dejándole tan malparado, que un mes más tarde sucumbiera de resultas y por efecto mediato de la ponzoña que le propinaron.

recomendación, sin tener en cuenta que, si es tolerable en quien ostenta méritos reconocidos, resulta odioso y contraproducente en caso contrario.

Así fué: ni Martin García ni Bustamante contaban con simpatías; y aunque uno y otro se recomendaron repetidas veces, su causa parecía irremediablemente perdida. Los vocales de aquella extraña asamblea no acababan de convencerse de la necesidad ni de la conveniencia de elevar á ninguno de los dos á la primera jefatura. Bustamante no se resignaba, y quiso poner en la balanza un linaje de argumentos que por lo común suele dar seguros resultados: sobornó á algunos, y él y sus parciales se presentaron armados en la siguiente reunión. Todo inútil: "muchos hombres de bien que había en la compañía—dice Urdaneta—requirieron al alguacil mayor que les quitase á todos las armas.„ Así se hizo, y comenzó una larguísima discusión que duró hasta cerca de la noche. A medida que pasaba el tiempo, veíase más lejana una inteligencia, y el peligro común era mayor. Si los portugueses hubieran tenido noticia de semejante desconcierto, fuérales bien fácil acabar con gente tan mal avenida. Así lo comprendieron los calificados por Urdaneta de *hombres de bien*, que contemplaban con dolor aquel pugilato de ambiciones desapoderadas, y, decididos á jugar el todo por el todo, abandonaron la reunión, llegaron al fuerte, y, todos á una voz, proclamaron General y Gobernador á Hernando de la Torre, teniente que había sido de Carquizano, y levantáronle en peso, á fin de imponerse á todos y dar por terminado aquel vergonzoso litigio. La Torre se excusó al pronto, diciendo que debían elegir á otro más digno, y parecía sincera su resistencia, puesto que para nada figura entre los aspirantes al Generalato, para el cual, sin embargo, podía presentar acaso mejores títulos que nadie. Pero ya no hubo vacilaciones: un clamor unánime de los amantes del orden y de la paz ahogó la voz de La Torre, diciendo que nadie era más digno que él y requiriéndole en nombre de S. M. para que aceptase el cargo. Inmediatamente hicieron venir á un escribano, y juraron todos al nuevo General, mientras buena parte de los oficiales seguía aún discutiendo en la iglesia sobre lo mismo que, con acuerdo unánime de los demás, se había resuelto fuera. Nadie se resistió al juramento, "pues ál *(otra cosa)* no podían azer,„ dice Urdaneta, ya que el núcleo mayor había adoptado actitud tan decidida.

La Torre se dió prisa en disponer lo conveniente para que no le cogiesen desprevenido los portugueses: á poco envió á Alonso de los Ríos á Gilolo para que Urdaneta y la pequeña guarnición que capitaneaba le prestasen juramento, en lo cual no se ofrecíó la menor dificultad; y ya que el General difunto había nombrado á dicho Urdaneta tesorero de la mar, que era, según dice el interesado, muy buen oficio, si pudieran contratar, quiso La Torre ponerle en posesión de su cargo, sustituyéndole en Gilolo con Alonso de los Ríos: nombró asimismo por lugarteniente suyo á Pedro de Sotomayor, que era jefe de uno de los pequeños baluartes, y puso en su lugar á Diego de Ayala (1).

Milagros de valor, esfuerzos titánicos hacía aquel centenar escaso de españoles: exigirles sólo que se sostuvieran en sus posiciones primitivas era ya un exceso ante un enemigo más numeroso y mejor preparado, y que acababa de asombrar al mundo con sus inauditas proezas en los mares de Oriente, desde el Estrecho de Bab-el-Mandeb hasta el de Malaca. Y, sin embargo, todavía ganaban terreno; avanzaban, aunque lentamente, y el nombre de España resonaba glorioso en las Molucas, uno de cuyos soberanos, el de Makien, vasallo hasta entonces de los portugueses, no temió las terribles iras de sus antiguos señores para ponerse incondicionalmente á las órdenes de los españoles, movido por el renombre de invencibles que habían ganado en las repetidísimas y sangrientas

(1) Siguen las acusaciones contra los portugueses, cuyas perfidias y bajezas en las Molucas ocupan largas páginas en los historiadores primitivos de Extremo-Oriente. Antes que los españoles dieran por inútil, como se ha indicado antes, el galeón que con tantos trabajos iban construyendo, quisieron los portugueses que marlo, y lo intentaron de este modo: Jorge de Meneses mandó á uno de los suyos que se presentase en el campo español como fugitivo de los portugueses, contando horrores de ellos y diciendo que estaba resuelto á servir al Emperador. Hernando de la Torre le recibió muy bien (no acababan de escarmentar los españoles, cuya candidez era á prueba de todo linaje de felonías), y le señaló sueldo como á todos los demás. A los quince días envió Meneses un parao con granadas; el fugitivo, que estaba en el secreto, las colocó dentro del navío en construcción y se acogió al parao. A media noche sorprendió á los españoles el estruendo temeroso de las granadas que reventaron; y al ver que el fementido portugués no parecía por ninguna parte, cayeron en la cuenta de la nueva fechoría que con ellos se había cometido. De hecho ningún daño produjeron las granadas, por no estar embreado el navío; pero se vió una vez más y muy á las claras, qué clase de armas usaban los redomados enemigos de España. Es de notar que esto ocurría en tiempo de treguas; y bien persuadido Hernando de la Torre de que le era mucho más ventajosa una guerra franca y abierta á un armisticio que sólo aprovechaba al enemigo, rompió las hostilidades con nuevo y valroso empuje.

luchas contra las aguerridas huestes lusitanas. No lograban, es verdad, aquellas resonantes y magníficas victorias que tan alto colocaron los nombres de un Cortés y de un Pizarro; pero era muy distinto el escenario, y ni Moctezuma ni Atahualpa, con todo su aparatoso poder, oponían tan denodada, artera y hábil resistencia como los portugueses. No nos incumbe referir todos los lances y encuentros de aquella guerra singular; ni, aunque lo pretendiéramos podríamos salir airosos en la demanda; porque el mismo Urdaneta, cuya relación inédita es la más amplia y minuciosa de todas las que sobre el mismo asunto conocemos, advierte que pasa por alto grandísima parte de los choques habidos entre los contendientes (1). Durante el año 1527 libráronse varios combates, á cual más sangriento, con varia suerte; y aunque eran pocos los cristianos que sucumbían en tales encuentros, la hueste española, sobre ser tan corta á su llegada, iba reduciéndose á la más mínima expresión, ora por los estragos de las contínuas luchas, ora por las víctimas producidas por aquel clima abrasador y extremado.

Para suplir de algún modo la falta de hombres, el día 18 de Enero de 1528 llevaron la nueva fusta desde Gilolo á Tidore (ya hemos dicho que el galeón resultó inútil), y Hernando de la Torre hizo capitán de ella al esforzado Alonso de los Ríos.

Inauguróse el año de 1528 con un encuentro casual entre castellanos y portugueses: como éstos eran pocos, encallaron el parao muy cerca de la costa, y después de algún tiroteo se refugiaron en la montaña. Los españoles volvieron á Tidore con el parao del enemigo. A fines de Febrero enderezaron sus miras á cosa de más empeño: aunque el señor principal de la isla de Makien se había declarado por los españoles, como queda dicho, un cuasi vasallo del mismo, dueño del pueblo de Guinta, el más fuerte de la isla, se resistía valerosamente, aconsejado, como es natural, por los portugueses que tenía dentro de sus muros. Treinta castellanos emplearon por varios días todo su esfuerzo, y al fin, después de horrible matanza, en que portugueses é indios pelearon desesperadamente,

(1) «Otras muchas bezes que aquí no pongo nos topamos los unos á los otros, é ubo cristianos muertos y heridos así de castellanos como de portugueses, é muchos yndios. Si ubiese de poner todos los rencuentros que hemos abido con los portugueses é yndios amigos suyos, é la destruyción que emos echo en lugares de amigos suyos sería para nunca acabar.»—Urdaneta, Relación inédita.

hicieron prisionero al régulo, que se sometió en adelante á los españoles con el pueblo que regentaba.

Pero esto no fué más que el comienzo de una serie de furiosos encuentros, en que lucharon como leones por entrambas partes. El jefe portugués llevó muy á mal esta victoria, comprendiendo que poco á poco se apoderaban los españoles de Makien, acaso la isla más abundante en clavo, y quiso hacer ejemplar escarmiento para evitar ulteriores defecciones, aunque en realidad no lo fué la entrega y sumisión de los de Guinta, que se resistieron cuanto buenamente les fué posible. Con tales ánimos enderezó sus fuerzas sobre un pueblo de la isla de Makien, por nombre Zalo; lo tomó fácilmente, y le mandó pegar fuego. Los castellanos vieron con pena desde Tidore los siniestros resplandores de aquel incendio que devoraba á un pueblo amigo; y uno de ellos, Andrés de Gorostiaga, paisano de Urdaneta y soldado valentísimo, no pudiendo llevar en paciencia tal desaguisado, presentóse al General, pidióle treinta soldados y dos galeras para hacer mayor escarmiento aún en un pueblo de Ternate, que sólo distaba del castillo de los portugueses obra de una legua, razón por la cual vivía muy desprevenido. Gorostiaga llegó aquella misma noche: á la hora del alba dió sobre Tocolo, que tal era el nombre del pueblo, y á fin de que los soldados no se enfrascaran en el saqueo, dando tiempo para que llegasen los portugueses, le puso fuego por cuatro partes, con que en breves momentos se redujo á pavesas. Este golpe de audacia, después de las ventajas que iban obteniendo los españoles, singularmente por la sumisión de Makien, llenó de consternación á los portugueses y á todos sus amigos (1).

Sería mediado el mes de Marzo cuando el rey de Gilolo pidió á Hernando de la Torre algún socorro con que escarmentar á un pueblo de la isla de Ternate llamado Tugabe (2), el más fuerte y rico de todas las Molucas, que le molestaba en gran manera. Ya los de Gilolo estaban sobre dicho pueblo; pero se sabía que los portugueses preparaban grandes fuerzas para ahuyentarlos. La Torre cedió á lo que se le pedía, y mandó treinta castellanos y buen golpe de indios, á las órdenes éstos del hermano del rey de

(1) P. Agandurn Moriz, *Historia de Filipinas*, lib. V, cap. II.

(2) Tuguabe y Tuguabre le llama Urdaneta (Relac. cit.) y Tulnabe Hernando de la Torre.—V. Navarrete, t. v, pág. 293.

Tidore, y aquellos de Urdaneta, según el P. Aganduru Moriz (1). Bien prevenidos hallaron á los contrarios, y fué terrible el primer choque: los isleños todos peleaban con valor desesperado, á causa tal vez de estar comandados por sus más altos jefes, los regentes ó gobernadores de Ternate y de Tidore: los cristianos á su vez daban ejemplo. "Por cierto era de ver, dice Hernando de la Torre, á quien los miraba: andaban los unos en pos de los otros tan revueltos que parecía juego de cañas cuando andan sin concierto; pues de ambas partes había muchos tiros con que se mataban mucha gente, así de versos como de escopetas é tiraban los indios tantos calabais que parecía caía granizo del cielo„ (2). Dos veces quisieron huír los portugueses, con intento de alcanzar la costa y abandonar las embarcaciones para acogerse al monte; pero no se atrevieron, temiendo que antes de ponerse en salvo morirían todos al salir á la desbandada. En esto les faltaron las municiones á los nuestros y cesó el combate. El citado Hernando de la Torre, nada amigo de exageraciones, asegura en la Relación escrita para el Emperador que, si los suyos hubieran tenido cuatro ó cinco tiros más, "trujieran presos ó muertos á los enemigos„ (3). Así y todo como los nuestros quedaron dueños del campo, huyendo los enemigos con toda la velocidad que les permitían las averías sufridas, volvieron á Gilolo victoriosos y con centuplicados ánimos (4). Murieron veintitrés indios amigos de Castilla, y salieron setenta heridos; la Armada enemiga tuvo ochenta y cinco indios muertos y más de cien heridos. Murió también un artillero portugués; de los españoles sólo hubo un herido grave, que sanó: era el artillero Roldán, uno de los poquísimos restos de la Armada de Magallanes, natural de Brujas, en Flandes, á quien una bala de cañón le llevó media quijada, quedando el hombre más feo del mundo.

Apenas tuvieron tiempo de descansar de las fatigas de esta jornada, cuando volvieron sobre la plaza de Tugabe; mas viendo que no podían tomarla por falta de elementos adecuados, extendiéron-

(1) *Historia de Filipinas,* lib. v, cap. III.

(2) V. Navarrete, t. v, pág. 294. Los calabais de que habla Hernando de la Torre eran unas cañas tan largas como dardos, con punta de palo tostado, arrojadas con zurriagas. Cada indio llevaba por lo menos cien calabais.

(3) Navarrete, loc. cit.

(4) El que, al terminar un combate, recogía los calabais de que hemos hablado antes, quedaba victorioso; y porque los nuestros hicieron eso, la humillación de los enemigos era indudable, según la costumbre de aquellas regiones.

se en varias correrías por otros pueblos vecinos, amigos de Portugal, talando los campos y apoderándose de cuantos bastimentos y útiles hallaban al paso.

Tales y tan duras eran las ocupaciones de los españoles, cuando divisaron á respetable distancia un navío, que, por la derrota que llevaba, les pareció no estar dirigido por gente conocedora de aquellos mares. Para llamar su atención dispararon dos tiros de mosquete, á los cuales respondieron los de la nao con otros varios; y como era á boca de noche, en vez de dirigirse á Ternate, como hicieran si fuesen portugueses, hicieron el bordo de la mar para acercarse á tierra al ser de día. El entusiasmo de los españoles no reconoció límites con sólo suponer que aquella nao, juntamente con las nuevas de la tierra, podría llevarles gente de refuerzo. Inmediatamente destacaron un parao á Gilolo para comunicar al Rey la fausta nueva, pidiéndole embarcaciones para salir al encuentro de la nao. El Rey se las mandó dar inmediatamente, y al amanecer llegaron al navío, saludaron á la gente, oyeron que eran castellanos, vasallos del Emperador, y para probarlo enarboló la nao la bandera real, con que ya no podía caber duda. Quedaron dos castellanos en el navío, mientras otros volaban, más que corrían, á dar parte del suceso á Hernando de la Torre. Fué menester toda esta diligencia para evitar una catástrofe; pues los portugueses se dieron prisa en armar su fusta y salir al encuentro de la nao; y al saber que era española, pusieron todo su empeño en inducir á error á los que la dirigían. Preguntó el jefe de la nao dónde estaba la isla de Tidore, y le señalaron la de Ternate; dijo que venía en busca del general español que mandaba en las islas en nombre del Emperador, y le respondieron que no había allí semejante general; que meses antes había arribado una nao española que se destrozó en el puerto, y que, habiendo construído otra más pequeña con los restos de la en que venían, se volvieron con buen acuerdo á España, porque todas las islas estaban por el Rey de Portugal; que si quería ir con ellos sería muy bien recibido en Ternate. Alvaro de Saavedra, que tal era el jefe de la nao, se divertía oyendo desatinar á los portugueses y admirando la frescura de aquellos fementidos que con tan bajas artes querían engañarle, puesto que sabía muy bien cuanto ocurría por los dos españoles que desde horas antes tenía á bordo. Respondió, pues, que no tenía orden de ir á Ternate, sino á Tidore;

que si, en efecto, no hallaba aquí á los españoles, se acogería á la fortaleza de los portugueses, y que, mientras tanto, le dejasen el paso libre para cumplir con las órdenes del Emperador.

Viendo el capitán portugués que no le valían sus embustes, mandó disparar tres veces contra la nao el cañón más grande de la fusta, que otras tantas falló. Entonces dió fuego á otros tiros pequeños que ningún daño le hicieron, y, á favor del buen viento y sin que la fusta le pudiese alcanzar, fué á surgir á Gilolo, por no poder tomar el puerto de Tidore. No decayeron de ánimo los portugueses por tan pequeño contratiempo: mandaron aquella noche por el batel á Ternate, y á la mañana siguiente empezaron á cañonear á la nao, que estaba surta en Gilolo, hasta que vieron venir la fusta de Tidore con ánimo de embestir á la portuguesa, la cual tomó la prudente resolución de retirarse.

Titulábase aquella nao *La Florida*, y, según hemos indicado, iba al mando de Alvaro de Saavedra Cerón, prudente y valeroso extremeño, educado en la escuela de su incomparable paisano y deudo Hernán-Cortés, por quien había sido despachado desde la Nueva España con tres navíos en busca de la Armada de Loaisa (1). En sesenta días llegó á las islas de los Ladrones; pero muy cerca de ellas se le extraviaron las otras dos naves. A doscientas leguas de Tidore se le murió el piloto, y, no habiéndole quedado nadie que entendiese de alturas, fué milagro que llegase al Maluco. En Mindanao rescató Saavedra á tres hombres de la dotación de la carabela *Santa María del Parral,* que se había perdido en aquellas islas, y los condujo á Tidore.

(1) Salió del puerto de Siguatanejo, provincia de Zacátula, el día 31 de Octubre de 1527.



CAPÍTULO VI

Prosigue la expedición de Loaysa.—Prepárase la vuelta de Saavedra.—Sangrienta batalla.—Sométense varios pueblos de Makien.—Sale Saavedra en dirección á Méjico.—Valeroso ánimo de los españoles.—Conatos de tregua.—Visita La Torre al Rey de Gilolo.—Intentos de paz entre portugueses y gilolanos.—Apresan los portugueses al Capellán Juan de Torres.—Rescátalo el Jefe español.—Primera expedición frustrada de la nao *Florida.*—Tres europeos en la isla de Guayamelín.—Urdaneta los lleva á Tidore.—Hácese justicia en dos de ellos.—Preparativos para la nueva vuelta de *La Florida.*—El Rey de Gilolo visita á La Torre.—Son rechazadas varias pretensiones del portugués.—Enferma el Monarca de Gilolo.—Toma de Chiava y de Dondera.—Destrucción de este pueblo.—Levántanlo de nuevo y hácense fuertes en él los portugueses.—Exigencias exageradas de los Oficiales reales.—Una embajada.—Una excursión.— Segunda expedición frustrada de *La Florida.*

En las Molucas había escasísimas noticias de la Nueva España, país que Hernan Cortés acababa de conquistar: por eso mismo experimentaron grande admiración Urdaneta y sus compañeros al ver los frutos de las nuevas conquistas de América, admiración sólo comparable á la delirante alegría de verse entre nuevos compatriotas, después de tres años de terribles vicisitudes y de absoluta incomunicación con España. Muy á tiempo llegó Álvaro de Saavedra, pues carecían los españoles de plomo, de balas de cañón y de otras muchas cosas muy necesarias; y

no fué lo que menos agradecieron un botiquín muy bien surtido de medicinas, dado que diariamente habían menester de ellas.

Aunque Hernando de la Torre tenía cada vez mayor necesidad de ayuda, y no era despreciable la que le podía prestar la nao de Alvaro de Saavedra con los cuarenta y cinco hombres que en ella venían, dispuesto á privarse de tan importantes elementos, enderezó sus esfuerzos á preparar el viaje de vuelta de Saavedra, para dar cuenta á Su Majestad de la situación en que se hallaba su causa en el Moluco, y de los trabajos que allí padecían sus fieles súbditos, con que se moviese á mandarles pronto y conveniente socorro; pues era llano que muy en breve tendrían que sucumbir ante una fuerza frecuentemente renovada, si ellos á su vez no recibían proporcionados refuerzos, aun cuando el enemigo no pusiese empeño—que sí lo ponía y muy grande—en destruirlos y aniquilarlos. Por eso no titubeó el General en preparar la vuelta de Saavedra, y mandó carenar la nao y recoger bastimentos, y cuantos útiles eran menester para tan larga navegación.

A este fin envió muy luego á Martin de Islares, con dos castellanos y ochenta indios en un parao, al pueblo de Guinta en busca de cabras y otros bastimentos. Mientras se los preparaban, no quiso estar ocioso, y fué á un pueblo de Ternate, lo saqueó y lo incendió, volviendo á Guinta con abundante presa. Mejor le estuviera, sin embargo, no distraerse en empresas comprometidas: los portugueses tuvieron al punto noticia de lo ocurrido, y salieron sin pérdida de momento con catorce embarcaciones en busca de los temerarios que se atrevían á molestarles en su propia isla, y los españoles y tidores tuvieron que refugiarse en el monte, abandonando su parao. No fué poca suerte haber salido con vida; pues de haberse descuidado un momento más, hubiéranla perdido todos, dado el ciego furor que animaba á los portugueses, y la superabundancia de elementos con que contaban.

La batalla de más importancia tal vez de cuantas se libraron en los mares de las Molucas, y en la que más patente se vió la superioridad de los guerreros españoles sobre los portugueses, fué la del 4 de Mayo de 1528. Ya que los castellanos con tan exiguos elementos se atrevían á hacer correrías por Ternate, isla, como se ha dicho, sometida al portugués, Jorge de Meneses quiso hacer alarde de sus fuerzas y poderío acometiendo á uno de los mejores pue-

blos de Tidore, por nombre Zoconora ó Bocanora, para ver de ganar entre los indios el crédito de hábiles y valientes que le tenían monopolizado los castellanos. Antes que la Armada portuguesa empezase á maniobrar se tuvo nueva en Tidore de lo que con ella pretendía, y los indios acudieron á Hernando de la Torre, ponderándole con grandes extremos la importancia del pueblo, que irremisiblemente debía caer en manos del enemigo, si muy pronto no se le socorría. Catorce eran las embarcaciones que iban á caer sobre Zoconora; en ellas iban cuarenta portugueses, flor y nata de sus más valientes y esforzados guerreros, á las órdenes de aquel traidor Baldaya, cobarde asesino de Martín Iñíguez de Carquizano, en opinión de varios escritores. Los castellanos sólo tenían disponible por el momento la fusta construída en Gilolo. La Torre la mandó aderezar lo mejor que pudo, y embarcáronse en ella treinta y seis castellanos al mando de Alonso de los Ríos. La confianza de los portugueses en el buen éxito de la empresa era omnímoda, y no hay que extrañarlo; porque, sobre ser mucho más fuerte y mayor su nave, iba mejor artillada (1). Contaba además con trece paraos indios que podían prestarle gran ayuda. En el personal de europeos era insignificante la diferencia; pero no así en las armas y armaduras, en que los portugueses llevaban notable ventaja. Sin duda por esto su capitán Baldaya escribió á La Torre desafiándole para que saliese con la fusta que tenía y cuarenta españoles (2).

Viendo el jefe indio de Ternate, que iba al frente de trece paraos, la extremada pobreza del enemigo, que sólo contaba con una fusta, dirigióse á Baldaya, interesando su amor propio y diciéndole que, pues los castellanos eran tan pocos, escasa gloria podía caberles á ellos, aun cuando desbaratasen al enemigo; que, fuera de eso, tenía vivos deseos de ver cómo peleaban los europeos sin favor de indios, para conocer cuáles eran más valientes; por lo cual le parecía que él con todos los suyos debía ser mero espectador de la victoria que sin duda reportarían los portugueses. Baldaya, que había echado fieros, diciendo que él con su galera rendiría bien pronto la fusta enemiga, no pudo decorosamente rechazar la pro-

(1) Veinte cañones de diferentes calibres montaba la nao lusitana, y nueve la española.

(2) Navarrete, t. v. documento núm. 23, pág. 374. Según observa el Sr. Navarrete, el documento citado es el único que menciona este desafío.

posición del jefe indio y se adelantó solo. Entre tanto los españoles estaban profundamente preocupados con el éxito de aquella aventura peligrosísima. Su valeroso jefe, Alonso de los Ríos, dirigióles entusiasta arenga, poniéndoles delante de los ojos la importancia de aquel temeroso lance y la estrecha obligación en que estaban todos de aumentar la fama y opinión á tanta costa adquiridas, y la infamia que se les seguiría si descaecieran de ella dando ánimos al enemigo, que tenía sobrados motivos para temer un nuevo descalabro, á pesar de contar con tan poderosos elementos. La contestación de aquellos valientes fué la que su jefe esperaba, y puede sintetizarse en breves palabras: antes morir que vivir sin honra; y pues no podían sin menoscabo de ella rehuir el combate, debían dirigirse desde luego contra la galera portuguesa, rendida la cual—ignoraban que iban á habérselas con ella sola,—pronto acabarían con las trece restantes, gobernadas por indios. Con tales ánimos y previa fervorosísima oración al Dios de las batallas y á su bendita Madre, para "no hazer cosa que á cobardía se nos ynputase„ al decir de Urdaneta, dispararon la artillería contra la galera enemiga y la acometieron con grandísimo empuje, y juntándose ambas embarcaciones espolón con espolón, se entabló desesperada lucha cuerpo á cuerpo. Dos embestidas, á cual más recia, dieron los castellanos para ver de saltar en la galera; pero los portugueses opusieron tenacísima resistencia, y hasta intentaron, aunque inútilmente, asaltar la fusta. Al cabo de tres horas de sangriento y feroz combate conocieron los portugueses el gravísimo yerro cometido al abarloar la fusta, y hacían esfuerzos desesperados, para desabrazarse, con objeto de utilizar su artillería, mucho más poderosa que la de los castellanos. Mas por eso mismo no lo consentían éstos, cuya única ventaja estaba en el poder de sus brazos, y sabían muy bien que, si dieran tiempo al enemigo para cargar y jugar su artillería, pronto serían echados á pique. Lograron al fin los castellanos saltar en la galera, y, cansados y maltrechos, diéronse á partido los portugueses, á quienes Alonso de los Ríos hizo merced de las vidas. El jefe indio de Ternate quiso favorecerlos, pero ya era tarde; "desde la fusta les dimos una ruciada de artillería—dice Urdaneta,—é los oxeamos, é así se tornaron á Ternate sin la galera.„

Murieron este día cuatro españoles, y casi todos los demás salieron más ó menos gravemente heridos: de los portugueses sucum-

bieron ocho, entre ellos su capitán Baldaya. "Murió„, dice el P. Agandurú Moriz, una hora después de haber alcanzado esta buena suerte los castellanos, Fernando de Baldaya, declarando que, por justo juicio de Dios, moría á manos de castellanos por haber muerto en un brindis al general Zarquizano (Carquizano) con veneno que llevaba puesto en la punta de la uña, pidiendo á Dios perdón, y mostrando mucho dolor y contrición.„ (1). Algunos portugueses se salvaron arrojándose al mar; pero aún cayeron prisioneros diez heridos é igual número de sanos (2).

Sangrienta resultó la jornada, y las pérdidas de los españoles fueron muy sensibles; pero dadas las condiciones de la lucha, satisfacía al más descontentadizo y exigente la completa al par que fructuosa victoria alcanzada aquel día memorable. Los castellanos fueron recibidos en Tidore con el entusiasmo que se deja comprender, pues no ignoraban los isleños que habían estado á punto de caer bajo durísima esclavitud: vencedores los portugueses; perdida la fusta con toda su artillería; muertos casi todos los españoles útiles para las armas; sin esperanza de un nuevo Carquizano que redimiera á los amigos de Castilla del poder despótico de los lusitanos, veían los tidores muy cercano el momento en que se repitieran las luctuosas escenas de dos años antes; y aunque victoriosos y todo, la situación de los castellanos, y por lo tanto la de sus protegidos, era cada día más crítica y difícil; sin embargo, no les fué posible substraerse al efecto inmediato de un fausto suceso, y lo era de verdad el que celebraban con locas muestras de inmensa alegría.

Consecuencia, aunque algo lejana, de este ruidoso hecho de armas fué la sujeción completa de la isla de Makian ó Makien á su

---

(1) *Historia general de Filipinas*, lib. V. cap. VI.

(2) Si Dios les hubiera favorecido con la victoria, la suerte de los castellanos hubiera sido muy distinta. «Cuando entraron los castellanos en la galera portuguesa, dice Navarrete, el marinero Juan Grego, de la castellana, se fué á popa, donde halló un cofre, que hizo pedazos; encontró en él una taza y tres cucharas de plata, ciertos paños de rescates, con otras cosas, y entre ellos un papel, que lo tomó en la mano Diego de Ayala, y contenia las palabras siguientes: *Fernando de Baldaya, si tomades los castellanos y la galera, no dejeis ninguno de ellos vivo, porque vienen á tomar y levantar las tierras del rey nuestro Señor de Portugal, y envolvedlos en una vela de la g lera, y echadlos en medio de la canal de la mar, porque no quede ninguno de ellos vivo, ni haya quien vaya á decir á Castilla lo que pasa en esta tierra. Lo cual haced so pena de muerte y perdimiento de vuestros bienes.* Cuyo papel estaba firmado de Jorge de Meneses, y lo tomó Hernando de la Torre para guardarlo.» Tomo V. pág. 116.

legítimo soberano Quichilhumar, y por tanto á los castellanos, de quienes era este sincero amigo. El cual se presentó á Hernando de la Torre pidiéndole ayuda para restituirse á sus dominios y sujetar algunos lugares que, tiempos antes, habían levantado banderas por el rey de Ternate. El General mandó disponer la fusta con treinta y cinco españoles bien aviados. La empresa debía de ser difícil, pues se agregaron á los castellanos hasta tres mil indios de Gilolo y Tidore en treinta paraos, al mando del regente de esta isla, de donde salieron los expedicionarios el día 12 de Mayo con rumbo á Makien. En vano fué que brindasen con la paz y amistad á los pueblos rebeldes: una y otra vez rechazaron toda avenencia dispuestos á vencer ó á morir en la demanda. Entonces tomó consejo Alonso de los Ríos de su gente y de los jefes indios, y resolvieron acometer al lugar más fuerte, que distaba de la costa dos leguas: veinte castellanos y buen número de indios se situaron en una eminencia que dominaba el pueblo, y los restantes lo rodearon. Inútilmente dieron tres ó cuatro asaltos, porque las malezas que rodeaban el lugar eran su mejor defensa, y los sitiados por su parte hacían cuanto humanamente era posible para sostenerse. En tales circunstancias, salió una mujer al muro pidiendo paz; pero, antes que nadie pudiera enterarse de lo que decía, un escopetero le atravesó el pecho de un balazo. Era la gobernadora en nombre de un hijo suyo de corta edad. Entonces decayeron los ánimos de los sitiados; con todo, aún lo tuvieron para rechazar un nuevo asalto de los castellanos, ninguno de los cuales estaba sano: el que menos había recibido tres ó cuatro pedradas; algunos quedaron sin dientes: los demás tenían los pies atravesados por los abrojos, porque apenas conservaban ya más que un vago recuerdo del calzado que llevaron de España: roto y deshecho éste á poco de haber llegado á las Molucas, no tenían con qué sustituírlo, viéndose precisados á imitar á los naturales, que andaban descalzos de pie y pierna, lo que constituía grave penalidad y notable obstáculo para ciertas operaciones de la guerra.

Sentía á la par del alma Quichilhumar el gran daño que recibían sus buenos amigos los castellanos, y de nuevo intentó avistarse con los rebeldes para evitar mayores desgracias. Díjoles, pues, que el intento de los sitiadores no era hacerles daño, sino reducirlos á la obediencia de su señor y jefe nátural; pero que, si necia-

mente se resistían, estaban resueltos á no separarse de allí hasta matarlos á todos y no dejar ni rastro de aquel lugar. Con esto los indios se dieron á partido, declarándose vasallos de Quichilhumar y del Emperador, pero á condición de que no entrasen los españoles en el pueblo. Dos ó tres horas duró el combate; y aunque de los sitiadores no murió ninguno, ni indio ni castellano, éstos sufrieron prolongado martirio con las muchas y graves heridas que recibieron. De los sitiados murieron trece ó catorce.

Viendo otros pueblos la suerte que le cupo á éste, seentregaron sin resistencia, pues argüían que, cuando los más fuertes se vieron obligados á someterse, ellos tendrían que imitarles muy pronto, de grado ó por fuerza. Por manera que el día 17 de Mayo de 1528 quedó toda la isla de Makien por los españoles. A decir verdad, no toda ella fué sojuzgada por la fuerza de las armas, pues Quichilhumar, su jefe y soberano, se dió voluntariamente por vasallo del Emperador; mas esta misma conquista se debió, ora á la fama de valerosísimos é invencibles guerreros que supieron granjearse los españoles, ora á su noble é hidalgo proceder, que contrastaba con la proverbial falsía y doblez de los lusitanos, al decir de los documentos de la época, de procedencia española.

A los pocos días de esto llegaron de Malaca, para socorro de los portugueses, nada menos que seis navíos, al mando de Gonzalo García de Acevedo. Urdaneta afirma que venían en esta armada doscientos hombres; Hernando de la Torre, que ciento cincuenta; de cualquier modo, eran los suficientes para aniquilar en brevísimo plazo á aquel puñado de castellanos, aunque hasta entonces habían sabido dar tan buena cuenta de sí.

Alvaro de Saavedra zarpó del puerto de Tidore el día 14 de Junio, en la misma nao—ya bien abastecida—que le condujera desde lo Nueva España. Iba en ella Gutierrez de Tuñón, que se había señalado en servicio de Su Majestad, portador de las relaciones en que se pintaba muy al vivo la situación de los castellanos en tan remotos países; los trabajos por ellos padecidos y las hazañas realizadas (1).

(1) Mandó también á España Hernando de la Torre á Simón de Brito y Bernaldín Cordero y á otros cinco ó seis portugueses de los que habían caído prisioneros en el combate del 4 de Mayo; pero ya no en calidad de tales, sino formando parte de la dotación de la nao, que era de treinta hombres. Los dos primeros se habían huido de

Y es de admirar aquí el valor y entereza del General y de cuantos le ayudaban en la arriesgadísima empresa, porque ni un momento decayeron de espíritu por el gran refuerzo recibido por sus enemigos; antes en su Relación decía Hernando de la Torre á Carlos V: "Le suplico se acuerde generalmente de todos estos vasallos é servidores de V. R. M., que con tantos trabajos é peligros de sus personas han servido é sirven de noche é de día, arriesgando sus personas todas las horas é momentos, por sustentar é defender esta isla é tierras en servicio de V. R. M., pues por ellos fué esta isla é tierra vuelta en su estado, que la hallamos quemada é destruida é sojuzgada por su gente é armada del Rey de Portugal; é no solamente se contentan con sustentar esta isla, *mas tienen ánimo para querer sojuzgar todas las demás; é ansi sustentamos á tres reyes, de cinco que hay en Maluco,* como V. M. verá en esta relación. E debe V. M. de mirar que sola una nao que llegó aquí, que pudo traer hasta cien hombres, entre chicos y grandes, é con hallar á los portugueses muy poderosos en la tierra, con una fortaleza de cal y canto, y como naturales della siete años, y con muchos navíos de remo é de carga; entramos é tomamos puerto, á pesar de todos ellos, seyendo doblada gente que nosotros, donde estamos hasta hoy„ (1).

No fué, pues, obstáculo la llegada de la nueva Armada enemiga, ni para que La Torre se desprendiera de parte de la mermadísima hueste que le obedecía, ni para que conservara iguales alientos y energías que antes, de "sojuzgar todas las islas del Maluco.„ Claro está que para ello contaba con la ayuda del Emperador, que nunca llegó, como verá el lector benévolo, si tiene la paciencia de seguirnos algunos pasos adelante; pero ni al General ni á ninguno de sus fieles y aguerridos súbditos se les ocultaba que, si habían transcurrido cerca de dos años sin haberse recibido más que escasísimo auxilio, bien podrían transcurrir otros tantos sin que llegara ninguno, dadas las dificultades que nadie mejor que ellos conocía.

---

los portugueses, y unos y otros iban encargados de informar desapasionadamente á Carlos V de todo lo acaecido en las Molucas, para que no creyese que había exageración en cuanto se afirmaba en las Relaciones. Conducía la nao setenta quintales de clavo, que desde Méjico debían llevarse á España, si lograban la dicha de hacer el viaje de retorno, atravesando el Pacífico.

(1) Véase Navarrete, tomo V, *Relación* núm. 14.

Mientras la nao *Florida* se entrega á los azares de una navegación peligrosísima, volvamos la vista á los sucesos de carácter é interés más general que se verifican en las Molucas..

Si era dolorosa y triste la situación de los portugueses, rotos y deshechos en varios encuentros, sobre todo desde la batalla del 4 de Mayo, á pesar de los elementos con que hasta ese día contaban, pronto empezaron á respirar fuerte y á echar fieros, requiriendo á los castellanos con una arrogancia que les sentaba mal á poco de haber sido humillados en desigual combate. Sus exigencias eran, en verdad exorbitantes: pedían, de buenas á primeras, que les tornasen la galera que un mes antes habían perdido, con toda la gente y artillería que había caído en poder de los españoles; los cañones, escopetas, armas de todas clases y paraos que en diversos encuentros tuvieron igual suerte; y, en fin, que los castellanos fuesen á la fortaleza de Ternate, dejando aquellas islas limpias y desembarazadas para ellos; pues, de lo contrario, se apoderarían de todo por la fuerza de las armas, siendo los españoles responsables de las desgracias que pudieran ocurrir.

Hago gracia á mis lectores de la razonada contestación de Hernando de la Torre, negándose, como era obvio, á tan altivas y exageradas pretensiones. Pocos días después se contentaron con pedir, como precio de la paz que ofrecían, la galera consabida con todos sus avíos y la isla de Makien. El caudillo español respondió que holgaría mucho de contratar paces, pero nunca con menoscabo del honor y en deservicio de Su Majestad; que si querían sinceramente una avenencia, no se acordasen de pedir nada, pues cuanto poseían lo habían adquirido en buena lid y á costa de mucha sangre y preciosas vidas. Una y otra vez se repitieron los conatos de armisticio y de paz, hasta que, á fines de Junio, llegó á Tidore un capitán portugués con cartas de Jorge de Meneses, en las que moderaba las pretensiones, pidiendo únicamente los prisioneros, y que la isla de Makien fuese terreno neutral, sin reconocer señorío ni en portugueses ni españoles, para que unos y otros pudiesen contratar en ella con entera libertad. La Torre mostróse propicio en lo de canjear los prisioneros, pero de ningún modo en desprenderse de la isla de Makien, "que estaba en servicio de Su Majestad y so el su amparo.„

No bien se despidió el capitán portugués de Hernando de la Torre, llegó un cacique de Gilolo con una carta del Rey para el gene-

ral, noticiándole cómo había recibido otra de Jorge de Meneses y Quichil de Reves (jefe indio de Ternate), en la cual le decían que "no querían guerra con él, sino mucha paz, pues era uno de los mayores y más poderosos Reyes de aquellas partes, y que le prometían de le dar cuatro lombardas grandes é treinta pequeñas, é cuarenta portugueses para estar en su tierra y le ayudar á favorecer; y *que matase á los castellanos que en su tierra tenía,* é que el Rey de Portugal le haría otras muchas mercedes, é que mirase bien en ello, cuánta más honra é provecho suyo sería ser amigo de los portugueses, que no de los castellanos; que los portugueses daban grandes presentes é dádivas á los reyes sus amigos, é los castellanos no, antes pedían. E la misma carta que los portugueses le escribieron le envió al nuestro capitán, la cual carta yba escrita en letra arabiga é lengua jemalago (malaya), é firmada de los dichos don Jorge y de Quichil de Reves„ (1).

¡Indigna ver tan largo é inacabable catálogo de bajezas en quienes se preciaban de cristianos y de caballeros! Tenía Meneses á su disposición seis navíos bien artillados y doscientos hombres de pelea, contra una mala fusta y sesenta ó setenta castellanos, descalzos y hambrientos, ¡y aún tuvo hígados para proponer al Rey de Gilolo la infamia de que nos habla Urdaneta en el párrafo transcrito!

La Torre, á quien le costaba dar crédito á lo que veía, dió al Rey sincerísimas gracias por su nunca desmentida fidelidad y le recomendó que no diese oídos á los portugueses, cuyas malas tretas le debían ser de antiguo conocidas.

Duramente escarmentados los portugueses en los encuentros pasados, contentábanse con proferir terribles amenazas, y no acababan de salir á campo abierto; mas como poseían de antiguo en la isla de Gilolo algunos lugares muy fuertes y bien provistos de medios ofensivos y defensivos, desde ellos molestaban á otros más débiles, sujetos á los tidores, y, cayendo á deshora sobre pueblos indefensos, hacíanles sentir los efectos de su feroz venganza. La Torre mandó á Urdaneta con algunos castellanos y quinientos indios (no se atrevía á desprenderse de más gente por temor á los partugueses); pero nada lograron: por el contrario, los más de los españoles y buen número de indios salieron descalabrados, y se

(1) Urdaneta, Relación inédita.

contentaron con talar y destruír otros lugares adictos también á los portugueses. (1).

Entre tanto, los halagos de éstos, y la forzada inacción y la escasez de recursos militares de los españoles, ponían á dura prueba la fidelidad del monarca de Gilolo, cuya amistad y ayuda les eran tan necesarias. Conocíalo Hernando de la Torre; y ya que le era de todo en todo imposible auxiliar á su amigo en la medida que deseaba, determinó visitarle personalmente y celebrar con él una entrevista, con que tenerle á su devoción. Con este objeto salió de Tidore, á 30 de Agosto de 1528, llevándole como presentes un cañón de bronce y varias telas de seda y paño. El general fué recibido en Gilolo como se merecía quien llevaba tan alta representación, lo mismo que cuantos le acompañaban, entre los cuales estaba Urdaneta, grande amigo del Rey. Después de los cumplimientos de rúbrica, y en medio de los regocijos populares, el general expuso al Rey sus quejas por haber hecho paces con los portugueses sin contar con él, advirtiéndole que pronto experimentaría las iras de aquellos mismos que, so color de amistad, querían asentar el pie en Gilolo para destruirle, como habían hecho en Tidore, estando de paz y al tiempo mismo que más íntima amistad fingían. Respondió el monarca que no era verdad lo de las paces, aunque sí había concertado treguas; pero de ningún modo en perjuicio de los castellanos, antes en ventaja y favor suyo, porque se encontraba sin recursos para atender á los propios españoles, á consecuencia de las continuas guerras y absoluta paralización de los negocios; y que la única manera de rehacerse era contratar con los portugueses. En todo lo cual decía mucha verdad, aunque le doliera á Hernando de la Torre. Aún se avenía el Rey á romper con los portugueses, siempre que se le dieran treinta escopeteros españoles con que hacer frente á aquellos, cuyo poder, desde hacía poco tiempo,

(1) Los documentos hasta ahora conocidos, lo mismo que los historiadores de Indias, exceptuando en parte al P. Agandurn Moriz, dan escasísimas noticias sobre lo ocurrido desde Junio del año 1528 hasta igual mes de 1529. Se explica esta deficiencia advirtiendo que ninguno de esos documentos fué redactado hasta algunos años más tarde. Cuanto á Hernando de la Torre, tan interesado en consignar por escrito los sucesos de las Molucas, puso término á su Relación principal á 11 de Junio de 1528, para remitirla á Carlos V, y no dió comienzo á la segunda hasta Octubre de 1529. Por dicha, Urdaneta llena cumplidamente esa laguna en la Relación inédita ya tantas veces citada.

había aumentado considerablemente, y estaba expuesto á que sele echasen encima. Mas como el general no podía acceder á los deseos del Rey, quedó la cosa como estaba, prometiendo éste al caudillo español no concertar paces como no fuesen á satisfacción de todos.

Pocos dias después notificaron al general que estaba á punto de terminarse el bergantín que había mandado construir en Gilolo, todo lo había puesto el Rey, excepto la clavazón; y ora por esto: ora porque á costa de cualquier sacrificio quería tenerle por amigo (como lo había sido siempre, y muy sincero y fiel), le mandó veinte escopeteros, diciéndole que se quedase con la nueva embarcación para defensa de su isla. Agradecido el monarca, le respondió que lejos de firmar paces con los portugueses, estaba resuelto á romper también las treguas hechas; pero que antes se daría prisa en recoger el dinero necesario para atender á sus menesteres. Sin embargo, por causas que no se precisan (1), envió el rey el día 8 de Octubre nueva embajada á Hernando de la Torre pidiéndole su anuencia para entenderse con los portugueses. Decíale el rey que esto le parecía ventajoso para todos, puesto que el enemigo tenía tantas fuerzas y ellos tan pocas; y que siendo, por otra parte, el deseo de los propios españoles, se holgaría mucho de una avenencia común. Ignoraba el buen monarca de Gilolo que los portugueses, con insigne mala fe, trataban de sobornarle, en perjuicio, claro está, de los castellanos. El general le dió largas diciéndole que tenía noticia de un barco, tal vez español, que andaba por las costas de la isla de Moro, y que, si estas esperanzas se confirmaban, para bien de todos, podrían recabar del enemigo condiciones más ventajosas; razón por la cual convenía esperar algunos días, y, más adelante, el tiempo y las circunstancias les aconsejarían lo que debían hacer.

Si alguna duda les cupiera á los castellanos acerca de las aviesas intenciones del jefe portugués, bien pronto vieron nueva y patente muestra de ellas. D. Juan de Torres, único capellán de los

---

(1) Pudo ser una de ellas la muerte de varios españoles, á consecuencia, probablemente, de haber tomado alimentos poco sanos. Urdaneta da por averiguado «que por respeto de una mujer quisieron dar ponzoña á un mancebo de los nuestros en una caña de bino de palmas, é al tiempo del beber halláronse muchos compañeros, é todos los que bebieron del bino cayeron malos». Cualquiera que fuese la causa de aquellas muertes, el resultado era el mismo: el quedar lastimosamente reducida la guarnición de Gilolo, con grave perjuicio de la seguridad de la isla.

españoles, fué á Ternate con licencia de Hernando de la Torre, con objeto de confesarse, pues hacía más de un año que no se confesaba, por no tener con quién. "Llegando junto á la fortaleza—escribe Urdaneta—y pidiendo seguro, dixeronle algunos portugueses, hombres de bien, que bien podía salir, que un sacerdote consigo se traía el seguro; é aunque tornó á replicar, tornáronle á dezir que bien podía saltar en tierra sobre sus palabras, é así salieron él é un mancebo que se llamaba Rafael Martinez. E como D. Jorge de Meneses le vió en tierra, díjole si iba huyendo, y el padre respondió que no, sino á confesarse é besarle las manos." ¡Nunca tal dijera! Al punto mandó que le pusieran en prisiones, juntamente con su criado Martínez; asimismo se apoderaron de los indios que fueron á llevarlos, y de la pequeña embarcación en que hicieron el viaje. Por manera que para D. Jorge nada significaba ni el carácter sagrado de la persona ni la buena fe con que, bajo la honrada palabra de otros caballeros portugueses, se le había presentado el capellán; ni, en fin, los santos y delicadísimos deberes que éste debía cumplir entre sus paisanos; antes esta circunstancia parece le sirvió de acicate y estímulo para retener en dura prisión al capellán por espacio de siete meses, seguro de que Hernando de la Torre procuraría rescatarle á cualquier precio. El caudillo español comprendió el juego, y se resistió cuanto pudo; mas viendo que los suyos morían sin confesión y privados del mayor de los consuelos para un cristiano en el tremendo lance de la muerte, tuvo que dar por el clérigo y por su criado cuatro prisioneros portugueses, escogidos por dicho D. Jorge. (1)

La prisión de D. Juan de Torres les llegó al alma á los castellanos; lo que sentían era no tener elementos para vengarla y hacerle sentir los efectos de su indignación.

Pero aquel mal no vino sólo, pues el 14 de Noviembre tuvo noticia el general de que en la Batachina, en un lugar llamado Guayamelín, se hallaban tres europeos: los indios que dieron la nueva no sabían decir si eran portugueses ó españoles; pero Hernando de la Torre supuso desde luego que se trataba de algunos fugitivos de la nao *Florida,* y, desgraciadamente, era verdad. Dicha nave salió de Tidore, como hemos dicho, á mediados de Junio; tocó en

(1) Navarrete, tomo V, pág. 128, apoyado en los documentos números 24, 25 y 26.

las islas Papúas, (1) y desde ellas se le fugaron los portugueses que iban á bordo, llevándose el batel. Cuando Saavedra, que estaba en tierra, quiso volver á la nao, se halló sin medios para verificarlo, viéndose obligado á construír una balsa. Desde este momento pudo darse por desbaratada la expedición: sin medios para tocar en tierra, era de todo punto imposible efectuar tan larga navegación, sobre todo después de haber invertido más de un mes en las Papúas, sin hacer aguada ni tomar refrescos. Siguiendo, por lo común la dirección NE., tocaron en varias islas y arribaron á las *Ladrones* sin poderlas tomar. Forzado por los vientos contrarios, tomó otra vez rumbo al Maluco: en la isla de Sarragán preguntó qué era del castellano Grijalva, á quien dejó enfermo al pasar por allí, cediendo á las súplicas del interesado. Dijéronle que el rey lo tenía consigo, pero no era verdad: lo habían vendido, y al cabo de tiempo llegó á Malaca; Saavedra recaló en Tidore después de cinco meses y cinco días de penosa navegación.

Hernando de la Torre, no bien le anunciaron la estancia de los tres europeos en Guayamelín, mandó á Urdaneta con algunos españoles para que, fueran castellanos ó portugueses, los llevase á Tidore. Urdaneta salió de esta isla el 14 de Noviembre con un parao; en Zamafo se le agregaron tres más, y llegó de noche á Guayamelín, donde sorprendió á los tres cristianos consabidos, que eran Simón de Brito, Fernán Romero, patrón de la galera portuguesa apresada el día 4 de Mayo, y un esclavo de Brito. Aunque ellos se sinceraban diciendo que habían abandonado la nao de Saavedra por haberles éste maltratado, Urdaneta les puso á buen recaudo y los llevó á Tidore. Cuando Saavedra vió á Simón de Brito, montó en cólera y se lanzó sobre él puñal en mano; pero se interpuso Urdaneta, evitando una escena lamentable. Saavedra formuló queja criminal contra los dichos Simón de Brito y Fernán Romero, y asimismo contra otros portugueses que iban en la carabela. Sin tormentos ni violencias de ningún género confesaron los dos primeros que se habían querido alzar con la nao, y que, viendo que no lo podían conseguir, se fugaron con el batel, pareciéndoles que así desbarataban la expedición. Cerca de un mes tardó en substan-

(1) Muy probablemente Alvaro de Saavedra fué el primer europeo que descubrió esta tierra, como en su ida á las Molucas había descubierto otras varias. V. D. Francisco Coello, *La Conferencia de Berlín ó la cuestión de las Carolinas*, págs. 75 y 118.

ciarse la causa, y la sentencia definitiva condenaba á Simón de Brito á ser arrastrado por la ciudad y degollado, porque blasonaba de hidalgo; Fernán Romero debía ser ahorcado: todo lo cual se ejecutó el día 17 de Diciembre de 1528.

De nuevo se dieron prisa en aderezar el navío para que volviese á Méjico: á fin de proveerlo de los bastimentos necesarios, diez castellanos hicieron una correría á la isla de Motiel, donde supieron que había un junco, cargado de pan de sagú; y como no llevaba gente armada, lo condujeron á Tidore, sin hacerle ningún daño y tratando con mucha consideración á los indios que lo tripulaban.

Los portugueses no dejaban pasar semana sin lanzar amenaza ó pedir concierto, pero imponiendo siempre condiciones inadmisibles; razón por la cual ni había guerra muy activa, sino escaramuzas de escasa importancia, ni concluían de firmarse las paces, aunque los españoles sinceramente las deseaban. El rey de Gilolo era también solicitado á la continua por los de Ternate para que se hiciese amigo de ellos, y ora con amenazas, ora con promesas, procuraban inclinarle; pero él, con una nobleza ejemplar, se mantuvo firme en su primera amistad con los castellanos. A mediados de Diciembre le mandaron un *ultimatum* exigiéndole, que firmase las paces dentro de cinco días, amenazándole, en caso contrario, con una guerra á muerte. Inmediatamente dió cuenta de ello á Hernando de la Torre; mas éste, que sabía apreciar en su justo valor las bravatas del enemigo, respondióle que se estuviese tranquilo, y que si le molestaban con nuevas pretensiones, los mandase á Tidore para que se entendiesen con los castellanos.

No parece que los portugueses trataran por entonces de arremeter contra Gilolo, cuyo Rey se trasladó á Tidore, con sólo dos paraos, á celebrar una entrevista con el caudillo español, á los ocho días de haber sido amenazado por aquéllos. Los castellanos le hicieron los honores disparando toda su artillería y hasta las escopetas, de lo cual se alegró mucho. Su entusiasmo por los portugueses era muy escaso, á pesar de las buenas palabras con que habían tratado de engañarle; pues habiéndole dado cuenta Hernando de la Torre del canje de prisioneros que le proponían, le respondió que no debía ceder en nada, antes debía matar á todos los portugueses que tenía en su poder. La Torre aprovechó la ocasión para repetirle una lección de humanidad, de que no estaban muy sobrados los

isleños, y le dijo que los españoles no mataban á ninguno después que se les rendía. No aparece claro cuál pudo ser el fin principal del anciano rey al avistarse con Hernando de la Torre. Urdaneta, al dar cuenta de la entrevista, dice que, "después de pasadas muchas cosas„, ofreció al General el bergantín que éste le había cedido, pidiéndole en cambio algunos soldados, hasta completar el número de 20, y un verso. La Torre accedió gustoso á la permuta, y se separaron más amigos aún, que lo fueran antes.

Viendo los portugueses la entereza inquebrantable de la reducida hueste castellana, y la que infundían en sus amigos, tentaron un último medio. A fines de Diciembre se presentó un enviado de Meneses en Tidore con nuevas proposiciones, cuya parte substancial se reducía á que los españoles abandonasen la isla de Makien, para que su rey que vivía aún en Tidore, aunque toda la isla le estaba sujeta, escogiese libremente, después de algunos meses de neutralidad y libre comercio en ella, entre sujetarse definitivamente á España, ó ponerse bajo el amparo de Portugal. Decía el enviado portugués que el propio Quichilhumar, rey de Makien, escogería este último partido, si le fuera dado obrar con libertad; pero que los españoles le tenían cohibido en Tidore. Pedía asímismo que Saavedra no saliese para la Nueva España hasta que Meneses, que iba á hacer una excursión por las islas de Banda, volviese; pues creía que para entonces tendría órdenes de Portugal sobre lo que debía hacer en las Molucas; y, por ventura, el Rey le mandaría dejarlas todas en manos de los españoles.

Preciso era pecar de candidez inverosímil para caer en tan burdas redes; y aunque los jefes castellanos no habían sido hasta entonces demasiadamente cautos y precavidos, Hernando de la Torre, escarmentado con las repetidísimas pruebas de mala fe, iba aprendiendo, aunque tarde, que no convenía fiarse de buenas palabras. Cuanto á la primera pretensión, díjole al emisario portugués que estaba equivocado sobre los pensamientos y deseos de Quichilhumar; pues este, por su propia y libérrima voluntad se puso bajo el amparo de los españoles, lo mismo que había hecho su padre cuando estuvo en las islas Sebastián de Elcano, con quien escribió al Emperador, dándose por vasallo y servidor suyo. Pero que, á mayor abundamiento le mandaría llamar, para que él declarase con entera libertad sus deseos. Vino efectivamente Quichilhumar, y sus ma-

nifestaciones fueron terminantes, y desde luego nada lisonjeras para los portugueses. "Respondió—dice Urdaneta—que, si el dicho capitán Hernando de la Torre le quería cortar la cabeza, bien lo podía hacer; empero que no quería venir en aquellos términos, sino en ser vasallo de Su Majestad„ (el Emperador). Con esta categórica respuesta cayó por su base el castillo de naipes levantado por el portugués sobre lo de Makien. Todavía eran más absurdas sus proposiciones sobre la salida de la carabela, y el caudillo español le vino á decir que se emprendería el viaje cuando á él le pluguiera. "E cuando vido esto, escribe Urdaneta, hizo un requerimiento de fieros, é con su respuesta se fué.„

En esto enfermó gravemente el anciano Rey de Gilolo; y porque se sabía que los portugueses trataban de aprovechar esa circunscia para obligar al doliente monarca á ceder en favor de ellos, quiso Hernando de la Torre prevenir el peligro, y mandó á Urdaneta y á Alonso de los Ríos á consolar al Rey, y á ofrecerse de nuevo para cuanto ocurrir pudiera. La visita resultó de efecto seguro é inmediato: el enfermo hizo eficaces recomendaciones á los castellanos, conjurándoles por lo más sagrado que mirasen mucho por aquel reino, como lo habían hecho siempre; añadió que dejaba un hijo de seis años, y deseaba que el General le tomase bajo su amparo y protección; y que él por su parte dejaba encargado á los suyos que siempre fuesen muy leales amigos de los castellanos, como él lo había sido. No bien se retiraron los castellanos, se presentaron los portugueses en Gilolo; pero el Rey les envió á decir que se hallaba sumamente delicado, y que daba por hecho cuanto dispusiera Hernando de la Torre en orden á las paces, desde tan largo tiempo suspiradas por todos. El jefe indio de Ternate sintió el desaire, tanto más, cuanto sabía que era obra en parte de los españoles, que le tomaron la delantera en su visita. Como era costumbre cada vez que salían fallidas sus esperanzas, se desató en espantables bravatas de hacer á los de Gilolo la más cruda guerra que jamás se había visto en las Molucas.

Mientras los portugueses no rompiesen la guerra, poniendo en práctica las terribles amenazas tantas veces fulminadas contra los españoles y sus aliados, Hernando de la Torre quería economizar gente y otros elementos de guerra, pues de la una y de los otros estaba escasísimo: pero con tal porfía le pidió su ayuda el regente

de Tidore para destruír al pueblo de Chiava, guarida de portugueses y ternates, desde el cual pensaban caer sobre Zamafo, que no halló manera decorosa de negarse, y le dió 15 castellanos al mando de Martín García de Carquizano. Partieron de Tidore á 15 de Enero de 1529, llevando 800 auxiliares isleños: en Zamafo se les agregaron otros 2.000, y todos juntos dieron sobre Chiava al amanecer del día 20, asaltando el lugar por tres partes. A las dos de la tarde eran ya dueños de él: cogieron gran número de esclavos y dos cañones de bronce. No murió ningún español, pero sí algunos indios, tanto del uno como del otro bando. En aquel entonces no había ningún portugués en Chiava.

Igual suerte tuvo Carquizano en el asalto de Dondera, pueblo que hasta entonces se había considerado inexpugnable para los elementos con que podían contar los españoles: algo mejorado de su enfermedad el rey de Gilolo, pidió al General le mandase cuantos soldados pudiera, más la fusta y los paraos de Tidore. Consultó el caso Hernando de la Torre con los oficiales, y resolvieron enviar el mismo número de soldados que á Chiava, bajo la dirección del propio capitán Carquizano; pero no se atrevieron á desprenderse de la fusta por temor á un golpe de mano de los portugueses. En Gilolo se le agregó toda la gente hábil para las armas; por manera que Carquizano tenía á sus órdenes más de tres mil hombres, fuera de los quince compañeros, que valían por todos los indios. Distaba el pueblo de Dondera obra de media legua del mar; y dejando las embarcaciones á buen recaudo, saltó en tierra Carquizano; dividió su gente en dos escuadrones, poniéndose él al frente del que primero había de ponerse á tiro de los baluartes, para llamar la atención de los donderanos: entre tanto, el otro escuadrón se puso al abrigo de los muros, y antes que llegase el capitán comenzó el asalto, que pronto se generalizó. Había dentro algunos portugueses bien armados, que se defendieron desesperadamente; ellos dirigían las operaciones de los sitiados, esforzándolos y ocupando los sitios de mayor peligro. Aunque con mucho trabajo, y con muerte de varios indios, Carquizano se apoderó del lugar, que, después de saqueado, lo entregó al incendio. No dice Urdaneta qué fué de los portugueses, pero es de creer que los harían prisioneros. Tanto españoles como portugueses debían de considerar á Dondera como punto estratégico de importancia, puesto que á los

pocos días fué allá Pedro de Montemayor con diez castellanos y buen golpe de indios á derribar las murallas y talar y destruír sus cercanías; y aunque no dejó piedra sobre piedra, un mes adelante, á mediados de Marzo, ya no pudieron tomarlo veinticinco españoles y gran número de indios que lo acometieron con el ardor de siempre. Los portugueses y ternates se habían dado prisa á levantar las murallas y artillarlas convenientemente; y ayudados por lo escabroso del terreno, hicieron una plaza verdaderamente inexpugnable.

Heridos y maltrechos volvían los españoles de aquella desgraciada tentativa, y se hallaron en Tidore con una novedad bien extraña, que puso á prueba su paciencia. Los oficiales reales (factores, contadores, tesoreros, etc.), la mayor parte de los cuales no tomaban parte en las arriesgadísimas expediciones que estaban á cargo del elemento militar, pidieron á Hernando de la Torre que obligase á todo el mundo á reunir en acervo común el producto de los diferentes saqueos, y cualquier linaje de géneros obtenidos á tanta costa y trabajos, para deducir primero las dos terceras partes en beneficio de Su Majestad, y repartir lo restante según las leyes de la milicia, conviene á saber: mejorando notablemente al General, oficiales y capitanes, con lo cual venían á percibir los pobres soldados poco menos de nada. Aunque Urdaneta, en su calidad de tesorero de la mar, tenía honroso puesto entre los oficiales reales, ni dejaba por eso de tomar parte activísima en la guerra, ni pudo en esta ocasión aprobar el proceder de los demás oficiales; antes lo censura acerba y rigurosamente, lo mismo que á Hernando de la Torre, que aunque se escudaba con los oficiales, léase empleados, diciendo que no podía intervenir en lo que tocaba á la Real Hacienda, era porque también él opinaba con ellos. Capitanes y soldados reprobaban con dureza semejante determinación; pero todavía pasaron por ella, á fin de no dar ocasión á que, por discordias intestinas, se perdiese lo ganado hasta entonces.

Para romper aquella monotonía del batallar casi continuo, sólo interrumpido por cortos intervalos de tregua que unos y otros dedicaban á madurar proyectos de una paz que nunca llegaba á completa sazón, porque los portugueses pedían mucho, creyéndose fuertes y los españoles en nada cedían á pesar de su inocultable debilidad, recibieron Hernando de la Torre y el rey de Tidore una

visita inesperada; el día 25 de Marzo de 1529 llegaron á dicha isla dos paraos grandes del rey de Gapi (1) en que venían hasta trescientos hombres, entre remadores y gente de guerra, capitaneados por un enviado del dicho rey, llamado Parabela, que traía por asesores otros dos ancianos. Todo aquello significaba una embajada á la usanza de la región, y fué recibida por el jefe castellano y por el Rey de Tidore con la posible solemnidad, que era bien escasa. El embajador significó al general castellano cómo el monarca de Gapi, noticioso de la estancia de los españoles en Tidore, y de que eran enviados y representantes del mayor monarca de la Tierra, les mandaba á ofrecerse por amigos y vasallos de Su Majestad, y en prenda de vasallaje le dió como presentes algunas bagatelas, con miras nada desinteresadas, porque "los señores de estas partes„, advierte Urdaneta, "lo que dan no lo dan sino pensando cobrar el doble„. Desgraciadamente los españoles eran materia poco *explotable*, y á cambio del alfanje, de los cuernos de búfalo y demás menudencias que regaló el embajador á Hernando de la Torre, no recibió más que buenas palabras. Parabela dijo asimismo al rey de Tidore que su amo, el monarca de Gapi, había sido muy grande amigo del difunto Almanzor, padre del rey, y que deseaba seguir siéndolo de su hijo; como que el día menos pensado era fácil se presentase á ofrecerle sus respetos en persona, lo mismo que á Hernando de la Torre.

Urdaneta pondera mucho la abundancia de hierro que se cogía en las islas sometidas al rey de Gapi, y el primor relativo con que lo labraban, fabricando excelentes armas y toda clase de herra-

(1) El P. Agandurn Moriz dice de esta isla: «La isla de Gapi no cae lejos de la línea al Sur; boja diez leguas, es montuosa, fértil y abundante de arroz, legumbres y frutas: los montes tienen mucha caza, jabalíes y venados y otros animales; hay aves, ánades, patos, garzas y otras de aquellas meridionales regiones. Espántome cómo después que tomó el Moluco D. Pedro de Acuña, Gobernador de Manila, no han ido los españoles á buscar esta isla; aunque las guerras han sido tantas, que no han dado lugar á ello, especialmente como tiene á Macasar tan cerca y al Rey tan amigo, y la tierra tan abundante, donde acuden por bastimentos, no han curado del reino de Gapi, aunque, á mi parecer, no han tenido noticia de esta isla, ni de la relación de Andrés de Urdaneta, que la exploró bien. De Gilolo está esta isla al Oesnoroeste echada; la costa que tomó el capitán Urdaneta se llama Bangay, y así esta isla la llaman unos Bangay, otros Gapi, por la ciudad donde el rey habita». *Historia general de Filipinas,* lib. VII, cap. VI. El *Atlas de Geographie Moderne,* editado por Hachette et C.ᵉ (París 1889), llama á esta isla Bangaai, y la sitúa á los 2° latitud Sur y 121° longitud Este del Meridiano de París.

mientas de labranza. La mayor parte de los hombres de guerra que acompañaban al embajador eran flecheros; muchos llevaban corazas de caña, entretejidas con hilo muy recio, y otros coseletes de algodón, que les cubrían de piés á cabeza; el arma defensiva de unos y otros era un pavés ó escudo oblongo. No escasearon las palabras de recíproca amistad entre visitantes y visitados, bien que éstos, muy particularmente Hernando de la Torre, veían con dolor no poder utilizar las buenas relaciones que iba adquiriendo con su proceder hidalgo y valeroso. Por otra parte, el caudillo español no se forjaba ilusiones sobre el apoyo que pudiera hallar en los que tan largos eran en promesas; porque la política, sin entrañas entonces, ahora y en todas partes, inclinaría á tirios y troyanos á ponerse al lado del más fuerte, y ellos, los españoles, aunque tan animosos siempre, eran débiles y no estaban en condiciones de repartir favores que, á la larga, son las *razones* más poderosas para mover á los vacilantes y hacer prosélitos.

Poco duró el descanso. El día 3 de Abril pidió el rey de Gilolo á La Torre le enviase el bergantín con algunos paraos de Tidore y los españoles que buenamente pudiese, con objeto de privar á la plaza de Dondera de todo recurso material, talando y destruyendo sus cercanías. Diez españoles con siete paraos y el bergantín salieron al punto con dirección á Gilolo; aquí se les unió la armada de la isla, y todos juntos pasaron á Dondera; pero los castellanos, que, aunque pocos en número, solían ser el alma de aquellas expediciones, iban poco animados á consecuencia de la medida, á todas luces impolítica, tomada poco antes por los oficiales reales de reservar para el rey la parte que rezaban las disposiciones legales, nada aplicables á casos de tanta escasez y extraordinario y peligroso trabajo. Así fué que no intentaron siquiera dar un asalto al pueblo, "porque no esperábamos, dice Urdaneta, sacar mucho provecho dél„. Lo único que hicieron fué entretenerse en destruír grandes palmares cercanos al pueblo é incendiar infinidad de lugares y aldeas, donde sin graves peligros ni trabajos hallaron abundante presa. Después de diez y siete días de excursión agradable y provechosa, volvieron todos sanos y salvos á Tidore.

Nunca echó en olvido Hernando de la Torre la necesidad de comunicarse con la metrópoli; y como para ello no había otro medio que la averiadísima nao de Saavedra, procuró la pusieran en con-

diciones de navegar, amén de hacerle un batel en sustitución del que en el viaje anterior le habían arrebatado traidoramente los dos portugueses más tarde ajusticiados en Tidore, según queda dicho

Asombra el temerario valor de aquellos navegantes que no tenían empacho de emprender tan largo y peligroso viaje en una nave cuyo lastimoso estado se desprende de las siguientes palabras de Urdaneta: "Porque El dicho navío se comía ya del gusano, é hacía mucha agua, le echamos un aforro de tablas por defuera en el costado con un betume que allá se acostumbra hacer á las naos." Con tan endeble carena debía exponerse á los furiosos embates del mar llamado Pacífico, y al que sólo por antífrasis le convenía tal calificación. Quería Hernando de la Torre y cuantos quedaban en su compañía, que Saavedra intentase la vuelta por el Cabo de Buena Esperanza; pero él se resistió, y á todo trance quiso probar suerte de nuevo por el Pacífico, y así se dió á la vela el lunes 3 de Mayo de 1529.

Aunque la intención de Saavedra era dirigirse al Norte, tardó mucho en tomar esa derrota: el día 24 de Junio llegó á la isla de Paine, bahía de Geelwink, cerca de dos grados al Sur del Ecuador. En cincuenta días calculaba Francisco Granado, Escribano de la nave, que habrían caminado doscientas leguas. Allí estuvieron, no se dice porqué, hasta el 1.º de Agosto, y el 15 del propio mes llegaron á Urais la Grande, hoy isla del Almirantazgo, á la misma altura que la de Paine. En dicha isla habían tomado en el viaje anterior tres naturales, y ahora dos de ellos huyeron á nado y ganaron la orilla para irse con los suyos. Al tercero, que ya era cristiano, enviáronle para que dijese á sus paisanos que los de la nao iban de paz; pero el sin ventura fué muerto, sin que los castellanos pudieran socorrerle. En esta isla había clavo de especia; pero los naturales no lo utilizaban. Viendo cuan difícil era tomar la dirección Norte, parece que hubo conatos de enderezarse hacia el Cabo de Buena Esperanza (1); pero sin duda hallaron parecidas dificultades en tal dirección, y desistieron de seguirla.

El día 29 de Agosto tomaron la derrota hacia América, y el 14 de Setiembre fueron sobre una isla que estaba en seis grados Nor-

(1) «De aquí arribé domingo, que se contaron 23 de Agosto, la vuelta del Cabo de Buena Esperanza.» Relación de Francisco Granado: Navarrete, tomo 5, pág. 473.

te, y que, según Coello (1), es la de Ualán. Sin que las relaciones contemporáneas nos hablen de contratiempos de mayor cuantía, tocaron en varias islas en las latitudes 9° y 1[2 y 11° Norte y surgieron en estas últimas. Saavedra iba enfermo, y por eso se detuvieron en estas islas, que en opinión del mismo Coello, son las de Udiric ó Utirik (2).

Ocho días permanecieron aquí; saltaron todos á tierra y fueron recibidos al son de *tamborinos* y cánticos por los naturales. El cacique preguntó á Saavedra qué venían á ser las escopetas que llevaban los españoles, y entró en curiosidad también de conocer lo que era un disparo. Saavedra, complaciente, le dió gusto; y fué tal el espanto que se apoderó de los isleños (que no bajarian de mil), que cayeron en tierra, y les faltó tiempo para emprender fuga desapoderada, no sólo del lugar en que se hallaban, sino de la isla; pues se embarcaron al punto en sus paraos y se trasladaron á otra distante tres leguas de la suya.

Con todo, y comprendiendo que los españoles no trataban de hacerles daño, no tardaron en volver; y, amén de ofrecerles dos mil cocos, les ayudaron á llevar ocho pipas de agua y á cuanto se les ofrecía.

A favor del viento emprendieron la marcha con rumbo al N. y al llegar al 26° murió Saavedra, no sin antes llamar á su gente y rogarle que navegasen en la misma dirección hasta ponerse en 30°, desde donde, si no hallaban tiempos favorables para continuar el viaje á Nueva España, debían volver á Tidore, y entregar el navío con todo lo que llevaban, á Hernando de la Torre. A fin de evitar sin duda contiendas probables, nombró asimismo por sucesor suyo á Pedro Laso, natural de Toledo; pero este sucumbió también á los ocho días, y sin tratar siquiera de nombrarle substituto y á merced del maestre y el piloto de la nao prosiguieron su camino hasta 31° latitud N.; mas viendo que los vientos eran contrarios, y calculando que todavía distarían obra de mil leguas de la Nueva España, decidieron volver á las Molucas, si bien entendían que estas distaban aún más, ó sea unas mil doscientas leguas del punto donde se hallaban. Momento solemne fué aquel y la solución adoptada, impuesta seguramente por las circunstancias, de una

(1) «La Conferencia de Berlín y la cuestión de las Carolinas», pág. 76.
(2) Id. id., pág. 77.

trascendencia colosal. No culpamos á estos infelices navegantes; pero es probable que si hubieran tenido un jefe de alientos, un hombre que, haciéndose superior á las circunstancias y conocedor de los vientos y corrientes, hubiera infundido confianza y arrestos á la desalentada tripulación, es probable, decimos, que hubiesen llegado á Méjico en el tiempo que emplearon (cerca de dos meses) en volver á las Molucas. Ello es, sin embargo, que faltó el hombre, y cambiaron de rumbo, haciéndolo hacia las Molucas: detuviéronse primero en una de las islas de los *Ladrones*, no se dice en qué fecha, y llegaron á Zamafo, puerto de la isla de Gilolo donde se encontraba Hernando de la Torre, el día 8 de Diciembre. Siete meses duró aquella tentativa, inútil como las dos anteriormente efectuadas y aún más que inútil, perjudicial, por el enorme desaliento que había de infundir, no solo en los que en ella habían tomado parte, sino también en cuantos en lo futuro quisieran dar cima á igual empresa (1).

(1) Habían muerto durante la expedición cinco personas, y los supervivientes, que serían veintidos ó veintitres, se dispersaron; varios de ellos fueron presos por los portugueses, que los llevaron á Malaca. En su deseo de que no volvieran á España, quisieron tomarlos á sueldo, pero los españoles solo aceptaron el sustento necesario Allí los detuvieron dos años y medio y murieron de calenturas diez ó doce. Los supervivientes, que debían de ser muy pocos, obtuvieron licencia para ir á Goa, donde supieron el concierto, ó *empeño* de las Molucas, hecho por el Emperador al Rey de Portugal.



CAPÍTULO VII

Prosigue la expedición de Loaysa.—Aspiraciones de La Torre.—Descontento de los indios.—Expedición á Morotai.—Sorpresa.—Ríndense al portugués los españoles de Tidore.—Resultados de la expedición á Morotai.—Reune Urdaneta en Gilolo á todos los españoles dispersos.—Invitan á La Torre á que también se traslade á Gilolo.—Amenazas de los portugueses.—La Torre en Gilolo.—Tristes nuevas.—Una excursión de Urdaneta.—Ocupaciones de los españoles.—Inquietudes en Gilolo.—Urdaneta alma de la hueste española.—Fírmanse las paces entre españoles y lusitanos.—Trágicos sucesos de Ternate.— Urdaneta apacigua á los gilolanos.

Sabemos ya que el anciano Rey de Gilolo estaba muy achacoso y débil. Meses antes había creído llegada su última hora, y nombró gobernadores durante la menor edad de su hijo á dos sobrinos suyos, llamados Quichil-Tidore y Quichil-Uso, recomendando á todos la más absoluta fidelidad á los castellanos y poniendo su reino bajo la protección de éstos. Su hijo y heredero quedaba en poder de un hermano del monarca, por nombre Gois, "muy grande amigo nuestro„, escribe Urdaneta. La fecha de la muerte del rey de Gilolo (9 de Mayo de 1529) no la encontramos más que en el P. Aganduru Moriz; Urdaneta, inmediatamente después de informarnos de la salida de Saavedra (3 de Mayo), nos dice que "en este tiempo murió el rey de Gilolo„, y añade: "Este rey viejo era hombre muy sabio, hombre muy guerrero y sagaz, y *(el)* de más gravedad que había en todas las islas de Maluco„.

Las aspiraciones de Hernando de la Torre, en cuanto despachó la nao, cifrábanse en ver venir los acontecimientos. Aunque los fracasos anteriores le hacían temer uno más en el viaje emprendido por Saavedra, no era del todo ilusoria la esperanza de verse soco rrido por Hernán-Cortés desde la Nueva España, pues conocía muy bien, por noticias del propio Saavedra, de lo que era capaz el incomparable conquistador extremeño. Obligábale también á esta inacción la extremada escasez de hombres y de recursos, y harto hacía sosteniéndose contra enemigos tan fuertes sin menoscabo del buen nombre á tanta costa adquirido, y sin perder un palmo de terreno. Estos puntos eran, ó le parecían, de la mayor importancia, pues juzgaba que un revés podía privarle de preciosas amistades, convirtiendo en fieros enemigos á los amigos de la víspera.

Mas no opinaban lo mismo los indios, siempre ansiosos de correr aventuras como pudieran ir protegidos por los españoles, á cuya sombra habían alcanzado gloria y provecho, é importunaban al jefe castellano para que organizase nuevas correrías. Si replicaba éste que no convenía, aduciendo razones que por igual debían convencer á indios y españoles, cundía el descontento en los naturales, hasta llegar á desconfiar de la sinceridad del prudente Hernando de la Torre; á tal extremo venda los ojos y ofusca la pasión, que las razones de más peso se nos antojan pretextos pueriles. Y no se trataba del desagrado de la chusma india, que poco les importara, si hubiesen contado con la adhesión incondicional de los magnates; el mal venía de arriba: el primero que aconsejó y mandó á los indios sitiar por hambre á los españoles fué el regente de Tidore, prohibiendo se les vendiesen bastimentos á ningún precio. Verdad es que Hernando de la Torre logró con buenas razones conjurar la tormenta por entonces; pero todos pudieron ver que aquellos invencibles castellanos estaban pendientes de una orden del regente, sin poder valerse de sus armas, y viéndose obligados á contemporizar con los isleños que les debían su salvación.

Así, con temores interiores y guerra continua con los portugueses y sus amigos, llegaron al mes de Octubre de 1529 (1). Murió en esto el rey de Ternate, y de ahí tomó ocasión el regente de Tidore,

(1) «Después que partió la dicha carabela tuvimos todavía guerra con los portugueses y sus amigos, é nos hacíamos mucho mal los unos á los otros.» Urdaneta. Relación inédita.

Quichil-Rade, para forjar una historia ó novela con que logró arrancar al general los elementos activos de que disponía. Díjole, en efecto, que era costumbre inviolable en aquellas regiones no salir á pelear dentro de los cuarenta días primeros después de la muerte del rey. No se le ocultaba á Hernando de la Torre que los indios andaban muy descontentos y les iban perdiendo el respeto y consideración que hasta entonces les habían guardado, y que, historia ó novela, no carecía de verosimilitud la que le contara Quichil-Rade, y se decidió, muy á su pesar, á condescender con ellos, y les concedió diez y ocho castellanos y nueve versos, á condición de volverse dentro de los cuarenta días siguientes El 19 de Octubre salió la expedición de Tidore; componíase de nueve paraos grandes, en que iban, además de Quichil-Rade y los diez y ocho castellanos, todos los indios de guerra que había en la isla.

Al punto llegaron á Ternate informes minuciosos de la situación en que quedaba Hernando de la Torre; según algunos, fué la misma reina madre la que los comunicó, por odio al regente y al caudillo español. Urdaneta asegura que también dió parte maestre Fernando, natural portugués, que sin duda suspiraba por el triunfo de los suyos, á pesar de hallarse él entre los españoles. Ello fué que Jorge de Meneses se dió prisa en reunir todos sus elementos de destrucción, y, poniéndose en persona al frente de la Armada, llegó á Tidore el 28 del propio mes. A cosa de una milla de esta ciudad salieron á tierra buen golpe de portugueses y ternates, y los navíos se situaron enfrente de la ciudad y de la fortaleza para bombardearlas á su sabor. Los que habían desembarcado rodearon la ciudad, sin hallar el menor obstáculo; y como la hallaron defendida por solos siete españoles y obra de treinta indios, no les fué difícil tomarla, aunque tuvieron muchos heridos. Allí murió un español, y otros dos, gravemente heridos, cayeron prisioneros. Al apoderarse el enemigo de la ciudad, la desampararon todos los indios, temiendo, no sin motivo, ser víctimas de la venganza de los lusitanos, que ya sabían cuán terrible era. Quiso La Torre replegarse á la fortaleza con todos los suyos; pero algunos tuvieron que tomar el camino del monte, pues lo repentino del ataque no les dió lugar para recogerse. Viéndose en trance tan apurado, con poquísima gente para la mucha que le atacaba, tomó parecer de los oficiales reales que se hallaban presentes, sobre lo que convenía ha-

cer, y luego dió el suyo Fernando de Bustamante, del todo en todo favorable á que se diesen á partido con los portugueses; de igual opinión fueron maestre Hanse, condestable de los lombarderos, Francisco de Godoy, y otros muchos, "é no me marabillo—escribe Urdaneta—questos dixesen este parecer, porque ninguno de estos tres que he nombrado, nunca se hallaron en afrenta ninguna, ni en ganar la honra que teníamos ganada asi con portugueses como con indios„ (1).

No le arredró á La Torre el parecer de gente de tan poco fuste, y, ateniéndose al de unos pocos, resueltos á morir en servicio de Su Majestad antes de caer en manos del enemigo, mandó disparar á los artilleros: éstos, que eran paniaguados de Bustamante, respondieron que de ningún modo querían, porque, si mataban algún portugués, entrarían éstos y no dejarían ninguno á vida. Entonces el General y otros empezaron á disparar, hasta que vieron venir á un portugués con bandera blanca, requiriéndoles que se entregasen: los leales, capitaneados por La Torre, contestaron que no; mas al propio tiempo observaron que Bustamante andaba amotinando á los soldados, diciéndoles cuán inútilmente habían esperado por largo espacio de tiempo la Armada de Su Majestad, y que no había otro recurso que pasarse al portugués. Las palabras del fementido Bustamante en situación tan difícil, sin que nadie pudiera ponerles correctivo, eran de efecto seguro y hacían cundir el desaliento aun entre los leales; y viéndolo Hernando de La Torre, se puso al habla con Meneses y capituló en condiciones relativamente ventajosas (2), dadas las fuerzas del enemigo y las escasísimas de que él disponía.

---

(1) Ya conocemos de o al Bustamante: lo que no hemos dicho es que, á pocoantiguo de haber muerto el general Carquizano, burlado en sus esperanzas de sucederle, quiso pasarse al bando portugués, y, convicto y confeso de su culpa, estuvo á punto de pagarla con la vida. La Torre le indultó á petición de Saavedra, acto de generosidad que, por lo visto, nunca se lo agradeció el interesado, y por el que fué criticado el General áspera y merecidamente.

(2) He aquí cómo las resume el propio caudillo español: «Que el capitán Hernando de la Torre les diese y entregase los portugueses que al presente tenía presos, que había tomado en la galera, y la galera con toda la artillería, é la munición que estoviese en la fortaleza de Tidori que fuese del Rey de Portugal, que se había tomado, siendo capitán D. Jorge de Meneses... y todos los esclavos /y esclavas que e habían venido de Terrenate para Tidori, como los que habían tomado presos en la galera; é que el capitán Fernando de la Torre con todos los castellanos se salie-

Probablemente no hubiera podido resistir ni un cuarto de hora más al empuje de los portugueses, envalentonados con la toma de la ciudad y con saber á ciencia cierta que la fortaleza no cobijaba apenas hombres de guerra avezados á los peligros, porque no se hallaron nunca los más en *afrenta* ninguna ni en ganar la honra que tenían ganada, como escribe Urdaneta con mal contenida indignación. Si estuvieran allí los veinte castellanos que formaban, como ahora diríamos, la guarnición de Gilolo, más los diez y ocho que pocos días antes habían salido de expedición, ni los portugueses se atrevieran á un ataque de aquella índole, ni, de haberse aventurado, consiguieran tan fáciles triunfos. Pero sabía La Torre demasiado que no era de fiar la mayor parte de los que le rodeaban, unos por antiguas rencillas, otros por amor extremado á la propia vida, y casi todos porque desde luego les pareció inútil toda resistencia, y no tuvo más recurso que capitular.

No se precisa en las relaciones contemporáneas el número de castellanos que había en la fortaleza; pero, según se deduce de las mismas, serían unos treinta y tantos, entre enfermos, convalecientes, pajes, oficiales del Rey (que desconocían en absoluto el arte de la guerra) y verdaderos soldados. De los portugueses podrían ser unos doscientos, con muchos centenares de auxiliares indios, que en realidad para nada les hacían falta. Veintidos de los castellanos siguieron á Hernando de la Torre; los demás, con Bustamante, se pasaron al portugués. Uno de los soldados fieles, llamado Antón de Aranguren, apareció más tarde: había huído al monte, al apoderarse de la ciudad los portugueses, los cuales no le dieron tiempo para retirarse á la fortaleza. Los amigos de Bustamante, sobre la bajeza de darse al enemigo, "robaron—dice Urdaneta—toda la más de la hacienda que abía en la factoría, y más todo lo que pudieron de los castellanos que estábamos fuera en la guerra... de manera que los que andábamos de armada quedamos solamente con las armas que nos hallamos.„

sen y se fuesen de la isla de Tidori dende en aquella hora hasta otro día siguiente á la hora de medio día, é llevasen sus faciendas y todo lo que pudieran sacar y llevallo en el bergantín que tenían, y dos paraoles que el dicho D. Jorge de Meneses... les prestaba; y que fuesen al lugar de Zamafo, ó otro lugar do quisieran, ó por bien tuviesen, con tal que no fuese en ninguna de las cinco islas de clavo, segun que más largamente se relata en el contrato que sobre ellos se hizo entre los dichos capitanes de ambas partes y oficiales de Su Majestad y el Rey de Portugal». (Navarrete, t. v, pág. 354.)

Aunque los castellanos que salieron á campaña el día 19, lo hicieron, según hemos dicho, forzados por las circunstancias, una vez en alta mar lo olvidaron todo para no pensar más que en la conquista de la isla de Morotai y ponerla bajo el señorío de Tidore. El pensamiento no podía ser más desatinado; porque, aun supuesta la conquista, carecían de medios para conservarla; pero ya lo hemos dicho: las circunstancias obligaban á los castellanos á condescender con los indios. Llevaban cinco días de navegación, cuando dieron vista á una pequeña armada de ternates y portugueses; la acometieron con el denuedo de siempre, y rindieron un parao, con muerte de ochenta y tres personas, entre ellas el capitán de la embarcación, llamado Zelabuta, el mayor corsario que había por todos aquellos mares. Los otros cinco paraos huyeron, favorecidos por la obscuridad. A los dos días llegaron á Zamafo, y allí se repartió la gente: Urdaneta, con otros cinco y el regente de Tidore, tomaron la vuelta de esta isla; y sin duda les pareció de pésimo agüero hallar merodeando por aquellos mares á ternates y portugueses, cuando se creía que ninguno de ellos se movería durante los cuarenta días de luto por la muerte del rey. Alonso de los Ríos fué, con los otros doce españoles, á rodear las islas, acechando oportunidad para algún asalto en tierra enemiga.

Cuando venía de regreso, tuvo noticia Urdaneta de todo lo ocurrido en Tidore. Quichil-Rade, causante de todos los desastres, por su empeño de emprender nuevas correrías, cayó en mortal desmayo al enterarse de aquéllos; y aunque los españoles tuvieron no menos pesar que él, le animaron, diciéndole que el caso no era desesperado ni mucho menos; que debían darse prisa, por si aún era tiempo de ayudar á los de la fortaleza; y, en caso de que también esta hubiese caído en poder del enemigo, procedía que pasasen á Gilolo, lugar muy fuerte, donde podían desde luego ponerse en cobro y hallarían protección decidida; que no podía hacerse esperar mucho la Armada de Su Majestad, como Saavedra llegase á la Nueva España, según era de esperar (1), y que, finalmente, podían reunirse en Gilolo buen número de españoles y desafiar desde allí todo el poder de sus enemigos. Harto conocía Urdaneta, autor de esta plática, lo difícil y angustioso de la situación; mas era menes-

(1) Todavía ignoraban á estas fechas que la nao *Florida* no había podido dar cima á la empresa de atravesar el Pacífico.

ter sacar fuerzas de flaqueza é infundir ánimos en quienes, abandonados á su desesperación, no servían más que de molestísima impedimenta. Quichil-Rade se puso incondicionalmente en manos de Urdaneta: dispuso éste pasar á Tidore, y detuviéronse en un pueblo de esta isla con objeto de enterarse minuciosamente de lo acaecido, y lo hallaron reducido á cenizas, sin alma viva que les comunicara noticias. Entonces tomó una canoa, y metiéndose en ella con Quichil-Rade, aprovechó la obscuridad de la noche para acercarse á la fortaleza, y se enteró de cómo en efecto eran portugueses los que había dentro de ella. No era posible forjarse ilusiones: la isla de Tidore, sin excluír la fortaleza que por tanto tiempo les sirviera de común refugio, era presa del enemigo. Volvieron á los paraos, y desembarcaron en un lugarejo, por nombre Tomafo, donde quedó Quichil-Rade para hablar con el rey niño, que andaba á salto de mata por los montes, y para recoger también sus propias mujeres é hijos. Urdaneta, decidido á marchar á Gilolo, convino con Quichil-Rade en volver por él y su gente de allí á cuatro días. Mientras duraban estas pláticas, tres de los cinco compañeros de Urdaneta saliéronse á tierra y huyeron en busca de los portugueses. Urdaneta no exhala una sola queja por esta defección, que, sin embargo, hubo de llegarle al alma. Marchó á Gilolo, donde fué bien recibido por los regentes ó gobernadores, los cuales se ofrecían á ser tan amigos como siempre lo habían sido de los españoles, y á proporcionarles el sustento necesario mientras llegaba la Armada de Su Majestad.

Fiel á su promesa, y desafiando todos los peligros, á los cuatro días de su llegada á Gilolo armó algunos paraos y con ellos se dirigió á Tidore, donde recogió á Quichil-Rade con toda su familia, á Quichil-Humar, rey de Makien, y multitud de indios que, temiendo la venganza lusitana, huían de allí para refugiarse en Gilolo. Algunos días después tuvo noticia de que Alonso de los Ríos estaba en la Batachina sin embarcación para unirse con sus compañeros, y "así como lo supe—escribe Urdaneta—rogué á los gobernadores me diesen un parao esquifado, y á cabo de tres días me lo dieron por pura importunación, porque en este tiempo nadie osaba salir fuera por miedo de los portugueses„. Recorrió felizmente la distancia que le separaba de la Batachina, dió con Alonso de los Ríos y se lo llevó á Gilolo con algunos compañeros. Por manera que en

la primera quincena de Noviembre se juntaron en Gilolo veintisiete castellanos resueltos á vender caras sus vidas; aunque, bien mirado, sólo el pensar en defenderse parecía temeridad excusada. Y tan por lo serio tomaron esta determinación, que ya se dibujaba la discordia sobre quién de ellos debía ser nombrado jefe. Afortunadamente, Urdaneta y Hernando de Añasco, que eran los candidatos de las dos parcialidades en que se dividía el microscópico ejército, se resistieron con energía á que las cosas pasasen adelante, pues decían que, viviendo Hernando de la Torre, no había que soñar más que en entenderse con él, trabajando por que se trasladase á Gilolo y ejerciese allí el cargo que tanto tiempo había ejercido en Tidore.

Noticioso Hernando de la Torre de la manera como se había reunido en Gilolo buena parte de sus antiguos y más fieles compañeros y súbditos, mandó allá al hidalgo Martín de Islares con terminantes órdenes de que todos volvieran á Zamafo, pues entendía que solo así daba cumplimiento á lo capitulado con los portugueses debajo de solemne juramento. Pero nada tan lejos del ánimo de aquellos valientes como abandonar á las iras del enemigo la isla de Gilolo, último baluarte de los castellanos y esperanza, aunque remota, de la restauración del poder español en las Molucas. "Si abandonamos la isla, decían ellos, los portugueses la destruirán al punto, recordando la inviolable fidelidad que hasta ahora nos ha guardado, y la poderosa ayuda que noble y desinteresadamente nos han prestado los gilolanos en las varias y dificilísimas circunstancias pasadas. Por otra parte, eso sería abandonar para siempre hasta la más remota esperanza de dominar estas islas, idea á que no podemos asentir; y si mañana ú otro día se presenta en estas aguas la Armada de Su Majestad, muy fuerte había de ser para desalojar al enemigo, si ya desde luego le ponemos en pacífica posesión de todas las islas, y muy particularmente de la de Gilolo; mientras que estando esta por España, aunque no llegase más que una nao castellana, podría bien pronto, con tan sólida base, extenderse el dominio español por todo el Maluco.„ Con tales razones, que á aquel puñado de héroes se le antojaban contundentes y sin réplica, no solamente se negaron á someterse á las órdenes emanadas del General, sino que, previo acuerdo con los Gobernadores ó Regentes de la isla, determinaron mandar comisionados que con-

vencieran á La Torre de que él mismo debía trasladarse á Gilolo. Pensarlo y ponerlo en práctica fué obra de breves momentos: Urdaneta, Alonso de los Rios y otros dos castellanos, más Quichil-Liaca, hermano de uno de los Regentes, salieron en tres paraos, llegando á Zamafo el día 2 de Diciembre de 1529. Iban con ánimo de volver cuan pronto pudieran porque corrían voces de que los portugueses preparaban una expedición contra Gilolo. Los comisionados pintaron al General con vivos colores lo ventajoso de sus planes y los graves inconvenientes que, á su parecer, tenía el de La Torre. No era el menor de ellos el temor nada infundado de que los lusitanos, tan poco escrupulosos en su proceder, hasta podían caer en la tentación de aniquilar aquellos pocos, pero gloriosos restos de un enemigo que tantas veces les había humillado, si los veían indefensos, por temor á que mañana, con nuevos refuerzos, pudieran renovar sus antiguas hazañas. Por su parte los Regentes apoyaban con decisión este parecer, en carta que Quichil-Liaca entregó al General: rogábanle con encarecimiento que se trasladara á su isla con todos los españoles que tenía en Zamafo, prometiéndole cierta cantidad de moneda del país para cada uno, con que sustentarse, mientras llegaba la suspirada Armada de Su Majestad. Hernando de la Torre se sostuvo firme, á pesar de todo, en su primera resolución: había capitulado, jurando en una Hostia consagrada no volver al Maluco mientras no se lo ordenase su Soberano, y quería ser fiel á tan sagrado compromiso, y por mucho que sus antiguos súbditos se lo rogaron y hasta se lo requirieron en nombre del Rey de España, no hubo posibilidad de obligarle á volver á Gilolo. Entonces tomó la palabra Martín García de Carquizano, antiguo Tesorero General, é insistió en las mismas razones que Urdaneta y Alonso de los Rios, añadiendo que, si en todo caso se negaba á tan bien motivadas instancias, le autorizase á él para trasladarse á Gilolo á servir á Su Majestad. Igual petición formularon Juan Griego y otros cinco ó seis que se habían hallado en la rendición de Tidore; pero todo fué inútil: el General, lejos de otorgarles su beneplácito, les ordenó que no se apartasen de su compañía. Pareciéndoles á ellos que otra cosa muy distinta les pedía el real servicio, ó más bien su natural inquieto y guerrero, todavía atropellaron por todo y se fueron á Gilolo.

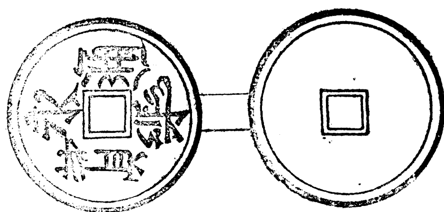
Según se había anunciado, los portugueses no se hicieron espe-

rar, y á los dos días de la vuelta de Urdaneta y compañeros, se presentaron en Gilolo con una fusta y buen número de paraos, requiriendo á los castellanos, á que se fueran á su fortaleza (la de Ternate), ó se retirasen á Zamafo, en cumplimiento de lo capitulado en Tidore. Al Rey niño le exigieron, por medio de sus regentes, que se diese por vasallo de Portugal; pero no esperaron la contestación, porque los castellanos no quisieron dar otra que prepararse para arremeter contra la fusta. Actitud tan arrogante y decidida obligó al portugués á tomar la vuelta de Ternate, desde donde don Jorge de Meneses les escribió algunos días más tarde una carta preñada de amenazas, á la cual tampoco se dignaron contestar.

La noticia que poco después les participó Hernando de la Torre en persona, presentándose á deshora en Gilolo, era para desesperar ó concluír de abatir al más animoso: la carabela *Florida,* que ellos suponían ya en las costas de Méjico ó poco menos, y que, después de tantos años de absoluta incomunicación con la Metrópoli, constituía la única esperanza en medio de tantos desastres y contrariedades, acababa de arribar á Zamafo, sin haber podido llegar, como sabemos, á la Nueva España. El General les refirió en breves palabras las vicisitudes del desdichado viaje de la nao, con la muerte de Alvaro de Saavedra y de otros varios; y teniendo por los indios noticia de que los portugueses iban á apoderarse de ella, no pudo llevar en paciencia este contratiempo y se trasladó en una canoa á Gilolo, mandando á los que le acompañaban en Zamafo que le siguieran en la propia carabela. A los dos días supieron que estaban en uno de los puertos cercanos varios de los españoles que habían huído de Zamafo, en dirección á Ternate, y el General mandó á Urdaneta, con otros tres compañeros, para ver de reducirlos á la obediencia; mas cuando llegó nuestro héroe al punto designado, supo que los fugitivos habían logrado ponerse en salvo al amparo de la bandera portuguesa. No quiso el valiente guipuzcoano que resultase del todo estéril su expedición, y se atrevió á dar una sorpresa en un pueblo llamado Malayo, de la isla de Ternate, donde apresó algunos indios, por cuyo rescate le dieron cien ducados, "con que volvimos, dice él mismo, muy alegres. Así comenzamos á tornar *á nuestro oficio.*"

Estas palabras del futuro conquistador de Filipinas dan la medida de las aspiraciones de aquella gente. Acababan de saber que

tenían cerradas todas las puertas para entenderse con España, la Patria querida de todos, que ocupada por entonces en menesteres de mayor empeño, si no mostraba desdén por los que se sacrificaban en el Extremo Oriente, parece que tampoco se interesaba gran cosa por ellos. Su situación, pues, era punto menos que desesperada, y no obstante, afirma que volvieron muy alegres á su antiguo *oficio*, esto es, á guerrear, á poner en peligro sus vidas veinte veces al día. Y ese tenor de vida, tan del gusto de los españoles, hubo de prolongarse cuatro ó cinco meses, interrumpido solamente por los ratos que dedicaban á la caza para ayuda del sustento cuotidiano; pues aunque tenía cada uno su asignación diaria de cierto número de monedas del país, escasamente les llegaba para cubrir las más apremiantes necesidades de la vida. (1)



Urdaneta no especifica los encuentros que en todo ese tiempo tuvieron con los portugueses, ni las bajas que ocurrieron en la mermada hueste española, que al reunirse de nuevo en Gilolo al mando de Hernando de la Torre, se componía de cincuenta y ocho hombres, contando entre ellos á los que volvieron en la carabela y no huyeron al campo lusitano. Sea como quiera, traslúcese de sus palabras que esos cuatro ó cinco meses fueron tal vez los más felices que pasaron en las Molucas; cosa bien extraña, si se observa que por momentos les iban faltando los medios de defensa y aumentándose en la misma proporción los del enemigo para aniquilarlos.

Como si esto no fuera bastante, un nuevo y serio conflicto vino á perturbar los ánimos de los españoles; ya hemos dicho que el go-

(1) «También nos dimos en este tiempo á la caza, que había muchos puercos monteses, é con un perro que teniamos mucho bueno matábamos muchos puercos monteses. También nos dimos á criar gozquejos de la tierra que son muy buenos para cazar.» Urdaneta. Relación inéd.

bierno de la isla de Gilolo quedaba en manos de dos gobernadores ó regentes durante la menor edad del único hijo varón del difunto monarca. En los primeros meses de la regencia hubo, al parecer, armonía entre los gobernadores, uno de los cuales, según insinúan acreditados historiadores (1), era hijo de un cacique ambicioso que había aspirado á la corona en el reinado anterior. Lo que no había logrado el padre, pretendía ahora el hijo en más ventajosas condiciones, dada la natural debilidad de la regencia, y aprovechándose del alto puesto que ocupaba. Mas, entre tanto, su compañero el co-regente Quichil-Tidore tampoco se dormía, y contando con el decidido apoyo de los españoles, de quienes siempre había sido fiel amigo, procuraba destruír los planes de su rival, y desde luego se atraía las simpatías del pueblo, que veía en los castellanos la fuerza decisiva para otorgar la victoria á quien les pluguiera. No todo era puro y desinteresado afecto entre Quichil-Tidore y los nuestros; se prestaban también mutuo apoyo, por que defendían intereses comunes, pues Quichil-Humi tenía tantos deseos de deshacerse de su rival, como de cuantos le apoyaban, "porque si el Quichil-Humi, escribe Urdaneta, quedaba por señor, no pudiésemos hacer otra cosa menos de pasarnos á los portugueses, que nos querían mal„. (2).

Coincidieron estas inquietudes en Gilolo con otras más graves de Ternate. Un indio principal tuvo la mala ocurrencia de matar un puerco de la propiedad del jefe portugués D. Jorge de Meneses. Este, en castigo, le hizo comer un pedazo de tocino, lo que significaba gravísima afrenta, pues ya se sabe que la ley mahomética, profesada por los naturales, se lo prohibía severamente (3). Suceso tan baladí tuvo enormes consecuencias, favorables á los castellanos y desastrosas en gran manera para los lusitanos. En efecto,

(1) Herrera y Oviedo sostienen que el aspirante á la corona en vida del difunto Rey había sido este regente, al cual llaman Quichil-Catarabumi ó Quichil-Bumi (Urdaneta le llama Quichil Humi), y que después de haber andado errante y huído de Gilolo, le perdonó el Rey al tiempo de morir, recomendándole que mirase por su hijo. Poco fundada nos parece esta versión. No era prudente encomendar funciones tan delicadas á hombre de tan dudosa fidelidad. Por otra parte, la autoridad de Urdaneta es decisiva y no hay motivo para separarse de ella.

(2) Relación inéd.

(3) Urdaneta refiere en breves palabras este suceso; pero el P. Agandurn Moriz le añade pintorescos y tragi-cómicos pormenores. *Hist. General de Filipinas*, lib. VI, cap. XI.

irritados hasta un punto inverosímil los ternates, y poco menos los naturales de las demás islas, porque la necia y desatentada conducta de Meneses cedía en agravio común á todos los que profesaban la misma ley, trataron de concertarse para acabar con todos los cristianos del Maluco. A este fin, Quichil de Revés, Gobernador de Ternate, se puso al habla con Quichil-Humi, co-Regente de Gilolo. Como desde muy atrás eran enemigos, puesto que el de Ternate estaba á la devoción de los portugueses, y el de Gilolo seguía, con mayor ó menor entusiasmo, la bandera española, convinieron ante todo en concertar paz y alianza ofensiva y defensiva. "Quiso Dios, escribe Urdaneta, que el mismo dia que Quichil de Revés envió á decir su voluntad á Quichil-Humi, súpelo yo todo por un indio que me lo descubrió, é luego avisé al Capitán. Dende en adelante comenzamos á hacer guardia„ (1). La situación de los españoles hízose todavía más crítica cuando Quichil-Humi, contando con el favor de los portugueses y del Gobernador indio de Ternate, logró desterrar á Quichil-Tidor, co-Regente de Gilolo y grande y constante amigo de los castellanos. Jorge de Meneses entre tanto ignoraba todas esas tramas, y el astuto Quichil de Revés hasta le había hecho creer que pronto quedaría el Maluco libre de castellanos, pues Quichil-Humi sólo esperaba para caer sobre ellos y aniquilarlos, ver restablecidas las paces entre todos, y de esta suerte coger á los españoles desprevenidos.

Urdaneta, que desde tiempo atrás hacía importantísimo papel en el Maluco, era últimamente el alma de los castellanos, y bien podía considerársele también como el salvador y providencia de todos los europeos, pues por medio de sus excelentes relaciones y de las confidencias que le hacían los indios, supo desbaratar los atrevidos planes de los fanáticos sectarios de Mahoma, sedientos de sangre cristiana desde que Meneses les infirió á todos tan grave ultraje.

Aunque muy contra su voluntad, Urdaneta fué encargado por Hernando de la Torre para que firmase las paces con Meneses. Hízolo así, y al propio tiempo avisó al jefe portugués de todo lo que se urdía en el campo indio; y aunque Meneses, informado no más que á medias, se las prometía muy felices, bien pronto se convenció de que el valiente y hábil capitán español conocía á fondo las

(1) Relación inéd.

maquinaciones del común enemigo. Cuando ya era todo público entre los indios y hasta se indicaban por ellos los europeos que debían quedar á vida, que eran los lombarderos, carpinteros y herreros, por lo útiles que podían serles en adelante, Meneses metió en su fortaleza cautelosamente al Rey niño de Ternate, que tendría entonces trece años; al Regente Quichil de Revés y á otros varios caballeros les puso en lo alto de la torre, dióles tormento, confesaron cuanto se tramaba, y quiso Meneses que confesaran, y sin más hizo degollar al Regente y á sus desventurados compañeros. Cundió al punto la noticia por la isla, y los indios, desamparando los poblados, buscaron su salvación en lo más abrupto de las sierras.

El día 14 de Octubre se supieron en Gilolo los trágicos sucesos de Ternate, y dicho se está que se turbaron los naturales, y creyeron llegado el último día de su vida, temiendo que los castellanos, conociendo sus traidores intentos, imitasen al portugués. No era tal, sin embargo, el pensamiento de Hernando de la Torre: suponiendo que había exageración en las noticias, ó que tal vez los portugueses hubieran sido víctimas del furor de los indios, tenía vivísimos deseos de conocer minuciosamente lo ocurrido. Para ello rogó á Quichil Humi, único Regente de Gilolo, que le permitiese enviar un castellano en el parao que aquél preparaba con el mismo objeto; pero el Regente no se lo consintió, acaso porque temía una emboscada.

Entonces se le presentó Urdaneta al General, comprometiéndose á ir en una canoa. La Torre vino en ello; dióle un castellano por compañero y cuatro indios para bogar, y llegó bien pronto á Ternate; presentó á Meneses una carta del jefe español; preguntóle aquel si las intenciones de los castellanos eran pacíficas; le contestó Urdaneta que sí, y que estaban en favorecerle cuanto pudieran: hízole Meneses análogos y al parecer sincerísimos ofrecimientos, y con tanto se volvió á Gilolo el intrépido guipuzcoano, hallando á todos sus compañeros puestos en armas, "con sus escopetas á cuestas„ y cebada la artillería. Con esto comprendió nuestro héroe que aún tenía que hacer importantísimo papel en Gilolo, pues indios y españoles estaban para venirse á las manos, por recíproca desconfianza; mas él, que desde hacía tiempo era, como se ha dicho, guarda y amparo no sólo de los españoles, sino también de todos los europeos, disipó bien pronto aquella temerosa tormenta; pues en

cuanto llegó y se hizo cargo del estado de los ánimos, fué á verse con los jefes indios, hablóles en su lengua, que él conocía muy bien (1); hízoles ver que, pues hasta entonces habían sido muy entrañables amigos y se habían favorecido en mil ocasiones, no había motivo alguno para enemistarse; y que si portugueses y ternates se mataban, que ellos se arreglasen como pudieran, porque eran asuntos en que nada les iba ni venía á los de Gilolo. ¡Vaya si les iba y venía! Lo que hay es que Urdaneta, aunque conocedor de los planes de destrucción que abrigaban los propios indios de Gilolo, creyó prudente darles á entender que los ignoraba, con que ellos respiraron á sus anchas, y fuéle muy fácil reanudar los antiguos lazos de amistad entre gilolanos y españoles. En virtud, pues, de las palabras de Urdaneta, se convino en que los jefes respectivos jurasen de nuevo no quebrantar nunca esa amistad, y para mayor firmeza hasta juraron unos cinco ó seis de los españoles y otros tantos de ellos, y quedaron como muy grandes y entrañables amigos.

Ocurría esto en la segunda mitad de Octubre de 1530, y el 3 de Noviembre llegó á Ternate Gonzalo de Pereira con tres navíos y razonable número de lusitanos. Venía á sustituír á Meneses, y su llegada calmó los ánimos de los naturales. Mas no fué esa la novedad principal, consecuencia de la venida de Pereira: como el día 20 de Diciembre del propio año fuese Urdaneta á visitarle en nombre de los españoles, con ánimo de renovar la alianza poco antes concertada, hízole saber el capitan portugués que el Emperador Carlos V había empeñado las islas Molucas al Rey de Portugal, añadiéndole que eran inútiles cuantos sacrificios en adelante hicieran, pues no hallarían apoyo alguno en el Emperador, y hasta podían resultar contraproducentes.

(1) Relación impresa. V. Navarrete; t. v, pág. 423.





CAPÍTULO VIII

Prosigue la expedición de Loaysa.—Paz y alianza entre los europeos.—Incidente desagradable en que interviene Urdaneta.— Expedición de Urdaneta á Gapi.—Guerra entre portugueses y ternates.—Solicitan éstos la ayuda de los españoles.—Su relativo bienestar.—Su comportamiento con los portugueses.—Preparan los españoles su vuelta á Europa.—Portugueses y españoles unidos hacen algunas correrías.—Nueva excursión de Urdaneta.—Trasládanse los españoles de Gilolo á Ternate.—Salen diez de ellos para la India.—Urdaneta permanece un año más en las Molucas.—Parte también para la India.—Detiénese en las islas de Banda.—Encuêntrase en Cochín con Hernando de La Torre.—Temores infundados.—La Torre le recomienda al Emperador.—Sale de Cochín en dirección á Europa.—Llega á Lisboa.—Despójanle de todos sus papeles.—Huye de Lisboa.—Debilidad de la diplomacia española.—Llega á Valladolid y da cuenta de todo al Consejo de Indias.—Presenta su *Relación* al Emperador.

No nos dice Urdaneta qué efecto le produjo noticia tan grave é inesperada como la que le había participado Pereira que, de ser cierta, cambiaba radical y profundamente la situación de los españoles en las Molucas. Es seguro que hubiera preferido Urdaneta ver avanzar majestuosamente hacia Gilolo una fuerte armada española, para resolver de una vez el conflicto en que estaban metidos en el sentido por ellos tan ardientemente deseado; pero ya que el asunto no tomaba aquel giro, ofrecíaseles una solución relativamente decorosa, dada la

dificilísima situación á que habían quedado reducidos; porque, en efecto; de no llegarles pronto y eficaz socorro, no les quedaba más arbitrio que entregarse á discreción en manos de sus mortales enemigos, los portugueses, que si por el momento y por causas que conocemos, vendíanse como amigos, una vez dueños absolutos de la situación, era muy de temer que se cebasen en ellos, no dejando á vida á uno sólo de ellos, á fin de que jamás se tuviera en España noticia detallada de lo acaecido en las Molucas.

Urdaneta sabía por larga experiencia el crédito que merecían los portugueses; así es que á la invitación de Pereira para que luego al punto llamase á sus compañeros, y se trasladasen todos á Ternate, donde serían muy bien tratados le respondió, "que si su merced les traía algún mandado de Su Majestad para que le entregasen la tierra y se fuesen, que le pedía por favor se lo mostrase: que si tal provisión de S. M. traía, que luego en la hora se pasarían á ellos.„ Respondióle Pereira que no lo traía por parecerle que no sería necesario; aunque pensaba que le tenía el Gobernador de la India.

Si bien la noticia era cierta y verdadera, la manera nada formal ni diplomática de comunicarla hubo de ser causa muy suficiente para que hallase escaso ó ningún crédito entre los nuestros, que no hicieron caudal de ella. Por eso no se movieron de Gilolo; y á mayor abundamiento, cuando pocos dias después tornó Urdaneta á la fortaleza de los portugueses *á negociar ciertas cosas*, que no se especifican, habló con un caballero portugués por nombre Anibal Cernichi que había andado mucho tiempo en Castilla, el cual, además de ofrecérsele á llevar cualquiera relación que quisieran enviar á S. M., le aseguró que lo del empeño era una añagaza de Pereira. Urdaneta le agradeció profundamente sus ofrecimientos, y le dijo que el mayor servicio que podia hacer á los castellanos que estaban en el Maluco era cumplir tan generosos ofrecimientos, y que él por su parte se comprometía á influir en el ánimo de Fernando de la Torre, jefe de los castellanos de Gilolo, para que suplicase á S. M. colmase á dicho caballero de mercedes por el inmenso favor que les hacia. Todo así concertado, le hizo jurar sobre una ara consagrada que cumpliría fielmente lo prometido, y Urdaneta volvió á Gilolo inmediatamente á ponerlo en conocimiento de su jefe. Este se holgó mucho de ello, y le dió la relación detallada de todo

lo sucedido desde que partió la Armada de España, más una carta especial de recomendación para el Emperador (1).

A pesar, no ya de las paces, sino de la alianza que existía entre los europeos, á punto estuvo de quebrantarse y de convertirse en guerra cruel, á que estaban acostumbrados: formaba capítulo especial de la alianza el que fuese devuelto á su dueño cualquier esclavo que quisiera cambiar de campo; y demás de esto, poco tiempo antes había pedido el mismo Pereira al jefe español que le enviase un calafate que le hacía suma falta para aderezar ciertos navíos, y La Torre le mandó á Melchor de Arena, previa entrega de un documento en que el jefe lusitano se comprometía á devolverle el calafate, aun en el caso de que este se resistiera. Pues bien, al saberse que el Arena, terminada su labor, repugnaba el volver á su campo, La Torre envió á Urdaneta á pedir á Pereira que se cumpliera lo pactado, obligando lo mismo al calafate que á varios esclavos, á que tornaran á Gilolo. Pereira no dió oidos á tan razonable demanda, y el comisionado hubo de volver sin lograr nada de lo que pretendía. Incontinenti le mandó volver La Torre, y esta vez con la cédula de compromiso firmada por Pereira. Este, al ver su firma, aparentó mejores disposiciones respecto á la vuelta del calafate; cuanto á los esclavos dijo que no teniéndose ellos por tales, no se creía obligado á devolverlos. Entre tanto, el Arena que ya iba á entregarse, ocultóse como pudo; y aunque Urdaneta recordó á Pereira que estaba obligado á mandarle buscar, y á entregárselo, le contestó que no estaba obligado á más.

"Sobre esto, dice Urdaneta, pasamos ciertas razones el dicho Gonzalo Pereira y yo, y todavía me volví sin él„ *(calafate)*. La Torre insistió todavía, con escaso acuerdo por cierto, en reclamar por dos veces la devolución de los fugitivos; pero inútilmente, como era de esperar de la actitud de Pereira. Hubiera sido más prudente callar, ya que la falta de fuerzas le obligaba á no levantar demasiado la voz, aunque estaba cargado de razón. Con tanto insistir sólo consiguió que el jefe lusitano prorrumpiese en tremendas amenazas contra los españoles, los cuales tuvieron que devorar en silencio la amargura de no poderle responder cual convenía.

Pues á los males que eran consecuencia natural de situación tan

(1) Anibal Cernichi partió de Ternate poco después, y se sabe que llegó á Lisboa donde murió sin haber podido entregar á S. M. los pliegos de que era portador.

angustiosa, debe agregarse la escasez de alimentos, por que no les alcanzaba á los nuestros el auxilio que recibían en Gilolo. A remediar en algo esta necesidad se encaminó una expedición capitaneada por Urdaneta á la isla de Gapi. A pretexto de llevar una embajada *de parte del Monarca más grande del mundo* (frase que parecía estereotipada, y de que usaban y abusaban todos los conquistadores de la época), fueron á dicha isla á comprar á cambio de telas, cuentas y baratijas de Flandes, herramientas de diversas clases que se hacían en Gapi, para venderlas á buen precio en las Molucas ó en otras islas cercanas. Urdaneta llegó á la de Gapi, y como llevaba la representación de todos los españoles, ocioso es decir que se presentó con las ínfulas que gastaban los nuestros en casos tales. Sin embargo, el régulo de la isla no se dió por entendido, y le respondió que, según costumbre de la tierra, no podía, aun sintiéndolo mucho, dejarse ver de ningún forastero por algún tiempo, porque hacía pocos días que se había muerto su esposa, y que se entendiera con dos comisionados que le mandaba al efecto. (1) No se avino con la repulsa el altanero capitán español, y le respondió *que una embajada de un tan gran Príncipe no se solía dar si no á la misma persona del Rey ó señor á quien se enviaba, y que, por tanto, le pedía por merced que le escuchase en persona.* Vanas fueron las razones de Urdaneta: el Rey se sostuvo en su primera negativa por espacio de veinte días, al cabo de los cuales mandóle llamar, pero á condición de que fuera solo. Los indios principales de Gilolo que le acompañaban solicitaron la misma gracia; pero el régulo, que sin duda era hombre de trastienda, les contestó *que si querían comer puerco, que bien podían ir; que de otra manera no curasen de ello.* No podía haber acudido á treta más eficaz y segura para hacer callar á los compañeros de Urdaneta; porque, como buenos mahometanos, eran *muy enemigos de*

---

(1) Urdaneta nos da de paso alguna muestra de las bárbaras costumbres de los isleños de Gapi. «Al tiempo, dice, que llegué en esta isla había muy poco que era muerta la reina, y del luto, todos los indios andaban tresquilados, é más ningún día no había que no mandaba matar el rey diez ó doce esclavos á acompañar en el otro mundo á la reina. La maña cómo los mataban es que les daban un garrote por el pescuezo hasta que los ahogaban, é después los hechan en la mar; é asimismo en cierto tiempo no habían de comer ninguna ave, ni pescado, ni arroz ni pan de palmas; algún morusco (*marisco*) y tortugas y cosas frescas. Bebían hasta caer de culo cada día de aquel vino de palmas...» Relación inéd.

ver puercos, cuanto más de comerlos. (1) Fué, pues, solo; y ya se creía á dos dedos de conferenciar con aquella encantada majestad, cuando recibió nuevo aviso de que no había audiencia, debiendo entenderse con dos comisionados que le salieron al encuentro. Hacemos gracia á nuestros lectores de los términos de la embajada de este *vasallo del mayor Príncipe del mundo.* Lo principal de ella se cifraba en solicitar que se autorizase el libre comercio entre castellanos é isleños. La solicitud iba reforzada por algunos presentes, que aunque no de gran valor, solían ser muy bien recibidos. Mas al régulo de Gapi no le deslumbraron los regalos, que consistían en *cierta holanda, manteles, alimañiscos y tres ó cuatro libras de margaritas de vidrio*, y tomando los manteles y la holanda, devolvióle las cuentas, diciendo *que no era aquello cosa para darle á él.* Eso sí, manifestó agradecer mucho los ofrecimientos que se le hicieron de parte del Emperador; porque sin duda entendió que de ese modo tendrían mayor salida los productos de las islas de que era dueño y señor, singularmente el mineral de hierro, de que había gran abundancia en sus dominios.

Hechos los conciertos, el régulo tuvo la atención de enviarle de comer y beber y alfanges y paños de algodón, que en la isla llamaban *uteute.* Cuarenta días estuvo Urdaneta en Gapi, donde, á cambio de géneros europeos, más ó menos averiados, le dieron mucho hierro labrado. Quiso pasar á Tabuco con el propio objeto; pero los vientos contrarios le obligaron á volver á Gapi, donde sin duda por una mala inteligencia de los propósitos del capitán español, fué mal recibido, y tuvo que huír á vela y remo. Distaba cien leguas de Gilolo, y solo tenían para alimento carne de tiburón, y para matar la sed, el hígado del mismo; todo crudo, porque carecían de elementos para encender fuego.

A la llegada de los expedicionarios, portugueses y ternates se hacían guerra á muerte: por una parte el mal trato que estos recibían de Pereira despertó en ellos ardiente deseo de vengar la muerte de Quichil de Revés, asunto que parecía olvidado desde que Meneses dejó la jefatura; quedaba en pie, además, la prisión del Rey niño, pues todas las gestiones que hizo la Reina madre para libertarle se estrellaron contra la tenacidad de Pereira. En su

(1) Relación inéd.

vista, un sábado, 27 de Mayo de 1531, quisieron poner en planta el atrevido pensamiento de matar á todos los portugueses de la fortaleza. Para ello, gran número de indios se apostaron á cosa de un tiro de lombarda de dicha fortaleza, mientras los más allegados al Rey entraban á verle, como de costumbre, pero provistos de sendos puñales ó dagas. A la hora convenida arremetieron contra sus mortales enemigos, y antes que estos pudieran rehacerse mataron á Pereira y á otros dos ó tres más; con todo aún lograron los portugueses restantes quedar dueños de la fortaleza y del pueblo.

Cuatro días después se presentaron al Rey de Gilolo y á La Torre varios comisionados de Ternate en nombre de la Reina, pidiéndole favor contra los lusitanos, ofreciendo desde luego sus vidas y haciendas y sometiéndose como vasallos del Rey de España. Mas, obrando cuerdamente, el jefe español se excusó de tomar parte en tan delicado asunto, y adujo como principal motivo para ello las paces que tenía concertadas con el portugués. Gran sentimiento experimentaron los ternates con la negativa, que no la esperaban: jamás hubieran sospechado ellos que los españoles dejarían de aprovechar tan excelente coyuntura para adquirir á tan poca costa el dominio de todas las Molucas; pero los españoles no necesitaban ser muy linces para comprender que era gran locura ponerse enfrente de los lusitanos, los cuales, aún en el caso peor para ellos, podían recibir de la India en breve plazo, la ayuda que hubieran menester; mientras que ellos, los españoles, reducidos á cuarenta personas y sin esperanza de refuerzos, podían ser aniquilados fácilmente, sin contar con que tampoco tenían una mala embarcación en que poder huír en un posible y aun probable apuro.

Bien quisieran los indios de Gilolo dar contra el portugués; pero la decidida actitud de los españoles los contuvo. Tres ó cuatro veces más insistieron los de Ternate en la misma demanda; pero inútilmente: los españoles se sostuvieron, como no podía menos, en su primera negativa.

Vicente Fonseca, sucesor del desventurado Pereira, se vió y se deseó para hacer frente á los ternates; y sobre todo temía de lumbre las noticias que corrían por su campo, es á saber: que con el favor de los españoles, á los cuales se unirían todas las Molucas,

pronto iba á dar fin el dominio portugués en las islas. En su vista mandó un emisario con una galera á Gilolo, pidiendo con instancia se le dijera si en efecto le preparaban guerra, ó más bien querían guardar los conciertos de paz antes celebrados. Que en todo caso, mirasen bien que todos eran cristianos (españoles y portugueses); y si por ventura querían hacer alguna novedad, se lo avisaran, para saber de quién se había de guardar. Finalmente, si, como deseaba, estaban de paz, les rogaba influyeran para que cargasen de bastimentos aquella galera por su justo valor; pues los ternates y demás isleños se negaban en absoluto á proporcionarles alimentos á ningún precio.

Y hé aquí, por ocultos designios de la Providencia divina, singularmente favorecidos los españoles, que si cuando contaban con fuerzas para ello, tenían que luchar bravamente para sostenerse, ahora que habían quedado reducidos á su más mínima expresión, eran árbitros de los destinos de las islas. Aprovecharse de aquellas circunstancias para mejorar de situación, y sobre todo, con el objeto de preparar su retorno á Europa, era el empeño de los nuestros. A este fin Hernando de la Torre hubo de responder á Fonseca que su más vivo deseo era observar escrupulosamente las condiciones de la paz, y como primera y fehaciente muestra de ello, influyó en los gilolanos para que vendieran á los portugueses los bastimentos de que tanto habían menester. Al volver á Ternate el emisario portugués con tales nuevas y con la galera abarrotada de víveres, no tuvo límites la gratitud de los lusitanos hacia los nuestros, y se ofrecieron á hacer por éstos cuanto en su mano estuviera. En cambio y por la razón opuesta, recibieron profundo pesar los de Ternate al saber lo ocurrido; y ya que ello no tenía remedio, la reina mandó decir á La Torre y al rey de Gilolo que intercedieran con los portugueses para que le entregaran sus hijos, comprometiéndose ella en retorno á dar libertad á varios caballeros lusitanos que tenía presos. Aunque con dificultad, recabó el jefe español de los portugueses lo que se le pedía, y hasta logró que se avinieran; pero el concierto duró poco, porque antes de tres meses todos los indios de las Molucas, excepto los gilolanos, se alzaron de nuevo contra ellos.

La marcha de los sucesos, como se ve, favorecía á los españoles, los cuales, creyendo bien dispuesto el terreno para preparar su

retorno á Europa, se decidieron á dar los pasos necesarios al efecto. Ya hemos dicho que Pereira les aseguró cómo el Emperador había empeñado las Molucas al Rey de Portugal. La noticia era cierta, ya lo hemos advertido; pero no había llegado á las Molucas documento alguno que la confirmase. ¿Qué hacer? Fernando de La Torre escribió al virrey de la India, que á la sazón lo era D. Nuño de Anaya, exponiéndole llanamente la situación de los españoles, y rogándole que si tenía en su poder algún documento de S. M. sobre lo del empeño, tuviera á bien de manifestárselo para atenerse ellos en un todo á lo que en él se dispusiera, y que, en todo caso, les diera pasaje para España. Pedíale también dos mil ducados á fin de saldar ciertas deudas, y una cédula, firmada por el propio virrey, en cuya virtud se le substrajera de la juris dicción de los jefes lusitanos con quienes topasen en el camino, debiendo entender en todas sus causas el que lo era de los españoles.

Como se ve, en esta petición se ataban bien los cabos: debía terminar aquella situación á todas luces insostenible; sobre esto no cabían dudas. El valor más heroico al servicio del más exagerado patriotismo era impotente para sacar partido á favor de la idea á cuyo impulso habían hecho tantos sacrificios. Seguir fomentándola en aquellas condiciones era una locura. Las proezas de aquel puñado de españoles constituirán, si se quiere, un poema; pero este necesitaba un desenlace, que si no venía revestido de la trágica grandeza con que los suelen imaginar los poetas en el silencio y quietud de su gabinete, tenía, por lo menos, la ventaja de haberse elaborado con gran dosis de sentido práctico, amoldándose á las circunstancias que por modo inexorable se les imponían.

Resueltos, pues, á poner en práctica el único salvador pensamiento, escribieron á Fonseca, significándoselo, y rogándole que facilitase una embarcación á Pedro de Montemayor para negociar con el Virrey de la India la vuelta de los españoles á Europa. Fonseca respondió incontinenti que le placía mucho la idea, y que se aparejase el que hubiera de ir, pues de allí á un mes debía salir una expedición para la India. A mediados de Enero de 1532 se hicieron efectivamente á la vela los navíos portugueses en que salió Montemayor, dejando á sus compañeros en lastimoso estado, dedicados á la caza de jabalíes, de que había abundancia y con que se ayudaban para remediar sus más apremiantes necesidades.

Pero no todos y siempre habían de entretenerse con la caza; y á fin de proporcionarse ocupación útil, organizaron en mancomún, españoles y portugueses, una expedición á Amboina en las pequeñas embarcaciones de Gilolo. El entretenimiento se reducía á quemar algunos pueblos de la costa, con objeto sin duda de proporcionarse medios de subsistencia, de que andaban tan escasos. Con el propio fin hicieron otra correría por las costas de Gilolo, isla muy extensa, donde había multitud de pueblos independientes: el provecho fué escaso y grandes las quiebras, puesto que volvieron heridos casi todos los cristianos. Nueva y más importante excursión organizó Urdaneta en demanda de hierro á cambio de cuentas de vidrio; pero ya no quiso ir á Gapi, como la vez anterior, sino directamente á Tabuco, donde cargó el parao en que iban, y vendió la mercancía de hierro labrado en la isla de Amboina.

Cerca de dos años tardó en volver á las Molucas Pedro de Montemayor, que, como sabemos, fué comisionado por los españoles para negociar su vuelta á Europa. Fué objeto de singulares atenciones de parte de todos los portugueses de la India y muy particularmente del virrey, Nuño de Anaya, sabedor del hidalgo proceder de los españoles en las Molucas. Por eso correspondió noblemente á todas sus peticiones; pero no pudo facilitarle documento alguno de carácter oficial acerca del empeño de las Molucas, pues sólo en cartas particulares recidas de Europa se le había comunicado la noticia.

Ya que tan en punto tenían los medios necesarios para salir de situación tan difícil, trataron los nuestros de pasar á Ternate; pero, como no tuviesen el recato y silencio que fuera menester, trascendió la noticia á los isleños, los cuales sentían á par del alma quedarse sin el amparo de los españoles, y viendo que no bastaban razones para estorbarlo, se resolvieron á guerrear contra el portugués, y pidieron á Hernando de La Torre que si no quería ayudarles con sus personas, les cedieran por lo menos las armas, que ellos bastaban para dar buena cuenta, no solo de los portugueses sino de todos los del Maluco. Viendo los españoles que tomaba tan mal cariz el pleito, fingieron estar dispuestos á la guerra, y hasta colocaron convenientemente la artillería, con que se calmaron algo los ánimos; aunque los más ardorosos hubieran preferido concluír primero con ellos para utilizar sus armas. Sabedor Tris-

tan de Tayde de la actitud belicosa de los gilolanos, requiriólos de paz, pero inútilmente; y fué lo peor que no faltó quien hiciera creer al capitán lusitano que los nuestros eran la causa de todo, lo que le puso fuera de sí, y envió á decir á Hernando de La Torre que estaba enterado de su incalificable conducta, y que juraba á Dios que antes de cuarenta y ocho horas se apoderaría de todo, sin dejar ni uno solo á vida. La Torre hizo saber á Tayde que no hiciese caso de las calumnias de algunos portugueses que le tenían mala voluntad, pues la de todos los castellanos era pasar á Ternate, y que no tuviese reparo de acercarse á Gilolo con sus navíos, á los cuales deseaban acogerse para salir del grave compromiso en que se hallaban.

Era el 10 de Diciembre de 1533 cuando la Armada portuguesa, reforzada por toda clase de embarcaciones indígenas, se presentó en Gilolo en són de guerra. El capitán portugués ni se precipitó á romper el fuego contra los españoles, ni manifestó entera confianza en sus declaraciones de paz: recorrió el puerto en un calaluz, ó embarcáción ligera, enterándose de la situación de la costa, á fin de elegir el mejor sitio para el desembarco. En esto, aquel mismo Gonzalo de Vigo, de quien hemos hecho mención capítulos atrás, logró hacerse oír del portugués, y decirle que los castellanos estaban de paz: Tayde ordenó entonces á los suyos que ni ellos les molestasen ni permitiesen á los indios que les acompañaban, desmán alguno contra los castellanos.

Al día siguiente, después de haber simulado un desembarco por el punto más abrupto y difícil de la costa, saltó en tierra, sin ser molestado por nadie, y marchó sobre la ciudad; y como los indios vieron que los nuestros no hacían frente al portugués, decayeron de ánimo, y huyeron á todo correr, mientras todos los cristianos se unían en fraternal abrazo. La hueste española estaba reducida á ¡diecisiete hombres! (1). *Todos los demás eran ya muertos,* escribe Urdaneta. (2)

No más llegar á la fortaleza portuguesa de Ternate, Pedro de

---

(1) Lástima grande fué que «de un escopetazo desmandado», que dice Urdaneta, quedase mal herido el factor Diego de Salinas, que murió poco después en la fortaleza de Ternate.

(2) Relación inéd.

Montemayor hizo entrega á Hernando de la Torre de los dos mil ducados que, á petición de ellos, les enviaba Nuño de Anaya. El jefe del reducido grupo de españoles se quedó con quinientos y los restantes se repartieron entre los demás

La Torre con otros castellanos partió de Ternate en Febrero de 1534. Urdaneta quedó con poderes de su jefe para cobrar ciertos vales de clavo que debían los indios al Emperador, al mismo La Torre y á otros varios; pero el capitán portugués, sobre amenazar á Urdaneta si pretendía cobrar cosa alguna, circuló severas órdenes entre los indios para que no pagasen á los castellanos. (1)

Urdaneta esperaba partir en Marzo inmediato, pero todavía ardó un año en abandonar aquellas islas aciagas; y él, como si nada significase una permanencia de ocho años en ellas, ni los sacrificios cuya grandeza es sólo comparable á su número, ni las relaciones y amistades que allí dejaba (2) escribe sencillamente: *A fin de Febrero de 1535 parti de las yslas do Maluco para la india de Portugal*. Salió Urdaneta con el piloto Macías del Poyo, y en la misma embarcación iban en calidad de prisioneros el Rey de Ternate y su desventurada madre "por cierta traición„, dice Urdaneta.

Llegaron á las islas de Banda en el mes de Marzo, y allí se le presentaron los antiguos regentes de Tidore y Gilolo, y con lágrimas en los ojos le rogaron que recabase del Emperador el envío de nueva Armada á las islas, porque todos estaban en favorecer á

---

(1) «E como yo puse diligencia para cobrar alguna cosa, vino á saber el dicho Tristán de Taide, capitán de los portugueses, é mandome llamar é dijome que no curase de pedir á ningún indio nada, porque si él venía á saber, me castigaría muy bien. E asimismo mandó á decir á algunos Reyes de Maluco é á otras personas particulares de los indios que debían clavo á V. M., que ninguno pagase nada. Por lo cual yo no osé á ningún indio nada pedir.» Relación impresa. Navarrete, tomo V, pág. 428.

(2) Por lo que sabemos ya de los hechos más culminantes de la vida de Urdaneta, se viene en conocimiento de cuán íntimas eran sus relaciones con los magnates indios. Pero á mayor abundamiento, á punto ya de partir para Europa y en el viaje mismo recibió las mayores muestras de la confianza que supo inspirarles por su talento, por su heróico valor y por la entereza de su carácter. «Estando en la isla de Ternate á la partida, escribe Urdaneta, vino á mí un caballero del Rey de Tidore, que se llamaba Bayanir, y me dijo quel Rey le había enviado á mí para que me dijese en cómo él quisiera servir á V. R. M.; empero que no osaba, porque los portugueses no lo sentiesen; y me rogabá que así como él se confiaba á mí, le tuviese en secreto lo que me enviaba á decir, que era, suplicase á V. R. M., por parte del dicho Rey de Tidore, que V. M. se acordase de aquel su vasallo, por cuanto por servir á V. M. é favorecer su gente, los portugueses le habían destruído sus tierras, é muerto la mayor parte de la gente de la isla de Tidore, é cada día les trataban muy mal...»

España y en acabar con el dominio portugués, que les resultaba carga y pesadumbre intolerable. En Banda se detuvieron hasta Junio, que salieron para Java, desde donde, y á los pocos días, prosiguieron su viaje á Malaca. Urdaneta, como si en él alentara el alma de un anglo-sajón de nuestros días, anotaba cuidadosamente las distancias y alturas, las producciones de las tierras que iba viendo y el comercio que sostenían, así con las islas vecinas, como con China y Europa. No puntualizamos estos datos, ora porque hoy ofrecen escaso interés, ora porque constan en su *Relación*, hace muchos años publicada por Navarrete (1). Zarparon del puerto de Malaca en 15 de Noviembre á bordo de un junco, propiedad de Alvaro Preto; pasaron por Ceilán y llegaron á Cochín á mediados de Diciembre. Aquí les esperaba Hernando de la Torre con sus compañeros, los cuales habían sido bien tratados por el gobernador portugués de la India. Este les dijo que se aparejasen para partir, pero no todos juntos, cosa que ellos agradecieron mucho, porque temían ser víctimas de lo que ellos juzgaban incurable manía de los lusitanos, de que en España no se supiera jamás lo ocurrido en las Molucas, ni lo que estas valían. Nosotros opinamos que los portugueses, muy lejos de abrigar tan aviesas intenciones, temían de lumbre á los nuestros, que, todos juntos, eran capaces de alzarse con la nao, arrojando á los abismos á todos los portugueses de ella. Este recelo mutuo obligaba á los dos bandos á tomar las medidas oportunas para evitarse sorpresas desagradables. Por lo que hace á los españoles, he aquí cómo se expresa Urdaneta: "é por cuanto podía ser que el dicho Hernando de La Torre fallesciere en el camino, ó le acaesciere otro desastre alguno, por lo cual no pasase á estas partes, paresciónos bien que el dicho Hernando de La Torre hiciese alguna relación á V. M. é inviase conmigo. E así el dicho Hernando de La Torre hizo una relación en breve para V. M., remitiendo lo demás á mí, para que yo hiciera relación á V. M. *E asimismo escribió una carta á V. M., donde hacía relación de los muchos y leales servicios que yo había hecho á V. S. M. en aquellas partes*". Estas palabras del valiente guipuzcano podrán no pecar de exceso de modestia; pero indican bien á las claras el alto concepto que de él había formado su jefe. Urdaneta, en efecto, por

(1) Tomo V, pags. 431-2.

sus numerosos y gloriosísimos hechos de armas; por sus consejos, inspirados por la más exquisita prudencia, y por sus fecundas iniciativas, á cuyo amparo vivió la hueste española en su última etapa, llegó á ser de hecho su verdadero jefe, en vida de quien todos respetaban como tal y sin que jamás pretendiera ejercer superioridad sobre nadie, antes matando en germen toda intentona de suplantación de jefatura. Tales méritos en un joven que, por nuestra cuenta, no alcanzaba aún la edad de veintiocho años, eran, en verdad, extraordinarios, y no es extraño que Hernando de La Torre, que los conocía cual nadie, le diese, como dice Aganduru-Moriz, "una carta de creencia" para el Emperador, remitiéndole á él (á Urdaneta) en todo y rogándole que le favoreciese por sus incomparables servicios en las Molucas.

Nuestro héroe, acompañado de su amigo Macías del Poyo, se hizo á la vela en la nao "San Roque", á doce de Enero de 1536. Dicha nao, cuyo capitán era Martín de Fretes, se adelantó, como más velera, á las otras cuatro en cuya conserva había salido, y dobló el Cabo á los treinta de Marzo, llegando sin novedad á la isla de Santa Elena. Aquí se detuvieron ocho días y cogieron pescado en abundancia, así como también granadas, naranjas y calabazas verdes, con que refrescaron muy á su placer (1). A veintiseis de Junio del mismo llegaron felizmente á Lisboa, habiendo invertido en dar la vuelta al mundo once años menos veintiocho días (2). No acabaron ahí los trabajos de los expedicionarios: Urdaneta fué sometido á minucioso registro, y le despojaron de cuantos papeles de todo género traía, con profundo sentimiento suyo (3).

(1) En aquella época abundaban en la isla cabras y puercos monteses, y sólo vivía en ella un ermitaño portugués.

(2) Durante el viaje desde las Molucas á Europa se mantuvieron á su costa, «excepto, escribe Urdaneta, sendos fardos de arroz y un poco de pescado é sendos serafis» (moneda de oro que valía trescientos maravedises), que les dieron en Cochín. El flete de sus bastimentos les costó cincuenta ducados á cada uno.

(3) «Al tiempo de desembarcar en la dicha ciudad de Lisboa miróme la guarda mayor muy bien, primero mi persona, y después la caja, donde hallaron en un portacartas la relación y la carta que Hernando de la Torre inviaba á V. M., los cuales me tomó la dicha guarda de las naos que vienen de la India, aunque yo me agravié mucho. E asimismo me tomaron el libro de la contaduría de la nao en que fuimos á Maluco, con otro libro grande mío, é ciertas cartas de hombres castellanos de nuestra compañía, que quedaban en la India de Portugal; é asimismo traíamos asentadas las islas de Maluco é Banda, é otras islas en papel blanco, é después cerradas, como cartas mensajeras por traerlos más disimulados, los cuales también tomaron. Asimismo tomaron de la dicha

Quiso protestar ante el Rey que se hallaba en Evora; mas nuestro Embajador, D. Diego de Sarmiento, le disuadió de ello, recomendándole encarecidamente que se pusiera en salvo con la rapidez posible, y Urdaneta no esperó á más y huyó precipitadamente á España (1).

Son notables las muestras de debilidad de la diplomacia española en una época en que tan respetable y respetada era nuestra bandera. ¿Qué hacía nuestro Embajador en Portugal, si no podía

---

caja la derrota que hicimos de aqui á Maluco, é por el consiguiente la derrota que hizo la carabela que fué de la Nueva España á Maluco. con otras memorias y escrituras; lo cual todo tomó la dicha guarda mayor sin auto de escribano, ni nada, sino así de hecho.»

(1) Su compañero Macías del Poyo corrió todavía mayores peligros. En cuanto supo el Rey de Portugal el arribo de estos españoles, envió por ellos, y no hallando á Urdaneta, condujeron á Macías á Evora; pero le dieron tiempo para verse con nuestro Embajador, el cual, no solamente le aconsejó que huyera cuan rápidamente pudiese, sino que le proporcionó un caballo con cuya ayuda se puso en salvo.

Dos palabras no más acerca de los acaecimientos de las naves restantes de la expedición.

Santi-Spiritus, de la que era capitán Sebastián de Elcano, y donde iba también Urdaneta, se perdió, como sabemos, en el Cabo de las Vírgenes, en la madrugada del 15 de Enero de 1526, con pérdida de nueve hombres.

San Gabriel.—Pocos días después Loaisa la mandó en busca del patache «Santiago», y no volvió á unirse á la Armada; y tras muchas vicisitudes, que no hacen al caso, volvió á Bayona de Galicia el día 28 de Mayo de 1527.

La Anunciada.—No pudiendo pasar el Estrecho. hizo rumbo hacia el Cabo de Buena Esperanza, en dirección á las Molucas, y no volvió á tenerse más noticia de ella.

Galeón Santiago.—Pasó el Estrecho el 26 de Mayo d 1526 con la Armada; pero se separó de ella el 1.° de Junio á consecuencia de una tormenta. Por ser muy escasas sus provisiones, se enderezó hacia la Nueva España; y gracias á los heróicos esfuerzos del clérigo guipuzcoano don Juan de Areizaga, pudo llegar el Galeón á las costas de Méjico; Hernán Cortés apresuró la salida de la expedición de Saavedra por las noticias que le dieron los del Galeón.

Santa María del Parral.—Fué la única nao que llegó al Extremo Oriente, además de la capitana. Según queda dicho más arriba, sus tripulantes Romay y Sánchez. conjurados con otros siete ú ocho, asesinaron á su capitán D. Jorge Manrique de Nájera, á su hermano D. Diego y á un Benavides, y después dieron con la carabela al través en las costas de la isla de Sanguín, cuyos habitantes apresaron á varios de los tripulantes y mataron á otros. Dos de aquellos, los citados Romay y Sánchez, fueron rescatados por Saavedra y ajusticiados en Tidore.

San Lesmes.—También esta nao se separó de la Armada el día 1.° de Junio. Acerca de su paradero final conjetura Navarrete (T. V, p. 183) que hubo de perderse en la isla de Tepojué, en el Pacífico. Opina así, porque en 1772 hallaron en dicha isla los tripulantes de la fragata «Magdalena», del mando de D. Domingo Boenechea, una cruz, que manifestaba mucha antigüedad, y no hay noticia de que hubiese llegado allí ningún cristiano antes de esa fecha, razón por la cual es de creer que los náufragos de la «San Lasmes» hubieron de colocar aquel signo de nuestra redención.

proteger á los súbditos del Rey de España, y no súbditos cualesquiera, sino amparados bajo el seguro del virrey portugués de la India? Por lo visto el objeto y fin de los diplomáticos de aquella época se cifraban en espiar al Monarca cerca del cual estaban acreditados, para tener al corriente á su Amo de las intenciones y proyectos del vecino.

Urdaneta pasó á Valladolid: tenía vivas ansias de comunicar al Emperador y al Consejo de Indias todo lo sucedido; pero Carlos V se hallaba en Italia, y hubo de contentarse con hacer minuciosa relación de los sucesos que quedan narrados á dicho Consejo, y "holgaron mucho, dice Oviedo, saber de Urdaneta muy particularmente estas cosas; porque demás de convenir al servicio de Su Majestad que su Real Consejo fuese de la verdad, plenamente certificado, *este Urdaneta era sabio y lo sabía muy bien dar á entender, paso por paso, como lo vido*, y aquellos Señores le mandaron socorrer con sesenta ducados de oro, en tanto que el Emperador, nuestro Señor, venía á sus reinos de Castilla„ (1).

Pero Urdaneta, que siempre demostró grande afición á confiar al papel todas sus impresiones, no se contentó con informar verbalmente y con mayor ó menor amplitud al Consejo de Indias, y con fecha 4 de Septiembre del mismo año de su llegada presentó una *Relación sumaria* del viaje, autorizada también con la firma de su compañero Macías del Poyo; y en un interrogatorio á que entrambos fueron sometidos, dió extensas declaraciones juradas, que eran á manera de compendio de todo lo ocurrido en la expedición. No contento aún, en 26 de Febrero de 1537 presentó al Emperador una *Relación de los sucesos de la Armada de Loaisa*, muy amplia y detallada (v. Navarrete, tomo V, págs. 401-430), que si bien contiene algunas fechas equivocadas, (cosa nada extraña, pues despojado de todos sus documentos, hubo de fiarse de su memoria) es así y todo, la más interesante de cuantas conocemos acerca de la misma expedición, exceptuando otra del mismo todavía inédita (2).

(1) *Historia general y natural de Indias*, l. 20, c. 35.

(2) Carlos V llegó á Valladolid de su excursión al Africa y á Italia el día 20 de Febrero de 1537, y la *Relación* está fechada en la misma ciudad el 26 del propio mes y año. Iba, pues, enderezada al Monarca en persona, no al Consejo. Ignoramos si Urdaneta pudo alcanzar el honor de hablar con él y de exponerle sus planes. V. D. Manuel Foronda, *Viajes y estancias del Emperador Carlos V*. pág. 23. col. I.



CAPÍTULO IX

Proyectos de Alvarado.—Váse con él Urdaneta á la Isla Española.—Expedición de Grijalva.—Sale en dirección al Perú.—Parte hacia las Islas del Poniente.—Muere Grijalva.—Encalla la nao.—Los tres últimos supervivientes de ella.

Bien conocido es en la Historia el nombre del Adelantado de Guatemala, D. Pedro de Alvarado. Discípulo aprovechado del gran conquistador de Méjico y su más valioso cooperador, ni los honores ni los años amenguaron en un ápice sus alientos de heróico aventurero y de conquistador perpetuo. Dijérase que trataba de eclipsar las legendarias hazañas de su antiguo jefe, y que no hallando ya en América teatro adecuado, buscaba regiones inexploradas aún sin cuya conquista y glorias consiguientes no quería bajar al sepulcro. Tales ó parecidos propósitos alentaba por esta época el insigne Adelantado, cuando topó en Valladolid con Urdaneta, que habiendo también empleado buena parte de su vida en el *oficio de conquistador,* hallábase por entonces ocioso y baldío, esperando oportunidad y ocasiones en que emplear sus extraordinarias facultades de hábil cosmógrafo y valentísimo y experimentado capitán.

No es de extrañar, con tales antecedentes, que Alvarado y Urdaneta se entendieran á maravilla; y como aquel proyectase, en unión del virrey de Méjico D. Antonio de Mendoza, dos expediciones, una á lo largo de las costas de la Nueva España, y otra hacia el Poniente, por el Pacífico, al ilustre hijo de Villafranca se le

ofrecía ancho campo donde poder saciar más que su sed de aventuras, su deseo de ser útil á la Patria, deseo que no excluía ni el de una gloria legítima, ni el de las convenientes utilidades positivas. Unióse, pues á Alvarado, y en su compañía y en la de Martín de Islares, hidalgo encartado, que hizo con él la expedición á las Molucas, le encontramos en 1538 en la ciudad de Santo Domingo de la Isla Española. Fernández de Oviedo se aprovechó de esta ocasión para proporcionarse los numerosos é interesantes datos que consigna en su conocida obra (1).

Es fuerza retroceder breve espacio de tiempo y dar cuenta siquiera compendiosa de una expedición hasta ahora casi desconocida (2). Hablamos de la que dirigió el capitán Hernando de Grijalva á las islas del Poniente. Corría el año de 1535, y Francisco Pizarro hallábase en la Ciudad de los Reyes (Lima) sitiado por los naturales y en situación muy apurada, sin que le valiese ni su temerario arrojo y experiencia de la guerra, ni el empuje heróico de los españoles que le acompañaban. En tal aprieto, acudió á los jefes españoles más cercanos en demanda de auxilio, y hasta á su egregio paisano Hernán Cortés que se hallaba en Méjico, es decir, á muchos centenares de leguas de Lima. Con su diligencia y actividad características, organizó Cortés en Acapulco los elementos que Pizarro había menester, y se los envió en dos embarcaciones que fueron el navío "Santiago" de 120 toneladas, y el patache "Trinidad" de 90. Iba de capitán y jefe de la expedición Hernando de Grijalva, de edad de cuarenta años, mayordomo de Hernán Cortés, y del patache, Fernando Alvarado, que solo tenía veínti-

(1) *Historia general y natural de las Indias,* lib. XX. Imprimióse este libro en Salamanca, 1552, y es la primera vez que figura en letras de molde el nombre de Urdaneta; pero las noticias de Oviedo respecto de nuestro biografiado solo alcanzan al año de 1538.

(2) Habló de ella, y con la brevedad que las circunstancias le imponían, D. Francisco Coello en su obra *La conferencia de Berlín y la Cuestión de las Carolinas.* Madrid, 1885. Herrera (Década V, lib. VII, c. X) y Argensola *(Conquista de las Islas Molucas,* pág. 64) no contienen más que ligeras indicaciones que no se distinguen por su exactitud. Análogo defecto observamos en lo que dice García de Escalante Alvarado en su Relación del viaje de Villalobos. También Urdaneta hace una ligerísima indicación de esta jornada en carta al Rey, fecha 28 de Mayo de 1560. Nosotros nos servimos de un ms. que obra en el tomo 15 de la col. inéd. de Navarrete, doc. núm. 1.

seis. (1). Salieron de Acapulco en *la primera octava de Pascua* de 1536 (2). Tardaron cuarenta días en llegar á una ciudad del Perú, llamada Manta, en la línea misma del Ecuador (3), y á poco se detuvieron en Paita, desde donde notificaron á Pizarro su presencia. Este, que libre ya y vencedor de sus enemigos, se hallaba en Jauja, tardó tres meses en contestarles. Enviábales para Cortés *un hombre de oro y una mujer de plata*, dice el documento que extractamos. Sin cargamento ninguno, en lastre, que era de *chumbo* ó plomo, se hicieron á la vela, no se dice en qué fecha. Hallábanse á doscientas leguas de la costa, cuando Grijalva notificó á su gente que quería ir á descubrir nuevas tierras por el Pacífico. Opusiéronse todos, porque no iban convenientemente preparados ni de jarcias y cables, ni de bastimentos para una larga navegación, que para los que conocían la historia de lo acaecido hasta entonces, ofrecía imponderables peligros. Pero Grijalva, con una ligereza imperdonable, insistió en mala hora, y le obedecieron todos. (4).

Caminaron buen trecho sin separarse apenas del Ecuador; pero á medida que fueron avanzando, ora bajaron al 13° austral, ora subieron al 24° boreal, sin haber visto tierra ninguna; y como les escasease el agua, volvieron de nuevo al Ecuador, donde la tomaron de lluvia, en cantidad pequeña, como se deja comprender. La situación de los expedicionarios no era nada halagüeña, y para que lo fuera menos, rompióseles un mastelero, que lo hubieron de componer con dos entenas. Entre tanto llevaban navegando al azar cinco ó seis meses sin haber visto una miserable isla donde pudieran tomar refrescos; y escaseándoles de nuevo el agua y nada sobrados

(1) Se ha confundido á este Alvarado (Fernando de) con Alvaro de Saavedra, que murió en 1529 y con Pedro de Alvarado, que aún vivía, pero que, sobre llevar distinto nombre, y tener mucha más edad, era de los que, por sus hazañosos hechos, se destacaban lo bastante para no confundirse con el montón de medianías, que también abundaban en el siglo XVI. Asimismo toman algunos á este Grijalva (Hernando de) por otro del mismo apellido que Saavedra dejó, á sus ruegos, en la isla de Sarragán, por hallarse muy enfermo, el año de 1528, y en el de 1535 se hallaba en la India; mal pudo, según esto, salir el mismo año de Méjico en la expedición que vamos reseñando.

(2) Refiérese á la Pascua de Resurrección.

(3) Sabido es que en aquella época la línea del Ecuador caía en la demarcación, no bien definida hasta entonces, del Perú.

(4) Como en el resto de la expedición no se menciona para nada el patache, y como, además, en un proceso inédito sobre ella se dice que dicha embarcación volvió á Méjico, parece indudable que así se efectuó. Por eso prescindimos de él.

de bastimentos, tomaron rumbo hacia la Nueva España, dirigiéndose ora al Norte, bien al NO.; mas á la altura de 27º Norte, la fuerza de los temporales y la intensidad del frío les obligó á bajar hasta 4º latitud Norte. Tan prolongada lucha con los elementos sin haber logrado ver tierra en que proveerse de víveres tenía á la tripulación en lamentable estado; solo se repartía á razón de seis onzas diarias de pan por individuo y casi nada de agua; entonces reunió el capitán su consejo, el cual opinó que debían tomar rumbo opuesto, ó sea hacia las Molucas, contra el parecer de Grijalva, que insistió, acaso con mejor acuerdo, en que debían proseguir la ruta hacia la Nueva España. Lo cierto es que, habiendo muerto el piloto *y otros muchos*, dice el documento que extractamos, prevaleció la opinión de los más y se enderezaron hacia las islas de la Especería, siguiendo la Equinoccial y sin separarse apenas de ella. Así anduvieron, según el propio documento, por espacio de tres ó cuatro meses sin ver tierra jamás. (1) Al mes de caminar hacia las Molucas, contra el parecer de Grijalva, murió éste. (2) Entonces eligieron para los dos cargos vacantes, de piloto y capitán, al maestre Esteban de Castilla, genovés. A los diez meses menos seis días de navegación llegaron á las islas Pápuas, que no pudieron tomarlas por falta de viento, y volviendo al Norte, surgieron en la isla de *Quaroax*. Aquí hicieron aguada y se detuvieron sólo dos días, pues habiendo perdido un ancla, tuvieron que hacerse á la vela. A cincuenta ó sesenta leguas de allí vieron la isla de *Meumcum*; anduvieron siete ú ocho días á la ventura por varias islas *con pérdida de ta mayor parte de la gente*, y hallándose los demás en tan lamentable estado que *andaban á cuatro piés* (3), resolvieron dar con la nao en la costa, no sin antes arrojar al mar algunos pasamuros de hierro y alguna artillería. Arribaron, pues, á tierra, varando en una bahía que se llamaba Savaym, entre dos isleos, en la desembocadura de un río. Desembarcaron veinte hombres blancos y diez esclavos, que por estar muy enfermos murieron luego; y en-

(1 Debe de haber en todo esto notable exageración, por que en menos tiempo y aun con vientos no siempre favorables atravesaron el Pacífico, antes y después de Grijalva, innumerables embarcaciones.

(2) Según García de Escalante Alvarado, fué muerto por los suyos. Col. de Doc. inéd. del Arch. de Ind., 1.ª serie, tom. V. p. 154.

(3) Estos extremos no están ni poco ni mucho justificados.

callada la nao, sacaron de ella lo mejor, especialmente tres ó cuatro mil cruzados. ¡Cuál sería el estado de los blancos supervivientes que sólo doce de ellos se sintieron con ánimo de embarcarse en el batel en demanda de las Molucas! Pero no terminó aquí su calvario: después de aparejar el batel, operación que les costó dos ó tres días, durante los cuales no vieron alma viviente, y cuando ya llevaban andadas quince ó veinte leguas, dieron vista á una población llamada Az ó Azque, donde les salió al encuentro un parao con bastimentos. Mas no habiéndose entendido por falta de lengua ó intérprete, y creyendo sin duda los nuestros que la embarcación indígena venía en actitud hostil, la emprendieron contra ella, queriendo apoderarse de lo que llevaban á la fuerza; huyeron entonces los naturales á tierra y llamaron más gente, la cual dió pronto buena cuenta del batel y de los que le defendían, exceptuando tres de ellos, que fueron reducidos á esclavitud. (1) Y aún debían los supervivientes dar fervorosas gracias á Dios, porque fueron muy bien tratados por los indios.

Tenemos, pues, en esta expedición, brevemente reseñada, una tentativa más, frustrada como tantas otras, en sus esfuerzos para volver desde el Extremo Oriente á la Nueva España. Eso sí, cuanto á los pormenores de ella, es de temer que tengan mucho de novelescos. La breve indicación de Escalante al afirmar que Grijalva fué asesinado por los suyos, juntamente con multitud de incidentes de explicación difícil, dan motivo para sospechar que el autor de la narración, Miguel Noble, la adobó á su placer, tal vez con objeto de quedarse en buen lugar y evitarse las molestias que pudiera ocasionarle la divulgación de lo que realmente hubiese ocurrido.

(1) Eran estos Miguel Noble, autor de la relación, un mancebo, apellidado Camacho, hijo de Alonso de Camacho, de Palos, y un Juan Prieto, mulato, al cual por endiablado y bellaco le mataron los indios.



CAPÍTULO X

Expedición de Villalobos.—Jefatura de la misma.—Misioneros.—Parte la Armada (1.º de Noviembre de 1542).—Llega á Mindanao.—Baja á Sarangani.—Falta de víveres.—Viaje fracasado de la nao San Juan á la Nueva España.—Inútiles esfuerzos de Villalobos para subir á Leyte.—Vese obligado á ir á Tidore donde es bien recibido.—Nuevo intento de vuelta á Méjico.—Profundo desaliento de Villalobos.—Su resolución de volver por la vía de Oriente á Europa.—Su muerte. Llegada de los expedicionarios á Lisboa.—Consideraciones.

Escasamente había transcurrido el tiempo necesario para que se conociera el desgraciado éxito de la expedición de Grijalva, cuando ya se preparaba otra. D. Pedro de Alvarado y el Virrey de la Nueva España se disponían de nuevo á probar fortuna, según hemos indicado más arriba. Aquel quería ir al frente de la expedición; pero el Virrey, temiendo, por ventura, que un hombre del temple y alientos de Alvarado, saltaría por todo, alzándose con las conquistas que realizase, insistió en que no, y procuró reforzar su dictamen con el del venerable Juan de Zumarraga, á la sazón Obispo de Méjico. De ahí el nombramiento de Villalobos para jefe de la Armada y expedición proyectadas (1).

(1) Háse dicho y sigue repitiéndose que, muerto el Adelantado, á quien se le supone jefe y director nato de esta expedición, el Virrey, D. Antonio de Mendoza, ofreci el puesto vacante á Urdaneta, y porque éste lo rechazó, cargó con él Ruy López de Villalobos. Pero ya lo hemos dicho en el texto: Villalobos había sido nombrado

Como hubiese muerto Alvarado en una expedición contra los chichimecos, Mendoza tomó á su exclusivo cargo los preparativos de la Armada. Trescientos setenta hombres, entre soldados y marineros, componían el personal de ella (1); pero mientras disponía la fuerza necesaria para la conquista temporal de los países que descubrieran, no echó en olvido, antes tomó muy á pecho, como era de esperar de varón tan cristiano, el proveer á la Armada de ministros evangélicos, encargados de la conversión de los infieles; y cupo á la Orden Agustiniana el por muchos solicitado honor de ser la elegida para empresa tan gloriosa como erizada de dificultades. Pero no se arredraban por ellas los apostólicos varones en que abundaba nuestra Provincia religiosa de Méjico en aquella fecha, antes á porfía solicitaban los más caracterizados el exponer su vida en tan peligrosa demanda. Y tal importancia se le daba por todos, que para su más feliz éxito fueron elegidos los PP. Jerónimo de Santisteban, que acababa de dejar el provincialato y era á la sazón Prior del Convento de Méjico; Nicolas de Perea, que lo era de Atotonilco; Alonso de Alvarado y Sebastián de Trasierra, todos cuatro varones muy doctos y de gran virtud, como más largamente se puede ver en los PP. Grijalva (2) y Gaspar de San Agustín (3). Así se lo insinuaba también el propio Virrey en su Instrucción á Villalobos, hablándole del celo con que

---

General de esta expedición mucho antes de haber muerto Alvarado, y mal pudo ofrecer Mendoza á Urdaneta un cargo que no estaba vacante.

¿Y por qué Urdaneta, que años después manifestó tan decidido empeño de que se organizase nueva expedición al Extremo Oriente, no tomó parte en ésta? Creemos que por haber entendido que las islas á donde se dirigía la expedición, si bien las creía dentro de la demarcación de España, daba también por cierto que estaban incluídas en *el empeño* de las Molucas, hecho por el Emperador al Rey de Portugal. Claro está que pudo tener otros móviles, y aun por eso, no hacemos más que apuntar nuestra conjetura. Por lo demás, una enfermedad, una divergencia con Villalobos, ó mil otras razones pudieron obligarle á no embarcarse con él; cualquiera, menos la aducida por Agandurú Moriz, al afirmar que ya por este tiempo había vestido el hábito religioso, pues sabemos que aún tardó diez años en consagrarse á Dios profesando la Regla de San Agustín

(1) Seis embarcaciones, de escaso porte todas ellas, componían la flota: la nao *Santiago*, que enarbolaba la insignia de capitana; *San Jorge, San Juan de Letrán, San Antonio, San Cristóbal* y *San Martín.*

(2) *Crónica de la orden de N. P. S. Agustín de las Provincias de Nueva España...* Lib. I cap. XXXI.

(3) *Conquistas de las Islas Filipinas....* Lib. I, cap. X, XI y XII; y Lib. II, cap. XXIX

había de procurar atraer á la fe á los pueblos que conquistase," pues llevais, le decía, tan savios y doctos religiosos y sacerdotes para este respeto„ (1).

Hechos, en fin, todos los preparativos que el caso requería, la Armada se hizo á la vela en el puerto de la Navidad el día 1.° de Noviembre de 1542. A los ocho días y á la altura de 18 grados vieron la primera isla, que llamaron de *Santo Tomé*, y después sucesivamente la *Nublada* y la *Rocapartida, el Placer* y los *Bajos de Villalobos*. El día de Navidad surgieron en una pequeña que nombraron de *San Esteban;* esta sobresalía de otras varias que formaban grupo, al que bautizaron con el nombre de *Archipiélago del Coral*, porque el ancla, al levantarla, les trajo una rama de coral fino. Detuviéronse aquí hasta 6 de Enero, tomando agua y leña; y prosiguiendo su ruta dieron con otro grupo de diez islas, que por su frescura y amenidad nombraron los *Jardines*.

Hasta aquí caminaron siempre en dirección Sudoeste y hallábanse á los 9 grados y algunos minutos de latitud N. Cien leguas más adelante sufrieron un temporal furioso que separó á la Galeota del resto de la Armada, lo que produjo sentimiento general en toda ella. El día 23 de Enero vieron una isla muy bella; no se detuvieron por falta de fondo en la costa; pero al paso de las naos se acercaron algunas embarcaciones de indios, los cuales, haciendo la señal de la cruz, saludaban á los españoles diciendo: "Buenos días, *Matalotes*„, nombre este con el cual fué bautizada la isla. Con el de *Arrecifes* nombraron otra mayor, por los muchos que la rodeaban, el día 26 de Enero, y el 2 de Febrero inmediato llegaron á la de *Mindanao*, después de haber invertido en la travesía del Pacífico noventa y seis días, y dieron fondo en una bahía que llamaron de *Málaga*. Aquí se detuvieron un mes, y hasta pensó Villalobos en establecerse de asiento y poblar; pero desistió de ello en vista de lo malsano del país.

Hasta aquí la expedición no ofreció accidentes especiales; pero fueron en adelante bien contados los momentos de satisfacción que experimentaron. Conforme á las órdenes que traía quiso Villalobos subir al Norte, á Filipinas, pues no quería tropezar con los portugueses de las Molucas; pero fué precisamente lo que no pudo

(1) Además de los religiosos arriba indicados, iban también cuatro Sacerdotes seglares.

nunca conseguir, con no distar de ellas arriba de dos ó tres grados. Intentólo, pero en vano, pues los vientos contrarios dieron con la Armada en Sarangani, pequeña isla poco distante del extremo Sur de Mindanao, cinco y medio grados de la Equinoccial, cuando, según todas las probabilidades, el éxito de la expedición dependía de haber subido lo que bajaron. Entre tanto empezaron á escasearles los víveres, é inútil es decir que hicieron esfuerzos tan grandes como inútiles para abastecerse de ellos, ora rogando á los naturales que se los suministraran, ora sembrando maíz ellos mismos, ora, en fin, procurando con la fuerza de las armas lo que á buenas se les negaba, tanto en Sarangani como en Mindanao. Ni siquiera la llegada de la galeota *San Cristóbal*, con noticias de lo bien recibida que había sido en Abuyo (hoy Leite) mejoró la situación de la Armada, porque no aportaba copia de víveres de que carecían en absoluto, hasta el extremo de considerar como sabroso y delicado alimento los perros, los ratones, culebras, lagartos y cuanto podían haber á las manos (1).

En vista de las noticias que había traído la *San Cristóbal*, dispuso Villalobos la vuelta á la Nueva España de la nao *San Juan;* y como no había medio de abastecerse de víveres en Sarangani, la despachó para Leite, al mando de Bernardo de la Torre, siendo pilotos Gaspar Rico y Alonso Herreros. Salió el día 4 de Agosto de 1543; llegó sin grandes dificultades á Leite; proveyóse aquí de víveres en abundancia, y de nuevo largó velas el 26 del propio mes con rumbo á Méjico. Subieron hasta los 26° latitud N. con facilidad relativa; vieron primero una isla y algo más adelante otras dos, que estaban Norte-Sur con las *Ladrones* ó Marianas. Aún vieron más adelante otras tres, una de las cuales tenía un volcán que arrojaba fuego por tres partes. El día 18 de Octubre calculaban los pilotos que llevaban andadas setecientas cincuenta leguas, y se hallaban á la altura de 30° escasos. No hay para qué entrar ahora en

(1) El P. Agandurú Moriz explica la enemiga de los indios (que por odio á los europeos se negaban en absoluto á proporcionarles víveres) por la fementida conducta de un Juan Pinto, Capitán portugués, que, años atrás, después de haber concertado paces, á la usanza del país, con los naturales de Mindanao, quiso hacer acopio de esclavos, metiendo debajo de la escotilla á los que incautamente iban á visitar su nave, para llevarlos á las Molucas. *(Hist. General de las...... Philipinas,* lib. IX, c. IV). Confírmase esta versión con lo que dice Argensola *(Conquista de las Islas Molucas*, lib. II, pág. 50).

disputa con dichos pilotos sobre las leguas recorridas; bastará advertir que son muy poco de fiar las longitudes por ellos señaladas, como se probó en mil ocasiones y en diferentes expediciones; y aunque sería injusto medir á todos con un mismo rasero, tampoco dieron éstos motivos para merecer una excepción á su favor.

En la altura y fecha indicada les dió tan recio temporal del Norte, que les hizo desistir de un viaje tan próspera y felizmente comenzado: el navío era pequeño; llevaba resentida la arboladura y no podía resistir el terrible empuje de las olas y de los vientos. Emprendieron, pues, la vuelta; y con tal ímpetu hubo de azotar el huracán la popa de la nao, que en trece días desanduvo las supuestas setecientas cincuenta leguas, para dar fondo en la misma isla de Leite, por la banda del Norte. Allí fueron bien recibidos por los naturales; se abastecieron de arroz, puercos y aves, á cambio de las porcelanas que habían cogido en Sarangani, y volvieron á esta isla cuando acababa de abandonarla Villalobos.

Este, después de espantosas privaciones, padecidas en la propia isla (privaciones que sólo muy escaso alivio tuvieron con los esfuerzos hechos por la Armada para proporcionarse víveres, aún con pérdida de preciosas vidas), quiso también subir á Leite; pero únicamente consiguió dispersar la Armada, con lo cual los trabajos que antes pesaban sobre ella, cayeron, agravados, sobre las embarcaciones aisladas, que se diseminaron acá y allá, siendo juguetes de las olas y de furiosos vendavales. Con todo, algunas llegaron á Leite, mientras el desventurado Villalobos, como si las cosas hubieran de caer fatalmente por el lado á que desde un principio se inclinan, dió consigo y con una parte de los expedicionarios en Tidore (1). Aquí finalmente se le unieron todos los supervivientes de la expedición, después de imponderables penalidades cuyo relato no nos incumbe.

Aunque sometidos á los portugueses, los naturales de Tidore dieron patentes muestras de que no se había enfriado en ellos el amor á los españoles, los cuales seguían inspirándoles una confianza ilimitada; como que Villalobos, que ya había desembarcado en Gilolo, se trasladó á Tidore á ruegos del Rey de esta isla, el cual

(1) «Se trabajó lo posible para cobrar lo descaido y subir á mayor altura, y esto muchas veces, y no pudo ser, por tener los vientos y corrientes contrarias.» escribe el P. Santisteban. *Col. de Doc. inéd. del Arch. de Ind.*, tomo XIV, pág. 163.

se comprometió á alimentar á todos los castellanos.„ (1) Verdad es que la oferta no fué del todo desinteresada, porque envolvía en ella el deseo de que los nuestros le amparasen contra los portugueses, que, según aviso que había tenido de Ternate, querían enviarle á la India para que no acogiese á los españoles; pero Villalobos, que hasta en Gilolo mismo se encontraba sin medios para atender al sostenimiento de su gente, acogió como providencial socorro el que le ofrecía el Monarca indio de Tidore.

Pero la permanencia en esta isla, si resolvía por de pronto el problema del abastecimiento de la Armada, dejaba intactos otros varios extremos, y agregaba un conflicto de importancia suma. Villalobos no emprendió su viaje por el gusto de visitar las Molucas, antes se le había prohibido severa y repetidamente que tocase en ellas. Por su parte, los portugueses, que las dominaban, se creyeron en el caso de prepararse para sostener una lucha armada, cuyas consecuencias era difícil prever, porque los nuestros, aunque maltrechos y desconcertados, formaban un núcleo respetable, muy superior desde luego al de la expedición de Loaisa, que tanto les dió que hacer. Sin embargo, respecto á este punto, bien pronto se tranquilizaron, por que el padre Santisteban habló con el jefe portugués Jordán de Freytas y convino con él en que, pues los nuestros arribaron al Maluco obligados por fuerza mayor y no trataban de disputar á los portugueses sus posesiones, vivirían en paz, mientras no dispusiera otra cosa el Virrey de la India.

Quedaba aún en pie el magno problema de la vuelta á la Nueva España por el Pacífico, y de nuevo se aderezó la nao *San Juan* (2), y partió para Méjico á 16 de Mayo de 1545, siendo su capitán Iñigo Ortiz de Retes. (3) Y habiendo visto que por la banda del Norte, por donde todos hasta entonces habían intentado hacer el viaje,

---

(1) Ibid., pág. 161.

(2) Todas las demás se habían inutilizado ó perdido, excepto la capitana, que también estaba para poco.

(3) De él dice el P. Santisteban: «Iba en él de capitán, Iñigo Ortiz de Retes, Alférez Mayor y Maestre de Campo, un honrado Hidalgo, leal de corazón y obras; hombre animoso y gran trabajador.» *Col. de Doc. Inéd. del Arch. de Ind.* Tomo XIV, pág. 161. Y García de Escalante Alvarado (Tomo V, pág. 128 de la misma *Col.*): Por muerte de Francisco Merino hizo el General Maese de Campo á Iñigo Ortiz de Retes, el cual ha trabajado en esta Armada mucho, así en su cargo como en las cosas de la guerra y en todo lo demás que se ha ofrecido al servicio de vuestra señoría.»

nada se lograba, probaron de obtener mejores resultados por la del Sur. Tomaron primero las islas de *Talao,* donde se detuvieron ocho días con calmas y vientos contrarios. El día 11 de Junio hallábanse un grado y medio al Norte de la Equinoccial, el 15 un grado al Sur, y dieron vista á dos islas, nombrándolas la *Sevillana* y la *Gallega.* Aquel mismo día por la tarde vieron otra tierra, que les pareció dividida en dos islas, y la llamaron de los *Mártires.* Hasta allí habían navegado á impulsos del vendabal, al que sustituyó un suave Noroeste. El día 16 llegaron á un archipiélago, y de la mayor de las islas salieron veintitrés paraoles ó pequeñas embarcaciones indígenas, cargadas de gente, que les indicaba por señas que surgieran en un puerto cercano; mas viendo que el navío seguía su camino, empezaron á disparar flechas, hasta que les soltaron una rociada con los arcabuces y huyeron á la desbandada. El propio día 16 vieron una isla muy grande, de tierra muy alta y hermosa vegetación. Costeáronla obra de doscientas cincuenta leguas, pero no lograron ver su fin. Le pusieron por nombre *Nueva Guinea.* El día 20 surgieron en ella, á la boca de un río, que llamaron de *San Agustín.* Hicieron aguada sin contradicción de nadie, y tomaron posesión de la tierra en nombre de S. M. Cuanto de ella vieron les pareció hermoso á maravilla. La víspera de San Juan llegaron á la isla de *Mo*, cuyos naturales les salieron de paz y les vendieron gran cantidad de cocos. Trece días permanecieron aquí, por no permitirles las corrientes hacerse al mar. La gente era negra, más atezada que la de las islas pasadas é igual que la de la Guinea Africana.

El día 8 de Julio pasaron por las islas que los naturales llamaban *Cerin*, y el 10, cuando ya llevaban andadas cuarenta leguas, cargóles tanto el viento contrario que les hizo regresar á ellas. Partieron de nuevo, y hallaron el día 15 otras tres islas, de una de las cuales salieron hasta cincuenta paraoles que les arrojaron flechas. Repitióse la escena de allí adelante casi todos los días; y tan *bestiales eran* los indios, dice García de Escalante, que á pesar del daño que recibían de los nuestros, que á boca de jarro disparaban sobre ellos, no se retiraban hasta verse sin municiones ó varas tostadas con que atacaban. La excesiva confianza de los españoles fué sin duda causa de que mataran á un marinero. El día 10 hallábanse en 3 grados Sur, y el 21 en 2 y medio. Fueron viendo sucesivamente grupos de islas que iban denominando *La Mag-*

dalena, La Caimana y *La Barbada*; el día 5 de Agosto llegaron á las que aún hoy se llaman del *Volcán*, y el 10 á las de *Dampier*. Finalmente, el punto más oriental á que llegaron fué el paralelo 150 de longitud Este del meridiano de Madrid, que es donde se hallan enclavadas las islas que llamaron de *Hombres Blancos*, hoy *Los Anacoretas*. No avanzaron, pues, más allá de 360 leguas desde las Molucas, y no es preciso añadir que aún les faltaba enormísima distancia que salvar hasta Méjico, cuando el día 27 de Agosto, los pilotos manifestaron al capitán que no era ya tiempo de proseguir el viaje, y que debían retroceder. Sintiólo mucho Ortiz de Retes, é insistió en que aún debían trabajar para salir triunfantes en la demanda, y que, en todo caso, no procedía volver al punto de partida, y sí escoger una buena isla donde poder invernar, á fin de proseguir el viaje, cuando llegase la oportunidad. Todo fué inútil: los pilotos le contestaron que ellos no podían dirigir la nao por donde el capitán quería; que si otros lo hacían, ellos, como particulares, estaban dispuestos á obedecer. Viendo ser esa la decidida voluntad de toda la tripulación, Ortiz de Retes mandó que enderezasen la nao á la isla de *Mo*; allí verían si mejoraban los tiempos. Ocurría esto, como queda dicho, el día 27 de Agosto, y el 3 de Octubre arribaron á Tidore.

Era la sexta vez que el iracundo Océano *Pacífico* oponía incontrastable resistencia á los esfuerzos de los españoles, que otras tantas veces intentaron atravesarlo en la misma dirección.

Desde ese día, si antes no (1), se manifestó Villalobos profun-

(1) Decimos esto, porque había ya vendido á los portugueses el único navío que le quedaba, al precio de *seiscientas mil cajas*, ó sea, próximamente, 200 ducados. Se ha creído que estas *cajas*, de que nos hablan las relaciones contemporáneas, eran de clavo de especia. Así lo dice el anotador de la Relación de García Escalante Alvarado. (*Col. de Ind.*, tomo V): *Estas cajas parece, por lo que se dice á continuación, que serían de clavo de especia.* No hay nada de eso. Sobre que el clavo no se medía por cajas, sino por *bahases*, término malayo, ó quintales (V. Navarrete, tomo V, pág. 435), ¿para qué quería Villalobos nada menos que *seiscientas mil cajas de clavo*, cuando no tenía manera de utilizarlas? Además ¿qué linaje de cajas eran esas y de qué tamaño para que un barco de 200 toneladas y ya casi inservible, valiera tan enorme suma de ellas? Habían de ser bien pequeñas, y con su precio había para construir una escuadra formidable. Pues el bueno de Herrera, no hallando manera de concertar esos extremos rebaja el número de ellas y hace un arreglo, diciendo: «Y porque la nao que había quedado en Gilolo, no se podía enderezar, la vendieron á los portugueses *en seiscientas caxas de clavo* (Década VII. Lib. V, cap. VIII). Para solventar esta dificultad es inútil acudir á recursos de imaginación: con leer basta, y el mismo García de Escalante Alvarado nos la explica hacia el final de su Relación, diciendo: «Hernando de

damente desalentado, porque vió que fracasaba del todo en todo en su gran empresa de nuevas conquistas y en la especialísima y perentoria de poner á España en comunicación con el Extremo Oriente, á fin de que pudiera avanzar en sus planes civilizadores por el Pacífico. Por eso rechazó, por ventura con escaso criterio, todo otro proyecto que no fuera entenderse con los portugueses para volver á España por la India. Había entre sus subordinados hombres de temple y caballeros sin tacha, como Bernardo de la Torre, Jorge Nieto, García de Escalante Alvarado y otros muchos muy capaces de dar un consejo, y de sacrificarse, llegado el caso, por la causa española; los cuales, en unión de otros varios, requirieron al General para que, en vez de someterse al portugués, le pidiese un barco en que volver todos á la Nueva España, y que prometieran además no molestar en nada á los Reyes de Tidore y Gilolo por haber favorecido á los españoles, pues con ello, sin quebrantar ninguna ley, habían servido al Emperador y á sus súbditos. Y al saber que el jefe portugués no se mostraba propicio á facilitarles embarcación, pidieron los nuestros al General que se aceptasen las ofertas del Rey de Tidore, que se comprometía á construír una nao con el propio objeto, pues había tiempo para todo, y nadie les obligaba á obrar precipitadamente. En todo caso, aún cabía utilizar la nao *San Juan*, convenientemente aderezada; todo, en fin. menos entregarse, atados de pies y manos, á los portugueses, de quienes se temía que cometiesen con los nuestros algún desaguisado. Villalobos no quiso amoldarse á nada de lo que se le proponía, y asumiendo sobre sí todas las responsabilidades del caso, convino con el Jefe portugués en que los españoles todos se trasladarían á Europa en barcos lusitanos, por la ruta de la India. Villalobos murió en Amboina, asistido por los PP. Agustinos y teniendo también la dicha de ser confortado en los últimos momentos por San Francisco Javier, que había llegado allí muy poco

---

Souza (jefe portugués de las Molucas) hizo dar á los castellanos cinco mil cajas, en ropa, á cada uno, para ayuda de se vestir, *que serán casi dos ducados,* los cuales recibieron algunos, y otros no los quisieron recibir.» *(Col. de Ind. 1.ª serie,* tomo V, pág, 107). Donde se ve que la caja era una moneda, real ó imaginaria; y si cinco mil cajas valían *casi dos ducados,* seiscientas mil valdrían al rededor de doscientos, que es un precio razonable para una carabela de las condiciones de la que vendieron los españoles por la suma indicada.

antes (1). Hubo quien recriminó al jefe español de malversador de fondos; pero fué calumniosa y muy sensible acusación, que contribuyó, junto con los desastres materiales experimentados, á abreviar sus días. Villalobos pudo cometer errores; mas su rectitud moral está por cima de toda imputación calumniosa.

Ignoramos si todos los expedicionarios supervivivientes llegaron á la vez á Lisboa. De los PP. Agustinos asegura el P. Gaspar de S. Agustín que arribaron en 1549; pero Escalante, que en 1.° de Agosto de 1548 firma su Relación en la misma ciudad, trae la lista de los 144 *castellanos que son vivos* de la Armada de Villalobos; hubieron pues de llegar todos un año antes de lo que dice el Padre Gaspar.

Así, tan ingloriosamente acabó aquella expedición que tan risueñas esperanzas hizo concebir; y en verdad que si los barcos eran ruines, y la gente de mar digna de los barcos, el elemento de guerra, en cambio, demostró sus altas prendas, ora soportando heroicamente espantosas privaciones, ora peleando con sereno é indomable valor cuando el caso lo requería. Si aquella Armada hubiera contado con un barco recio y de condiciones veleras, y con pilotos inteligentes que desde un principio la hubieran dirigido á Filipinas y no á Mindanao, tal vez Villalobos pasara á la historia con la aureola de Legazpi. Mas carecían del uno y de los otros (2), y el desastre con tales elementos era inevitable.

Hemos reseñado las cinco primeras expediciones de los españoles al Extremo Oriente (3), aunque no todas con igual extensión, pues solo en una de ellas tomó parte nuestro biografiado, y las del

---

(1) En Amboina trabaron santa amistad aquellos varones de acrisolada virtud. El ilustre Apóstol de las Indias escribía al P. Camerti, Rector del Colegio de la Compañía, de Goa, hablándole de los cuatro PP. Agustinos, y le decía: «Van ahí algunos PP. Agustinos españoles, y ellos os darán noticias mías. Yo os los recomiendo para que, en la forma posible, les ayudeis con la mayor benevolencia y amor; pues *son varones muy religiosos y santos de verdad.*»

(2) El P. Aganduru Moriz pondera y no acaba, hablando de la impericia de los pilotos de esta expedición. *Historia de Filipinas,* lib. IX, cap. II.

(3) Aunque las expediciones propiamente dichas fueron cinco (capitaneadas respectivamente por Magallanes, Loaysa, Saavedra, Grijalva y Villalobos), seis veces se intentó atravesar el Pacífico, según queda dicho poco antes, desde el Extremo Oriente á Nueva España, conviene á saber: Gonzalo Gómez de Espinosa, en 1522; Alvaro de Saavedra, por dos veces, en 1528 y 1529; Grijalva, en 1537; Bernardo de La Torre, en 1543; é Iñigo Ortiz de Retes, en 1545.

más en tanto nos interesaban, en cuanto los fracasoss en ellas experimentados agigantan la figura de Urdaneta, poniéndola de relieve á su verdadera luz; ya que, superior á todos los obstáculos, contra los cuales tantos esfuerzos se habían estrellado, supo vencerlos con su ciencia, y dar cima á la ingente empresa, señalando á los venideros la ruta segura por donde pudieran atravesar el temido Pacífico en todas direcciones.



CAPÍTULO XI

Urdaneta desde 1538 hasta 1552.—Porqué viste el hábito de San Agustín y profesa en la Orden de este gran Patriarca.—Urdaneta iniciador del pensamiento de nuevas conquistas en Extremo Oriente.—Carta del Virrey á Felipe II.—Qué se proponía el Rey.—Escribe á Urdaneta.—Contestación de Velasco y de Urdaneta al Rey.—Elogios del Virrey á Urdaneta.—Memoria minuciosa de éste al Monarca.—Tres hipótesis de Urdaneta acerca del derrotero de la Armada.—Dilátase nuevamente su salida.—Nuevas cartas de Velasco al Rey.—Elección de misioneros agustinos que habían de tomar parte en la expedición, germen de la Provincia religiosa de Filipinas.—Otórganseles amplísimas facultades.—Muere el Virrey.—Modifica la Audiencia el derrotero convenido.—Causa de la modificación.—Juicios de Juan Pablo Carrión acerca de Filipinas.—Carta de Legazpi al Rey.—Idem de Urdaneta, ya embarcado.—Felices augurios de éste.—Enormes responsabilidades que sobre él pesaban.

DECÍA Urdaneta al Rey en carta fechada en Méjico en 28 de Mayo de 1560: "Vuelto de la especería, hasta el año de 52, que Nuestro Señor Dios fué servido llamarme al estado de la Religión en que agora vivo, *me ocupé en servicio de V. M.*, y *lo más del tiempo en esta Nueua España, donde por D. Antonio de Mendoza, Visorrey de ella, me fueron encomendados cargos de calidad, así en las cosas de la guerra, que se ofrecieron, como en tiempo de paz*„ (1). Y es lo único que sa-

(1) *Col. de Doc. inéd... Segunda serie, publicada por la R. A. de la Historia.* Tomo número 2.—I *de las Islas Filipinas*, pág. 107.

Como en adelante habremos de citar con frecuencia esta colección, no indicaremos más que el tomo y la página del mismo.

bemos, digámoslo con llaneza, de ese largo período de catorce años (1538 1552) de la vida de nuestro héroe. Cuáles fueran esos *cargos de calidad*, lo ignoramos en absoluto. Tal vez fué Urdaneta uno de los que acompañaron al Virrey en su expedición á Nueva Galicia, donde por ventura siguió ejerciendo algún oficio importante; pero cuanto se diga sobre esto, es simple conjetura, sin más base que la afirmación genérica del propio interesado, que aunque muy autorizada, como suya, no nos ofrece bastante luz para determinar y concretar en qué linaje de *cargos de calidad* hubo de ocuparle el Virrey. Añade Urdaneta que esos cargos hubo de ejercerlos así en los casos de la guerra como en tiempo de paz. Amplísimo campo á conjeturas se abre con esa indicación, pero no escribimos una novela, sino historia que deseamos documentarla en cuanto cabe y alcanzan nuestras fuerzas; razón por la cual, abandonando el terreno poco firme de fantásticos ensueños, debemos descender al de los hechos.

Urdaneta vistió el hábito religioso en el convento de los Padres Agustinos de Méjico, muy probablemente el día 19 de Marzo de 1552, pues según consta en la partida de su profesión (1) hizo los votos religiosos en dicho convento el día 20 de Marzo de 1553.

Es asimismo probable que moviera á nuestro biografiado á pedir el hábito de San Agustín, como lo indican algunos cronistas, el renombre de los varones ilustres que, lo mismo en la Península que en Méjico, brillaban entre los Agustinos por sus virtudes y por su saber; mas esto no obsta para que también influyera en tan de-

---

(1) Dice así dicha partida: «Yo Fray Andrés de Urdaneta, hijo legítimo de Johan Ochoa de Urdaneta y de Doña Gracia de Cerain, difuntos, que Dios los tenga en su gloria, vecinos que fueron de Villafranca de Guipúzcoa, que es en los Reynos de España, hago profesión y prometo obediencia á Dios Todopoderoso y á la gloriosa Virgen Santa Madre (sic) su Madre y al glorioso nro. padre Santo Agustín y á vos el venerable padre Frai Agustín de Coruña Prior de este Monasterio del Nombre de Jesús de la Orden de Nuestro Glorioso Padre Santo Agustín de esta gran ciudad de México, en nombre y en vez del muy venerable P. Prior general de los ermitaños de la Orden de nuestro glorioso padre Santo Agustín y de sus sucesores y de vivir sin propio y en castidad según la Regla de nuestro glorioso padre Santo Agustín hasta la muerte. Fecho en México un lunes á veynte días de Marzo de mill é quinientos é cincuenta y tres años. Fr. Agustín de Coruña Prior.=Fray Diego de Vertavillo.=Fray Andrés de Urdaneta. Esta partida fué copiada fielmente hace muchos años de la original que está á f.° 30 vuelto del libro 1.° de profesiones de los religiosos de esta provincia del Smo. Nombre de Jesús de Mégico, y cotejada segunda vez, hoy día 22 de Agosto de 1891. José M. Agreda y Sete.»

licada y trascendental determinación el hecho de formar parte de la propia Comunidad nada menos que los cuatro expedicionarios ilustres que poco antes habían vuelto de España, después de haber experimentado en prolongada y peligrosísima expedición los tremendos azares de un viaje alrededor del mundo. Y dábase la circunstancia, muy digna de tenerse en cuenta, de que el superior de dichos expedicionarios D. Jerónimo de Santisteban, lo era también, y por segunda vez, de la Provincia de Méjico, cuando Urdaneta pidió y obtuvo el hábito religioso. ¿Qué extraño es, en efecto, que quien siempre tuvo ideas propias y alimentó atrevidos proyectos de grandiosas conquistas, en que, adunadas la espada y la cruz, dieran gloria á Dios y á España, se complaciera en acercarse á quienes habían dado espléndida muestra de que estaban animados de idénticas aspiraciones? Tenemos por cierto que Urdaneta experimentó vivísimo interés por conocer hasta con los menores detalles los sucesos de la Armada de Villalobos; conocía uno por uno los personajes malayos con quienes hubieron de tratar los españoles en las Molucas, puesto que él fué el consejero y amigo de los Reyes de Tidore y de Gilolo; conocía asimismo á los príncipes y personajes influyentes de aquellas islas, sus tendencias y aspiraciones, y hasta sabemos que trabó relaciones íntimas con las gentes del pueblo que acudían á él en las circunstancias más difíciles; y cuando á deshora se halló en Méjico con personas verídicas, merecedoras de entero crédito, que desapasionadamente le podían dar cuantas noticias desear pudiera, no es difícil reconstruír las escenas que se desarrollarían entre él y los PP. Agustinos que acababan de llegar á España, de vuelta de las Molucas. Nótese, además, que Urdaneta jamás echó en olvido sus antiguos proyectos de conquistas en el Pacífico. A propósito de esto tenemos un testimonio coetáneo,—fuera de lo que se desprende de la correspondencia misma de Urdaneta, de que hablaremos muy pronto—de un valor inapreciable. El P. Esteban de Salazar, que conoció y trató en Méjico á nuestro biografiado, dice: "Prometía con tanta deliberación la buelta desde las Philipinas á la Nueva España, que con ser hombre modestísimo en hablar, solía dezir, que él haría bolver, no una Nave, sino una carreta" (1).

(1) *Veynte discursos sobre el Credo*... Discurso octavo.

De la vida que, una vez en el claustro, hizo Urdaneta, son escasas las noticias que tenemos; pero tales, que nos demuestran cuán verdadera fué su vocación religiosa, y con cuánta fidelidad supo corresponder al llamamiento divino. Mostróse, en efecto, observantísimo de la Regla que había profesado, humilde, amigo de la oración y contemplación, no menos que del retiro, que sólo abandonaba forzado por la obediencia y el mayor servicio de Dios y bien de las almas. A los cinco años de profesión religiosa le encontramos ejerciendo el delicadísimo cargo de Maestro de novicios, en una provincia formada por varones tan eminentes; este solo hecho es prueba inconcusa de lo extraordinario de sus cualidades como religioso de virtud esclarecida y de ciencia nada común. Y aunque, retirado del mundo, únicamente en Dios tenía puestos sus anhelos, todavía le buscaron en la soledad para ocuparle en asuntos importantes, como nos lo dice él mismo en carta á Felipe II con estas palabras: "Después que estoy en la Religión asimesmo se han ofrescido negocios importantes del servicio de Vuestra Majestad, en que algunas veces su Visorrey D. Luis de Velasco me ha ocupado.„ (1)

El fervor religioso, claro está, no pudo disminuír un punto en Urdaneta sus antiguos arrestos de conquistador valeroso; antes bien, hubo de purificarlos y aquilatarlos, enderezándolos á la mayor gloria de Dios y salvación de las almas, blanco de todas sus aspiraciones; por donde sus deseos no eran de ambicioso y desenfadado aventurero, sino de fervorosísimo apóstol. No fué otra la génesis del pensamiento de una nueva expedición por el Océano Pacífico hacia Oriente. Él inspiró al egregio virrey don Luis de Velasco la idea de convocar una junta de peritos que estudiase el asunto, é hizo que triunfasen sus proyectos, demostrando *ser, no solo posible, sino fácil la navegación por el Océano Pacífico, de Occidente á Oriente, razonándolo con teorías novísimas, pero tan claras, tan lógicas, tan demostrativas por sí solas de un profundo estudio de los movimientos atmosféricos, que no dudó el Virrey en acogerlo y en proponer al soberano D. Felipe II, que una vez más se aparejasen navíos encargados de la práctica investi-*

(1) Col. cit., t. núm. 2, págs. 107 y 108.

gación, según el plan y derrotero trazados. (1) Pudo Velasco, autorizado como estaba para hacer nuevos descubrimientos, aventurarse por su cuenta y riesgo á una nueva expedición, mas como esta de que se trataba ofrecía, según el sentir común, tan enormes dificultades, no quiso hacerlo sin contar con el Soberano. De ahí su carta, extensísima y compleja, pues abarcaba los pareceres de las personas á quienes consultó, y cuántos navíos y de qué porte y calidad se habían de enviar, qué gente y provisiones eran menester, la navegación que había de hacerse y la copia de la instrucción que pensaba dar á los expedicionarios, más los decretos que Velasco puso al margen de cada capítulo, y un memorial de las cosas que debían llevarse de España, conviene á saber, artillería, rescates y otras cosas que no se especifican. Finalmente le decía al Rey que convenía que escribiese al P. Urdaneta, para animarle á que él mismo dirigiera la expedición, principalmente en su parte más escabrosa, ó sea la vuelta á América, atravesando el Pacífico de Occidente á Oriente; pues como Felipe II escribía, glosando la carta de su Virrey: *lo principal que en esta jornada se pretende es saber la buelta, pues la yda se sabe que se haze en breve tiempo.* (2)

Felipe II prohijó el pensamiento de Urdaneta, haciéndolo suyo y encomendando su realización al Virrey.

No podía quejarse Velasco: el Monarca respondió punto por punto á sus demandas; dió orden de que por la Casa de Contratación de Sevilla se remitiera á Méjico cuanto había pedido; escribió al Provincial de los PP. Agustinos, que lo era á la sazón el insigne Agustín de Coruña, después Obispo de Popayán, y al P. Urdaneta (3); y en prueba de la omnímoda confianza que tenía depositada

---

(1) D. Cesáreo Fernández Duro, Secretario perpetuo de la R. Academia de la Historia, en un artículo intitulado CÓMO Y POR QUÉ SE CONQUISTARON LAS ISLAS FILIPINAS. Publicóse en el *Boletín de la Sociedad Geográfica,* tomo XXXVIII, pág. 81.

(2) Tomo. núm. 2, pág. 97.

(3) Hé aquí la carta: «El Rey=Devoto Padre Fray Andrés de Urdaneta, de la Orden de Sant Agustín. Yo he sido informado que vos, siendo seglar, fuistes en la Armada de Loaysa y pasastes al Estrecho de Magallanes y á la especería, donde estovisteis ocho años en nuestro servicio. Y porque agora Nos habemos encargado á don Luis de Velasco, nuestro Visorrey de esa Nueva España, que embie dos Navíos al descubrimiento de las Islas del Poniente, azia los Malucos, y les ordene lo que han de hacer, conforme á la instrucción que se le ha imbiado, y porque, según la mucha noticia que diz que teneis de las cosas de aquella tierra, y entender como entendeis bien la Navegación della y ser buen cosmografo, sería de gran efecto que vos fuése-

en aquel modelo de gobernantes, remitióle también las cartas en blanco que había solicitado para las personas que el Virrey eligiera. Lo único realmente nuevo que hallamos en el despacho real es la especie de que la Armada que se preparaba debía dirigirse á Filipinas (1); el Virrey, es decir, Urdaneta no había pensado en semejante derrotero, á lo menos como objeto y fin primordial de la expedición; proponíase *descubrir* nuevas islas, tal vez continentes, sin perjuicio de hallar la ansiada *vuelta á Méjico*. Por eso Velasco, al acusarle recibo de la carta, le sale al encuentro al Rey, apoyando su dictamen con el de su inspirador, á quien de paso elogia, y diciéndole con fecha 28 de Mayo de 1560: "No SE PUEDE IR Á LAS ISLAS FILIPINAS sin entrar en lo que toca al empeño, porque no menos están dentro de él que lo de los Malucos, como V. M. lo mandará ver por la relación que va con ésta, la cual se hizo solamente por mí y por fray Andrés de Urdaneta, que es la persona que más noticia y experiencia tiene de todas aquellas islas y es el mejor y más cierto cosmógrafo que hay en esta Nueva España.„ (2)

---

des en los dichos Navíos, así para lo que toca á la dicha navegación, como para el servicio de Dios Nuestro Señor y nuestro: Yo vos ruego y encargo, que vais en los dichos Navíos, y hagais lo que por el dicho Virrey os fuere ordenado, que demás del servicio que hareis á Nuestro Señor, Yo seré muy servido y mandaré tener cuenta con ello para que recibais merced en lo que hobiere lugar. De Valladolid á 24 de Setiembre de 559 años.=Yo el Rey.=Refrendada de Eraso.=Señalada de Birviesca.= D. Juan Vazquez Agreda Jaraba.»

(1) Es indudable que esta idea se la sugirió á Felipe II un Juan Pablo de Carrión, portador de las cartas de Velasco al Soberano. Esta ingerencia de Carrión estuvo á punto de dar al traste con todos estos proyectos, y fué causa, al fin, de que fracasaran en parte los de Urdaneta, como veremos muy pronto.

(2) Tom. núm. 2, pág. 102. El señor D. Francisco Javier de Salas, erudito coleccionador de los documentos de que nos servimos, afirma que «consta rectificada esta opinión de Urdaneta,» conviene á saber, la de que las Islas Filipinas entraban también en el *empeño* (Tom. núm. 2, pág. 110, nota). No lo negaremos en absoluto, porque es de hombres mudar de opinión; pero conviene advertir que Urdaneta sostuvo su dictamen con argumentos verdaderamente incontrastables, no solo en 1560, en carta dirigida al Rey, sino también en 1566 (8 de Octubre), en el *Parecer* extensamente razonado que dió á petición del Soberano, y en el colectivo que firmó juntamente con los cosmógrafos reales Alfonso de Santa Cruz, Maestro Medina, Francisco Falero, Jerónimo Chaves y Sancho Gutiérrez (V. Tomo 33 de la Col. Muñoz, en la R. Acad. de la Historia, y el tomo 17 de la Col. inéd. de Navarrete en el Depósito Hidrográfico). Verdad es que Medina y Santa Cruz se desdijeron de su primera opinión; pero la firma de Urdaneta brilla por su ausencia entre las de los que se revotaron. Es más: creemos que Urdaneta habia ya vuelto á Méjico én la fecha de este documento (Julio de 1567), y no tenemos noticia de carta ni de escrito alguno suyo posterior al 8 de Octubre de 1566, en que se ratificaba por centésima vez en su opinión.

Velasco se limitaba á la afirmación escueta de que no se podía ir á las Islas Filipinas, porque no teníamos derecho á entrar en ellas; pero Urdaneta se encargaba de razonarla por modo tan sencillo como contundente: el difunto Emperador, decía, empeñó á Portugal, no solamente las Islas Molucas, sino también cuantas estuvieran situadas dentro de los diez y siete grados al Oriente de aquellas; y como, evidentemente, las Filipinas caen en esta demarcación, y aun gran parte de ellas están más al Poniente de las propias Molucas, es indudable que cometeríamos palmaria injusticia al tratar de apropiárnoslas. Hoy mismo, que se conoce por semínimas la situación del Archipiélago Magallánico, lo mismo que la de las Molucas, permanece en todo su vigor el razonamiento de Urdaneta, pues se basaba en que no menos que los geógrafos modernos sabía él la longitud á que se encontraban unas islas respecto de otras. Pero lo mismo Velasco que Urdaneta, defiriendo á la indicación de Felipe II, de que la Armada tocase en Filipinas, convienen en ello, á condición de que sólo sean para rescatar á los españoles que hubiera cautivos de las expediciones anteriores, y á sus hijos, si tuviesen algunos, porque no se pierdan sus almas, para proveerse de bastimentos necesarios y traer á la vez muestras de "algunas cosas que sean dignas de ver (1)."

Esta carta ó *parecer* de Urdaneta era ampliación de otra de la misma fecha, en que, contestando directamente al ruego y encargo del Monarca lo aceptaba agradecido, ofreciéndose de buen grado á arrostrar los peligros y trabajos de la expedición (2).

---

(1) Tom. núm. 2, pág. 111 y 112. Según las cláusulas del contrato del empeño, es por lo menos dudoso que ni aún para eso pudieran arribar las naos españolas á las islas situadas dentro de aquella demarcación, puesto que les estaba vedado «entrar, navegar, tratar ni comerciar, ni cargar cosa alguna que en las dichas islas, tierras y mares hobiere. (Navarrete, tomo IV, pág. 398.)» Lo que podría oponerse á estoes que, por encima de toda ley y contrato positivo, está el derecho natural, y que, bajo su amparo, podía y hasta debía el Rey de España mirar por sus súbditos, ya que Portugal no pensó jamás en ellos

(2) Las palabras con que los acepta son dignas de un hombre de su temple y virtud y de que las conserve la Historia. «Y agora, escribe, luego que el mandato de V. M. reciví, di noticia dello al Padre Fray Agustín de Coruña, Provincial de la orden de nuestro Padre San Agustín en esta Nueva España; y él y toda la orden con la gran voluntad y afición que tienen al servicio de V. M. obedecieron lo á él y á mí mandado, y me mandó me aparejase á hacer este viaje con otros tres Religiosos. Y dado caso, que segund mi edad, que pasa de 52 años, y falta de salud que de presente tengo, y los muchos trabajos que desde mi mocedad he pasado, estaba necesitado

Cuanto al Virrey, escudado con el apoyo de Urdaneta, estaba resuelto á obrar conforme á sus antiguos proyectos, enviando la Armada con rumbo á la Nueva Guinea, si no recibía orden en contra.

Velasco y Urdaneta tenían fe arraigadísima en el buen éxito, de la empresa. Por eso, á pesar de los funestos antecedentes, que pa. recían aconsejar una prudente reserva, no se recatan de augurar que las dos Majestades, Divina y humana, es decir, Dios y la Patria, han de reportar gloria inmensa de la expedición con tantos afanes y cuidados preparada. Eso sí: el Virrey hace depender todo el éxito de la intervención personal de su amigo en ella, y no tardaremos en ver cuán fundados iban sus juicios.

No se aderezaron las naos con la premura tan ardientemente deseada por Velasco, el cual escribe al Soberano con fecha 9 de Enero de 1561, notificándole que siguen los aprestos, y que ha nombrado jefe de la expedición á "Miguel López de Legazpi, natural de la provincia de *Lepuzcua,* hijodalgo notorio de la casa de Lezcano, de edad de cincuenta años, y más de veintinueve que está en esta Nueba España; y de los cargos que ha tenido y negocios de importancia que se le han cometido ha dado buena cuenta, y á lo que de su cristiandad y bondad hasta agora se entiende, no se ha podido elegir persona más conveniente y *más á contento de Fray Andrés de Urdaneta, que es el que ha de gobernar y guiar la jornada; porque son de una tierra y deudos y amigos, y conformarse han*" (1).

---

de pasar lo poco que me resta de vivir en quietud: pero considerado el gran servicio de nuestro Señor Dios y augmento de su Santa Fé Católica, me he dispuesto para los trabajos desta jornada solamente confiando en el auxilio divino, mediante el qual en su misericordia espero que su divina Magestad y Vuestra Real Persona han de ser servidos muy mucho.» Tomo núm. 2, pág. 108.

(1) Legazpi había nacido en Zumárraga no se sabe en qué año. Aunque el Virrey le daba cincuenta de edad, es probable que contara algunos más, bien porque ya tenía nietos bastante crecidos de su hija Teresa Garcés, casada con Pedro de Salcedo, bien porque los historiadores afirman que murió de setenta años, once después de su nombramiento. Dícese que ejercía el cargo de escribano de Méjico; pero Juan Suárez de Peralta, escritor coetáneo *(Historia de Méjico,* publicada por D. Justo Zaragoza: Madrid, 1878), nos lo presenta gozando de lucrativo empleo en la Casa de la Moneda de Méjico; y en la prolija información, abierta en Madrid en 1567, á petición de su hijo D. Melchor, se le hace rico hacendado, que vivía de sus rentas, generoso con cuantos acudían á él, y que, con un desprendimiento de que hay pocos ejemplos, vendió todos sus bienes, exceptuando unas casas en Méjico, para ayuda de costas de la expedición en que gastó enormes caudales. D. Lope de Sora, uno de los testigos informantes, afirma «que conosció

Y ocurría una cosa digna de consideración: Felipe II, á fin de salvar los fueros de la autoridad, pone en manos de Velasco todo el negocio; y cuando Urdaneta le habla del derrotero que debe llevar la expedición, le contesta que en este punto se atenga á lo que provea el Virrey (1); mas como este no tiene ideas propias y se atiene en absoluto á las que le sugiere el Agustino, los planes de éste vuelven intactos á sus manos, y lo que valía más, con la aprobación implícita del Soberano, quedando él en gran libertad y holgura para llevarlos á cumplido efecto en la forma que mejor le pareciese. En suma: Urdaneta era el autor de todos los proyectos y el encargado de ejecutarlos á su talante, aunque el Rey se los cometía á Velasco.

Pero no se circunscribían á las necesidades del momento: dándoles carácter general, enderezaba al Monarca en primer término una memoria minuciosa y detallada acerca de la conveniencia de abandonar el puerto de la Navidad, por malsano y por otras muchas razones, y las ventajas que Acapulco ofrecía para establecer allí

tener el dicho general Miguel Lopez de Legazpi mucha hacienda en gran suma de pesos de oro, la cual este testigo ha visto vender la mayor parte de ella, y aun un deudo de este testigo compró cierta hazienda en cuarenta mil pesos (Tomo núm. 3, pág. 368).» Es indudable, sin embargo, que Legazpi no se circunscribió en Méjico á vivir de sus rentas: tuvo *cargos* y se le cometieron *negocios de importancia,* como asegura Velasco en las palabras arriba transcritas, añadiendo que dió buena cuenta de unos y de otros. Cuáles fueron estos es lo que no podemos precisar; tal vez ejerció por algún tiempo el cargo de escribano y más tarde obtuvo un alto empleo en la Casa de Moneda de la capital de la Nueva España, como asegura Juan Suarez de Peralta. De su virtud y profunda religiosidad hácense lenguas los escritores, y así de esto como de sus demás cualidades de cuerdo, rectísimo y valeroso conquistador se dirá en el curso de esta Historia lo conveniente para que se forme justa idea del egregio cooperador de Urdaneta. Nuevo y esclarecido mérito de éste fué aquella elección para realizar la alta empresa que traía entre manos; y el haber inducido á un hombre de sus condiciones á que aceptase tan espinoso cargo, significa la decisiva influencia que ejercia sobre él nuestro biografiado.

(1) Segunda carta de Felipe II á Urdaneta. Héla aquí: «El Rey.=Fray Andrés de Urdaneta de la orden de Sant Agustín. Ví vuestra letra de 28 de Mayo del año pasado de 1560, y por ella he entendido el ofrecimiento que haceis de ír á las islas del Poniente en los Nabíos que D. Luis de Velasco, nuestro Visorrey de esa tierra, por nuestro mandado embía á ellas en cumplimiento de lo que os encargamos cerca dello; y agradezcoos mucho la voluntad con que os ofreceis á hacer esta Jornada, entendiendo ser en servicio de Dios Nuestro Señor y nuestro: de lo cual mandaré tener memoria para que recibais merced en lo que se ofreciese y hubiere lugar. Yo os encargo que, conforme á vuestro ofrecimiento, hagais la Jornada, y en ella lo que de vuestra religión y bondad se confía, que en lo que toca al parecer que embiasteis, se ha remitido todo á dicho Visorrey para que él provea en ello lo que más conviniere conforme á lo que le está ordenado. De Aranjuez á 4 de Marzo de 1561.=Yo el Rey.=Por mandado de Su Magestad.=Francisco de Eraso.» T. núm. 2, pág. 118.

astilleros, fundiciones de cañones, etc., etc. (1); hácele ver la necesidad de enviar desde España cuantas materias primeras son menester para proveer á la Nueva España de artillería, de pólvora, de jarcias y de clavazón. Sobre todo reclama con urgencia que se manden buenos maestros oficiales de carpinteros, herreros, aserradores, calafates y cordoneros, tanto para aviar desde luego las Armadas, como para que enseñen á los naturales del país, que, si no se les obliga, son poco dados á oficios de esta índole. Y puesto que hay "muchos mancebos que andan hechos unos bagamundos,,, sería acertado compelerles "á que deprendiesen los tales oficios, especialmente á mestizos y mulatos é negros orros *(horros, libres)*, á unos á carpinteros, é á otros á calafates, é á otros á cordoneros, é á otros á torneros, y á otros á herreros, para que hubiese abundancia de oficiales de todos géneros. Es curioso lo que nos dice del cáñamo: se cultivó en un principio; mas viendo los que se dedicaban á esta granjería, lo escaso de sus rendimientos, la abandonaron, y no quedaba ni un cañamón para la siembra, por lo cual pide Urdaneta que se manden dos ó tres pipas de ello.

Respecto al derrotero de la expedición, tres hipótesis presenta Urdaneta: Si la Armada sale por Octubre, ó por lo menos antes del 10 de Noviembre, propone que se haga la navegación derechamente á Filipinas (2); si se emprende el viaje más tarde, debe tomar la ruta al Sur, hasta ponerse en veinticinco grados debajo de la Equinoccial: desde allí debían ir reconociendo las islas que hubiera, principalmente la Nueva Guinea para subir á Filipinas por Noviembre y disponer la vuelta á tiempo; y si, finalmente, no podían salir hasta Marzo, procedía ponerse en los cuarenta y cuatro grados sobre la Equinocial y reconocer estas alturas, é ir derechamente hasta cerca del Japón (si antes no descubrían alguna cosa de tanto tomo que se contentasen con ella), y desde allí á Filipinas.

A pesar de los esfuerzos hechos no fué posible preparar la jor-

(1) No se tardó en poner en planta este pensamiento de Urdaneta, y siglos enteros fué Acapulco el puerto obligado de las naos que hacían el comercio del Extremo Oriente.

(2) En tal caso la jornada no podía tener otra finalidad que la indicada por el Rey en su primera carta á Velasco, y la ampliación propuesta por Urdaneta y por el Virrey, es á saber: viaje de ida y vuelta á Filipinas, y redención de algunos españoles que por ventura quedaban en aquellas islas de las expediciones anteriores. Con esto se *hallaría la vuelta*, y en expediciones sucesivas podría pensarse en nuevos descubrimientos y conquistas.

nada para la época que se esperaba, con sentimiento de todos; pues no se les ocultaban los inconvenientes que esto ofrecía, ya indicados por Velasco y Urdaneta; no era el menor de ellos lo mucho que padecían las naos en los puertos, pues se daba el caso de hallarlos comidos por la broma (especie de caracol que horada y carcome la quilla de los barcos), aun antes de emprender su primera navegación. Velasco escribe al Rey dándole razón de la tardanza; por una parte, la dificultad de acumular bastimentos en la cantidad necesaria, y por otra, los obstáculos que tuvo que vencer para trasladar la artillería, armas y municiones desde el puerto de la Veracruz al de la Navidad. Creía el Virrey que estaría todo presto y los navíos á punto de hacerse á la vela en todo el mes de Mayo de 1564. Anunciábale que irían cuatro embarcaciones: dos galeones y dos pataches. "Son, le decía, las mejores piezas que han caído sobre la mar del Sur, y más fuertes y bien aparejadas.„ (1) Llevarían trescientos españoles, la mitad soldados y la mitad marineros, gente escogida. "Van, le añadía, seis religiosos de la orden de San Agustín (2), entre ellos fray Andrés de Urdaneta, que es el más experto y experimentado en la navegación que se ha de hacer, de los que se conocen en España, la vieja y la nueva.„ (3)

Pero tampoco esta vez acertó el buen Virrey con la fecha de la salida; su vivísimo deseo de acelerarla, hacíale sin duda forjarse ilusiones, que el tiempo se encargaba de disipar. Con fecha 15 de Junio del mismo año escribe de nuevo al Rey explicándole la demora, y sin detenerse en pormenores, se refiere á la copia, ya remitida á España en correos anteriores, de las instrucciones que daba al jefe y oficiales de la Armada. De aquí se deduce por modo indudable que Velasco sostuvo sus primeros derroteros, cosa natural, siendo obra de Urdaneta. Nos lo dirá, además, lo acaecido con éste á poco de haber emprendido el viaje.

Hemos dicho ya que se aprestaban á tomar parte en la nueva jornada varios hijos del Obispo de Hipona. En efecto; en cuanto llegaron á Méjico las ya conocidas cartas de ruego y encargo de Felipe II al Provincial de los Agustinos y á Urdaneta, respondió

(1) T. núm. 2, pág. 142.

(2) Seis eran efectivamente los elegidos; pero el P. Lorenzo Jiménez, que era uno de ellos, murió en el puerto de la Navidad, estando á punto de embarcarse.

(3) Id. Ib.

aquel, aceptando, agradecido, el puesto de honor que el Rey les señalaba (1), y sin manifestar, por cierto, el menor desmayo por el fracaso de la expedición anterior, en la que también intervinieron, sino recordándola por el contrario como nuevo motivo de esperanza; porque dice el Provincial que espera en Dios y en "la práctica y avilidad de Fray Andrés de Urdaneta y la experiencia grande que de todas aquellas yslas y demarcación tiene, con la demás práctica que los religiosos de nuestra Orden (que envió D. Antonio de Mendoza) truxeron", se dará con la vuelta, ó viaje de retorno á la Nueva España.

Cinco años duraron los preparativos de la jornada; y cuando ya la creyeron cercana, el P. Pedro de Herrera, vicario general y visitador de la Provincia, hizo reunir el Definitorio en el convento de Culhuacán. Era Provincial en estas fechas el P. Diego de Vertavillo, y Definidores los PP. Antonio de Aguilar, Nicolás de Perea, Francisco de Villafuerte y Juan de Medina.

Previa oración fervorosa para que el Señor se sirviera inspirarles quiénes debían ser elegidos, lo fueron los PP. Andrés de Urdaneta, Martin de Rada, Diego de Herrera, Andrés de Aguirre, Lorenzo Jiménez y Pedro de Gamboa. No quiso el Definitorio imponerles superior; autorizóles para que ellos le eligieran, y ya se deja comprender en quién recaería el delicado cargo: el que concibió y maduró la idea de aquella jornada; el que demostró ser, NO SÓLO POSIBLE, SINO FÁCIL, su realización, en frase del señor Fernández Duro, y aquel, finalmente, en cuya dirección técnica se cifraban, después de Dios, todas las esperanzas, debía ser también el Prelado indiscutible de aquella pequeña comunidad, y Urdaneta, en efecto, fué elegido por sus compañeros de expedición para tan delicado cargo. Quiso asimismo el Definitorio pertrechar á los nuevos misioneros de cuantos medios estaban en sus manos conceder, á fin de que ejercieran su hermoso apostolado más holgada y provechosamente, y les otorgó sin limitación alguna todas sus facultades, tanto en orden á la predicación de la divina palabra y admi-

(1) La carta del Provincial P. Agustín de Coruña, está fechada en Méjico en 22 de Mayo de 1560. Se publicó en la *Bibliografía española de las Islas Filipinas* (1523-1810) por J. T. Medina.—Santiago de Chile. Imprenta Cervantes, 1898.—Inútil es añadir que están equivocados los escritores que afirman haber recibido la carta de Felipe II el P. Diego de Vertavillo, á quien suponen Provincial en la citada fecha. No lo fué hasta tres años más tarde.

nistración de los Santos Sacramentos, como respecto á la erección de nuevos conventos, admisión de novicios, etc., etc., autorizándoles también para que, cuando fuera necesario ó lo creyesen conveniente, pudieran elegir nuevo Prelado, el cual *ipso facto* quedaba investido de todas las facultades que á tales Prelados podían concederse. (1)

Tocaban ya á su fin los preparativos—y ya era tiempo—cuando ocurrió una desgracia que parecía irreparable para los fines de la jornada: el gran Virrey D. Luis de Velasco murió el día 31 de Julio de 1564. (2) Pronto se vieron los resultados del triste suceso: el Licenciado Valderrama, del Consejo de Indias, visitador general de la Real Hacienda, fué el que, en nombre de la Audiencia de Méjico, tomó por su cuenta el despacho de la expedición; y aunque el respeto debido á la memoria del difunto, no menos que las consideraciones á que era acreedor Urdaneta, eran sobrados motivos para que no se permitiera hacer ninguna alteración en las disposiciones ya tomadas, mayormente teniendo en cuenta que Velasco había enviado ya al Rey copia de la Instrucción que pensaba dar á Legazpi sobre la navegación al Extremo Oriente, nada de esto fué obstáculo para que Valderrama pusiera, de buenas á primeras, sus pecadoras manos en cosa tan delicada, y que había sido objeto de profundo estudio y meditación.

---

(1) Vid. Gaspar de S. Agustín. *Conquistas de las Islas Filipinas*..... lib. I, c. XIV.

(2) Lo mismo en el Perú que en la Nueva España se distinguieron siempre los Virreyes por su gran rectitud y por su amor al indígena, á quien protegieron contra toda suerte de enemigos; pero aún entre tan insignes gobernantes sobresalió Velasco por modo extraordinario. Por eso, dice el P. Cavo: «Lo lloraron los mexicanos y españoles, no de otra manera que si perdieran un padre común.... Su entierro fué el más pomposo que acaso la América había visto. Acompañó el cadáver á Santo Domingo, donde fué sepultado, todo el vecindario, y fué allí conducido en hombros de cuatro Obispos, de seis que á la sazón se hallaban en México en un Concilio provincial. Marcharon también *las Compañías que iban á Filipinas*.—Es testimonio de la virtud é integridad de este Virrey la carta que el Cabildo de la Santa Iglesia de México escribió á Felipe II sobre su muerte, monumento que nos ha parecido digno de esta historia. «Ha dado, dice, en general á toda esta Nueva España muy grande pena su »muerte, porque con la larga experiencia que tenía, gobernaba con tanta rectitud y »prudencia, sin hacer agravio á ninguno, que todos lo teníamos en lugar de padre. »Murió el postrer día de Julio, muy pobre y con muchas deudas, porque siempre se »entendió de tener por fin principal hacer justicia con toda limpieza, sin pretender »adquirir cosa alguna más de servir á Dios y V. M., sustentando el reino en nueva »paz y quietud. *(Los tres siglos de México*...., lib. IV, § 22.)» Tal fué el grande amigo de Urdaneta.

Por lo que pudiera suceder se apresuró á escribir á Felipe II, exponiéndole los motivos por los cuales se atrevió á modificar dicha Instrucción. Sírvenle á maravilla para esto el codicilo de Velasco y las palabras del Rey en su primer despacho al mismo: viendo que éste había dispuesto al tiempo de morir que, si procedía, se introdujeran en dicha Instrucción las oportunas modificaciones; y teniendo en cuenta además lo dispuesto por Felipe II, ordenando que se dirigiese la expedición hacia las Molucas, pero sin entrar en ellas, sino en otras islas comarcanas que se suponía que estaban fuera del empeño y dentro de nuestra demarcación, pareció á la Real Audiencia, consultando con personas que habían estado en aquellas partes, que debía modificar y modificó el itinerario ó derrotero que había de seguir la Armada, disponiendo que, en vez de ir á la Nueva Guinea, como había dispuesto Velasco, corriera derecho á la isla *Nublada*; de allí á la de *Rocapartida, Los Reyes* y *Corales,* y *Filipinas.* Advirtiósele á Legazpi que aun cuando los temporales le obligasen á mudar de derrota, debía dirigirse indefectiblemente como término de la expedición, á Filipinas. (1)

No es un misterio en el día el porqué de las variaciones introdu-

(1) Entrando la Audiencia en otro orden de consideraciones en la misma carta, pretende discutir con Urdaneta, y por cierto con escasa fortuna. «Lo que al virrey movió, dice, que se hiciese la navegación de la Nueva Guinea fué la opinión que tenía Fr. Andrés de Urdaneta, Religioso de la Orden de Sant Agustín, que va en la Armada, que dice que las islas Filipinas se incluyen dentro del empeño también, como las de las Malucos, y que yendo á ellas es contravenir el asiento que se tomó con el Rey de Portugal; y á esta Audiencia ha parecido lo contrario, ateniéndonos á lo que V. M. en la del 24 de Septiembre de 59 declara, que las Filipinas están fuera del empeño, y á que, sin embargo de lo que el mismo Fr. Andrés de Urdaneta escribió á V. M. por Mayo del año de 60, diciendo que estaban dentro, y á las cartas que el Virrey cerca de ello imbió, V. M. en otra que le mandó escribir en respuesta, fecha en Toledo á 9 de Febrero de 561 le imbió á mandar que tocante á esta jornada proveyese y ordenase como más al servicio de Dios Nuestro Señor y de V. M. conviniere guiándolo todo al fin que estaba escrito, como parešce por las copias de las cartas del virrey y de Fr. Andrés, y del capitulo de lo que V. M. le mandó responder que serán con esta.»

La Audiencia olvidaba que Urdaneta no se contentaba con *opinar* que Filipinas entraba en el empeño, sino que lo probaba, y sus pruebas están hoy subsistentes y son valederas contra los ensueños de sus émulos. Porque decía (en carta al Rey desde Méjico, 28 de Mayo de 1560): «La Isla Filipina no solamente está dentro de la del empeño; pero aun está la mayor parte de ella más al Occidente del Meridiano de las mismas islas de Moluco.» Si pues, según el empeño, las Molucas y 17 grados más al Oriente quedaba para Portugal, evidentemente España no podría aducir derecho alguno á la conquista y posesión de Filipinas. Esto, aún en el supuesto, falso desde luego, de que viniera á caer dentro de la demarcación de España.

cidas por la Real Audiencia en el itinerario de Velasco. En todo lo demás la Instrucción era copia de la primitiva; pero en orden á la derrota que debía seguir, atúvose la Audiencia á las inspiraciones del antiguo piloto Juan Pablo de Carrión, uno de los que formaron parte de la expedición dirigida por Villalobos. Había intervenido el Carrión en el apresto de la flota, y aún era el llamado á ejercer en ella el importante cargo de Almirante; pero opinaba de distinto modo que Urdaneta, y de ahí un serio compromiso para la Audiencia. Ya se sabe que en aquel entonces eran tan escasas como equivocadas las noticias que había de las Islas llamadas del Poniente: todo el mundo hablaba de ellas; pero su posición geográfica era un secreto al alcance de pocos. Hemos visto la altura á que estaba Felipe II, á pesar de asesorarse de los mejores cosmógrafos de la época y del propio Carrión, que le inspiró seguramente que debiera dirigirse la expedición á Filipinas. Pues no hay porqué suponer que Valderrama y demás jurisperitos que formaban la Real Audiencia de la Nueva España alcanzasen más puntos que el Monarca en achaques de cosmografía. Tomólos por su banda el bueno de Carrión; hízoles ver que se trataba de un derrotero desatinado, porque era una novedad peligrosa que haría fracasar todos los planes, cuando podía seguirse un itinerario que siempre había dado, en lo que á la ida se refiere, los mejores resultados, y hete aquí á nuestros improvisados organizadores de la expedición en la dura alternativa, ó de exponer á la Armada á un tremendo fracaso, ó de modificar el itinerario conforme á las indicaciones de Carrión, dejando en tierra á Urdaneta, el cual *resolutamente* había dicho que no se embarcaría, si la Armada iba á donde decía Carrión. (1) ¿Cómo resolver el conflicto? Consentir que Urdaneta se quedase en tierra no lo permitían las órdenes terminantes del Monarca, según las cuales debía dirigir el Agustino, más aún que la navegación de la ida, *el descubrimiento de la vuelta,* primordial objeto del viaje. Pues permitir que la flota siguiera el derrotero del Virrey, todavía era más sensible, á creer al nuevo inspirador de la Audiencia; porque era autorizar una nueva y más sensible pérdida de hombres, de intereses y de tiempo. Por eso la Audiencia acudió á un medio que á primera vista parece muy extraño: dejó en tierra á Juan Pablo de Ca-

(1) Id. Tomo núm. 2, pág. 209.

rrión, autor del derrotero que debía seguir la Armada, é hizo que Urdaneta se embarcase, en la persuasión de que se seguiría su itinerario, pues sabíase que en otro caso, por nada del mundo tomára parte en la jornada. Y no era en el insigne Agustino capricho ó tesón injustificado esta su inquebrantable resolución, sino razonada y fundadísima: profundamente persuadido Urdaneta de que no teníamos derecho á la conquista de Filipinas, no quería contribuír á que se cometiese una injusticia tan manifiesta. Por lo demás la repugnancia de Urdaneta no reconocía por fundamento la *ida* á Filipinas; lo que condenaba como contrario al derecho de gentes era la *permanencia* allí, la conquista y colonización del Archipiélago Magallánico, que era lo que pretendía su émulo Juan Pablo de Carrión. (1)

A principios de Septiembre de 1564 salieron los expedicionarios de la ciudad de Méjico, y la Audiencia esperaba que se harían á la vela á mediados de Octubre, ó en todo él, á más tardar.

Pero todos los apremios del Rey y las repetidas promesas de sus lugartenientes en Méjico, no fueron obstáculo para que se fuera demorando, de un mes para otro, el apresto de la asendereada flota, hasta bien entrado el mes de Noviembre. Legazpi escribe al Rey con fecha 18 que ya se había hecho cargo de la Armada, compuesta de dos Navíos grandes (2), dos pataches y un bergantinejo de

(1) Su pasión ó su ignorancia, ó entrambas cosas á la vez, movieron la pluma del bueno de Carrión al afirmar, primero, que las Islas Filipinas eran *muy bastecidas de todo género de bastimentos,... de gran contratación, muy ricas y grandes; situadas en la mejor comarca de todo el Archipiélago....* (Id. Tom. núm. 2, pág. 208), y para escribir ocho años más tarde, que las propias islas eran poco menos que desiertos inhabitables. (Id. tom. núm 2, pág. XXXI de la Introducción.) Su ideal, en esta segunda época, era la conquista de la China; pues Carrión era sin duda de los que con candidez rayana en simpleza, opinaban que la tierra se había hecho para que los españoles tuvieran la satisfacción de conquistarla. Por eso nos habla de la *conquista* de la China para establecerse *de asiento* en ella, cual si ya no estuviera bastante poblada, y fuese obra sencilla y al alcance de cualquier aventurero apoderarse de ella y emprender el comercio en grande escala con el resto del mundo. En suma, confundía á la China con Méjico ó con el Perú, y entendía que bastaba un Cortés ó un Pizarro, con un puñado de valientes, para agregar el Celeste imperio á la Corona de España. *¡Ægri somnia!*

Es también de advertir que Carrión se atribuye la gloria de que en la ida y en la vuelta siguió la Armada de Legazpi su derrota, y sin embargo—nótese bien esto—en la Instrucción que se dió á Legazpi, único documento en que cabían esos derroteros, no se dice ni una sola palabra de la vuelta, en la cual Urdaneta siguió su propio itinerario, y á él, y de ningún modo á Carrión, le cabe la gloria de su descubrimiento.

(2) La Capitana, llamada *San Pedro,* pasaba de 500 toneladas; la Almiranta, *San Pablo,* era de 400, según el piloto Esteban Rodríguez. Urdaneta, en carta al Rey, decía que *de más de trescientas.* El patache mayor, nombrado *San Juan,* de 80; el menor

remos, comprado justamente á Juan Pablo de Carrión. Iban ciento cincuenta hombres de mar, doscientos soldados y cinco religiosos, y *por Mayoral de ellos,* dice Legazpi, *el P. Fr. Audrés de Urdaneta, que por servir á Dios Nuestro Señor y á V. M. Real hace la jornada.* El total de personas, teniendo en cuenta las de servicio, sería de trescientas ochenta. Y para que nadie acertase con el día de la salida, como tampoco habían acertado con el año ni con el mes, Legazpi decía que sería el 19, y no obstante aún tenemos una carta de Urdaneta de fecha del 20, ya embarcado. „Nuestra partida, placiendo á Dios, será mañana," decía Urdaneta, y así fué. Decíale también que con Legazpi, „persona de muy buen juicio y cuerdo," iban muy contentos todos los expedicionarios, y que era razón se le tuviera en cuenta el servicio, pues iba sólo por servir á Dios y á S. M. y á su propia costa. Asimismo recomienda al Rey la persona de su sobrino Andrés de Mirandaola, que iba de Factor de la Real Hacienda, y le suplica se sirva perpetuarle en el cargo. Finalmente, dice Urdaneta: Suplico á S. M., pues los Religiosos de la Orden de N. P. Sant. Agustín son los primeros que han tomado esta empresa y se ponen á tantos trabajos por servir á Dios y á V. M., se tenga cuenta para los favorecer. (1) „*Voy*, añade, *con muy grande confianza que Dios Nuestro Señor y V. M. han de ser muy servidos en esta jornada con próspero suceso, donde se ha de dar principio de gran augmento de nuestra sancta Fe Católica y para augmento del estado Real de V. M.*" (2) Estas palabras parecen

San Lucas, de 40. Además, la Capitana llevaba por popa una fragatilla. Legazpi, después de haber dado las instrucciones oportunas á los capitanes «se embarcó, dice una Relación, encomendándose al Benditísimo Nombre de Jesús, de quien es muy devoto.» (Id. I *de las I. Filipinas,* pág. 218). El mismo día 19 se bendijo la Bandera y Estandarte, y todos los de la Armada prometieron con juramento obedecer á Miguel López de Legazpi como á su Jefe. Suponemos que toda la gente, según órdenes que tenía de la Audiencia, confesaría y comulgaría antes de embarcarse, asistiendo también á la *Misa de Espíritu Santo* que para el mejor éxito de la empresa hubo de celebrarse.

(1) No buscaba Urdaneta favores y medros personales, como lo demostró al volver de Filipinas; pero su amor á la Orden religiosa á que pertenecía, le movia á recordar al Monarca el servicio que los Agustinos le prestaban, exponiéndose á las contingencias de una empresa como aquella.

(2) Id. Ibid. pág. 214. Está de más advertir que Urdaneta, al escribir las palabras transcritas en el texto, estaba en la persuasión de que la Armada seguiría sus derroteros, enderezándose hacia la Nueva Guinea, hasta ponerse «en altura de veinticinco ó treinta grados de la parte del Sur de la Equinocial.» Según esto, á Urdaneta le hubiera cabido seguramente la gloria del descubrimiento de la Australia cuarenta años antes de que la descubriesen Vaez de Torres y Fernández Quirós.

proféticas: las cinco desastrosas expediciones anteriores en el espacio de cuarenta años y las enormes catástrofes de todo género que fueron el obligado acompañamiento de aquéllas, porque los elementos parecían conjurados para oponerles insuperables barreras, ya eran sobrados motivos para sellar los labios de un hombre menos circunspecto que Urdaneta, prohibiéndole vaticinar sobre el éxito de la jornada; mas como siente dentro de su alma, un impulso irresistible, que le obliga á abrir su corazón á la esperanza, la manifiesta con el candor de un niño, sin temor á los fallos de la Historia, ni menos al desagrado del Monarca, si, como era de temer, se aumentaba con ésta el número de las expediciones frustradas. Realmente eran tremendas las responsabilidades que asumía el insigne Agustino. Puede afirmarse que, por él, fiados en sus palabras, se resolvieron el Virrey y Felipe II á organizar la tercera expedición. Pues Legazpi y la corporación Agustiniana y los centenares de hombres que cifraban su porvenir en aquélla, tampoco no reconocían otra base; por donde, una ilusión ó equivocación de Urdaneta podía originar formidables catástrofes, de que él era el primero y casi único responsable. A pesar de todo, ni la misma humildad religiosa, que todos ponderan en el ilustre hijo de Villafranca, era obstáculo para que abrigase, más que esperanzas, seguridades de brillante éxito, y para que supiera inspirárselas á cuantos formaban parte de la expedición, y aún á los que, quedándose en tierra, tenían vivo interés en que se cumplieran los optimistas vaticinios de Urdaneta. Sólo cabe exceptuar de entre éstos al capitán Juan Pablo de Carrión, que auguraba muy mal de la empresa, entre otras cosas porque le parecían descabellados los derroteros que iba á seguir la Armada. Ignoraba el antiguo piloto de Villalobos que le habían hecho el inmerecido honor de adoptar sus planes y derroteros, arrinconando los del Agustino, para el viaje de ida; en cuanto á la vuelta ya procuraría Urdaneta utilizar los suyos propios puesto que nadie trató tampoco de imponerle otros.



CAPÍTULO XII

Expedición de Legazpi.—Hácese la Armada á la vela (21 Noviembre 1564). —Cambio de ruta.—Conflicto que ocasiona.—Sepárase el patache *San Lucas* de la conserva.—Desatinados cálculos de los pilotos en las singladuras.—Corrígelos Urdaneta.—Detiénese la flota en la isla de los *Barbudos*, hoy Meyit.—Descubre otras varias.—Nuevas divergencias entre Urdaneta y los pilotos.—Suben á mayor altura por indicaciones de aquél.—Su parecer confirmado por los hechos.—Surgen en Guahan (*Ladrones*).—Rapacidad y villanía de los isleños.—Asesinan á un grumete.—Son severamente castigados.—Solemne toma de posesión.—Urdaneta quiere volver desde allí; pero se opone Legazpi.—Llega la Armada á Filipinas (13 de Febrero de 1565).—Es bien recibida en Ibabao.—Escasez de víveres; los indios sólo dan buenas palabras.—Destaca Legazpi dos barcos en demanda de un buen puerto.—Trasládase á Leyte.—El capitán Goiti da con el surgidero de Cebalian, á donde se traslada la Armada.—Repítense aquí las escenas de Ibabao.—Toman á la fuerza, pagándolos, los bastimentos que hallan.—Reciben triste desengaño en Mazagua.—Razón del proceder de los indios.—Igual desengaño en Camiguin.—Refriega con borneyes.—Hidalgo comportamiento de Legazpi con ellos.—Datos que le proporcionan.—Causa de la desconfianza de los indios.—Esfuerzos de Legazpi para desvanecer prevenciones.—Destaca una fragata á Cebú.—Fidelidad de Legazpi.—Logra inspirar confianza á los indígenas.—Nueva expedición.—Otra á Butuan. —Junta de notables.—Vuelta de los expedicionarios de Cebú.—Nueva Junta.—Enderézase la flota á Cebú á donde llega el 27 de Abril (1565).—Danle largas los indígenas.—Apodérase de Cebú.—Hallazgo de la Imagen del Santo Niño.—Circunstancias providenciales.—Escasez de víveres; esfuerzos para remediarla.—Escaramuzas.—Construcción de un fuerte.—Llega el reyezuelo Tupas.—Conciértanse paces.—Asesinato de un soldado.—Doblez de los indígenas.—Insubordinación.—Esfuerzos para reanudar relaciones con los indios.—Preparativos para el viaje de vuelta.

En la madrugada del martes 21 de Noviembre de 1564 largó velas en el puerto de la Navidad la Armada capitaneada por Legazpi, (1) y conforme á lo dispuesto en la Instrucción del Virrey, que era la única conocida por los expedicionarios, corrió derecha á Sudoeste, para ir en demanda de la

(1) No son muy extensos ni detallados los datos que tenemos acerca del personal de la flota. Conocemos ya al Jefe de ella y á los cinco PP. Agustinos. Era Piloto mayor de la Capitana, Esteban Rodríguez; segundo, Pierre Plun (las relaciones le lla-

7

equinoccial, hasta el sábado 25. Este día abrió Legazpi, ante Hernando Riquel, Escribano de la Flota, una Instrucción de la Audiencia, que traía cerrada y sellada, con orden de que no la abriese hasta hallarse cien leguas mar adentro; y en vista de que en ella se le ordenaba hacer el viaje derechamente á Filipinas, mandó reunir en la nao Capitana á los Religiosos, capitanes y oficiales de S. M., al Alférez Mayor, Sargento Mayor y Alguacil Mayor y á todos los Pilotos de la Armada; dióles á conocer lo preceptuado por la Audiencia, y les pidió su parecer, no sobre el punto á donde debían dirigirse, que estaba perfectamente claro y definido de orden superior, sino acerca de los rumbos y derroteros por donde mejor y más exactamente se cumpliría lo contenido en la Instrucción precitada. En ella se disponía que procurasen tomar las islas *Nublada* y *Rocapartida*, la de los *Reyes, Corales, Arrecife* y *Matalotes*, que fué puntualmente el camino que hizo Villalobos. Semejante disposición puso á muy dura prueba el espíritu de obediencia de los PP. Agustinos, por dos razones capitales: en primer lugar tenía todos los caracteres de un sangriento escarnio, porque Urdaneta había manifestado su inquebrantable resolución de no embarcarse, como se siguiera este derrotero, y se le hizo comprender que no se trataba de eso, y sólo con esta condición emprendió el viaje; después,

---

man *Pierres Plin)*, francés; Maestre, Martín de Ibarra, de Bilbao; contramaestre, Francisco de Astigarribia; Guardián, Lucas Aragoces; Despensero, Pedro de Oliva; Alguacil del Agua, Santiago de Garnica. Capitán de la Almiranta y Maestre de Campo, Mateo del Saz; Pilotos, Jaime Fortún y Diego Martín, de Triana; Maestre, Juan María; Contramaestre, Pedro Juan; Guardián, Jorge; Despensero, Cristóbal Martín; Alguacil del Agua, Andrea Veneciano. Capitán del Patache *San Juan*, Juan de la Isla; Piloto, Rodrigo de la Isla, su hermano; Maestre, Julián Felipe; Contramaestre, Nicolás Rodríguez, de Huelva; Despensero, Juan Martín, de íd. Capitán del patache *San Lucas*, Alonso de Arellano; Piloto. Lope Martín, de Ayamonte; Maestre, Nicolás Griego; y Contramaestre, Moreto.—El Maestre de Campo llevaba á sus inmediatas órdenes una Compañía de 100 soldados. Iba por Alférez Mayor, Andrés de Ibarra; por Sargento Mayor, Luis del Haya; por Alférez de la Compañía, Pedro de Herrera; y por Sargento, Juan de Morones. Martín de Goiti llevaba á sus órdenes 90 soldados, teniendo por Alférez á Francisco Ramírez y por Sargento á un Gutiérrez.—Oficiales de S. M.: Tesorero, Guido de Lavezares; Contador, Andrés de Rochela ó Cauchela; y Factor de la Real Hacienda, Andrés de Mirandaola, sobrino de Urdaneta.

Sírvennos de guía para los pormenores de esta expedición, en primer lugar una Relación, hasta ahora inédita, de Urdaneta, cuyo original se conserva en el Archivo de D. Francisco de Zabálburu (Madrid), y además las Relaciones de los pilotos que fueron en la Armada, dos de ellas publicadas ya en su *Col. de Doc. Inéd.* por la Real Acad. de la Hist. *(tomos I y II de las Islas Filipinas)*, y tres más, todavía inéditas, Depósito hidrográfico, *Col. Inéd. de Navarrete,* tomo 17.

se le forzaba á intervenir en una conquista que repugnaba á la rectitud de su conciencia, por razones y pruebas ampliamente expuestas por él mucho antes de embarcarse. Así lo dice también la relación anónima de esta expedición. (1)

El conflicto que surgió con tal motivo pudo revestir caracteres gravísimos. Si Urdaneta, dando oídos á las inspiraciones del amor propio, se hubiera negado á dirigir la expedición, no sólo se hubiera malogrado una vez más el fin principal que se perseguía, que era hallar la vuelta á Méjico, según repetidas veces hemos dicho, sino también la ida, como se desprende de las muestras de ignorancia, verdaderamente inverosímiles que dieron los pilotos de la Armada. Urdaneta se hizo cargo de todo, y no sólo se sometió á lo ordenado por la Audiencia, sino que puso todo su celo, su gran talento y experiencia al servicio de la expedición. (2)

Después de este desagradable incidente y como consecuencia de la causa que lo produjo, ó sea de lo dispuesto por la Audiencia, resolvieron de común acuerdo ponerse en los nueve grados latitud Norte, y correr desde allí derechamente en demanda de las islas de los *Reyes* y de los *Corales,* que suponían situadas á esa altura. Conceptuaron también que así podrían tomar con escaso rodeo las de los *Arrecifes* y *Matalotes* que están en diez grados. (3)

Sin incidente alguno digno de notarse caminaron por espacio de cinco días. El patache *San Lucas,* que era muy velero, solía alejarse demasiado, razón por la cual Legazpi le ordenó que no se desviase más allá de media legua por la proa de la Capitana; pero

---

(1) «Lo qual *(lo dispuesto por la Audiencia)* sintieron mucho los Religiosos que iban en la Armada, dando á entender se hallaban engañados, y que, á haber sabido ó entendido en tierra que había de seguirse esta derrota no vinieran la jornada, por las causas y razones que el Padre Fray Andrés de Urdaneta había dicho en México; mas como Religiosos zelosos del servicio de su Dios nuestro Señor, visto lo que la Real Audiencia mandaba, y lo que alli el General les dijo, y quan servido sería Dios nuestro Señor dello, y su Santa Fée dilatada, y el aumento de la Real Corona, y general provecho de los que en la Armada iban, pasaron con ello, y mostraron conformarse con la voluntad del General.» Id. *T. núm. 2.—I de las Islas Filipinas,* pág. 220.

(2) «Digna de encomio, por rara en aquella época, fué la sumisión de los expedicionarios al noticiárseles el cambio de viaje, sobre todo la actitud del famoso Agustino, que, deponiendo su justo enojo y encaminando sus intentos á muy altos fines, dirigió con entera lealtad y notorio saber la derrota de su rival, previamente impugnada.» D. F. J. de S. en los preliminares al citado T. núm. 2, pág. XXX y XXXI.

(3) Desistieron de arribar á las islas *Nublada* y *Rocapartida,* de que también hablaba la Instrucción de la Audiencia, por no perder tiempo inútilmente.

el Piloto le contestó que no podía amainar porque la embarcación escoraba mucho y se llenaba de agua. Ello es que, á pesar de todas las órdenes, al anochecer del último día de Noviembre distaba el *San Lucas* dos leguas de la Capitana, y á la amanecida de 1.º de Diciembre le perdieron de vista. (1) Sospecharon desde luego que se trataba de una fuga premeditada; mas no perdieron la esperanza de dar con él. El tiempo agravó las sospechas, que casi se tornaron en certidumbre. (2) De todas suertes causó honda pena en los expedicionarios el verse privados de un auxiliar tan importante como el patache en un viaje de exploración por mares como aquellos, sembrados de accidentes hidrográficos.

Hasta el día 18 de Diciembre navegaron con buenos tiempos, y en dicho día, puestos en los nueve grados Norte, emprendieron la ruta directa al Oeste. Los pilotos se empeñaron en hacer buenos á los de las expediciones anteriores, y parece que lo consiguieron;

(1) Conviene advertir que, previendo casos de forzadas desviaciones, el General había ordenado lo que debían hacer, si tal ocurría, esto es, volver á la altura de nueve grados, y aguardarse en el primer puerto diez días. Si al cabo de ellos no llegaba la Armada, debían proseguir por la misma altura, no sin dejar una cruz en punto visible, y al pié un botijo, con una carta donde se diera razón de lo ocurrido y de la derrota que llevaran.

(2) El patache *San Lucas* arribó á Mindanao, según informó su capitán Alonso de Arellano, á fines de Enero de 1565, y después de recorrer varias islas cercanas, el 20 de Abril emprendió el viaje de vuelta. Subió á los cuarenta y tres grados latitud Norte, y casi todo el trayecto lo anduvo por esas alturas. El día 9 de Agosto llegó al puerto de la Navidad, después de haber recorrido miles de leguas. Sea cualquiera el juicio que se forme de la probidad y de la honradez de los directores de esta jornada, que parece una fábula, y quizá lo sea en parte, no se les puede negar un valor temerario y una inteligencia no común. Dudamos que haya á todo lo largo de la historia de las navegaciones un hecho semejante: que una embarcación de 40 toneladas haya recorrido en poco más de medio año tan inmensas distancias, sin el amparo de otras naves, por mares desconocidos, principalmente á la vuelta, visitando tierras enemigas y sin la preparación especial de que jamás puede prescindir una embarcación, si ha de viajar sola. De ahí la falta de bastimentos, de jarcias, de velas, de municiones, de todo, que hubo de experimentar la embarcación, pues iba al arrimo de la Flota, de la cual era auxiliar importante, por su poco calado, para la exploración de bajos y canales, y sin la cual parecía un artefacto inútil.

Andando los tiempos se hicieron muchas diligencias por Gabriel Díaz, poder habiente de Legazpi, para depurar los hechos y castigar, si procedía, al Capitán del patache Alonso de Arellano; pero éste debía de contar con fuertes valedores en la Audiencia de Méjico, pues ni siquiera se logró que se recibiera información judicial sobre ello, ni que el fiscal tomase por su cuenta la causa. Con todo, entiende el señor D. Francisco Javier de Salas, Anotador de la Colección tantas veces citada, que la prueba documental condena á Arellano, dando carácter de certidumbre á las sospechas de Legazpi, y que la historia la ha admitido como resultado de la sana crítica. V. *Tomo núm. 3*, pág VI y VII.

tales eran los desatinos que sostenían. „Ni en la altura ni en las singladuras jamás se conformaron, leemos en la relación anónima; y algunos de ellos iban delanteros doscientas leguas de otros, en el camino que decían haber andado desde el puerto de la Navidad hasta allí: otros menos, pero todos iban errados y desatinados, y desta manera echaban sus zingladuras más camino del que los navíos andaban: no sé si lo hizo las muchas corrientes y aguages que en el golfo se vieron, ó qué fue la causa dello, mas cada piloto trabajaba sustentar su opinión y dar á entender al otro qué él era el que venía errado, aunque después, como el General les preguntaba cada día que cuánto era el camino que había andado, y cuántas leguas se hallaban del puerto de la Navidad y en qué altura habían tomado el sol, enmendaron algo. Los que iban muy delanteros se tenían cortos, y los que se habían quedado atrás, alargándose en las cingladuras; y si no fuera por este término que usó el General para su concierto de los pilotos, anduvieran en muy gran error, según lo comenzaron á andar al principio de la navegación; y con todo esto parece haberse adelantado todos en echar demasiado camino, y el que más se moderó fué el P. Fray Andrés de Urdaneta, y así fué el que mejor acertó cuando dijo hallarse con la tierra, y no sé si acortara más, sino fuera por ver, que todos los pilotos iban tan delanteros, y que diferían tanto de su punto, y esto bastó para hacerle que se alargase algo más en las cingladuras de lo que al principio comenzó, por no diferir de la opinión de todos los pilotos en tanto grado.“ (1) De esta divergencia de opiniones nacían serios conflictos, porque el General, escrupuloso guardador de las Instrucciones que se le habían dado, quería arribar á las islas que en las mismas se le señalaban, siendo las primeras (después de la Nublada y la de Rocapartida) las de los Reyes y Corales; y como los pilotos, „por los puntos de figuras que llevaban,“ dijeron hallarse la Armada mucho más adelante de las islas expresadas, y no faltaba alguno entre ellos que ya se creía á pocas leguas de las de *Arrecifes* y *Matalotes,* el General, „con acuerdo y parecer de todos los Capitanes y Pilotos, mandó que se pusiesen en altura de 10 grados para ir en demanda de *Matalotes,* que dicen estar en esta altura, lo cual se hizo, y esto fué á 28 de Diciembre.“ (2)

(1) T. núm. 2, p. 224.
(2) Ib. p. 225.

Puestos, pues, en altura de diez grados corrieron en derechura por espacio de trece días, durante los cuales, á creer al Piloto Esteban Rodríguez, avanzó la Armada obra de trescientas cincuenta leguas, y un martes á 9 de Enero, vieron la primera tierra desde la nao Capitana. Era una isla pequeña que, en opinión de Urdaneta, nadie hasta entonces la había descubierto, y era verdad. Los galeones no pudieron surgir por ser el fondo acantilado; pero sí el patache que con la proa sobre un arrecife, echó el ancla en 150 brazas. Saltaron á tierra el Maestre de Campo, y los capitanes Martín de Goiti y Juan de la Isla. Legazpi rogó al P. Urdaneta que saliese también para ver si había manera de entenderse con los indios, y mandó á su nieto Felipe de Salcedo que tomase posesión de la Isla en nombre de S. M. Los galeones, empujados por las corrientes, recogieron las áncoras y salieron á alta mar, donde andaban de un bordo para otro, y patache y bateles se juntaron con ellos á cosa de las diez de la noche, sirviéndoles de guía tres faroles que pusieron en la Capitana. (1)

„Luego al día siguiente (10 de Enero), dice Urdaneta, pasamos por la parte del Sur de unas diez isletas pequeñas é bajas, llenas de arbolado: estarán de la de los Barbudos catorce leguas. No pudimos surgir en ellas por no hallar fondo, pareciéndonos depobladas. Están la que más al Sur poco más de diez grados. „Llamáronlas de los *Placeres*.“ Esta misma tarde descubrimos una isleta pequeña,

(1) «El Padre Fray Andrés y los que fueron en tierra digeron cómo habían estado con un hombre viejo que los aguardó con una india vieja, que debía de ser su mujer, y otra moza, que sería su hija, con una criatura. No se pudo entender su lengua, sino por señas, y diéronles algunas cuentas y cosas de rescates que llevaban con que el viejo se aseguró y mostró tener gran contento, y mostraba á los españoles las casas y frutas de comer que tenían, y les daba dellas, y asimismo pescado de que había mucha cantidad, así en fardos como en barbacoas, y por señas decían que no se viniesen *(no se marchasen)*, que él embiaría á llamar la gente de la tierra y vernían todos, y se holgaron con ellos; y como vió que se querían volver, mostró que le pesaba de que se fuesen. El indio era muy bien dispuesto y las mujeres de buen gesto: andaban vestidas de palma, de unos petates que ellos hacen muy delgados y primos. Había muchas gallinas de Castilla *(como las de Castilla)* y mucho pescado y cocos, patatas, ñames y otra semilla como millo, y que tenían desto mucha cantidad. Asimismo tenían canoas muy polidas, anzuelos de hueso y redes, y anzuelos de cordeles muchos é muy primos: el cabello suelto y luengo. Púsosele á esta isla por nombre *la Isla de los Barbudos*. Está en altura de diez grados: no se les vieron ningún género de armas ofensivas ni defensivas, ni tenían ningún género de baso de barro.» Id. Tom. I, p. 228. Coello entiende que esta isla es la actual *Miadi* ó *Meyit*, una de las más orientales del archipiélago Marshall. *La Conferencia de Berlín y la cuestión de las Carolinas*, pág. 90.

siete leguas de estas otras islas; pasamos por muy junto á ella sin poder surgir en ella. Es cubierta de arbolado y baja; está en diez grados menos un sesmo." (1) Pusiéronle el nombre de *Pájaros,* por estar llena de ellos. El día 12, á 50 leguas de distancia de ésta, vieron un grupo hasta de diez islas que parecían despobladas. Eran bajas y de mucho arbolado. Tampoco pudieron detenerse en ellas. Las bautizaron con el nombre de los *Corrales*. Setenta leguas más adelante y á la misma altura de los diez grados escasos pasaron por cerca de otro grupo de ocho ó diez islas. Tampoco las pudieron tomar por falta de fondo. Urdaneta advierte que es preciso huir de ellas, ora por no ser de provecho, ora por los peligros que ofrecen los arrecifes de que están rodeadas. (2) „El P. Fray Andrés de Urdaneta dijo, que no sería mucho que estas islas y arrecifes fuesen los *Jardines* que Villalobos descubrió *(y lo eran en efecto);* aunque si eran ellos, nos hallábamos más atrás de lo que se pensaba, y no habíamos hallado *(andado)* tanto camino como se hallaba por los puntos; y que esto le parecía por estar en la misma altura que se ponen los otros en las relaciones de los que fueron con Villalobos, y por otras razones que daba, y los pilotos se reían dello, diciendo que no podía ser, porque estábamos mucho más adelante é algunos de ellos se hallaban cerca de las Filipinas, otros con Matalotes....." (3)

Con semejantes datos volvían loco al pobre Legazpi, que, completamente lego en tales materias, y deseoso de cumplir con su deber dentro de lo que humanamente le fuera posible, se veía metido en un mar de confusiones, sin saber qué partido tomar. Por eso „el miércoles siguiente, viendo el general que todos los pilotos por sus puntos se hallaban ya con las *Islas Filipinas* y algunos dellos habían pasado adelante (¡distaban aún obra de 500 leguas!), y que todos estaban en que habíamos pasado las Islas de Matalotes y de Arrecifes en cuya demanda íbamos, y que ya no las toparíamos, mandó juntar en la Capitana los Religiosos, Capitanes, Oficiales y Pilotos, y á todos propuso lo que los Pilotos decían, y que si era verdad que estábamos más adelante de *Matalotes* convenía ir en busca de Filipinas; y que, si fuera posible, no quería tomar la isla

(1) Relación inédita de esta expedición.
(2) Ib.
(3) T. I, p. 230.

de *Bindanao* en tan poca altura como la tomó Villalobos, por evitar lo que á él le sucedió, que no pudo salir ni doblar una punta de la misma Isla para ir á las Filipinas, de cuya causa padeció hambre y trabajos; y pues que todos se hallaban en las Filipinas, y algunos más adelante, viesen si convenía subir en altura algo más de 10 grados en que se hallaban." (1) A todos les pareció bien la idea del General, que evidentemente estaba inspirada por Urdaneta, y convinieron en ponerse en los trece grados. "Este acuerdo, prosigue la relación anónima, le pareció muy bien al P. Fray Andrés de Urdaneta, diciendo que si los Isleos y arrecifes últimos eran los *Jardines* que descubrió Villalobos, como él lo había dicho, de necesidad toparíamos las Islas de los Ladrones, que están en altura de trece grados." El día 15 de Enero habían visto las últimas islas; el 17 tomaron el acuerdo de ponerse á esta altura, y el 21 dijo Urdaneta al General que, según sus cuentas, no podrían tardar en verlas Islas de los Ladrones. (2) En efecto, el día 22, á las diez de la mañana, vieron tierra; y como el guarda que iba en la gavia dijera que salían varios juncos ó paraos de la tierra, preguntóle Urdaneta qué forma de velas traían, y habiéndole respondido que latinas, ya no le cupo duda: eran las islas de los Ladrones. Aún estaba la Armada á dos leguas de la tierra, y ya se vió rodeada de un enjambre de pequeñas embarcaciones, las mismas que el guarda había divisado á larga distancia con velas latinas.

El General, previendo imprudencias é inconvenientes de que hay numerosos y lamentables ejemplos en la historia de las navegaciones de esta índole, echó un bando, imponiendo que nadie osase

---

(1) T. núm. 2, p. 231.

(2) «Los Pilotos porfiaban lo contrario, dice la relación anónima, y que no era sino tierra de las Filipinas, y se reían de que se pensase ser Ladrones.» T. I, p. 233. Es imposible calcular qué hubiera sido de la Flota, en manos de semejantes pilotos. Puesto que afirmaban haber pasado de largo las *Islas Filipinas,* lo procedente, lo imprescindiblemente necesario, era volver atrás, en demanda de ellas, y hubieran tropezado de nuevo con el archipiélago Marshall, distante muy cerca de mil leguas del que más de cuarenta años antes había descubierto Magallanes. Véase ahí patente la razón por qué hemos dicho antes (pág. 195) que, de no haber intervenido Urdaneta en la dirección de la Armada, no ya la vuelta, pero ni la ida á Filipinas se hubiera efectuado. Tal y tan inefable era la ignorancia de aquellos pilotos, los cuales, para que nada les faltase de lo que estorba en la realización de semejantes empresas, llevaban buen acopio de presunción allí dondo solo era necesaria la ciencia, ó por lo menos modesta sumisión al dictamen ajeno.

saltar á tierra sin su licencia, y que los que la obtuvieran se guardasen de agraviar á los naturales ni en sus personas ni en sus cosas, y que ni tampoco diesen ni contratasen cosa ninguna como no fuera por mano de los oficiales de S. M. que tenían cargo de ello. Este bando se repitió siempre en casos análogos, de que recibieron no poco pesar los soldados; pero dió resultados excelentes y aun así no faltaron imprudencias que costaron muy caras. Sería la media noche del 22 de Enero cuando el patache *San Juan* surgió en una bahía al Oeste de la Isla de Guahán, y al día siguiente por la mañana llegaron los dos galeones. Innumerable multitud de embarcaciones indias rodeó las naves, no bien fué de día, y los que las tripulaban, ofrecían en venta, cocos secos y verdes, cañas dulces, plátanos, arroz; pero de todo muy poco. Al principio, creyendo sin duda que los nuestros no harían gran caudal de las menudencias que les llevaban, las ofrecían por cualquier cosa, por naipes, orillos de paño, cascabeles etc.; pero cuando vieron que hacían aprecio de ellas,—la eterna ley de la oferta y la demanda—pedían hierro á todo trance, y mejor aún clavos, para sus canoas; pues por falta de ellos, las hacían „cosidas con cordeles y por cima las daban con un betún blanco ó naranjado en lugar de brea." (1) No fué esto solo: simulando granos de arroz les vendían arena, y barriles de agua clara por aceite de cocos; y si les decían algo, luego echaban fieros y mostraban sus armas.

Legazpi les invitaba á que subiesen á las naos; pero ellos no se fiaban, y jamás consintieron en ello. Urdaneta se entretenía en hablarles algunas palabras de su lengua, que aún recordaba después de más de cuarenta años que había estado allí; „especialmente, dice la relación anónima, contó hasta diez en su lenguaje, con que mostraron gran contento, y uno de ellos vino á nombrar á Gonza-

---

(1) T. núm. 2, pág. 237. En esto de procurarse hierro ó clavos mostraban singular empeño. No querían subir á bordo; pero abusando de la longaminidad del General, que no quería castigar sus fechorías, se atrevieron á desclavar un pedazo de hierro del timón del Patache, y forcejeaban por arrancar algunos clavos del costado de los navíos; y sin duda para de una vez hacer su negocio, hubo indio que se atrevió á saltar á un esquife, desatarlo y empeñarse en llevárselo. Gracias que lo notaron los nuestros, y dando voces desde la nao, le obligaron á dejarlo. Pues el bueno del indio, lejos de avergonzarse de la hazaña, «quedó, dice la relación, muy muerto de risa.» También cortaron y llevaron las boyas de todas las naos.

lo, que, según dijo el P. Prior *(Urdaneta)* era el nombre de un español que ellos hallaron en una isla de aquellas." (1)

El jueves 25 fueron á tomar agua á un río que había en una caleta cercana, no sin experimentar una vez más la increíble desvergüenza de los naturales que, después de haberse manifestado por muy amigos, empezaron á apedrearlos y asaetearlos, hiriendo alguna gente. Al fin para proveerse de agua tuvieron que saltar en tierra buen golpe de soldados al mando del Maestre de campo; aunque fué necesario hacer uso de las armas. Más todavía: estaban tomando agua, y no faltaron indios que, al parecer, de buena voluntad les ayudasen; „y estando así, todos juntos, los unos con los otros en toda amistad, un indio arrebató á un soldado un arcabuz que tenía al hombro y se fué huyendo con él." (2) Esta fué la señal de la desbandada; huyeron todos los indios y comenzaron á apedrear á los españoles. De allí á un rato volvieron como si nada hubiera ocurrido, diciendo que querían estar de paz, y el Maestre de Campo los admitió, lo cual tampoco fué obstáculo para que otro indio, arremetiendo de improviso á un soldado que estaba junto á él, le diera á manteniente con una vara tostada en el pecho. Gracias á la cota no le atravesó, pero le hirió en la mano, y de la herida vino á morir de allí á diez ó doce días. Sería tarea muy larga referir por menudo las bajezas y villanías que los indios de las Ladrones hicieron con los nuestros, y bastará relatar, como digno coronamiento de ellas, la que cometieron con un infeliz grumete que, al retirarse los demás españoles á las naos, se había quedado dormido entre los palmares. Apenas habían llegado los bateles á las naos cuando el sinventura apareció en la playa, y los indios, viéndole solo, se arrojaron sobre él y lo alancearon cruelmente. Cuando le echaron de menos, los nuestros enviaron el batel á toda prisa; mas era ya tarde, y sólo hallaron el cadáver del grumete. Tanta infamia no podía quedar sin castigo, y aquella misma noche salió el Maestre de Campo con alguna fuerza y destruyó y quemó las canoas y casas que halló, y después de herir y matar algunos indios en una refrie-

(1) T. I, p. 236. Refiérese á Gonzalo de Vigo, que, como se recordará, habiéndose quedado en las islas de los Ladrones, cuando la frustrada vuelta de la nao Trinidad, se agregó á la expedición Loaisa, y prestó buenos servicios en el Maluco, porque conocía la lengua de aquellas comarcas.

(2) Id. p. 242.

ga, mandó ahorcar á tres prisioneros en el mismo sitio donde mataron al grumete.

Días antes, á consecuencia de una de tantas bajezas, cogieron preso á un indio y le llevaron á la nao capitana, donde, aunque tratándole bien, le tenían con grillos. En esto acertó á pasar por allí una canoa, y el indio se arrojó al mar con grillos y todo, y se acogió á la canoa. Al punto salió el batel en su persecución, pero no le dió alcance, y se apoderó en cambio de otra canoa dande iban dos indios y una india. Quiso el General ponerse por medio de ellos en comunicación con los demás, haciéndoles ver que, aunque habían estado en las naos, habían sido bien tratados; pero todo fué inútil: soltó á la india con algunos regalos, dándole á entender que los indios quedaban allí mientras no volviesen el arcabuz robado y los grillos; pero ni se volvió á saber de la india, ni que hubiere producido efecto alguno lo hecho con ella. Quiso también soltar en tierra á los dos indios con el propio fin; pero uno de ellos, temiendo sin duda que le iban á matar, no quiso moverse de la nao, y á la mañana siguiente lo hallaron ahorcado. El otro, que era un muchacho, fué entregado á sus padres, vestido de unos zaragüelles de lienzo, y un bonete. Dióle además un peine y cuentas ó abalorios.

No se descuidó el General en tomar solemne posesión de la isla, donde todos los días se decía el Santo sacrificio de la Misa. Aprovechó el P. Urdaneta un momento en que estaban reunidos con el General los Religiosos, Capitanes y Oficiales de la Armada, para iniciar la idea de poblar en aquella isla y en sus comarcanas y despachar desde allí un navío á la Nueva España, porque haciéndolo así, se ahorraba mucho tiempo para la navegación de la que había de descubrir la vuelta, y sería muy breve la venida del socorro; y entre tanto los que quedasen podían dedicarse á descubrir lo que había más adelante hasta Filipinas, ó hasta donde les pareciese. Con esto pretendía sin duda Urdaneta eludir las responsabilidades que pudieran contraer entrando en terreno vedado, y conquistando tierras que no pertenecían á España. (1) Sin embargo, el General

(1) «Esta isla de Goam, dice la relación anónima ya citada, es alta y doblada, y toda ella á la ribera de la mar está llena de palmares de cocos y otros árboles y toda poblada de gentes é así mismo en los valles donde hay ríos está poblada, y tiene muchas sementeras de arrozales, y muchos ñames, y batatas, cañas dulces y plátanos, y estos son los mejores que he visto, porque en olor y sabor hacen gran ventaja á los de Nueva España: tienen asimismo mucho gengibre: hallóse muestra de piedra

le salió al encuentro inmediatamente, y le dijo que por nada del mundo dejaría de ir á Filipinas, como se le había ordenado. Urdaneta no insistió, aunque pudo sostener su dictamen con excelentes razones, como la de que todavía era factible el cumplimiento de lo preceptuado por la Audiencia, con solo que destacasen una de las embarcaciones para el Archipiélago Magallánico, mientras la Capitana volvía á la Nueva España, quedando otra en Goam. Mas como la letra del mandato rezaba cosa distinta, atúvose el Agustino sin réplica ni oposición ninguna al dictamen del General, y se dió por terminado el incidente. En este caso, lo mismo que al abrirse los pliegos de la Audiencia, Legazpi no vaciló en separarse del dictamen de Urdaneta, contra lo que Juan Pablo de Carrión suponía. *Suum cuique.*

El sábado 3 de Febrero salió la Armada de Guani ó Goaham, y diez días después llegó con toda felicidad á Filipinas. (1) Surgieron en la isla de Samar. Los indios daban y le dan todavía el nombre de Ibabao á la parte Este de la isla: de ahí el de Cibabao que le dieron los españoles á su llegada á la isla de Samar.

---

azufre. Los altos de la tierra todo es lomas peladas.» No había ningún género de carne; solo vieron unas tortolillas en jaulas. Tienen muchas clases de pescado, que lo cogen con anzuelos y redes. «Las casas tienen altas, prosigue, polidas é bien fechas, altas un estado del suelo sobre unos pilares de piedra grande, e sobre aquellos arman el sobrado y tienen su sala, cámaras é repartimientos....» —«Tenían otras casas grandes como Tarazana, que no son de vivienda, sino de comunidad, en que ponen los paraos grandes y canoas á la sombra, y en cada barrio hay una atarazana destas, una de las cuales estaba á donde tomamos el agua, muy hermosa, de cuatro nabes, fecha en cruzero, que podían estar en ella muy á placer 200 hombres, cincuenta en cada nabe: eran muy espaciosas, anchas y altas y muy de ver. En esta se dijo Misa los dias que allí estobimos.... No se pudo entender si tienen señor (*Jefe de la Isla),* mas de por lo que se vido parecía que no, sino que viven por barrios ó parentelas.» T. I, p. 250-1.

(1) La relación anónima dice que habiendo visto tierra ese día 13 *por la mañana,* surgieron en una bahía grande *á la hora de vísperas;* en la relación de *Pierres* Plun se lee: «Martes á 13 dias de Hebrero, á las 7 de la mañana vimos las Filipinas ..... y á las 7 de la tarde dimos fondo en 35 brazas.» La de Jaime Fortún y Diego Martin dice; Martes 13 de Hebrero vimos tierra;.... surgióse aquel día al reparo de la isleta.» Esteban Rodríguez difiere de todos, y escribe: «Miércoles, á 14 del dicho, anduvimos quinze leguas, hasta el medio día, y á medio día vimos tierra por la proa, de las Filipinas, una isla muy grande.» No precisa la hora en que dieron fondo, pero dice: «Surgimos.... miércoles en la tarde á 14 de Febrero de 1565 años.» Id. T. I, pp. 294—5.

La diferencia de horas en ver tierra y en surgir, se explica fácilmente, observando que como las naos iban algo distantes unas de otras, ni podían sus tripulantes avistar la isla, ni llegar las naos al puerto á una misma hora. Lo de señalar el día 14 como de llegada parece equivocación del Piloto E. Rodríguez, ya que los demás están unánimes en que fué el 13.

El P. Urdaneta salió con el Maestre de Campo y el Capitán Goiti en demanda de un buen puerto, río ó población, y á ver de ponerse al habla con los indios; pero, aunque vieron algunos en canoas, no quisieron esperar ni oirlos. Al día siguiente llegó una canoa con algunos indios á la nao capitana, y dieron á entender que aquella isla se llamaba Ibabao (los españoles entendieron que Cibabao, hoy Samar) y nombraron también algunos principales de la isla y pueblos de la comarca. El General les dió algunas baratijas, y les rogó que llamasen á los Jefes, con quienes quería contratar paz y amistad. Ellos, muy contentos del buen recibimiento, prometieron que así lo harían, y, en efecto, vinieron al día siguiente más canoas con buen golpe de indios, que entraron en la Capitana. El General los trató muy bien dándoles de comer y de beber y algunos rescates, con que se mostraron muy satisfechos. Aprovechó Legazpi esta coyuntura para tomar solemnemente posesión de la isla por medio del Alférez Mayor, Andrés de Ibarra (1), previa la formalidad de hacer las paces con el supuesto Jefe Calayón, que era uno de los que acudieron á la nao.

Experimentaba la flota verdadera necesidad de bastimentos, y quería el General mover á los indios á que se los trajeran; pero ellos, largos en prometer, traíanlos en cantidad escasísima: un gallo, un huevo, vino de palmas, y uno de los Jefes se alargó á traer un cerdo, que le fué bien pagado. Pasaban días sin que los indios dieran muestras de sinceridad en sus promesas, y Legazpi mandó en dirección Norte al Capitán Juan de la Isla con algunos soldados y dos religiosos; y por la parte Sur al Alférez Mayor Andrés de Ibarra, en busca de un puerto que ofreciera mayor seguridad, y desde donde pudiesen obtener mejores y más ventajosas relaciones con los indígenas; mas entrambas expediciones volvieron sin haber logrado nada y la capitaneada por Juan de la Isla con un individuo menos, llamado Francisco Gómez, el cual pagó su temeridad en saltar á tierra, muriendo villanamente alanceado á traición por un indio.

El día 20 abandonó la Armada el puerto de la isla de Samar, y al siguiente surgió en una bahía de la de Leyte, al que nombraron de San Pedro. Aquí vinieron también varios indios que se decían

(1) Consta del testimonio auténtico del hecho, llevado á efecto el día 15 de Febrero de 1565. Id. T. núm. 2, pp. 351—2.

principales, y prometieron montes y morenas; pero los resultados fueron nulos: ninguno de ellos volvió, á pesar de haber sido recibidos cariñosamente.

„Un indio que vino aquí," dice la relación anónima, „hablaba algunas palabras castellanas: decía, *comamos, bebamos todos,* y respondía *sí,* y otras palabras." (1) Visto, pues, que en esta bahía, lo mismo que en el primer puerto los indios no pasaban de buenas palabras, Legazpi mandó al Capitán Martín de Goiti á un viaje de exploración; y ya que el alejamiento de los indios iba picando en historia, y no era posible sostenerse por mucho tiempo en aquella situación, Goiti debía buscar un buen puerto, costeando la isla de Leyte en que estaban, y ponerse en relación con los naturales de los pueblos que encontrase. En vez de seis días, término que le había fijado el General para la expedición, tardó Goiti diez, y dió noticia de que había hallado un surgidero bastante razonable, aunque no merecía el nombre de puerto, cerca de un pueblo llamado Cabolían, donde estaban cargando de arroz varios paraos grandes, que parecían de otra tierra. Los indios le hicieron una de las suyas, hiriendo gravemente por la ingle á un criado suyo, que mientras los demás estaban tomando agua en un río, se alejó algo de sus compañeros. A los tres días murió el muchacho. Entre tanto Legazpi tomó solemne posesión de Leyte; y al subir hacia un pueblo cercano, halló á los indios en són de guerra, metiendo grande algazara, haciendo fieros y dando cuchilladas á los árboles, cual si quisieran decir que otro tanto harían con los españoles. Semejante actitud obligó al General á volver por donde había ido, porque no entraba en sus planes guerrear con los indios; pero éstos entendieron que el miedo ó la falta de fuerza le obligaba á la retirada, y la emprendieron á pedradas con los españoles. A pesar de todo no consintió en que se les hiciera daño, y sí sólo que se disparasen un par de tiros de arcabuz al aire, con lo cual ya no esperaron otro aviso y huyeron á la desbandada.

Diez días estuvo la Armada en esta bahía; y en vista de las noticias que traía Goiti, salió de ella el día 5 de Marzo, y aquella misma tarde dió fondo junto á Cabalían, donde le esperaban parecidos desengaños á los experimentados hasta entonces. A su llegada vie-

---

(1) Id. T. núm. 2, pág. 259.

ron los españoles mucha gente que andaba entre palmares, pero nadie osaba salir á la playa; vieron asimismo muchos puercos, gallinas y perros, y una espléndida vegetación, sin que faltasen grandes y hermosas sementeras de arroz y de millo. Salió un batel á tierra á llamar á los indios y á darles á entender que los nuestros iban como amigos. No tardó en venir una canoa tripulada por tres ó cuatro naturales, cuyo jefe llamábase Camotuan, que pasaba por hijo del señor del pueblo. Legazpi los recibió muy bien, como de costumbre, y á la demanda del indio de sangrarse con el General, respondióle éste que se sangraría el Alférez Mayor, diciéndole que era su hijo. Mostró el indio contentarse de ello y se sangró con el Alférez Mayor, y el Comotuan entregó al Alférez una toca que traía en la cabeza, y éste á él un paño de manos, y quedaron hechas al parecer las amistades. Para mejor confirmarlas, le dió el General cuentas, un espejo y un bonete de grana, y lo mismo á los demás que con él venían, rogándoles que le vendieran puercos, arroz y gallinas, que él se los pagaría contento. A todo accedieron ellos, al parecer gustosos; pero aquí se repitió una vez más la historia de todos los puertos donde habían tocado: aquella noche se dieron gran prisa en recoger cuanto pudieron, y de ello se dieron cuenta los españoles por el bullicio y algazara con que lo hacían; pero el General ordenó quo nadie se metiera con ellos, y que se les dejase en amplia libertad de obrar como quisieran. Inútil es decir que aquellos tan obsequiados indígenas de la víspera se eclipsaron como si la tierra se los hubiera tragado. Legazpi entonces mandólos requerir desde la nao una, dos y tres veces „en lengua de Maluco, y con algunos vocablos que teníamos de su lengua propia..... é aunque algunos indios se paraban entre las palmas á escucharlo, y era tan cerca que podían escuchar y entender, no respondían cosa ninguna.“ Todo lo que Legazpi exigía era que le llevasen bastimentos, que había de pagárselos muy bien; pero inútilmente. Idénticos requerimientos mandó hacer en tierra el Alférez Mayor, que dieron iguales resultados, mas en esto se encontró con su amigo Camotuan, con quien el día antes se había sangrado en señal de paz, y le rogó que se llegase á la nao Capitana. El indio lo hizo así, y explicó el alejamiento de sus paisanos, diciendo que tenían gran temor de ver aquellas naos tan grandes, y que su padre (por quien asimismo le preguntaron) no podía venir, por estar ciego y ser ade-

más muy anciano. Inútil fué el retener á Camotuan con tres más, y mandar aviso á tierra con otros que con él habían venido, para que, siquiera por respeto á los que en la nao quedaban, trajesen los bastimentos tantas veces pedidos. En su virtud, Legazpi creyó llegado el caso ya de tomar á buena cuenta lo que los indios de su voluntad no se lo querían llevar; mas para no obrar de ligero, mandó reunir una junta de Oficiales, Capitanes y demás personas de cuenta y les pidió su parecer, exponiéndoles el caso, y haciéndoles notar la falta de alimentos (especialmente de carne, que no había ninguna), y las palabras dadas por los indios de abastecerlos en virtud de las amistades hechas. Todos, de común acuerdo, resolvieron que procedía saltar en tierra y tomar los bastimentos que hallasen; pero sin perjudicar en lo más mínimo á los indios, y pagándoles religiosamente, para lo cual debían trasladarse á tierra, juntamente con la fuerza necesaria, los Oficiales reales, que eran los encargados de estos menesteres. Así se hizo, y hallaron haber recogido cuarenta y cinco puercos, entre chicos y grandes, y como treinta cargas de ñames y batatas, y consultando con todos el precio de lo recogido, se apartó en cosas de cuentas (margaritas, bonetes de grana, cuchillos, tijeras y otras cosas á este tenor) lo que á todos pareció; mostráronselo también al indio que estaba en la nao, indicándole cómo aquello era en pago de lo recogido en tierra, y también mostró su conformidad. Todo ello se mandó á tierra con uno de los indios que estaban con Camotuan, para que lo repartiese á sus paisanos. De allá á un rato aparecieron varios en la playa, dando voces y arrastrando un puerco que traían, y diciendo que lo daban porque soltasen á Camotuan. Díjoles el General que Camotuan estaba en las naos porque quería, y de ningún modo contra su voluntad.

Aprovecharon los españoles la estancia de los indios en la Armada para enterarse de cosas que sobremanera les interesaban: así tuvieron importantes noticias de las islas y pueblos cercanos y de sus producciones. Entonces supieron también que en la isla de Mindanao, que se divisaba desde Cabalían, había mucho oro y canela, y que ésta se daba asimismo en Camiguinin (hoy Camiguin), islita situada al Norte de la de Mindanao. Pero, sin perjuicio de visitar más tarde estas islas, tenía el General particular empeño en llegar á la de Mazagua (hoy Limasaua ó Dimasaua), porque sus habitantes se habían mostrado buenos amigos de los españoles en

la expedición anterior, y todos esperaban hallar buena acogida en ella. Guiados por Camotuan dirigiéronse, pues, á dicha isla; pero el indio hizo al General una indicación significativa: no querían que les viesen los de Mazagua, *porque no se enojasen con ellos por haberlos llevado allí;* señal indudable de que los indígenas, sin exceptuar los supuestos amigos de Mazagua, conceptuaban como un mal considerable la arribada de los españoles á sus islas. Con todo no se desanimaron éstos; y á fin de presentarse cual convenía á amigos antiguos y con la esperanza de ser bien recibido, Legazpi „mandó hacer una chamarra de terciopelo todo, y un capote de grana con tres franjas de terciopelo azul, que se acabó antes que llegasen á Mazagua, y el mismo sábado (el viernes 9 habían salido de Cabalían) el General embió al Prior (P. Urdaneta) y al Maese de Campo en los bateles delante para que dijesen al Rey cómo de parte de la Majestad Real del Rey de Castilla le venía á visitar y le traía un presente, y esto para asegurarle si por caso tobiese algún miedo ó alteración viendo nuestra Armada.“ (1) Ello no iría muy ajustado á la talla y proporciones del supuesto monarca indio, á quien no conocían; pero á lo menos les pareció prueba suficiente de las consideraciones que al de España le merecía, y de la gratitud que en todos despertaba el comportamiento del Jefe indígena con los expedicionarios anteriores. Esto con la elección de los embajadores que destinó Legazpi para presentarse al Régulo indio (el P. Urdaneta y el Maestre de Campo, las dos personas más caracterizadas de la Armada, después del General) nos da la medida de lo mucho que esperaba de él. Salieron los bateles y se dirigieron á aquella parte de la isla donde se tenía noticia de que estaba el pueblo, como si dijéramos la corte del monarca indio, y no divisaron casa ni persona alguna, y prosiguiendo la costa por el Norte hasta el Poniente „no vieron más de solo un indio que desde encima de

(1) Id. T. núm. 2, p. 274. Nótese aquí, una vez más, cómo los españoles no concluían de entender la vida política de aquellos pueblos. Por fuerza habían de tener rey ó señor, que fuera jefe indiscutible por lo menos de la isla donde vivía. Lo malo es que no había tal rey; pues reconocían á un cacique en cada pueblo, y la isla, como tal, estaba acéfala, cualquiera que fuese, por lo mismo que cada ranchería tenía su jefe, y carecían de uno que, siéndolo de toda la isla, diera unidad y cohesión á todos los elementos de ella. Consecuencia inevitable de esta equivocación, era que, creyendo haberse entendido con el rey de la isla por solo haber hecho paces con un cacique de cualquiera de sus rancherías, procedían confiadamente. De ahí sangrientas sorpresas y tardíos desengaños.

un peñasco les dió vozes ,y ellos á él, y le dijeron cómo eran de Castilla, haciéndole señas que bajase á la marina para hablalle; y como el indio entendió ser gente de Castilla, bajó del peñasco por una escalera de cordeles y bejucos (palabra de origen mejicano con que se indican todas las especies de *calamus*), y pensando venía para bajar á la playa á ver la gente, le aguardaron un gran rato; mas el indio no hizo sino, como bajó del peñasco, subió en una montañuela donde estaba una casilla, á la cual pegó fuego, y á toda furia volvió á empeñolarse en la peña, subiendo por la misma escalera, y estando arriba, la cortó y dejó caer, y dió voces á los bateles." (1)

Tan lamentable fin, ó tan nulo más bien tuvo la Embajada, y las esperanzas que los españoles habían concebido en ella se deshicieron como ligeras nubes disipadas por el huracán. Y esa sin duda que, como las Islas recorridas por ellos están cercanas las unas de las otras, en todas se tuvo noticia de la llegada de la flota, y los indios tenían puestos sus atalayadores, que les diesen oportuno aviso de que se acercaban los españoles, y en cuanto los divisaban, hacían las señales de antemano convenidas, para que los demás se diesen prisa en poner en cobro todo su ajuar, mujeres é hijos.

No esperaron los españoles nuevas señales de desvío, si no de enemistad declarada, de los mazaguanos para no intentar siquiera surgir en ningún puerto de la isla: al punto se dirigieron á la que las relaciones contemporáneas llaman Camiguinin, y viendo que no tenía objeto retener en las naos á Camotuan y paisanos que le acompañaban, los despachó Legazpi para Cabalían, despues de obsequiarlos espléndidamente. (2)

---

(1) Id. T. I, p. 275.

(2) «Para convertirles á nuestra amistad, demás del buen tratamiento que en la compañía se les hizo, á la partida mandó vestir á Camotuan y á otro principal de paño verde, chamarras, zaragüelles y bonetes, y á los otros dos de lienzo de Ruan; y así vestidos, les mandó dar su canoa y viscocho y carne de puerco que les bastase para tres días, y una botija perulera de agua, y les dió licencia que se fuesen, y les dió una carta para D. Alonso de Arellano, que se la diesen si á su pueblo apostase; y les rogó que siempre que navíos ó gentes de Castilla llegasen á su pueblo los recibiesen bien y les vendiesen bastimentos, por que no les harían mal ninguno, lo cual prometieron de hacer; y era tanto el contento y alegría que mostraron de que se les diere licencia y tan buen despedimento, que era cosa de ver; y así se partieron abrazando al General, dándole gracias por el buen tratamiento; y cuando salían por la nao y en canoa iban diciendo: *Castilla y Cabalian amigos, amigos,* y juntando dos dedos de la mano decían que habían de ser así.» Id. T. I, p. 276.

Punto más ó menos el *recibimiento* que tuvieron en Camiguinin fué el mismo de todas las islas visitadas: algunos indios que huyen, y rancherías desamparadas por sus habitantes. Así pues, consultado el caso con las personas principales de la Armada, y obtenido el consentimiento de todos, resolvió el General pasar á Butuan, pueblo de la isla de Mindanao, del cual se tenía noticia de que mantenía activo comercio con islas y pueblos lejanos.

El día 14 de Marzo partieron de Camiguin, y al querer pasar á la isla de Butuan, el viento y las corrientes contrarias les obligaron á tomar la isla de Bohol. Los Capitanes, Juan de la Isla por el Poniente y Goiti por el Levante, salieron en demanda de algún pueblo, río ó puerto, y el Maestre de Campo se internó por la isla. Goiti topó con una barca india, cuyos tripulantes huyeron á nado á tierra, y la encontró llena de arroz y ñames. El General mandó inventariar cuanto venía para pagárselo á su dueño. El Maestre de Campo dió en una ranchería como de veinte casas, totalmente vacías y sin alma viviente; pero cogió á uno de los indios que habían huído de la barca y le llevó á las naos, el cual dijo ser esclavo de uno de ellos y que la barca venía de Cebú. No quiso ir á llamar á los demás, y una noche se descolgó de la Capitana y se fué á tierra. Juan de la Isla volvió con la noticia de que á cuatro ó cinco leguas de allí había una caleta bastante buena.

Celebróse junta de notables con el General, y se convino en mandar al Patache á Butuan al mando de Juan de la Isla, bien provisto de gente, de artillería y municiones. Iban tambien el Tesorero y el Factor de Su Majestad y uno de los Religiosos.

En esto el Maestre de Campo avisó al General que desde la Almiranta, que estaba á sotavento de la Capitana, había visto un junco ó embarcación grande, y que había enviado allí su batel con cinco hombres á reconocer qué navío era. A Legazpi le parecieron pocos, y les mandó ir al propio Maestre y al Capitán Goiti con los soldados que cupieren en el batel de la Capitana; y que si veían que el junco era de los naturales de aquellas islas, que le dejasen ir; y que si fuese extranjero, le invitaran á que se llegase hasta la Armada, procurando en todo caso no llegarse á las manos. Con esto el General se trasladó con las naos á la antes indicada caleta de Bohol, y allí se encontró con el batel de la Almiranta donde venían hasta veinte castellanos heridos de la refriega que habían te-

nido con los del junco. El otro batel venía atrás, trayendo el junco apresado á remolque. Lo ocurrido fué que los tripulante de éste, que eran de Borneo, al ver el batel de los castellanos con solos cinco hombres, se burlaron de ellos, y no sólo no quisieron oírlos, sino que de buenas á primeras les empezaron á disparar con un verso y dos arcabuces. En esto llegó el batel de la Capitana, y los dos se acercaron al junco, requiriéndole de paz y amistad; mas viendo que hacían el mismo caso de los dos que de uno solo, y que sin dejar de disparar daban voces diciendo en castellano: *A bordo, á bordo*, los españoles, cuyos ardores bélicos habían estado largo tiempo comprimidos, arremetieron contra ellos, mataron á su capitán; huyeron algunos en una canoa que tenían por batel á la popa, y cayeron prisioneros seis ó siete, entre ellos un Piloto y el Factor del Rey de Borneo, los cuales se entendieron en malayo con el P. Urdaneta. Contáronle que el junco era de un portugués, por nombre Antón Maletis, y que habían venido por allí á contratar ó comerciar por las islas, y que todo lo que traían era del Rey de Borneo. Preguntóles el General porqué no se habían dado á razones antes de venirse á las manos, pues los españoles no querían guerrear con nadie, y respondieron que ellos no los conocían ni entendían, y con solo ver que eran extranjeros se creyeron obligados á defender sus vidas y haciendas. El General los consoló á todos, diciéndoles que lamentaba lo ocurrido, pero que no se apenasen, pues aunque la culpa había sido de ellos, él no atendía más que al amor y voluntad que el Rey de España tenía al de Borneo, y á lo mucho que deseaba que los vasallos de entrambos se entendieran y comerciasen entre sí, en paz y amistad; y en prueba de ello y de que sus palabras no eran vanas, sino que se traducían inmediatamente en hechos, les dejaba libres, para que hiciesen lo que quisieran. No contento con esto, les dió al punto su junco con todo lo que en él venía, pues desde que llegaron á bordo de la Capitana, no consintió que ningún español entrase en el junco, ni tocase cosa ninguna de él. Asombrados y profundamente agradecidos quedaron los borneyes de la jamás por ellos vista generosidad del General „no pensando sino que sus bienes eran ya ajenos y sus personas cautivas,“ (1) y después de darle rendidas gracias, le rogaron que les diese una carta para el Rey de Borneo, porque ellos debían

(1) Id. T. núm. 2, pág. 288.

darle cuenta de esta merced que en nombre del Rey de España se les había hecho.

Dicho se está que tales liberalidades no iban á humo de pajas: el General debía utilizar (buen consejero tenía para ello en Urdaneta, que se entendió con los borneyes en lengua malaya) y utilizó aquella oportunidad para enterarse de las mercaderías que traían á las islas, y de dónde y á qué precios las compraban y las vendían. Informóse igualmente del número y calidad de las islas Filipinas; de sus producciones, comercio, costumbres y religión, etc., etc. Los moros le contestaron que traían „hierro y estaño, y que esto se trae de la China: porcelanas, campanas de cobre á su modo, menjuy, (benjui) y mantas pintadas de la India: sartenes, cazuelas de hierro templado, el cual es un hierro tan fácil de quebrarse como bidro (vidrio) con cualquier golpe que le dén: traen hierros de lanzas, cuchillos y otras bujerías, y que todo esto lo dan por oro y esclabos y unos caracoles que dicen ser moneda en Siam é Patan, cera, de que abundan estas islas, mantas blancas que sean baratas, porque hay muchas, y dellas tenían muchas los moros. Mas de haberles soltado y vuéltoles su parao y ropa ningún contento rescibió la gente y soldados del Armada, *de lo cual murmuraron reciamente.*" (1) Se explica este descontento *de la gente y soldados de la Armada.* Había muerto un soldado en la refriega, y, como hemos dicho ya, salieron veinte heridos; creían, pues, haber hecho bastante sacrificio para que se declarase como *buena presa* lo capturado, y no podían llevar en paciencia que el General, con una liberalidad que ellos no se explicaban, devolviese á los borneyes todo lo que traian, juntamente con la libertad de sus personas. Y porque los soldados en el primer momento se habían apoderado de buen número de mantas delgadas, (las que ellos declararon fueron cuatro cientas y treinta) para vestirse con ellas, que estaban casi desnudos, se les pagó religiosamente á los borneyes, y se les devolvió cuanto los soldados restituyeron, gracias á un bando del General y á los buenos oficios é influencias de los PP. Agustinos (2).

(1) Id. T. 2, p. 289.

(2) «Recogiéronse entre los soldados como veinticinco onzas y media de oro en joyas quebradas, y una campana; dos panes de menjuy y cierta cantidad de zera, y libra y media de seda de colores, floja, en madejas, y veinte porcelanas, y unas bazinicas de latón, un anillo de oro, y ciertas mantillas y otras presas.» Id. T. núm. 2, p. 311.

Preciso es, sin embargo convenir en que este fué el primer jalón que se echó para la conquista que se pretendía, y que bien se puede calificar de paso de gigante el que se dió con el comportamiento que se tuvo con los borneyes, según se irá viendo en el curso de esta historia. El General, admirablemente aconsejado, lo entendió así desde luego, y utilizó con gran sagacidad los medios que se le venían á las manos.

El Piloto borney, que al decir de las relaciones contemporáneas era el más práctico de todos sus paisanos, despierto y desenvuelto para todo, quiso á su vez conocer los géneros que para contratar llevaban los españoles; y apenas los vió "dijo que aquellos resgates no eran para estas islas, y que aunque por aquí anduviésemos diez años no acabaríamos de vender tantas sedas, paños y lienzos; que fuésemos á Borney, y que en ocho días lo despacharíamos todo, ó en Siam, ó Patan, ó Malaca; porque por estas Provincias se despacharían bien" (1). El propio moro informó á Legazpi que en el río de Butuan (Mindanao) y en otros puntos de la misma isla como Surigao y Caraga, así como también en otras islas, había oro; y añadió que entonces mismo había en Butuan dos juncos *de Luzón,* rescatando oro, cera y esclavos, y que lo mismo á los de Luzón que á los de Borneo los llamaban chinos; pero que en realidad no lo eran, ni venían á Filipinas los barcos chinos, que por demasiado grandes no eran para navegar por entre islas, y que solo iban á Borneo y á Luzón (2). Los borneyes distinguían entre lasis las Bisayas (de las cuales las principales son: *Samar*, *Negros, Panay, Leyte y Cebú)* y Luzón, que constituía entidad aparte en aquel entonces.

De otro punto capital dióle también noticia el Piloto borney al General, pues preguntándole éste porqué los naturales de la isla de Bohol no parecían por la Armada, le dijo "que porque había dos

(1) Id. T. núm. 2, p. 290.

(2) Aunque nosotros denominamos *Filipinas* á todas las islas que han estado sometidas á España, en aquel Archipiélago, es indudable que en la época de su conquista los habitantes de Luzón eran tan extranjeros para los visayas como los chinos: no había entre ellos lazo alguno de unión, ni más relaciones que las provenientes del escaso comercio que los de Luzón sostenían con algunas islas visayas y con Mindanao. En suma, igual que los borneyes arribaban allí los de Luzón con alguna frecuencia, según informes que parecían verídicos, del piloto borney. No es de extrañar, pues, que las primeras relaciones de Filipinas hablen de Luzón como de un país lejano y no nada relacionado con las primeras islas que visitaron los españoles.

años, poco más, que ocho paraos de Maluco vinieron á esta costa, y en ellos muchos *castellanos* de los que residen en Maluco con mucha artillería, y que estando en estas islas, en el pueblo de Bohol de paz, donde les recibieron con toda amistad, estando los de la tierra seguros, un día los saquearon, robaron, mataron y cautivaron mucha cantidad de gente, y después fueron por toda esta costa haciendo todo el daño que pudieron, hasta la isla de Mazagua, y allí procuraron de hacer lo mismo, y que los indios les mataron cuatro *españoles,* y de allí se fueron á Maluco, vendiendo por esclavos por la parte que pasaban la gente que prendieron en esta isla, y que desde entonces tienen tan grande temor los indios, que no osan esperar, ni parescer, y aun á ellos con ser sus amigos y conoscerlos, no los esperan, porque es muy grande el temor que tienen, *y sabiendo que son de Castilla no aprovechará asegurarlos con cosa ninguna.*" (1) El General se apresuró á deshacer aquel terrible equívoco, diciendo que los españoles ó castellanos nada teníán que ver con los portugueses del Maluco; contestó el borney que él bien lo sabía; mas como los portugueses que venían en los paraos del Maluco „decían que eran de Castilla" los indígenas no querían ni ver naos que así se apellidasen.

No queremos inculpar á nadie de cosa no perfectamente comprobada; pero tenemos un hecho patente: el terror pánico que se apoderaba de los indios á la sola vista de los navíos españoles, y una explicación de ese hecho: la suministrada por el Piloto borney. ¿Que no es la verdadera? Mucho lo celebraríamos: que no tenemos empeño alguno en echar sobre nadie, y menos sobre los portugueses, un tan negro borrón. Pero la Historia tiene sus fueros, y el historiador sus deberes, y creemos que no cumpliríamos con los nuestros si omitiésemos lo que en documentos como los citados por modo tan terminante se hace constar, no una, sino repetidísimas veces.

De conformidad con los datos que se le ofrecían, el General puso todo su conato en deshacer la fábula que tan cara le iba costando, y en que entendiesen los indígenas que no habían sido los castellanos los autores de tanta maldad, y que la palabra que ellos dan de amistad la guardan inviolablemente; pero añade la relación que

---

(1) Id. T. 2, p. 292—3.

extractamos que serían menester milagros verdaderos para conseguirlo, y que tal vez no bastarían. Puso, pues, manos á la obra, y rogó al Piloto borney que saltase en tierra y hablase á los principales indios en el sentido dicho, y les hiciera venir á las naos, asegurándoles, que lejos de atentar contra ellos ni contra sus haciendas, les haría todo regalo y buen tratamiento. El Piloto le contestó que conocía cerca de allí á un indio principal, llamado Cicatuna, y que iría á rogarle que viniese, y metiéndose en una canoa fué á cumplir su palabra. Entre tanto los demás borneyes confirmaron cuanto había dicho su compañero, „siendo conformes en declarar el daño que los portugueses y malucanos hicieron en estas islas, y que traían el nombre castellano, y lo mismo el temor grande que los naturales de estas islas por esta causa tenían al nombre de Castilla; y por ser cosa tan conveniente que Su Majestad sea informado de tan gran maldad, mandó se hiciese informaclón de los daños, muertes y prisiones y robos que los portugueses en estas islas hicieron, lo cual va con esta relación.“ (1) Si los indios de las demás islas recorridas se manifestaban escamados y temerosos, nada extraño es que los de Bohol, donde, por lo visto, se cometieron los primeros y principales atentados contra sus personas, estuvieran doblemente desconfiados, y fué preciso condescender con ellos y no perder de vista su situación para sacar el partido posible.

El piloto habló con su amigo Cicatuna, y se esforzó en hacerle comprender que no se trataba de semejantes *castellanos,* sino de otros muy distintos; que ellos cifraban sus deseos en ser buenos amigos de los naturales; y al volver á la Capitana, aconsejó al General que, á fin de ir acortando distancias, enviase desde luego á tierra un español que hiciese paces con los indios. En su vista, mandó con el borney á un soldado, por nombre Santiago. Cicatuna le recibió muy bien y le dió de comer, y le dijo que se sangrase con un hijo suyo, como lo hizo, prometiéndole que al día siguiente se llegaría á las naos. Por la mayor ventura del mundo y contra lo que temían, Cicatuna *casi* cumplió su palabra: no fué á las naos, porque no se habían disipado aún todos sus temores; pero sí á la playa, desde donde notificó al General su llegada. Al punto saltaron en tierra los borneyes, á quienes todavía manifestó su repug-

(1) Id. T. 2, p. 295.

nancia para ir á los navíos: quería que el General fuese allá, y solo, porque este sería el modo de tranquilizar á los indios. Respondió Legazpi que un enviado de Príncipe tan grande como el Rey de Castilla no podía ir solo; y que además, aunque él quisiera, no le dejarían los suyos. Al fin se convino en que mandase á la playa dos españoles y dos borneyes, en calidad de rehenes, y que con esto se llegaría Cicatuna á las naos, y así se hizo. Venía acompañado de otros cuatro ó cinco indios, y „el General le rescivió graciosamente con las muestras de amistad y halago posible;“ hiciéronse las paces en la forma consabida entre el General y Cicatuna, (1) y quedó éste, al parecer, contento y satisfecho; y para echar el último sello á la amistad se improvisó un *banquete*, con conservas y vino de Castilla. De sobremesa enderezó Legazpi su conversación sobre el asunto que para él era de gran interés, y manifestó al indio que los españoles, que desde antes de trabar amistad habían respetado las vidas y haciendas de los de Bohol, mucho más las respetarían ahora; que en tal supuesto podían venir los indios á la Armada con entera seguridad, y que les pagarían muy bien cuanto quisieran traer, principalmente arroz, puercos, gallinas y cabras.

Cicatuna le expuso que por falta de lluvias no se había cogido apenas arroz, pero que había cabras, puercos y gallinas, y que los naturales se los traerían, y le confirmó en lo dicho por los borneyes sobre los atropellos cometidos por los portugueses. El General aprovechó tan oportuna coyuntura para desvanecer los temores del indio, y le despachó, regalándole cuatro varas de manteles alemaniscos, un espejo, una bacinica, cuchillos, tijeras y cuentas; y á los que con él venían dióles asimismo algunas baratijas, con que se despidieron muy contentos.

Los indios iban perdiendo el miedo á la Armada, y empezaron á llevar pescado, principalmente sardinas, de que hay gran cantidad. Aun por simple curiosidad llegaban muchos, parándose á contemplar la grandeza y majestad de las naos, y algunos hasta entraban á bordo, prueba de la gran confianza que Legazpi, á fuerza de paciencia y de sacrificios, iba inspirando á los indígenas.

(1) «El principal quiso sangrarse con el General, por que así se zelebra su verdadera amistad, lo qual se hizo sacándose de los pechos cada dos gotas de sangre, revolviéndolas con bino en una taza de plata, y después dividido en dos tazas, tanto el uno como el otro, ambos á la par bebieron cada uno su mitad de aquella sangre y bino, lo qual fecho mostró el Principal gran contento.» Id. Tom. núm. 2, pág. 297.

A fin de adquirir más amplia noticia de las islas que se divisaban desde la misma caleta donde estaban surtos, propuso el General al piloto de Borneo que sirviera de guía á los españoles en una excursión que pensaba mandar á Cebú, y al punto se ofreció. Entonces, con parecer de Urdaneta, del Maestre de Campo y otras personas, dispuso que se despachase la Fragata, con Juan de Aguirre y el Piloto Mayor, ordenándoles que fuesen costeando las islas que se veían hasta Cebú, y reconociendo las entradas, ríos y bahías que hubiera, y trabando, de paso, amistad con los jefes que hallasen. Además del Piloto borney iba como intérprete un negro que había estado en la India y era muy conocedor de diversas lenguas, principalmente de la malaya. Llevaban también orden de averiguar si aún había españoles en Cebú, como se decía.

Ofrecíansele al General frecuentes ocasiones de manifestar su inquebrantable fidelidad á las paces contratadas con los indios, y no fué de las menos notables la siguiente: iba una noche el batel de la Capitana por agua á un río cercano, cuando acertó á pasar por allí un parao grande, cargado de arroz y ñames. Los indios que lo tripulaban, en cuanto vieron el batel, dieron con el parao en tierra, y huyeron desatinados, llevando lo poco que pudieron, y desamparando desde luego su embarcación. Los del batel lo llevaron á la capitana y se lo entregaron á Legazpi, el cual, á fin de justificar su proceder cuando conviniera, llamó á los borneyes que entrasen en el parao y viesen lo que había, añadiendo que ni habia entrado ni entraría ningún español, hasta que vinieran los indios. Con esto mandó llamar á Cicatuna para que se enterase de todo lo ocurrido, y echase de ver la escrupulosidad con que los españoles sabían cumplir con su palabra. Vino, en efecto, Cicatuna, rodeado de muchos indios, y dijo que aquel parao era de un vasallo suyo, que lo traía de Cabalían, cargado de bastimentos. El general se lo entregó tal como lo habían traído, y los indígenas lo llevaron con grande alegría, bien seguros, porque así se lo certificaron también los borneyes, de que no faltaba del parao una hilacha. Días después hubo un encuentro parecido; pero los indios ya no manifestaron la desconfianza de antes; por el contrario, saludaron á los españoles como amigos, y uno de ellos saltó al batel „y por señas tuvo gran conversación con los nuestros. Y con esto y con haberles vuelto el parao se aseguraron los indios tanto, que cada día venían más canoas

á las naos á vender pescado y cera, y un día trajeron un puerco hecho pedazos, y lo vendieron, y una cabra, aunque algunos de los nuestros la tovieron por carne de perro." (1) Pero mucho más que los escasos bastimentos que hasta entones iban llevando los indios significaba el haberse puesto en contacto amistoso con ellos; el enterarse de su manera de pensar, el poder utilizar sus servicios en muchos casos, y, en una palabra, el haber logrado inspirarles confianza para conseguir los altos fines á que se enderezaban los esfuerzos y sacrificios de todos; pues de seguir como hasta entonces era de temer una catástrofe más, parecida á las que aniquilaron las Armadas precedentes. Y es hora de hacer notar que las ventajas que iban obteniendo, aunque muy escasas todavía, eran debidas, en gran parte, al eficaz auxilio prestado por los borneyes, que, aunque nada desinteresado y en muchos casos poco leal, era debido al exceso de generosidad usada con ellos por Legazpi contra las *recias críticas* de su gente.

Las noticias de esa generosidad, juntamente con la que podemos decir que derrochaba con los naturales, se extendía por Bohol, y á poco vino á la Armada otro indio de los más notables de la isla, llamado Cigala. Este, aunque dijo también que sus paisanos se retraían de los españoles, por las causas que ya conocemos, añadió que sólo por haber estado ausente de la isla había él dejado de venir. Se repitieron con Cigala, punto más punto menos, todas las ceremonias de paz y amistad que con Cicatuna; refirió lo ocurrido con los portugueses; le dió el General las explicaciones oportunas para tranquilizarle por completo; convinieron en que si algún indio cometía cualquier exceso el General lo pondría en conocimiento de Cigala, quedando éste en hacer lo propio con los españoles que se extralimitasen; le obsequió Legazpi con un *banquete,* y le regaló diversos objetos para él y para sus hijos, así como también á los indios que le acompañaban, y se marchó lleno de satisfacción y alegría, realmente subyugado y vencido por la esplendidez y magnanimidad del General.

Trece días habían transcurrido desde que la fragata había salido á reconocer las costas, según queda indicado, y no habían llevado ni bastimentos ni licencia más que para ocho. Esto inquieta-

(1) Id. T. 2, pág. 305.

ba mucho al General, que temía alguna desgracia. Para salir de dudas, mandó llamar á sus dos amigos indios Cicatuna y Cigala, rogándoles que le proporcionasen una canoa que fuera en busca de la fragata ó de noticias de ella. Los jefes indios contestaron al punto que al día siguiente irían á ponerse á las órdenes del General, como efectivamente lo hicieron. Iban en un parao grande, esquifado por treinta remeros, y se le ofrecían al General los dos jefes si creía conveniente que fueran. Concertado el precio que había de darse á los remeros, en algo más de diez y ocho pesos, pagaderos en géneros que llevaba la Armada; habiendo también convenido en que fueran un par de soldados con arcabuces, por si topaban con gente enemiga, y con encargo especial de Legazpi á éstos de que mirasen bien qué puerto y entrada tenía Cebú, y qué casas, gente y producciones, y otro muy encarecido á los indios de que cuidasen de los dos españoles, de cuyo buen tratamiento habían de darle cuenta; y, finalmente, habiendo accedido el general á la petición de los indios, de que, mientras ellos estuvieran ausentes, no permitiese que nadie saltase á tierra, rompieron á bogar, prometiendo volver á los cinco días.

Se recordará que á poco de haber surgido en Bohol, destacó Legazpi el Patache para Butuan. A los quince días de haber salido, se unió á la Armada. Hallaron en Butuan dos juncos de Luzón que estaban contratando con los de la tierra. Vieron al reyezuelo, á quien entregaron el presente que le llevaban, que era el mismo que habían preparado para el de Mazagua. No fueron mal recibidos, y lo fueran mejor, si no hubiera sido porque los de Luzón, temiendo la competencia de los españoles en el comercio, se despachaban á su gusto, diciendo de los nuestros cuanto se les antojaba en lengua ininteligible naturalmente para ellos. El Reyezuelo se dignó llegar al patache, aunque no quiso entrar en él, probablemente por consejo de los de Luzón. Estos mostraron vivísimo deseo de hacerse con los *tortones* ó monedas de plata de los españoles, y daban un peso de oro por seis de plata. También compraron los nuestros veinte quintales de cera á razón de siete pesos las tres arrobas escasas, y una libra de canela, muy fina, no se dice á qué precio. En estos cambios hubo engaños notables de parte de los de Luzón, que por panes de cera les vendían tierra, recubierta de aquella substancia oleosa, y al hacerles cargo por ello, decían que era culpa de

los de la tierra, de quien ellos la compraban así; pero los naturales afirmaban no ser verdad, porque ellos traían la cera en cañutos y panes pequeños, en que no cabía engaño, y que éste era exclusivamente debido á los llamados moros de Luzón. Estas bellaquerías con los españoles y el mal tercio que les hacían, dificultando sus transacciones con los naturales, y acaso más que todo el haber entendido los soldados que en los juncos había gran cantidad de oro, despertó en ellos tan vivos deseos de apoderarse de dichas embarcaciones y sobre todo de cuanto contenían, que ya echaron mano de las armas para pasar á vías de hecho; pero gracias á la intervención de los Oficiales Reales y del Religioso, que el P. Gaspar de S. Agustín escribe haber sido el P. Rada, (1) lograron apaciguar á la gente, evitando de este modo un atropello cuyas consecuencias era difícil prever. Hubo de haber también alguna debilidad por parte del capitán, que ya hemos dicho que era Juan de la Isla, en este enojoso asunto: la relación anónima nos le pinta deseoso „tanto y más que los soldados“ de apoderarse de los juncos; pero „no se atrevió á exceder de la comisión que llevaba,“ y con esto volvieron á Bohol, sin esperar á que los de Luzón les trajeran más cantidad de canela, como les habían prometido.

Legazpi tuvo un grave disgusto al saber lo ocurrido en Butuan; reprendió á todos muy ásperamente por ello y por haberse vuelto sin ultimar el negocio de la canela, y más aún al Capitán, por haber permitido que se hablase siquiera del criminal proyecto de apoderarse de los juncos, añadiendo que si lo hubieran llevado á efecto, los castigara durísimamente. Pero tales amenazas no surtían todo el efecto á que se enderezaban; pues viendo los de la Armada las muestras de oro y canela que habían traído de Butuan, se despertó á deshora un deseo general de visitar aquel puerto, y hubo quien se lo propuso al General, diciendo que era preciso enterarse bien de lo que podía dar de sí el negocio de la canela, etc., etc.; pero ocultando cuidadosamente el hambre de oro que le movía á dar aquel paso. Fué inútil: Legazpi leía en tales propuestas como en libro abierto el bastardo fin que las inspiraba, y se negó en redondo á patrocinarlas.

Entre tanto era preciso resolver dos puntos de capital importan-

(1) Conquista temporal y espiritual de las Islas Philipinas, lib. I, c. XXIV.

cia, conviene á saber: si procedía establecerse en alguna de las islas recorridas, y, en caso afirmativo, en cuál de ellas. En su virtud mandó el General reunir junta de notables (1) y les propuso el caso. Como era de esperar, la primera duda se resolvió afirmativamente y de común acuerdo; cuanto á la segunda, tampoco hubo en el fondo divergencia alguna: discurrieron, tomando por base los escasísimos datos hasta entonces adquiridos, y convinieron en poblar por de pronto en Cabalían (isla de Leite), donde más abundaban los bastimentos. Ya que estaban reunidos, todavía resolvieron fácilmente y con igual unanimidad otros dos puntos: es decir, cuántos y cuáles navíos debían volver á Méjico, (2) y convinieron en que por entonces sólo procedía enviar un navío, y que éste fuese la capitana, por más ligera y de mayor resistencia.

En tal punto se hallaban las cosas, cuando llegó de Cebú el pa-

(1) «Los Religiosos, dice la relación anónima, no quisieron hallarse en este acuerdo, diciendo que no darían parescer sobre poblar en estas islas» (Id. tom. núm. 3, pág. 32.) No hicieron en ello más que atenerse á los dictados de su conciencia. Siendo unánime en el campo la resolución de poblar—y sobrados medios tenían los Agustinos para saberlo,—no quisieron, ni chocar con la opinión común, ni apoyar con su voto lo que opinaban que no lo permitía la justicia. Por eso optaron por no tomar parte en las deliberaciones de la Junta. Gaspar de San Agustín afirma que intervinieron en ellas, y añade que el parecer de Urdaneta fué el que más agradó á Legazpi, y lo prohijó. (*Conquistas....... de las Islas Philipinas*, lib. I, cap. XXIV). Esta afirmación carece de todo fundamento, no sólo por que la contradicen las relaciones contemporáneas, sino también porque está reñida con las ideas que siempre sostuvo el ilustre Agustino.

(2) No sabemos porqué se sometieron estos puntos á la deliberación de la Junta, pues la *Instrucción* de la Audiencia los dejaba al arbitrio de Urdaneta en estas palabras de imposible tergiversación: «Y porque, como sabeis—dice la Audiencia á Legazpi,—el P. Fr. Andrés de Urdaneta va en esa jornada por mandado de Su Magestad, proveereis que......el dicho Fray Andrés vuelva en uno de los navíos que despacháredes para el descubrimiento de la vuelta; porque, después de Dios, se tiene confianza que por las experiencias y plática que tiene de los tiempos de aquellas partes, y otras calidades que hay en él, será causa principal para que se acierte con la navegación de la vuelta para Nueva España, por lo cual conviene que, en cualquiera de los navíos que para acá imbiáredes, venga el dicho Fray Andrés de Urdaneta, *y será en el navio y con el capitán que él os señalare y pidiere, y en ello no haya otra cosa, porque dello se entiende que Nuestro Señor Dios y Su Majestad serán servidos, y vos muy presto socorrido con gente y todo lo demás necesario.*» Id. Tom. núm. 2, pp. 190—1.

Como se ve, las palabras de la Audiencia no dejan lugar á duda, y son, á la vez, espléndido testimonio de la ilimitada confianza que á tirios y troyanos inspiraba aquel humildísimo religioso en la realización de una empresa que parecía ajena á su estado y condición. El derecho, pues, de Urdaneta á elegir el barco que más le pluguiera para el viaje de vuelta era incuestionable.

rao indio, á los nueve días de su salida. Los resultados de la expedición, en cuanto á sus investigaciones, fueron desconsoladores, por nulos: ni vieron la fragata ni lograron saber de ella noticia alguna, lo que produjo gran tristeza en todo el campo, singularmente en el General, que no pudo ocultar su inquietud. Temía que hubieran sido los expedicionarios víctimas de la astucia y mala fé de los naturales; aunque iban bien advertidos, en las instrucciones que les dió, de la conducta que debían observar en cualquier evento. Los dos españoles que fueron en el junco traían en cambio buenas impresiones de Cebú, donde observaron que había mucha gente y rica; abundancia de víveres de arroz y mijo; buen puerto y seguro; notaron también que había mucho oro y un pueblo con más de trescientas casas, y más de seiscientos indios bien aderezados; todo, en fin, muy superior á cuanto hasta entonces habían visto. Agréguese á esto que aquella misma noche, víspera de Pascua de Resurrección, llegó la fragata con toda la gente menos el Piloto de Borneo, muerto por un negro, mientras estaba bebiendo agua. Esta expedición no pudo arribar al pueblo de Cebú, por impedírselo corrientes contrarias; pero sí á la parte Oeste y Norte de la isla, la de Licoyón (Siquihol) y Binglas ó Buglas (hoy *Isla de Negros),* que la bojearon, sin haber visto en toda ella más que un negro, aunque sí muchos indios como los demás. Ciento cincuenta de estos sorprendieron á doce de los españoles; pero en cuanto experimentaron los mortíferos efectos de los arcabuces, huyeron á la desbandada. Lo que vieron de la isla de Cebú les pareció cosa excelente, como á los dos soldados que fueron con los indios. La llegada de la fragata llenó de alegría á todos, pues la daban por perdida.

En vista de las noticias que venían de Cebú, y de los deseos públicamente manifestados por todos, Legazpi mandó reunir nueva Junta, y les dijo que nada tenían que hacer ya en Bohol, y que era preciso resolver rápidamente á dónde convenía establecerse, bien para hallar un puerto abrigado y abastecido para el tiempo de aguas, que ya se acercaba, ora para enviar á Nueva España, bien preparado, el navío que descubriera la vuelta. Fácil y brevemente convinieron en poblar en Cebú por las razones ya conocidas, y además porque si los indios se resistían á entablar amistad y proveer de víveres á la Flota, podía lícitamente hacérseles guerra, ya que después de haberse declarado vasallos del Rey de Castilla, se ha-

bían hecho cristianos, aunque después apostataron y volvieron á sus antiguas idolatrías.

Así pues, el día 22 de Abril en la madrngada de la Pascua de Resurección, se hizo la Flota á la vela, despues de haber dado á los moros de Borneo, un salvo conducto para que ningún castellano les perjudicase, y de haber también dejado á los isleños una carta que podemos llamar de recomendación, con la noticia del día que salían para Cebú.

A las diez de la mañana del viernes 27 del propio mes llegaron á Cebú la Capitana y el Patache; pero la Almiranta no pudo surgir hasta la madrugada siguiente. Dieran fondo muy cerca de la playa, que se encontraba llena de indios, y el General mandó á decirles con el intérprete malayo, que avisaran al Señor de Cebú, que deseaba hablarle y asentar paces con él, para que indios y castellanos pudieran libremente contratar bajo el seguro de la amistad.

De allí á un rato fué un indio á bordo, diciendo que iba de parte de Tupas (señor del pueblo, que aquel mismo día pensaba visitar al General) y rogándole que entre tanto se abstuviesen de disparar cañones y arcabuces, para no espantar á la gente: era la cantilena que los nuestros oían en todas las islas que iban recorriendo: sinó que tales promesas ya no les seducían, pues no eran sino añagazas con que entretenerlos, mientras ponían á buen recaudo sus familias y su ajuar, ni complicado ni precioso, sino antes muy primitivo y de escaso valor. Legazpi les ofreció generoso perdón y olvido de cuanto habían hecho con los compañeros de Magallanes, siempre que se sometieran al vasallaje del Rey de España , á quien hacía más de cuarenta años habían jurado obediencia. Largos en promesas, que se proponían dejar incumplidas, los indios querían ganar tiempo. Si por voto de Capitanes y soldados hubiera sido, no nada esperaran para entrar á sangre y fuego en el pueblo, pues les iba resultando por demás pesada la espera, y con el temor bien fundado de que cuanto se tardase en acudir á la fuerza para imponerse, era tiempo absolutamente perdido. Legazpi sin embargo, aguardó pacientemente á que transcurriera el primer día, sin que Tupas, á pesar de sus promesas, apareciese por ninguna parte. Al día siguiente mandó al Maestre de Campo que desde el batel y punto donde los indios pudieran entenderle (estaba la playa llena de ellos) los requiriese en forma, ante el Escribano de Gobernación, para

que, dentro de dos horas, dejando las armas fueran á concertar paces, ó que, en caso contrario, le manifestaran cuáles eran sus intentos, para que él también pudiera tomar las medidas que la actitud de los indios le aconsejara; y „rogó al P. Prior (Urdaneta) que como protector de los indios naturales de esta tierra fuese con el Maestre de Campo á persuadirles que viniesen de paz, ó dar asiento en la amistad con el General, dándoles á entender el bien y aprovechamiento grande que de su amistal se les seguiría; donde nó, fuese testigo delante de Dios, cómo, por su parte, había procurado lo posible por tener paz y amistad con ellos. Y así fueron con el batel el Maestre de Campo con el P. Prior y Escribano; y llegados á la ribera se acercaron algunos indios á ellos, á los cuales dijeron cumplidamente todo lo arriba referido, en lengua malaya, que muchos de ellos entendían, y respondieron algunas palabras de entretenimiento y frías, yendo y viniendo; y puesto que el Tupas dijo que de temor no osaba venir, con lo que el P. Prior dijo y aseguró, quedó que vernía“ (1).

Tupas y los suyos hicieron oídos de mercader á este solemne requerimiento, lo mismo que á otro igual hecho dos horas después, con el aditamento de que, pues se escudaban con el temor de malos tratamientos, el General les mandaría rehenes á su placer, con que ya tenían absoluta seguridad de ser bien recibidos; decíales, por último, que mirasen bien los males que de su obstinación podrían seguirse, de los cuales serían ellos los únicos responsables. Poco les preocupaban á los indios ciertas ideas alambicadas de responsabilidades jurídico-morales, exclusivas de pueblos civilizados y con civilización saturada de savia evangélica; lo que ellos anhelaban era salir del compromiso sin detrimento de sus bienes y personas; que los escrúpulos éticos eran bagaje que jamás les estorbaba para obrar con libertad y soltura en sus relaciones sociales. Hecho el segundo requerimiento, se acercó un indio, „que dijo ser Gobernador y capitán por Tupas,“ y añadió que él iría á ver al General, porque Tupas estaba enfermo, pero le replicó el Maestre de Campo que el General ni daría la embajada que traía del Rey de España á otro que al mismo Tupas, ni haría paces si no era con él. Este requerimiento sólo obtuvo por respuesta que Tupas vendría

(1) Id. T. 2, páginas 328-9.

al día siguiente; y era que aún les faltaba por esconder algo, ó por ventura, esperaban también refuerzos de otros pueblos de la isla, con cuyo auxilio poder hacer frente á los españoles, si intentaban saltar á tierra. Entre tanto, los españoles eran testigos de la batahola que armaban en el pueblo, recogiendo los restos de su ajuar, y gallinas y cabras y puercos que andaban sueltos por allá. Por tercera y última vez les mandó el General la propia embajada con idénticos requerimientos, añadiéndoles que, pues eran vasallos antiguos de S. M. el Rey de España, porque como tales se dieron cuando estuvo Magallanes en aquellas tierras, no rechazasen la amistad con que en nombre del Monarca de Castilla les brindaba; y en fin, que, de no responder á esta última invitación cual convenía, pasaría inmediatamente á vías de hecho. „Fueron con este tercero recabdo el Maese de Campo y el Prior, y aperciviéndoles con él, llegaron al batel y se desvergonzaron, no hablando como al principio; antes los amenazaron con grandes yerros *(hierros)*, terciando las lanzas, dándoles grita, señalándoles fuesen á tierra, y lo mismo hicieron en toda la ribera y frontero de las naos, que estaban muy junto á tierra; lo cual debieron de hacer porque no les quedaba qué alzar y porque les había llegado socorro de gente de los pueblos comarcanos en diez ó doce paraos que llegaron poco antes y estaban detrás de una punta de tierra, cerca de los navíos; y había mucha cantidad de gente, así en tierra como por mar en paraos y canoas.“ (1) Nada, que ya no temían á los españoles los que el día antes pedían al General que no disparasen cañones ni arcabuces para que no se espantase la gente. Todo el aparato y orden en que se les veía era evidente muestra de que los indígenas estaban ganosos de pelea, „pareciéndoles que podían ofender, quanto más defenderse. El General dijo á los religiosos que bien les constaba la diligencia y medios que había buscado para no venir en rompimiento con los naturales de la isla, y la austinación y porfia suya en ser rebeldes, y que si podía ó debía hacer más de lo hecho se lo avisasen, los quales dijeron que con ellos *(con los naturales)*, había cumplido demasiadamente.“ (2)

(1) Id. T. 2, página 331.

(2) Idem. T. 2, pág. 331.—Podrán todavía hacerse algunas objeciones al proceder de Legazpi en Cebú; pero desafiamos al más descontentadizo á que en la larga y luctuosa historia de las conquistas del Antiguo y Nuevo Mundo nos presente un solo ejemplo de

Vista la tenacidad de los indios, determinó Legazpi saltar á tierra, rechazando con la fuerza los obstáculos que se le opusieran; para ello repartió convenientemente sus escasas fuerzas, y en cuanto empezó á jugar la artillería, y sobre todo cuando los indios experimentaron sus efectos, no esperaron más avisos para huír á la desbandada y esconderse en las espesuras de la manigua. Todo ello fué obra de brevísimos momentos, y fueron inútiles las pesquisas de los soldados para ver á uno solo de sus enemigos. (1) Apenas hallaron en todo el pueblo víveres de ninguna especie, pero sí algo que llenó de admiración y de inefable consuelo, no sólo á los religiosos, sino á Legazpi, á los capitanes y oficiales reales y, en fin, á todo el campo en general: que aquellos rudos soldados y marineros, aunque no estaban libres de defectos, eran hombres de viva fé; y cuando algún acontecimiento extraordinario llamaba á las puertas de su corazón, sabían responder con actos propios de fervorosos cristianos. He aquí las palabras con que la Relación que extractamos da cuenta de este hecho: „Solamente se halló una cosa de admiración, que fué un Niño Jesus de los de Flandes, en su caxita de pino y su camisita de bolante, como de allá se traen y un sombrero de belludo de los de Flandes, y todo bien tratado, que no le faltaba más que la cruzeta que suele tener sobre la esphera que tiene en la mano; y esta presa la tuvo en tanto el General, como era razón; y quando lo vió, hincado de rodillas lo resciviό con gran devoción y lo tomó en sus manos y le besó los piés, y alzando los ojos al cielo, dijo: *Señor: poderoso eres para castigar las ofensas en esta isla cometidas contra tu Magestad, y para fundar en ella tu casa é Iglesia Santa, donde tu Gloriosísimo Nombre sea alabado y ensalzado. Suplícote me alumbres y encamines de manera*

---

mayor ni de parecida moderación. Todos los pueblos de la tierra tienen mucho que aprender de los conquistadores de Filipinas, principalmente de Legazpi y de sus íntimos consejeros los Padres Agustinos, muy en particular de Urdaneta, alma y vida de aquella conquista, que ni tuvo modelos ni ha tenido imitadores.

(1) «Las armas que usan *(los indios)* son lanzas de hierro luengo y agudo, baras tiradoras y pabesas *(paveses)*, alfanges pequeños, coseletes de palo y esculpiles de cordeles, y algunos, arcos y fechas y zebrataun.» Id. T. núm. 2, pág. 332.

Supónese que los indios en armas eran de mil quinientos á dos mil; pero los españoles lo ignoraban; y tratándose de una isla bastante extensa y bien poblada, como la de Cebú, nada extraño hubiera sido el hallarse enfrente de un ejército relativamente numeroso, cuando el gran Magallanes se vió de manos á boca rodeado de seis mil combatientes en la casi microscópica isla de Máctan.

que todo lo que acá hiciéremos sea á honra y gloria tuya y ensalzamiento de tu Santa Fe Católica; y mandó que en la primera iglesia que se fundase se pusiese á esta Santa Imagen con toda veneración y se llamase la iglesia del Nombre de Jesús; y á todos dió gran contento y esperanza, viendo tan buen principio, que, cierto, parece obra de Dios haber guardado tanto tiempo esta Imagen entre infieles, tan entera y tan buena señal en la parte donde se había de poblar" (1).

Estas palabras, juntamente con las fervorosísimas de Legazpi, demuestran el santo entusiasmo que se apoderó de todos los expedicionarios. Y no hay que extrañarlo: á muchos miles de leguas de la madre Patria; rodeados de enemigos; expuestos, sobre todo, á las terribles desgracias de que fueron víctimas todas las expediciones anteriores, pues ni siquiera podían contar con una retirada honrosa, ya que la única, la vuelta á Méjico, era un enigma aún, ni bien ni mal descifrado, ¿cómo no habían de recibir, cual nuncio de felices augurios, el que les saliera al encuentro la imagen adorada del Salvador del mundo? Por eso, como nos refiere el mismo Legazpi, "hicieron voto él y los religiosos de la Orden del señor San

(1) Idem íd., páginas 333-4.—Urdaneta, en su Relación inédita de este viaje, escribe sencillamente: «En una casa de este pueblo *(Cebú)*, en un cajón de los que tienen los indios para guardar su ropa, se halló un Niño Jesús, que estaba bien tratado; era de los que traen de Flandes. Pareciónos que debían de tenerle allí desde cuando mataron allí á ciertos capitanes de Magallanes.» Por Relaciones igualmente autorizadas sabemos que el feliz mortal á quien cupo tan dichoso hallazgo se llamaba Juan Camuz, marinero de la Capitana, natural de Bermeo, en Vizcaya. *(Col. cit., T. 3, II de las Islas Filipinas.)* Lo que ya no consta en documento alguno que haya llegado á nuestras manos (y cuenta que los poseemos en abundancia) es que el bueno de Camuz hubiese prorrumpido en el primer transporte de entusiasmo, al hallar la Divina Imagen, en estas palabras, que le atribuye un historiador: *Para el Cuerpo de Dios, Hijo de Santa María, hallado has.* Y no constan, porque seguramente no las dijo. Supónese que son propias de un vasco poco experto en la lengua castellana; pero á nosotros se nos antojan invención caprichosa de un castellano nada experto en la lengua de Aitor. No basta, en efecto, ensartar en disparatado desorden palabras ó frases sin sentido para que semejen construcción vascongada: ésta tiene sus leyes, y el vasco, cuanto menos conocedor de la lengua de Cervantes, se adhiere más tenazmente á ellas; por donde lo que parece informe aglomeración de palabras castellanas, resulta calco literal de construcciones y frases vascas, perfectamente ajustadas á su genio y reglas gramaticales. Mas cuantos conozcan algo de tan venerable idioma advertirán al punto que la exclamación atribuída al marinero bermeano carece en absoluto de sabor vasco y dista infinito de lo que en caso análogo se le hubiera ocurrido á cualquier hijo de aquellas costas y montañas. Mil veces se nos han ofrecido consideraciones parecidas á propósito de frases análogas, puestas por el insigne Manco de Lepanto en boca de personajes vascongados.

Agustín, y los capitanes y otros oficiales del campo, que todos los años, tal día como fué hallada la dicha ymagen, se hiziese y celebrase una fiesta á ynbocación del nombre de Jesus, é aliende desto *se ha* hecho é ynstituido una cofradía del benditísimo nombre de Jesús, de la manera que está ynstituída la del Monasterio de San Agustín de México, y con los mismos estatutos de ella." (1)

Legazpi se apresuró á construir una iglesia provisional para las necesidades espirituales del campo; mas no en el lugar que ocupaba la pobre casa donde hallaron la imagen, en la cual los indios dijeron que vivía un esclavo, sino en otro, algo distante de ella. "Desde la dicha casa fué llevado el Niño Jesús hasta la dicha iglesia, con procesión solemne, gran devoción y alegría en todo el campo; llegados á la iglesia, lo adoraron todos y se puso en el altar mayor... Y este día que se hizo esta procesión y solemnidad acontesció otra cosa: que yendo en la procesión, llegaron dos principales con más de treinta indios, naturales de esta isla, que venían á hablar al Governador, á los cuales se permitió y dió licencia que entrasen, y vieron andar la procesión, y fueron á la iglesia donde vieron la adoración fecha al Niño Jesús, y estubieron presentes todo el tiempo que duró la Misa y Sermón, de lo qual quedaron admirados, porque se hizo con mucha solemnidad; y después de hablar al Governador se tornaron á ir" (2).

Son varios los historiadores que afirman haber sido llevada allí por modo milagroso la preciosa imagen que aún se venera en la iglesia llamada del *Santo Niño,* construída mas tarde por los PP. Agustinos; pero no tenemos pruebas bastantes de ello, y sí sólidos motivos para creer que la dejaron los españoles de la expedición de Magallanes. Mas si el hallazgo en sí admite sencilla explicación natural, no la encontramos para el conjunto de sorprendentes circunstancias que concurren en las personas con él favorecidas: todo, en efecto hace suponer que Dios quiso premiar el fervor religioso de Legazpi y de los PP. Agustinos que le acompañaban, singularmente de Urdaneta, su íntimo consejero y amigo, habiendo también dispuesto el Señor, en los arcanos de su misericordiosa Providencia, que la conquista del Archipiélago Ma-

(1) Idem T. n. 3, pág. 278.

(2) Idem T. n. 2, págs. 338-9.

gallánico se llevase á efecto bajo los suaves auspicios del Nombre Dulcísimo de Jesús, cuya representación sensible es la imagen del Niño Dios.

En efecto: el augusto nombre de Jesús, del cual dijo el Apóstol que se le rinden y humillan los cielos, la tierra y hasta los abismos, fué el emblema ó divisa especial de los primeros misioneros Agustinos que llegaron al Nuevo Mundo; *Provincia del Dulcísimo Nombre de Jesús* se llamó la primera que fundaron en Méjico; el P. Esteban de Salazar (1) nos ofrece interesantes noticias acerca del culto fervorosísimo que dicha provincia religiosa tributaba al Nombre de Jesús, desde su fundación con ese título, y de la tierna devoción de todos sus hijos á tan augusto Nombre: á esa provincia pertenecían Urdaneta y sus compañeros, encargados de la conquista espiritual de Filipinas, y con esa advocación debía fundarse más tarde la que había de proseguir la labor comenzada y llevarla á feliz término. ¿Qué extraño es que aquellos incomparables varones, Urdaneta y sus compañeros queremos decir, viesen en el hallazgo de la divina imagen un presagio sobrenatural, un celestial augurio de que sus afanes y sacrificios eran bendecidos de lo alto, y de que con tal auxilio nada debían temer, y sí esperar abundantísimos frutos en la dilatada mies á cuyo cultivo les llamaba el Padre celestial? Pues no hemos terminado aún de señalar las circunstancias evidentemente providenciales que concurrieron en el hallazgo que nos ocupa. No eran solamente los religiosos los que, entre los expedicionarios, abrigaban sentimientos de singular devoción al Niño Jesús: Legazpi, eficazmente impulsado también por ella, había hecho grandes y fecundos esfuerzos en Méjico á fin de establecer la piadosa Cofradía del Dulcísimo Nombre de Jesús en la iglesia de San Agustín; y cuando el Virrey Velasco y el Arzobispo Montufar, aunque varones entrambos piadosísimos, le pusieron su veto, por no creerla oportuna en aquellos momentos, Legazpi „obtuvo casi juntamente un Breve del Papa Pío IV, aprobando aquella Cofradía y institución, y una Cédula en la cual la Magestad Real la tomó debaxo de su protección y amparo.“ (2) El, Legazpi, fué también el

(1) *Veinte discursos sobre el Credo.* Discurso VIII, c. II.

(2) Esteban de Salazar, obra y capítulo citados.—Nótese que Salazar era testigo de vista de cuanto sobre esto narra, y que la obra en que lo hallamos estaba ya escrita en 1574, según consta en una de las aprobaciones que lleva al frente, aunque no conocemos edición anterior á 1577.

primer Rector ó Presidente de dicha Cofradía, y contribuyó á que el propio Arzobispo y el Virrey, y lo más florido de la nobleza mejicana, y gran golpe de gente popular, se inscribieran en la piadosa Asociación y participasen de las gracias á ella liberalmente concedidas. Pero lo que vale más y lo que nos da la medida de la piedad y virtudes de Legazpi y del oro purísimo y acendrado de su devoción sin desmayos y á prueba de sacrificios al Nombre de Jesús, fué el ardor de su celo para extender por el mundo las glorias de ese Nombre Augusto: el heroico desprendimiento con que abandonó lucrativos empleos, cuantiosos bienes, y hasta sus propios hijos y familia, para emprender, bajo la inspiración de Urdaneta, el temeroso viaje al Archipiélago Magallánico, es de las pruebas más duras á que puede someterse el temple de un alma, y el nobilísimo guipuzcoano la arrostró sin vacilar un momento; bastóle saber que lo reclamaba la gloria de Dios, para que destruyera al punto los lazos que le retenían en Méjico y se lanzase á los formidables azares de un viaje que, según todas las probabilidades, le costaría la vida, amén de la fortuna y patrimonio de sus hijos, pues tambien lo empleó en los preparativos de la Armada. Y en el Nombre de Jesús levó ésta sus anclas para surcar el Pacífico y llevar la *Buena Nueva* al Extremo Oriente; la gloria del Nombre de Jesús era la constante preocupación del incomparable conquistador cristiano y la bandera que en todas partes desplegaba; todo, en fin, lo llenaba en aquella grande y memorable expedición el augusto y sacrosanto Nombre de Jesús.

Tales son, en brevísimo compendio, los antecedentes que es preciso tener en cuenta para apreciar el carácter providencial del precioso hallazgo del Niño Jesús en la toma del primer pueblo del Archipiélago que iba á colonizar Legazpi, como jefe de la célebre expedición.

Como la primera y más urgente necesidad de los españoles era abastecerse, aquella misma noche envió Legazpi al Maestre de Campo á que sorprendiera un poblado cercano, obra de una legua de Cebú. Huyeron los indios, á pesar de lo intempestivo de la hora, porque sin duda esperaban la acometida, y sólo pudieron coger á cuatro inválidos; hallaron, sin embargo, razonable cantidad de millo; puercos y cabras. Sino que, obrando con una ligereza difícil de explicar, se contentaron los expedicionarios con traer cada uno pa-

ra sí lo que buenamente pudo, sin tener en cuenta las necesidades del Campo. Esto produjo notable disgusto al General, disgusto que se acrecentó con la huída de los presos, más la de un esclavo, comprado á los borneyes para que le sirviera de intérprete. (1) Ordenó, pues, que tornasen al mismo poblado los propios expedicionarios, bien advertidos de que no volvieran sin apoderarse de todo aquel bastimento de millo y carne que hallaron. Mas como era de temer de un pueblo que estaría al acecho, no bien se alejaron los nuestros, levantaron cuanto éstos habían dejado. y cuando llegó el Maestre no halló ni persona ni cosa útil de que echar mano. Para no volver de vacío, siguió algo más adelante donde halló cantidad de millo y dos ó tres pipas de arroz, que esta vez tuvo buen cuidado de trasladar á Cebú. De nuevo salió á otro poblado con igual intento; y aunque los indios trataran de oponérsele, presto los ahuyentó, volviendo al campo con los bateles llenos de millo, y con la noticia de que habían visto una gran sementera de lo mismo.

Los españoles no veían indio alguno por las cercanías de Cebú; pero no había noche en que no fueran á molestarles, asaeteándolos á mansalva desde las espesuras que rodeaban al pueblo. Para evitar este inconveniente derribaron algunas casas, cortaron palmares y allanaron las desigualdades del terreno, y el día 8 de Mayo se procedió al trazado del fuerte, y se dió, acto seguido principio á la obra; „y el primero ángulo comenzó á cabar el General con sus manos, encomendándose al Nombre Benditísimo de Jesús, y el segundo ángulo comenzó el Maese de Campo, y el tercero los Capitanes.“ (2) Fuera del fuerte señalaron lugar para la iglesia y para el pueblo que debían formar los españoles, al cual dispuso Legazpi que se le pusiera el nombre de *Villa de San Miguel,* por celebrarse aquel día la Aparición del Santo Arcángel.

Y como aquella misma noche estuvieron á punto de que un voraz incendio, debido á los naturales, les destruyera cuanto llevaban de Europa, y los bastimentos allí recogidos, resolvieron cons-

(1) Aunque á primera vista lo dicho en el texto pudiera entenderse en el sentido de que Legazpi con su proceder al comprar un esclavo, fomentaba esa trata inicua, nada más lejos del ánimo de aquel noble y cristiano General. Aquella compra era una verdadera manumisión, puesto que la persona objeto de ella pasaba á la condición de libre al cambiar de amo.

(2) Id. T. n. 2, pág. 336.

truír dentro del fuerte una casa donde poder conservar sin peligro de nuevos atentados, las telas, armas, víveres y cuanto habían menester para proseguir la obra comenzada.

Siguieron todavía molestándolos de noche, sin perjuicio de venir de día á ofrecerse de paz, y no tardó en aparecer un indio que parecía de cuenta, diciendo que era hermano de Tupas y quería sangrarse con el Gobernador. Díjole éste que deseaba ver al mismo Tupas y á todos los principales, pues con todos quería asentar amistades duraderas. Contestó el indio que vendrían, que entre tanto él quería sangrarse, y así lo hizo, mas no con el Gobernador (así le intitulan las relaciones desde que se establecieron en Cebú), sino con el Maestre de Campo. Legazpi habló al indio con gran encarecimiento, prometiéndole todo linaje de seguridades para él y para cuantos quisieran ser amigos de los españoles; y á fin de que tuvieran una señal con que indicar que venían de paz, dióle un paño de manos, blanco y labrado, para que pudieran izarlo á guisa de bandera, y ello fué bastante para que empezasen los indios á venir al campo español con sus banderitas blancas. Así transcurrieron algunos días, y en el intermedio reunió el Gobernador su Consejo, compuesto de Religiosos, Capitanes y Oficiales, y les propuso que tal vez sería conveniente, en vista del temor que manifestaban los indios, nacido por ventura del que les inspiraba su criminal comportamiento con los compañeros de Magallanes, darles á entender que no lo ignoraban; pero que venían á ofrecerles amplísimo perdón en nombre del Rey de España, con tal que de nuevo se diesen como vasallos suyos, y le ofrecieran, en reconocimiento, un moderado tributo „que no les pusiese en trabajo ni necesidad,“ y así se convino.

Todos aquellos días menudearon los mensajes á Tupas y á la *Principalía* para que se llegasen al Real de los españoles, y al fin vino con otro de los caciques llamado Tamuyan ó Tamuñan y obra de cuarenta ó cincuenta indios. Legazpi los trató con gran consideración y les dijo que el Rey de España los tenía por suyos y como tales los quería favorecer, y que no comprendía cómo y porqué rehusaban la amistad de los españoles, siendo cierto que nunca les habían hecho daño, pudiéndoselo hacer. Tupas respondió que él quería paz y amistad, y que si no había venido antes había sido por miedo; pero que ahora lo que él y el otro principal concertasen se

cumpliría por todos. El Gobernador no quería proceder á la ligera; y como una triste experiencia, propia y ajena, le había enseñado que toda precaución era poca para tratar con indios, quiso asegurarse, en la forma que pudo, de que las paces que iban á concertarse no serían pura fórmula, como tantas otras veces. Dijo, pues, á los caciques indios que era preciso convenir antes en las condiciones de la amistad, y que constase por escrito aquello á que, en virtud de ella, se obligaba cada cual; y también si se trataba de un concierto de carácter perpetuo, estable y duradero, ó se había de quebrar al día siguiente; pues el que la quebrantase después de convenida, sería reo de gran culpa. Respondieron que ellos buscaban una amistad duradera, y que deseaban concertarla cuanto antes. Hízose así; y Legazpi aprovechó aquella coyuntura para hablar detenidamente con los Jefes indios, y les dijo como había tres causas principales por las cuales merecían severo castigo: su apostasía de la Religión Cristiana, libremente aceptada en tiempo de Magallanes y á poco olvidada; su rebelión contra el Rey de España, cuyos vasallos se habían declarado, matando á indefensos Capitanes que se habían confiado á ellos, en virtud de paces concertadas, y de quienes no habían recibido sino beneficios; y, finalmente, el desprecio que habían hecho de su misma persona y de la representación que traía de S. M. el Rey de España; añadióles que no les exponía estas cosas para exigirles las responsabilidades á que se habían hecho acreedores, sino para que vieran la grandeza y magnanimidad del Monarca, en cuyo nombre él les otorgaba amplísima amnistía, cubriéndolo todo con el manto del olvido, y como si tal jamás hubiera ocurrido; y todo ello á condición solamente de que de nuevo se dieran como vasallos del Rey de España, á quien, en prueba de reconocimiento, debían ofrecer un pequeño tributo. Con esto, él en nombre del Rey los defendería de cualquier enemigo, pues con este fin y con el de establecer relaciones comerciales, sobremanera ventajosas para los indios, se había establecido allí. Los indios que durante el resto de la perorata habían permanecido cabizbajos, cuando oyeron lo del perdón dieron notables muestras de alegría, y ofrecieron sus descargos, diciendo que ellos eran niños cuando ocurrió lo que había referido el Gobernador, que por lo demás ellos eran y querían ser vasallos y esclavos del Rey de Castilla; que en orden al tributo se permitían advertirle que no tenían oro en aquel

pueblo, y que en su vista, el Gobernador dispondría lo que habían de dar. Él les satisfizo con advertirles que bastaba que cada cual tributase con lo que en su tierra se producía y criaba, y esto en cantidad tan moderada que no los pusiese en necesidad y trabajo, porque el Rey de Castilla sólo pretendía en ello el reconocimiento de su vasallaje y sujeción, debiendo los mismos indios, previo acuerdo entre sí, resolver lo que de buena voluntad, fuera mucho ó poco, quisieran dar. Advirtióles por último que debía asimismo hacerse constar por escrito el precio de los víveres y de cuantas cosas podían ser objeto de contratación, para evitar abusos y extorsiones, y ellos respondieron á todo que sí, y que dentro de tres días volverían á cerrar el contrato, y á que se señalase la tierra y sitio que los españoles é indios habían de ocupar respectivamente en el antiguo pueblo de Cebú. Digno remate de la entrevista fué el convite que el Gobernador dió á los indios de conservas y vinos de Castilla, „que ellos beben bien,“ y se despidieron al parecer muy contentos y satisfechos. Durante los tres días de paz y de tregua, no sólo no se molestaron recíprocamente indios y españoles, sino que algunos de aquellos hasta se establecieron de nuevo en algunas casas que estaban apartadas del campo, y se dedicaban á la pesca lo mismo de día que de noche, y entraban libremente en el Real de los españoles. Transcurrida la tregua, y viendo que ni Tupas ni ninguno de los indios principales asomaba por allí, preguntaron á los demás por la causa de aquel alejamiento, y contestaron que andaban recogiendo lo que habían de entregar á Su Majestad, pues tenían vergüenza de venir con las manos vacías. Decíales el Gobernador que no cuidasen de eso, que lo que importaba era cerrar los contratos, que después tendrían tiempo sobrado; pero todo fué inútil: Tupas seguía brillando por su ausencia; es más: cuando Legazpi le envió á decir por el Moro intérprete que, dejándose de pretextos, si pensaba en ser verdadero amigo y tener paz, se llegase al Real, y si no, que se declarase, huyeron todos los indios, y ni por mar ni por tierra volvió á aparecer nadie. Esto les convenció á los españoles de que los Moros debían hacerles mala tercería, como intérpretes; si no que, como no había otros, necesariamente habían de echar mano de ellos.

Y de que los indios no estaban de paz ni mucho menos se lo vino á confirmar un triste suceso ocurrido el día 23 de Mayo. Contra

lo que severamente había dispuesto el General, salió dicho día un soldado, por nombre Pedro de Arana, fuera del campo, obra de un tiro de arcabuz; y los indios, que estaban apostados en un palmar, al verle sin armas defensivas, le atravesaron con una lanza y le cortaron la cabeza y se la llevaron, sin que pudiera ser socorrido de nadie, metiéndose ellos en un parao que tenían en la costa. (1) Aunque resuelto á obrar con gran moderación, según se ha visto, no quería Legazpi que los indios se forjasen la ilusión de que, por impotentes, dejaba de castigar los desmanes con los españoles cometidos; y teniendo noticia del lugar á donde se habían acogido los viles asesinos del desventurado Arana, mandó allá al Maestre de Campo y al capitán Goiti para que fuese en busca de ellos, á fin de castigarlos como se merecían. Hallaron efectivamente el parao en que habían huído, bañado en sangre todavía, y en algunas casas cercanas, que incendiaron inmediatamente, prendieron á siete ú ocho indios é indias que llevaron al campo; no quisieron pasar á mayores castigos hasta averiguar quiénes habían sido los asesinos del desventurado Arana.

Muy sensible fué también para el noble Gobernador lo ocurrido durante la ausencia del Maestre de Campo y de los que fueron con él. Aunque hasta entonces había dormido siempre en las naos, como la Audiencia se lo tenía prevenido en sus instrucciones, viendo que convenía tener reunida la mayor parte de la gente, por lo que pudiera ocurrir, hizo salir también á sus gentiles hombres y él mismo se fué á dormir á tierra, ordenando al Alférez general, Andrés de Ibarra que con los mismos gentiles hombres formase el cuerpo de guardia para que se la hiciesen durante aquella noche. Algunos obedecieron, pero otros no. Ibarra, temiendo sin duda las iras del General, nada le dijo de lo ocurrido; pero se conoce que los rebeldes querían hacer pública su desobediencia; y al mandar al día siguiente que se hiciese lista y nómina de la gente que quedaba, para mandar relación detallada de todo al Rey, (iba á emprender pronto el viaje de vuelta la nao Capitana) uno de ellos, por nombre Pedro de

(1) «Desta manera, dice la relación inédita, guardan estos indios destas islas las pazes é amistades, que estando delante ninguna cosa niegan, ni dicen de no á nada, y vueltas las espaldas veinte pasos, no cumplen cosa de lo que prometen, ni saben qué cosa es verdad, ni la tratan, y por eso se entiende que con estos será trabajoso poder contratar por vía de amistad, si no conoscen subgeción ni temor.» T. n. 2, página 348.

Mena, se insolentó con el General, echándole en cara que les obligaba á oficios propios de mozos de espuela y de acemileros. Esto animó á otros que también se insolentaron, y se vió obligado Legazpi á arrojar á todos de su presencia. Venido á noticia del Maestre de Campo lo acaecido, les reprendió el desacato, y obligó á sus autores á formar en las filas de los soldados, diciendo que él dispondría quién había de hacer guardia al General. Con esto quedaron desabridos y disgustados, y aquella misma noche (27 de Mayo) prendieron fuego á una choza junto á la casa donde el General tenía „toda su ropa y hacienda," y cerca también de otra donde estaban las municiones y géneros ó rescates del Rey. (1) Gracias á la diligencia y esfuerzo de todos se logró cortar el fuego, sin que se quemase cosa de precio é importancia; y se creyó desde luego que el fuego había sido intencionado, y más al hallar un pedazo de cuerda de que sin duda se sirvieron para aquella fechoría. El Maestre de Campo hizo sus diligencias é informaciones, y, en amaneciendo el día 28 de Mayo fueron ajusticiados el Pedro de Mena, y otro gentil hombre llamado Esteban Terra, ó Ferrán.

Era preciso ciertamente llegar á este escarmiento, doloroso para todos; porque, como si no fueran bastantes los enemigos exteriores, cundía la semilla de la insubordinación doméstica, que en breve y con más facilidad que todos los indios juntos podía dar al traste con los proyectos de los españoles, inhabilitándolos por completo, y preparando un nuevo fracaso que hubiera hecho imposible toda empresa en el Extremo Oriente.

Entre los prisioneros hechos por el Maestre de Campo en castigo del asesinato días antes cometido por los naturales, venía una india principal que pidió y obtuvo de Legazpi permiso para mandar llamar á su marido por medio de una criada ó esclava que vino con ella. La experiencia había enseñado al Gobernador cuán excelentes servicios podían prestarle los prisioneros para entenderse con los que huían de los españoles, y quiso aprovechar la ocasión que se le venía á la mano para ver de ponerse al habla con ellos. Llamó, pues, á la criada; díjole que manifestase á sus congéneres

(1) Todo cuanto venía en la Capitana lo habían desembarcado á fin de dar un recorrido á los costados de ella. El viaje de vuelta que tenía que emprender (temeroso y formidable, á juzgar por los repetidos ensayos frustrados) imponía al General el estrechísimo deber de prepararlo de la mejor manera que humanamente le fuera posible; y así lo hizo, como veremos muy pronto.

lo bien que eran tratados los prisioneros, y que lo serían mejor aún los que quisieran ser amigos de los españoles; dióle un paño de manos para que de él se sirviesen como de bandera de paz cuantos quisieran venir al campo, y le encargó especialmente que mandase venir á algún intérprete malayo, que sabía el General que los había en la Isla, y con esto despachó á la india.

La nao Capitana estaba convenientemente aviada y presta para hacerse á la vela, „bien abastecida de pan y arroz y millo, y hava y garvanzo y aceite y vinagre y vino para más de ocho meses, y agua doscientas pipas." (1) Iba de capitán de la nao D. Felipe de Salcedo, nieto de Legazpi, mancebo de pocos años, pero esforzado y prudente, mucho más de lo que de su corta edad podía esperarse. Los PP. Agustinos, después de fervorosa oración, en que no escasearon lágrimas y suspiros, habían elegido por sucesor de Urdaneta, ó sea, Superior y Prelado de la corta comunidad que debía quedar en Cebú, al P. Diego de Herrera, y por compañero de viaje de aquél, al P. Andrés de Aguirre; Esteban Rodríguez, Piloto Mayor de la Armada, y Rodrigo de Espinosa, que lo era del patache *San Juan,* para primero y segundo, respectivamente, de la Capitana, „todos sujetos y subordinados, dice Gaspar de San Agustín, á la disposición de dicho Padre (Urdaneta), por mandarlo assí su Magestad en las instrucciones que había embiado al Virrey D. Luis de Velasco, y lo mismo había ordenado la Real Audiencia de México cuando salieron de Nueva España." (2) „Iban en la nao doscientas personas, con diez soldados y dos padres, el P. Prior *(Urdaneta, que lo habia sido hasta entonces y seguian dándole ese nombre)* y el P. Fray Andrés de Aguirre." (3)

(1) Relación de Esteban Rodríguez, Piloto Mayor de la Armada. Id. Tom. núm. 2, pág. 426.

(2) *Conquistas de las Islas Phlipinas*..... lib. I, c. XXIX.

(3) Rel. de E. Rodríguez. Id. Tom. núm. 2, pág, 426.





CAPÍTULO XIII

Expedición Legazpi.—Urdaneta emprende el viaje de retorno (1.º de Junio de 1565).—Detiénense varias veces antes de salir á alta mar.—Escaramuza con los naturales.—Toman dirección Nordeste.—Domingo, 1.º de Julio llegan á 24º, y el 3 de Agosto á 39º largos.—El día 4 de Septiembre toman dirección Sudeste, y el 18 del mismo dan vista á América.—No queriendo detenerse en el puerto de la Navidad, pasan al de Acapulco.—Recibimiento que se hizo á los expedicionarios en Méjico.—Urdaneta y Aguirre se embarcan para España.—Parecer de Urdaneta acerca de la situación de las Molucas y Filipinas.—Informa á S. M. de lo ocurrido en el viaje.—Vuelve á Méjico.—Desea ir á Filipinas; pero se lo estorban sus Prelados.—Su santa vida y dichosa muerte (3 de Junio de 1568).

EN dicho día viernes 1.º de Junio zarpó finalmente la nao Capitana y emprendió su viaje, uno de los más importantes y trascendentales que registra la Historia. Legazpi y el Maestre de Campo acompañaron á los expedicionarios hasta una legua adelante. Allí dió fondo la nao por escasearle el viento y el agua—era la marea baja,—y el Gobernador se despidió de todos y volvió á Cebú con el Maestre de Campo. Este aún volvió al siguiente día á participar á los viajeros la alegre nueva de que en el Real se quedaban haciendo paces con los naturales. Hasta el día 9 no pudieron salir de entre el laberinto de islas que forman Cebú y Mactan, Leyte y Samar, con otras muchas más pequeñas que hay entre ellas. Surgieron tres veces; en una de ellas tuvieron fuerte escaramuza con los indios, que descalabraron á un soldado

en la refriega; en otra tomaron algunos refrescos. Navegaban con exquisito cuidado para no ser víctimas de algún arrecife ó bajo, pues conocían muy poco ó nada aquellos mares, y el buque era enorme y de mucho calado para andar entre tanteos.

Una vez en alta mar, fueron navegando en dirección Nordeste por muchos días. No perdían el tiempo, pues, según cálculos, en los primeros veinte días andarían obra de cuatrocientas leguas. El día 21 de Junio vieron un farallón por la banda de estribor, y el piloto Rodrigo de Espinosa calculaba que estaría situado en los veinte grados (1) y á trescientas leguas de Cebú.

El domingo, 1.° de Julio, hallábanse á la altura de veinticuatro grados; navegaban, como hasta entonces, en dirección Nordeste, y llegaron á ponerse el 3 de Agosto en treinta y nueve largos. (2) Todo este mes anduvieron fluctuando en los treinta y treinta y nueve, y el 4 de Septiembre se acercaron á los 40°. Ese mismo día, dice

(1) Podria referirse Espinosa al farallón que Coello (*Carta general de las islas Palaos, Marianas y Carolinas*) sitúa a los ciento veintinueve grados longitud oriental de Madrid, y a los veintiuno escasos latitud Norte; pero esto supondría notable equivocación en la distancia estimada por Espinosa; pues la distancia entre dichos puntos es de más de cuatrocientas leguas. Tal vez prefería Espinosa pecar por carta de menos en el viaje de vuelta, ya que en el de ida pecaron todos los pilotos, y él entre ellos, por carta de más.

(2) El lunes, 9 de Julio mandó el Capitán D. Felipe de Salcedo á los dos pilotos y al Contramaestre Francisco de Astigarribia. *que también echaba punto y carteaba*, que tanteasen el camino ó distancia que separaba al puerto de Navidad del de Cebú, y que diesen además la opinión que cada uno había formado sobre la distancia expresada, á fin de poder presentar á Su Majestad una relación bien fundada en razones teóricas y prácticas. En contestación á lo ordenado por el Capitán, el Piloto Mayor Esteban Rodríguez, halló por sus cartas de navegar que la distancia que se buscaba era de 1.850 leguas; pero la verdadera, á su parecer, sería de dos mil leguas, poco más ó menos; Rodrigo de Espinosa, ateniéndose únicamente á lo por él observado, opinaba que serían 2.030, y Francisco de Astigarribia dijo que sus cartas apuntaban 1.850; pero que por sus observaciones había 2.010 leguas.

Aunque una simple ojeada por cualquier Planisferio nos enseña hoy que desde el puerto de Navidad, de la Nueva España, al de Cebú hay más de 2.100 leguas, aun de las de diez y siete y media al grado, como se computaban en el siglo XVI, preciso es hacer justicia á los mencionados Pilotos y concederles relativo mérito por haberse acercado tanto á la verdad en las medidas de longitud de que se trata, tan difíciles de apreciar entonces. Contribuyó sin duda á tan lisonjero resultado lo mucho que pudieron aprender de Urdaneta, cuyas opiniones debían ser para ellos de gran peso, desde que en el viaje de ida sufrieron todos, sin exceptuar uno solo, el sonrojo bochornoso de ver confirmadas por la experiencia las afirmaciones de Urdaneta, recibidas por ellos con sonoras carcajadas.

Espinosa, „mandaron governar al Sueste, aunque yo fuí de parecer que governásemos al Essueste.“ (1)

„El día 18 de Septiembre, nos dice Urdaneta en la relación inédita de este viaje, vimos la primera tierra en la costa de la Nueva España, que fué una isla que se dice Sant Salvador, que está en 34 grados menos un sesmo.“ (2) Ya desde allí apenas perdieron de vista la tierra, y á medida que bajaban fueron viendo sucesivamente las islas de *Cedros* y *Loreto,* y los cabos *La Paz* y *San Lucas,* y por fin las intituladas *Tres Marías* y el cabo *Corrientes,* para llegar el día 1.º de Octubre al puerto de la Navidad, y el 8 del mismo al de Acapulco.

Se había, pues, resuelto el grande y difícil problema: la vuelta desde el Extremo Oriente, tan ardientemente deseada, era un hecho. Urdaneta había triunfado. El mar llamado *Pacífico,* cuyas henchidas olas, cuyas corrientes y vientos contrarios habían hecho fracasar tanto esfuerzo heróico, sepultando en sus amargas ondas tantas preciosas vidas, cedió al fin al gigantesco esfuerzo, á la ciencia y experiencia del glorioso hijo de Villafranca. Pero sigamos copiando las pocas y sencillas palabras que Urdaneta dedica á este hecho de tan alta significación y trascendencia. „A primero de Oc-

---

(1) Sin duda ninguna tales órdenes, mediata é inmediatamente, procedían de Urdaneta; él era el principal responsable de la dirección técnica de la expedición y muy en particular del viaje de vuelta; pero se observa que los Pilotos le escatiman cuanto pueden, á lo menos en sus escritos, las muestras de sujeción y dependencia. Hablando Espinosa de la distancia á que próximamente se hallaban de la tierra el día 4 de Septiembre, escribe: «Conforme á otra figura que yo había visto *(en la carta)* del P. Prior Fr. Andrés de Urdaneta, me hallaba de tierra de 41 grados, como arriba tengo dicho.» Y ya casi al término del viaje, dice: «Antes que llegásemos á ellas *(las islas nombradas tres Marías)*, como cinco ó seis leguas, nos anocheció, y *y así pareció al* P. *Prior* (Urdaneta) *y á mí* que fuésemos al Sueste, porque conforme *una figura quél traía,* estaban estas islas cerca de la tierra firme, y por mi figura tomaba al Cabo de Corrientes al Sueste.» Id. T. núm. 2, p. 453. Avaros de la gloria, temían por ventura los Pilotos que Urdaneta se la monopolizase, como aparecieran trabajando á las órdenes del venerable Agustino; pero la Historia, sin escatimarles la honrosa mención que en justicia se les debe, reserva todo entero el honor de esta jornada para Urdaneta, astro de primera magnitud, del cual fueron humildes satélites cuantos le acompañaron y le ayudaron en la gloriosa empresa.

(2) Dicho día 18 ordenó Salcedo á los pilotos y al contramaestre, creemos también que por indicación de Urdaneta, que «tanteasen el camino que habían andado desde el dicho puerto de Zubú hasta la tierra que vieron, y que tanteasen asimismo el altura en que más subieron, y le diesen firmado de sus nombres.» En respuesta á este requerimiento, Esteban Rodríguez dijo que habían andado 1.740 leguas; Rodrigo de Espinosa, que 1.650, y lo mismo Francisco de Astigarribia. Todos tres convenían en que la altura máxima había sido de treinta y nueve grados y medio.

tubre, sigue diciendo, llegamos en frente del puerto de la Navidad; é no queriendo entrar en él, pasamos al puerto de Acapulco, por ser muy mejor puerto que este otro, y estar muy más cerca de México que no el puerto de la Navidad con más de 45 leguas. Pasamos mucho trabajo á la vuelta con tiempos contrarios y enfermedades. Murieron VI honbres hasta surgir en el puerto, y después de llegados á él otros cuatro, y más un indio de las islas de los Ladrones que envió el General con otros tres indios que envió de la isla de Çubú. Vino por capitán de la nao Felipe de Salcedo, nieto del General, el cual se hubo cuerdamente en su cargo. No trato de cómo se apartó de nuestra compañía á la ida D. Alonso de Arellano con el navio San Lucas, por que él mismo ha dado relación de lo que le sucedió en aquel viaje.“ Si las cosas humanas pudieran alguna vez compararse con las divinas, diríamos que las palabras de Urdaneta suenan á narración bíblica, por la sublime sencillez, por la ausencia absoluta de entusiasmo y por cierta á manera de impersonalidad que las caracteriza. Diríase que el ilustre Agustino refiere hechos en los cuales nada le va ni le viene. (1)

Especial providencia de Dios fué que Urdaneta pudiera resistir los trabajos, que sobre él singularmente pesaban, de tan larga y penosa navegación, á edad avanzada y muy quebrantado de salud. Nótese además que durante los cuatro largos meses que duró el viaje, sobre el trabajo corporal que le imponía la dirección de la nao por rutas absolutamente desconocidas, debía también experimentar intensas y no interrumpidas emociones por las grandes responsabilidades que sobre él pesaban. Hasta „ejerció, no solamente el oficio de piloto, pero muchas veces el de marinero, y juntamente, él y su compañero el P. Fray Andrés de Aguirre, el de

---

(1) Véase cómo se expresa á este propósito el Piloto Espinosa: «Lunes quando amanesció á 1.° de Octubre, año del nacimiento de nuestro Señor y Salvador Jesu-Christo de 1565 años, amanescimos sobre el puerto de la Navidad, y á esta hora miré en mi carta y vide que había andado 1.892 leguas desdel puerto de Zubú fasta el puerto de la Navidad, y á esta hora me fuí al Capitán y le dige que á dónde mandaba que llevase el navío, porque estábamos sobre el puerto de la Navidad, y él me mandó que lo llebase al puerto de Acapulco y obedescí á su mandado, en que *(aunque)* en la nao al presente no había más de diez hasta diez é ocho hombres que pudiesen trabajar, porque los demás estaban enfermos y otros diez y seis que se nos murieron. Allegamos á este puerto de Acapulco Lunes á 8 deste presente mes de Octubre con harto trabajo que traía toda la gente.» Id. *T. n. 2, I de las I. F. p. 456.*

enfermeros de todos, sin descansar de noche ni de día." (1) El recibimiento que los expedicionarios tuvieron en Méjico ya se deja comprender. El mismo Gaspar de San Agustín afirma que los consideraban como milagros vivientes; y hablando particularmente de Urdaneta, pondera los honores que le tributó la Real Audiencia, siempre inferiores á los extraordinarios méritos del incomparable hijo de San Agustín, gloria inmortal de la nobilísima provincia de Guipúzcoa. (2)

Entregados los papeles de que era portador, y hecha la relación de lo acaecido en el viaje, fué á esconderse á su antigua y amada celda del convento de San Agustín, donde había madurado los planes que obtuvieron tan admirable resultado; y la nobleza de Méjico no quiso privarse del honor de acompañarle hasta su retiro. Inmensa debió de ser, á su vez, la alegría y satisfacción de sus hermanos de hábito al ver de nuevo á los afortunados viajeros, que en menos de un año habían hecho tan larga, y sobre todo tan útil y temerosa jornada, abriendo nuevo campo á la predicación evangélica, no menos que á la ciencia geográfica y á las especulaciones mercantiles. Ni disminuye un punto el valor y mérito de Urdaneta el conocimiento claro que hoy tenemos (y era él uno de los pocos que entonces le tenían también), de que las islas Filipinas en rigor no per-

(1) P. Gaspar de S. Agustín. Conquistas de las Islas Philipinas.... lib. I, cap. XXIX.

(2) En un *Memorial* presentado por Melchor de Legazpi, hijo del Conquistador de Filipinas, al Consejo de Indias, se habla de estos honores; mas como interesaba al pretendiente atribuír el mérito de la jornada á su padre y á su sobrino, Felipe de Salcedo, á quienes realmente alcanzaba buena parte de él, no han de extrañarse los términos en que se expresa. Dice, pues, que Legazpi «imbió á Phelipe de Salcedo, su nieto, por capitán para el descubrimiento y buelta de la Nueva España, como á persona suficiente y digna; y que en todo lo que se había ofrecido había muy bien servido á S. M.; el cual (*Felipe de Salcedo*) vino, descubrió y halló la dicha vuelta, siendo Nuestro Señor servido llegase en salvamiento á la Nueva España y á la ciudad de México, *donde por su venida, por se haber acertado la dicha vuelta se hicieron alegrías y rregocijos, como por cosa muy deseada, por ser conveniente al servicio de Dios Nuestro Señor y de su Magestad y bien universal de todos aquellos Reynos y de estos,* y que muchas veces se había yntentado y costado gran suma de dineros, sin se haber de ello sacado fruto hasta agora, que por mano del dicho Miguel Lopez de Legazpi ha sido nuestro Señor servido de conceder una merced tan universal y grande.» Id. Tomo núm. 3, *II de las I. F.*, pág. 350-351. Según un documento que poseemos inédito, Melchor de Legazpi era Contador General de S. M. en la Nueva España en 2 de Marzo de 1573, y como tal certifica en esa fecha que desde el 12 de Febrero de 1572 se han librado y pagado de la Real Caja de Méjico trescientos doce mil ciento setenta y seis pesos, siete tomines y ocho granos de oro común, pesos de á ocho reales, en lo tocante á la jornada á las Islas del Poniente. (Doc. 22 del Ind. 4, del Arc. de Indias.)

tenecían á la *conquista de Su Majestad,* según frase de la época; pues tal circunstancia ni aminoraba un punto las dificultades que era preciso vencer, ni las ventajas que para la Religión, para la Ciencia y el Comercio ofrecía, por ser de carácter universal, el derrotero á tanta costa hallado. Por otra parte, no se ha de olvidar tampoco que los portugueses tenían harto que hacer con la conquista y explotación de las inmensas regiones que sucesivamente habían ido sujetando á todo lo largo de la vía oriental, hasta las Molucas inclusive, y en todo pensaban menos en enderezar sus esfuerzos á la conquista de Filipinas. Si, pues, hubiéramos esperado á que ellos dominasen estas islas, probablemente hubieran transcurrido largos años antes que pudieran salir de la barbarie en que vivían.

Ignoramos el tiempo preciso de la permanencia de Urdaneta y da su inseparable compañero P. Andrés de Aguirre en Méjico. Las crónicas contemporáneas dicen que muy pronto emprendieron el viaje para el puerto de la Vera Cruz, donde se embarcaron en dirección á España, y sabemos que llegaron á Madrid (no á Valladolid, como afirman las mencionadas crónicas) en Abril de 1566. Con ellos vino también D. Melchor de Legazpi, hijo del conquistador de Filipinas, á solicitar del Rey mercedes para su padre, para sí y su hermana y sobrinos, en atención á los enormes sacrificios pecuniarios hechos por la familia, no menos que por los brillantes servicios prestados. El viaje de Urdaneta á la Corte no tenía otro objeto que el de informar al Rey de todo lo referente á la jornada y á la situación en que había quedado el campo español de Cebú, para que, en su vista, resolviese Su Majestad lo que procediera. Mas como hubo de insistir en su antigua idea de que las islas Filipinas, estaban incluídas, y era verdad, en el empeño hecho por Carlos V en 1529 al Rey de Portugal, Felipe II pidió el parecer de los cosmógrafos, los cuales, después de haber opinado con Urdaneta, y firmado con él un documento colectivo, se desdijeron en parte, ó por lo menos se inhibieron de tratar la cuestión, desde el punto de vista jurídico, para cuya solución se declaraban incompetentes, como ya lo hemos indicado antes de ahora. (1)

(1) Este documento (el en que se revotaron los cosmógrafos) no lleva más que las firmas de Alonso de Santa Cruz, y el Maestro Pedro de Medina; está fechado en Madrid, Julio de 1567. Véase en el *Depósito Hidrográfico,* el tomo 17 de la Col. inéd. de Navarrete *Viages y descubrimientos de las Islas Filipinas.*

Se desconoce asimismo el tiempo que permanecieron en la Corte. Los historiadores de la Orden, suponen que Felipe II recibió á Urdaneta con grandes muestras de afecto y consideración, muy naturales, por cierto, tratándose de un hombre que tan extraordinarios servicios había prestado á la Patria, en cuyas aras se sacrificó de verdad, juzgando con excelente y cristiano sentido que tales sacrificios eran aceptos á Dios, y que añadían nuevos quilates á la virtud, suprema aspiración de un alma, entregada totalmente al Señor. Por eso simbolizando á la Patria en el Rey, y á Dios en su Iglesia, los hombres que como Urdaneta pensaban alta y noblemente, identificaban también sin esfuerzo alguno el mérito de los servicios prestados al Rey, no sólo con los prestados á la Patria, sino también al mismo Dios, de quien era viva representación la Majestad terrena, la cual debía ante todo esforzarse por glorificar á la Divina, singularmente con la defensa de la Iglesia y predicación de sus salvadoras doctrinas. Urdaneta, pues, „informó á Su Majestad, dice Gaspar de San Agustín, de todo lo sucedido en el descubrimiento y conquista, y dió los despachos que del Gobernador Legazpi y de los señores de la Audiencia de México llevaba.“ (1) Y

---

(1) Gaspar de San Agustín, *Conquistas de las Islas Filipinas,* lib. I, c. 29. Entre esos despachos hay uno que coloca la figura de Urdaneta en altísimo pedestal de gloria. Todo el campo de Cebú, es decir, el General Legazpi, el Maestre de Campo, los capitanes y oficiales todos, manifiestan al Rey su admiración por Urdaneta, y entonan en su honor un himno de alabanzas. Y cuenta que nadie mejor que ellos conocía al Agustino, de cuya ciencia y sabios consejos, ya que hasta entonces habían sido luz y guía de todos, no querían desprenderse, y pedían al Rey con palabras de grandísimo encarecimiento que no les privase del amparo de Urdaneta, sin el cual parece que les faltaba todo. Hé aquí sus palabras: S. C. M.—*El gran servicio que á Dios Nuestro Señor y á Vuestra Magestad a fecho el venerable padre fray Andrés de Hurdaneta es digno de gran mérito y crescida merced, por aber alumbrado, así en lo espiritual como en lo temporal en todo lo que en este biaje se ha ofrecido, por no venir en el armada persona que nos diese lumbre si no fué la suya;* á cuya causa con toda humildad suplicamos y pedimos a Vuestra Magestad todos los fieles criados de Vuestra Magestad, como ministros deste campo y generalmente todos los basallos de Vuestra Magestad, se le haga conforme á su gran servicio y merescer, y luego, acabado que haya fecho relación á Vuestra Magestad en todo lo subcedido hasta hoy destas partes, le mande y conpela buelva á proseguir este negocio que tanto importa al servicio de Dios Nuestro Señor y de Vuestra Magestad, por quanto conviene que para lo de adelante, como persona que tan bien tiene entendido lo que en todas estas partes se ofrece, y para que en ellas haga el fructo deseado por Vuestra Magestad en todo, que con el favor divino y el amparo de Vuestra Magestad y su persona *(la de Urdaneta)* esperamos alcanzar con toda fe y alegría: y así suplicamos a Vuestra Magestad nos conceda y socorra con su persona, por ser como es muy necesaria, y hara gran fructo, asi en lo espiritual como en lo temporal y para todo lo dicho y consuelo y amparo nuestro. Queda-

el mismo historiador, refiriendo las atenciones que tuvo Felipe II con los expedicionarios escribe: „Mandó Su Majestad se les diese á los dos Padres todo lo necesario, todo el tiempo que en la Corte estuviesen; el cual fué poco, y ese le passaron recogido en su convento, en compañía de sus Hermanos, acudiendo á coro y á los demás actos y funciones de Comunidad, como si llegasen muy descansados de tan prolixo viaje, sin divertirse de estas religiosas ocupaciones más que lo que pedía el expediente de los negocios de Filipinas que estaba á su cargo.“ (1)

Ya hemos indicado que durante su estancia en España dió Urdaneta sus *pareceres* acerca de los dos puntos entonces en litigio, conviene á saber: sobre si las islas Filipinas entraban en el *empeño* hecho por el Emperador al Rey de Portugal en 1529, y si las dichas Filipinas y el Moluco estaban dentro de la *demarcación* de

---

mos con este entretenimiento de que Vuestra Magestad sera servido de nosla azer en todo, como a los tales fieles criados y basallos acostumbra Vuestra Magestad. Guarde Nuestro Señor la S. C. R. persona de Vuestra Magestad, y acresciente sus grandes Reinos y señoríos, como por nos, fieles criados y basallos de Vuestra Magestad, es deseado. De la isla de Zebu, primero de Junio, MDLXV años.—S. C. M.—De V. S. M. fieles criados y basallos que los reales pies de Vuestra Magestad con toda humildad besan.—Miguel Lopez de Legazpi.—Mateo del Saz.—Martin de Goiti.—Guido de Lavezaris.—Andres Clalaheba (Canchela).—Andrés de Mirandaola.—Andrés de Ibarra.—Luis de la Haya.—Fernando Riquelme, escribano de Gobernación.—Anibar (Anibal) de Arrian.—Juan Maldonado de Berrocal.—Gabriel de Rivera.—Gerónimo de Monzón.—Hernando Lopez.—D. Pedro de Herrera.—Pedro de Herrera.—Francisco de León.—Marcos de Herrera.—Juan Pacheco Maldonado.—Diego Lopez Pilo.—Cristobal de Angulo.—Luis Antonio Bañuelos.—García de Padilla.—Martín de la Rea.—Lope Ramos.—García Ramírez,—Lloreynte Machado.—Pedro de Rivera.—Pablo Ernandez, cabo de escuadra.—Francisco Lopez.—Bartolomé Rodriguez.—Diego Fernandez de Montemayor.—Antonio Flores.—Juan Jurado.—Antón Alvarez de Grado.—Francisco de Herrera.-Hernando de Monroy.» Colec. de Ind. 1.ª s., t. XIII pp. 529-531.

Ni una palabra deberíamos añadir á las tan incorrectas como en el fondo elocuentísimas del General, Maestre de Campo, Capitanes, Oficiales Reales y de cuantos algo significaban en Cebú, que acabamos de copiar. Hombres del mérito de Legazpi, del Maestre de Campo Mateo del Saz y del Capitan Goiti, aun á trueque de anularse y de ocultar sus méritos y servicios, no dudan en atribuír todo el éxito de la jornada al *venerable Urdaneta....* Esta carta es la confirmación más acabada de aquellas palabras de D. Luis de Velasco: «Después de Dios se tiene confianza que.... (Urdaneta) sera causa principal para que se acierte con la navegación de la vuelta para Nueva España.» Verdad es que Urdaneta fué la Providencia de los españoles, como se ha visto, no sólo en la vuelta, sino también en la ida y estancia en aquellas islas. Era, en fin, *luz, consuelo* y *amparo* de todos, y así se lo dicen al Rey.

(1) Id. Ib.

España. Entrambas cuestiones las resuelve Urdaneta afirmativamente. (1)

Evacuados felizmente los asuntos cuyo despacho le obligó á emprender tan largo viaje, Urdaneta „pidió licencia, dice Gaspar de San Agustín, á los señores del Real Consejo de Indias para bolverse á la Nueva España, donde ya le llamaba su quietud y glorioso fin. Rogáronle se detuviese algún tiempo para que Su Majestad, desembarazado de los negocios de Flandes (que entonces le daban mucho desasosiego), le pudiese oir de espacio, y hazerse capaz de todas las dificultades, por desearlo Su Majestad mucho, y para que juntamente le hiziesse mercedes y premiase tan buenos servicios. Pero el P. Fray Andrés, que no le detenía la esperanza de los merecidos premios, antes le estimulaba la quietud de su celda, instó tanto en negociarla, que se le concedió licencia para volverse, después de auer informado segunda vez á su Magestad todo lo que le pareció conveniente para el buen gobierno de estas islas; causándole admiración el desinterés y ningún aprecio que hizo de las honras y dignidades que le correspondían en premio de sus grandes servicios." (2)

A su vuelta á Méjico, llevado de su ardoroso celo por la conversión de los indios, quiso Urdaneta volver á Filipinas, si hemos de creer á nuestros historiadores; pero porque la obediencia era el norte de sus acciones, atúvose á las indicaciones de sus Prelados, los cuales, viéndole en edad crecida y maltratado de continuas enfermedades, le disuadieron de sus celosas empresas. Y así como durante la gran expedición á Filipinas fué ejemplo de cuantos tuvieron la dicha de tratarle, y su oración siempre que las demás atenciones se lo permitían, y su pobreza y mortificacion continuas, y su modestia y suavidad de palabras, todo su porte, en fin, y tenor de vida era una corrección eficacísima de las libertades que por ventura se permitían los acostumbrados á los desgarros de la vida militar y marítima; así y mucho más en el retiro del convento

(1) V. *Parecer del P. Frai Andrés de Urdaneta,* en el T. I de la *Revista Agustiniana* (hoy *La Ciudad de Dios*) pp. 185-189 y 250-256. Lleva la fecha de 8 de Octubre de 1566.—Con la misma data hay otro *Parecer* inédito, como también lo hemos dicho ya firmado por el Cosmógrafo Mayor Alonso de Santa Cruz, el Maestro Pedro de Medina, Sancho Gutierrez, Francisco Falero y Jerónimo Chaves; al frente de todos firma Urdaneta.

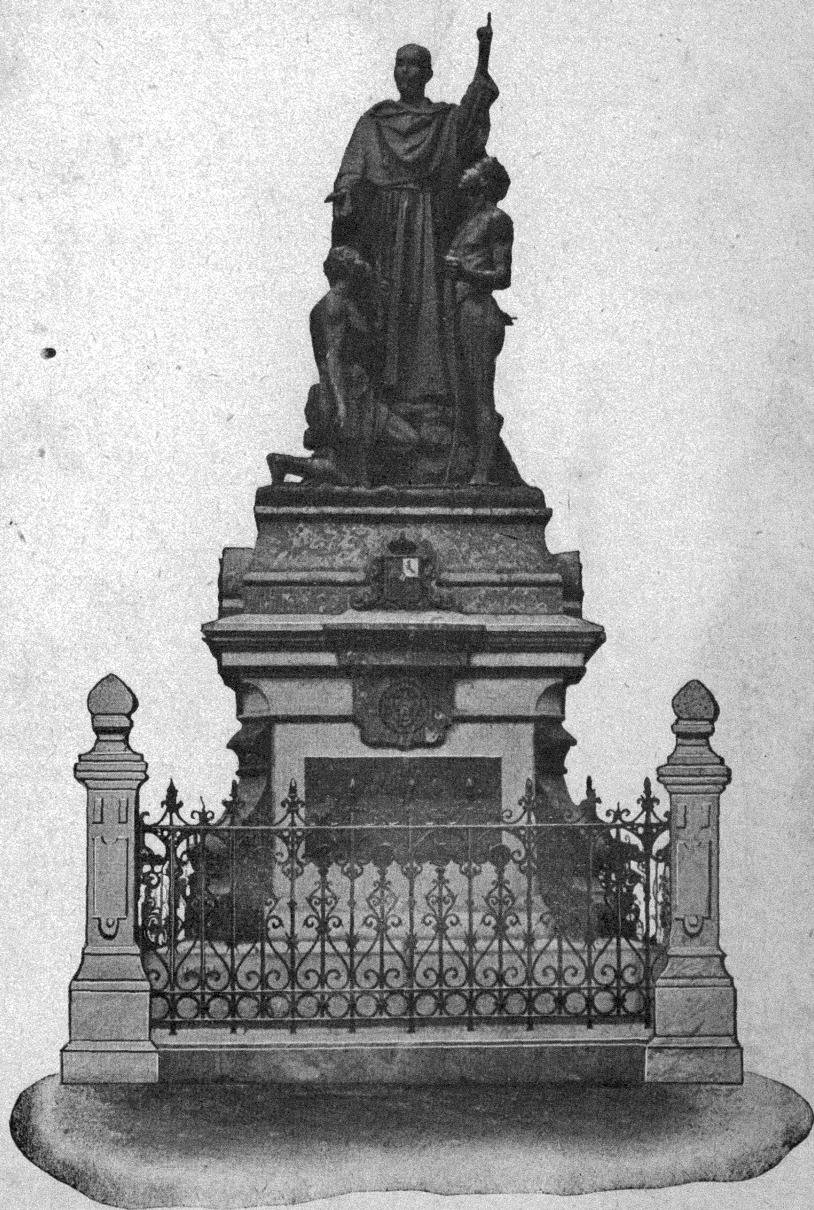
(2) Id. Ibidem.

de San Agustín de Méjico, libre ya de penosos cargos, enderezaba todos sus esfuerzos á la santificación de su alma, singularizándose áun entre los más perfectos por la abnegación de su voluntad, por la cual jamás puso reparos en lo que le ordenaban, aunque su ejecución pareciera un imposible.

Así vivió durante el último año de su vida aquel espejo de capitanes esforzados, de intrépidos marinos, de sabios modestos, de misioneros de corazón apostólico; y al acercarse su última hora, aunque estaba bien lejos de pagarse de honores mundanos, recibió los homenajes del Virrey, de los Oidores de la Audiencia y de lo más notable de la ciudad de Méjico, que enviaban ó acudían en persona á preguntar por su estado, deseando todos prolongarle una vida tan preciosa y tan útilmente empleada, y que dejaba tras de sí tan luminosa huella de su paso por el mundo. Murió, en fin, el día 3 de Junio del año de gracia de 1568, confortado con los Santos Sacramentos, dando señales inequívocas de una muerte santa, en el mismo convento de San Agustín, á los sesenta años de su edad, y 16 después de haber vestido el hábito agustiniano.

La posteridad, un tanto avara de sus honores á nuestro héroe, hasta poco hace, ha reaccionado á su favor, y ya en 1892 se abrió un concurso para la erección en Manila de un grupo escultórico que perpetuase su memoria y la de su insigne cooperador Legazpi. Aceptado por el Gobierno de España el proyecto presentado por el conocido artista Sr. Querol, procedióse sin pérdida de momento á su construcción. Pero ¡ay! no se hizo la solemne inauguración del monumento hasta Julio de 1901, cuando ya no tremolaba en el Archipiélago magallánico la bandera española.

La Provincia de Guipúzcoa, fecunda y cariñosa madre de toda una legión de héroes, ha querido también honrar á Urdaneta, erigiéndole en Villafranca, su villa natal, una estatua, debida al laureado escultor Sr. Uribesalgo, y consagrándole solemnes fiestas cívico-religiosas, con motivo de las euskaras que todos los años celebra la Diputación en una de las villas de la provincia.





CAPÍTULO XIV

CIENCIA DE URDANETA [1]

La Cosmografía, lo mismo que sus afines la Hidrografía, la Astronomía náutica y hasta la Geografía, hallábanse en período de formación durante el siglo XVI. De ahí el atraso relativo del arte de navegar, lo mismo en España que en todas las demás naciones. Pero ni el estado embrionario de aquellas ciencias, ni el de la Náutica, que necesariamente había de correr parejas con ellas, tienen nada de extraño, si se observa que mal podría describirse por semínimas un globo tan imperfectamente conocido aún, y cuya mayor parte había sido descubierta muy poco tiempo antes; y que la profesión naval debía tomar su incremento y perfección de los progresos parciales de cada ciencia y de sus oportunas aplicaciones á aquélla. Es verdad que desde muchos siglos antes era conocida la brújula, y ya hacía tiempo que se utilizaba el astrolabio; mas faltaba el subsidio del conjunto de ciencias y artes que, andando los tiempos, han venido á complementar el de la ma-

(1) Como en este capítulo hemos de resumir los méritos científicos de Urdaneta, el lector benévolo no llevará á mal que repitamos algo de lo dicho en otros varios que le preceden.

rina; pues son pocas las profesiones, si es que hay alguna, que requieran conocimientos tan complejos como la Náutica.

Al iniciarse los grandes descubrimientos y conquistas del siglo XV por españoles y portugueses á porfia, las atrevidísimas navegaciones que con tal motivo se efectuaron, y las tremendas catástrofes que fueron inevitable acompañamiento de muchas de ellas, sirvieron de fuerte estímulo y acicate para el perfeccionamiento de la navegación marítima, que alcanzó en brevísimo espacio inmensa importancia, muy superior desde luego á su progreso y adelantamientos positivos. Fundáronse, es verdad, escuelas de pilotos y maestres; pero las nociones de Cosmografía é Hidrografla, de Meteorología y Astronomía que en ellas se daban, por fuerza tenían que ser muy deficientes por las razones antes apuntadas, cuando no perjudiciales, por los enormes errores de varia índole que se encuentran en los tratados más clásicos y de más boga en la época á que nos referimos.

Es dudoso que Urdaneta haya frecuentado ninguna escuela de navegación, si no es la que le ofrecía la Naturaleza en la inmensidad de los mares; allí, luchando heroicamente con los elementos, observando las corrientes marítimas, el flujo y reflujo de las mareas, la dirección de los vientos en cada época del año, y el encuentro y choque de los mismos, origen de formidables tempestades, viendo asimismo y anotando cuidadosamente la flora y fauna de las islas que visitaba, y sus producciones de todo género; estudiando, en suma, el gran libro de la Naturaleza, atesoró peregrinos datos, absolutamente desconocidos muchos de ellos para los mismos que desde las cátedras de las escuelas de pilotos se esforzaban por instruír á éstos en los secretos de la navegación. Y no se escandalice nadie de estas nuestras afirmaciones; que tal escándalo, si lo hubiera, significaría desconocimiento absoluto del estado de las Ciencias cosmográfica é hidrográfica durante la primera mitad del siglo XVI; pues sabido es que los cosmógrafos más ilustres de la época veíanse obligados á corregir sus opiniones en vista de los nuevos datos aportados por los navegantes. Por eso pudo decir el Maestro Pedro de Medina en el prólogo á su *Arte de navegar*, impreso en 1545: *pocos de los que navegan saben lo que á la navegación se requiere; la causa es porque ni hay maestros que lo enseñen, ni libros en que lo lean*. Lo cual no impidió que autores pos-

teriores (como Mr. Coignet en 1581) criticasen severamente las manifiestas equivocaciones y deficiencias de Medina, (1) deficiencias y equivocaciones que, por ser inevitables en su época, no menguan un punto el mérito relativo de su obra.

Mayor fué todavía el de la que escribió Martín Cortés á la vez que Medina, aunque no concluído de imprimir hasta 1551. Y con gloriarse Cortés, en su dedicatoria al Emperador, de „haber sido el primero que redujo la navegación á breve compendio, (2) poniendo principios infalibles y demostraciones evidentes, escribiendo práctica y teórica de ella, dando regla verdadera á los marineros, mostrando camino á los pilotos, haciéndoles instrumentos para tomar la altura del sol, para conocer el flujo y reflujo del mar, ordenarles cartas y brújulas para la navegación, avisándoles del curso del sol, movimiento de la luna, reloj para el día, y tan cierto que en todas las tierras señala las horas sin defecto; otrosí reloj infalible para las noches, descubriendo la propiedad secreta de la piedra imán, aclarando el nordestear y noroestear de las agujas;“ gloriándose Cortés, repetimos, de tantas y tan importantes novedades (algunas de ellas de resultados discutibles), muy pronto una crítica sincera y desapasionada halló importantes lagunas en su obra, y escritores sucesivos se encargaron de llenarlas. En la segunda mitad del propio siglo XVI ocurrió algo muy semejante á esto con Rodrigo Zamorano, Andrés de Poza, Diego García de Palacio y con cuantos, en fin, quisieron probar fortuna lanzando á los vientos de la publicidad tratados sobre navegación; y aunque esto ocurra con toda suerte de obras, mayormente si tratan de ciencias experimentales, ya queda indicado el motivo principal en cuya virtud el arte de marear estaba sujeto en aquel entonces á rapidísimas modificaciones, conviene á saber, por hallarse en formación las ciencias que le servían de base.

Hemos dicho ser dudoso que Urdaneta frecuentase las escuelas oficiales de náutica; mas sí puede asegurarse que conocía por los

(1) El *Arte de navegar*, de Medina, fué traducido al francés en 1554 por Nicolás de Nicolai; al italiano, el mismo año, por Vicente Palentino de Corzuta; al alemán, por Miguel Coignet en 1576; y al inglés, por Juan Frampton, en 1581; y tanto en España como en el extranjero, siguieron haciéndose ediciones de dicha obra hasta bien entrado el siglo XVII.

(2) Intitúlase su obra, *Breve compendio de la esfera y de la arte de navegar*. Medina tuvo gran boga en Francia, y Cortés fué el predilecto de los ingleses.

libros las teorías corrientes en su época. No es de creer, en efecto, que quien con tanto afán leía en el gran libro de la Naturaleza, y trasladaba al papel las enseñanzas que deducía, dejara de aprovecharse de las luces que por ventura podrían ofrecerle las obras de sus contemporáneos. Ello es que cuantos de él han escrito, hácense lenguas de su ciencia y saber en lo que á la navegación se refiere. El primero que le menciona es Gonzalo Fernández de Oviedo, llamándole, no sólo „hombre de bien y de buena razón y bien apunctado en lo que había visto y notado daquel viaje" (el de Loaisa), sino también „sabio" á boca llena, y hombre de palabra feliz para expresar clara y ordenadamente sus ideas. (1) Por eso el célebre Adelantado de Guatemala, D. Pedro de Alvarado, que le conoció en España, manifestó gran empeño en que le acompañara, comprendiendo desde luego que Urdaneta podría prestarle excelentes servicios en los grandes proyectos de conquistas que por entonces maduraba. (2) Y, en efecto, Urdaneta y su compañero Martín de Islares trasladáronse, en compañía de Alvarado, á Guatemala, con objeto de tomar parte en las expediciones y conquistas que se proyectaban; y aunque nosotros siempre hemos sostenido y seguimos sosteniendo, contra lo que afirman unánimes cuantos de ello tratan, que jamás se ofreció al ilustre hijo de Villafranca la jefatura de la expedición que capitaneó el caballeroso Ruy López de Villalobos, también creemos que si se hubiera tenido ese buen acuerdo y él lo hubiera aceptado, muy otros fueran los resultados de esa expedición desventurada.

Pues el nobilísimo y excelente Virrey de Méjico, D. Luis de Velasco, que conoció muy á fondo á Urdaneta, parecía un panegirista asalariado del humilde fraile agustino, á juzgar por los estupendos elogios que de él hacía, vinieran ó no vinieran á cuento, en sus car-

---

(1) «Este Urdaneta era sabio y lo sabía muy bien dar á entender passo por passo como lo vido.» *Historia general y natural de las Indias,* lib. XX.

(2) «Y como se halló desde á poco tiempo después en Castilla el Adelantado don Pedro de Alvarado, Gobernador de Guatimala y supo de la persona de Urdaneta y platicó con él algunas veces, rogole mucho que se fuese con él á Guatimala, diciéndole que había luego de armar en la mar del Sur, para ir la vuelta de la China, ó hacía aquellas partes, por mandado de Su Majestad. Y este capitán lo acordó de aceptar per servir al Rey y porque de aquellas partes del Maluco por donde ha andado tiene mucha experiencia y es hombre que entiende muy bien las cosas de la mar y de la tierra.... Tenia él (Alvarado) en mucho la persona y experiencia este capitán Urdaneta.» Id. Ib.

tas á Felipe II. En efecto, al remitirle una relación, ó más bien derrotero, que había redactado Urdaneta, escribe al Monarca: „La relación que va con ésta.... se hizo solamente por mí y por Fray Andrés de Urdaneta, que es la persona que más noticia y experiencia tiene de todas aquellas islas, *y es el mejor y más cierto cosmógrafo que hay en esta Nueva España:* la relación *se puede tener por cierta;* V. M. la mande ver y comunicar con los cosmógrafos que fuere servido y con algunos marineros, si son vivos, de los que fueron en la Armada de D. Jofre de Loaisa;" y más adelante, en la propia carta, insiste y escribe: „Ha sido muy acertado que Fray Andrés vaya, por la experiencia y noticia que tiene de las islas *(las del Extremo Oriente, á donde debía dirigirse la expedición que se proyectaba),* é porque la navegación que se ha de hacer *ninguna persona en estos reinos, ni en esos la entiende tan bien como él,* demás de que para toda manera de negocios es prudente y templado y tiene muy buen parecer: tengo por cierto que acertará á servir bien á Dios Nuestro Señor y á V. M. en la jornada, y, siendo V. M., dello servido, será bien mandalle escribir, teniéndole en servicio el aceptarlo." (1) No hemos de acumular aquí cuanto el buen Virrey escribe en elogio de Urdaneta; pero ha de permitírsenos trasladar todavía algunas palabras suyas, dirigidas al propio Monarca el mismo año que se hizo á la vela la Armada con tanto esmero preparada por Velasco, para ir en demanda de las islas consabidas. „Van en la Armada, le dice, seis religiosos de la Orden de San Agustín, entre ellos Fray Andrés de Urdaneta, *que es el más experto y experimentado en la navegación que se ha de hacer, de los que se conocen en España, la vieja y la nueva.*" (2)

Contagiado, sin duda, el mismo Felipe II, á pesar de su natural reservado y circunspecto, de la manía de elogiar al Agustino, prorrumpe también en sus alabanzas, en cartas al mismo dirigidas, encargándole que tomase parte en la expedición que se proyectaba, „porque, según la noticia que diz que teneis de las cosas de aquella tierra, y *entender como entendeis bien la navegación della, y ser buen cosmógrafo,* sería de gran efecto que vos fuérades en los dichos navíos, así para lo que toca á dicha navegación, como para el servicio de Dios Nuestro Señor y nuestro." (3)

(1) *Col.* citada, tomo núm. 2, págs. 102 y 104.
(2) Ib., pág. 142.
(3) Ib., págs. 99-100.

¿Qué más? La misma Audiencia de Mejico, que por fallecimiento del gray Virrey hubo de tomar á su cargo el despacho de la Armada, y que por influencia de Juan Pablo de Carrión, émulo, como sabemos, de Urdaneta, había introducido profundas variaciones en los derroteros hechos por el Agustino y aprobados por Velasco, para que sirvieran de pauta á la Armada; la misma Audiencia, decimos, que demostró tener escasa afición á Urdaneta, no pudo menos de tributarle los homenajes á que era acreedor por sus preeminentes cualidades, escribiendo en la *Instrucción* que dió á Legazpi estas notables palabras: „Y porque, como sabeis, el Padre Fray Andrés de Urdaneta va en esa jornada por mandado de su Majestad, proveeréis que, agora sea volviéndoos vos á esta Nueva España con algún navío ó navíos, dejando allá algún capitán con gente, ó inviando á otra persona acá, quedándoos vos en la tierra, que el dicho Fray Andrés de Urdaneta vuelva en uno de los navíos que despacháredes para el descubrimiento de la vuelta; *porque, después de Dios, se tiene confianza que por las experiencias y plática que tiene de los tiempos de aquellas partes, y otras cualidades que hay en él, será causa principal para que se acierte con la navegación de la vuelta para Nueva España.* (1) Por lo cual conviene que, en cualquiera de los navíos que para acá imbiáredes venga el dicho Padre Fray Andrés de Urdaneta, y será en el navío y con el capitán que él os señalare y pidiere, y en ello no haya otra cosa, porque dello se entiende que nuestro Señor Dios y Su Magestad serán servidos, y vos muy presto socorrido con gente y todo lo demás necesario."

Nada difícil nos sería multiplicar testimonios acerca del altísimo concepto en que, desde el punto de vista científico, sus contemporáneos tuvieron á Urdaneta; pero creemos que con los aducidos sobra, y debemos apresurarnos á examinar someramente los hechos y escritos del celebrado cosmógrafo; aunque el examen habrá de ser deficiente, porque no poseemos ya todos sus escritos, y han si-

(1) Es de advertir, y lo hemos dicho ya muchas veces, que el gran problema, cuya solución se buscaba, era el de hallar la vuelta desde el Extremo Oriente á Méjico ó Nueva España. Como que Felipe II, en su primer despacho á su Virrey, escribía estas terminantes palabras (Col. y tomo cit., pág. 97): «Que no se detengan (*los expedicionarios*) en contratación y rescates, sino que luego den la vuelta á esa Nueva España, porque lo principal que en esta jornada se pretende es saber la vuelta.»

do inútiles nuestras pesquisas para dar con los mapas que nos consta haber formado Urdaneta.

Este fué, á no dudarlo, el iniciador del proyecto de expedición al Extremo Oriente, cuando, aun los más arriesgados y valerosos, la consideraban, sobre temeraria, inútil, como se deducía de las cinco que en el espacio de poco más de veinte años se habían efectuado con enorme detrimento de vidas é intereses. ¿Cuáles eran los fundamentos en que se apoyaba aquel religioso débil y valetudinario para iniciar y sostener ideas tan atrevidas contra el parecer común? Posible es que no concuerde en este punto concreto nuestra opinión con la generalmente seguida, que atribuye los extraordinarios arrestos de Urdaneta al descubrimiento de derroteros desconocidos que debían facilitar la temida vuelta desde el Extremo Oriente á la Nueva España, mientras nosotros opinamos que sus arranques nacían del conocimiento de la ausencia de las supuestas enormes dificultades para la empresa. Quiérese decir: se ha creído por lo común que el ilustre Agustino removió, á fuerza de ciencia y conocimiento de aquellos mares, los formidables obstáculos que hasta entonces habían hecho fracasar los esfuerzos de los españoles, y entendemos nosotros que Urdaneta hizo ver (y para ello hubo menester, por ventura, de más ciencia), no precisamente que la empresa no ofreciera riesgos, sino que éstos distaban mucho de ser incontrastables, como se suponía. (1) No otra cosa significan, á nuestro entender, las palabras que Esteban de Salazar pone en su boca al tratar de este punto: „Con ser, escribe, hombre medidísimo en hablar, solía decir (Urdaneta) que él haría volver, no una nave, sino una carreta.“ (2) Pero ¿de dónde nacieron, se dirá, tantos fracasos anteriores, si tan de poca monta eran los obstáculos con que tropezaban? En primer lugar, era muy escaso el número de pilotos verdaderamente instruídos en su difícil y complicado arte, como nos lo ha dicho Pedro de Medina, y tendremos ocasión de verlo muy pronto; después, la arquitectura naval hallábase en lamentable estado durante la primera mitad del siglo XVI, porque, sin el auxilio de la Mecánica é Hidráulica, cuyos principios se ignoraban,

(1) Recuérdense á este propósito las palabras del Sr. Fernández Duro, copiadas ya por nosotros, afirmando que Urdaneta demostró ser, NO SOLO POSIBLE, SINO FACIL la navegación de la vuelta.

(2) *Veinte Discursos sobre el Credo,* Disc. VIII.

todo era obra del tanteo, hasta que paulatinamente fué desarrollándose al paso mismo de las ciencias, que eran su necesario apoyo: finalmente, los barcos con que se intentó dar la temida vuelta, sobre ser de medianas condiciones marineras, encontrábanse en situación desastrosa al emprender el viaje de vuelta. ¿Qué era, pues, menester para salir triunfantes en la empresa? Buenos pilotos y no malos barcos. Cuanto á lo primero, allí estaba Urdaneta para dirigir la expedición; cuanto á lo segundo, también las naos, que la componían, eran muy superiores á cuantas hasta entonces habían surcado el Pacífico, como se lo decía Velasco á Felipe II. (1)

Al tener noticia Felipe II por su Virrey Velasco, de que aún había un hombre con alientos para sostener *la facilidad relativa* de una expedición semejante, escribióle, á petición del propio Virrey, diciéndole en substancia: „Puesto que decís que, no obstante los fracasos anteriores, es posible la expedición, yo os ruego y encargo que vayais y volvais, y haré que se os faciliten todos los medios necesarios y convenientes para ello." Y fué y volvió. Hé aquí el triunfo de Urdaneta; triunfo alcanzado, más que con la ciencia que hubo menester para vencer los obstáculos que le oponían los elementos, con la que empleó para demostrar la facilidad de la empresa. Porque, en suma, ¿han existido jamás las supuestas invencibles dificultades para surcar el Pacífico en todas direcciones? Seguramente que no; y buena prueba de ello es la relativa seguridad con que, tras de Urdaneta, navegaron infinitas embarcaciones de diversísimo tonelaje por los propios mares. Luego no necesitó Urdaneta acudir á arcanos científicos para vencerlas; bastóle hacer ver á los más miopes que se trataba de una cosa muy hacedera; y sería ridículo que nosotros, por inmoderado afán de encumbrar á nuestro ídolo, le viniéramos á hacer un flaco servicio ante la opinión ilustrada, suponiéndole vencedor de endriagos ó monstruos espantables sin realidad alguna en la naturaleza. Verdad es que, por una parte las calmas ecuatoriales, y por otra las corrientes y vientos contrarios y hasta los huracanes, oponían con frecuencia fuertes barreras á la navegación por el Pacífico; pero esos obstáculos, ni eran exclusivos de él, ni desconocidos de los navegantes

(1) «*Van cuatro navíos;.... son las mejores piezas que han caido sobre la mar del Sur, y más fuertes y bien aparejadas.*» Carta de D. L. de Velasco al Rey.—Col, cit.. Tom. número 2, pág. 141.

de la época. Lo verdaderamente desconocido era que los fracasos anteriores, más que á la furia de las tempestades y á la pasividad de las calmas, se debieron á lo endeble é inadecuado de los medios para triunfar en la demanda; lo realmente nuevo, científico y verdadero era la demostración palmaria de que ya en la segunda mitad de la centuria décimasexta se contaba con sobrados elementos para vencer todos los obstáculos, cruzando el temido Pacífico en todas direcciones, y abriendo nuevos horizontes á la Religión, á la Ciencia y al Comercio; y esto fué lo que hizo Urdaneta, y en tal concepto es digno de inacabables encomios de parte de cuantos saben apreciar la transcendencia de su obra.

Y tan arraigada y profunda era la persuasión de Urdaneta de que esas dificultades eran en su mayor parte ilusorias, que en el derrotero que propuso á Felipe II, lejos de atenerse á un viaje directo al Extremo Oriente, proyectaba, ó descender á grandes latitudes y descubrir la extensión de la Nueva Guinea, cuya prolongación hacia el polo antártico se sospechaba entonces, ó ascender á parecidas latitudes en el hemisferio opuesto, y averiguar qué islas ó continentes había, viniendo á parar, en una y otra hipótesis, á las ya conocidas islas Filipinas, no á establecerse allí de asiento y á colonizar, porque entendía que no nos asistía derecho para ello, sino á rescatar á los españoles que desde expediciones anteriores tal vez gimieran bajo el poder de los infieles. Más aún: Urdaneta declaró que sólo en el caso de seguirse estos derroteros se embarcaría, y fué menester que la Audiencia de Méjico, que á la muerte de Velasco asumió, como sabemos, su autoridad y ultimó los preparativos de la Armada, le hiciera embarcarse, fingiendo que se iban á realizar sus proyectos, y ordenando, entre tanto, á Legazpi, que hasta cien leguas mar adentro no abriera los pliegos en que se le ordenaba seguir en derechura á Filipinas.

Sintió á par del alma el ilustre Agustino semejante estratagema, y protestó de nuevo de que, á haber tenido conocimiento de tales órdenes, se quedara en tierra; mas comprendiendo que á aquellas alturas era difícil deshacer el desaguisado, consintió en proseguir el viaje, y bien pronto se vió que sin su intervención no solamente no se hubiera logrado hallar la vuelta, pero ni siquiera hubiese llegado la expedición á Filipinas: tales y tan enormes desatinos cometieron los pilotos en una navegación que no ofrecía dificultades

de ninguna clase. En efecto; como Legazpi les pidiese cuenta de lo que andaban y de las latitudes y longitudes por donde corrían, cada uno ofrecía datos distintos; era de ver, sobre todo, cómo alargaban las singladuras. Al llegar á las islas que Villalobos llamó de los Jardines, dijo Urdaneta que así se lo parecían por sus cuentas; pero „los pilotos, dice la Relación más autorizada de aquel viaje, se reían dello, diciendo que no podía ser, porque estábamos mucho más adelante, é algunos dellos se hallaban cerca de Filipinas.“ (1) Pero tres días después (17 de Enero de 1565) el conflicto revistió alarmantes caracteres, porque la mayor parte de los pilotos sostenían con energía que ya habían llegado á Filipinas, y algunos de ellos ya habían pasado adelante, conforme á su cómputo sobre la longitud á que dichas islas se encontraban (2); mas el General, siguiendo en ello, seguramente, el consejo de Urdaneta, hízoles ver que convenía ponerse á la altura de 13 grados (hallábanse en los 10), y que corriendo al Oeste por ellos, no podían menos de dar con las islas Filipinas ó con el rumbo seguro para llegar á las mismas; „y este acuerdo, dice la citada Relación, le paresció muy bien al Padre Fray Andrés de Urdaneta, diciendo que yendo por esta derrota no podían errar las Filipinas.“ (3) Cinco días más anduvieron en esta dirección, al cabo de los cuales „el Padre Fray Andrés dijo al General que si era verdad lo que había pensado, de que las islas y tierra postrera que atrás dejamos, eran los Jardines de Villalobos, que estábamos cerca de las islas de los Ladrones, porque había tenido cuenta con ello, y se hallaba cerca de tierra de las islas de Ladrones.“ (4) Pues bien: al día siguiente (23 de Enero), es decir, seis después que los pilotos aseguraban hallarse en Filipinas, ó sea á la longitud y latitud asignada á las mismas por las cartas de marear, entendidas á su manera, vieron tierra, y „los pilotos, según la misma autorizada Relación, decían ser tierra de Filipinas, y cuanto más llegábamos á tierra tanto más se afirmaban en ello. *Sólo el P. Fray Andrés de Urdaneta decía que podían ser islas de Ladrones,* é yendo así, de la gavia de la Capitana vieron paraos con velas que salían de la costa, los cuales parescían venir hacia la

(1) Col. cit. tomo núm. 2, pág. 230.
(2) Id. Ib. pág. 231.
(3) Id. Ib., pág. 232.
(4) Id. Ib.. pág. 232.

Armada.... El P. Fray Andrés preguntó á los de las gavias qué forma de velas traían estos paraos; dijeron que latinas; lo cual oído, dijo, afirmándose en ello, ser islas de Ladrones.... *Los pilotos porfiaban lo contrario, y que no era sino tierra de Filipinas, y se reían de que se pensase ser Ladrones.*" (1) Y, en efecto, la isla á la cual acababan de arribar, nombrada *Goam,* era una de las de los Ladrones, llamadas después de Marianas.

Espanta el pensar qué hubiera sido de aquella flota á no haber tenido la suerte de navegar bajo la inspección de Urdaneta. Distaban todavía seiscientas leguas de Filipinas, y ya los pilotos porfiaban hallarse en ellas. No sabemos cómo concordarían el hecho de no verlas; tal vez creyeron que se habían hundido en los abismos del mar, ó que las cartas de que se servían estaban equivocadas. De todas suertes, Legazpi, á no haberse interpuesto Urdaneta en el conflicto, se hubiera visto y deseado para salir de él, porque los pilotos, única autoridad técnica en el supuesto, hubieran decretado la vuelta mucho antes de llegar al término del viaje. No había otra solución razonable, partiendo de la desatinada hipótesis, corroborada con el parecer unánime de todos los pilotos. ¿Qué se hubiera dicho en este desgraciado caso de las dificultades de navegar por el Pacífico? Un fracaso más, después de tantos sufridos anteriormente, y con una Armada con tanto esmero preparada, se hubiera juzgado como argumento invencible de la imposibilidad de navegar por semejantes mares, y tal vez se habría desistido indefinidamente de nuevos ensayos, que iban resultando tan inútiles como costosos. Todo ¿por qué? Ya lo ha visto el lector: por la ignorancia de los pilotos. Bien pudo Urdaneta, ya que tan mala partida le habían jugado al desecharle sus derroteros en la forma poco digna en que lo hicieron, haberse encogido de hombros y haber dejado que los pilotos hiciesen mangas y capirotes de la expedición; pero no se lo consintió su conciencia, y puso todo su saber y energías al servicio de la flota, y la dirigió con admirable acierto, á pesar de las dificultades que, como se ha visto, oponía á su gestión la ignorancia de los pilotos, que, no hay que olvidarlo, habían cursado en las Escuelas oficiales de Náutica, de Sevilla.

Poco hemos de decir acerca de la vuelta, que tanta gloria dió al ínclito Agustino, después de lo expuesto más arriba sobre lo ilu-

(1) Col. y tomo cit., pág. 233.

sorio de las dificultades para navegar por aquellas longitudes y latitudes. Acabados de establecerse los españoles en Cebú, el día 1.º de Junio de 1565 salió de aquel puerto y emprendió la vuelta á la Nueva España en la nao capitana llamada *San Pedro,* de quinientas toneladas. Todo aquel mes navegaron en dirección Este, cuarta al Norte; (1) pero avanzando poco, pues emplearon los diez primeros días en salir del laberinto de islas que rodean á la de Cebú, y en los veinte restantes sólo andarían obra de cuatrocientas leguas, si no mienten las singladuras del piloto Rodrigo de Espinosa. El día 1.º de Julio hallábanse en 24 grados latitud Norte, y el citado piloto declara que hasta esa fecha tuvieron siempre vientos escasos del S.SO. (2) En 6 de Julio llegaron á los 30 grados del propio hemisferio; ascensión rápida que denota lo favorecidos que habían sido por los vientos. Paulatinamente siguieron todavía subiendo, pero sin abandonar un momento su ruta al Este, y el día 3 de Agosto llegaron á los 39 grados largos. Un mes fluctuaron entre esta latitud y los 30, para ponerse de nuevo el día 4 de Septiembre en los 39 y un tercio. Este día dispuso Urdaneta que se tomara la dirección Sudeste; mas como el viento predominante fuese el Sur, descendieron poco, hasta que el día 18 del propio mes divisaron una isla en altura de 33 grados, ya cercana al continente americano, y fueron bajando rápidamente, llegando el día 1.º de Octubre al puerto de la Navidad, de donde habían salido hacía un año menos cincuenta días. (3)

(1) No era una novedad esta ruta, pues la propia llevaron cinco de las seis expediciones anteriores que dieron tan tristes resultados. Sólo Iñigo Ortiz de Retes, de la Armada de Villalobos, y el último que pretendió la vuelta, quiso probar fortuna sin salirse de los trópicos y aún sin apenas separarse del Ecuador, y casi siempre por la banda del Sur, con éxito desgraciado.

(2) «Desde que salimos de las islas Filipinas hasta este presente día, postrero de este mes *(de Junio)*,de continuo truximos los vientos punteros de la banda de estribor.» Id., pág. 435. Se ve, por las indicaciones de los pilotos, que los vientos alisios les prestaron escasa ayuda, cuando tenían motivos para esperarla muy grande, una vez separados de la región de las calmas ecuatoriales, cosa que Urdaneta procuró con la presteza posible; pues no ignoraba los graves inconvenientes que ofrecía la navegación por semejantes latitudes, no sólo por la falta de vientos, nacida de la dirección vertical de los alisios de entrambos hemisferios, que dan una resultante horizontal casi nula, sino también porque en esa misma región alternan casi diariamente en estío los huracanes, que nada bueno ofrecen, con las calmas indicadas.

(3) No quiso Urdaneta desembarcar en este puerto de la Navidad, por lo muy distante que se halla de Méjico, y mandó enderezar la nao al de Acapulco, á donde llegaron el día 8 de Octubre.

Lo que desde luego salta á la vista es que la expedición tuvo escasos tropiezos; tres ó cuatro días de calmas, repartidos en los cuatro meses justos de navegación, y obra de diez ó doce días de mar gruesa, con mucha variedad de vientos y algunos aguaceros. Hubo, sí, notable insalubridad á bordo, acaso porque se carecía de alimentación adecuada. Murieron en el trayecto diez y seis personas, entre ellas el maestre y el piloto mayor, y de las doscientas que salieron de Cebú, sólo diez y ocho se encontraban al acercarse á tierra hábiles para el trabajo. (1)

Dos puntos nos restan que dilucidar, y lo haremos muy brevemente para poner término á este ya largo artículo: el referente á la opinión de Urdaneta en orden á la naturaleza de los huracanes, y el de su competencia para apreciar longitudes; punto este último de capital importancia para la navegación, y que en el siglo XVI la tenía singularísima por las cuestiones que surgieron entre Portugal y España sobre el mejor derecho á la posesión de las Molucas primero, y de las islas Filipinas más tarde. (2)

---

(1) Urdaneta, en su Relación, todavía inédita, de esta jornada, hablando de la vuelta, se expresa en estos términos: «De la vuelta de Çubú para la Nueva España, lo que hay que decir es que partimos desde donde quedaron los nuestros en primero de Junio de 1565, y en 18 de Setiembre vimos la primera tierra en la costa de la Nueva España, que fué una isla que se dice *Sant Salvador,* que está en 34 grados menos un sesmo, é á primero de Octubre llegamos enfrente del puerto de la Navidad; é no queriendo entrar en él, pasamos al puerto de Acapulco por ser muy mejor puerto que este otro y estar muy más cerca de México que no el puerto de la Navidad con más de 45 leguas. Pasamos mucho trabajo á la vuelta, con tiempos contrarios y enfermedades. Murieron XVI hombres hasta surgir en el puerto, y después de llegados á él otros cuatro, y más un indio de las islas de los Ladrones, que enbió el General con otros tres indios que enbió de la isla de Çubú. Vino por capitán de la nao Felipe de Salcedo, nieto del General, el cual se hubo cuerdamente en su cargo.»

(2) Uno de los pocos autores que modernamente han tratado de este asunto, y por cierto con escasa fortuna, es el Sr. Coroleu *(América: Historia de su colonización,* etc. tomo I, cap. IV), autor por lo demás sesudo y erudito. «D. Juan II, dice, protestó de la Bula del Papa Alejandro, alegando que le atajaba el curso de sus descubrimientos, y pidió que se añadiesen otras trescientas leguas más al Poniente sobre las ciento que se le habían otorgado desde una de las islas de Cabo Verde, en lo que se engañó, porque *de esta manera adquirió Castilla las Molucas y otras muchas y ricas islas.*» Castilla no adquirió ni un solo palmo de terreno á cambio de lo otorgado á Portugal; y bien se puede decir que D. Juan II hizo un cambio ventajosísimo, adquiriendo ó consolidando sus derechos al Brasil y sin detrimento alguno de los que tenía á la posesión de las mejores islas del Extremo Oriente. Lo que hay es que lo mismo dicho Monarca al pedir, que los de España al acceder á su deseo, obraban con una ignorancia encantadora, aunque buscando siempre uno y otros un cambio ventajoso. César Cantú (tomo IV, página 806 de la ed. de París, 1869) es de la misma opinión de Coroleu.

El P. Esteban de Salazar, pondera su singular pericia en achaques de meteorología, y dice que él fué quien primero dió razón de los huracanes, al reconocer como causa de los mismos el choque de vientos contrarios. No dudamos que Urdaneta, tan escrupuloso y constante observador de la Naturaleza, que vivió largos años en la zona misma del Ecuador, donde son frecuentísimos, se dió cuenta de esos meteoros y de su causa próxima; lo dudoso es que fuera este ilustre agustino el que dió la primera explicación de ellos, cuando ya Aristóteles (1) insinuó la propia idea, y el Maestro Pedro de Medina la expuso menuda y detalladamente en su ya citada obra *Arte de navegar,* impresa en 1545, en estas claras y terminantes palabras: „Cuando un viento viene de una parte y otro de otra contraria, y la fuerza del uno se encuentra con la del otro, como cada uno no tiene libre corrimiento por impedimento del viento que halla en contrario, entonce el más fuerte rempuja al otro, y así métense en redondo y hace un remolino, hasta que se dividen. Esto paresce, por ejemplo, en el agua cuando va corriendo, que si halla otro cuerpo que le haga resistencia hace remolino, moviéndose en redondo; bien así el viento, como halla resistencia de otro viento ó de algún monte ó de otra cosa semejante, que resista su doble efluxo y corrimiento, no puede passar adelante, por tanto hace aquel remolino, y esto causa en la mar muchas veces anegar las naos y sumirlas debajo del agua cuando se hallan debajo del tal remolino, ó cerca, porque el aguaje que el viento levanta las mueve y aniega.“ (2) Medina avanza más todavía, y quiere explicarnos la causa algo remota de las tempestades, diciendo: „Cuando hay movimientos de vientos contrarios, causan levantar tempestad de tormenta en la mar, la cual los navegantes muchas veces pueden conoscer antes, considerando y mirando el movimiento de las nuves si es contrario y diferente del viento que abajo tienen; y cuando así fuere es señal de correr vientos contrarios, de los cuales continuamente vence el superior, porque es de más fuerza é ímpetu que el inferior.“ (3) Admitiendo, pues, de buen grado que Urdaneta no ignoraba nada de lo que presumía saber Medina, es preciso convenir también en que éste divulgó sus teorías, y entre ellas la

(1) *Meteororum*, lib. II, cap. IV.
(2) Lib. III. cap. IV.
(3) Id., Ib.

de la naturaleza de los huracanes, antes por lo menos que se hiciera del dominio público la de Urdaneta. Lo que parece probable es que esa teoría, que á alguien pareció nueva y peregrina, era conocida por la generalidad de los navegantes de la época.

Cuanto á la apreciación de longitudes, digámoslo también paladinamente, nuestro Urdaneta nada nuevo ni desconocido nos ofrece; sin embargo, en su *Parecer* sobre el gran problema de la longitud á que se hallan las Molucas y Filipinas, enderezado á Felipe II, á petición de éste, brillan cuantas garantías de acierto podían darse en aquella época; mientras las opiniones de los cosmógrafos oficiales son endebles y deficientes por demás. Ateniéndonos á las de Alfonso de Santa Cruz y Pedro de Medina, los más notables de la época, y teniendo en cuenta además los esfuerzos singulares del primero, precisamente para dar solución á ese problema, (1) contrastan notablemente su trabajo y el de Urdaneta, quiérese decir, la pobreza de las razones expuestas por Santa Cruz con las, al parecer, indestructibles del Agustino, el cual, dada la imperfección de los medios con que entonces se contaba, agotó la materia; y aunque sosteniendo una opinión equivocada, dió gallarda muestra de su saber. (2) En efecto, Urdaneta empieza su infor-

---

(1) Santa Cruz, además de haber escrito el *Libro de las longitudes*, «procuró adelantar los métodos, hoy muy perfeccionados, de observar la longitud, aplicando á la marina los más propios y exactos, ideando ingeniosos instrumentos y cálculos, que por complicados é inexactos que ahora nos parezcan, no dejan de haber allanado el paso para llegar al estado actual de perfección en que los vemos.» M. Fernández de Navarrete: *Biografía de Alonso de Santa Cruz,* folleto de 14 páginas.

(2) Aludimos en el texto á los *Pareceres* que, interrogados por Felipe II, dieron Urdaneta y los cosmógrafos reales sobre estos dos puntos: 1.° ¿Entran las islas Molucas y las Filipinas en la *demarcación general* de España? 2.° Y en caso afirmativo, ¿tiene derecho España á la conquista de Filipinas, aun después que el Emperador Carlos V *empeñó* al Rey de Portugal sus supuestos derechos á las Molucas? Cuanto al primero, todos los cosmógrafos con Urdaneta le resolvieron afirmativamente; mas todos se equivocaron. También fué unánime, aunque negativa, la contestación al segundo punto en los dictámenes que dieron, tanto colectiva como separadamente, con la intervención de Urdaneta; sin embargo, cerca de un año más tarde (el 16 y 17 de Julio de 1567), aparecen firmados nuevos pareceres de Santa Cruz y de Medina, en los cuales se desdijeron, ó más bien se inhibieron éstos respecto del segundo punto. Aunque algún autor supone que Urdaneta rectifica también su primera opinión, nosotros no hemos podido dar con el documento á que el indicado autor se refiere, y desde luego podemos afirmar que no se conserva junto con los demás que tratan de este asunto, ni en el tomo XVII de los inéditos de Navarrete, que obra en el *Depósito Hidrográfico*, ni en el XXXIII de la Colección Muñoz, que se guarda en la Real Academia de la Historia.

me por las observaciones astronómicas que el P. Rada hizo en el pueblo de Cebú con un instrumento que por encargo suyo (de Urdaneta) llevó para este objeto (1) y de ellas dedujo que no solamente pertenecían á Castilla Cebú y Filipinas, (2) sino también cuantos mares y tierras hubiera en siete grados, cincuenta y tres minutos más al Poniente de dichas Islas. Pero estas cuentas, lo mismo que las deducidas del método ó procedimiento de *estima,* á que acude Urdaneta para corroborar las primeras, haciendo una medición minuciosa, singladura por singladura, le conducen á parecidos errores, inevitables, ciertamente, dada la imperfección de los medios en uso, al tratarse de distancias tan enormes; porque no son 215 grados los que dista Cebú de Toledo por la ruta del Poniente, como dice Urdaneta, sino 227, minutos más ó menos; y aunque de ellos deduzcamos 43 grados, siempre serán 184 los que se adjudican á España, es decir, cuatro más de los que les correspondían, conforme á una Bula de Alejandro VI de 1494 y convenios internacionales posteriores. (3)

---

(1) El P. Rada, «buen matemático é astrólogo é cosmógrafo é muy gran arismético, hombre de claro entendimiento, llevó consigo desde la Nueva España, por mi intercesión, un instrumento de mediana grandeza para por él poder verificar la longitud que avería *(habría)* desde el meridiano de Toledo hasta el meridiano de la tierra á donde Dios fuese servido que aportásemos; é como sucedió que fuimos á la isla de Çubú, de suso contenida, donde yo estuve 31 días antes que diésemos la vuelta para la Nueva España, en este medio tiempo el dicho Fray Martín de Rada, por estar de asiento en el pueblo de Çubú, donde residía de noche y de día con españoles que allí poblaron, tuvo lugar para, muy á su placer, poder verificar por estrellas con el dicho instrumento la longitud que hay desde la dicha ciudad de Toledo ó su meridiano, hasta el meridiano del dicho pueblo de Çubú, que está en 10 grados de latitud, de la parte del Norte de la equinocial: y habiéndolo verificado, halló computando su quenta hacia el Poniente, que hay 216 grados y 15 minutos de longitud, conforme á las tablas alfonsinas; empero, conforme á Copérnico, 215 grados y 15 minutos, que es menos un grado: de los cuales grados de longitud, sacados los 43 grados, 8 minutos, suso contenidos, quedan, según la quenta de Copérnico, á quien en esta quenta seguiré, como más moderno, 172 grados y 7 minutos de longitud, que para los 180 grados que pertenescen á la Corona Real de Castilla, faltan 7 grados, 53 minutos, y tantos más al Poniente de Çubú llega la demarcación de S. M.» *Parecer* citado, pub. en el tomo I de la *Revista Agustiniana,* hoy *La Ciudad de Dios.*

(2) Nótese que Urdaneta distinguía entre Cebú y Filipinas. Villalobos dió á la isla de Leyte el nombre de *Filipinas;* pero las demás del Archipiélago magallánico llevaban, por lo común, la misma denominación indígena con que hoy son conocidas separadamente. Al conjunto de ellas se les denominó *Filipinas* desde los primeros documentos oficiales emanados de Felipe II después de la conquista de las mismas.

(3) Por los tratados de 1750 y 1772 cedió Portugal á España los derechos que pudiera alegar al dominio de las Islas Filipinas y Marianas.

Santa Cruz y Medina acudieron á procedimientos mucho más expeditos: el primero apoya su argumento principal para venir á la misma conclusión que Urdaneta, en mapas antiguos de origen portugués. Según los mismos, Filipinas y aún otras muchas islas situadas más al Poniente caían en la demarcación de España; luego, á confesión de parte, relevación de prueba. Verdad es que, según el propio Santa Cruz, los mapas modernos, los de la época, rezaban cosa muy distinta; pero esto se explicaba muy cómodamente, diciendo que estos mapas estaban hechos bajo la presión oficial, que mandaba situar las islas consabidas en demarcación portuguesa. Medina es todavía más desahogado: él sabe, á él le consta que los portugueses están profundamente equivocados, porque es autor de un libro que se intitula *Arte de navegar,* y de otro rotulado *Regimiento de navegación,* libros donde se formaron los pilotos españoles que navegaban por todos los mares. Ignoraba el bueno de Medina que esa razón era de escasísimo peso, si alguno tenía; porque según ha podido verse en este mismo artículo, los pilotos salían de las escuelas ayunos de ciencia, sin que esto sea aminorar el mérito del autor del texto de que se servían. El mal, como arriba queda indicado, estaba en que las ciencias que debían prestar eficaz y necesario auxilio á la navegación se encontraban en su infancia, en el período de formación, y con tales elementos era imposible formar mareantes perfectos y consumados. En suma: no se equivocaba el Virrey D. Luis de Velasco al proclamar á Urdaneta el primer cosmógrafo, lo mismo de la vieja que de la Nueva España.



CAPÍTULO XV[1]

Nuevos conatos de inteligencia.—Embajadas del cacique Tupas á Legazpi.—Llega el mismo Tupas á avistarse con el Gobernador.—Sométense los indios. Condiciones de la sumisión.—Construyen casa fuerte y señalan sitio para vivienda de los españoles.—Visitan al Gobernador la mujer é hijas de Tupas.—La sobrina de Tupas es la primera que se bautiza y se casa.

Quedó muy atrás apuntada la idea de cómo, al día siguiente de zarpar la Capitana y emprender su viaje con rumbo á Nueva España, tuvieron los expedicionarios la grata nueva de que en el campo se estaban firmando las paces con los naturales. La noticia era algo prematura; pero ello es que se daban los primeros pasos en firme para llegar á un acuerdo que parecía definitivo. Pronto y bien mandada la buena esclava que envió á tierra Legazpi, avisó á un moro, por nombre Sidamet (2) para que se presentase en el campo español, á fin de servir de intérprete. Así lo hizo el día 2 de Junio, y dijo que venía de parte de Tupas y primates de la Isla. El Gobernador le manifestó, por medio del intérprete malayo, Jerónimo Pacheco, los deseos pacíficos

(1) Debemos dedicar aquí algunas páginas á la conquista de Filipinas, la primera y más transcendental consecuencia de la obra de Urdaneta; pero en la necesidad de precisar los límites de la nuestra, sólo reseñaremos brevemente los sucesos acaecidos hasta la muerte de Legazpi; pues bien se puede decir que en esa época estaba ya asegurado nuestro dominio en aquel remoto Archipiélago

(2) Otros escriben Cid Hamet ó Sidi Hamete.

de los españoles, los cuales si hubieran querido aniquilar á los indios, tiempo y medios sobrados tenían para ello; pero que, por el contrario, sólo se permitieron hacer uso de las armas cuando, á mansalva y después de hechas las paces, habían cometido la villanía de matar á un español; que en cuanto á las mujeres y niñas apresadas, allí estaban ellas, y podían atestiguar el recato y cuidado en que se las habla tenido.

Se conoce que el moro había recibido particular encargo de las familias de las presas, para negociar su libertad; así es que preguntó al Gobernador cuánto oro habían de dar por ellas; pero pronto vió que no se trataba de eso, y que el Jefe español no quería recibir nada por su rescate, sino que se dieran todos por vasallos del Rey de Castilla, y con sólo eso les serían devueltas. Pidió entonces permiso para verlas y el Gobernador se lo concedió, añadiendo que podían venir también sin temor las familias de ellas, y cuantos quisieran demandar paz y amistad.

Aquel mismo día se presentaron al General dos principales, llamados Sicatepan y Simaquio (Catipán y Maquiong, según G. de San Agustín) (1) marido éste de una de las mujeres presas y padre de las dos niñas, más el intérprete, y otra de veinte indios, con sus banderillas blancas, en señal de paz. Fueron recibidos como era de esperar, y Legazpi les hizo saber que jamás había pensado en reducir á nadie á esclavitud (como ellos lo tenían por seguro respecto de las mujeres presas), sino en tratarlos á todos como amigos y vasallos del Rey de Castilla; y que no más firmarse las paces, quedarían todas en libertad. Por su parte las mujeres con quienes hablaron muy pronto los indios, confirmaron ampliamente lo dicho por Legazpi, y esto cautivó de tal modo á los indios, singularmente á Maquiong, que ya no quería salir del Campo, y afirmaba que él quería ser amigo de los españoles y que se ponía en manos del General para que éste hiciese de él y de su familia lo que quisiera, incluso enviarle á España. Legazpi aprovechó tan buenos deseos para insinuarse en forma tal que los dos principales, que al fin vinie-

(1) Los que conocen la lengua visaya saben que *si* es artículo, del cual jamás se prescinde antes de cualquier nombre propio. como si dijera *el Catipan, el Maquiong,* no de otro modo que el pueblo en Castilla antepone con frecuencia el artículo al nombre, diciendo *el Juan, el Pedro.* Mas como los primeros conquistadores desconocían el visaya, y les sonaba el artículo como parte del nombre propio, de ahí el que las relaciones digan *Sicatipan. Simaquion,* en vez de *si Catipan, si Maquion.*

ron á saber que eran hermanos de Tupas, se mostraron decididos á todo, incluso á obligar por fuerza á Tupas á que se sometiera á los españoles. A ruegos de Legazpi, salieron por la isla como embajadores de tan buenas nuevas, para lograr por medio de ellos la sumisión de todos. Al día siguiente vinieron los dos indios en compañía de un joven como de veinte á veintidos años, bien dispuesto y agestado, que dijeron ser hijo de Tupas. Este no concluía de persuadirse de las generosas intenciones de los españoles, é iba mandando por delante quien tantease el terreno, pretextando que él, como viejo, tardaría algo más en llegar, pero que muy pronto vendría también á verse con el Gobernador. Maquiong y el hijo de Tupas se quedaron aquella noche en el campo, y Catipan volvió para acompañar al día siguiente á Tupas.

Entre tanto se prepararon vestidos muy vistosos, tanto para los dos que allí quedaban y las mujeres presas como para Tupas (1) y los que con él vinieran, á fin de que todos entendiesen que la paz que los españoles buscaban no era por codicia, y supieran además que lejos de recibir daño alguno, las personas que se acercaban á los españoles eran generosamente favorecidas.

Aun hubo otra embajada intermedia, nueva muestra de la desconfianza del cacique indio, antes que éste se presentase: vinieron cuatro indios de parte de Tupas, diciendo que éste llegaría al medio día (4 de Junio). No tenían necesidad de más, si eso hubiera sido lo que se proponían; pero quisieron enterarse de todo; ver á los principales que allí estaban, y como en efecto los vieron, y contentos y alegres y vestidos como ellos no podían figurarse, fueron á decírselo á Tupas, que al fin se dejó vencer por la generosidad del Gobernador, y llegó al medio día, rodeado de seis ó siete primates y de cincuenta ó sesenta indios más. Tupas dió sus excusas: dijo que no había venido antes porque le daba vergüenza venir de vacío, pues todos los bastimentos se les habían perdido; que por lo

(1) «El General mandó que para el hijo de Tupas y Simaquio que habían quedado en el campo con las mujeres, se hiciesen sendas ropetas y zaragüelles de tafetán colorado, y se les diesen sendas camisas de Ruan y sendos bonetes, para que cuando viniese Tupas y los demás principales, los hallasen vestidos, y que á las dos indias é dos muchachas se les hiciesen sendas chamarretas de tafetán, y que para Tupas se hiciese una chamarreta y zaragüelles de damasco azul, guarnecidos de blanco, é un sombrero de la misma color; y que hiciesen otros seis pares de ropetas y zaragüelles de tafetán para los principales que con él vernían, y ansí se hicieron luego.» Id. t. n. 3, pp. 97-8.

demás querían ser fieles vasallos de S. M. el Rey de Castilla. Advirtióles el Gobernador que mirasen bien en lo que decían, pues de concertar paces las quería verdaderas y perpetuas, de tal suerte que el que las quebrantase haríase reo de gravísimo delito. (1) Contestaron los indios que estaban dispuestos á guardarlas perpetuamente, y entonces el Gobernador, en nombre del Rey, les dió por perdonadas todas sus antiguas y nuevas fechorías, y les añadió, que pues andaban escasos de bastimentos, por aquel año no quería tributo alguno, hasta que cogiesen nuevas cosechas, y que aun después no había él de señalarles la cuota que hubieran de pagar, sino la que ellos conviniesen. Todo esto les causó intensa alegría, y de nuevo prometieron ser vasallos y fieles súbditos del Rey de Castilla, y que en su nombre le obedecerían al Gobernador perpetuamente. Legazpi los admitió como tales, prometiéndoles, en retorno, defenderlos y ampararlos de quien los agraviase.

Hé aquí ahora las condiciones de la paz, ó más bien de la sumisión concertada:

1.ª Los indios se ponían debajo de la Corona Real de Castilla, prometiendo ser fieles vasallos y obedecer sus mandamientos. Y lo prometían por sí y sus descendientes.

2.ª Quedaba exceptuado de esta paz y amistad el indio principal que mató á traición á Pedro de Arana, hasta que diera sus descargos ante el Gobernador, el cual se reservaba el castigarle como en justicia procediera.

3.ª Prometíales el Gobernador socorro de gente contra los indios enemigos suyos con quienes tuviesen guerra, y ellos á su vez debían ayudarle con gente cuando la hubiese menester. La presa debía dividirse por partes iguales entre indios y españoles.

4.ª El indio que atentase contra algún español debía ser entregado á Legazpi; y si, por el contrario, un español hiciese daño ó agravio á los indios, ellos se encargaban de notificar al Gobernador para hacer justicia conforme á derecho.

5.ª Si algún esclavo ú otra persona huyere del campo español al indio, asimismo se comprometían á entregárselo al Goberna-

---

(1) Advertiremos una vez por todas que estas pláticas las tenían mediante el intérprete Jerónimo Pacheco y el moro Sidamet que conocía la lengua de Cebú y la malaya.

dor, el cual haría lo propio con los indios que se vinieran á los españoles.

6.ª Debían fijarse los precios—(que serían los usuales)—lo mismo de los bastimentos de los indios, que de los rescates de los españoles, y que una vez establecidos no se pudieran variar.

7.ª Finalmente en ningún tiempo podrían entrar los indios con armas en el campo español, so pena del castigo que les impondría el Gobernador.

Los indios á todo dijeron que sí, y que se comprometían á guardar lo estipulado por sí y en nombre de todos los naturales de la dicha isla de Cebú. Y luego Tupas, puesto de rodillas delante del Gobernador le besó las manos en señal de obediencia y sumisión, y lo mismo hicieron su hijo y nueve indios principales más.

Es difícil calcular el alcance que Legazpi diera á la sumisión de los cebuanos, ó más propiamente de algunos de ellos. Las relaciones contemporáneas y aún las anteriores á esta expedición no se hartan de advertir que los indios no reconocían autoridad alguna; que se trataba de *behetrías* en el peor sentido de esta palabra, y que por no respetar nada, ni entre padres é hijos había aquella unión, fundada en el respeto y cariño recíprocos. Con tales antecedentes ¿cómo suponer que la sumisión de algunos caciques significaba la pacificación de la isla? Sin embargo, alguna importancia se dió á los conciertos efectuados en el puerto de Cebú en 4 de Junio de 1565, y nosotros creemos que el Gobernador, llevado de su ingénita rectitud, los tomó demasiado en serio, y por su parte se creyó ligado con los compromisos adquiridos, cuando los indios sólo en apariencia los guardaban, como ampliamente lo demuestran los sucesos que vamos á referir.

Hecha la sumisión de los indios, quiso Legazpi construír una casa fuerte donde poder guardar los rescates, artillería y municiones, y acotar el sitio para establecer viviendas para los españoles; y que los naturales le señalasen á su placer el lugar que consideraban más apropósito; pero contestáronle que el Gobernador podía como le pluguiera elegir el sitio, pues ellos se avenían á todo lo que él en nombre de S. M. resolviese. Hízolo así, yendo en persona, acompañado de todos los principales, y señaló el lugar donde debía construirse la casa-fuerte y el que debía ocupar el pueblo, destinado para vivienda de los españoles. A fin de evitar los incon-

venientes de que indios y españoles vivieran juntos, prohibió Legazpi que los naturales entrasen de noche en el sitio indicado; en todo caso, únicamente podrían entrar sin armas y previa licencia del Gobernador. Este, á fin de atraer mejor á los indios y afirmar más y más sus excelentes disposiciones á favor de ellos, no quiso despedirlos sin darles de comer, „lo cual, sin poner excusa ni inconveniente hacen muy de voluntad y sin ningún asco." (1) Como digna coronación de la fiesta, y prueba plena de la sinceridad de los buenos deseos que le animaban, Legazpi dió libertad á las mujeres indias que desde hacía algún tiempo estaban presas, como sabemos. Esto llenó de admiración á todos los naturales, y más cuando las vieron vestidas con camisas de Ruán y ropetas de tafetán de colores. Los indios las recibieron con muestras de inmenso regocijo y alegría.

(1) Id. T. núm. 3, pág. 108-9.



CAPÍTULO XVI

Creencias de los cebuanos. (1)—Sus costumbres.—La esclavitud.—Organización política de los indios.—Los españoles construyen una casa-fuerte.—Aspiración capital de los indios respecto de los españoles.—Visita de la mujer de Tupas á Legazpi.—Otras visitas.—Tupas envía al Gobernador su sobrina.—Su bautismo y casamiento.—Otros bautizos.—Expedición á la isla de Máctan y otra á un pueblo de Cebú.—Dificultades para proveerse de víveres.—Política de Legazpi.—Conjuración.—Situación poco definida.—Llega á Cebú el galeón *San Jerónimo*.—Crímenes que se cometieron durante su travesía.—Juanes el mejicano.—La Armada portuguesa.—Sus intentos.—Vuélvese á las Molucas.—Muerte del Maestre de Campo.—Su elogio.—Sucédele Martin de Goiti.—Llegan dos barcos de Méjico.—Desgraciada expedición de Felipe de Salcedo.—Provincia religiosa del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas.—El P. Herrera vuelve á Méjico.—Trasládase Legazpi á Panay.—Juan de Salcedo.—Expedición á Luzón.—Choque con los chinos. Dánse de paz los isleños de Mindoro.—Fírmanse paces con los de Manila y quebrántanlas.—Los caciques Raja-Matanda y Solimán.—Choque entre españoles y manileños.—Fábrica de fundición de cañones.—Vuelve Goiti á Panay.

No es fácil tarea la de precisar las creencias de los cebuanos en la época de la conquista. Se sabe que carecían de templos y de sacerdotes, y es muy dudoso que creyeran en un Dios creador y en la inmortalidad del alma. De hecho no tienen en su lengua vocablos con que expresar ideas tan elevadas, razón poderosa, entre otras, para inclinarnos á la negativa. Lo que

(1) Hé aquí como resume el Sr. Jordana y Morera las opiniones más autorizadas sobre el origen y formación del Archipiélago Magallánico: «1.°, que en época sumamente remota debió existir un inmenso continente, que abrazaba en su totalidad ó en su mayor parte, el vastísimo espacio que se extiende desde las Célebes y demás islas orientales del archipiélago malayo hasta las más distantes islas de la Polinesia

sí profesaban era cierta veneración por sus antepasados, á quienes ofrecían sacrificios; (1) pero tampoco es muy hacedero concretar las ideas del indio sobre este punto: debían de admitir cierta á manera de metempsícosis, ó siquiera de transformación, en cuya virtud los muertos se convertían en dioses lares ó en genios domésticos, no siempre protectores puesto que los sacrificios se enderezaban á aplacar sus iras. Esos sacrificios consistían en que los curanderos ó más bien curanderas, llamadas *babaylanas,* ofrecían á los irritados manes (supuesta causa de las dolencias) algún animal doméstico, que la babaylana debía sacrificar precisamente durante el período álgido del frenesí producido por el zumo de una corteza de árbol, mientras invocaba la ayuda de los genios. No han olvidado por completo los indios esta superstición, ni otras muchas, (2) á pesar de los esfuerzos de los misioneros; pues á espaldas de éstos aún se practica alguna vez en los barrios extremos. (3)

---

por la parte E., y desde Nueva Zelanda por el S. hasta las Marianas y Sandwich por el N.; 2.°, que este continente permaneció siempre separado del resto de la superficie terrestre, ó si estuvo unido al continente asiático, debió ser en una época anterior á los primeros tiempos del período secundario ó mesozoico; 3.°, que en tal caso la separación debió tener lugar antes que las islas de Sumatra, Java, Borneo y Filipinas se desmembrasen del citado continente, del cual han formado parte en época relativamente moderna; y 4.°, que otros fenómenos y cataclismos parciales han ejercido indudablemente más tarde su acción en las grandes masas de terreno desmembradas, determinando la actual estructura y condiciones físico-naturales de todas las islas que de ellas proceden. *(Bosquejo geográfico é histórico-natural del Archipiélago Filipino,* páginas 120, 121).»

Consecuencia en parte de esas afirmaciones de la ciencia en orden á la formación del Archipiélago, pero más en particular del parentesco que existe entre los dialectos de Filipinas, es que todos sus habitantes son de origen malayo.

(1) «A sus antepasados tienen por dioses.» Id. Tomo núm. 3, pág. 113. Cuanto se dice de los cebuanos puédese aplicar á los habitantes de todo el Archipiélago, con la única salvedad de que en la isla de Luzón existían ya no pocos mahometanos, lo mismo que en la de Mindanao y en algunas otras. Es creencia muy generalizada entre los doctos la de que, á no haber llegado los españoles, no hubiera tardado en ser el Corán el código religioso común á todas las islas. En aquella época eran íntimas las relaciones de los de Luzón con los borneyes, que ya eran mahometanos, y consta que un sobrino de Sibunao Lacandola, régulo de Tondo, estaba casado con una hija del de Borneo.

(2) Tenían (y tienen todavía los indios filipinos, en particular la gente del hampa) otras supersticiones, como los *Maganitos*, amuletos llamados *Anitos,* etc., pero no viene al caso que nos detengamos ahora hablando de ellas.

(3) El P. Isidro Badrena, agustino, párroco de Tubungan (Iloílo), murió alanceado en el monte Balabago (9 de Abril de 1874), á donde le llevó su celo y ardiente caridad, al querer impedir que sus feligreses tomáran parte en tales actos supersticiosos.

Las ideas morales del indio corrían parejas con las religiosas: seguro es que las escuelas modernas, partidarias del amor libre, hubieran podido enseñar pocas novedades á los visayas del siglo XVI; pues, áun cuando, por razones de puro orden exterior, tuvieran alguna leve sanción penal los excesos en tal materia, sábese que hacían poquísimo caudal de ellos, cometiéralos quien los cometiese. Legazpi, eficazmente ayudado por los misioneros, hizo grandes esfuerzos á fin de evitar que la soldadesca se permitiera ciertas libertades; más su vigilancia quedaba burlada en parte porque las indias, en vez de ayudarle, contribuían á la rotura de costumbres.

El respeto á la propiedad era un mito: Magallanes intituló *Islas de los Ladrones,* porque lo eran sus habitantes, á las que después se denominaron *Marianas;* y bien pudo aplicar aquel nombre á las Visayas con igual propiedad y por idéntico motivo; pues los cebuanos por lo común no ponían más tasa á sus latrocinios que el miedo al propietario. ¿Cómo exigir seriedad en los contratos, fidelidad en las promesas y rectitud y verdad en las relaciones sociales á gentes cuyo nivel moral se arrastraba por los suelos?

Tierra abonada para todo linaje de fechorías era una sociedad con tales elementos constituída, y no es de extrañar que prosperase en ella la esclavitud, enfermedad endémica de todas aquellas islas, y que, si bien con caracteres menos agudos, existe aún y seguirá causando estragos indefinidamente. Claro es que la ley no reconoció jamás después de la conquista distinción de razas, punto capital en que se diferencia esta esclavitud de la que sufrían los antiguos pueblos; pero, de hecho, la imposibilidad de pagar una deuda sometía y somete al deudor y á sus descendientes al servicio de un amo despiadado. Por donde, si la suerte así lo dispone, cabe que el señor de ahora se vea convertido en siervo del que lo era suyo poco antes. En la época de la conquista existía también verdadera división de razas, la cual desapareció ante la igualdad y santa democracia evangélica predicada por los misioneros, y ratificada por nuestras *leyes de Indias.* Y de que la *servidumbre* de hoy se diferenciaba esencialmente de la esclavitud de entonces, es patente muestra el hecho de que á la llegada de los españoles, cuando moría algún cacique, mataban también algunos esclavos de los suyos, más ó menos, según la calidad de la persona y hacienda que pose-

yera. Costumbre espantable y cruel, que desapareció muy pronto con la predicación evangélica, creemos que felizmente para no volver jamás.

Acerca de la organización política de los indios hay escasísimas noticias, y creemos que la escasez procede de la carencia de toda organización en el sentido moderno de esa palabra. Un cacique en cada pueblo, que era el caudillo obligado de sus súbditos en las continuas guerras con los pueblos vecinos, sin más ley que regulase la autoridad del uno y los deberes y derechos de los otros, que la fuerza; he ahí, á nuestro entender, toda la organización social y política de la inmensa mayoría de las islas del Archipiélago. En Manila y sus cercanías, así como también en Mindanao, existía cierta solidaridad entre los estados vecinos, y desde luego menos barbarie y como barruntos de civilización, importada de Borneo, de donde eran también naturales ú originarios los primates que dirigían á los indígenas.

Los españoles se dieron prisa en construír la casa-fuerte, y la rodearon de empalizada de palmas, que llenaban de fagina. A la vez se trabajó con ardor en la construcción de tres pequeñas fragatas sobre paraos indios, para ocurrir á las necesidades del momento, una de las cuales y de las más perentorias, era el proporcionarse víveres, de que casi siempre anduvieron muy escasos, mientras estuvieron en Cebú, ora porque la isla era pobre, ora porque aquel año se perdieron las cosechas, y acaso más que todo porque los caciques indios, á pesar de sus protestas de incondicional adhesión á los españoles, jamás quisieron que se perpetuasen allí, y contaban con que, á fuerza de privaciones, les harían levantar el campo, tarde ó temprano. Esta fué la idea capital, inspiradora de mil bajezas y villanías, que Legazpi, aún comprendiéndolo perfectamente, se vió obligado á disimular y pasar por alto; mas no se ha de creer por esto que el proceder de todos los naturales adolecía de la doblez y perversidad de los caciques. Como sucede en todas partes había quien obraba con sinceridad y llaneza, y quien solo procuraba sacar de aquellas circunstancias las posibles ventajas, sin parar mientes en los medios.

No tardó Tupas en anunciar al Gobernador que su mujer é hijas querían verle. Legazpi se manifestó muy complacido de ello, y le añadió que podían llegar cuando quisieran. No sabemos si para

confirmar á los españoles en la creencia de que Tupas era el verdadero jefe de los indios de Cebú, ó porque en realidad le cuadrasen á su mujer honores extraordinarios, conforme á la usanza india, ello es que se presentó con aparato regio: „y el modo de venir, dice una Relación, fué que las mujeres venían por sí aparte en procesión, de dos en dos, y á la postre la más principal; y ansí vino la mujer de Tupas, puestos los brazos á los hombros de dos mujeres principales, y delante en procesión de más de sesenta mujeres, cantando en alta voz todas ellas; y las más traían sombreros de palma en las cabezas, y algunas, guirnaldas de diversas flores; y otras de oro, y otras manillas en las piernas y orejas y brazos, y anillos de oro en las manos, en los dedos, y todas vestidas de naguas ú faldinetes y mantas de colores, y algunas de tafetán.“ (1) Tupas quiso también presenciar la triunfal entrada de su mujer, y llegó, acompañado de varios indios. El Gobernador, que ya iba comprendiendo las aficiones de los naturales, empezó por darles de comer á todos, „y después dió á la mujer de Tupas, y á dos moras, y dos sobrinas suyas, lienzo de Ruhán, á cada una ocho varas, y cuentas de margaritas y sendos espejos y peines, y á todas las otras mujeres cuentas de cristalinas y abalorio, y cascabeles y otras cosas, y las despidió y embió muy contento, y se fueron por la misma orden que vinieron con su procesión y canto.“ (2) Cundieron estas noticias por la isla, y pocos días después vieron llegar con parecido boato á las mujeres de otros varios jefes, que fueron también muy bien tratadas, pues en agasajarlas gastó buena parte de los rescates de S. M. y de su propia hacienda, creyendo, no sin razón, que captándose la confianza de las mujeres indias tenía mucho adelantado para dominar al país, donde pensaba arraigar y permanecer.

Algunos días después envió Tupas al Gobernador una sobrina viuda, para que le sirviese. Venía con tres criadas suyas y un niño de tres años. Legazpi la recibió bien y la mandó adoctrinar; ella se dió prisa en instruírse, manifestando, al poco tiempo, vivos deseos de recibir el santo Bautismo. Los PP. Agustinos no se precipitaron en conferírselo hasta verla bien fundada en el conocimiento de la fé; y en vista de su perseverancia y excelente índole, el P. Prior la

(1) Id. Tom. núm. 3, pág. 120.
(2) Id. Ib.

bautizó, juntamente con su hijo, „y á un muchacho y á una muchacha que tenía de su servicio, de edad de siete, ó ocho años; y esta fué la primera que se bautizó y tomó la fe cristiana en esta isla (1) y llamóse Isabel, á la cual, dende á poco el Gobernador la casó con maestre Andrea, Calafate griego, cabo de obra; ayudándole para su casamiento, le hizo gran fiesta en sus bodas, y se hallaron en ellas todos los principales de Zebú, y mostraron gran contento.“ (2) Algunas indias más y siete ú ocho niños bautizaron también poco despues; pero siempre con la natural precaución de que las adultas, antes del beneficio del Bautismo, recibieran el de la doctrina de la salud, sólido y necesario cimiento de la vida cristiana.

No sabemos con qué fin, el cacique Tupas manifestó diferentes veces al Gobernador vivos deseos de que los españoles trabasen amistad con los isleños de Máctan. Legazpi quiso adquirir noticias, porque al fin, aunque pequeña, era la única isla de tradiciones guerreras, por haber sucumbido en ella el gran Magallanes. Mandó, pues, allá una expedición; pero no hallaron alma viviente. A lo que se creyó, muchos de estos isleños, amigos y deudos de los de Cebú, vivían tranquilamente en esta isla, y el grueso de los habitantes se había trasladado á la de Baybay, por temor sin duda á que Legazpi tomase venganza de la muerte de Magallanes, cosa en que jamás había soñado.

Como en las condiciones de paz Legazpi se había comprometido á defender á sus amigos los cebuanos de cuantos trataran de injuriarlos, apenas pasaba día sin que Tupas y demás caciques fuesen á importunarle, forjándole historias, fingidas ó verdaderas, de los atropellos de que eran objeto de parte de sus enemigos. Referíanle una de las veces que además de matarles tres hombres, los habitantes de cierto pueblo les baldonaban, llamándoles mujerzuelas cobardes, porque habían consentido en que poblasen allí los españoles. Como llevaban bastante adelantadas las obras del fuerte y de las fragatas, y tenían ya algún respiro, á fin de que jamás pudieran decir que faltaba á la palabra dada, y aun temiendo que más

(1) Entiéndase que habla de los que se bautizaron después de la llegada de Legazpi: pues se sabe que cuando la expedición Magallanes se bautizó buen golpe de indios, que olvidaron pronto lo poco que de nuestra Santa Religión hubieron de aprender.

(2) Id. íd., pág. 122.

que un caso de guerra, era una celada, mandó al Maestre de Campo con cincuenta españoles. Tratábase de un pueblo situado en un risco, áspero y fuerte, desde donde los naturales arrojaban piedras; y creían los cebuanos que los españoles no osarían subir allá, porque corrían grave peligro de fenecer todos en el camino. Pero se engañaban: la gravedad del caso, lejos de infundirles miedo, les espoleaba para obrar con mayor ardimiento, y en brevísimo plazo se apoderaron del pueblo, con muerte de algunos de los que le defendían. Este hecho puso espanto en cuantos indios lo conocieron: la manera de guerrear de los españoles, sin hacer alardes ni fieros (de que ellos ni sabían ni saben prescindir), pero yendo derechos al fin que perseguían, fueran cuales fuesen los obstáculos que les opusiera el enemigo, era para ellos cosa nunca oída ni soñada; y al ver que los nuestros, en vez de sucumbir sin gloria ó huír cobardemente, como los indios se habían figurado, dieron en breves momentos cuenta del enemigo, apoderándose de cuanto encerraban en el pueblo, perdieron los cebuanos para siempre sus ilusiones. Aún les esperaba una sorpresa, mayor si cabe, dada su natural rapacidad: reclamaban ellos la mitad de la presa, según lo convenido; pero Legazpi era hombre que no se dejaba vencer fácilmente en generosidad, y dispuso que se lo llevaran todo los cebuanos, ya que era la primera vez que les ayudaba, reservándose únicamente una canoa grande, para hacer con ella una fragata.

Cerca de cinco años permaneció Legazpi en Cebú, y ni un solo día dejó de estar sériamente preocupado por la escasez de víveres. Echó mano al principio de los cebuanos, como queda dicho, para que se los proporcionasen; pero los resultados fueron desastrosos: con decir que un recio temporal les había echado á pique las piraguas que desde Leyte ó desde cualquiera otro punto traían abarrotadas de víveres para los españoles, y que el poco arroz que habían logrado salvar lo necesitaban ellos, que también andaban muy escasos por la gran sequía de aquel año, ya creían haber dado demasiada satisfacción á Legazpi. Y aunque este conocía bien los redomados procederes de los naturales, daba por buenas sus excusas, resuelto como estaba á inspirar confianza y atraerse la benevolencia del indio á fuerza de generosidad. La prudencia más exquisita, de consuno con los más acendrados sentimientos cristianos, le inspiraba esa línea de conducta, de la cual no se apartó jamás; aunque

el amor propio lastimado, la necesidad, alguna vez extrema, de los suyos, y los deseos vivísimos de éstos de acudir á la fuerza para proporcionarse lo que de otro modo no podían, le puso en trances apuradísimos. El insigne conquistador no perdió nunca de vista que la sumisión de tan inmenso Archipiélago no podía ser obra de la violencia; ni su carácter ni sus creencias cristianas le inclinaban á ella. ¿Cuáles eran, pues, los fundamentos de su esperanza de dominar un día la situación, haciendo que los indios admitieran de buen grado la dominación española? Su firmísima resolución de obrar siempre con la benignidad generosa, compatible con el honor, y su fe inquebrantable en la eficacia de la la predicación evangélica. Entendía, y con razón, que si las crueldades de los portugueses con el indio, de que ya se hizo mérito, habían puesto una enorme barrera entre él y los europeos, eran precisos grandes sacrificios para inspirar á los naturales una confianza ilimitada que destruyera obstáculos y acortase distancias. Todo lo demás debía ser obra de los misioneros, no de la fuerza militar; de la Cruz, no de la espada. Tan sabia política, practicada con tesón y constancia indomables, á pesar de los gravísimos obstáculos conque tropezó frecuentemente, dió á Legazpi resultados que ni él mismo pudo sospechar: tan asombrosos fueron. En las repetidísimas excursiones que hizo el valeroso y leal caballero Mateo del Saz, á Panay, á Mindanao, á Leyte y á otras islas, la mayor parte de las veces en demanda de víveres, llevaba siempre la consigna de tratar al indio con benignidad; de no tomar jamás la ofensiva y contentarse con defender sus personas y bienes. Así logró trabar amistades en todas las islas dichas, y en otras varias, y que de buen grado le ofrecieran tributo, aunque escaso, porque tampoco era razonable esperar otra cosa de rancherías miserables, sin organización ni cohesión entre sí. De ahí nacía que mientras por una banda de la isla, cualquiera que fuese, eran bien recibidos, por la contraria, ó no aparecía nadie, porque todos huían á los montes al divisar á los españoles, ó les armaban terribles celadas, cuando se les presentaba propicia ocasión para ello. Más todavía: dióse el caso de que, estando comprando brea en Leyte, claro está que en pueblo que se decía amigo, se echaron siete ú ocho de los naturales sobre cada uno de los nuestros, que eran pocos en número, y los llevaban en vilo hacia una emboscada donde les esperaba multitud de indios armados. Fortu-

na fué que uno de los soldados pudo desasirse, y, daga en mano, la emprendió contra todos, mató á siete ú ocho de ellos y logró que soltasen á sus compañeros. Aún murieron cuatro de los españoles de las heridas que les causaron, conforme los llevaban en peso, con las armas de los mismos. Un crimen de esta naturaleza bien merecía ejemplar castigo, y con todo el Gobernador mandó, que á lo menos por entonces disimulasen con ellos, seguro de que no había mengua del honor militar de los españoles, ora porque en la propia refriega dieron buenas muestras de su valor, bien porque los indios no se pagaban de ciertos tiquis-miquis en que tan por lo fino se hilaba entre los soldados europeos—y más si eran españoles—de aquella época.

No había transcurrido aún el primer año de la estancia de los españoles en Cebú cuando se descubrió una temerosa conjuración, que pudo haber dado al traste con todos los proyectos de Legazpi: „Un cabo de escuadra, llamado Pablo Hernández, natural de Veneciano, dice una Relación, y un Juan María, carpintero, cabo de obra, Maestre de la nao Almiranta, que eran de una tierra y casi se trataban como parientes, y otros extranjeros y algunos soldados, y otras personas, amigos y criados de estos" (1) se había concertado para alzarse con el patache *San Juan,* y volverse á España por el estrecho de Magallanes; y si podían arribar á Méjico, bajarían hasta Guatemala ó Perú y desde allí pasarían á Francia. Si no había oportunidad para tan largo viaje, irían á Malaca, donde serían bien recibidos de los portugueses, que les darían pasaje para Portugal. A fin de que nadie pudiera molestarles, una vez emprendida la fuga, darían barreno á la nao Almiranta y á las fragatas. Mas quiso Dios que el Juan María, por razones que jamás se supieron, denunciase al Maestre de Campo cuanto se tramaba; este dió parte al Gobernador, el cual le ordenó que al punto pusiese guardas en el campo para que nadie pudiese huír, y que procediese desde luego con la cautela y rapidez que el caso requería. Substanciada la causa, fueron ahorcados Pablo Hernández, el piloto Pierre Plun (*Plin* le llaman las relaciones contemporáneas) y un Jorge Griego. Algunos más lo hubieran sido, á no intervenir los PP. Agustinos y otras personas influyentes, clamando misericor-

(1) Id. T. 3, pág. 140-1.

dia. Entre tanto la situación del Campo español era ambigua y nada definida: ignorábase si Urdaneta había logrado llegar á Méjico. Mucho se confiaba en el talento y pericia del incomparable hijo de Villafranca; pero harto sabían los españoles que en lucha con los desatados elementos de la Naturaleza no siempre salía vencedora la inteligencia más esclarecida. Y en caso negativo es inútil ponderar cuán amargo fin les esperaba. Con ser tan desairado el papel de los que en expediciones anteriores habían tenido que utilizar los barcos portugueses para volver á Europa, era de temer que se vieran destituídos hasta de ese último recurso, bien por no poder arribar á los dominios lusitanos de Oriente, bien porque los portugueses podían no estar de humor para proporcionarles pasaje. Pero, aún cuando Urdaneta hubiera triunfado en su demanda ¿no era posible que el Rey dispusiera el inmediato regreso de los expedicionarios á Méjico, puesto que él había dispuesto en su primer despacho que no se detuvieran en poblar ni en conquistar, sino que se contentasen *con hallar la vuelta* á la Nueva España?

De cualquier modo, Legazpi manifestó decidido empeño en deshacer la cruel leyenda en que los portugueses habían logrado envolver á los españoles, aterrorizando á los naturales, y distanciándoles de los nuestros, y lo iba consiguiendo paulatinamente, aún á costa de enormes sacrificios. En esto, mandó al capitán Juan de la Isla en busca del Maestre de Campo, que había emprendido una de tantas excursiones en busca de víveres; pero á poca distancia de Cebú se vió agradablemente sorprendido al divisar una embarcación europea: acercóse á ella, y oyó que le llamaban, pidiéndole que entrase en la nao: era el galeón *San Jerónimo,* portador de la noticia de la feliz arribada de Urdaneta á Méjico. (1) Consoladora

(1) Este galeón había partido de Acapulco el día 1.° de Mayo de 1566 y llegó á Cebú el 15 de Octubre. Era su capitán Pedro Sánchez Pericón, de Málaga; Alférez mayor, un hijo suyo; y piloto, Lope Martín; el mismo que tan mala partida jugó á Legazpi como piloto del patache *San Lucas,* separándosele de la Armada. El desventurado capitán, de condición áspera y desabrida, se enajenó pronto la voluntad de sus subordinados, y esta circunstancia le vino de perlas al malvado Lope Martín para llevar á cabo sus dañados intentos. Confabulóse, pues, con el Sargento mayor Juan Ortiz de Mosquera, con Núñez Solórzano, Alférez menor, y con otros varios, para quitar de en medio á Pericón y á su hijo, y enderezar la nave á Mindanao, al Japón, á cualquier parte, menos á Cebú, donde sabía que Legazpi le haría pagar cara su deserción primera. Inútil es añadir que el redomado piloto alucinó á buena parte de la tripulación, haciéndole locas promesas de que en brevísimo plazo se verían fabu-

en extremo era la nueva; pero manca é incompleta, porque siguió ignorándose la voluntad del Monarca en orden á si debían ó no continuar en el Archipiétago; aun cuando el hecho sólo de haber dispuesto la Audiencia de Méjico el envío del galeón le autorizaba para suponerla decidida partidaria de la conquista; que ya era algo.

Legazpi, que por una parte experimentó satisfacción intensa al saber la feliz arribada de la nao *San Pedro* á Méjico, sintió á par del alma los espantables crímenes que se cometieron en el galeón; y habiendo hecho información sobre ellos y hallando ser culpable,

---

losamente enriquecidos. Así las cosas, el capitan y su hijo fueron cosidos á puñaladas cuando el sueño los tenía más descuidados, y se alzó Mosquera con la jefatura de la nao. Pero no era eso lo que buscaba el piloto, el cual halló modo de persuadir al nuevo jefe que convenía simular una información sobre lo hecho, á fin de acallar murmuraciones; y que entre tanto, para dar visos de legalidad á ella, debía dejarse poner grillos, despojándose de todas sus armas, en la absoluta seguridad de que el resultado del proceso le sería favorable, y podría en adelante ejercer la jefatura sin las sombras y negruras que los asesinatos proyectaban sobre él. Dejóse engañar el necio de Mosquera; y cuando ya le tenían preso, prepararon opíparo banquete, al que con grillos y todo asistió el Sargento mayor. Bien comidos y bebidos, estaban solazándose todos después del almuerzo, y al decir Mosquera que ya debía terminar aquella parodia de información, contestóle su *amigo* el piloto, con rostro severo, que no, hasta que *se hiciese justicia de él, conforme á sus delitos*, y mandó al punto á los sicarios que tenía prevenidos, que le ahorcasen. Todavía creyó el desventurado Mosquera que se trataba de prolongar la broma; pero ellos ¡qué horror! le colgaron de una polea y le ahorcaron, sin darle un momento siquiera para ponerse á bien con Dios. Hechos como este retratan á un hombre, y es difícil definir si fué mayor la astucia ó la crueldad del infame piloto.....

Ya consiguió con esto lo que tanto anhelaba; pero comprendiendo que había aún en la nao elementos sanos que jamás podrían someterse de buen grado á semejante hiena, inventó un ardid para deshacerse de todos ellos. Como jefe y como técnico afirmó que el galeón no estaba para proseguir el viaje sin recibir un buen recorrido; y al llegar á una de las islas de los *Barbudos,* ordenó, para mejor encubrir sus criminales intentos, que se descargase la nao, y él mismo desembarcó también. No era un misterio, sin embargo, el pensamiento de Lope, y el Capellán, D. Juan de Vivero, se atrevió á hablar á uno de los amigos del piloto, rogándole que influyera sobre él para evitar la inhumanidad que proyectaba, dejando en aquella isla deshabitada á cuantos conceptuaba como enemigos suyos. El paso fué arriesgadísimo é inútil. Entonces procuró influír sobre otros; y cuando casi todos estaban desembarcados, un Rodrigo del Angle, contramaestre, con otros cuatro ó cinco, se resolvió á alzarse con la nao, dejar en tierra á los malvados, y dirigirse á Cebú. Hiciéronlo así; con el batel embarcaron á los amigos que pudieron, no todos, y dejaron hasta veintisiete en aquella isla, donde en muy breve tiempo hubieron de ser todos víctimas del hambre y de espantosa muerte, porque solo les quedaba alimento para cuatro días, y la tierra no daba nada de sí, ni tenían embarcación alguna ni elementos para construírla. Ya en dirección á Cebú, el nuevo capitán, Rodrigo del Angle, mandó ahorcar á dos de los tripulantes, por su participación en la muerte del Capitán. Para colmo de desdicha, el galeón fué juguete de tremendos vendavales, y cuando llegaron á Cebú solo tenían agua para un día.

como cómplice en la muerte del Capitán, el escribano de la nao, por nombre Jnan de Zaldivar, le mandó ahorcar. Ordenó á seguida reunir á todos los que en la nao habían llegado, y dijo que según se desprendía del proceso, todos los demás eran inocentes; mas para que no les quedase temor ninguno, él, de parte de S. M. perdonaba á todos, si por ventura hubiese algún delincuente entre ellos, comprometiéndose á que jamás se procediera contra nadie; y les animó á obrar en adelante con fidelidad, bien seguros de que serían espléndidamente recompensados. Aquellos pobres hombres, que por el largo espacio de seis meses habían vivido en una atmósfera de crímenes, de odios y mutuas desconfianzas, respiraron con holgura y se manifestaron alegres y satisfechos, dispuestos á cuanto se les ordenara.

A la vez que el galeón *San Jerónimo* llegó á Cebú un Juanes, indio natural de Flatrelesco, en la Nueva España, uno de los varios que, habiendo venido en la Armada de Villalobos, hacía más de veinte años, había naufragado en una de las costas filipinas. Legazpi tuvo noticia de él hacía algún tiempo, é hizo los imposibles para rescatarlo á cualquier precio. Aunque no era español, todo el campo se regocijó de la libertad del pobre Juanes, (1) lo mismo que si fuera amigo de la infancia de todos ellos.

---

(1) «En viendo á los españoles... la primera palabra que habló fué: *yo creo en Dios* y saltando en tierra á donde estaba el Maestre de Campo, se hincó de rodillas, é puestas las manos é los ojos en el cielo: dixo: ¡Oh, bendito y alabado sea mi Dios todo poderoso! y luego abrazó á los españoles. Habla poco en castellano y muy menos en su lengua mexicana, que se le ha olvidado. La lengua de estas islas la sabe y habla bien, sino que después no la puede darnos á entender á nosotros...... Así al presente puede servir poco ú nada de intérprete. Acuérdase de muchas cosas de México, reza las oraciones (*en idioma mejicano*) habiéndosele olvidado su propia y natural: lengua. Dice que era muchacho cuando vino á esta tierra, y que vino con un soldado que se decía Juan Crespo. Estaba casado con una hija de un principal de Tandaya, y tiene dos hijas muchachas, que la una se dice Catalinica, y la otra Juanica, que aunque no son christianas, les puso el nombre de christianas, y los naturales las nombran y llaman asi. El Maestre de Campo procuró de las rescatar y no se las quisieron dar. Procurarse han de haber para bautizarlas. El *(Juanes)* estaba muy contento con la compañía de los españoles, aunque ha estado y anda enfermo, que vino con las piernas hinchadas, que dijo que le tenía su amo en un cepo porque no se viniese á los christianos. Está pintado como los naturales, y dice que su amo le hizo pintar contra su voluntad. Da por razón, que quince españoles y él quedaron de la fragata que allí se perdió, y los más de ellos nombró por su nombre, y que todos son muertos, de ellos, de enfermedades, y de ellas en guerras que unos indios tenían con otros.» Id. Tomo núm. 3, *II de las I. F.*, págs. 178-9.

Un mes justo de la llegada del galeón (16 de Noviembre de 1566) topó el Maestre de Campo, en una de sus frecuentes excursiones, con una fusta portuguesa primero, y poco después con cuatro navíos gruesos. Los de la fusta le dijeron que eran portugueses, y que se fuese con ellos, pues si nó, le llevarían á la fuerza. Contestó el Maestre que no pensaba en tal cosa; y al ver que el portugués desplegaba insignias de guerra, mandó izar velas para ir sobre él; pero no le esperó. Los de los navíos, en cambio, contestáronle que eran españoles; pero conoció por el habla que querían engañarle, y con la premura que le permitieron los vientos contrarios volvió á Cebú á dar parte al Gobernador de lo que ocurría, y con el objeto también de reforzar la corta hueste española, para el caso, muy probable, de que los lusitanos pasasen á mayores. Al día siguiente de la llegada del Maestre asomaron dos fustas por el puerto, que pasaron de largo, y se creyó que, hecho el reconocimiento de las naos con que contaban los españoles, volvieron á dar cuenta á su jefe del resultado de la exploración. Legazpi ordenó tan rápidamente como pudo los pocos elementos de que disponía para hacer frente al enemigo, y mandó reunir á todos los suyos, á quienes dirigió una patriótica arenga, con que enardeció los ánimos de los soldados, que se manifestaban dispuestos á todo y ganosos de medir sus fuerzas con los portugueses. En cambio, los indios cebuanos, al ver tanto preparativo guerrero, á pesar de las seguridades que les diera el Gobernador, se vieron dominados de terror pánico, y huyeron, unos á los montes, otros á pueblos vecinos, y otros, finalmente, se guarecían en el campo español, al amparo de los soldados en las casas de los mismos. Legazpi les hizo saber que no necesitaba de su ayuda, y que podían estar tranquilos, en la seguridad de que los españoles sabrían defenderse y defenderlos á todos. El día 19 del propio mes de Noviembre pasaron por Cebú dos fustas de portugueses. Por ellos supo Legazpi que la Armada lusitana se componía de cuatro navíos y otras tantas galeotas. No quisieron detenerse, y el Gobernador, llevando hasta la exageración sus atenciones y muestras de hidalguía, les envió á decir que le agraviaban con no entrar en el puerto, pues él les hubiera atendido y socorrido, en la forma posible; hasta les envió un barril de conserva, otro de bizcocho blanco, otro de aceitunas, cuatro botijas de vino y dos de vinagre. Los portugueses se manifestaron profunda-

mente agradecidos, y ya no volvieron por entoces: se creyó que se habían dirigido á las Molucas, y á Amboina, conforme dijeron, añadiendo que los temporales les habían obligado á llegar hasta allí contra su voluntad, afirmación poco conforme con lo que los de la primera fusta habían asegurado al Maestre de Campo. No había transcurrido un año de esto, cuando de nuevo aparecieron por Cebú dos caracoas del Maluco con varios portugueses y hasta sesenta indios. Esta vez venían de intento á ofrecer á Legazpi protección y amparo; mas á condición de que se trasladase con los suyos á las Molucas. Legazpi le contestó que esperaba cartas de S. M. en orden á si debía ó no poblar en aquellas islas: no le era lícito entre tanto ir á las Molucas, porque se lo tenían prohibido en las instrucciones é itinerario que traía, y además no era preciso, pues ya dos de sus navíos (el *San Pedro* y el *San Lucas)* habían arribado felizmente á Méjico, razón por la cual ya no era necesario utilizar la vía de la India, como por necesidad hubieron de hacerlo cuantos hasta entonces habían llegado al Extremo Oriente. En realidad esta embajada venía á indagar cuáles eran los intentos de Legazpi; y si no respondía á ella, el portugués se disponía á caer sobre Cebú con la fuerza necesaria para aniquilar á los españoles, y quitarles de una vez las ganas de volver á semejantes empresas. Legazpi creyó siempre que los portugueses volverían á Cebú; y á fin de que no le hallasen desprevenido, hizo lo que buenamente pudo para responder al enemigo conforme á su demanda. Mas como iban pasando meses y meses, y los portugueses no parecían, creyó que habían mudado de intento. Pero he aquí que muchos meses después del incidente último (en 17 de Septiembre de 1568) le sorprendió á deshora la llegada de una nao portuguesa. Reducido á brevísimo compendio cuanto ocurrió con tal motivo, debemos decir que el propio Gonzalo de Pereyra venía con gruesa Armada á lo que ya hemos indicado antes: á desalojar á los españoles de Cebú, y á llevarlos, de bueno ó mal grado, á la India; que precedieron largas pláticas entre los dos jefes, que no podían entenderse, porque eran diametralmente opuestas sus respectivas aspiraciones; que al fin se vinieron á las manos españoles y portugueses, y que viendo éstos que la empresa ofrecía mucho mayores dificultades que las que ellos se habían figurado, desistieron de ella, volviéndose á las Molucas, sin haber logrado, claro está, lo que pretendían.

No mucho antes de la intertona de los portugueses había muerto el Maestre de Campo, Mateo del Saz. ¡Gran pérdida para los españoles! Era un jefe verdaderamente ideal: valeroso, prudente, honrado, cifrando toda su gloria en secundar los sabios pensamientos de Legazpi, era el brazo derecho de este, el ejcutor hábil y fidelísimo de todos sus planes. En una de sus excursiones á Mindanao hubo de sorprender intentos de sedición en sus subordinados, no más que por haberles prohibido, obedeciendo órdenes terminantes de Legazpi, que comprasen canela, cuyo monopolio, por entonces, se reservaba al Rey, y en su nombre la compraban los oficiales reales. Ello fué que los conjurados quisieron alzarse con la nao, no sin antes matar al Maestre. Tan hondo pesar le produjo el conocimiento de lo que se tramaba, que pocos días de fiebre bastaron para concluir con su preciosa vida. Tres ó cuatro de los conjurados pagaron con la suya tan criminales intentos. Sucedióle en el cargo el capitán Martín de Goyti, que además de haber ejercido hasta entonces el cargo militar inmediato en categoria al de Maestre, había dado repetidas muestras de lo mucho que valía. Los hechos demostraron cuán acertada había sido la elección.

Fortificando su campo estaba Legazpi, para hacer frente al portugués y bien ajeno de ciertas impresiones, cuando vió con la inmensa alegría que es de suponer, que dos naos españolas entraban majestuosamente en el puerto de Cebú. Era el día 20 de Agosto de 1567. Esa alegría se centuplicó al saberse que venían mandadas por Felipe de Salcedo, con quien llegaba además un hermano de éste, Juan de Salcedo, nietos ambos del insigne Gobernador. Venían 200 soldados, excelente refuerzo, por si la Armada portuguesa quería hacer alguna de las suyas; que para dominar el ímpetu belicoso de los indios ya sabía Legazpi, que no necesitaba de ayuda. Pero tampoco esta vez fué completa la satisfacción; porque no llegaron los despachos reales que se esperaban, para saber de una vez si debían ó no poblar en el Archipiélago, ó se verían por ventura obligados á abandonarlo cuando menos lo esperasen. Esta hipótesis era en realidad inquietante y dolorosa para quienes llevaban hechos tantos sacrificios; mas no por eso menos fundada y probable.

Tal vez, á fin de alejar semejante peligro se apresuró el Gobernador á preparar la expedición de vuelta á Méjico: para ello hizo

juntar razonable cantidad de canela, (cuatrocientos y pico de quintales; ciento cincuenta para el Rey, y lo restante propiedad de los pasajeros, cuyo número ascendía á ciento treinta), con que demostrar prácticamente á Su Majestad que las islas Filipinas eran más productivas de lo que generalmente se creía. Dió el mando de la nao al mismo Felipe de Salcedo, que se hizo á la vela el 1.º de Junio de 1568, tres años justos de su primera expedición de vuelta á Méjico. Pero esta vez no fué venturosa: á mediados de Agosto llegó á la isla de Guahan, una de las *Ladrones,* en cuyo puerto un recio temporal dió con la nave en la costa. Contentos con salvar la vida viajeros y tripulantes, todos ellos volvieron á Cebú meses después en una embarcación hecha sobre el batel con las tablas de la nao destruída.

De nuevo salió el propio Felipe de Salcedo en 7 de Junio de 1569, en dirección á Méjico. Quiso probar una vez más que no le arredraban peligros, y emprendió tan temeroso viaje en el mismo patache ¡de cuarenta toneladas! en que cuatro años antes habían hecho (así lo dijeron ellos) el de ida y vuelta los fementidos Arellano y Lope Martín. Iba á bordo, entre otros, el P. Diego de Herrera, comisionado por el Gobernador para que presentase á Su Majestad sus despachos, en que le daba extensa cuenta de todo lo ocurrido en Cebú, y le pedía ministros evangélicos, no fuerza armada, para la conquista del Archipiélago filipino. Pero no más salir del puerto el patache, el capitán Ibarra, que iba en un parao hacia Masbate, topó con la nao *San Juan,* que llegaba de Méjico, al mando del capitán Juan López de Aguirre; y al saberlo el Gobernador, hizo volver al patache, por si convenía enviar nuevos despachos en vista de la llegada del *San Juan.*

Mientras Legazpi disponía de nuevo la salida de la nao, los PP. Agustinos que acababan de recibir refuerzo con la llegada de los PP. Juan de Alba y Alonso Jiménez, se resolvieron á formar nueva Provincia religiosa (hasta entonces habían dependido de la de Méjico), y nombraron Provincial al P. Diego de Herrera. Tal fué el germen fecundo de la por tantos títulos ilustre *Provincia del Santísimo Nombre de Jesús, de Filipinas,* que ha ejercido allí su misión evangélica y eminentemente civilizadora por espacio de cerca de tres siglos y medio; misión de caridad y de amor, de protección y justicia á favor del desvalido; misión, en suma, que ciertos espa-

ñoles, tan enemigos de España, como de la Religión y del verdadero progreso, no queriendo ó no sabiendo apreciarla en su justo valor, la han calumniado groseramente. Dios ha premiado ya tanto heroísmo, y confiamos en que la Historia sabrá apreciarlo, colocando á sus detractores, que son también los causantes principales de los desastres y desventuras que lamentamos, en el lugar que de derecho les corresponde.

El nuevo Provincial P. Herrera embarcó otra vez en el mismo patache, que al mando del propio Felipe de Salcedo se hizo á la vela el día 10 de Julio del citado año de 1569.

Sin más dilación, dejando un destacamento en Cebú, trasladóse Legazpi al río de Panay, punto mejor abastecido y resguardado que Cebú: mucho antes debió haberlo hecho. Aún se atrevió á esparcir más su gente, y destinó al capitán Luis de la Haya, al río de Araut, en la propia isla de Panay, y al capitán Ibarra, á la de Masbate.

Los españoles, que ya eran muy conocidos de los panayanos, fueron bien recibidos. Sólo hubo algunos encuentros de escasa importancia, nacidos en su mayoría de la necesidad de acabar con las desavenencias domésticas, que existían entre los naturales, los cuales demostraron desde luego mayor seriedad y peso que los cebuanos, tal vez porque conocían el modo de ser de los nuestros. Allí hizo sus primeras armas Juan de Salcedo, casi niño aún, pues no había cumplido todavía veinte años; pero de veta de heroes: parecía hecho de acero, por dentro y por fuera, por que no conoció jamás ni debilidad física, ni desmayos ni desalientos morales, y era también, como aquéllos, generoso y desprendido, contento con la gloria del triunfo, que nunca le abandonó.

Aunque no llegaban órdenes del Monarca, comprendiendo que el solo hecho de no haberlas en contrario era prueba de que merecerían la aprobación de la Corte, Legazpi dispuso que el Maestre de Campo saliera el 8 de Mayo de 1570 con noventa arcabuceros y veinte marinos, más quinientos ó seiscientos indios, á hacer un reconocimiento por la isla de Luzón. (1) Toda esta gente iba repartida

(1) Hános servido para lo referente á esta expedición, un manuscrito inédito intitulado: *Relación muy detallada de la conquista de la isla de Luzón por el Maestre de Campo Martín de Goiti*. Arch. de Indias, Doc. n.° 37 del Indice n.° 4. Pero sólo se da cuenta en ella de la primera expedición de Goiti, que distó mucho de una verdadera *conquista*.

en diecisiete embarcaciones, es á saber, un junco, una fragata y quince paraos. Habían comenzado ya los vendabales, y uno de ellos dispersó la Armada. Parte de ella topó con dos barcos chinos, que en són de guerra avanzaban sobre los nuestros, los cuales dieron en breve buena cuenta de ellos: mataron una veintena de chinos, y se apoderaron de los dos barcos, llenos de rescates, es decir, de géneros de comercio, seda, algodón, porcelana, hierro, cobre, acero, etc., etc. Cuando llegó el Maestre de Campo, el destrozo estaba hecho: dijo á los chinos que le pesaba mucho de lo ocurrido; pero que ellos se tenían la culpa, por haber provocado á los nuestros. Envió uno de los barcos á Panay, entregó el otro á sus antiguos dueños para que los supervivientes volvieran á su tierra, y aún salieron éstos muy contentos y agradecidos, porque ya se daban por muertos. Ocurría esto en los mares de Mindoro. En el río llamado de Bato, de la misma isla, se ofrecieron de paz los indios, prometiéndole al Maestrellevarle tributo en oro, si se esperaba unos días; pero les dijo que procurasen recogerlo para su vuelta, y pasó adelante. Otro tanto hizo con el pueblo que parecía ser la capital de Mindoro, cuyos habitantes, aunque se resistieron algo, al fin vinieron de paz, sin que fuese necesario hacer uso de la fuerza. De paso, al saber que los españoles se dirigían á Luzón, quisieron amedrentarlos, pintando como un imposible su empresa, por los grandes elementos de guerra con que contaban los luzones; mas Goiti, á quien se le había agregado ya un parao de indios batangueños (del pueblo de Balayán, que voluntariamente se le ofrecieron), ya sabía á qué atenerse sobre este punto, y siguió adelante en demanda de Luzón; detúvose en una pequeña isla, y reunidas todas las embarcaciones, salió de nuevo, y fué á dar al citado pueblo de Balayán. Cuando ya llevaba algunas horas allí y se lamentaba de que no le hubieran seguido los paraos, llegó herido el Capitán Juan de Salcedo. Éste había subido por el río Pansipit á la laguna de Bombón, donde, antes que le fuera posible ver alma viviente, fué herido de peligro por indios emboscados. No quiso, sin embargo, volver sin hacer un escarmiento; desembarcó, pues, y dió contra los indios que desde una llanada disparaban flechas, dando alaridos. Más de cuarenta de ellos perdieron la vida, y al entrar los españoles en el pueblo vieron cómo los naturales habían dado muerte, desollándolos, á varios chinos que habían caído en su poder, á consecuencia de un

naufragio. Poco antes de naufragar habían tenido una pendencia con los indios, y muerto á un principal de ellos. La venganza fué cruel.

Los de Balayán se hubieron como verdaderos amigos y dieron á Goiti algo de oro de baja ley. Detúvose allí tres ó cuatro días y emprendió su ruta á Manila, habiendo antes recibido de paz algunos pueblos ribereños, que le ofrecieron tributar en oro. Los paraos, que procuraban ir á buena distancia del navío en que iba el Maestre, daban caza á las pequeñas embarcaciones indias que iban viendo de paso. Así se proveyeron de arroz y de unas pescadillas saladas como sardinas. Goiti les reprendió severamente al saberlo, y les ordenó que no se separasen del navío en que él iba. Sin novedad particular llegaron todos á la bahía de Manila, y el Maestre, por consejo de un natural del mismo Manila, que se había bautizado estando con los nuestros en Panay, fué á surgir al puerto de Cavite. Acto seguido envió al mismo indio con otros dos á requerir de paz al cacique de Manila; vino contestación satisfactoria, y al punto se dirigió allá, y en el puerto se vió con los *soberanos* de la ciudad, Raja Matanda (1) y su sobrino Raja Solimán. El primero demostró desde luego inclinación decidida á entenderse con los españoles; pero Solimán, aunque dijo también que se holgaba de la amistad con ellos; „pero que entendiese (Goiti) que ellos no eran indios pintados (como los de Cebú, quería decir), ni habían de sufrir lo que los otro sufrían; antes por la menor cosa que tocase á su honra habían de morir.“ (2) La entrevista no satisfizo á nadie, y los españoles estaban prevenidos, por si Solimán se adelantaba á cometer alguna fechoría. Recogiéronse á los barcos, y al día siguiente se presentó un enviado del mismo á decir al Maestre que se había informado de que los españoles iban á exigir tributo, y que si tales eran sus propósitos, estaba resuelto á no permitirles entrar en el río (Pasig). El Maestre contestó que nada había pedido ni pensaba pedir, y que sus deseos se cifraban en concertar una paz verdadera; y después de pensarlo por breves momentos, y acompañado solamente de los intérpretes, se dirigió al fuerte de los rajas; pactaron al uso indio la paz, bebiéndose mutuamente gotas de sangre

(1) Un documento inédito contemporaneo le llama *Rahá Acha*. El régulo de Tondo, según el propio documento, llamábase *Sibunao Lacandola*.

(2) Relación citada.

mezcladas en vino, y concertaron por condición única que los de Manila „sustentasen á los españoles que vinieran á poblar allí, y con dar esto, no diesen otro tributo.“ (1) El Maestre de Campo quiso enterarse de los pueblos que había en la ensenada, y díjéronle que cuarenta, sin contar los de la tierra adentro.

Gran contento dió á los españoles el ver que su querido y valeroso Maestre de Campo salía del fuerte sano y salvo, porque tenían harta experiencia de las villanías de los indios y temían que cometieran alguna con él. Esta entrevista, á pesar de haberse observado en ella las fórmulas más solemnes de amistad, tampoco produjo los efectos deseados: los naturales daban á entender que en todo pensaban menos en vivir en paz y armonía con los españoles; y los remeros indios que iban con éstos, y estaban en continua comunicación con los de Manila, dijeron á Goiti que Solimán sólo esperaba para caer sobre los españoles el primer aguacero que cayese, para que no pudieran aprovechar los arcabuces, sin duda porque habrían de apagarse las yescas que á la continua tenían encendidas. Los soldados bramaban con tales noticias y estaban impacientes, deseando vivísimamente ser ellos los primeros en arremeter. Añádase á esto un aviso del viejo Raja, en que advertía al Maestre que mientras Solimán se aprestaba á acometerle por tierra, el cacique de un pueblo vecino (Tondo) le haría la guerra por mar; que estuviera prevenido y que contase con su ayuda, pues estaba decidido á obrar como verdadero amigo suyo. Goiti le agradeció mucho el ofrecimiento; pero le dijo que no se molestase, porque él solo bastaba contra todos; y que á no ser tan tarde, desde luego saldría al encuentro del de Tondo para desbaratarle antes que pudiera llegar á Manila. Al día siguiente, aparecieron á distancia algunas embarcaciones; y el Maestre de Campo envió un parao para que las reconociera; y viendo que eran lanchas inofensivas, soltó un tiro, con que advertía á los del parao que no se metieran con ellas. Mas sea porque los indios del fuerte creyeran que habían roto el fuego sobre ellos, sea porque había llegado la hora entre ellos convenida, dispararon tres piezas, una de las cuales dió en el costado al navío de Goiti, y entró la bala en el fogón, con cuya ceniza roció á los

(1) Id. Id.

que se hallaban cerca (1). Los españoles entonces se lanzaron como un rayo sobre el fuerte enemigo; se apoderaron de él, „derrocando á los lombarderos con los botafuegos en las manos; que no les dieron tiempo para usar su oficio. Ganada esta primera artillería se ganó también el lugar, al cual, por ser grande, se le puso luego fuego. Los moros, no pudiendo sufrir el ímpetu de los arcabuceros.... desampararon el lugar." (2) Goiti se apoderó de la artillería enemiga (trece piezas entre chicas y grandes), y con ella hizo mortíferos, disparos lo mismo hacia la marina que hacia tierra. Es verdad que entre tanto la bahía, con ser enorme, apareció inundada de embarcaciones enemigas de diferente tamaños; pero la artillería gruesa del junco de los españoles las contuvo á respetable distancia. (3) Cerca de cien naturales de Manila perdieron la vida en tierra, unos abrasados por el incendio y otros por los arcabuces de los españoles; también murieron muchos en los paraos indígenas, y cayeron prisioneros hasta ochenta indios. Estos declararon que el causante de la guerra era Solimán el joven.

Fué notable la fábrica de fundición de cañones que hallaron „con sus formas de barro y cera, y la mayor forma era *para una pieza de diez y siete piés de largo,* que tiraba á culebrina." (4).

---

(1) Antes de esto, y como demostración indudable de la decidida voluntad de Solimán de romper con los españoles, había apresado á algunos indios amigos de los nuestros, herido otro que estaba al servicio de un soldado y apaleado á otros varios. También habían herido á un soldado de un flechazo.

(2) Id. Id.

(3) «Fué mucho, dice la relación de que nos servimos, lo que se perdió en el pueblo, porque era grande y de mucha contratación. Vivían en él cuarenta chinos casados y veinte japones. Destos perecieron algunos. Antes de romperse la guerra vinieron á ver al Maestre de Campo al navío y entre ellos vino un japón con con un bonete de tentino puesto, por el cual se sospechó que era cristiano: preguntado si lo era dijo que sí y que se llamaba Pablo; adoró una imagen, pidió unas cuentas; pero dicen que este era uno de los lombarderos que los moros tenían.» Sabemos, pues, que á la llegada de los españoles había un cristiano en Manila y que éste era japonés. Goiti tuvo particular empeño de que cuatro juncos chinos que había en la bahía salieran ilesos de la refriega, y lo consiguió, poniéndolos al amparo del suyo. Los chinos se lo agradecieron mucho, como era natural. «Quedaron, dice la propia relación, muy amigos con nosotros y dieron cédulas de seguridad y que los pintasen unos paños blancos que trujeron para el efecto, las armas reales. Prometieron de venir al año siguiente á este río de Panay»—donde se escribió la relación.

(4) Relación citada. Legazpi, al dar cuenta al virrey de Méjico de lo ocurrido en esta expedición, escribe: «Trajeron á este campo de allí *(de Manila)* diez piezas de bronce, chicas y grandes y dos versos de hierro, sin otras piezas de bronces que se echaron en la mar, por no las poder traer. Hallaron en aquel pueblo casa de fundi-

Visto que después del combate se retrajeron los indios por completo de los españoles, y que no tenían la fuerza necesaria para proseguir la conquista; aconsejados además por los indios amigos, que afirmaban ser conveniente salir de la bahía antes que arreciasen los vendabales, y utilizando las brisas que ya iban escaseando, Goiti emprendió la retirada á Cavite; detúvose allí un día, esperando á que los mambises, ó los mismos de Cavite se le acercasen: y observando que el retraimiento de los naturales era absoluto, abandonó la ensenada; fué recorriendo los pueblos que en la ida se le mostraron amigos; detúvose en Balayán; mandó desde allí á Juan de Salcedo que aún seguía molestado por la herida, con las dos embarcaciones mayores á Panay, y él fué recorriendo de paz todos los pueblos que la quisieran, hasta que el Gobernador le mandó llamar, cuando llegó nueva Armada, de tres naos, de Méjico, al mando de Juan de la Isla.



ción, y en ella un molde á pique para fundir una culebrina *de dos brazas y media*, poco más ó menos, sin otros moldes de otras piezas menores, y cantidad de diversos metales para el efecto. Me van en estos navíos cuatro falcones y dos versos de los que de allá vinieron para que vuestra excelencia los vea. Escribo al Alcalde mayor de Acapulco que uno de los versos invie luego á Méjico, que creo no descontentar á la labor dellos á vuestra excelencia...... Asimismo tenían materiales de pólvora, y la hacen en aquel pueblo.» Carta fechada en Panay á 25 de Julio de 1570. (Arch. de Ind. Doc. n.° 19 del Indice n.° 4.)



CAPÍTULO XVII

Llegan tres naos de Méjico y el P. Herrera en uno de ellos con otros dos más.—Autoriza el Rey la colonización del Archipiélago.—Título de Adelantado para Legazpi.—Fundación de la villa del Smo. Nombre de Jesús de Cebú.—Dirígese Legazpi á la conquista de Manila.—Su generosidad con los chinos. Es bien recibldo en Manila.—Refriega con los de Agonoy, Macabebe, etc.—Fundación de la ciudad de Manila.—Sométense pacíficamente varios pueblos.—Muerte de Raja Matandar.—Somete Salcedo á Cainta, Tay Tay y otros muchos pueblos, y Goiti á Betis y Lubao.—Excursión de Salcedo á las minas de Paracale.— Repartimiento de encomiendas.—Heróica expedición de Salcedo al Norte de Luzón.—Singular combate.—Fundación de Vigan.—Expedición á Cagayan.— Muerte del Adelantado.—Juicio de su conducta.—La obra de los misioneros.—Conversiones.— El P. Rada.—Los PP. Aguirre y Gamboa, Alba y Jiménez.—Alba, apóstol de Panay; Jiménez, de Camarines.—Llegan seis más.—Sus trabajos para la conquista del Archipiélago.—Mérito particular del P. Herrera.—Testimonio de Comyn.—Capítulo provincial.—Es elegido Provincial el P. Rada.—Fundación de Casas religiosas.— En demanda de nuevos misioneros.—¡Honor á Urdaneta!

En efecto, Juan de la Isla surgió en la de Agutaya (antes se había detenido en Maripipi, desde donde avisó al Gobernador de su llegada) en 23 de Junio de 1570. Con él volvía el Provincial P. Herrera, acompañado de dos PP. Agustinos, Diego Ordóñez, natural de la Nueva España, y Diego de Espinar, que lo era de Castilla. (1) Esta expedición fué decisiva y de

(1) El P. Herrera no llegó á España en esta expedición. Dió cuenta al Virrey don Martín Henriquez de Almansa, de cuanto ocurría en Filipinas, y escribió al Rey una carta fechada en Méjico á 16 de Enero de 1570, refiriéndole los grandes trabajos que

una transcendencia inmensa, porque en ella venían los tan deseados despachos de S. M. en que ordenaba la colonización del Archipiélago para la conversión de sus naturales á la fe católica. El Virrey autorizaba á Legazpi, para que, en nombre de S. M., hiciese repartición de encomiendas de los indios conquistados, entre los capitanes y soldados que mejor le hubieran servido. Las encomiendas debían regirse conforme á la legislación establecida para las del Perú y Nueva España. Cuanto al mismo Legazpi, el Rey le hizo merced del título de *Adelantado de las islas de los Ladrones.* (1) Tales noticias inundaron de gozo á los conquistadores, los cuales las celebraron con grandes demostraciones de regocijo. Sin más que el tiempo necesario para aderezarlas, ordenó Legazpi que dos de las naos que habían venido, volviesen á la Nueva España, á cargo del mismo Juan de la Isla. En ellas mandaba, entre otras cosas, doce árboles de pimienta, como presente á Su Majestad.

Vista la voluntad del Rey de que se prosiguiera el negocio de la conquista, y teniendo en cuenta las órdenes del Virrey que le ordenaba volver á Cebú, á fin de evitar que los portugueses se apoyasen en aquella isla para expulsar á los españoles de todo el Archipiélago, éste pasó á Cebú, y fundó la primera, y por entonces la única villa, denominándola del *Santísimo Nombre de Jesús*, y nombrando Regidor de la misma á Guido de Lavezares, Tesorero de S. M. A mediados de Abril de 1571, se dirigió Legazpi á la conquista de Manila. Llevaba cerca de trescientos hombres de armas, repartidos en veintisiete embarcaciones, entre grandes y pequeñas. Acompañábale el P. Herrera. De paso por Mindoro tuvo ocasión de favorecer á un junco chino, que se vió en grave peligro con un vendabal. La gratitud de los favorecidos sólo era comparable á su admiración; pues temiendo ser maltratados, y reducidos á esclavitud, cuando no muertos, al verse libres, no sabían darse razón de

---

los españoles padecían sin más sustento que *dos almudes de arroz por limpiar, cada sábado.* Recomienda la extremada y firmísima lealtad de todos á su Rey, y le ruega que corte para siempre el peligro de que portugueses y españoles se vayan á las manos con enorme escándalo de los indios. (Arch. de Indias. Doc. n.º 36 del Indice n.º 4.)

(1) Afirman los cronistas que Felipe II dió esa denominación al título con que honró á Legazpi, porque las islas de los Ladrones fueron las primeras de que tomó posesión en nombre de S. M. Ignoramos las razones que de hecho movieron al Monarca á obrar así; pero históricamente no es cierto lo que se afirma, puesto que mucho antes que de dichas islas, habia tomado posesión el Adelantado de la de los *Barbatos*, hoy *Miadi* ó *Meyit.*

tan generoso proceder. El Adelantado fué recibido de paz en Manila; y aunque al principio dieron los naturales muestras de gran desconfianza, y pegaron fuego al pueblo, conocidas sus intenciones, se apaciguaron por completo. El viejo Raja y el de Tondo se ofrecieron á Legazpi incondicionalmente, y hasta le pidieron perdón por las ligerezas del joven Solimán, el cual asimismo se sometió. Legazpi no les habló de tributos, sino de la predicación del Evangelio, que era el fin que principalmente se proponía en la conquista. Parece ser que los naturales de Macabebe, Agonoy y otros de la Pampanga, afearon mucho á los manilenses su fácil sumisión á los españoles, y se propusieron darles una severa lección de valor y de dignidad. A este efecto se reunieron hasta dos ó tres mil indios en cuarenta caracoas, y cuéntase que el jefe de ellos, indio de valor legendario, no sólo rechazó toda avenencia, sino que desafió audazmente á los nuestros. Y claro: lo mismo fué saberlo Legazpi, que mandar allí al Maestre de Campo con ochenta soldados, el cual en brevísimo tiempo dió buena cuenta de los mal aconsejados indios.

Con esto ya el día de San Juan del mismo año de 1571 pudo el Adelantado proceder á la fundación de la ciudad de Manila, como capital y metrópoli de todas las islas. (1) Señaló el distrito de la ciudad, nombró alcaldes, regidores, alguacil y escribanos; determinó el sitio para plaza pública y repartió los solares para iglesia y convento.

El Maestre de Campo fué sujetando, casi sin disparar un tiro, varios pueblos cercanos á Manila, á la vez que proporcionaba víveres para los españoles. Quiso hacer lo mismo con el de Betis; pero no pudo por impedírselo el temporal de aguas, y también porque el antiguo cacique de Tondo, que iba con él, comunicaba al pueblo las noticias que le convenían, con notoria deslealtad hacia los españoles. Dicho cacique, vuelto á Manila antes que Goiti, fué reducido á prisión, lo que produjo saludable temor en los indios, que desde entonces se mostraron más sumisos.

No tardó en enfermar gravemente el viejo Raja, que siempre fué sincero amigo de los españoles; pidió el Santo Bautismo con

(1) El documento en que constan las paces entre Legazpi y los régulos de Manila lleva en la copia que poseemos fecha del 18 de Mayo de 1572; pero debe de ser equivocación, pues la paz se había concertado un año antes.

grandes instancias; administráronselo, y á los pocos días murió santamente, con general sentimiento de los nuestros, que perdieron en él un excelente amigo y cooperador.

Era preciso continuar la conquista, y el Adelantado dispuso que su nieto Juan de Salcedo se encargase de someter algunos pueblos que, confiados en su valor y en los muros y baluartes con que contaban, se habían atrevido á despreciar los requerimientos de paz hechos por los españoles. Salcedo salió con ochenta soldados y alguna artillería. El pueblo de Cainta, á corta distancia de Manila, era el de mayor cuidado, y á él se enderezó. Requiriólo de nuevo, brindándole con la paz, mas los caintanos se sentían fuertes y no pensaban en someterse. Entonces hizo un reconocimiento, vió los puntos débiles de los muros que rodeaban el pueblo, no tardó en abrir un portillo, y por él se lanzó, con valor y denuedo incontrastables. Los indios, que no esperaban tan enérgica acometida, huyeron á la desbandada, dejando en poder de los españoles algunas piezas de artillería. Visto el resultado, el pueblo de Taytay, que contaba con parecidas defensas, se entregó á discreción. Salcedo enderezó sus esfuerzos á la pacificación de los pueblos que rodeaban la laguna de Bay, muchos y muy importantes. Hubo alguna tentativa de resistencia; pero la intervención del P. Alonso de Alvarado, que con inminente peligro de su vida se adelantó á tratar con los naturales, fué tan eficaz y decisiva, que sin tirar un tiro se dieron como súbditos de España. Otro tanto hizo Salcedo con los pueblos del interior, y se afirma que entre unos y otros ascenderían los sometidos en brevísimo plazo y sin derramamiento de sangre, á unos doscientos. Acompañaba al P. Alvarado en esta expedición el P. Diego de Espinar. La intervención de los misioneros dió maravillosos resultados para reducir pacíficamente á los indios; resistióse el primero; mas inútilmente; con esto se dieron por entendidos los de Lubao, que se ofrecieron como amigos sin dificultad.

Entre tanto Juan de Salcedo tuvo noticia de las minas de oro de Paracale, y no paró hasta obtener de su abuelo el conveniente permiso y fuerzas necesarias para emprender el viaje. Las aguas, los vendabales, la nativa doblez de los indios, que le servían de guías, todo se conjuró contra Salcedo; pero no era él mozo para acobardarse á las primeras de cambio, y saltando por todo y venciendo enormes dificultades, llegó al fin á las suspiradas minas. Viendo el

Adelantado lo mucho que tardaba, volvió á Manila después de padecer incontables trabajos y penalidades, y sin haber logrado pacificar la gente de Paracale, que huyó al acercarse los españoles. Entre tanto Martín de Goiti sometió á los de Betis y Lubao. Sólo aquéllos opusieron alguna resistencia.

Hasta los comienzos del año de 1572 no hizo uso Legazpi de la autorización que se le había concedido para repartir encomiendas entre los jefes, oficiales y soldados más beneméritos. Hecho el reparto, advirtió á los encomenderos que no vivieran en sus encomiendas, y que se guardasen mucho de los indios, que podían cometer desaguisados con ellos, si los veían solos, como efectivamente ocurrió muy en breve, que perdieron la vida por esta causa en diferentes islas hasta media docena de españoles (1).

El incansable y valeroso Salcedo, que no sabía lo que era descanso, salió de Manila en 20 de Mayo de 1572 para la conquista de Ilocos y Cagayán. Acompañábanle 47 soldados, repartidos en varias pequeñas embarcaciones que él mismo se procuró á su costa en la de Mindoro. Llegó á Bolinao en ocasión en que un junco chino estaba á punto de hacerse á la vela, llevando á varios indios de aquel pueblo en calidad de esclavos. No podía ofrecérsele mejor ocasión para captarse el cariño del pueblo, realizando á la vez un acto de caballerosa y cristiana hidalguía, y no vaciló en reclamar de los chinos la inmediata libertad de los indios. Obtúvola al momento, y esto le valió que no sólo el pueblo de Bolinao, sino otros varios se dieran por vasallos agradecidos del Rey de España. Fué asimismo bien recibido en Pangasinán, y en muestra inequívoca de sincera sumisión le dieron algo de oro de ley y abundancia de víveres. No así en un pueblo, por nombre Malimpit, cuyo cacique, ya que no se atrevía á medir sus armas en buena lid, quiso acabar con los españoles en un fastuoso convite, embriagándolos previamen-

(1) «Señaló el tributo que los naturales habían de dar á los encomenderos, y fué una manta de algodón, en las provincias donde se tejía ropa, que su valor es de cuatro reales; cantidad de dos fanegas de arroz y una gallina, y esto cada año una vez: y que los que no tuvieren mantas, diesen su valor en especie de otra cosa, que fuese de propia cosecha en aquel pueblo, y donde no se cogiese arroz, diesen dos reales, y medio real por la gallina, conmutada en dinero. Prohibió el Adelantado con graves penas que no pudiesen los encomenderos llevar ni tomar esclavos de sus indios por la paga del tributo, ni por otra forma, por evitar muchos dolos y fraudes que podía haber en esta materia.» P. Gaspar de S. Agustín, *Conquista temp. y espirit. de las Islas Philipinas,* lib. II, cap. VIII.

te. Pero ellos, que ya en esta época contaban con la ayuda de varios indios que desde Manila les acompañaban en calidad de intérpretes, supieron lo que se tramaba y no probaron siquiera el vino que les ofrecieron, con asombro y confusión del cacique. Viendo éste fallidas sus esperanzas por ese camino y cuando los nuestros estaban entregados al descanso, creyó el malvado poder salir con sus dañados intentos, rodeando la casa que ocupaban, con dos mil indios armados. Aún le resultó peor esta cuenta, porque los españoles hicieron horrible matanza, sin recibir daño alguno. Por entonces no fué posible, como es natural, una inteligencia, y prosiguió Salcedo su ruta hasta el río Nacarlán, donde tuvo una refriega, porque los indios les hostigaban desde los manglares. Siguió adelante, y sorprendió á un pueblo, el mejor de cuantos había visto, situado en lo alto de un peñón, con espanto de los naturales, quo se creían seguros de todo golpe de mano. Huyeron al principio despavoridos, volvieron algunos pronto y prometieron ser amigos de los españoles; pero de nuevo se marcharon, pretextando que iban á llamar á los demás, y nadie volvió.

Alguna resistencia halló Salcedo en Purao y Dumanquaque, (Ilocos), mas no tardaron en darse por amigos. Lo propio ocurrió en Vigan, de la misma provincia. Los de Ilabag, después de dos sangrientas refriegas, abandonaron el pueblo, y no fué posible entenderse con ellos.

Salcedo no daba indicios de cansancio ni de pensar en suspender por un momento las operaciones, aunque resultaban penosas por demás; antes manifestó á los suyos su decidido propósito de doblar el cabo Bojeador, y pasar á Cagayán, país ó comarca de la cual le habían referido maravillas. Pero no todos sus compañeros contaban con iguales energías, y le hicieron ver que amén de sentirse sobremanera fatigados, no llevaban aparejo, quiérese decir, ni gente, ni navíos, ni víveres para realizar tan arriesgada empresa. Tuvo, pues, que desistir por entonces de ella.

Cerca de ocho días se vieron precisados á detenerse en una caleta, después de haber perdido dos embarcaciones, que zozobraron en la costa. El mar presentaba el aspecto de los días solemnes, con solemnidad aterradora, de esas en que el hombre se reconoce pequeño, nada, ante la formidable grandeza de los elementos desatados. Y menos mal cuando se le puede contemplar desde la ribera y

sobre seguro. Salcedo quiso hacerlo así, y saltó en tierra con doce de los suyos; pero los naturales trataron de impedirle el paso. Ahuyentados por los arcabuceros en el primer momento, rehiciéronse, y de nuevo se presentaron en actitud arrogante. Sobre todo un indio, probablemente el jefe de aquella informe multitud, parecía provocar á singular combate, según se desprendía de sus ademanes. Juan de Salcedo no pudo contenerse: espada y rodela en mano y mandando que nadie le siguiera, se lanzó contra el atrevido. Pero sólo se trataba de un ardid: el indio le arrojó su lanza y huyó. Ardoroso y anhelante, siguióle Salcedo, y se vió muy pronto y sin darse cuenta, envuelto en una emboscada, en que le cercaron tres centenares de indios. La muerte del joven capitán parecía inevitable; pero quiso Dios depararle un peñasco que le guardase las espaldas, mientras se defendía con energía y valor sobrehumanos de las acometidas de todos. No tardaron en llegar tres de sus soldados, los cuales en un momento produjeron sendas víctimas con sus arcabuces, y con esto ya no esperaron los indios otros razonamientos para huír á la desbandada. Se dirá por ventura que, mozo al fin, Juan de Salcedo no obró con prudencia, sino muy temerariamente; y es que los hombres como él, en lances semejantes, jamás han conocido *cierta prudencia,* muy emparentada con algo muy distinto de la verdadera. Es cuestión de sangre, y el que la tiene de héroe, prueba su temple sin darse cuenta de ello.

Salcedo se internó á poco en tierra por bastimentos, y de nuevo chocó en un pueblo con los naturales, doce de los cuales murieron, y los demás hallaron su salvación en la huída. Cuando, cargados de víveres, volvían los nuestros á las embarcaciones, los indios les salieron al encuentro, en son de paz, y al día siguiente les llevaron *de regalo* hasta ciento veinte onzas de oro. Todas estas fatigas y peligrosas hazañas entendió Salcedo que resultarían inútiles, si no hacían algo permanente y duradero, estableciéndose en algún pueblo, que fuera á manera de centro desde donde pudieran seguir influyendo sobre la comarca. Mandó, pues, á su alférez Antonio Hurtado con veinte soldados para que fuese por tierra pacificando los pueblos del camino de Vígan, y con los restantes se embarcó él, dirigiéndose también á este pueblo. Propuso á los indios su pensamiento; hizo hincapié sobre todo en lo útil que les resultaba el tener á mano quien les defendiera de todos sus enemigos, para lo

cual les convenía levantar un fuerte, y habiendo convenido en ello, pusieron manos á la obra. Terminada en breve, dejó allí á Hurtado con veintisiete soldados, é hizo saber á los diez y siete restantes su decidido propósito de realizar su dorado sueño de visitar á Cagayán. Murmuraron los soldados, pero inútilmente, y el día 24 de Julio emprendió su excursión, no en són de conquista, sino de exploración, pues no tenía elementos para otra cosa. A los dos días dobló el Cabo Bojeador; llegó poco después á un río grande: surgieron en su boca y fueron amablemente recibidos por los indios salineros que en él trabajaban. Después de muchos dimes y diretes con los vecinos principales de un pueblo cercano, acabaron por no concertar paces, aunque tampoco se hicieron guerra. No son para descritos en breves palabras los peligros en que se vieron con los vendabales mientras caminaban hacia Cagayán. Aquí hallaron á la gente muy alborotada; con todo subieron por el río á reconocer el pueblo, para emprender á seguida la retirada. Los indios se presentaban en actitud amenazadora, pero no quiso Salcedo dar contra ellos, hasta que, viendo que se le echabau encima las embarcaciol nes de ellos, se vió obligado á disparar varias rociadas de arcabucería, para contenerlos á buena distancia, con que pudo salir al mar, y proseguir su navegación de vuelta. Corrieron más de cien leguas de costa brava y acantilada, sin ver pueblo ni alma viviente: en cambio eran juguete de tormentosas olas, y experimentaron falta de alimentos, amén de las angustias que les producía el no saber dónde se hallaba. Al fin vieron algunas embarcaciones; los indios que las tripulaban, huyeron, abandonándolas, para volver al día siguiente, acompañados de otros muchos. Aunque al principio se mostraron duros y altaneros, pronto se humanizaron, concluyendo por venderles bastimentos por abalorios y baratijas, y dándoles además un guía que les dirigiera hasta la ensenada de Amandato, conocida ya por Salcedo. Todavía experimentó éste un naufragio; no sabía nadar, y se vió á dos dedos de la muerte; pero asido á la barca, logró conservarse á flote, hasta que le recogió una embarcación tripulada por indios de Manila. Muy cerca de esta ciudad tuvo noticia de la repentina muerte de su egregio abuelo, el Adelantado Legazpi, ocurrida la noche antes.

Legazpi se había sentido enfermo á las dos de la tarde del día 20 de Agosto de 1572, á consecuencia de un disgusto, y aquella

misma noche murió de una afección cardíaca. No pudo recibir los Santos Sacramentos; pero cinco días antes había hecho confesión general con el P. Rada, y había comulgado con gran fervor. Reunidos inmediatamente el Maestre de Campo y los oficiales reales, abrieron dos provisiones de la Audiencia de Méjico, en las cuales se ordenaba que á la muerte del Adelantado, le sucediese en el cargo Mateo del Saz, y á la de éste, Guido de Lavezares. (1) Este, pues, fué el sucesor de Legazpi.

El P. Ortega hizo del Adelantado difunto un juicio que creemos muy ajustado á la realidad. „Llevó, dice, Nuestro Señor desta vida con repentina muerte al Adelantado y Gobernador Miguel López de Legazpi, que esté en gloria. Cuya muerte fué bien llorada y aun lo es hoy día; porque sin duda ha hecho mucha falta su valor y prudencia; *y los que en vida le tenían por malo, le canonizan agora por santo*. Entiendo que está en gloria, ó camino de ella, porque era buen cristiano, y si erraba en algunas cosas, creo era su deseo de acertar, y en otras, no debía de poder más. Murió pobre, que es buen indicio de su bondad, y fué grande confusión para los que le tenían por muy rico.“ (2) Extrañará el lector, por ventura, las indi-

(1) Lavezares, Labezares; Lavezaris, ó Lavezariis, que de todos estos modos lo vemos escrito, era vizcaíno; sólo Aganduru, que sepamos, le hace sevillano. «Formó parte, dice el señor Retana, de la expedición de Villalobos. Quedó en las Molucas hasta el año 1549, que en un barco portugués pasó á Lisboa, donde de nuevo embarcó con rumbo á Méjico. Aseguran algunos escritores que fué librero en la Nueva España, así la primera como la segunda vez que estuvo en aquel país. El 58 pasó con Ulloa á la Florida. Alistóse luego en la expedición que mandaba Legazpi, su paisano, y consiguió la plaza de Tesorero. Muerto Legazpi el 20 de Agosto del 72 y muerto también hacía poco Mateo del Sauz, el ex-librero se vió de Gobernador general de Filipinas, por derecho propio; y por cierto que desempeñó su cargo dignamente, y con una actividad y energía impropia de su avanzada edad y de sus achaques. Duró tres años su gobierno; durante los cuales hizo una expedición á las Bisayas y envió gente á pacificar las provincias de Luzón, que no estadan del todo sometidas. Fortificó Manila, después de la sorpresa de Limahong, contra cuyas huestes demostró Labezares gran valor, é hizo otras muchas cosas útiles. El 24 de Agosto del 75 fué relevado por Sande; éste le residenció: ningún cargo existía contra el ex-librero. Por sus buenos servicios, el Rey le nombró Maestre de Campo perpetuo, y le concedió las encomiendas de Betis y Lubao, que él se había adjudicado, siendo el Gobernador de la Colonia.» *Estadismo de las Islas Filipinas....*, tom. II, apéndice I.

Lavezares fué quien llevó á Méjico el gengibre desde las Molucas; hallábase en Valladolid en 1554, y en 1567 mandó al Rey arbolitos de tamarindo desde Cebú. Carta de Lavezares á S. M. fechada en Cebú en 25 de Julio de 1567.—Arch. de Ind. Indice 4.° n.° 4., Est. 1-Caj. 1-Legaj. 2-24.

(2) Carta al Virrey de la Nueva España, fecha 6 de Junio de 1573.—Archivo de Ind., doc. n.° 50 del Indice n.° 4.

caciones del P. Ortega en orden á las distintas apreciaciones que se hacían de Legazpi á raíz de su muerte, ya que la Historia no ha conservado rastro alguno de ellas, y únicamente se ha hecho eco del concierto unánime de alabanzas tributadas por tirios y troyanos al noble conquistador de Filipinas. Conviene, pues, que contrastemos esas apreciaciones, á la luz de los documentos que poseemos.

Es indudable que una parte del elemento militar soportaba malamente la política de moderación y de austera rectitud de Legazpi. Cuando los naturales, después de largas promesas, que generalmente quedaban incumplidas, ponían á dura prueba la paciencia de los españoles, faltos muchas veces de los bastimentos más necesarios, hubieran deseado éstos mayor libertad de acción, ya para tomar por su mano lo que les negaban los indios, ya para castigar severamente las repetidas felonías de éstos. Mas el prudente General, sobre quien recaían principalmente las responsabilidades de cuanto hicieran sus subordinados, íbales á la mano y contenía sus ímpetus, evitando desmanes y desvaneciendo la atmósfera de prevenciones que los portugueses habían dejado en el Archipiélago. No era posible, sin embargo, que Legazpi, á pesar de sus buenos deseos, impidiera todos los desafueros, por que ni llegaban á veces á noticia suya, ni era prudente levantar una horca por cada vez que un español cometiera un desaguisado con los indios. Lo que sí procuró siempre, con una constancia á prueba de felonías, fué inspirar confianza á los indios, atraerles, para que el misionero pudiera ejercer su misión salvadora y á la vez eminentemente patriótica. Comprendió el Adelantado, no más llegar al Archipiélago magallánico, que la reducción y dominio de tantas islas tan dispersas, rodeadas de mares tempestuosos, á cuatro mil quinientas leguas de la Metrópoli (por la vía de Occidente, la única utilizable entonces para los españoles) no se haría nunca por la fuerza de las armas, y de ahí su decidido empeño de emplear las de la persuasión, y de que el misionero fuera el principal conquistador del indio. Tales fueron también las inspiraciones y consejos del gran Urdaneta (que fué con el carácter de *Protector de los indios)* y de sus dignísimos compañeros los PP. Agustinos, muy en armonía con las nativas tendencias pacificas del Adelantado, y con el ideal cristiano, blanco de sus aspiraciones y constantes esfuerzos. Y aunque halló enor-

mes obstáculos en la realización de esta empresa, no vaciló jamás, porque se trataba del cumplimiento de un deber sagrado de conciencia, y él hubiera sucumbido mil veces antes de hacer traición á ella. De ahí sus constantes peticiones al Monarca, de operarios evangélicos, con preferencia á todo otro auxilio; de ahí también sus esfuerzos por reprimir los excesos de la gente armada, de cuya ayuda, sin embargo, tampoco le era dado prescindir, y á cuyo proceder, en general, no podemos menos de tributar calurosos elogios, de consuno con el insigne P. Herrera, testigo de muyor excepción, que ya en 1570 se los tributaba muy encarecidos. (1) En efecto, aquellos soldados, lo mismo en el ardor de los combates que en la embriaguez de las victorias, procedían por lo común, con cristiana moderación, pues sabían que en ello imitaban la conducta del General, captándose además su voluntad. Con semejante política llegó éste en breve á la meta de sus aspiraciones, conviene á saber, al vencimiento de las principales dificultades que ofrecía la conquista, economizando sangre y tesoros, y, lo que vale mucho más, sin quebranto de las leyes de la justicia, que en la mayor parte de las conquistas de todas las épocas han quedado maltrechas y pisoteadas; aun cuando el esplendor de las victorias haya ofuscado á las gentes para que no se fijasen en las tremendas iniquidades cometidas. ¡Qué de lecciones de humanidad y de justicia hubiesen podido aprender de Legazpi los famosos conquistadores ingleses de la India, lord Clive y Warren Hastings, que á pesar de sus enormes crímenes lograron ser absueltos por los tribunales británicos!

Pero no eran únicamente algunos soldados los que miraban con mal encubierto enojo la política de Legazpi; más de una vez el P.

---

(1) «Por ser algo largo el cerco (el que pusieron los portugueses á los nuestros en Cebú) y la ración corta, vinieron á tanta necesidad los pobres soldados, que se daban á cazar ratones, de los cuales en aquella tierra ay gran abundancia, y son muy mayores que los de España. Con todas estas necesidades, y con convidarles del Armada portuguesa con mucha abundancia, sirvieron á V. M. con tanta lealtad y contento en esta guerra y en todo lo demás, *cuanto creo han servido hombres en el mundo á su rey* porque ninguna cosa había que tanto contento les diese como mandarles cosas en que ponían á riesgo sus vidas; y ansí me parece que V. Majestad tiene obligación de les gratificar los servicios, porque hasta el socorro que agora V. M. les manda enviar, que es muy bueno, no han tenido otro ninguno, sino dos almudes de arroz por limpiar, cada sábado, que, después de limpio, no quedaba en uno, sin otra ninguna ayuda de costa.» Carta del P. Diego de Herrera á Felipe II, fechada en Méjico á 16 de Enero de 1570. Inédita en el Arch. de Ind., doc. núm. 36 del índice núm. 4.

Rada, (1) enamorado del ideal cristiano de caridad y justicia, exhaló amargas quejas, en cartas al Virrey de Méjico, porque á su entender, estas virtudes, savia divina del Evangelio, quedaban frecuentemente vulneradas en perjuicio de los naturales del Archipiélago. ¿Cómo concordar tan opuestos juicios? El elemento militar, educado en las conquistas del Nuevo Mundo, no se daba razón de los escrúpulos del Adelantado para autorizar el uso de la fuerza y para la exacción de ciertos tributos; y á su vez los caritativos misioneros, teniendo siempre como norma invariable de conducta la purísima doctrina evangélica, no podían llevar en paciencia los excesos que á veces se permitían los que, avezados á la ruda y peligrosa carrera de las armas, no podían sentir con igual viveza los estímulos de la caridad. Por otra parte les había impuesto tal cúmulo de sacrificios su calidad de conquistadores de tan remotas islas, que era exigirles otro que valía por todos el obligarles á que abandonasen toda idea de lucro, móvil principal de casi todos ellos. Cierto que, á pesar de todo, Legazpi debía reprimir y reprimió de hecho, en cuanto pudo, los desmanes é injusticias de sus subordinados; mas al propio tiempo era preciso tener en cuenta las impurezas de la realidad para no empeñarse en exigir de elementos de suyo tan turbulentos, ambiciosos y desaforados, una perfección que es difícil, aun tratándose de una colectividad de ascetas.

Mientras marinos y militares se entregaban á los trabajos propios de su institución respectiva, los PP. Misioneros estaban lle-

---

(1) «Escribí también á V. E. que *mientras no obiese otro que mandase la tierra, ni ella valdria nada, ni el Rey abría aprovechamiento, y la gente española pereceria de ambre y los naturales serian destruidos;* lo qual vemos por experiencia, porque dicen que si no es robando y captivando y bendiendo que no nos podemos sustentar, y así ogaño se ha hecho más daño que en todos los años atrás..... Cualquier soldado que sale, á doquiera que vaya (ó la mayor parte de ellos), que sea caudillo de tres ó quatro españoles, ha de robar de camino algún pueblo ó pueblos, y no se pone remedio en ello, y dan la escusa:—¿Qué tengo de hacer? ¿Hélos de ahorcar á todos?»—Carta del Padre Martín de Rada al Virrey de Méjico, fechada en Panay á 21 de Julio de 1570.— Arch. de Ind., Indice n.° 4, doc. n.° 15.

En otra fechada en Manila á 10 de Agosto de 1572 dice al propio Virrey, que ya no se abusa tanto de los indios, si bien las cosas van con mucha tibieza. Nótese que aún vivía Legazpi. Id. Id., doc n.° 42.

Finalmente en la que escribe al mismo en 1.° de Junio de 1573, cerca de un año después de la muerte del Adelantado, le dice: «Cada día se hacen muchos agravios, y hay tan poca enmienda y castigo agora como en tiempo del Adelantado; *antes le lloran los indios al pasado, que harto más padre se les mostraba quel de agora.*» Id. Id. doc. n.° 43.

vando á cabo una obra de imponderable transcendencia, desde el punto de vista de la dominación ó conquista del gran Archipiélago, y mucho se equivocaría quien creyese que la influencia del Misionero se contraía á lo puramente espiritual; pues sus enseñanzas eran lazos de oro con que el indio quedaba suavemente ligado á España. Sin gramáticas, ni diccionarios dominaron aquellos apostólicos varones, primero la lengua visaya, que era la usual (y lo es todavía) en Cebú, y después las otras cuatro ó cinco que se hablan en el Archipiélago, sin contar ahora innumerables dialectos. Con las primeras nociones del visaya emprendieron su labor apostólica. (1) Después de la sobrina de Tupas, de cuyo bautismo queda hecha mención, hablan las relaciones contemporáneas de la conversión del mozo Camotuan, á quien conocen nuestros lectores, por haber figurado entre los amigos más ó menos sinceros de los españoles, desde la entrada de éstos en Cebú. Camotuan era una adquisición

(1) No fué grande el número de los bautizados durante los cinco primeros años (1565-1570), y se comprende: no querían los Misioneros que se repitiera lo ocurrido en tiempo de Magallanes en la propia isla de Cebú, con sacrílego escarnio del Sacramento del Bautismo, es á saber: que, no más abandonar el puerto los españoles se olvidaron los cebuanos del sagrado carácter de cristianos, que habían recibido en el Bautismo, y es ocioso añadir que cuando volvió Urdaneta no halló ni el más remoto indicio de que jamás se hubiera convertido ninguno de ellos. Fueron, sí, depositarios, pero inconscientes, de la Imagen del Niño Jesús; y lo tenía un esclavo, metido en una arca. Además, hasta bien entrado el año de 1570 nadie supo en Cebú si el Rey optaría ó no por la conquista y colonización del Archipiélago, razón por la cual nadie tampoco se atrevía á tomar resoluciones definitivas. Por otra parte no era posible que los misioneros, conocedores de las ideas de Urdaneta (que como sabemos, sostuvo siempre la ilegitimidad de la conquista por los españoles y la consiguiente injusticia que se cometía con Portugal), las olvidaran tan fácilmente, y mucho menos un P. Rada, capaz, como tal vez nadie en España, de razonarlas y fundamentarlas por sí mismo. Finalmente, por mucho que les espoleara su celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, los Misioneros eran pocos en número: tres quedaron en Cebú al volver á Méjico Urdaneta con Aguirre; el P. Gamboa, que no tuvo un día de salud, nada pudo hacer, y murió á bordo, al volver á Méjico en 1567. A su vez el P. Herrera empleó buena parte del tiempo en viajes y comisiones que le diera Legazpi. Quedaba el P. Rada, encariñado siempre con la idea de establecer misiones en China, y muy poco satisfecho de la manera cómo se llevaban los asuntos de Filipinas, amén de sobrarle en Cebú, donde permaneció los cinco primeros años, campo para ejercitar su celo, ora catequizando á los naturales á su sabor—y no se contentaba con un ligero barniz de doctrina cristiana,—ora atendiendo á las necesidades espirituales de los españoles, á dirimir sus contiendas, á apaciguar díscolos ó impacientes, que abundaban en la misma proporción que faltaban los medios de subsistencia, y á esclarecer dudas y servir de luz y ejemplo á todos. Hé aquí por qué fué escaso el número de los bautizados durante los cinco primeros años de permanencia de los españoles en Cebú.

en todos los sentidos: sus palabras sonaban á oráculo en los oídos de los indios, sobre los cuales ejercía decisiva influencia. Natural de la isla de Borneo, dedicado al comercio desde temprana edad, conocedor de hombres y de cosas, no pudo menos de admirar la vida santa y austera de los misioneros: su pureza de costumbres, su mortificación, sus sólidas virtudes, le aficionaron al trato y amistad con ellos, para someterse bien pronto á su doctrina, con obras más que con palabras enseñada. De ahí su conversión y bautismo, y la de su mujer y sus dos hijos. Con tal motivo el Gobernador le favoreció y honró: el Maestre de Campo fué su padrino, y todo el campo celebró este hecho con gran regocijo. Todavía se resistió algo el reyezuelo Tupas; pero se desengañó al fin, desechó todas sus prevenciones y pidió el santo Bautismo. No se precipitó el P. Herrera en administrárselo; (1) quiso probar su constancia, y viéndola patente en los ruegos y tenor de vida del neófito, le bautizó, siendo padrino el mismo Gobernador y po-

---

(1) Debemos encerrar, aunque sea en breves notas, las vidas de los primeros misioneros Agustinos, hermanos y súbditos de Urdaneta y herederos de su espíritu, que tan eficazmente contribuyeron á la conquista de Filipinas. El más caracterizado de ellos fué el P. Diego de Herrera, natural de Recas, Toledo, que profesó en el convento de PP. Agustinos de dicha ciudad en 1545. Después de haber ejercido el cargo de Maestro de Novicios pasó á Nueva España en 1561, y cuatro años más tarde llegó á Filipinas en compañía de Urdaneta. Al emprender éste su viaje de retorno á Méjico fué elegido Prior del convento de Cebú, y primer Provincial de la del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas en 1569. Con este carácter volvió á Méjico, y de allí otra vez á Filipinas, llevando consigo á los PP. Juan de Alba y Alonso Jiménez, siendo también portador del titulo de *Adelantado de las Islas de los Ladrones* para Legazpi y de la autorización real para que éste repartiese encomiendas entre los conquistadores más beneméritos, juntamente con las órdenes más oportunas para que se prosiguiera la conquista y colonización del Archipiélago. De nuevo volvió á Méjico y de allí á España en demanda de operarios evangélicos; y cuando tornaba á Filipinas con nueve de ellos (llamábanse estos PP.: Lesmes de Santiago, Francisco Bello, Francisco Arévalo, Francisco Martínez de Viedma, Juan de Santa Cruz, Bernardino Villar del Saz, Rodrigo Núñez, Andrés Marín y Juan de Espínola), naufragó la embarcación cerca de la isla Catanduanes (hoy prov. de Albay-Filipinas), siendo todos víctimas de la ferocidad de los isleños (1576). Dícese que entre varios interesantes papeles, llevaba el P. Herrera su nombramiento de primer Obispo de Filipinas. El Ilmo. Sr. D. Fr. Manuel Grijalvo, Obispo de Camarines, levantó á mediados del pasado siglo un modesto monumento en el lugar del suceso, en memoria de tan ilustres víctimas. Ya hemos citado en el texto la carta que el P. Herrera escribió al Rey con fecha 16 de Enero de 1570. Creemos que es el *Memorial*, citado con elogio bien merecido, por el P. Gaspar de San Agustín; aunque éste lo supone de fecha posterior. Lo conservamos inédito. Era el P. Herrera religioso de gran virtud, celosísimo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, santos ideales que le impulsaron á tantos y tan grandes sacrificios, sin excluír el de su propia vida.

niéndole por nombre Felipe, sin duda porque éste era el del Monarca de España. Contaba Tupas á la sazón sesenta años. A su ejemplo bautizáronse también un hijo suyo y varios primates de Cebú; y á no dificultárselo la empecatada poligamia, tan generalizada en el Archipiélago, hicieran lo mismo otros muchos de la propia isla.

El P. Rada siguió ejerciendo su apostolado en Cebú, (1) y á él

---

(1) Nació el P. MARTIN DE RADA en Pamplona el día 20 de Julio de 1533. Fué su padre D. León de Rada, *del Consejo real de Navarra y su linaje, una de las doce familias de los ricos-hombres de aquel reino.* (P. Jerónimo Román: *Repúblicas del mundo).* Estudió primero en París y luego en Salamanca, en cuyo convento de Agustinos vistió el sagrado hábito. Algún tiempo vivió en el convento de Toledo, y muy joven todavía pasó á Méjico. Presentado por Felipe II para el Obispado de Jalisco, prefirió á la dignidad episcopal su cualidad de misionero, y como tal se embarcó con Urdaneta para Filipinas en 1564. Prior del convento de Cebú en 1569, y Provincial tres años más tarde, en cuanto dejó de serlo (1575) pasó á China con el P. Jerónimo Marín. Como hacía mucho tiempo que abrigaba estos deseos, preparóse muy de antemano, estudiando la lengua del Celeste Imperio con un natural del mismo, á quien había retenido á su lado en Cebú; y aunque sólo permaneció algunos meses en China, en su afán de acopiar muestras del movimiento literario de aquel país y de dar á conocer su historia, que todavía era un enigma para los europeos, hízose con *más de cien cuerpos* (tratados) *de diversas materias, algunos de los cuales eran impresos en China* QUINIENTOS AÑOS *antes*, como escribe el P. Juan González de Mendoza, el cual añade que de dichos tratados formó él su celebradísima *Historia..... de la China.* Poco tiempo permaneció en Manila y emprendió nueva excursión al Celeste Imperio, acompañado del P. Alburquerque; mas los fementidos chinos que los conducían, después de azotarlos cruelmente, los dejaron amarrados á sendos árboles en inhospitalaria playa filipina, en la punta de Bolinao (Luzón), donde los halló el sargento español Morones, á quien debieron providencialmente la libertad y la vida. Finalmente, en una excursión á Borneo, murió á bordo de la nao en que volvia á Manila. Sería preciso escribir un libro para hablar de la austeridad de su vida, de sus preclaras virtudes y de su asombroso genio científico. A él le debemos: I—De recta hidrographiæ ratione. II—*Geometría práctica,* siete libros en romance.—III —Muchas tablas astronómicas, por él inventadas.—IV—*Vocabulario y Arte de la lengua cebuana.*—V—*Diccionario y Arte de la lengua china.*—VI—*Un breve tratado* de las antigüedades, rítos y costumbres de los chinos, de que nos habla el P. Jerónimo Román *(Repúblicas del mundo),* y que pudo servir de base al citado P. González de Mendoza para su conocido libro.—VII—*Relación* de la entrada de la China que hizo el P. Fr. Martín de Rada y Fr. Hierónimo Marín (imp. en los vols. VIII y IX de la *Revista Agustiniana,* hoy *La Ciudad de Dios).* VIII—Varias cartas, una de las cuales se imprimió en el tomo I de dicha Revista. Conservamos cuatro inéditas. Creemos que sólo se han impreso la Relación y carta indicadas: la mayor parte de los restantes trabajos se perdió en vida de su autor, cosa nada extraña, dada la existencia agitadísima que llevó. Además carecía de imprenta en Filipinas y hasta de amanuenses para sacar algunas copias. Con todo aún tuvo tiempo de esparcir por Europa y América, además de los tratados que envió á los PP. Jerónimo Román y Juan González de Mendoza, otros varios que enderezó á Felipe II, á D. Juan de Rada su hermano, Alcalde mayor del reino de Navarra, y al P. Provincial de Agustinos de Méjico.

Del portentoso talento matemático y del intenso amor del P. Rada á las ciencias exactas y sus aplicaciones, son buen testimonio los tratados arriba indicados; pero á

debió, lo mismo el pueblo, que una gran parte de la isla de este nombre, el conocimiento de la Religión verdadera. Es también obra y mérito singular del P. Rada el haber contribuído con sus enérgicas protestas y representaciones contra todo linaje de abusos, á que la conquista de todo el Archipiélago magallánico en general se efectuase con tal moderación y respeto á la justicia, de que no hay ejemplo en la Historia. Claro es que, siendo obra de Legazpi, cuyo espíritu y proceder hemos defendido, esa conquista hubiérase distinguido siempre por lo apacible y humanitaria; con todo ¿quién duda que las amonestaciones y constantes advertencias de persona tan caracterizada como aquel celosísimo misionero serían parte para obligar á los transgresores á contenerse dentro de los límites de su deber? Es de advertir además, que los misioneros, como PROTECTORES NATOS del indio, tenían expedito el camino para recurrir al Virrey de Méjico, superior jerárquico inmediato del Gobernador general de Filipinas; y á él informó el P. Rada, exponiéndole con apostólica libertad sus quejas, á ciencia y paciencia del propio Legazpi; y ya se deja comprender lo que esto contribuiría á que disminuyeran los abusos, y á que se reprimiesen con rapidez y energía por quien, además, siempre estuvo animado de los mejores deseos á favor de los naturales. Y el P. Rada (digámoslo también, pues viene al caso) ha tenido tantos imitadores de su conducta como misioneros ha habido en Filipinas; ellos han sido en todo tiempo los más decididos defensores del indio contra todo linaje de atropellos, que no infrecuentemente osaban cometer empleados poco escrupulo-

---

mayor abundamiento los tenemos en sus centemporáneos y en las afirmaciones del mismo. Efectivamente, el capitán Juan de la Isla, haciéndose eco de la voz común, dice de Rada que es un *grandísimo arismétrico, geométrico* y astrólogo, tanto que quieren decir que es de los mayores del mundo. (T. núm. 3, pág. 242-243.) Juan Martínez, que asimismo le conoció y trató en Cebú, escribe de él (Id. pág. 472): *Tenemos acá la flor y fénix de España en las matemáticas artes, que es un Frai Martin de Herrada, el cual ha verificado muchas cosas que á los españoles eran ocultas, como andando el tiempo se sabrá.* Urdaneta, á su vez, le llama *buen matemático é astrólogo é cosmógrafo é* MUY GRAN ARISMÉTICO, *hombre de claro entendimiento. (Parecer* sobre la situación de Filipinas.) Hasta el mismo P. Rada, de cuya austera virtud todos se hacen lenguas, decia en carta al Provincial de Méjico que recibiría como un favor ó merced que le mandase escribir sobre cualquiera materia, singularmente de matemáticas, *porque entiendo,* añadía, *que para ello me dió el Señor particular habilidad é inclinación, aunque falto de libros.* Quien conozca algo de la quietud y sosiego que exigen estudios semejantes, y se fije en que Rada vivió sin momento de reposo ni calma, comprenderá el singular mérito de sus obras científicas.

sos. (1) Como que si muchos de estos se han revuelto airados contra los frailes no ha sido por más altas razones que por haber hallado en ellos un dique á sus demasías. Conviene que no olviden esto ciertos elementos que quieren seguir formando en las filas de los católicos, y, sin embargo, no tienen empacho en hacer coro á los enemigos de la Religión, hablando contra la conducta de las Órdenes religiosas en el Archipiélago magallánico. (2)

Más arriba hemos indicado ya que el P. Andrés de Aguirre, (3) otro de los primeros misioneros que llegaron á Filipinas con Urdaneta, volvió con este á Méjico y á España. No habiendo vuelto al Archipiélago hasta seis años después de la muerte de Legazpi, nada pudo hacer allí dentro del período que historiamos. Finalmente, el P. Pedro Gamboa, (4) compañero también de Urdaneta, aunque

(1) Nótese que no queremos envolver en esta acusación á todos los empleados, que sería enorme injusticia. Conocemos á muchos muy probos y honradísimos que lamentaban tales excesos, lo mismo que cualquier misionero.

(2) Háse dicho que León XIII dispuso que las Órdenes religiosas saliesen de Filipinas, no más caer éstas en manos de los Estados-Unidos, y se ha aplaudido calurosamente esta supuesta disposición. ¡Lo que ofusca la pasión las inteligencias más despiertas! Precisamente el empeño de aquel gran Pontífice (digámoslo con el respeto debido), llevado hasta la terquedad, fué que de ningún modo abandonasen los frailes españoles aquel Archipiélago, y les obligó á que hicieran enormes sacrificios pecuniarios, obligándoles á permanecer allí, cuando, desposeidos de todo, no contaban con medios de subsistiencia y era carísima la vida en Manila.

(3) Era vizcaíno (no se dice de qué pueblo ni en qué fecha nació), y supónese que profesó hacia 1530 en el convento de San Agustin de Salamanca. Discípulo de Santo Tomás de Villanueva, que le envió á Méjico en 1536, dió muestras de serlo muy aprovechado en ciencia y en amor al prójimo; porque después de haber predicado el Evangelio á los indios mejicanos con celo ardiente y gran provecho espiritual por espacio de veintiocho años, siendo Prior del convento de Jotolapa se inscribió en el número de los misioneros de Filipinas, á donde llegó en 1565. Volvió á Manila en 1578 al frente de una misión de nueve religiosos, y ejerció allí el cargo de Prior del convento de Manila y el de Provincial, y de nuevo fué comisionado para que pasase á España á gestionar asuntos de la Provincia. Diez años tardó en esta excursión, y otra vez le encontramos en Manila, ejerciendo el cargo de Prior de aquel convento en 1593, en cuyo mes de Septiembre entregó su alma á Dios. Calcúlase que anduvo 25.000 leguas, gran parte de ellas en edad muy avanzada. Los que no se pueden calcular son los sacrificios que suponen tan prolongados viajes con los molestísimos medios de locomoción de aquella época, todo por amor á Dios y al prójimo.

Escribió: I—*Defensa de los derechos y privilegios de los religiosos misioneros de Filipinas.*—II—*Informe* acerca de la importancia de continuar los descubrimientos hacia el Poniente.—III—*Carta* al Virrey de Méjico dando noticia del descubrimiento de las islas llamadas de Armenio (Col. de Ind. 1.ª s. t. XIII).—IV—Cartas al Ilmo. Sr. Obispo de Manila (P. Gaspar de S. Agustín, *Conquistas de las I. Philip.....* 1.ª Parte, lib. III).

(4) El P. Gamboa nació en La Mata, provincia de Soria, y profesó en el convento de San Agustín de Méjico. Durante los dos años que permaneció en Filipinas pade-

animado de excelente espíritu, tuvo que limitarse á llevar en paciencia la inactividad á que le obligaban sus continuos achaques.

Hemos dicho ya que en 1569 llegaron á Cebú los PP. Juan de Alba y Alonso Jiménez, varones entrambos de espíritu apostólico. El primero de ellos salió bien pronto á evangelizar las rancherías de las márgenes del río Araut (isla de Panay), y allí fundó los pueblos que poco después se llamaron Dumangas y Otón, y recorrió de punta á cabo aquella isla, sin medio alguno especial de locomoción, á pié siempre, á pesar de los enormes obstáculos que le oponía la vegetación tropical, con un sol de fuego, capaz de aniquilar en pocas horas los organismos más robustos, y el suyo no debía de serlo mucho á los setenta y tres años de edad como contaba á la sazón. Humanamente no es posible darse cuenta de estas maravillas, que se repetían allí donde había un misionero; pero la gracia divina suplía con creces la debilidad humana, y el P. Alba preparó en brevísimo tiempo una cristiandad tan numerosa como ferviente. Y es de notar lo que él mismo escribe á su amigo el Virrey de Méjico: „los indios, como oigan un arcabúz, huyen cielos y tierra, desamparando las casas;" (1) lo cual, si por una parte daba seguridad al misionero mientras se hallaba al amparo de la fuerza armada, dificultaba también en gran manera su acción pacífica y civilizadora.

Tal hubo de suceder al digno émulo del P. Alba, el P. Jiménez, en Masbate; pues aunque se ha dicho que este celoso padre catequizó á los habitantes de dicha isla, sabemos por una carta del propio Legazpi al Virrey de Méjico, que aquellos la desampararon al arribar á ella el capitán Andrés de Ibarra, con quien iba el P. Jiménez, el cual se trasladó inmediatamente á Albay y luego á Camarines, donde predicó el Evangelio con sorprendentes resultados. Verdad es que para ello hubo de aprender, sobre el *visaya,* el dialecto *bicol;* mas esto, poco pudo entorpecer la labor apostólica de un misionero que no mucho después dominaba también, el *tagalo,* el

ció mucho, no tanto por sus enfermedades, aunque continuas, cuanto por no poder dedicarse á los trabajos del ministerio apostólico, á que le espoleaba su caritativo celo por el bien de las almas. Viéndose inhabilitado para ellos, intentó volver á Méjico en 1567, pero murió en el trayecto con la resignación del justo.

(1) Carta inédita.

pampango, el *pangasinán* y el *ilocano,* todos los dialectos principales, en fin, que se hablan en el Archipiélago magallánico.

Y para que la conquista espiritual llevase, en lo posible, una marcha paralela á la temporal, á medida que se realizaba ésta, llegaban nuevos operarios evangélicos que condujeran á los piés de Cristo á los pueblos que iban reconociendo el dominio del Monarca de Castilla. En 1570 arribaron á Filipinas los PP. Diego Ordóñez y Diego de Espinar, y un año más tarde los PP. Alonso de Alvarado, Jerónimo Marín, Juan de Orta, Agustín de Alburquerque, Francisco Ortega y Francisco Merino. Ya eran doce los nuevos apóstoles, encargados de evangelizar el Archipiélago filipino, pocos, ciertamente, habida cuenta de la extensión del territorio en que debían operar (mayor que toda España, dividido en innumerables islas, cubiertas de espesa manigua y rodeadas de tempestuosos mares); pero, al fin, núcleo considerable más que por su número por su calidad. Fueron, pues, distribuídos sin pérdida de momento conforme lo exígían las circunstancias: Diego de Espinar y Alonso de Alvarado acompañaron al capitán Salcedo en la pacificación de los varios pueblos que había desde Manila á la laguna de Bay: llevaban la consigna de evitar ofensas de Dios y atropellos y desafueros contra los naturales, y muy bien debieron de cumplir con su cometido (á veces con grave peligro de sus vidas), pues veinte años más tarde se abrió información oficial, á petición del P. Antonio Serrano, sobre este y otros asuntos en que intervinieron los misioneros Agustinos, y como mérito singular de los mismos se consigna su intervención en aquellas conquistas. El P. Marín fué destinado á Cebú, para ayudar al insigne P. Rada en sus trabajos apostólicos, mientras Juan de Orta pasó á Camarines como cooperador del ya mencionado P. Jiménez, y el P. Merino quedó en Araut al lado del P. Alba; los cuatro restantes (Ordoñez, Alvarado, Ortega y Alburquerque) fueron con el P. Herrera, jefe y caudillo de todos, á Manila, para ocurrir á las necesidades espirituales de la futura capital de la colonia y de las conquistas que por aquella región se hacían á todo andar.

Debe hacerse aquí particular mención del P. Herrera, sucesor del P. Urdaneta en la dirección de la reducida comunidad que formaban los primeros misioneros, y heredero de su espíritu, que si no evangelizó personalmente en determinada región del Archipié-

lago, fuera de Cebú, donde administró el primer bautismo, fué porque sus prolongados y penosísimos viajes no le dejaron tiempo ni vagar para ello. Él fué quien, á costa de sacrificios sin cuento, organizó las misiones, proporcionándose personal y elementos necesarios; él, pues, hablaba por boca de cada uno de los misioneros, á él le cabía el mérito de sus triunfos, y corona suya era aquella cristiandad formada con tantos desvelos y con tan ardiente solicitud, á la vez que obra del celo, de las lágrimas, de las penitencias y sacrificios de todos los misioneros, que de esta suerte obtuvieron del Padre celestial la abundante lluvia de gracias, que sobre atraer suavemente á la grey cristiana innumerable multitud de almas, hacía germinar, florecer y fructificar las más hermosas virtudes, allí donde poco antes sólo se producían espinas y abrojos de abominables vicios.

Y nótese de paso una cosa digna de profunda consideración: los misioneros no fueron sólo beneméritos de la Iglesia, como fundadores de una cristiandad floreciente en aquellas remotísimas islas, sino también los *principales conquistadores* de las mismas entonces, y los sostenedores siempre de la autoridad y prestigio de España en el Extremo Oriente. Por eso escribía hace ya cerca de un siglo D. Tomás Comyn: „Estos (los misioneros) fueron los verdaderos conquistadores; los que sin otras armas que sus virtudes se atrajeron las voluntades, hicieron amar el nombre español, y dieron al Rey, como por milagro, dos millones más de vasallos sumisos y cristianos: estos fueron los legisladores de las hordas bárbaras, que habitaban las islas de este inmenso Archipiélago, realizando con su suave persuasiva los prodigios alegóricos de Anfión y Orfeo.“ (1)

Todavía dentro del período que historiamos celebraron nuestros misioneros nuevo capítulo, porque terminado el provincialato del P. Herrera, debían darle sucesor, y porque los rapidísimos y profundos cambios que se operaban en la colonia exigían una nueva organización de la naciente Iglesia, adaptada á las exigencias del momento. El egregio P. Rada fué elegido Provincial, y se fundaron, además de la de Cebú, las casas religiosas de Manila, Tondo, Otón, Lubao, Betis, Columpit y Mindoro, á manera de centros es-

(1) *Estado de las Islas Filip.* en 1810, cap. XIV.

tratégicos de donde poder esparcir la semilla evangélica, y acudir, en la forma posible, á las necesidades espirituales de la nueva cristiandad; (1) y como viesen aquellos celosísimos misioneros que por mucho que se multiplicaran con su celo y actividad, que realmente fueron pasmosos, no podían atender como deseaban á los inmensos territorios que se iban conquistando, dispusieron que el P. Herrera volviese á España á informar al Rey de cuanto en el Archipiélago ocurría, y al propio tiempo en demanda de nuevos operarios evangélicos, tanto Agustinos como de las demás Órdenes religiosas, con cuya ayuda llevar á feliz término aquella magnífica y apostólica empresa. Y la empresa se realizó: primero los hijos de San Agustín, á seguida los de San Francisco, luego los de Santo Domingo y San Ignacio, y, finalmente, los Agustinos recoletos, rama lozana del generoso árbol cuya savia seguía alimentando á los primeros misioneros de Filipinas; todos lucharon como buenos, todos emplearon su fervor religioso, su caudal científico y hasta su valor patriótico en formar del gran Archipiélago una cristiandad floreciente y una colonia que venía á constituír florón espléndido de la corona de Castilla. Sería para nosotros tarea gratísima la de reseñar la serie incontable de privaciones y sacrificios, de esfuerzos y desvelos constantes y hasta martirios generosamente padecidos por tanto misionero ilustre, si el carácter de este libro no nos lo vedara; y sólo añadiremos como corolario de cuanto llevamos dicho, que todas esas grandezas arrancan del ardiente celo religioso y del genio científico del grande Urdaneta, el cual, cuando España, aterrada con las tremendas catástrofes en que inútilmente prodigó vidas y tesoros, no osaba emprender nuevas aventuras por temor á los espantables furores del mar, por antrífasis Pacífico, que nos cerraban las puertas del Extremo Oriente, no sólo infundió en todos, del Rey abajo, nuevos alientos, sino que anciano valetudinario, se lanzó con sublime audacia á realizar su pensamiento, que se conceptuaba ensueño de imaginación calenturienta; y más aún: cual si la nao por él dirigida hubiera dejado estela imborrable y luminosa, por ella navegaron con admirable seguridad cuantos después de él surcaron aquel mar temeroso, punto menos que como si fuera tranquilo y apacible lago.

(1) Poco después fundó el mismo P. Rada las casas de Taal, Bay, Panay y Dumangas.

Apéndice núm. 1.

«Relación del viaje de la Armada del Comendador G.ª de Loaisa á las Islas de la Especería ó Molucas en 1525, y sucesos acaecidos en ellas hasta el de 1535 por el Capitán Andrés de Urdaneta.»

(M. S. de 59 fojas, en folio, enumeradas en el ángulo infero exterior.—Buena letra. Va encuadernada con otra relación anónima, en un códice rotulado: *Relación de Indias,* en cuyo folio 17 empieza.—*Biblioteca de Palacio.*

Lunes á diez y siete del mes de Julio de 1525 años partimos de la ciudad de la Coruña para las islas de Maluco, donde nasce el clavo de jirofle, con siete navíos, y en ellos cuatrocientos y cincuenta hombres, poco más ó menos, y los navíos bien armados, así de artillería como de munición, como de otras muchas armas. El Capitán General é capitanes y oficiales generales de la dicha Armada son los siguientes: el Comendador Frey García de Loaisa, de la orden de Rodas, Capitán General de la dicha Armada y Gobernador de las Islas de Maluco y de sus marcaciones, el cual iba en la nao Capitana, de porte de trescientos y cincuenta toneles; Juan Sebastián del Cano, natural de la villa de Guetaria, Capitán de la segunda nao, nombrada Santispíritus, de doscientos y cinco toneles; Pedro de Vera, Capitán de la tercera nao, nombrada La Anunciada, de porte de doscientos toneles; D. Rodrigo de Acuña, Capitán de la cuarta nao, nombrada San Gabriel, de porte de ciento cincuenta toneles; D. Jorge Manrique, Capitán de un galeón nombrado Santa María del Parral, de porte ochenta toneles; Francisco de Hoces, Capitán del otro galeón, nombrado San Lesmes, de porte ochenta toneles; Santiago de Guevara, Capitán de un Patax, nombrado Santiago, de porte de cuarenta toneles; Alonso de Solís, Tesorero General; Alonso de Tejada, Contador General; Diego de Covarrubias, Factor General.

Partidos de la ciudad de la Coruña, comenzamos á hacer nuestro camino para las islas de Canaria, y miércoles, á dos días del

mes de Agosto, surgimos en la isla de la Gomera, la cual dicha isla es una de las islas de Canaria. El puerto que tiene en la parte del Sur está en veintisiete grados y medío. Anduvimos en esta dicha isla tomando leña y agua y carnaje y atavíos, hasta Nuestra Señora de Agosto.

Lunes, víspera de Nuestra Señora de Agosto partimos de la dicha isla de la Gomera, é al tiempo que nos hicimos á la vela faltaron de acudir algunos soldados, los cuales quedaron en tierra, é nosotros comenzamos á hacer nuestro camino al Sur, para ir por el Estrecho de Magallanes. Viernes, á veintiocho días del mes de Agosto del dicho año, yendo á la vela con viento próspero, en altura de veinte grados é un tercio, veinte leguas del Cabo Blanco, se rompió el arbol mayor á la nao Capitana en poco más bajo que el carces, é de la nao Santispíritus, donde yo iba, el Capitán Juan Sebastián del Cano envió dos carpinteros con esquife para adobar el dicho mastel, y envió el esquife con mucho riesgo, porque la mar andaba muy brava, é dende este dicho día hasta el lunes siguiente á la tarde que se acabó de adobar el dicho mastel, andovimos todas las naos con los trinquetes. Sábado, veintinueve días del dicho mes, con un aguacero embistió la nao Capitana al galeón de D. Jorge Manrique, nombrado Santa María del Parral, é rompió é deshizo al galeón toda la popa.

Martes á cinco de Setiembré del dicho año, yendo nuestra derrota al Sueste, en altura de seis grados y treinta y seis minutos, cincuenta y cinco leguas de la Sierra Leona, Les-Nordeste-Sueste, descubrimos en la mar una nao portuguesa, que venía de la isla de San Tomé, cargada de azúcares y negras, é pensando que era nao francesa, comenzaron á ir todas las naos tras ella, porque en este tiempo había guerra entre Castilla y Francia; é Santiago de Guevara con el patax que andaba muy bien, se adelantó de las otras naos. En este tiempo el Capitán General, viendo que perdíamos camino, porque la nao portuguesa se fuía cuanto podía, mandó que nos pusiésemos á la relinga, y mandó que tirasen dos tiros para que tornase el patax que iba alejado. D. Rodrigo de Acuña con la nao San Gabriel y Santiago de Guevara con el Patax, no curaron sino seguir su camino, no sé si por no oir los tiros, ó por complir su apetito; así fueron todavía en su alcance de la nao portuguesa; y el patax, que andaba mucho, la alcanzó é hízola amainar, é reco-

nociendo que eran portugueses, rogóles que se llegasen á hablar con el Capitán General, y ellos hicieron así. Viniendo á la vuelta de nosotros, toparon con don Rodrigo, mandó t(rar un tiro á la nao portuguesa, para que amainase, é los portugueses no curaron de amainar, diciendo que iban al Capitán General para hacer lo que les mandase, y el dicho don Rodrigo les mandó dar voces para que amainasen ó que les echaría á fondo. Viendo tan gran descomedimiento, el capitán Santiago de Guevara dijo al don Rodrigo que estaba maravillado de su merced, viniendo la nao portuguesa en su compañía, rendida para el Capitán General, querer usar tan mal; é de aquí trabáronse en palabras los dichos dos capitanes hasta desafiarse, y estuvieron para lombardearse el uno al otro. A la misma noche se juntaron los dichos dos navíos nuestros é el de los portugueses con nosotros, y el capitán de la nao portuguesa fué el otro día por la mañana á la nao capitana, y el Capitán General le hizo mucha honra, y escribió para España con él. Así se fué su camino la dicha nao portuguesa, é nosotros comenzamos á navegar por nuestra derrota.

Miércoles, á seis días del dicho mes nos comenzó á escasear el viento que se hizo sin (sic), é navegamos al Esueste hasta el jueves siguiente á la tarde, que hicimos otra vuelta é caminamos al Oeste cuarta del Sudoeste, hasta el viernes que tornamos otra vuelta, é caminamos al Es-Sueste. Desde el viernes al mediodía que hicimos otra vuelta, hasta el sábado siguiente, caminamos al Este-Sudoeste y al Noroeste y al Oeste cuarta del Noroeste. Desde el sábado siguiente á nueve del dicho mes, hasta el domingo siguiente caminamos al Oeste cuarta del Noroeste. Este día se tomó el altural del sol en seis grados diez y nueve minutos de la banda del Norte, y estábamos de la Sierra Leona setenta leguas al Noroeste della. Todos estos días nos hacía el viento contrario, y después quedamos en calmerjas muy grandes, que en mes y medio no anduvimos más de ciento cincuenta leguas.

Domingo, á quince días del mes de Octubre, descubrimos la isla de San Mateo, y estaríamos á diez leguas della; dende este dicho día hasta el viernes siguiente, anduvimos volteándonos, no pudiendo tomar la dicha isla, y el viernes siguiente, á veinte días del dicho mes, surgimos en esta dicha isla de San Mateo las seis naos: el patax no pudo llegar á surgir, porque no podía barloventear tanto

como nosotros, que iba muy sucio, lleno de porcebes é yerba, que fué necesario que D. Pedro de Vera, con la nao Anunciada fuese por el patax, para que, dándole un cabo por popa, le trujese al surgidero donde estábamos con las otras naos, lo cual sehizo así. En esta dicha isla echamos el patax en seco para le limpiar é le recorrer y se le hizo vela redonda, porque traía primero de (bulo) unlo, é asimesmo percintaron las velas de las naos para fortificarlas. Hecimos el aguada é leña. Esta dicha isla estaba de la línea en dos grados y medio de la banda del Sur. Córrese con la Gomera, digo, con el Fierro Norueste-Sueste. Quedan del Norte-Sur montes é valles. Tiene por conoscimiento esta isla que es alta y viniendo por la parte del Norte, en la derrota del Es-Sueste, tiene hacia el cabo del Oeste della dos isletas, la una mayor que la otra; y viniendo en esta derrota se facen en uno con la isla mayor, y en la canal de ellos y la isla de San Mateo no hay paraje para nao, que no hay sino una braza y braza y media; y de la parte de Oeste, junto al cabo de la isla, se hacen cuatro escuellos, que de ellos parecían velas, y es tierra muy alta é montuosa: tiene buen paso. Está de San Mateo el cabo de los palmos al Nor-Noroeste, á doce leguas.

En esta isla de San Mateo hay de la parte del Este, cerca de estas dos islas, buena aguada é hay mucha pesquería de muy buenos pescados é tugas, é hay naranjas muy buenas y muchas palmitas. También se hallaron algunas gallinas é señales echaduras de puercos, é hay muchas aves bobos, que las matábamos á palos mucha cantidad de ellas; hallábamos en las nidales muchos huevos. En esta isla se pescó un pescado en la nao capitana muy fermoso, que llaman picuda; y el Capitán General convidó algunos de los capitanes é oficiales del Rey, y todos los que comieron de la picuda cayeron malos de cámaras, que se iban sin sentir; que pensamos que murieran; empero quiso Nuestro Criador que guarescieran todos.

Estando en esta dicha isla mandó el General hacer información sobre lo que habían pasado don Rodrigo de Acuña y Santiago de Guevara, é sacada la información, condenó á don Rodrigo en dos meses de destierro de su nao para la nao capitana, é puso entre tanto para capitán de la dicha nao San Gabriel, á Martín de Valencia, é al capitán Santiago de Guevara condenó en sueldos (sic) meses.

Asimesmo venían presos en la capitana y en las otras naos unos siete ó ocho gentiles hombres, que iban en la nao de Juan Sebastián

del Cano, por cierta información que contra ellos había dado el capitán Juan Sebastián al Capitán General: dijo que se habían querido amotinar contra él, y estando el Capitán General determinado de mandarles dar trato de cuerda para hacerles confesar la verdad, quiso Dios que la noche antes garró la nao Santispíritus de que era capitán Juan Sebastián del Cano, de tal manera que le fué necesario hacerse á la vela; é como el General vió aquello, é viendo quel capitán de la dicha nao con el batel y con alguna gente estaba en la nao capitana, acordó de hacerse á la vela con todas las otras naos é así quiso Dios y ayudamos á las otras naos en la mar, é tomamos á nuestro Capitán é comenzamos á hacer nuestro viaje. La dicha isla de San Mateo es muy montuosa; terná de box cinco leguas y es despoblada, é hallamos dos cabezas de hombres muertos, y en un árbol escritas unas letras en portugués que decían: *Aqui moreo el desditado de Juan Ruyz, porque lo mereszao.* Partió el Armada de esta dicha isla de San Mateo viernes á tres días de Noviembre; é como se juntaron con nosotros, hubieron su consejo lo que se debía hacer en la navegación por ser los tiempos contrarios, é quisieran de ir por Cabo de Buena Esperanza; é porque tan mal tiempo hacía para ir allá como á este dicho, así determinaron de seguir la vía del Estrecho, é á cabo de cinco días que partimos de San Mateo, nos dió viento largo é bueno para nuestro viaje.

En todo este golfo, desde que pasamos á Cabo Verde había mucha pesquería, é cada día víamos una cosa ó pesquería la más fermosa de ver que jamás se vió; y es que hay unos peces mayores que sardinas, los cuales se llaman voladores, por respecto que vuelan como aves en aire, bien un tiro de pasamano, que tienen alas como casi de murciélago, aunque son de pescado, y estas vuelan y andan á manadas; y así hay otros pescados tan grandes como toninos, que se llaman albacoros, los cuales saltan fuera del agua bien longura de media nao, y estos siguen á los voladores, así debajo de la agua, como en el aire, que muchas veces víamos que, yendo volando las tristes de las voladores, saltando en el aire, los albacoros las apañaban, é asimesmo hay unas aves que se llaman rabihorcados, los cuales se mantienen de los peces voladores que cazan en el aire; que muchas veces los voladores, aquejados de las albacoras y de otros pescados que les siguen, por guarecerse vuelan donde topan luego con los rabihorcados, é apañan de ellas; de

manera que, ó de los unos ó de los otros siempre corren los voladores, é venían á dar dentro en la nao, y como tocaban en seco no se podían levantar, é así los apañábamos.

Martes á cinco días de Diciembre vimos tierra que llegamos á tres leguas de ella, y era una tierra llana la ribera, é dentro, á la montaña, había algunas sierras altas é había treinta brazas de fondo. Yendo á luengo de la costa llegamos en drecho (sic) de una montaña alta, sola, cerca de la mar, y es alta de medio, é iba abajando para la una banda, y la otra iba haciendo unos cabezas para abajo, hasta llegar á lo llano. Llámase la montaña de San Nicolás; está en veintiun grados.

Jueves, á veintiocho de Diciembre, á la tarde, yendo en nuestra derrota por el Estrecho, á luengo de la costa nos cargó mucho tiempo contrario, é no pudiendo sufrir velas, corrimos solamente con los papahigos de los trinquetes, hasta otro día, que hallamos de menos á la nao capitana, porque nos habíamos desderrotado della. Anduvimos, después de pasado la fortuna, dos días en busca della, volteando de una parte á otra, é nunca la podimos devisar, é pareciéndonos que sería ida adelante, comenzamos á navegar hacia el Estrecho para el río de Santa Cruz, porque tenía el General mandado que si unas naos de otras se derrotasen, entrasen en el dicho río y esperasen allí tantos días.

Sábado á la noche, á treinta del dicho mes, se apartó la nao San Gabriel de nuestra compañía, é quedamos las otras cinco, y á los doce días de Enero llegamos en el abocamiento del río de Santa Cruz, donde se juntaron en la nao Santispíritus todos los capitanes é oficiales, é acordaron que sería mejor, que las naos fuesen derechas al Estrecho sin entrar en Santa Cruz; porque se recelaban; que si entrábamos en Santa Cruz podíamos detenernos ahí algunos días, y en este comedio podría cargar el invierno; por lo cual podría suceder mucho daño á la Armada, é con este acuerdo escribieron una carta para el General, haciéndole saber cómo les hallaría en el Estrecho, é mandaron al patax que entrase en el dicho río, é pusiese una cruz por señal, é al pié de ella pusiese la carta soterrada en tierra dentro de una ollica; el cual dicho patax fué luego á poner por obra lo que le mandaron, é nosotros fuimos para el Estrecho.

Domingo á catorce del dicho mes de Enero de 1526 llegamos en

un río questá antes del Estrecho, obra de seis leguas; é pensando quera el Estrecho, quisimos entrar por él, é cuando nos catamos, encallamos con las naos todas, seyendo medio juguete, é luego Juan Sebastián del Cano sacó su esquife, envió en él un hombre suyo que se llamaba Martín Pérez, que era piloto, con hasta siete ó ocho pasajeros, que entrase dentro del río á ver ciertas señales que había de haber si era el Estrecho. Siendo bajamar quedaron las naves en seco, sin ninguna agua, é después luego comenzó á crecer la marea, tanto que, antes que fuese plenamar se desencallaron las naos é salieron con ellas á la mar larga, dejando á dicho Martín Pérez, piloto, y á los otros que aún no se habían vuelto. A la verdad fué muy gran ceguera de los que primero habían estado en el Estrecho, en demás de Juan Sebastián del Cano, que se le entendía cualquiera cosa de la navegación, que en la sonda se pudía conocer muy bien. Este dicho día, á boca de noche, surgimos en el cabo de las Oncemil Vírgenes, en un bajo que allí se hace.

Este dicho día, á las diez de la noche comenzó á vientar Sudueste, muy recio, de tal manera, que después que amaneció, que creyéndonos hacer á la vela para salir afuera, no pudimos, por ser el viento muy recio, é comenzamos á garrear con cuatro anclas que teníamos echadas, porque la mar andaba tan grande, que pasaba muchas veces más alto que por la mitad del mastel, que no había hombre que se pudiese mover de á donde estaba. Los marineros desmayados, como conocían que íbamos perdidos, é los soldados no se pudiendo tener sobre los piés algunos de ellos; é el capitán Juan Sebastián, viendo que ya no se podía hacer al más de entregarnos á la ventura dando en la costa, é conociendo que era plena mar, mandó que largásemos los cables y sacasemos el trinquete, para dar con la nao á la costa, donde luego dimos; y al tiempo questo pasó andaba la mar tan grande, que pasaba por encima de las gavias; é como la nao encalló, algunos marineros é soldados, viendo que cuando la resaca volvió, toda la nao quedó en seco, comenzaron á saltar de la nao, é de diez que asi saltaron, no escapó más de uno, que la mar les alcanzó y los metió debajo de la nao: los más de ellos les hizo pedazos, y los otros se ahogaron no se pudiendo valer. Este que se salvó, le echamos un cabo á tierra, amarrado por la entena, é con la ayuda del atravesamos la entena á tierra, é por ella salimos todos con el ayuda de Dios, con harto trabajo y

peligro, bien mojados y en camisa, y el lugar á donde salimos es tan maldito, que no había en él otra cosa sino guijarros, é como hacía mucho frío, hubiéramos de perecer, sino que tomamos por partido de correr á una parte é á otra por calentarnos. Al tiempo que dimos con la nao al través serían las diez horas y alta mar. Comenzó abonanzar el tiempo y también la nao quedó en seco, por lo cual tuvimos lugar de sacar algunos bastimentos en tierra, é asi mesmo las cajas. La misma noche se tornó el viento á arreciar, é levantar la mar todo el costado de la nao, por donde sacó todo cuanto había en ella, así de mercadurías, que había muchas, como bastimentos é vinos, é duró esta tormenta hasta el martes siguiente hasta la bajamar. En todo esto la nao Anunciada é los dos galeones se tuvieron fuerte con la ayuda de Dios, é como los capitanes Pedro de Vera é don Jorge Manrique é Francisco de (Hoces) vieron que el tiempo abonanzaba, mandaron á Antonio de Vitoria, contador de la nao Anunciada, el cual era natural de Bilbao, con un batel, á saber la gente que se había escapado, é á requerir al capitán Juan Sebastián para que fuese á meter las naos dentro del Estrecho, y el Juan Sebastián, viendo que cumplía al servicio de Su Majestad y al bien de la Armada, dijo que estaba presto y aparejado para lo que sus mercedes pedían, y haciendo á la gente un razonamiento, se embarcó en el batel; é aunque el factor Diego de Covarrubias é otras personas quisieron embarcarse con él, no consintió, porque la gente que quedaba en tierra comenzó á reclamar: dijo que no consintiese que fuese con él más de uno ó dos, los que mandase, y más: le hicieron prometer que volvería por ellos cuando le pareciese tiempo, é así yo sólo me embarqué con el dicho capitán, y nos fuimos á la nao Anunciada.

Asímesmo proveyó á Martín de Islares y á otros tres compañeros, antes que se embarcase, para que fuesen en busca del piloto Martín Pérez, su hermano, y de los otros que habían quedado con el esquife en el rio Sant Alifonso; los cuales se fueron allá, y á cabo de cuatro días llegaron allá, á donde hallaron al dicho piloto é á los otros que se venían con él en el esquife. A la ida habían pasado mucho trabajo por no haber hallado agua para beber, é el piloto, viendo que la nao era perdida, acordaron (sic) de dejar el esquife, é se vinieron con el Martín de Islares por tierra.

Miércoles, á diez y siete de dicho mes nos hecimos á la vela las

tres naos para entrar en el Estrecho, y esta dicha tarde con la juguete (sic) surgimos obra de cinco leguas del boqueron más estrecho del Estrecho. En anocheciendo comenzó á aventar Sudoeste, é de tal manera comenzó á cargar hacia la media noche, que levantó la mar muy alta, que perdimos los bateles de todos los tres navíos, que los llevamos por popa. La nao Anunciada comenzó á garrar de tal manera que ya íbamos á dar al través sobre unos barrancos, á donde no podíamos escapar ninguno de nosotros, aunque fuera de día; y estando toda la gente pidiendo misericordia, llegó Juan Sebastián del Cano, é dijo á Pedro de Vera que esforzase la gente para que trabajasen en lo que les mandasen, é que, con ayuda de Dios, él escaparía la gente y la nao, si ellos quisiesen trabajar como buenos marineros, porque él tenía tomada por la aguja la punta de una playa, que estaba donde se perdió la nao Santispíritus; así, por consejo de Juan Sebastián del Cano nos hecimos á la vela con la nao Anunciada, é plugo á Nuestro Señor que doblamos el cabo de las Once mil Vírgenes con mucho trabajo, é salimos afuera á la mar larga. El jueves, en amaneciendo, corrimos hasta perder de vista la tierra, y el viernes siguiente abonanzó el viento é tornamos á entrar en el Estrecho. El sábado siguiente embocamos el boquerón é Estrecho, dentro del. A man drecha, en una bahía que se hace, hallamos los dos galeones surtos. ¡Dios sabe cuánto placer hubimos en hallarlos allí; porque pensábamos que serían perdidos, como no habíamos sabido de ellos desde el miércoles pasado!

En estando en este boquerón está toda la mar cuajada de yerbas que nacen en ella, así tres brazas y media y cuatro brazas de fondo; é si iva por la canal tiene grande fondo.

El domingo siguiente á veintiun días del dicho mes de Enero fuimos á surgir á donde estaban los galeones, donde nos recibimos los unos á los otros con mucho placer, y luego vinieron los capitanes de los galeones á la Anunciada, que eran Don Jorge Manrique y Francisco de Hoces, donde concertaron entre el capitán Juan Sebastián del Cano é el capitán Pedro de Vera y ellos, que otro día yo me partiese con media docena de compañeros á donde estaba Diego de Covarrubias, factor, con la gente de la nao Santi Spíritus, á hacerles saber cómo los tres navíos estaban en aquel puerto, é que, entrando mar adelante en otro puerto, y dejando allí á Pedro de Vera con su nao é gente, iría Juan Sebastián del Cano con los

galeones á donde ellos estaban, y los tomaría á ellos y á todo lo que se había escapado de la nao. Esta dicha tarde vimos en tierra gente, é parecía que andaban vestidos de colorado, é luego, por ver qué gente era inviamos el esquife en tierra, é hallaron que eran indios, de los cuales trajeron uno, el cual era muy grande de cuerpo, porque era más alto que ninguno de los de las naos un codo, el cual traía vestido un pellejo de cebra, y en los piés unas abarcas del mismo pellejo y en la cabeza traía unas plumas blancas de ave: el cual dicho indio, como trujeron á bordo, quedó como atónito, é nunca le podimos hacer subir á la nao, é así fué necesario que le echásemos un aparejo para meterlo dentro de la nao, é metido dentro, diéronle de comer é de beber, el cual se holgó mucho con ello, é como probó el vino, nunca más quiso beber agua. Asímesmo le dieron, entre otras cosas, un espejo, con el cual hizo tantas cosas de ver su figura dentro del espejo, que no hacía más un mono, que verdaderamente creía que algún indio estaba tras el espejo, é á veces iba muy quedito á asirle, é como no podía asirle, daba las risadas que á tiro de escopeta se oyeran. Después estuvo muy contento é bailó buen rato y hizo señas que le llevasen á tierra, é luego lo llevaron en el mismo esquife, el cual fué muy contento.

Lunes siguiente, á veintidos días del dicho mes, salí yo con mis compañeros en tierra para ir á las Once mil Vírgenes, á donde estaba la gente de la nao perdida, é salidos en tierra, hallamos luego los indios que les llamábamos patagones, obra de treinta de ellos, los cuales eran de muy grande estatura, todos en general, é como nos vieron, luego vinieron á nosotros, así los hombres como las mujeres, con sus arcos é flechas é muchos plumajes en las cabezas, é comenzáronnos á pedir de comer é beber por señas; é como quiera que llevábamos por medida el vizcocho é vino, no podimos darles cuanto ellos quisieran, aunque les dimos de lo que teníamos, é como ellos vieron que nos quedaba aún de comer, todavía acordaron de nos seguir todo aquel día, é siempre nos iban demandando que les diésemos de comer. Finalmente que á la noche desque cenamos no más quedó vizcocho ni otra cosa que comer, volviéndose luego. Otro día comenzamos andar nuestro camino, aunque no había camino, con todo íbamos por aquella tierra adelante, é á medio día comenzamos á buscar alguna agua para beber, porque hacía sol, é no hallando agua, íbamos muy sedientos, porque no ha-

bíamos bebido todo aquel día, ni menos comido, é no pudiendo hallar, repartímonos cada uno por su parte, y era tanta la sed que teníamos que los más de nosotros no nos podíamos menear, que nos ahogabamos de sed; y en esto me acordé yo que quizá me remediaría con mis orinas, y así lo hice: luego bebí siete ó ocho sorbos de ellas, é torné en mí, como si hubiera comido é bebido; é andando adelante topé con algunos de los compañeros que habían hallado un charco de agua, al rededor del cual había un poco de apio, de lo cual comimos como nos juntamos todos é bebimos del agua, é después comenzamos á caminar, é á la tarde, llegándonos á la ribera comenzamos á caminar á luengo de ella; é yendo dos horas de noche por bajo de unos barrancos, comenzó á crescer la marea en tal manera, que cuando nos catamos, nos cercó, que ni podíamos ir adelante ni volver atrás, é hacia la tierra no nos podíamos acoger por ser los barrancos muy altos, é al fin, llegandonos á la agua hasta las rodillas, é viendo que no había otro remedio, determinamos de trepar por el barranco arriba, é quiso Nuestro Señor, aunque fué con mucho trabajo, nos dió gracia para subir. Subidos arriba, dimos gracias á Dios por la merced que nos había hecho. Comenzamos á hacer fuego para asar dos patos que matamos aquella tarde é un conejo, y quiso mi dicha que tomando el fuego un frasco de pólvora, me quemé todo, que me hizo olvidar todos los trabajos é peligros pasados; é después que cenamos bebimos de la agua que llevamos, repartimos nuestras guardias por miedo de los patagones, y al mejor tiempo é sueño que dormíamos comenzaron á ladrar unos adives, que hay muchos en aquella tierra, propiamente como perros, que nos hicieron poner alarma, pensando que eran indios que nos venían á lancear, é así estuvimos toda la noche en peso sin dormir. El otro día siguiente caminamos otra vez por la ribera adelante. Este día hallamos mucha agua para beber y asímesmo unos granos, como ciruelas monteses, de que comimos, é hallamos un camino ancho, trillado por la arena, como si hubiera pasado un ejército de gente, é nunca topamos ningunos indios; y esta tarde allegamos á donde estaba la gente de la nao perdida. ¡Dios sabe cuánto placer hubieron cuando nos vieron é supieron como las naos eran en salvamento, porque se recelaban que serían perdidas con la tormenta pasada! Al tiempo que llegamos hallamos que eran venidos los que fueron á buscar al piloto, que él y los que

eran en el esquife, vinieron por tierra, dejando el esquife. Este dicho día, miércoles á veinticuatro de dicho mes de Enero llegaron en el Estrecho, dentro de la boca donde nosotros estábamos, la nao capitana é la nao San Gabriel, los cuales no sabían nada de nuestros trabajos, donde, viendo el General la nao que estaba perdida en la costa, envió al patax á saber lo que pasaba. Aquí fué el placer redoblado entre los que estábamos en tierra, viendo las otras naos llegadas. Sabido el General lo que pasaba, luego fué á la vela para ir á donde estaban las otras naos surtas. Viernes, á veintiseis días del dicho mes invió el Capitán General á Juan Sebastián del Cano al cabo de las Once mil Vírgenes con los dos galeones é el patax y el batel de la nao San Gabriel, para que recogiese su gente y todo lo que se había salvado, el cual dicho Juan Sebastián, llegando á donde nosotros estábamos, dió toda priesa para tomar muchas mercaderias é jarcias é artillería, é otras cosas que se habían escapado de la dicha nao, é después de haber tomado é cargado en los galeones todo, se embarcó toda la gente, y esta dicha noche, que fué á cinco de Febrero, entró mucho viento del Sudoeste é tanta manera, que dejando el patax metido en un arroyo con el batel de la nao San Gabriel, los dos galeones nos hicimos á la vela con la escuridad de la noche, cada uno por su parte, é nosotros con el galeón Santa María del Parral llegamos otro día junto al boquerón más estrecho é á man drecha del descubrimos un puertecico muy bueno, á donde surgimos, porque el tiempo era muy recio.

Viernes á nueve de Febrero vimos salir por el Estrecho fuera á la nao San Gabriel, al que le tiramos un tiro para que viniese á surgir á donde nosotros estabamos, el cual vino luego é surgió; y el capitán D. Rodrigo de Acuña que venía dentro en su esquife, vino luego á nosotros é dijo á los capitanes Juan Sebastián del Cano é á D. Jorge Manrique en cómo con aquel tiempo había dado la nao capitana en seco, garrando con cuatro ayustes, á donde había dado muchos golpes en seco, y el Capitén General con toda la gente en la nao se habían salido en tierra, desamparando la nao, ecepto el maestre con los marineros quedó en la nao, é que á dicho don Rodrigo había mandado que fuese á su nao é hiciese por salvarla, porque asimesmo estaba ella é las otras en mucho riesgo, é que así, viendo que no había mejor remedio que saliese fuera, había salido fuera, é que le parecía que ninguna manera escaparía la nao

capitana. El capitán Juan Sebastián, sabido esto, envió ciertos marineros buenos por tierra al General para que le ayudasen, los cuales fueron en buen tiempo, según supo después.

Sabado, á diez horas del dicho mes salió por el mismo boquerón del Estrecho la nao Anunciada, de que era capitán Pedro de Vera; é aunque les hecimos señas, no quiso venir á donde nosotros estábamos, antes fué á surgir á donde primero con la otra tormenta pasada había largado las amarras, é á la tarde desapareció de allí y nunca más la vimos.

Domingo á once de Febrero por la mañana vimos salir por el Estrecho la nao capitana, en la que venía el Capitán General con toda su gente, é después de pasada la gran furia de la tormenta, é quedó la nao en flote, tuvieron manera para sacarla fuera, haciendo echazón, aunque con mucho trabajo; é así como le vimos fué el Capitán Juan Sebastián, con el cual fuí yo á la nao capitana para hacer que surgiesen allí, que había buen lugar para echar las naos en seco, é asimesmo crecía el agua diez y siete codos, é no pudiendo llegar á surgir á dicho puerto, fuimos adelante, y el lunes siguiente surgimos en la mitad de la canal, é asimesmo vinieron á surgir al mismo lugar la nao San Gabriel y el galeón Parral. Aquí ordenaron de ir al río de Santa Cruz á adobar y aderezar la nao capitana, que hacía mucha agua, y iba muy desbaratada, é había cortado todas las obras muertas, y en todo este medio andaba muy gran tormenta, é la mar muy gruesa. Aquí se nos rompió la nao capitana la formalesa por la cruz, é una ancora, la mayor que había en la nao.

Miércoles, á catorce días del dicho mes, se juntó con nosotros el galeón San Lesmes, que había corrido con aquella tormenta hasta cincuenta y siete grados, y el jueves siguiente salimos fuera del Cabo de las Once mil vírgenes. Este dicho día dijo el Capitán General al capitán D. Rodrigo de Acuña, porque le pareció que el tiempo abonanzaba, que llegase con su nao á donde estaba el patax, é que dijese al capitán del, que era Santiago de Guevara, que si le hiciese tiempo, fuese á la bahía de la Victoria, que es donde dió los culados la nao capitana, é que cobrase cierta echazón que allá había hecho, y que con todo ello viniese al río de Santa Cruz; también tomase su batel, que estaba á donde el patax. El capitán don Rodrigo respondió que no hacía tiempo para ir allá por causa

del mucho viento que ventaba é gruesa mar que andaba: el General le tornó á mandar que fuese allá, y don Rodrigo se escusaba de ir, hasta que dijo al General, que á donde él no se quisiese hallar que no le mandase ir. El General le dijo muy enojado, que tornase allá, que así cumplía, porque el patax no nos había visto al salir é podría desgarrarse por ahí adelante, no sabiendo de nosotros, é también no había más batel que el de la nao capitana, por haberse perdido los otros; y pues el suyo estaba donde el patax, que convenía que lo tomase. En esto dijo el D. Rodrigo, que pues ansí mandaba, que él se iría; así hizo otra vuelta para volver allá, al cual más nunca le vimos.

Sábado, á diez y siete del dicho mes, entramos en el río de Santa Cruz la nao capitana y los dos galeones, é surgimos obra de cinco leguas arriba, donde luego comenzamos á descargar la nao para la echar en seco, porque era tanta el agua que hacía que con dos bombas teníamos que hacer en tenerla sobre el agua.

Sábado, á veinticuatro de dicho mes, pusimos en seco la nao capitana con aguas vivas, é hallamosle quebrado todo el codaste é tres brazas de quilla, y en cinco mareas le adobamos lo mejor que podimos con tablas y con grandes planchas de plomo é cintas de fierro.

Domingo á once de Marzo llegó el patax al dicho río de Santa Cruz, donde nos dijeron los que venían en él, que D. Rodrigo de Acuña había llegado dó ellos estaban en las Once mil Vírgenes, y quel capitán del patax le envió su batel con catorce hombres, los más de ellos de la nao Santispíritus, con algunos del mismo patax, y que, en tomando el batel, luego se hizo á la vela, é que no sabían más del. Luego se creyó que se había alzado D. Rodrigo, é por el consiguiente Pedro de Vera, ó se habría perdido, pues había tanto tiempo que no parecía. El Pedro de Vera no llevaba batel: no sabemos si cobró las amarras ó los ancoros (sic) que largó en trecho de los barrancos; de manera que, de siete naos que eramos faltáronnos las tres mayores después de la capitana, é quedamos la nao capitana é los dos galeones y el patax.

Estando en este río se hizo un batel con cierta madera que llevábamos para hacer un bergantín, el cual se dió á Santa María del Parral, el cual y el otro galeón también se pusieron en seco é se corrieron é deserbaron, é por el consiguiente el patax; é San Les-

mes quedó ocho días que no le pudieron sacar de donde lo habían puesto en seco por falta de agua, á cabo de los cuales con las aguas vivas se sacó.

Obra de dos leguas de la barra dentro en el río está una isleta pequeña, á donde salen del agua muchos leones marinos é muchos patos que no pueden volar, é un día acordaron de ir á ellos cuarenta compañeros en batel, por ver si podríamos matar algunos, los cuales hallamos salidos del agua en la ribera al sol, que serían bien ciento dellos; é oímoslos estar bramando de más de media legua. Salidos en tierra fuímos á ellos de cinco en cinco repartidos para cada león; é como nos llegamos á tiro de ballesta de ellos, arremetimos á ellos, é pasamos por encima de más de dos mil patos, é como no podían volar, no podieron huir tan ahina que no pasásemos de ellos, pisándoles, no curando de los tomar á manos, por llegar á los leones; y llegados á ellos, no podimos matar más de uno sólo, é quebramos en ellos todas las alabardas é lanzas é mazas de plomo é ganchos que llevamos, porque eran tan grandes é de tanta fuerza é tan recios, que no aprovechaba asirlos con los ganchos, ni darles con las otras armas; é si asían con los dientes alguna lanza, hacíanla pedazos. Muerto solamente uno de ellos, abrímosle é hallámosle en el buche muchos guijarros, los cuales, según vimos deshacía. Esta noche comimos el hígado y bazo del, é todos los que comimos nos pelamos los cueros, que se nos crió entre cuero y carne una aguaza mala, é hacíase el cuero como bejiga; é como se sacaba, se quitaba todo. Otro día pensamos que tornaran á salir otra vez, los cuales no acordaron de hacer, y así fuimos á la nao solamente con uno é con algunos de los patos que tomamos. Era tan grande, que veinte hombres tuvieron que hacer de meterlo en la nao con aparejos, é el pescuezo é la cabeza tuvieron que comer ciento cuarenta hombres que había en la nao. En este río hay mucha infinita pesquería. Con chinchorro que teníamos matamos mucha cantidad de ellas, que enchimos trece botas y repartimos por toda la Armada, allende de comer toda la gente en fresco mucha cantidad dello. Asimesmo hallamos en este río muchos pescados que daban en seco con la marea. En este río se halló un animalia á manera de galápago, que parecía en la cabeza y ancas como caballo, é con la concha que tenía, parecía caballo encubertado. Asimesmo hay muchos avestruces y otras muchas aves de rapiña y de otra manera.

Un día quitamos yo y otro un avestruz á más de cincuenta aves que le tenían comiendo. También hallamos muchas piedras, que decían los lapidarios que eran madres de turquesas, y yo hallé un topacio, que me daban por él cuarenta ducados. También asimesmo infinitos salitrales. En todo el tiempo que estuvimos en este río no vimos ningunos patagones. En este río crece mucho la marea.

En veintitres días del dicho mes de Marzo partimos deste dicho río para el Estrecho, y otro día siguiente hubimos mucha tormenta de viento, y la mar andaba muy gruesa, aunque el viento en nuestro favor; se yendo la Armada sobre el río San Ildefonso, derrotó el patax de nosotros.

Domingo á ocho del mes de Abril entramos en el Estrecho, é pasando por donde la nao capitana había dado los golpes, envió el Capitán General el batel en tierra para que trujiese ciertas botas é cepos de lombardas questaban en tierra, é mandoles que si pudiesen traer algún patagón, lo trujesen; y ido el batel, aguardámoslees hasta que viniesen; los cuales, queriendo en tierra tomar un patagón para llevarlo á la nao, asieron del todos los que iban en el batel, é no lo pudieron meter, é viéndoles otros patagones, comenzáronles á flechar, é les hicieron largar su compañero, é así se volvieron á la nao.

Lunes, á nueve días del dicho mes, hallamos al patax surto cabe una isleta. Este dicho día surjimos al reparo de una isla; y el martes siguiente, cociendo una caldera de horca, tomó luego la nao, donde nos vimos en mucho peligro, é con la ayuda de Dios y con la buena diligencia que pusimos matamos el fuego. Mientras los unos andábamos á matar el fuego, otros había que procuraron entrar en el batel, é se querían matar los unos á los otros sobre el entrar en el batel. Si así hiciéramos todos, bien librados quedáramos; empero, con la ayuda de Dios, todo se remedió bien, y el Capitán General afrentó de palabra á todos los que entraron en el batel.

Partidos de dicha isla á doce días del dicho mes, llegamos al puerto de la Concibición, donde estuvimos cuatro días con tiempos contrarios. En este puerto se perdió el equipaje del patax, é al tiempo que nos hicimos á la vela se quedó Santa María del Parral, y hasta hora de vísperas no la vimos. Ya pensábamos que se nos quedaba para no nos alcanzar más.

Miércoles á dieciocho del dicho mes surgimos en el puerto de San Jorge, que es muy buen puerto, donde hicimos leña y aguada, y madera para hacer un par de bateles. En este puerto murió el factor Diego de Covarrubias. Estando surtos en esta angla de San Jorge nos vinieron una noche dos canoas de patagones, é nos dieron muy gran grita é nos hablaron; é como no les pudimos entender, no llegaron á las naos, é así se volvieron. Pensando que era otra cosa mayor, como oyó la gente la grita, se pusieron en armas, é otro día el Capitán General envió el batel á la otra banda del Estrecho para ver si podrían hallar á los patagones, á los cuales no pudieron hallar.

Miércoles á veinticinco de Abril partimos deste puerto, y el jueves siguiente llegamos á un puerto que se llama Buen Puerto, donde estuvimos hasta miércoles á dos de Mayo. En este puerto había mucha leña é muy buena y hallamos una fruta colorada como guindas, sino que no tenían cuescos, y comímosla. También hay en este puerto y en todos los del Estrecho muchos mejilones muy buenos, que tienen dentro mucho aljofar, y hay unos árboles que parecían propio á la canela: la corteza tiene algo gruesa, é tiene el propio sabor de la canela: todos los de la Armada comimos de ella.

Miércoles, á dos del mes partimos de este dicho puerto y fuímos á surgir á una isla, porque andábamos volteando por las mareas, no pudiendo ir adelante. Partidos desta isla, domingo á seis de Mayo, surgimos en el puerto de San Juan de Portalatina, donde estuvimos hasta diez de Mayo. En este puerto hay mucha leña é agua é mejilones. En estos tiempos hacía muy grandes nieves é frío, que no había ropas que nos pudieran calentar. A las noches eran tantos los piojos que se criaban, que no había quien se pudiesen ler (sic). Por cierto un gallego murió que todos tuvimos por averiguado que los piojos le ahogaron, que no le pudimos escapar de ellos: limpiáronle muy bien, é metiéronle en una pipa abierta con vestidos limpios, y al tercero día, yo le ví, que ni él ni la pipa parecían, sino los vueltos todos cubiertos de piojos muy grandes, é así murió, miércoles á nueve del dicho mes. Partimos el jueves siguiente é volvimos á dicho puerto de San Juan, porque no podimos ir adelante.

Lunes á trece de Mayo salimos de este puerto, y el martes siguiente fuimos á surgir á doce leguas deste puerto, á un puerto que es en la costa del sudoeste, que llaman el puerto de Mayo, y el

viernes á veinticinco de Mayo, después de medio día, partimos de este puerto con viento Sudoeste, y el sabado veintiseis de Mayo fuimos con el Cabo Deseado.

Las conocencias que se han de tener de Santa Cruz é del Estrecho son las siguientes: Santa Cruz está en cincuenta grados é diez minutos, y ocho leguas antes que lleguemos á él se hace la tierra baja é llana fasta la entrada del puerto; y de la parte del Sudoeste del puerto es tierra alta é muy llana como una mesa toda la costa; é dentro en el río, bien cuatro leguas, se hace así alta é llana; y entre esta tierra alta é baja es el río, y para entrar en este río se ha de tener este conocimiento, que desque descubrieres el abra, verás en la costa del Sudoeste en la tierra alta un cabo blanco, tajado á la mar, que será fasta una legua: de las dos puntas del cabo del río ve derecho á aquel cabo; é de que fueres cierto de aquel cabo, ve costeando la costa hasta la proa en el Norte, y de fuera de tí verás un bajo que tiene bajamar braza y media de agua encima del, é va este bajo en drecho de este cabo hasta la punta baja del río de la banda del Norueste, y en este bajo y en la costa del Sudoeste está el canal, é fallarás en la canal, de bajamar, siete ó ocho brazas de agua. Cuando llegares entre las dos puntas, acuéstate más de la parte del Nordeste, que á la parte del Sudoeste. Sale una punta del arena, é de fuera de la punta sale un banco hasta más de medio río; é por miedo de este banco es menester que te acuestes á la punta del Nordeste; é desque doblares este banco, vete largando de la tierra del Nordeste, é aquí es la canal muy estrecha, y en la menos agua, si vas por la canal, fallarás de bajamar cuatro ó cinco brazas. E pasado de aquí verás una isla que está una legua destas puntas, ve derecho á aquella isla é fallarás fondo desde ocho fasta diez brazas. Mira que has de dejar la isla de babor para entrar en el puerto, y desque llegases á la isla ve por medio canal, que haya tanto de tí á la isla como de la tierra á tí. Del Nordeste y esta canal se coge Nor-Noroeste Su-Sueste, y irás fasta más de media isla por la media canal, é lárgate de la isla. Desque doblares estos bancos verás en la tierra un cabo tajado, que verná al Norueste; ve drecho á aquel cabo, y delante de este cabo es la estancia, é ternás agua dulce y leña y pesca, y entrarás en fondo de doce brazas; y pára mientes que en este camino hay algunos bancos fuera de la canal que se descubren de bajamar.

Este puerto sube la marea cinco brazas de altura é corre mucho el agua.

Yendo del río de Santa Cruz hacia el Sudueste está el río de Sant Alifonso, el cual está en cincuenta grados y veintisiete minutos. La conocencia de este río es que de la parte del Sur de la boca en la costa se te facen siete montañetas, como órganos, é la primera, de laparte del Norte, es más baja, é la segunda é la tercera son más altas, é así van abajando fasta la postrera del Sur, que es la más baja; y entre estas siete hay otra scinco puntas, como frailes. Desde la cabeza del Norte á las dos altas hay así tanto como á las otras seis: de la parte del Norte se face un cabo alto é llano por encima, tajado; é antes que llegueis á este río é sobre la boca de la parte del Sur se facen muchas secas de peñas, que salen cuatro leguas á la mar. La entrada de este río tiene muchas secas é muy poco fondo, que no es para nao grande; é cuando vieres esta boca, lárgate de ella, que no es el Estrecho. Hay poco camino de aquí á las Once mil Vírgenes, que está entrada del Estrecho. Córrese esta costa desde las peñas gordas fasta el cabo de las Once mil Vírgenes, Nor-Norueste Sueste.

Las conociencias que han de tener para conocer el Estrecho, es que desque llegues á la punta de las Vírgenes hasta correr en el Oeste cuatro leguas, antes que llegues á la boca del Estrecho verás en la costa de estribor una salera blanca, que sube por la montaña arriba, fasta encima de la tierra: que pasada esta salera está la tierra más alta; é desque llegases tanto avante como esta salera, correrás al Oeste-Sudoeste, é irás á cuatro leguas de aquí á dar en tres montes de arena grandes, que quiere parecer isla, mas no lo es; y estos tres montones son de la costa de babor, é aquí verás la boca del Estrecho, y en la tierra de estribor, Noroeste-Sudoeste con estos montes de arenas, verás un monte redondo alto, y de la parte del Sudueste de este monte hay dos montes más pequeños, que se te facen como islas, mas no lo son; y estos tres montes de arena es el del medio más alto que los otros, y es todo de arena blanca, limpia, y los otros más pequeños tienen algunas motillas por encima. Siendo aquí, luego verás la boca del Estrecho, y en embocando, irás por medio de la canal, porque hay unos bancos de la una parte y de la otra. De que entrases en el cabo de las Vírgenes para dentro, hasta la boca del Estrecho, puedes surgir en toda la costa

de estribor, en fondo de dieciocho brazas ó veinte, hasta veinticinco brazas, fondo limpio, y en toda la costa del Sur. Es mejor navegar por la costa del Sur que por la del Norte.

De que entrares en esta canal del Estrecho fallarás fondo de cuarenta ó cincuenta brazas. En la salida del Estrecho ve siempre por medio de la canal y siempre fallarás este fondo, é antes más agua que menos, hasta tanto que sea más avante, cerca de una milla de la parte de estribor, porque de la parte de babor salen muchas cabezas que tienen muy poco fondo, y por esta razón te has de apartar de ella. Si quisieres ir á surgir, costea á la costa de estribor, y en tres leguas desta punta fallarás una bahía, que se llama la bahía de la Vitoria; y desque seas dentro se te hace tan cerrada que no verás por donde entraste; pero en ella tienes poco fondo, que no hay de bajamar más de cuatro brazas de agua. En este Estrecho y en esta bahía alza la marea y el fondo es roca llana y ruín terrazón; habrá tres leguas de largo y una legua de ancho.

Y de esta boca á la segunda se corre Este-Oeste, cuarta del Norueste Sudueste. Hay de la una boca á la otra diez leguas. Yendo por este camino verás luego la boca segunda; acuéstate más á la costa del Norte que no á la del Sur; aunque puedes venir por media canal; y luego verás una isla questá frontera deste embocamiento; y de este estrecho ve derecho á esta isla y deja la de babor; pasa de ella un poco largo. Este estrecho tiene de ancho dos leguas, y cuatro de longor; y desde la salida del estrecho hasta la isleta hay tres leguas, y desde esta isla á la tierra del Norte hay casi una legua. Saliendo de la primera boca fasta la entrada de la segunda boca se hace un golfo grande y tenía tres leguas de ancho, y él tiene muchas ensenadas.

Esta segunda boca tiene gran fondo: si por ventura quisiésedes surgir, acuéstate á la cuesta del Norte é busca con el escanda el fondo. Fallarás buen fondo limpio. Este estrecho se corre desde la entrada fasta la salida Nor-Nordeste Sur-sudueste; y en saliendo de este estrecho se hace un golfo grande y terná de ancho doce leguas. En la costa del Este se hacen dos bahías grandes; en saliendo del y en la costa del Ueste, á la salida del Este se hace una gran bahía de tierra del Ueste, que entra más de dos leguas la vuelta de Ues-Norueste, y terná de ancho de Nordeste-Sudueste cinco leguas. Antes que llegues á esta bahía se hace un buen surgidero que ter-

nás abrigo fasta el Sueste, y has de surgir en fondo de ocho ó nueve brazas; ternás buen fondo limpio.

E de esta isla á la tercera boca de las montañas nevadas se corre Nor-Nordeste Sur Sudueste, é toma algo del Norte-Sur. Yendo por este camino verás otra isla dos leguas y media desta otra más grande, é pasarás por este camino del Sudueste, una legua della; y no te acuestes más á la isla, porque della salen aguas blancas, que tiene seis é siete brazas; y yendo por este camino irás por la canal en gran fondo; é cuando fueras tanto avante como esta isla, que la tengas por la parte de estribor, derecho al Este verás una abra; ve drecho á ella; si quisieres tomar puerto, allí fallarás un buen puerto, que se llama el puerto de la Concibición, é si quisieres entrar dentro, has de entrar desta manera: guardarte has de la punta de la entrada de babor hasta un tiro de escopeta, y no te acuestes más la tierra de babor, porque hay algunas recuestas, é largándote, como digo, irás por fondo de nueve ó diez brazas, y si quisieres entrar por medio de la canal, irás por fondo de veinte brazas, y entra dentro, y surge á do te pareciere en fondo de dieciocho brazas en hasta veinte y veinticinco y ternás buen puerto cerrado y buen fondo limpio es asiento de este puerto; queriendo ir á embocar la tercera boca del estrecho de las Montañas Nevadas, has de ir al Sur cuarta del Sudueste.

Y desde que tuvieres esta isla y este dicho puerto en Oeste, corriendo por Este, camino de Sudoeste, haz de tener este conocimiento para conocer la boca del estrecho que verás propio á una montaña alta, hecha á dos aguas, alta del m.°; y va bajando para el Noroeste y para el Sudeste, y de la una parte hacen cuatro cabezas y de la otra parte otras cuatro, hecha de manera de dientes de sierra francesa, y de la otra parte del Sudeste se hace una otra pequeña montaña pequeña; entre la montaña grande y la pequeña se hace una quebrada, y de esta montañita pequeña bajando una legua hasta el mar, que parece un hocico de toñina, aquí es la entrada del estrecho Nevado, y para entrar en este estrecho, acuéstate á esta punta y luego verás la boca del estrecho, y para mientes, no te engañes, que en la costa del Este, á ocho leguas de esta montaña, se te hace un golfo grande, no pienses que es el estrecho, que no tiene salida. El Este Oeste con esta punta se hace otra boca del golfo más estrecho; déjala y costea siempre la costa del

Oeste y justamente con este cabo de esta montaña, irás al abocamiento del estrecho, y porque mejor conozcas esta montaña, junto con ella, á la parte del Oeste, se hace otra montaña más llana, y entre la una montaña y la otra, se hace una quebrada honda y hay pocas conpás de la una á la otra; antes que llegues á esta montaña verás una punta delgada, que te hace como una isla y el cabo de la punta, mas no lo es como digo. Desde la entrada de la segunda boca del estrecho hasta la salida á lo ancho hay cuatro leguas, y desde la salida de él hasta la isleta primera hay tres leguas, que son siete leguas, y de esta isleta hasta el cabo de esta montaña, que es la entrada del tercer estrecho de la nieve, hay seis leguas, que son desdel un embocamiento del estrecho hasta el otro 23 leguas; y en la costa del Sudeste son montañas muy altas y llenas de nieve, y por encima de las primeras montañas sale una gran montaña aorcada que hace dos puntas como Santa entregua, sino que es muy alta esta punta de esta montaña. Esta entrada del estrecho en 53 grados tiene esta boca de ancho legua y media larga, y es poco el estrecho. La costa del Sudoeste va viendo que se te hace en ella una ensenada grande y Norte Sur con esta punta en la costa del Sudoeste se hace una boca no muy ancha en que es opinión que sale á la mar ancha, y en esta boca en la parte del Norte se hace una isleta, no muy grande, y desde que doblais esta punta de esta montaña, verás una otra punta en la costa del Noroeste, que es á dos leguas y media de esta montaña; córrese de una punta á otra Nordeste Sudeste, en antes que llegueis á esta punta del Sudoeste una milla, están tres isletas junto en tierra, dos pequeñas y una más grande de que es un muy buen puerto cerrado y tiene junto con la peña siete brazas de fondo entre par; entra cualquiera de estas islas y como el viento te serviere, y aunque el puerto es pequeño, no temas y deja las islas.

Llegando á esta punta, pasando este puerto, hay otra punta á una legua de este y se corre una punta con otra Este Oeste y así como doblas esta punta, descubres este cabo del puerto de la Sardina. Llámase este cabo del Descanso y así de esta punta al puerto de la Sardina hay tres leguas y corresenos Oeste Sudeste cuarta del leste Oeste, y á una legua de camino hallarás un valle grande y en derecho de este valle esta una isleta pequeña, y á cuarto de legua de tierra y de este valle sale un río de agua dulce y junto

con tierra, en derecho de este cabo de este río, esta una isleta pequeña en la costa del Sudoeste; se hacen muchas entradas y señales de grandes bahías y puertos; en Sur-Sudoeste de esta punta donde la costa comienza de Nord-Noroeste Sudeste se hacen dos islas una grande y otra pequeña, y serán de la costa del Sudoeste media legua en derecho; de estas islas se hacen tres abrias juntas que hacen señal de haber allí buenos puertos y Es-Nordeste Oes-Sudoeste con esta isleta, que dicho tengo de este valle que es en la costa del Nordeste, se hace una abra, que es opinión que boca que sale de la mar de libre ó desde aquella costa comienza á correrle Este Oeste comienza el estrecho á ensangostar que terná tres leguas de ancho.

Y para que conozcais el puerto de la Sardina es menester que costeeis la costa del Norte y que llegueis hasta esta isleta que tengo dicho, y adelante en este camino verás un cabo tajado á la mar; antes que llegues á este cabo verás una playa pequeña y en medio de la playa verás un buen río de agua dulce y antes que llegues á este cabo se hace un buen abrigo que se llama angla de San Jorge que te abrigarás hasta el Oes-Sudoeste y de este cabo hasta el puerto de la Sardina es una playa de arena, pequeña, que no tiene abrigo ninguno, sino esta de esta isleta y antes que llegues á él, en la punta del Sudoeste tiene una seca á un cabre de la tierra; leste Oeste con esta playa de la Sardina hay una isla en canal en derecho de la angla de San Jorge, en la costa del Sur hay tres abras en que amuestran buenas señales de puertos y hay tres islas pequeñas cerca de esta tierra del Sur.

En la costa del Sudoeste hay un buen puerto que se llama Buen Puerto, entre este puerto y la costa de Este hay cuatro islas, la una es grande y las tres pequeñas, y del cabo de la playa de la Sardina les Sudeste Oes-Nor-Oeste hay un otro cabo á cuatro leguas de esta playa y entre este cabo de la playa de la Sardina y este otro ya dicho, hay una punta delgada en otro cabo, gruesa, el Nordeste Sudeste de este cabo grueso están las cuatro islas ya dichas, la una grande y las tres pequeñas, has de dejar estas islas de babor y pasar entre ellas y la costa del Noroeste, y de este cabo, que está cuatro leguas de la playa de la Sardina, hasta la salida del estrecho, que es Cabo Deseado, hay 22 leguas buenas, y correse toda esta canal Noroeste-Sudeste-cuarta del Este Oeste y en el á m.º ca-

nal entre m.º de estas tres islas chiquitas y la grande que antes digimos hay otras seis islas que son por todas diez islas y es de esta manera: que la primera que hallares es pequeña y la segunda es grande, y pasada esta hay tres pequeñas y pasadas estas tres pequeñas hay otra grande en derecho, en derecho de esta grande es la costa del Sudoeste, adonde está el buen puerto que antes digimos y tiene este puerto á la entrada tres islas pequeñas; si quisieres entrar en el dicho puerto deja estas tres islas de babor y entra dentro y surge adonde te pareciere y alli tendrás mucha agua y leña. Este puerto tiene grande agua de fondura y pasada esta isla que está en derecho de este puerto, hay otra isla grande, así que son portadas diez islas y cuando quisieres pasar por esta canal deja todas estas islas de babor y acuéstate á la costa del Nordeste y en derecho de esta isla tercera grande de la tierra del Sud-Oeste hay dos bocas que es opinión que salen á la mar del Sur; cerca de estas islas hay algunos islotes pequeños de que no hago memoria, y este puerto con la punta de la isla grande se corre Nordeste Sudoeste cuarta del Norte Sur, y cuando salieres es menester que vengas otra vez á la canal grande para dejar todas las islas ya dichas por babor, porque la canal de la costa del Sudoeste no tiene pasaje seguro entre las dos islas grandes postreras ya dichas; entre la una y la otra se hace un muy buen puerto que ha nombre el puerto de San Pedro y San Pablo, y para que lo conozcas que una legua delante de él hay dos isletas pequeñas, la una más grande que la otra, y una legua más adelante de estas dos isletas en la isla postrera, hay un maravilloso puerto que se llama San Juan de Porta Latina, y dentro del puerto hay unas isletas pequeñas y hay agua y leña al través de estas dos islas, al Nordeste cuarta del Este está un gran valle y en derecho de este puerto de la isla postrera está una abra grande en la tierra del Nordeste, opinión es que sale á la mar, llámese el abra de San Cristóbal y toda esta canal de la playa de la Sardina está el cabo que está en derecho del buen puerto y se corre Nordeste Sudeste cuarta del Este Oeste y hay 12 leguas; y de este cabo hasta el cabo de esta abra que se ha dicho se corre Noroeste Sudeste y así cuatro leguas de este cabo de la abra á otro cabo que está delante de él en la costa del Nordeste que se llama Cabo Hermoso se corre leste Oeste á tres leguas; es la canal entre las islas y la tierra del Norte tiene una legua y medio en lo más angosto de ella.

Entre este cabo Hermoso y el abra de San Cristóbal que es todo en la tierra del Nordeste está una bahía que se llama la bahía Nevada y es buen puerto; si quieres entrar dentro has de venir de la parte del leste, luego verás una isla mediana y otras cuatro pequeñas y entre la tierra y la isla grande que dejes la isla grande de babor y ve dentro y surge donde te pareciere y si por ventura quisieres entrar ó salir y el viento te fuere escaso ve á la isla grande, pasa entre ella y las pequeñas y tendrás buen pasaje, porque entre las pequeñas no tienes mas de fondo de cuatro brazas, y entre este puerto y el cabo Hermoso tanto del uno como del otro hay una seca, á una milla de la tierra del Norte tiene una braza de agua y cuando quisieres venir por esta canal, ven por media canal y antes te acuesta á la tierra del Sudoeste y cuando quisieres ver ser tanto avante como esta seca verás en la costa del Sudoeste un morro tajado y el rostro blanco que parece á Santoña (es Santoña una gran peña que está en el puerto de Laredo en España) y así se llama y teniendo aquel rostro en Sudoeste tienes la seca al Nordeste y de esta manera sabrás cuando fueres tanto avante como ella y pasado este cabo Hermoso se corre la costa Nordeste Sudeste cuarta del Norte Sur.

A la hora que pasares este cabo Hermoso está un muy buen puerto que se llama el puerto de la Ascensión y si quisieren entrar en él has de tener este conocimiento, que luego verás cuatro islas que se corren una con otra Norte Sur, deja estas islas á babor y corre al Norte, y das dentro en el puerto y surge donde te pareciere y también puedes entrar dejando las islas de estribor has de correr al Nordeste, tocando del Norte é irás dentro del puerto, é yendo por esta canal en la costa de estribor verás una ensenada, deja esta ensenada, que no es el puerto y ve adentro y hallarás muy buen puerto. En la costa del Sudoeste, pasada esta postrimera isla en que está el puerto de San Juan de Portam Latinam Nordeste Sudeste con el cabo de ella, está un puerto, cuando quisieres ir á él, júntate con el cabo de esta isla y verás una abra al Sudoeste, ve derecho á la abra, que allí es el puerto, y verás en la punta de estribor de la entrada de la abra una isla pequeña, ve derecho y surge donde te pareciere, pasado el rostro blanco de Santoña está una grande ensenada.

De este cabo Hermoso hasta doce leguas de él se corre la canal

Nordeste cuarta del Este Oeste que tiene una legua y media de ancho y se corre por esta derrota hasta una isla grande que está en la canal que es cerca de la salida del estrecho en la costa del Nordeste, que hay cuatro bahías que muestran ser buenos puertos y antes que llegues á esta isla se hace en la costa del Nordeste una grande bahía donde muestra de todo de ella haber buenos puertos, en la costa del Sudoeste demuestra dos puertos buenos; antes que llegues á un puerto que está doce leguas del puerto de San Juan Portam Latinam, que se llama el puerto de Mayo, tiene una isla en medio del puerto de fuera de la isla, puedes surgir y dentro de la isla es puerto muerto y Nordeste Sudoeste con este puerto en la costa del Nordeste hay un buen puerto, salvo que tiene grande agua, junto con este puerto de Mayo, á media legua de él, está un puerto que se llama del Espíritu Santo, que entra una legua la tierra adentro y parecía á Ferrol, es estrecho á la boca y ancho dentro, y un poco más adelante hay otro puerto bueno y son tantos los puertos que hay en esta costa hasta el cabo Deseado que no los podría contar.

En la costa del Nordeste se hacen muchas abras y señales de puertos hasta el cabo de San Ildefonso que es la salida del estrecho hasta el cabo Deseado donde se corre leste Oeste cuarta del Noroeste Sudeste, tiene cinco leguas de ancho, entre esta isla y el cabo de San Ildefonso hay cinco islas, una grande y cuatro pequeñas que quieren parecer á isla grande y los islotes á GRABELINGA (es GRAVELINGA puerto en la costa de Flandes) y están casi á media canal; cuando por aquí hubieres de venir llégate á la costa del Sudoeste y doblando este cabo de San Ildefonso toma la costa al Nordeste cerca del cabo y córrese este cabo con el Deseado Norte Sur cuarta del Noroeste Sudoeste.

En llegando al cabo Deseado torna la costa del Sur y la conocencia de este cabo Deseado es que cerca del medio de la costa del cabo tiene un islote que la mar lo cerca redondo y agudo y muy alto y encima del Cabo hay una montaña redonda y aguda y muy más alta que este islote y desde aquí torna la costa al Sur como dicho tengo y está este cabo en altura de 52 grados y un tercio y en la costa que torna al mar hay dos islas pequeñas cerca del cabo.

Partimos del puerto de Mayo viernes á 25 de Mayo de 1526 años y el sábado siguiente á 26 días del dicho mes desembocamos del estrecho con el viento Sudeste y caminamos al Noroeste.

Jueves á 31 del dicho mes nos dió un viento fresco á la noche cargó mucho viento del Nordeste y el viernes siguiente hallamos de menos los dos galeones y el patache y dionos mucho más tiempo con cerrazón.

Sábado á dos días de Junio nos dió viento Sur con tanta furia que nos hizo correr al Norte sin velas hasta el domingo que dimos las velas los galeones y el patache nunca los vimos más, viernes á 8 días de Junio nos dió mucho viento del Sudeste y divisando al Sur y al Sudoeste con tanta furia que no pudiendo sufrir velas corrimos en popa con papo del papahigo del trinquete, y desde que amansó el viento quedamos con tres mares cruzadas que pensamos que nos deshicieran la nao, y pasábamos muy gran trabajo con la mucha agua que la nao nos hacía porque levamos tres brazas de codaste quebradas por donde nos entraba mucha cantidad de agua, aunque habíamos remediado en el río de Santa Cruz con planchas de plomo lo mejor que podíamos, era tanta y cantidad de agua que hacíamos, que como dejábamos á sacar el agua que estaba en este con m.º tres ampolletas con dos bombas.

Domingo á 24 días del dicho mes de Junio murió Rodrigo Bermejo, piloto de la nao capitana; fué gran pérdida para nuestra navegación porque era muy buen piloto. Proveyeron en su lugar á Martín Pérez de Elcano, hermano del Capitán Juan Sebastián.

Viernes á 13 días de Julio murió Alvarò de Tejada, contador general de la Armada, y proveyeron en el oficio en su lugar á Alvaro de Loaysa, sobrino del General.

Lunes á 6 días de Agosto falleció el magnífico señor Juan Sebastián de Elcano, el Capitán general y Gobernador proveyeron por capitán á Toribio Alonso de Salazar contino de Su Magestad tesorero de la mar, llegado en la conquista, el cual al presente venía en la misma nao; este Toribio Alonso de Salazar venía en el galeón Santo Lesmes, por tesorero de él y en el estrecho fué informado el capitán general de cierto levantamiento que había cometido para alzarse con el galeón y para volverse á España, por lo cual el Comendador Loaysa lo mandó pasar á la nao capitana, para tomar información contra él y castigarle, y envió al galeón al Tesorero general Diego de Solís, por capitán de él porque Francisco de Hoces, capitán del dicho galeón, estaba malo á la muerte al presente.

Este dicho día y en el mismo momento murió Alvaro de Loay-

sa contador general y fué proveído en su lugar Martín Iñiguez de Carquizano y por alguacil mayor a g.º del Campo mayordomo del Comendador Loaysa capitán general.

Jueves á 9 días del mes de Agosto nos hallamos en 12 grados de la línea equinoncial por la banda del Norte correspondionos, todo el camino hemos hecho desde el cabo Deseado que está á la salida del estrecho Nordeste cuarta del Norte Sur; desde aquí acordaron el capitán y oficiales que fuésemos en busca de las Islas de los Ladrones, que nos curásemos de meternos más debajo del Norte, porque se nos moría mucha gente, porque se habían muerto ya desde que partimos del estrecho más de 30 hombres y toda esta gente que falleció murió de crecerse las encías en tanta cantidad que no podían comer ninguna cosa y más de un dolor de pechos con esto; yo ví sacar á un hombre tanta grosor de carne de las encías como un dedo y otro día tenerlas crecidas como si no le hubieran sacado nada. Bien creo que si Juan Sebastián de Elcano no falleciera que no arribáramos á las Islas de los Ladrones tan presto, porque su intención siempre fué de ir en busca de Cienpago, por este se llegó tanto hacia la tierra firme de la Nueva España.

Martes á 21 días de dicho mes de Agosto nos hallamos en trece grados y 35 minutos de la banda del Norte, la hora de Vísperas descubrionos tierra por la parte del Norte, nosotros luego amuramos para ir allá y llegamos tres leguas de ella y porque era tarde no osamos ir más adelante; luego hicimos el bordo de la mar y pasada la segunda guardia de la noche tornamos bordo á la tierra en busca de la Isla y la gran corriente que había cuando amaneció nos descayó hacia una punta que se hacía lo este, y á las diez horas llegamos á menos de una legua de tierra, echamos la soldaresa y no hallamos fondo; en esta punta y cabo tomóse la altura en estado de la isla de la parte del Sur en 14 grados, córrese de esta isla por la parte del Sur una punta que tiene al Este con otra que tiene á Oeste les Nordeste Oes-Sudoeste habrá diez leguas de esta punta, del Oes Sudoeste se corre á esta otra punta que está de la parte del Nordeste Noroeste Sudeste tomado la cuarta del Norte Sur; obra de 9 leguas dentro de esta isla de la parte del Oeste se hacía una laguna grande y parecía el agua muy verde, al Este de esta laguna había grandes arboledas y aquí anduvimos este día y á la noche y nunca la pudimos tomar porque la corriente y el viento

los había echado á sotavento de ella y así acordamos de ir en busca de las Islas de los Ladrones y pusimos nombre á esta isla San Bartolomé; había en esta dicha isla gran cantidad de pesquería, bonitos y muchos pájaros bobos.

Desde 9 de Agosto hasta que vimos esta dicha isla anduvimos 350 leguas al Oeste tomando del mar Oeste.

Martes á cuatro días del mes de Septiembre, en amaneciendo que vimos tierra y era una ee las Islas de los Ladrones que en el otro viaje habían descubierto; cuando la vimos estábamos Norte Sur con ella; en la isla de la parte del Sur amuramos para ir sobre ella, y llegando cerca de ella se nos hizo el viento algo escaso y el aguaje que nos echaba para fuera; anduvimos barloventeando todo este día el anoche y el miércoles siguiente andando así nos vinieron muchas canoas á bordo, de indios y entre los cuales venía una á donde venía un español, el cual nos salbó de lejos á usanza de España, de lo cual nos maravillamos mucho, é hicímosle que viniera á bordo, el cual dicho cristiano pedía seguro antes que viniese el cual le dió el capitán ó Toribio Alonso de Salazar y así entró en la nao; el cual era natural gallego y llamábase G.º de Vigo y venía todo desnudo, excepto cubiertas sus vergüenzas con un pedazo de estera y el cabello traía muy erilzado que le allegaba abajo de las nalgas, y díjonos que era de la Armada de Magallanes, de la nao que venía el capitán Espinosa, y había querido ir á la Nueva España, y que yendo en la dicha no pudiendo ir á la Nueva España, habían arribado ó para tornar á Maluco pasado por una de aquellas islas de los Ladrcnes la nao estando surta en la postrimera isla de XIII que hay más allegada al Norte; se salieron él y otros dos compañeros en tierra de la nao y se habían quedado por miedo de morir porque á el presente se moría mucha gente en la nao y que la nao había ido á Maluco y que los dos compañeros suyos habían muerto los indios en la misma isla adonde habían salido y él se había venido con unos indios de aquella misma isla donde al presente estaba y había tres años que estaba en las dichas islas de los Ladrones; son 13 y correse de Norte á Sur la una con las otras y están cerca unas de otras según dijo este gallego.

Esta dicha tarde surgimos en esta dicha isla, córrese por la parte del Norte desde el cabo del leste hasta una punta que se hace en medio de la isleta, leste Oeste, habrá 12 leguas de esta punta

que está en medio de la isla está el cabo del Oeste se corre Nordeste Sudoeste habrá diez leguas, dentro de estos cabos hay buenos surgideros, en esta ensenada de Nordeste Sudoeste estuvimos nosotros surtos en C L brazas, es isla alta de razonable manera encima es liga toda es poblada denrededor de la marina, la gente de ella son hombres de buenos cuerpos y duros y andan desnudos en carnes amostrando sus naturas, y asimismo andan las mujeres excepto que cubren las vergüenzas delanteras con unas hojas de árboles en esta manera, ciñiéndose por la cintura un hilo y de aquel hilo traen colgada la hoja bambaneando á una parte y á otra en frente de su natura y porque algunas veces le lleva el aire aquella hoja traen de continuo por de repuesto otras hojas; traen los cabellos ellas y ellos muy luengos y sueltos, y andan de continuo mascando una cierta hoja y una bellota e cal todo mezclado, lo cual para los labios colorados y es bueno para las encías que las aprieta, esto se llama el maluco pinanco, desde estas islas hasta la India de Portugal todos los indios lo comen; todos estos indios de estas Islas de los Ladrones andan untados de aceite de cocos y traen los dientes negros que los ennegrecen con cierto zumo de una hierba y algunos de ellos crían las barbas grandes como nosotros, tienen guerra los unos contra los otros, las armas que tienen son hondas y palos tostados y también traen en unos palos puestas canillas de hombres que matan en la guerra con que también pelean, en cada pueblo hay su señor, no tienen ningún género de metal por lo cual son muy aficionados al hierro, en tanta manera que darán todo cuanto tienen por cualquier cosa de hierro que corte ó horade y si no se lo quieren dar por sus rescates lo apañaran si pueden ó arrebatarán y se van con ello huyendo; acaeció en la nao muchos de ellos arrebatar de la cinta á nosotros machetes ó cuchillos ó puñal y echarse con ello á la mar y huir y por semejantes hurtos que hacen los llaman las Islas de los Ladrones; estos adoran en las cabezas de sus padres y abuelos, las cuales cabezas sacan debajo tierra desde que están descarnadas y las untan de aceite y las tienen en sus casas para adorar en ellas; no tienen ninguna hacienda, conchas de tortugas tienen en mucho para hacer peines y anzuelos para pescar, labran con pedernal, los bastimentos que tienen son arroz, aunque esta hay poca, batatas, plátanos, cocos, y de estos cocos hacen aceite para untarse y para comer también hay muchos

géneros de frutas diferenciadas de nros partes; pescado matan mucho con anzuelos, las canoas en que van á pescar son pequeñas y tienen un contrapeso por la una parte de madera gruesa hecho á manera de una toñina; este contrapeso anda por barlovento de continuo amarrado en dos palos que salen del cuerpo de la canoa, la canoa es hecha con dos proas, que tan seguida es en la popa como en la proa y tan recia anda á la una parte como á la otra; las velas son latinas hechas de esteras muy tejidas y andan mucho á la vela, para hacer otra vuelta no vuelven la canoa más que la vela solamente amuran á la popa, que es como la misma proa y así queda de continuo el contrapeso por barlovento; una costumbre hay en estas islas que todos los hombres solteros que son ya pa mujeres, traense dos varas en las manos y todos ellos y ellas generalmente traen siempre sendas esportillas de estera muy bien labradas y dentro en ellas traen el piña que detrás dije que comían, tienen una libertad los indios solteros que traen las varas que pueden entrar en casa de cualquier indio casado que le parezca bien su mujer y usar con ella lo que quisiere muy seguramente y si por caso al tiempo que el mancebo quiere entrar, su marido está en casa, luego que el otro entra se truenca las esportillas de piña y se sale el marido fuera y queda dentro el mancebo, no ha de llegar el casado á casa hasta que sepa que el otro está fuera, y en estas Islas se hacen muchas esteras y muy buenas, estos indios son de muy grandes fuerzas, toman dos indios de estos una media pipa de agua llena y la llevan y meten dentro del batel, y había indio que toma una barra de hierro hasta 25 ó 30 libras por una punta y la levantaba y daba tres ó cuatro vueltas por encima de la cabeza.

No hay ningún género de ganados en estas islas, ni menos gallinas ni otras aves, excepto unas tórtolas ó aves que quieren parecer á ellas, las cuales tienen y crían en sus casas, y tiénenlas en unas jaulas y avézanlas á pelear unas con otras y ponen posturas cuál vencerá: también tiene sal, la cual hacen esta manera que toman agua de la mar y ponenla en unas canoas en tierra al sol y tienenlos asi obra de cuarenta dias y despues cuecen aquel agua y se cuaja y se hace sal.

Hay de estas islas de los Ladrones á San Bartolomé 330 leguas en algunas de estas islas se coge mucho arroz de donde se proveen otras algunas que no tienen tanta cantidad como han menester, y

esta dicha isla tiene una isla pequeña al Nordeste, y es llena de muchos árboles y poblada de gente; habrá media legua de la una á la otra: tomóse en la ensenada donde estabamos surtos la altura en trece grados.

Lunes 10 días del dicho mes de Setiembre partimos de estas islas para ir en busca de las islas de Maluco, haciendo el camino del Les-sueste.

Sabado á 15 días del mes de Setiembre murió el capitán Toribio Alonso de Salazar, y sobre quien seria capitan hubo algunas diferencias porque los unos querían á Martín Iñiguez de Carquizano, Contador mayor, y otros á Fernando de Bustamante, Contador de la nao que le había proveído el Capitan Juan Sebastián de Elcano, por muerte de Iñigo Cortés de Perea, Contador de la dicha nao, y por evitar escándalos, fuimos todos de acuerdo que eligiésemos Capitán por votos, y así todos votaron, los unos por el dicho Martín Iñiguez de Carquizano y los otros por el dicho Fernando de Bustamante y antes que se viesen los votos el Martin Iñiguez se resabió con parecerle que tenia más votos el Bustamante y apañó al escribano los votos y echólos en la mar, por lo cual se hubiera de revolver gran cuestión, y todavía los concertamos en esta manera: que los dichos Martín Iñiguez y Bustamante gobernasen y administrasen juntos hasta en tanto que llegasemos á las islas del Archipiélago, y si allá no hallásemos noticia de las otras naos, entonces elegiríamos por votos capitan, y que entre tanto nos fuesemos asi sin generos ni nombrar Capitán.

Junto á las islas de los Ladrones murió Juan de Huelva, maestre de la dicha nao, y fué proveído en su lugar á Chimigo de Loriaga, contramaestre de la dicha nao.

Martes á 2 dias del mes de Octubre, en saliendo el sol vimos tierra al Oeste de nosotros obra de doce leguas, y era la isla de Bendanoa: este dicho dia Martin Iñiguez de Carquizano llamó á la cámara de popa de la nao á Fernando de Bustamante y á los Oficiales de la dicha nao y á Gonzalo de Campo, Alguacil mayor, y á otros 15 ó 16 hombres de bien que iban en la nao, y les hizo una plática, diciendo que ya veíamos como estábamos en el Archipiélago de los Célebes y muy cerca de Maluco y que era muy gran poquedad de todos los que íbamos en aquella nao y gran deservicio de Su Magestad irnos así sin capitan y caudillo, y porque podría

suceder que topásemos algunos navíos de portugueses ó juncos de indios, y por no tener capitan nombrado y jurado podía acaecernos algún desastre como á hombres desmandos y desordenados, por lo cual nos pedia y requeria por parte de Dios y de Su Magestad que quisiésemos nombrar y recibir á jurarle al dicho Martín Iñiguez de Carquizano por cuanto mandaba Su Magestad por una instrucción que él allí presentó, que en faltando de los Capitanes que Su Magestad en ella nombraba que fuesen generales y obedeciesen á sus Oficiales que nombraba en pos de esto, que á él pertenecía y le venía la dicha Capitanía, por ser Oficial de Su Magestad como lo era al presente Contador general, y no había otro Oficial general, y tambien porque era más hábil y suficiente para el dicho gobierno y cargo que no Hernando de Bustamante que al presente estaba: luego en la misma hora respondieron todos, excepto el Bustamante, que á todos les parecía muy bien lo que había dicho, y que estaban prestos y aparejados para hacer y cumplir lo que su merced mandaba, y luego juraron todos de le obedecer por el consiguiente todos los de la nao, y no queriendo el Bustamante le mandaron echar unos grillos de que cobró mucho miedo, y así le hubo de jurar y obedecerle.

Miércoles á 3 días del dicho mes de Octubre el dicho Martín Iñiguez proveyó Oficiales generales de Su Magestad y otros Oficiales: conviene á saber, á Martín Garcia de Carquizano, por Tesorero general, á Francisco de Soto por Contador general y á D.º de Soler por Factor general y á Gutierre de Tuño por Tesorero de la nao.

Sábado á 6 días del mes de Octubre surgimos en la isla de Bendano á una legua de tierra, dentro de una bahía entre unas isletas que había dentro en la dicha bahía la cual entra fasta cinco leguas dentro en la tierra, y de ahí enviamos el batel más adentro á ver qué tierra era, y así había gente en ella, y también para saber si había buen surgidero: yo iba en el dicho batel, y llegados á tierra hallamos dentro en los bosques árboles cortados á cuchillo ó hacha en que vimos que era poblado: de ahí fuimos al luengo de la tierra para dentro de la ensenada; vimos en la marina dos indios á los cuales llamamos y les hizimos señas que viniesen al batel, los cuales no quisieron llegar á nosotros, enviamos á G.º de Vigo, aquel que hallamos en las islas de los Ladrones para que hablase con los

dichos indios porque sabía un poco hablar la lengua maluca, y no le entendieron nada los indios, ni él á ellos, más de que le hizieron señas para dentro de la ensenada: dende á un poco se embarcaron los dichos indios en una canoa y se fueron para dentro de la ensenada, á los cuales seguimos con el batel casi una hora de la noche, llegamos donde había un pueblo y los indios de él andaban en la ribera con sus armas haciendo mucho bullicio. Estuvimos en el batel hasta que amaneció, y en amaneciendo nos llegamos á tierra, donde estaban muchos indios, y comenzámoslos á hablar por señas, y llegaron algunos de ellos al batel, y diéronnos cocos y platanos y batatas, cidras y otras frutas y vino de palmas, y nosotros les dimos algunas cuentas de vidrios, con las cuales se holgaron mucho y dijímosles por señas que nos trujesen puercos y gallinas, y ellos dijeron que sí, y nos mostraron mucha buena voluntad, y rescatando algunas gallinas y arroz tornamos á la vela á la nao: este dicho día nos levantamos con la nao, y fuimos á surgir más adentro y surgimos en el cabo de la ensenada en cincuenta brazas, que toda la bahía es así honda, y al través de este surgidero á cuarto de legua había ríos y muy buenos donde tomamos agua: estando surtos aquí, vino un indio señor de otra provincia de esta dicha isla en un barco que se llaman caluz, el cual trujo muchas gallinas y un puerco, y parte de ellos dió al Capitán, y las otras vendieron á trueque de cuentas; el capitán le dió á este principal una vara de paño y cierto lienzo y cuentas y otras cosas de que el indio se contentó mucho: este indio venía vestido de raso carmesí, y traía unas manillas gruesas de oro en las manos y orejeras de oro en las orejas y asimismo había algunos indios que traían orejeras de oro y los dientes horadados un poco y en ellos metido oro, y vendían bien barato el oro que traían, y el capitán mandó que ninguno diese por ello ni lo comprasen, y así se volvieron los dichos indios muy contentos.

Martes siguiente á nueve días del dicho mes de Octubre por la mañana fué el batel en tierra y como llegamos vinieron los indios, y comenzáronnos á nos á hacer señas que tirásemos los tiros que llevamos á proa y matásemos las mechas á las escopetas y que vendrían á rescatar con nosotros: luego nos recelamos que querían acometer alguna bellaquería por la cual estuvimos mucho más sobre el aviso desde ahí adelante, aunque siempre lo andabamos an-

sí; todo este día no pudimos rescatar ninguna cosa, antes nos habló un indio en lengua malaya, diciendo que nosotros eramos faranguis ladrones y robadores que donde quiera que llegabamos: estos perros pensaron que éramos portugueses y por eso nos llamaban faranguis porque faranguis quiere decir portugues, y por más que le rogamos, nunca nos trujeron nada, dado que fuimos el otro dia siguiente y que para entonces tendrían puercos y gallinas y arroz y otras muchas vituallas, y todo esto hacían por tomarnos el batel; juntábanse mucha cantidad de indios en aquel pueblo tornábamos á la nao sin bastimento ninguno.

Este dicho día, á la noche, vinieron dos canoas sobre el cable para cortárnosle, y como los vimos luego, pensamos lo que querían hacer, y les tiramos con un verso, y dende en adelante cada noche teníamos en el batel gente y con la buena guardia que haciamos, no nos pudieron empecer los perros, aunque intentaban de cortarnos las amarras de noche.

Miércoles á 10 días del dicho mes, antes del día nos fuyeron los once esclavos que habiamos tomado en la isla de los Ladrones con una canoa misma que habiamos tomado á ellos, y asi como fueron en tierra los mataron los indios de la tierra.

Jueves á 11 días del dicho mes, fué el batel á tierra otra vez, y hallamos á los indios muy alborotados, y rogámosles que nos vendiesen algunos bastimentos por nuestros dineros, respondiéronnos que les placia y que saliésemos en tierra á todo lo que hubiésemos menester, habiendo entre ellos nos venderian; nosotros les respondimos que por lo que nos habian dicho el dia antes, amenazándonos, no nos confiábamos en ellos, y para que estuviésemos seguros los unos de los otros entrasen en el batel un principal de ellos, y iría uno de nosotros para estar entre ellos, para que entre tanto que comprábamos lo que nos trujesen á vender; respondiéronnos que les placia, y luego vino un indio vestido de seda y una daga en la cinta, y decían algunos de los nuestros que el puño de la daga era de oro macizo, que dejando el paño de seda y la daga en tierra metiose en el batel; nosotros enviamos en tierra á G.º de Vigo, porque sabia hablar alguna cosa, y como fué entre ellos trujeron luego un puerco para nos vender y no quisieron llegar al batel antes le guardaban al G.º de Vigo doce indios de alfanjes y paveses, y comenzáronle á decir que nos pidiese por el puerco ciertas varas

de lienzo y nosotros éramos contentos de darle lo que ellos pedían, y como vieron esto tornaron á pedir más hasta que vinieron á pedir tanto que era fuera de razón lo que pedian, en este comedio el G.º de Vigo descubrió la celada que tenían los indios para dar sobre nosotros, avisónos y díjonos que él se quería acoger al batel y que estuviésemos sobre el aviso, y asi estando en m.º de los indios echa á fuír, y cogímosle en el batel, aunque le siguieron hasta el agua, y tambien cogimos el puerco que habian traido para vender, y fuimos para la nao llevando el indio con nosotros.

El viernes siguiente á 12 dias del dicho mes tornamos con el batel llegando con nosotros el indio al dicho pueblo, y llevamos á los indios, y dijimos que le queriamos volver su indio, y que nos diesen algunos bastimentos por nuestros dineros que nosotros no los queríamos enojar, antes queríamos ser sus amigos, ni por todo esto no aprovechaba nada antes salían del bosque, haciendo arremetidas y fieros, y ansi tornamos á la nao.

Domingo á 14 del dicho mes de Octubre fué el Capitán Martín Iñiguez de Carquizano en tierra con sesenta hombres con el batel y esquife de la nao y todos muy bien armados, y llegados en el pueblo envió á requerirles á los indios de paz á que nos vendiesen algunos bastimentos, los cuales no quisieron conceder en ello, antes estaban todos puestos en armas y nos decían mil bellaquerías; viendo esto el Capitán comenzó á marchar hácia el pueblo, y como los indios vieron que íbamos determinados, desampararon el pueblo, y recogiéronse al bosque, bien quisiéramos los soldados revolvernos con los indios, aunque eran muchos, empero no consintió el Capitán, antes mandó recogernos á los bateles y nos volviésemos á la nao, porque en el lugar no tenían los indios ninguna cosa, asi tornamos á la nao.

Este indio que teniamos en la nao sabía hablar la lengua malaya, y nos dijo que en aquella provincia donde estábamos se llamaba Visaya, y que en aquella isla había otras muchas provincias, y se cogía en alguna de aquellas islas oro y mucha canela, y asimesmo había otras islas cerca de allí donde se cogía mucho oro, por nombre Enzegua, Matambaba y otras muchas, que cada año venían á aquella isla de Bendanao y á las otras dichas islas juntas de la China y rescataban oro y perlas y canela y otras riquezas que hay en las dichas islas.

Los indios de esta dicha isla son hombres de mediana estatura y son todos pintados y andan vestidos de la cintura abajo con paños de algodón y también de seda y tienen guerra algunos de ellos unos pueblos con otros y también con estas islas comarcanas, tienen arcos y flechas y alfanges de hierro y azagayas y dagas y paveses y otros géneros de armas, tienen unos navíos que se reman con palos que se llaman calasuzes, andan mucho en gran manera y son muy bien hechos, también otros de otras maneras grandes y pequeñas, estos dichos indios de esta dicha isla y de otras algunas son los más atraicionados indios que hay en gran parte y quien por estas indias anduviere y no fuere plático, perderse ha, por ser los indios muy atraicionados, son gentiles, adoran en ídolos de palo, traen los cabellos luengos ó atados, y dados una vuelta en el colodrillo, ninguna barba crían.....estando surtos en esta bahía, se tomó el altura del sol en ocho grados largos, está la isla de Visaya, donde nosotros estamos con la isla de Bacan, que es una isla de las islas de los Ladrones que está más allegada á la línea Leste-oeste cuarta del Nordeste-Sudueste longitud de 340 leguas: esta isla de Visaya ó Bendanoa es grande isla, tiene de circuito más de 280 leguas.

Lunes á 15 días del dicho mes de Octubre nos partimos de este puerto á Visaya por ir á una isla que se llama Cebua, que está al norueste de esta otra, ya que estábamos fuera de los cabos, nos dió el viento al Norueste contrario, que nos hizo arribar para ir á buscar las islas de Maluco, esta dicha isla se corre por la parte del Leste Norueste Sueste, comenzamos á hacer camino del Sur, tomando del Sueste.

Martes á 16 del dicho mes se tomó el altura en seis grados y 35 minutos, haciendo camino del Sur.

Miércoles á 17 del dicho mes se tomó el altura en 5 grados y medio, anduvimos desde el puerto que partimos hasta aquí al Sur cuarta del Sueste 47 leguas.

Jueves á 18 del dicho mes de Octubre se tomó el altura en 5 grados é hizimos camino al Sur y desde ayer á medio día hasta hoy á medio día, hasta aquí llega esta isla de Bendanao de la parte del Sur, y despidiéndonos de esta dicha isla, vimos una isla redonda, no muy grande con otras tres pequeñas, y está nordeste sudueste con la dicha punta de la isla de Bendanao obra de cuatro leguas de

ella, á esta isla redonda llaman Sandingar según nos dijo el indio que llevábamos en la nao.

Viernes á 19 del dicho mes se tomó el altura del sol en cuatro grados y hízimos camino al Sur cuarta del Sueste 20 leguas, viniendo nuestra derrota susodicha vimos una isla de la parte del Oeste Sudueste, y nos dijo el indio que traíamos, que se llamaba Sagragán, y de esta isla Sagragán al Oeste Norueste vimos una isla pequeña que no supimos su nombre.

Sábado á 20 del dicho mes no se tomó el altura del sol, hizimos camino al Sur cuarta del Sueste, é yendo en nuestra derrota vimos una isla al Nordeste Este con la isla de Sagragán, arribamos sobre ella y como fuimos junto con ella se nos calmó el viento y vimos otra isla junto con esta, á una legua de ella á la banda del Norte, que nos parescía que era muy grande, tiene una costa de la banda del Oeste que se corre Norte Sur cuarta del Nordeste Sueste en más de diez leguas, no le vimos el cabo del Norte, yendo así á luengo de esta isla primera no hallamos fondo para surgir y descubrimos otra isla, pensamos que toda era una tierra con esta que andábamos hasta que descubrimos la canal de entre las dos islas: hay de la una isla á la otra media legua Leste Oesnorueste, y fuimos allá, y no fallamos fondo para surgir, y ansí fuimos al luengo de esta isla y después descubrimos cuando llegamos á la parte del Leste enviamos al batel en tierra á sondar y halló sorgidor junto con la tierra y no podimos llegar en tierra que nos hacía mucha calma.

Domingo en 21 del dicho mes se tomó el altura al costado de esta isla de la parte del Sudueste en tres grados y 38 minutos y hallé que estábamos de la isla de Terrenate que es una de las islas de Maluco, y la más al Norte de todas Norte Sur cuarta del Nordeste Sueste 55 leguas, de aquí corrimos para ir á surgir en esta dicha isla al Nordeste.

Lunes á 22 días del mes susodicho surgimos en esta isla, á la parte del Noroeste en 40 brazas, aquí nos trujeron muchos mantenimientos de muchos puercos y cabras y gallinas y pescado, papagayos y muchas frutas, estando aquí surtos se tomó el altura en 3 grados y 35 minutos.

Llámase esta isla en que estamos surtos Talao, la gente de ella es gentílica, son hombres de mediana estatura, no andan tan bien

tratados como los de Visaya, solamente traen sendos masteles de algodón, algunos principales traen algún paño de algodón, no andan pintados, tampoco tienen tantas armas como los otros que he dicho, muy bien nos fué con estos indios que nos dieron por nuestros rescates todos los mantenimientos que había en la tierra.

El señor del pueblo donde estábamos nos requirió muchas veces que fuésemos á pelear con ellos á otras islas que estaban de allí al Nordeste las más principales islas las cuales se llamaban Galibu y Lalibu, las cuales dichas islas eran ricas de oro, y no quiso el Capitán consentir en su demanda.

Hay de esta dicha isla á la primera tierra de la isla de Bendonua 40 leguas, córrese con el cabo de Bendonao esta dicha isla Norueste Sueste cuarta del Leste Oeste con Visaya nornorueste sudueste longitud de 80 leguas, entiéndese de puerto á puerto, va fuera de Visaya seis leguas por la parte del Leste en este rumbo tres leguas de esta isla está otra que se llama Aso.

Partimos de esta dicha isla de Talao, sábado á 27 del dicho mes de Octubre haciendo el camino al Sur cuarta del Sueste, y de la boca de esta dicha isla de Talao de la parte del Leste tres leguas al Sudueste yace una baja tan luenga como una galera, la mar rompe encima de ella, no sé si es arena ó piedra.

Lunes á 29 del dicho mes por la mañana vimos tierra, y era la isla de Gilolo y llegándonos tres ó cuatro leguas de la tierra, nos calmó el viento, hay de la isla de Talao á la punta de la isla de Gilolo 30 leguas, córrese Norte Sur cuarta del Norueste Sueste, estuvimos en calma sin poder llegar á tierra cuatro días.

Junta con esta isla de Gilolo, obra de una legua de ella está una isla pequeña que se llama Rabo, córrese con el cabo de Gilolo, que está más allegado al Norte Oeste Sudueste, aquí nos vinieron á ver ciertos indios de esta dicha isla de Rabo á hablar y habláronnos en portugués, de lo que nos holgamos mucho y mostráronnos á Maluco al revés de donde estaba, y al Este de dicha isla de Rabo está otra isla que llaman Chabo, obra de media legua de ella. Viérnes á 2 de Noviembre á la noche nos dió viento al Norte y entornamos por entre esta dicha isla de Rabo y Gilolo para ir á un pueblo que se llama Camafo, que es en esta misma isla de Gilolo, por saber nuevas de Maluco, porque nos recelábamos que había portugueses. Sábado á 3 días del dicho mes de Noviembre éramos á luengo de

esta isla de Gilolo por la parte del Leste, haciendo el camino al Sur y esta derrota hallamos una baja cubierta tres leguas de la tierra Norte Sur cuarta del Sudueste, de la punta de la entrada de esta dicha isla, había sobre ella dos brazas de agua, hay desde el cabo de Gilolo á ella seis leguas de longitud, é yendo así en esta derrota ya dicha, pasamos delante del pueblo de Zamafo, y causólo porque no sabíamos á dónde era, y después de pasado lo reconocimos, y tornamos al dicho pueblo, dende aquí de este paraje donde dimos la vuelta, vimos por encima de la isla de Gilolo la isla de Terrenate y de Tidore, que son las dos islas más principales de Maluco, estas dos islas son muy altas, córrese esta dicha isla de Gilolo por esta parte del Leste Norte Sur en 25 leguas.

Domingo á 4 del dicho mes, fuimos á entrar en el puerto de Zamafo, hay a la entrada de este puerto de Camafo unas diez ó doce isletas pequeñas llenas de árboles muy grandes, y por entre ellas pasamos y fuimos á surgir junto con el dicho pueblo de Camafo á tiro de una piedra de la tierra en 40 brazas, y vino luego el Gobernador de dicho pueblo que se llama Bucar á la nao y trajo consigo un indio, esclavo de portugueses, el cual se llamaba Sebastián, y sabía hablar portugués, el cual nos relató el dicho Gobernador y como estaban portugueses en la isla Terrenate y tenían una fortaleza de calicanto con mucha artillería y tenían ciertos galeones y fustas y había obra de seis años que estaban ahí, y que un Capitán llamado Antonio de Brito había tomado los oficiales ó factores de Su Majestad con toda la hacienda y mercadurías y artillerías que tenían en la isla de Tidore, y habían dado mucha guerra los dichos portugueses á todos los indios de Maluco que se habían mostrado por servidores y amigos de Su Majestad y de sus Capitanes, y que había muy pocos días que habían destruído los dichos portugueses en la isla de Tidore porque habían favorecido á los Capitanes de Su Majestad, y por el consiguiente había tomado el dicho Antonio á G.º Perez (1) de Espinosa con una nao cargada de clavo que había arribado con malos tiempos no pudiendo pasar á la Nueva España, y que mirásemos por nosotros, porque luego que supiesen de nosotros, vendría D. García Enriquez, Capitán que al presente estaba en la dicha fortaleza con grande armada por el Rey de Portu-

(1) Gómez. (Nota del P. Uncilla).

gal para nos tomar, en todo lo que nos dijo hallamos verdadero á este dicho Bubacar, y nos hizo mucha honra y cortesía en su pueblo, dándonos y vendiéndonos muchos bastimentos, así puercos como cabras y arroz y gallinas, cocós, plátanos y otras muchas frutas; este pueblo es muy abundoso de mantenimientos.

Lunes á 5 días del citado mes pidió el Capitán Martín Iñiguez de Carquizano á Bucar, Gobernador del dicho pueblo de Zamafo un parao ó barco en que ellos navegan por mar para inviar á Maluco á los Reyes de Tidore y Gilolo con ciertos castellanos hacerles saber su llegada y para ver lo que era su voluntad de ellos, porque el dicho Bucar dijo que estos dichos dos Reyes nos favorecerían en todo lo que se ofreciese: el dicho Bucar dijo que luego los mandaría esquifar, y que inviaría un hijo suyo con ellas, este dicho día á la tarde vino el parao esquifado y armado, y el Capitán Martín Iñiguez escribió para los dichos Reyes y mandó á A.° de Rios y á mí, que fuésemos con la embajada, y diónos dos barcos para llevar el parao y otros cuatro castellanos, así nos partimos y fuimos al luengo de la isla caminando hácia el Sur siete ú ocho leguas, y de ahí volvimos al Sudueste cuarta del Oeste 15 leguas y dejando ahí el parao en un lugar que se llamaba Games Songury atravesamos la isla por tierra á la otra parte que se sangosta á quedar en menos de una legua de travesía en frente de la isla de Terrenate, y de allí fué el hijo de Bucar, Gobernador de Zamafo á la ciudad de Gilolo, que está obra de siete leguas á hacer saber al Rey como estábamos ahí. Jueves á 8 días del dicho mes de Noviembre envió el Rey de Gilolo por nosotros diez paraos bien esquifados y armados, y envió en ellos á un sobrino suyo llamado Quichiltidore, hombre muy sagaz, el cual nos recibió muy bien, y nos llevó en los dichos paraos á la dicha ciudad de Gilolo.

Este dicho día, á la noche, llegamos á Gilolo, donde fuimos luego aposentados en unas casas, á donde nos invió á decir el Rey que fuésemos bien venidos, y que holgásemos y tomásemos placer, y que otro día se vería con nosotros y juntamente con esto nos invió mucha cosa de comer y de beber, que bien pudieran comer cien hombres.

El viernes siguiente se salió el Rey á unas atarazanas para haberse con nosotros, y dende ahí nos invió á llamar, yendo donde él estaba, fuimos el dicho A.° de Rios é yo á besarle las manos, el

cual no quiso, antes nos hizo levantar, y nos recibió muy bien, luego le relatamos la carta que era de crédito por G.° de Vigo, el cual sabía hablar la lengua malaya, el oída la carta, dímosle la embajada de todo lo que nuestro Capitán nos mandó, diciendo como el Capitán Juan Sebastián de Elcano había ido cargado de especería á España, y había dado relación á Su Majestad del buen recibimiento y tratamiento y favor que había recibido de Su Alteza y del Rey de Tidore, y que Su Majestad, en viendo la buena voluntad de ellos, había mandado enviar siete naos con muchas mercaderías y presentes para ellos, y para continuación del trato de la especería, y las otras naos, excepto la Capitana, se quedaban atrás, y que nos habíamos desrotado de su compañía con un temporal, que esperábamos, placiendo á Dios para esto serían allá y que todas ellas, y cuanto en ellas venia, era para su servicio y favor contra todos sus enemigos, y por aquí dijímosle lo que nos pareció para le traer á lo que deseábamos, de manera que él se holgó mucho y vino á lo que nosotros queríamos, que era que nos favoreciese en todo lo que se ofreciese para contra los portugueses, y el dicho Rey nos contó en cómo habían venido los portugueses á aquellas islas y habían hecho una fortaleza en la isla de Terrenate que estaba de allí ocho leguas, y todo lo demás que habían hecho, así en los capitanes y fatores de Su Majestad como á los naturales de las mismas islas, y luego concertamos que fuésemos á la isla de Tidore en un parao secretamente de noche, porque el Rey de Tidore está unido con toda su gente en la montaña que le habían destruído los portugueses habría *el* (1) días, no más porque yendo de día podría ser que topásemos con algunos portugueses.

Este dicho día, á la noche, se embarcó A.° de Ríos con dos compañeros en compañía de ciertos caballeros que el Rey de Gilolo enviaba juntamente para el Rey de Tidore, é yo quedé en la dicha ciudad de Gilolo, porque el Rey no quiso que fuésemos más diciendo que podía acaecer de topar con portugueses y nos tomasen á todos, y después no habiendo quien certificase á nuestro capitán, pensaría que el dicho Rey de Gilolo nos habría entregado á los dichos portugueses, y por este respeto, no quiso que yo fuese allá, habiendo ido el dicho A.° de los Ríos, en la isla de Tidore viose con

(1) Aquí debe de haber un número, quizá el XL. (Nota del P. Uncilla).

el Rey, aunque le era *muerta la Reina,* (1) su madre, otros caballeros le recibieron muy bien y se holgaron mucho con las nuevas, y después de recibida la embajada, representáronle como los portugueses los habían destruído por haberse mostrado servidores de Su Majestad, y contáronle todo el hecho, y luego apercibió dos caballeros, por nombre el uno Guzman y el otro Bayano, para que fuesen á la nao á nuestro Capitán con nosotros á besarle las manos y á suplicarle de parte del Rey y de todos sus caballeros les hiciese merced de venir con la nao á la isla de Tidore, á donde el dicho Rey estaba, que aunque la isla estaba destruída por los portugueses que ellos se bajarían luego abajo y harían traer muchos bastimentos, y nos favorecerían hasta la muerte, y por aquí otras muchas cosas inviaron á decir.

Domingo á 11 dias del dicho mes de Noviembre el dicho A.° de Rios vino de Tidore, sabido el Rey de Gilolo la terminación de los de Tidore, holgóse mucho en gran manera, y mandó hacer grandes fiestas y borracheras, y mandó apercibir ciertas paraos para que nos llevasen al dicho paraje de la tierra donde habíamos dejado á nuestro parao, llámase aquel paraje Tomalolinga, y allí parten términos el Rey de Gilolo y Tidore, al dicho tiempo que nos queríamos partir, hízonos el Rey una plática, diciendo que él quería inviar á nuestro Capitán á Quichiltidore, sobrino suyo, con embajada, juntamente con nosotros en respuesta de la que le habíamos dado, y para esto era necesario que con el A.° de los Rios é yo con otros tres compañeros quedásemos en la cibdad de Gilolo, porque él sabía de cierto que luego que supiesen los portugueses y el Rey de Terrenate lo que pasaba, vernía con muy grande armada sobre él y le distruiría y que aprovecharía mucho quedarnos allí y hallarnos al tiempo, porque la gente de Gilolo pelearía mejor y tendría más ánimo con nuestra ayuda é ingenio, y los de Terrenate cobrarían miedo, pensando que éramos muchos más, que por este respeto nos rogaba que lo quisiéramos hacer así; viendo nosotros cuánto nos convenía la amistad de este Rey de Gilolo, porque sin él no éramos parte para podernos sustentar en Maluco contra los portugueses, acordamos de conceder en lo que nos decía y ansí quedó el dicho A.° de Rios con tres compañeros, é yo volví

(1) ¿La Reina era muerta? El Rey sí, pero no la Reina. (Id. id.)

con otro compañero, juntamente con los caballeros de Gilolo y Tidore á Zamofa.

Jueves á 15 del dicho mes, llegamos en Zamafa donde fuimos muy bien recibidos de nuestro capitán y de toda la gente porque en este tiempo estaban con gran sobresalto por no saber de nosotros; el señor capitán recibió muy bien á los dichos quichiltidore y guzman y bayano y les dió algunas cosas de las cuales llevamos de España con que se holgaron mucho el capitán de que viendo el buen recado que llevaba, determinó luego de partirse de ahí; en los días que estuvimos en este lugar de comata fuimos muy regocijados y servidos de los indios, porque ese lugar es del rey de tidore.

Domingo á XVIII días del dicho partimos del puerto de camafu para ir en las islas de maluco y nuestra compañía el quichiltidore con dos paraos y el guzmán y el bayano dentro de la nao con nosotros y comenzamos á caminar al norte para ir á doblar la punta gorda de la isla de gilolo, y habiendo casi doblado la punta gorda, nos dió el viento contrario del sudeste, y fué tanto, que nos fué forzado de correr largo y nos hizo abatir que no pudimos tornar adonde habíamos salido porque la corriente y el viento eran contrarios, nos abatieron al norte y fuimos forzando de rondar la isla de moro, que por otro nombre se llama cabo, que antes dije que está al este oeste con la isla de cabo, esta isla de cabo se corre por la banda del noroeste nordeste hasta ocho leguas de esta punta del lesnordeste se corre norte sur, que de nordeste sudeste seis leguas está una punta, entre esta ensenada estuvimos surtos algunos días, y de esta punta al sur hasta el cabo de gilolo, que antes dijimos se corre les sueste oeste nordeste en doce leguas, que es la playa ó ensenada que atrás digo que surgimos fuese batel en tierra y anduvimos no pudiendo hallar ningún pueblo y salimos en tierra llevando con nosotros á guzmán y bayano, hasta que topamos un lugar, y los indios del pueblo se nos pusieron todos en armas y el bayano les aplacó con buenas palabras, de manera que nos trajeron muchas gallinas y cabras y arroz y otros mantenimientos por nuestros rescates; rodeamos esta dicha isla y llegamos al dicho lugar isor, donde habíamos salído, que es por entre rabo y la isla de gilolo, en que éramos, fuera de la isla nos dió otra vez mucho viento y fuimos á surgir á la dicha isla de rabo, que está enfrente de gilolo, y surgimos de la parte del sueste; quichiltidore, sobrino del

rey de gilolo, se apartó de las naos con sus paraos con el viento recio que primero nos había venido y se fué para gilolo.

Viernes á 30 días del mes de Noviembre, día de San Andrés, yendo á surgir de la dicha isla de rabo, nos vino un portugués á la nao con unas cartas de don garcía enriquez, que era capitán de la fortaleza de terrenate por el rey de portugal, y habló con el dicho nuestro capitán y le dió la carta, la cual venía sin firma, y sobre todo esto le hizo cierto requerimiento por parte del dicho don garcía diciendo que estaba en las islas de moluco, en una fortaleza que estaba en la isla de terrenate que está por el rey de portugal, y por cuanto todas aquellas islas estaban en la demarcación del rey de portugal, le requería fuese luego allá á la dicha fortaleza con su nao, donde le sería hecha mucha honra, y que si en esto no quería le requeriría no parásemos en las dichas islas y fuésemos camino de españa ú otras partes donde no fuesen en los límites y demarcación del rey de portugal y donde no que protestaba todos los daños y muertes de hombres hechos; el capitán m. m. yniguez, viendo el requerimiento que le había hecho el portugués, ante todas cosas mostrole una provisión en como le mandaba hiciese una fortaleza en las islas de maluco, y respondió al requerimiento que él venía á las dichas islas de maluco por mandado de su magestad con una armada, y que conforme á lo que su magestad por sus instrucciones le mandaba, haría en todo, y que en cuanto á lo que decía que las islas de maluco estaban en la demarcación del rey de portugal, le negaba porque era muy público y notorio que estaba en la demarcación de su magestad, y no solamente Maluco, mas 400 leguas más adelante llegaba la demarcación de S. M., por lo cual le requería fuese y se saliese de las dichas islas y tierra y no parase hasta salir de la demarcación de su magestad donde no que protestaba á la carta que le escribió, respondió: no firmo porque tampoco trajo firma la de don garcía: según después se declaró, el don garcía tomó por afrenta escribirle y no haber querido firmar, y dijo que si su carta fué sin firma, que no fué de malicia, sino que con la prisa de despachar se le olvidó de firmar; este dicho portugués se llamaba francisco de castro y era alguacil mayor, y con tanto se fué, dende á tres ó cuatro días estando surtos en la dicha isla vino otro portugués que era escribano de la factoría, llamado fernando de baldaya, el cual tornó á requerirnos que fuésemos á

dicha fortaleza de ellos ó nos fuésemos fuera de la demarcación del rey de portugal, y por aquí hizo sus protestaciones tomando testimonios como en tal autos se requieren martín yniguez de carquizano le respondió conforme á lo que primero al otro requerimiento respondido el nuestro capitán hacía muy magníficamente con estos portugueses é indios que en su compañía venían dándoles de algunas cosas buenas que en la nao había, al tiempo que se quería ir el dicho fernando de baldaya díjonos que nos queriades engañar porque detrás de la punta gorda de gilolo nos estaba aguardando su armada, y así era la verdad.

Estando en esta dicha isla de rabo inviamos el batel á la dicha isla de moro y traía mucho arroz y gallinas y cabras y otros muchos mantenimientos, y un día hallamos un barco cargado de mantenimientos en un lugar que se llama cabo y le tomamos; esta isla de cabo está en dos grados y un tercio largos, estando aquí surtos nos cacie ola áncora jueves á 13 días del dicho mes de Enero, y fuenos forzado de nos levantar y hacer á la vela y porque el viento y la corriente nos era contrario, fuenos forzado irnos junto á camafu y surgimos junto de las isletas una legua más hácia el norte del pueblo de camafu enfrente un pueblo que se llama chiaba en este lugar compramos muy muchos mantenimientos que nos traían los indios; un día, saliendo en tierra, nos avisaron los indios de camafu que nos guardásemos porque los indios de chiaba nos querían tomar el batel por mandado de los portugueses: este pueblo de chiaba es sujeto al rey de terrenate.

Estando surtos aquí vino un parao del rey de tidore á la nao para que fuese juntamente con nosotros, y estos paraos son unos navíos bien hechos, sin ninguna clavazón, tienen unos maderos grandes atravesados por medio del cuerpo del navío, y en aquello que sale fuera del navío, que será, si el parao es grande, tres brazas de cada parte, en las puntas de las maderas amarran unas cañas gruesas tres ó cuatro juntos que van del luengo como el cuerpo del navío por contrapesos porque no se trastorne á una parte y á otra, y entre estos contrapesos y el cuerpo del navío van otras cañas amarradas por debajo de los dichos maderos sobre que van asentados los indios que van remando; estos asientos están apartados del cuerpo del navío obra de tres codos; los contrapesos llegan desde obra de braza de la popa hasta dos brazas de la proa y

en las proas les hace sierpes ú otras sotilejas que bien parecen de madera, dentro del cuerpo del navío bogan de proa á popa y más los que van fuera del navío, y un parao de estos, que bagan cien palas y desde arriba y lleva 50 ó 60 hombres de pelea encima de unas ballenas ó barbacoas muy recias que hacen; estas barbacoas van obra de un codo ó medio de altas sobre el cuerpo del navío y van de luengo tanto como los asientos de los indios que van bogando encima de los contrapesos y salen de ancho hasta donde están asentados los dichos indios.

Domingo á 23 del dicho mes de Diciembre salió el Capitán en tierra en una isleta despoblada con la mayor parte de la gente é hizo decir al Capellán misa seca, después juntada toda la gente hizo una plática en general representándoles en como Su Majestad nos enviaba á las islas de Maluco y como habíamos llegado donde al presente estábamos solos con la nación, y como hallábamos á los portugueses apoderados en la tierra con grandes fuerzas y nos habían visto los requerimientos que los portugueses nos habían hecho y las amenazas que nos habían de tomar y otras muchas cosas, que les pedía les dijese cada uno su parecer de lo que deberíamos hacer, irnos á Maluco aventurándonos de pasar á pesar de los portugueses, ó hacer otras cosas de nosotros; todos juntamente y cada uno por sí respondieron al dicho señor Capitán que todos estábamos prestos y aparejados de servir á Su Majestad y de morir en servicio de Su Majestad y que en ninguna manera deberíamos de dejar de ir á Maluco, pues teníamos tan buen favor y ayuda como su merced sabía en los Reyes de Gilolo y Tidore, que si Dios nos daba victoria con los portugueses en la mar que y despues de tomada la tierra bien nos avendríamos con ellos, pues en la cantidad de la gente éramos tantos como ellos ó teníamos mucha artillería y munición, y los españoles muy deseosos de ganar honra, pues había también aparejo, y que nunca Dios quisiese que nosotros fuésemos en reusar de cumplir lo que Su Majestad decía en el mote de la dibisa de las columnas plus ultra: el dicho señor Capitán Martín Iñiguez viendo el gran ánimo de su gente otorgó en su respuesta, y luego embarcando en la nao hizo su repartimiento de la gente para cuadrillas para pelear, é hizo aderezar la nao muy bien de todo lo necesario y nos pusimos á guisa de guerra, aunque siempre lo andábamos, y repartió toda la gente en tres cuadrillas después de dados á los lombar-

deros sus ayudantes, los cuadrilleros que señalaron fueron Fernando de la Torre y Andrés de Urdaneta y Andrés de Palacios, hallámonos en la nao ciento y cinco personas, entre los cuales había más de noventa de pelea y todos escopeteros y ballesteros, y toda la gente estaba tan recia y fuerte como el día que partimos de España aunque había diez y ocho meses que partimos de España.

Estando surtos en la isla de Rabo fué avisado el Capitán Martín de Iñiguez de como Francisco de Soto, Contador mayor que al presente era, andaba sonsacando la gente para levantarse contra el dicho Capitán: sabido esto luego mandó prender y prendió y sacó información contra el dicho Francisco de Soto, y visto la información estuvo determinado el Capitán para sacarle á degollar, y porque hubo muchos rogadores solamente le desprivó del oficio y le condenó en el sueldo y con tanto le perdonó y probeyó en su lugar y oficio Contador Fernando de Bustamante y en la contaduría de la nao me probeyó á mí Andrés de Urdaneta.

Viérnes á 28 días del dicho mes partimos de este puerto de Chiaba para ir á las islas de Maluco llevando en nuestra compañía el parao del rey de Tidore y el indio Guzmán siempre iba con nosotros en la nao: el sábado siguiente tuvimos buen viento y nos echó de este golfo fuera de esta ensenada y del cabo de Gilolo; córrese este cabo que el grue por la parte del Norte Este Oeste cuarta del Noroeste Sueste hay seis leguas, y al Nordeste de este cabo de la parte del Oeste hay otras islas pequeñas que se llaman islas de Doibra de una legua de la tierra de dicha isla.

Este dicho día sábado, yendo navegando al Sudueste con viento próspero, nos salieron de trabés de las dichas islas de Doidi dos galeones de portugueses y una fusta y otros barcos y más de ochenta paraos de Terrenate á pelear con nosotros y con propósito de echarnos á fondo: en este tiempo el parao de Tidore no nos podía seguir porque la nao andaba mucho; viendo los paraos de Terrenate que nuestro parao quedaba atrás fueron algunas de ellas á quererlo atajar y como nosotros vimos esto tomamos las belas de gabia y esperamos al dicho parao el cual nos alcanzó, y en este comedio si los portugueses quisieran bien nos alcanzaran, empero no les pareció buen partido y así nos dejaron pasar.

Lunes á 31 del dicho mes de Enero (1) amanecimos á vista de la is-

(1) Debe decir Diciembre.

la de Terrenate y de Tidore queson las islasque están más al Norte; este dicho día á la noche surgimos en la isla de Tidore por la parte del Norte y los portugueses se quedaron atrás que las perdimos de vista: estando aquí surtos nos vinieron muchas canoas de Tidore y diéronnos aviso de un junco grande de portugueses que estaba cargado de clabo en la isla de Terrenate que se llama Talapame que está obra de dos leguas de la fortaleza: el Capitán Martín Iñiguez estuvo determinado para ir á tomar el dicho junco, y los Oficiales del Rey le aconsejaron que no fuese diciendo que aun los portugueses no nos habían impedido en nada ni nos habían levantado guerra y por este respeto dejó de ir allá.

Martes primero día de Enero de 1527 años por la mañana nos levantamos de adonde estábamos surtos para ir al pueblo principal de la dicha isla, de Tidore que está por la parte del Este Sueste surgimos en el dicho pueblo á las diez horas del día y vino el Rey á la nao él y sus hermanos y el Gobernador y otros muchos caballeros, y en verdad que lloraban los indios de placer en ver á nosotros como si fuéramos sus primos ó hermanos y hacíanlo corazón porque llegábamos á tiempo que los redimimos de cautiverio, no menos placer recibimos nosotros en vernos á donde tanto deseábamos hallar á los indios con tanta voluntad de nos favorecer y ayudar: el Capitán Martín Iñiguez dió cuenta al Rey en breve en como Su Majestad nos enviaba para la contratación del trato de la especería y mandaba que hiciésemos una fortaleza en la isla de Gilolo y Tidore, y favoreciésemos y ayudásemos al dicho Rey de Tidore contra sus enemigos y le defendiese y le guardase sus tierras de cualquiera que les quisiese ofender en algo, y que pues Su Majestad lo mandaba lo susodicho que él estaba presto y aparejado de le favorecer y ayudar con su persona y gente y artillería y munición y con todo lo demás, el Gobernador respondió en nombre del Rey y dijo en como los portugueses habían destruído aquel reino por haberse dado el Rey Almanzor padre de este dicho Rey chiquito por vasallo de Su Majestad y por haber favorecido á sus capitanes y fatores, el cual dicho Rey Almanzor les dejó mandado al tiempo que murió que si armada ó navíos de Su Majestad aportasen á aquellos partes les diese toda ayuda y favor que pudiesen en todo lo que se ofreciese, y según el Rey Mir su hijo que ahora reinaba les mandaba que hiciesen lo mismo y que todos los señores y caballeros y otra cual-

quier gente de sus reinos no saldrían de su mandado, antes estaban prestos y aparejados de morir en servicio de Su Majestad y de su Rey, y que pues el dicho Martín Iñiguez venía por Capitán y Gobernador de Su Majestad y el Rey era un niño que no tenía edad para entender lo que convenía que su merced ordenase y mandase lo que se debía hacer que todos lo obedecerían lo que por Su Majestad les fuese mandado; luego el dicho señor Capitán les rindió las gracias y dijo que así lo haría, y por esto que convenía que ellos jurasen en su ley oferta que son maométicos y que el dicho Capitán y Oficiales para cumplir y guardar del Rey su ley todo lo susodicho y otras cosas que capitularon así de los precios de la especería como de otras cosas, de lo cual fueron contentos los dichos indios y trajeron luego su alcorán y un lienzo como corporales, y sobre ellos puso primeramente el Rey la mano lebeñama y Quichilrrede hermano del Rey y Colanoduce justicia mayor de la dicha isla y prometieron de cumplir todo lo arriba quedo; asimismo juró el dicho señor Capitán sobre unos evangelios y también los Oficiales del Rey, y hecho esto tocaron las trompetas y tiramos toda la artillería, y después de hecho colación, el Rey se salió de la nao con sus caballeros con mucho placer y regocijo.

Este dicho día comenzamos á hacer un baluarte de madera y piedra movediza en tierra y vinieron á ayudarnos muchos indios, y antes de dos días hizimos un buen reparo, los indios levantaron todos los cercos de la ciudad que eran de piedra movediza, y comenzaron á hacer cabas y poblar la ciudad que estaba despoblada y quemada.

El jueves á tres días del dicho mes de Enero sacamos en tierra ciertos tiros de bronce ó de hierro y pusimoslos en el dicho baluarte, el capitán Martín Iñiguez puso por su teniente con 40 hombres á Fernando de la Torre y quedamos en la nao con el dicho capitán general sesenta hombres, pensando que viniesen los portugueses á tomar la dicha nao; había de la nao al baluarte obra de ciento y cincuenta pasos y otros doscientos pasos más ó menos se haría á una punta dentro de la cual estábamos surtos: en esta dicha punta hicimos otro baluarte que le pudieran defender tres hombres, allí pusimos un pasamuro y del otro cabo de la ciudad pusimos otro pasamuro y un tiro grueso, y descargando la nao estuvimos muy aparejados esperando cada día la armada de los portugueses.

E dende á cuatro ó cinco días vinieron dos paraos de Terrenate en las cuales venía Fernando de Baldaya escribano de la fatoría con otros portugueses; y habiéndoles dado seguro el señor capitán llegaronse á bordo de la nao, los cuales venían en achaque de hacernos requerimientos á ver como estábamos, después de estos requerimientos tornaronse con la respuesta acostumbrada á su fortaleza que estaba de allí á cuatro leguas en la isla de Terrenate.

Jueves á 28 (1) del dicho mes de Enero de 1527 á la media noche vinieron los portugueses con grande armada de paraos de indios y una fusta y un batel grande hecho á posta para artillería, y pensando que no hacíamos tan buena guarda acometieron de llegarse hacia la nao, y en esto tirolos con un pasamuro el lombardero que estaba en la dicha punta y recogiéronse mas atrás, y comenzáronnos á bombardear y diéronnos en el costado de la Nao con la grande pelota que tiraron, luego acudieron abajo con candela para ver si ha hecho algún daño, y andando así en bajo tiraron otro tiro grueso al resplandor de la lumbre que parecía por donde había rompido la primera lombarda y acertó á meter por el mismo lugar y mató un hombre é hirió tres ó cuatro: en este tiempo nuestra artillería hacía el mismo oficio de manera que nos bombardeamos muy reciamente los unos á los otros, duró el combate hasta el viernes á medio día que se refugiaron á detrás una punta los portugueses. Este dicho día á hora de vísperas supimos por los indios como los portugueses é indios de Terrenate estaban detras de aquella punta, y muchos de ellos andaban en tierra á la orilla del agua, luego el dicho capitán Martín Iñíguez envió allá quince españoles con obra de doscientos indios, y dieron sobre ellos y mataron según dijeron dos portugueses y ciertos indios y les hicieron embarcar á nado y con tanto se volvieron sin recibir ningún daño de los portugueses aunque les tiraron muchos tiros.

Luego esta dicha tarde vinieron los portugueses con su armada y nos tornaron á bombardear, á los cuales les respondimos conforme á la demanda que traían y se volvieron sin hacernos daño ninguno: esta dicha tarde traían puesta en el espolón de la fusta cerca del agua una bandera colorada representándonos la guerra á fuego y sangre.

(1) Tiene que ser, ó 17 (XVII) de Enero, si el 3 de Enero, como dice más arriba, era jueves y el 19 sábado.

Sábado á diecinueve del dicho mes de Enero por la mañana tornaron á venir los dichos portugueses con su armada y nos bombardearon hasta hora del medio día: no menos hicimos nosotros á ellos de cuatro partes, este día se les rompió á los portugueses un tiro grueso que traían en la proa de la fusta y se volvieron á Terrenate con tanto, pensando que ya dejaban la nao de manera que no pudiese navegar y á la verdad mucho daño nos hicieron, más daño recibió la Nao de la artillerría que se tiró de ella que no de las lombardas que ellos nos tiraron, porque se abrió mucho y sobre el agua, que primero hacía tornó á entrarnos en cantidad que nos daba mucho trabajo no pudiendo tenerla sobre el agua.

Este dicho día á la tarde vinieron cinco paraos de Gilolo en los cuales venían dos cristianos de los que habían quedado en compañía de A.º de Ríos, con los cuales enviaba el Rey de Gilolo al capitán muchos bastimentos de comida para su gente, el domingo siguiente á 20 del dicho mes estando estos paraos junto á la nao vino nueva en como dos barcos cargados de clabo atravesaban de la isla de Natiel que está cinco leguas de aquí para la isla de Terrenate luego fueron los dichos paraos tomando tres ó cuatro escopeteros cada uno en busca de los dichos barcos y á boca de noche alcanzaron al uno de los dos y pelearon con el asta que lo tomaron, este clabo era de don García Enríquez capitán de los portugueses, y venían en el dicho barco un portugués y veinte y tantos esclavos á los cuales mataron los indios y les cortaron las cabezas, escepto á un esclavo ó dos porque tomaron vivo muchos, procuraron los castellanos de tomar vivo al portugués empero no lo pudieron valer, porque entrando primero los indios en el barco y diéronle de mano y echáronle en la mar, el cual se fué al fondo porque estaba muy armado y así se vinieron los cinco paraos con mucho estruendo de tambores y bocinas de cañas trayendo conmigo el barco con obra de cien quintales de clabo: estos indios son muy carniceros y crueles en la guerra y á los hombres que matan cortanles las cabezas y cuélganlas en unas varas dentro las paraos y así se los llevan hasta los pueblos de adonde son, y llegando hacen grandes fiestas honrando á los matadores por valientes hombres cualquiera que cortase cabeza en la guerra tiene un tanto que le da el rey.

Tomaron en el dicho barco un berzo y otro tirillo de bronce y una escopeta, el capitán tomó el clabo para S. M. pagando á los in-

dios lo que le pareció que era bueno, y los tirillos envió al rey de Gilolo y escribióle ofreciéndosele mucho y así se volvieron los dichos indios.

Dende á muy poco tiempo tornó á enviar al capitan el rey de Gilolo ciertos paraos cargados de bastimentos, y mas le envió cierta cantidad de cobre que anda en la tierra que se llama Pipicy, envióle á rogar que le enviase treinta escopeteros y alguna artillería porque tenía por nueva muy cierta que los portugueses y el rey de Terrenate hacía grande armada para ir sobre él; viendo el capitán Martín Iñíguez cuanto nos convenía la amistad de este rey de Gilolo que es el más poderoso rey de Maluco y en su tierra y demás bastimentos, acordó hacer lo que le enviaba á decir y luego envió á Martín García de Carquizano con veinte y tantos hombres, y envió con él un pasamuro y una lombarda gruesa y un falconete y dos versos, y enviole á rogar que le diese favor y ayuda de carpinteros y tablazón y màdera para hacer unafusta en la ciudad de Gilolo, el rey fué muy contento de esto y luego pusieron en obra de hacer la fusta, el guallebo solamente daba un marinero lebantisco, que los demás los mismos indios los hacían.

A veinte y tantos días del dicho mes de Enero fueron obra de veinte castellanos y trescientos indios de Tidore á pelear con canoas pequeñas á un lugar de la isla de Motil, el cual lugar quemaron y mataron en él dos paraos uno grande y otro pequeño.

Luego mandó el capitán Martín Iñíguez aparejar estos dos paraos y otro grande que había en la dicha isla para enviar á un lugar que se llama Beda que está obra de cuarenta y ocho leguas de Tidore al es sueste poco más ó menos, y dende á cuatro ó cinco días me mandó el dicho capitán á mí que fuese hasta llegar al dicho lugar de Beda con los dichos tres paraos á saber de unos navíos que decían los indios que estaban allá surtos, á ver si eran los nuestros, y así me partí llevando en mi compañía otros dos cristianos y llegué al dicho lugar de Beda y no pude hallar noticia de tales navíos y dí la vuelta, y habiéndonos faltado los bastimentos llegamos á las islas de Gacea que están obra de veinte y tantas leguas de Tidore apartadas de la isla de Gilolo, y llegados allá no nos quisieron vender los indios ni dar nada, por lo cual salimos en tierra á pelear con ellos en un lugar que se llama Tabelica y lo quemamos y tomamos ciento y tantas personas entre hombres y mujeres, matamos más

de cincuenta y partimos con esta presa para ir á un lugar que se llama Gane, que está en la dicha isla de Gilolo, y llegados allá recibiéronnos de paz, aunque al presente estaban sujetos al rey de Terrenate: en este lugar vendimos bien la mitad de los indios que habíamos tomado, y partimos dende aquí para Maluco.

En el mes de Febrero día de carnes tolendas topamos en una baya que está en la dicha isla de Gilolo enfrente de un lugar que se llama Aquemaora, seis paraos de Terrenate armados y con portugueses, las cuales estaban esperando que habían sabido adonde habíamos ido y comenzamos á pelear los unos con los otros muy reciamente, de tal manera que se hirieron de nuestra parte bien cuarenta indios y mataron seis y también fué herido un compañero de los cristianos y mas perdimos la presa que llevamos y así nos acogimos, este día á la noche llegamos en Tidore.

En este mismo tiempo se toparon toda la posibilidad de la armada del rey de Gilolo y de Terrenate entre las dos islas, y muchos portugueses y castellanos de una parte y de otra, y pelearon hasta que no les quedó munición ni á ellos ni á nosotros, y así se apartaron por buenas; de una parte y de otra hubo muchos indios muertos y heridos.

La nao hacía tanta agua que no la podíamos tener sobre agua, y queriéndola mandar echar á monte el capitán para derezar y enviar á España cargada de clabo, dijeron algunos marineros que no era posible poder navegar aquella nao, por lo cual mandó llamar al maestre y piloto y marineros de la dicha nao y á otras personas que se les entendía en aquel caso, y les tomó juramento en unos evangelios si estaba aquella nao para poder navegar, y todos juraron uno á uno y depusieron que no era posible poderla aparejar de manera que pudiese navegar, porque tenía quebrados ciertos cruges y peñoles y corbazones de las culadas que había dado en el estrecho de Magallanes; visto esto el capitán determinó de hacer un galeón para inviar á España para hacer saber á S. M. lo que pasaba, y luego puso por obra y comenzaron á labrar los carpinteros, y el rey de Tidore daba ayuda en lo que se ofrecía para ello.

Por el mes de Marzo de 1527 vinieron aluengo de las islas de Tidore dos paraos de Terrenate y portugueses armados, y pusiéronse enfrente de la ciudad de Tidore haciendo alas porque sabían que aun en Tidore no había paraos; acertó este tiempo á estar ahí

dos paraos del reino de Gilolo en los cuales estaban cuatro castellanos, y el rey de Tidore tenía un parao bueno; viendo el capitán que los portugueses estaban todavía quedos sin temor ninguno, mandó armar el parao de Tidore para que juntamente con los de Gilolo diesen sobre los portugueses, y encargose del dicho parao Cuchilrede, hermano del rey, y á mí me mandó el capitán y en el dicho parao con otros ocho compañeros y así embarcados salimos á fuera y dijimos á los de Gilolo que fuésemos todas tres paraos juntos para que ellos dos balroasen al uno de los de Terrenate y nosotros solos al otro, y respondiéronnos que ellos solos querían acometer dos á dos, y que para ello les diésemos alguna pólvora y pelotas porque tenían falta de ello, que acometiéndolos ellos y nosotros que aunque los benciésemos no ganábamos honra y que por eso nos rogaban que los dejásemos solos, adonde no que nos fuésemos nosotros que ellos no querían ir ni por más que les dijimos no aprobechó con ellos otra cosa, por lo cual los acometimos solos y anduvimos peleando gran pedazo hasta que los enemigos huyeron, y siguiéndoles obra de legua y media las paraos de Gilolo, en este comedio seguíamos todavía apartados afuera aunque no peleaban, viendo que no les podíamos alcanzar, quisimos dar la vuelta y al volver tirámosles un tiro verso, y el lombardero dejado á mal recaudo la pólvora tomó fuego y quemónos á muchos, y yo hallándome cerca del barril de la pólvora, salté á la mar que está desarmado y para cuando torné encima del agua ya el parao nuestro iba de huida porque los portugueses, viendo quemar la pólvora, arremetieron para nosotros,. ni por más que les dije ni por golpes que los castellanos diesen á los bogadores indios no me quisieron tomar y se huyeron dejándome en la mar, y como yo ví esto comencé á nadar hácia las paraos de Gilolo, y de rato en rato, empinándome encima del agua y capeábales con la mano de manera que me vieron los castellanos que estaban dentro en los paraos de Gilolo, é hicieron con los indios que fuesen á socorrerme porque los paraos de Terrenate venían ya sobre mí tirándome berzazos y escopetazos; plugo á nuestro Señor que llegaron los de Gilolo á tan buen tiempo que me tomaron sin que me hubiesen hecho daño ninguno los enemigos; mucho me ayudó este día el buen nadar; yo iba muy quemado, de manera que estuve bien veinte días sin salir de una casa de los indios de Gilolo; hubo muchos heridos en esta

escaramuza en el parao de Tidore; fueron quemados el quichilrrede y otros quince ó dieciseis, de los cuales murieron los más de los castellanos; fué muy quemado p.º de ramas y dende á tres ó cuatro días envió el capitán don García Enriquez en dos paraos á Fernando de Baldaya y á otros cinco ó seis portugueses, diciendo que quería paces con nosotros, y para ello asentamos treguas de manera que cada día venían portugueses é íbamos nosotros á la fortaleza de ellos; duraron estas treguas obra de un mes.

Mediado el mes de Mayo del dicho año vinieron dos navíos de portugueses en los cuales venía don Jorge de Meneses por capitán con cien portugueses á la dicha fortaleza, y después de tomada la posesión de su gobernación y capitanía general, dende á pocos días envió sobre seguro al alguacil mayor y alcaide de la fortaleza y un escribano á requerirnos le dejásemos la tierra libre y nos fuésemos para España ó á otras tierras de S. M., por cuanto aquellas son del rey de Portugal; si quisiésemos más fuésemos á su fortaleza donde nos harían mucha honra, y si quisiéramos ir á España nos darían navíos en que fuésemos, ó donde no que protestaba, y que el capitán Martín Iñiguez respondió que aquellas islas y tierras eran de S. M. y él estaba en ellas en su servicio y nombre y se volvieron los dichos portugueses.

Dende á dos ó tres días que llegó el dicho don Jorge de Meneses se nos huyeron Francisco de Soto Contador mayor que fué y Andrés de Palacios para los portugueses.

A los veinte de Mayo sería mandó ir el Capitán Martín Iñiguez á Fernando Bustamante Contador mayor y á G.º de Campo alguacil mayor y á mí Andrés de Urdaneta á la fortaleza de los portugueses, á requerir á don Jorge de Meneses nos dejase todas aquellas islas y tierras de Maluco y de sus demarçaciones y nos entregase la fortaleza que tenía en la isla de Terrenate, por cuanto aquellas islas y tierras eran dentro en la demarcación de Su Majestad, y por el consiguiente le entregase á don García Enriquez Capitán que había sido en la dichafortaleza, por cuanto nos había levantado y hecho guerra sin autoridad y mandado del serenísimo Rey de Portugal y nos había hechado al fondo una nao de más de cuatrocientos toneles, porque cumplía así á servicio de los Príncipes él mandase entregar al dicho don García Enriquez para y enbiarlo preso á Su Majestad, dondeno que protestabay protestoc. f. a.; los

portugueses les habían muy mal estas cosas y se daban á la gracia de Dios, diciendo que á pesar de tal como podía ser que una nao sola de castellanos viniese de España desde cinco mil leguas estuviendo ellos en la tierra apoderados con fortaleza y navíos y mucha gente y nos entrásemos y su pesar en ella, y no contentos con ello les quisiésemos echar de la tierra tuviendo ellos en su favor las tres partes de los indios y gente naturales de la tierra y otras cosas semejantes decían, pareciéndoles mal tener nosotros tanto ánimo, y don Jorge de Meneses respondió á este requerimiento y así nos volvimos.

A fin de Mayo del dicho año fué informado el Capitán Martín Iñiguez en como Martín García de Carquizano y Alonso de Rios andaban en diferencias en Gilolo, por lo cual les envió á llamar, y venidos ellos me ynbio á mi por Capitán de la gente que tenía en Gilolo y que hiçiese hacer la fusta y dar prisa en ellas; los portugueses vinieron á asentar treguas con nuestro Capitán diciendo que querían tener paces con nosotros hasta en tanto que haciéndolo saber á su Rey les viniese mandado suyo de lo que deberían hacer: nosotros nos olgamos en ello, en estas treguas entraron todos los indios así de una parte como de la otra.

Y los Reyes de Terrenate y Bacando con todas sus tierras favorecían á los portugueses y así mismo la isla de Maquian y la isla de Maique son dos islas de las de clabo con todos sus basallos, y á nosotros nos favorecían el Rey de Gilolo y el de Tidore.

Las treguas que los portugueses asentaron con nosotros fueron con cautela y gran traición, porque viniendo muchas veces á nuestra isla procuraron de alzarse con los indios de Tidore á poder de dádivas que nos matasen á traición, y no hallando aparejo en los indios procuraron de matarnos con ponzoña echando en un pozo de donde bebíamos, lo cual fuimos avisados y así se remedió: empero todavía tuvieron manera para matarnos al Capitán Martín Iñiguez al cual le dió ponzoña según pública fama Fernando de Baldaya, fator de la fortaleza del Rey de Portugal por mandado de don Jorge de Meneses, y dende el día que le dió en un mes murió.

Antes que muriese el dicho Capitán Martín Iñiguez estando yo en Gilolo y en treguas con los portugueses, vinieron dos paraos de Terrenate y entraron en la ensenada de Gilolo y andando pescando los indios de Gilolo seguros tomaron los portugueses dos canoas de

ellos, y mataron todos los indios que estaban en ellas, de lo cual el Rey de Gilolo estuvo muy enojado contra nuestro Capitán, diciendo que por nuestro respeto le habían muerto aquella gente, por escribirle el que muy seguros podían andar.

Por los indios que le mataron los portugueses y los de Terrenate estuvo muy enojado el dicho Rey de Gilolo y luego mando apercibir toda su armadura por la mar y embarcar con el mismo en persona y fuimos dende á obra de ocho leguas á esperar á ciertos paraos de Terrenate y sus tierras que venían cargados de bastimentos de moro, con los cuales nos topamos y tomamos muchos de ellos y matamos y tomamos muchos indios y así vengamos la injuria pasada: moro se llama todas aquellas provincias é islas que están de la punta gorda de Gilolo hácia Camafo y Chabo: en todas aquellas provincias é islas hay muchos bastimentos.

A doce días del mes de Julio falleció el Capitán Martín Iñiguez de Carquizano de esta presente vida al cual enterramos en una iglesia que teníamos, y Dios sabe cuanta falta nos hizo por ser hombre muy hábil y valeroso para el dicho cargo era muy tenido así de los cristianos como de los indios.

Muerto el dicho Capitán los Oficiales que al presente eran del Rey hicieron juntar toda la gente en la iglesia, y así todos juntos puso primero plática Martín García de Carquizano, dijo que por ser al presente Tesorero general de Su Majestad le pertenecía el cargo de Capitán general y Gobernador, constaba por una instrucción de Su Majestad por virtud de la cual requería de parte de Su Majestad le tomasen y recibiesen por su Capitán general y Gobernador de las dichas islas de Maluco, oida esta plática por la gente hubo muy pocos que le quisiesen recibir por tal, porque estaban mal con él por algunas sinrazones que hizo contra algunos, como vido d.º de Salinas fator que no querían por Capitán al dicho Martín García de Carquizano tornó á requerir á la gente por virtud de la dicha instrucción que le recibiesen por Capitán, por el consiguiente habló Fernando de Bustamante Contador general y dijo que ahí no había otro oficial del Rey si él no ni persona que tan suficiente fuese para el dicho cargo, y por tanto les requería á todos en general y á cada uno por su cabo le recibiesen por su Capitán y Gobernador, donde no que protestaba de quejarse á Su Majestad, por ello tornó el dicho Martín García á replicar en ello contradiciendo á los otros Oficiales,

y por el consiguiente el Bustamante y así se les pasó el día sin elegir Capitán.

El otro día segundo viérnes á 12 del dicho mes se tornaron juntar todos los dichos Oficiales y parte de la gente en dicha iglesia, y comenzando á platicar en el mismo negocio los dichos Oficiales y á trabarse en palabras, y el Bustamante era el que más revolvía en el negocio el cual estaba armado con cierta gente que había sobornado con dádibas, y viendo esto muchos hombres de bien que había en la compañía requirieron al alguacil mayor que les quitase á todos las armas hasta tanto que se hiciese Capitán, lo cual se hizo así: estuvieron hasta cerca de la noche los dichos Oficiales boceando con requerimientos y protestaciones sin venir en conclusión viendo la gente las diferencias de ellos dijeron que no era justo que estuviesen tanto tiempo sin elegir Capitán tuviendo tan vecinos á los enemigos, y con esto se salieron de la iglesia dejando á los dichos Oficiales; se fueron para la fortaleza donde estaba Fernando de la Torre teniente de Martín Iñiguez de Carquizano, al cual dicho Fernando de la Torre dijeron todos á una voz que él querían que fuese su Capitán y Gobernador en nombre de Su Majestad hasta tanto que viniesen algunas de las personas que Su Majestad en su instrucción enviaba que lo fuese, y alzáronle en peso diciendo Capitán tenemos; el dicho Fernando de la Torre se escusó diciendo que á otro más suficiente que él deberían de dar el dicho cargo; empero todos le respondieron que allí no había tal persona y que á él le querían, y así le requirieron por parte de Su Majestad lo acetase el dicho cargo, porque así cumplía el servicio de Su Majestad; y viendo el dicho Fernando de la Torre la voluntad de la gente aceptó el dicho cargo, viniendo un escribano le juraron todos, y sabido esto los Oficiales del Rey también hicieron lo mismo pues á él no podían hacer.

Dende á pocos días envió el dicho Fernando de la Torre á Alonso de Rios y á otros con un escribano para que lo jurásemos yo y los que conmigo estaban, lo cual se hizo así, y mandó que el dicho Alonso de Rios quedase en la dicha ciudad de Gilolo por Capitán de toda la gente que allí estaba y para acabar de hacer la dicha fusta, por cuanto el Capitán Martín Iñiguez le dió la capitanía de ella antes que muriese, y á mí me mandó que fuese á Tidore donde le pedí por merced me dejase estar en Gilolo y con su licencia me

torné, también me dejó señalado el dicho Capitán Martín Iñiguez por Tesorero de la mar que era muy buen oficio si pudiéramos tratar, el dicho Capitán Fernando de la Torre nombró por su teniente á P.º de Montemayor que primero en vida de Martín Iñiguez estaba de cuadrillero en un baluarte que estaba al cabo de la ciudad y en su lugar puso á Diego de Xala.

Las paces con los portugueses no se habían acabado de concluir, y todavía iban y venían los unos á los otros, y en este tiempo envió el don Jorge de Meneses un hombre de los suyos como que venía á nosotros huyendo diciendo que era castellano, y que quería servir á Su Majestad: el Capitán Hernando de la Torre le recibió muy bien y le dió de vestir y lo asentó en el sueldo como á cualquiera de los de nuestra compañía; desde á 15 días que este fugitivo había venido envió el dicho don Jorge un parao con ciertos portugueses en achaque de negociar ciertas cosas con nuestro Capitán, los cuales dichos portugueses traían ciertas granadas de pólvora con ciertas cosas confecionadas y las dieron al dicho fugitivo para que las pusiese dentro en el navío que estaba en el astillero ya calafeteando, y después de puestos en el navío se fuese tras una punta que estaba de allí á un tiro de lombarda que allí le esperarían, el cual dicho fugitivo hizo así y se fué con los dichos portugueses; hácia la media noche prendieron fuego las dichas granadas; empero no hizo daño el fuego porque el navío no estaba breado y también al estruendo de las granadas acudió la gente á matar el fuego; y así se habían los portugueses con nosotros en las treguas pues con la guerra no podían hacer sus cosas como deseaban; y nosotros tomamos por mejor partido de tener buena guerra que no mala paz y así quebramos las treguas los unos y los otros; dende á muy pocos días tuvieron muy grandes diferencias los unos y los otros entre don Jorge de Meneses y don García Enriquez en que el don García prendió al don Jorge y se alzaron con la fortaleza, los de la parte de don Jorge se juntaron obra de sesenta hombres y se hicieron fuertes en un lugar obra de una legua de la fortaleza, y de allí vino el alcaide de la fortaleza que habíase ido por don Jorge por parte de los dichos sesenta portugueses, suplicándole á nuestro Capitán le hiciese merced de acogerlos en nuestra y ampararlos de bajo de su bandera hasta tanto que el dicho don García soltase al dicho don Jorge que lo tenía preso; el dicho nuestro Capitán se le ofreció de acoger y favorecer has-

ta hacer soltar al dicho don Jorge, no mirando á las traiciones y bellaquerías que nos habían acometido y para esto capitulo con este dicho portugués ciertas cosas para confianza y seguranza de nosotros, y con esto se fué el dicho portugués, y como hallaron también socorro en nosotros hicieron saber su determinación á los dichos don García y don Jorge, y como ellos reconocieron que nosotros no veníamos en que los portugueses querían sino por destruir á todos ellos, luego se conformaron y concertaron soltando al dicho don Jorge y entregándole su fortaleza lo cual no se erraron.

Andando los dichos portugueses en estas revueltas se pasan á nosotros Quichil Unar el mayor señor de Maquian, y el pueblo más principal que tenía bien mil hombres de guerra, y vínose él mismo en persona á verse con el Capitán, y se le ofreció que quería ser vasallo de Su Majestad dende ahí en adelante, y que él y todos sus deudos y vasallos hacían aquello que el señor Capitán les mandase y que su merced por el consiguiente les favoreciese y amparase de los portugueses y de los de Terrenate; el señor Capitán los recibió muy bien y se le ofreció que así como él pedía le favorecería, esta isla de Maquilán es una de las islas de la especería y donde más clabo y mejor se coge, el dicho Quichil Umar volvió luego á su isla, con el cual envió á el dicho señor Capitán á Martín de Islares con otros cinco hombres y ciertos tiros para que estuviesen con él en su pueblo para defender y ayudar contra los dichos portugueses, porque había gran fama que hacían grande armada los dichos portugueses para ir á destruir al dicho Quichilumar antes que esto acaeciese hubimos una gran pelea los castellanos que estábamos en Gilolo juntamente con los de Gilolo contra los portugueses y los de Terrenate en la mar en que nosotros éramos diez y nueve paraos y los enemigos eran treinta y siete, y topándonos obra de dos leguas de Gilolo sobre la punta gorda de Tubage, comenzámonos á lombardear los unos á los otros en tal manera que duró la escaramuza más de cuatro horas grandes y con la humareda de la pólvora de la artillería y escopetería de fuera no nos podíamos ver, pues los indios no menos dejaban de tirar con unas varas largas que tiran con unas zurriagas y eran en tanta cantidad que estas varas que echan que vienen tan espesas como lluvia, y hay parao de estos que van cuarenta tiradores de estas varas que se llaman calabais, y cada indio que tira estos lleva un hace de cien calabais y no cesó la

pelea hasta que gastamos toda la munición que llevábamos de una parte y de otra; queriendo nosotros balroar con los enemigos para venir á las manos huyéronnos, á los cuales seguimos un buen pedazo y después tornámonos á recojer los calabais que habíamos tirado los unos á los otros, y así nos volvimos muy victoriosos á Gilolo, hubo muchos indios heridos y muertos de una parte y de la otra, y también hubo algunos castellanos y portugueses heridos, en esta vuelta fué herido Quichil de Roebes, Gobernador de la isla de Terrenate y el más valeroso y temido indio que había en todas aquellas indias, las heridas fueron tres, un escopetazo y una saetada y un calabayazo.

Y dende á pocos días que fué Capitán Fernando de la Torre vino á él un día Quichilrede, hermano del Rey de Tidore con otros caballeros deudos suyos, y le dijo que un caballero criado de la Reina, que se llamaba Derrota el cual servía á la Reina y al Rey, su hijo de caballero, porque cuando salían fuera de casa lleuábalos á cuestas, y dijo que este Derrota dormía con la Reina y no contento con esto que quería la Reina acogerse con el Rey y con el dicho Derrota en un lugar fuerte de la isla que se llama Marien, y porque el Derrota era muy valiente hombre no había ninguno que le fuese á la mano, y que lo que á él le parecía la Reina se carteaba con los de Terrenate, porque había sentido que á muchos caballeros de la isla les pesaba de la maldad que ella hacía que mirase su merced de verlo, porque si el Derrota se acogía á Marrien con la Reina, se perdería luego la isla, porque darían entrada á los enemigos, y que á él le parecía que deberían buscar manera para matar al dicho Derrota, al Capitán le pesó mucho de las cosas que le dijo el Quichilredes, y sobre platicar muchos días en ello el Capitán acordó de hacerlo matar, y así encomendó á Martín de Islares y Andrés de Aleche que aguardasen al dicho Derrota una mañana amanece no amanece que á estas horas iba él á lavarse á la ribera de la mar, porque era mozo, los cuales dichos Martín de Islares y Andrés Aleche hicieron lo que el Capitán les mandó, y topándole una mañana le dieron una estocada al dicho Derrota, con la cual se les huyó sin poderle herir, más para esto el Quichilrede tenía sus deudos y amigos apercibidos y acudió luego á casa del Capitán y juntados todos los castellanos fué el señor Capitán con el dicho Quichilrede adonde estaba el dicho Derrota, en su casa, y allí le acaba-

ron de matar unos judíos por mandato de los dichos Capitán y Quichilrede, para esto habíanse juntado todos los indios de la dicha isla, y el Capitán puso una plática para que Quichilrede fuese Gobernador, de lo cual fueron los indios contentos y se hizo así, y despribaron del oficio á Lebeñama que primero era Gobernador.

Antes de Navidad de este dicho año de 1527 fué D. García Enríquez con grande armada sobre Maguián y á cabo de ciertos días que estuvo sobre el dicho lugar no le pudiendo entrar porque los indios defendían bién con la ayuda de los nuestros, al fin entraron en el dicho lugar y le quemaron y destruyeron, mataron á la entrada un castellano y prendieron otro y mataron muchos indios, el Quichilumar se acogió á la sierra con los otros castellanos que quedaron, y desde ciertos días se vino con su mujer é hijos á Tidore y se vinieron con él los castellanos que quedaron al tiempo que los portugueses entraron en el dicho lugar, hallóse un indio jaba natural de la Jaba, y como vió á los portugueses dentro del pueblo fuese á su casa donde tenía su mujer é hijos á los cuales todos mató y después de muertos á ellos, fuese derecho á los portugueses con una daga en la cinta y arremetió con un portugués que venía en la delantera al cual degolló con la daga aunque venía armado y muerto á él abrazóse con otro y diole una herida; en esto matáronle los otros portugueses que se hallaron cerca del muerto, qué más animo de hombre pudiera haber que el de este indio en ninguna generación del mundo.

Antes de dos días de Navidad partimos de Gilolo con la fusta que se había ya acabado de hacer, y venimos á Tidore; salió muy buen navío, era de diez y siete bancos el navío que se hizo en Tidore, era la madera muy bellaca de arte que no pudo navegar.

Pasada Navidad de 1527 envió el señor capitán á Pedro de Montemayor con ciertos castellanos y cinco paraos de indios á tomar un lugar de Maquian que estaba por los portugueses, y yendo allá toparon dos paraos de los de Terrenate á los cuales dieron caza los nuestros, é hicieron encallar el uno de ellos en la isla de Motiel, y luego algunos portugueses que iban en el parao sacaron en tierra un verso que tenían, y pusieron un baluarte que estaba allí é hicieron varar el parao en tierra á los indios, llegados los nuestros en tierra desembarcaron y entráronles el baluarte á los portugueses é indios de Terrenate y Motiel y les tomaron el verso, y mataron ciertos in-

dios, y los portugueses y los otros huyeron á un lugar que estaba allí cerca; trajeron el dicho parao á Tidore el cual boga más de cien palas.

Otras muchas veces que aquí no pongo nos topamos los unos á los otros y hubo cristianos muertos y heridos así de castellanos como de portugueses y muchos indios, si hubiese de poner todos los recuentros que hemos habido con los portugueses é indios amigos suyos y la destrucción que hemos hecho en lugares de amigos suyos sería para nunca acabar.

Por el mes de Febrero fuimos la armada de Tidore á Mañia á destruir un pueblo que se llama Ginta muy grande, el más fuerte que había en la dicha isla, íbamos treinta castellanos; el cual dicho lugar tomamos con mucho trabajo por ser muy fuerte y trajimos á Tidore al Señor de dicho pueblo y donde allí quedó por vasallo de Su Majestad.

Mediado el mes de Marzo envió el rey de Gilolo á pedir socorro al capitán y á Quichilrede para ir á tomar un pueblo muy fuerte y el más rico que hay en todo Maluco, que se llama Tuguabre que está á obra de dos leguas de Gilolo, el cual dicho pueblo es de la parte de los de Terrenate y portugueses, luego en la misma hora se armaron diez paraos grandes y en ellos se embarcó toda la mejor gente que había en toda la dicha isla, y el mismo Quichilrede fué capitán de los dichos indios y fueron treinta hombres castellanos escopeteros los más y algunos ballesteros, y llevabamos en los dichos paraos algunos versos y falconetes y muy buenos lombarderos, y llegados á Gilolo los nuestros supieron como Quichil de Reves estaba en el dicho lugar de Tuguabes con trece paraos bien armados y muchos portugueses en ellos, sabidas estas nuevas dijo Quichilrede al rey de Gilolo que quería ir con su armada á pelear con el dicho Quichilderroves, al rey le pareció muy bien y armó cinco paraos grandes, y enviólos en compañía del dicho Quichilrede, no envió más armada el dicho rey de Gilolo porque toda su gente estaba sobre el dicho lugar de Tuguabe que le tenía cercado, otro día se fué el dicho Quichilrede adonde estaba Quichilderrebes con su armada, y como vió á los nuestros luego salió á recibir y comenzaron á pelear los unos con los otros muy reciamente, porque de una parte y de la otra había la mejor gente de indios que había en todas las islas de Maluco, y había buena gente y diestra de castellanos y por-

tugueses y medianamente de artillería, duró esta pelea hasta tanto que los portugueses y los de su parte echaron á huir y los nuestros cogieron el campo que es como atrás dije que son los alabays, hubo en esta pelea más de cien muertos y heridos, ningún castellano fué muerto, en esta pelea hicieron dos lombarderos uno nuestro y el otro contrario dos tiros muy singulares y malos para ellos que tirándose el uno al otro con sendos falconetes, el portugués acertó al nuestro en mitad de la boca y le llevó la media boca con dientes y muelas y quijadas, que quedó el másfeo hombre delmundo después que sanó el nuestro lombardero flamenco que se llamaba Roldan, acertó al portugués por medio de la coyuntura del brazo que se le llevó con media espalda, estos dos tiros se tiraron en un momento, el portugués murió del golpe.

A veinte de Marzo del dicho año fuimos otra vez treinta hombres castellanos á Gilolo para ir sobre el dicho lugar de Tuguabe, combatímosle muy recio, pero no les pudimos entrar porque es el lugar muy fuerte y estar en alto y tener grandes cabos y palizadas á la redonda, y tener dentro artillería y escopeteros que les dejó la armada de Terrenate, quemamos un lugar muy fuerte que estaba junto con este: hiriéronnos este día dos hombres castellanos, el uno muy mal, de un escopetazo; asimismo quemamos otros cuatro ó cinco lugares muy fuertes, que eran sujetos á este de Guabe y los talamos cuantos bastimentos tenían.

Estando sobre este dicho lugar de Tuguabe vimos un día venir por la mar una nao en que nos pareció por la derrota que traía que no eran pláticos en la tierra, por lo cual tiramos dos tiros con unos moscotes para ver si nos respondían, y porque era de boca de noche hicieron vuelta de la mar, en lo cual nos pareció que eran castellanos, porque si fueran portugueses no dieran aquella vuelta, antes fuera á la isla de Terrenate que tenían desde allí cuatro leguas y el viento les era favorable; luego esta dicha noche enviamos dos hombres á Gilolo á hacer saber al rey como habíamos visto el navío para que enviase un par de paraos á saber qué navío era, el cual dicho rey, como supo luego de noche envió dos paraos, en los cuales fueron dos castellanos que nosotros enviamos y llegaron en amaneciendo al navío, y tomando plática hallaron que era Alvaro de Saavedra que venía á Maluco por mandado de Hernando Cortés á saber de nosotros; los dos paraos de Gilolo se tor-

naron luego á Gilolo á hacer saber al rey dejando los dos castellanos en el navío, los cuales avisaron al dicho Alvaro de Saavedra de todo lo que pasábamos en Maluco con los portugueses, y sabido esto luego, se apercibió el dicho capitán con su gente á guisa de guerra antes que fuesen las once horas del día; llegó á donde el navío, andaba con calma una fusta de portugueses en la cual dicha fusta venía por capitán un Simón de Vera, alcaide de la fortaleza de los portugueses, y llegaron cerca del navío, salváronle y preguntáronle de dónde era; sabido que eran castellanos, pensaron de engañarlos con mentiras, pensando que aún no tenían noticias de nosotros, y preguntáronles que adonde iban por aquellas tierras del rey de Portugal, ellos respondieron que venían en busca de una armada que Su Magestad había enviado á Maluco, y que porque habían sabido que cierta gente de la dicha armada estaba en la isla de Tidore, iban para ella, y por cuanto no sabían cuál era la isla de Tidore que les pedían por merced que le mostrasen cual de aquellas islas que parecían era, los portugueses señalaron la isla de Terrenate diciendo que era la de Tidore, empero que no había castellano ninguno en ella ni en todas las islas de Maluco; verdad era que había obra de quince meses que había llegado en las dichas islas una nao de aquella armada que ellos decían, y que cuando llegaron á Maluco que venían muy dolientes y la mayor parte de la gente de ellos había muerto antes de llegar allá, y que el Capitán don Jorge de Meneses había recogido y curado en su fortaleza á todos los que venían en el dicho navío, y desde que estuvieron buenos les dió bastimentos y todo lo que habían menester para su viaje y se habían partido para España en la misma nao suya en que habían venido, y que por el consiguiente les favorecería y daría á á ellos todo lo que hubiesen menester, pues eran vasallos de Su Majestad, á quien el Rey de Portugal mandaba que si por aquellas partes aportasen les hiciesen mucha honra y les diesen lo que hubiesen menester, y que por tanto fuesen con ellos á su fortaleza que allá serían recibidos muy bien; el Capitán Alvaro de Saavedra respondió que él traía mandado de Su Majestad para ir á la isla de Tidore donde estaba su Capitán y gente, y que no podía hacer de cumplir lo que Su Majestad le mandaba; como el portugués vió esto requeríale con requerimientos desde la fusta que por cuanto aquellas islas y señoríos eran del Rey de Portugal fuese luego con su

navío para su viaje para la vuelta, donde no que no le dejarían tomar puerto ninguno en ninguna de las islas; Alvaro de Saavedra respondió que le dejasen ir á las islas de Tidore, y que si no hallase en la dicha isla castellanos, que él iría á la dicha fortaleza; como los portugueses vieron que no les aprovechaba las mentiras dieron fuego á un tiro grande que traían en la proa de la fusta, y quiso Dios que no le tomó fuego; como los del navío estaban sobre aviso luego que vieron, esto comenzaron á tirar á la fusta con unos tiros de bronce que tenían; esto comenzó á entrar el embate del mar y fué el navío á meterse en Gilolo lombardeándose con la fusta que le seguía, y surgió cerca del pueblo más principal de Gilolo; y cuando el Rey de Gilolo supo como el navío era de castellanos luego envió á hacerlo saber al Capitán Fernando de la Torre; Dios sabe cuanto placer y alegría gocemos todos los castellanos que estábamos en servicio de Su Majestad con la venida del navio y no menos recibieron los indios amigos nuestros; otro día segundo por la mañana vinieron la dicha fusta y un batel de los portugueses y comenzaron á lombardear la dicha fusta pensando echarla á fondo y ellos negociado esto, asomó nuestra fusta por una punta, la cual venía á la vela en compañía de ciertos paraos de Tidore y Gilolo, que como Fernando de la Torre supo las nuevas del navio luego despachó la fusta muy bien aderezada en busca del navío, en la cual fusta venía por Capitán Alvaro de los Ríos y como los portugueses vieron esta fusta, luego dejaron de lombardear el navío y se fueron camino de su fortaleza; el Rey de Gilolo holgó mucho con la venida del navío y luego aparejó muchos paraos para que fuesen en compañía de la fusta y del navío á Tidore, y así partidos de Gilolo llegaron á Tidore en treinta días del mes de Marzo de dicho año 1528.

El dicho Alvaro de Saavedra traía una instrucción y provisión de Su Majestad en que mandaba á Fernando Cortés enviar á las islas de Maluco á saber del Comendador Loaisa y de la armada que llevó, porque se recelaban que los portugueses les habrían hecho algún daño, y así el dicho Fernando Cortés envió desde la Nueva España tres navíos por Capitán de los cuales enviaba al dicho Alvaro de Saavedra, en viniendo por la mar y así en el paraje de las islas de los Ladrones se perdieron de su compañía los otros dos navíos de su compañía que nunca pudo saber más de ellos, y él se vino solo tardando desde la costa de la mar de la Nueva España de

la parte del Poniente hasta unas islas que están al Poniente de las islas de los. . . . . (1) comendarnos á Dios y á su bendita Madre de acometer á los enemigos y no hacer cosa que la cobardía se nos juntase, y así determinados fuimos solos treinta y siete hombres que íbamos en la fusta, acometimos á la armada de los portugueses, como Quichilderrebes Gobernador de Terrenate que al presente venía por Capitán de los catorce paraos, nos vió ir tan determinados dijo al Capitán de la galera que era Fernando de Baldaya, que muchos días había que deseaba ver á portugueses y á castellanos pelear sin favor de indios, y pues los castellanos éramos solamente con la fusta, que se quería apartar con su armada pues bastaba para tomarnos su galera pues era muy mayor y mejor artillada que la fusta, y que tomándonos solamente con la galera ganarían más honra y él también cumpliría á su deseo; el dicho Capitán le respondió que holgara mucho de ello y que así le pedía por merced hiciese, lo cual así se hizo el dicho Quichilderrebes y se apartó con su armada, y juntándonos la galera y la fusta después de tirada la artillería gruesa comenzamos á pelear muy reciamente; todos los portugueses que venían en la galera eran escopeteros, y los de la fusta éramos escopeteros y ballesteros, y llegados á Balroar acometimos á saltar en la galera y resistiéronnos y acometiéronnos ellos por el consiguiente, y defendímosle la entrada y andando la pelea así de una parte como de otra más de una hora cansando tornamos otra vez á juntar espolón con espolón, y acometiendo nosotros á saltar en la galera tornáronnos á defender y peleamos bien otra hora de reloj, sin que conociese mejoría de una parte á otra; este tiempo conocimos en los portugueses que si se pudieran desabrazar de nosotros que lo hicieran y tenían mucha razón, porque estando apartados tuvieran lugar de tornar á cargar la artillería gruesa cuantas veces quisieran que tenían tres doblado que nosotros, porque estando cerca no les dábamos lugar para eso, y como reconocimos esto tornamos á juntar nuestro espolón con el de la galera y saltamos en ella no pudiéndonos resistir los portugueses, los cuales como nos vieron dentro se

(1) Debe faltar algo al original. Supongo que al encuadernar el libro, se olvidó alguna hoja. La numeración en el original está correlativa.—Hoja 44-45. Se advierte que termina la plaza diciendo *islas de los*..... (Nota del P. Uncilla).

rindieron y pidieron las vidas, lo cual se les otorgó y así rendidos tomamos la dicha galera; cuando los indios vieron que andábamos en la galera pensaronde ir á los portuguesespara favorecerlos; empero poco les aprovechó que de la fusta les dimos una rociada de artillería y les ojeamos; así se tornaron á Terrenate sin la galera; murieron este día de los nuestros cuatro hombres y de los portugueses ocho hombres, entre los cuales murió Fernando de Baldaya, Capitán de la dicha galera, aquel que dió la ponzoña á Martín Iñiguez de Carquizano, y así tornamos á Tidore muy alegres con la victoria que Dios nos dió, donde fuimos bien recibidos, así de los cristianos como de los moros indios; á los portuguesesque quedaron vivos les mandó poner en prisiones el Capitán Fernando de la Torre.

Luego que tomamos la galera vino Quichillumar al capitán y le requirió le diese favor y ayuda para tornar á su estado, pues estaba desposeido de él por los portugueses por él ser servidor y vasallo de Su Majestad, y pues alpresente había buenaparejo por no ser los portugueses poderosos para contra ellos le pedía por merced mandase aparejar una armada juntamente con la de los Reyes de Tidore y Gilolo, para que fuesen á tomar la isla de Maquian, y la pusiesen so el Señorío y amparo de Su Majestad á el dicho Quichilhumar le restituyesen sus tierras y vasallos, el capitán dijo que le placía y comunicado Quichilderrade el Gobernador de Tidore hízolo saber al Rey de Gilolo, al cual le pareciómuy bien y envió su armada para que fuese juntamente con la nuestra fusta en compañía de las armadas de los indios para la isla de Maquian, y no queriéndose dar muchos pueblos de la dicha isla tomámoslos todos por fuerza, y restituyendo al dicho Quichilhumar en su honra y estado, y pues tomó toda la isla en nuestra sujeción tornamos para nuestra fortaleza; de esta vez fuimos heridos los más de los castellanos que fuimos en la fusta.

A los veinte y dos del mes de Mayo del dicho año vinieron seis navíos de portugueses, en loscuales venían doscientoshombres; salimos á ellos con la galera y fusta, y porque tardamos un poco se nos pasaron á su fortaleza.

Al tiempo que Alvaro de Saavedra llegó en Maluco estaba preso Fernando de Bustamante Contador General, porque se decía publicamente que se había querido huir á los portugueses como de hecho había huído y le tomaron en un lugar de indios en la misma is-

la de Tidore, y por ruego de Alvaro de Saavedra fué á surgir con su caravela á la isla de Caragan que está veinte y tantas leguas de la isla de Bendanao, y puesto en precio con los indios rescató á los dichos dos españoles por setenta y tantos pesos de minas, llámanse estos dos españoles uno Román y el otro Sanchez, son gallegos, los cuales dijeron á Alvaro de Saavedra que se había perdido en la isla de Saugin y que los indios habían muerto los más de ellos y á los otros los habían vendido por ahí, asi mismo estando surto en la isla de Bendanao se vino huyendo á la caravela otro español del dicho galeón que se llamaba Sebastián de Porto el cual dijo al dicho Alvaro de Saavedra que estando surta la caravela *Santa María del Parral* en el puerto de Vizcaya, habiendo ido el Bachiller Tarragona con este batel á comprar bastimentos le tomaron los indios el batel y mataron á el y á los demás españoles.

Como los portugueses se vieron poderosos con el poder que les vino tornaronnos á hacer requerimientos diciendo que les tornásemos su galera con toda la gente y artillería que habíamos tomado, asimismo les tornásemos otros muchos tiros y versos y escopeteros y otras muchas armas que habíamos tomado en algunos paraos, y asimismo requerían que fuésemos todos nosotros á su fortaleza dejándoles todas las islas desembarazadas, donde no protestado, etc.

Respondimos á sus requerimientos que en cuanto á lo que pedían la galera y artillería y gente, que no había razón porque lo debiésemos de volver, pues todo lo habíamos tomado en buena guerra, pues ir á su fortaleza dejando las islas no lo queríamos hacer porque no era servicio de Su Majestad, antes habíamos de estar en ellas y las habíamos de sustentar y favorecer como á súbditos y vasallos de Su Majestad, y si sobre esto otra cosa querían que estábamos puestos en muy buen ánimo para defenderles la tierra.

Aderezada y aparejada la dicha caravela y abastecida muy bien partió de la isla de Tidore á catorce días del mes de Junio del dicho año llevando algún clavo para muestra, y para las quintaladas de la gente que llevaba Alvaro de Saavedra y la dicha caravela, Fernando de la Torre envió con las relaciones á Su Majestad á Gutiérrez de Tuño Montanes, el cual se había señalado mucho en servicio de Su Majestad en las cosas que se había ofrecido, asimismo iban en la dicha caravela los dichos Simón de Brito y Bernardino Cordero portugueses, los cuales se habían huido á nosotros; enviaba

el dicho Fernando de la Torre de los prisioneros de los de la galera al patrón y otros cinco ó seis hombres para que por su misma boca de ellos fuese informada Su Majestad de las cosas; iba por piloto de la dicha caravela Macías del payo natural de Murcia, el cual había servido á Su Majestad muy lealmente y con mucha voluntad, asimismo iba en la dicha caravela Diego de Solier, el que había sido factor y después dejó la factoría, en lugar del cual proveyó Martín Iñiguez por factor á Diego de Salinas, antes que la caravela partiese vino á Fernando de la Torre una carta de las islas de los Celebes de un Guillermo Flamenco que venía en el dicho galeón Santa María del Parral, el cual decía en ella cómo en el puerto de Vizcaya habían tomado los indios el batel dela dichacaravela á traición, como antes atras he dicho, y después de pasado esto se habían juntado obra de ocho ó nueve traidores en el galeón, algunos de los cuales eran los dichos Román y Sánchez y Hernando del Hoyo y Juan de Olave, yasí juntadosmataron alcapitán D. Jorje Manrique, á D. Diego su hermano y á Benavides tesorero de los galeones, y habiéndoles muerto y hallándose sin piloto, porque era ya muerto, dieron con la caravela al través de la isla de Sanguin donde cargaron sobre ellos muchos indios, y pelearon muy fuertemente hasta que los tomaron, habiendo muerto los más de ellos; sabido esto por Fernando de la Torre, mandó prender á los dichos Sánchez y Román, los cuales estaban en Camofu, aparejándose para ir á las islas de los Celebes por mandado de Fernando de la Torre para ir á rescatar con cuatro ó cinco paraos á los otros sus compañeros que se habían escapado vivos; llegado el parao que el capitán Fernando de la Torre enviaba á Camafu donde los dichos Román y Sánchez estaban, el Sánchez receló de lo que podía ser y se acogió á un lugar que se llamaba Chiaba que estaba de guerra con nosotros, y al Román trajeron preso, y tomado juramento negó todo, también vino un mancebo de nuestra compañía que era gallego, que se llamaba Pedro de Raigada al Capitán, y le dijo que los días pasados el dicho Román le había dicho en secreto como él y otros habían muerto á los dichos don Jorge y á los otros, y visto esto en lo que la carta le escribían mandó dar tratos de cuerda para que confesase la verdad el dicho Román, y aunque se los dieron no confesó nada antes dijo que le levantaban falso testimonio, y así quedó todavía en prisiones.

El mismo día que partió Alvaro de Saavedra con su caravela,

vino un portugués que se llamaba Gaspar Correa con carta de don Jorge de Meneses y de Pedro Gómez de Acebedo, que había venido por Capitán de los seis navíos, y el dicho Gaspar Correa dió una carta de crédito para entender en conciertos para hacer entre nuestro Capitán y el dicho don Jorge de Meneses, y venido á saber lo que querían, pedía la dicha galera con todo lo que se había tomado en ella, y así mismo pedía la isla de Maquian, nuestro capitán le respondió que si querían paces que habían de presuponer de no pedir nada, y que así él holgaría de hacerlas, y que de otra manera sería excusado de hablar en ello, con esta respuesta se volvió el dicho portugués.

Dende á doce días tornó á venir otro portugués á requerirnos por el consiguiente, y respondiéndole como convenía, se tornaron; juntamente con estos enviamos de esta vez á Francisco de Godoy á la fortaleza de los portugueses para ver si se podía haber medio de asentar las paces; y diéronle comisión el Capitán que les prometiese devolver los portugueses que teníamos en prisión y nos volviesen dos hombres nuestros que también ellos tenían por prisioneros, de lo cual no fueron contentos, y tornando Francisco de Godoy vino otro portugués con otro requerimiento, diciendo que habíamos de volver todo cuanto les habíamos tomado y tornóse sin hacer más que los otros; después de este portugués vino otro hidalgo llamado Vicente de Fonseca, el cual nos tornó á requerir; viendo que no queríamos venir en lo que ellos querían díjonos que nos aparejáramos, que luego serían con nosotros con toda su posibilidad de armada, respondiósele que estamos prestos para cuando viniesen.

Al fin de mes de Junio vino un Capitán de don Jorge de Meneses con cartas suyas para nuestro Capitán pidiéndonos paz, y pedía solamente los prisioneros, y que la isla de Maquian estuviese por sí sin que reconociese á los unos y á los otros, y que ellos volverían los prisioneros que de nosotros tenían, respondiósele que en lo de los prisioneros eran contentos, que en lo de Maquian no se hablase porque estaba en servicio de Su Majestad y so el su amparo, y con esto se volvió; estos portugueses andan por ver si nos podrían armar alguna traición y porque de otra manera no podrían sacar buen partido con nosotros.

Este dicho día vino un parao del Rey de Gilolo, en el cual venía un caballero principal con una carta del Rey, diciendo que los por-

tugueses y Quichilderrabes le habían escrito una carta diciendo que no querían guerra con él, sino mucha paz, pues era uno de los mayores y más poderosos Reyes de aquellas partes y que le prometían de darle cuatro lombardas grandes y treinta pequeñas y cuarenta portugueses para estar en su tierra y ayudarle y favorecer, y que matase á los castellanos que en su tierra tenía, y que el Rey de Portugal le haría otras muchas mercedes, y que mirase bien en ello, cuanto más honra y provecho suyo sería ser amigo de los portugueses que no de los castellanos, que los portugueses daban grandes presentes y dádivas á los Reyes sus amigos, y los castellanos no, antes pedían, y la misma carta que los portugueses le escribieron envió al nuestro Capitán, la cual carta iba escrita en letra arábiga y lengua Gemalago y firmada de los dichos don Jorge y de Quichilderreves, el Capitán le envió á rendir las gracias, y por la fidelidad y amistad que siempre con nosotros tenía que mirase bien no le engañasen los portugueses, que placiendo á nuestro Señor presto vendría armada de Su Majestad.

Domingo á cinco de Agosto vino á nuestro Capitán el Gobernador Quichilrades diciendo que un lugar de Batachina, que es en la isla de Gilolo, que es sujeto á los portugueses, daba mucha guerra á otros pueblos sujetos á esta isla de Tidore y hacían mucho mal, que le pedía le diese algunos castellanos para destruirle: el Capitán le dijo que le placía, y me envió á mí con ciertos cômpañeros, é idos allá no los podimos tomar antes hirieron á los más de los españoles muy mal é muchos indios de Tidore.

En todo este tiempo no cesaban los portugueses de enviarnos requerimientos sobre la isla de Maquian y nunca la quisimos largar porque es una de las mejores islas del Clavo y habíamos derramado mucha sangre por ganarla.

Domingo en la noche á treinta del mes de Agosto año susodicho fué el Capitán Fernando de la Torre á Gilolo á verse con el Rey porque nos certificaba que tenía hechas paces con los portugueses y los de Terrenate, y los proveían de bastimentos, y también porque el Rey estaba algo descontento de él en la galera, pues la fusta con qne se tomó nos la había dado él y por contentarle llenóle un verso de bronce y ciertas cosas de presentes de seda y paño y otras cosas: con la ida del Capitán se holgó mucho el Rey y también con el verso, y en verdad toda honra y favor y servicio merecía de nosotros,

que si no fuera por su favor no nos pudiéramos detener tanto tiempo contra los portugueses: llegado en Gilolo el Rey recibió muy bien al Capitán y á los que con él íbamos, y después haber hablado en muchas cosas de placer, el Capitán dijo al Rey que como Su Alteza había hecho paces con los portugueses sin saberlo que mirase Su Alteza en como los portugueses procuraban de buscar todas las mañas y traiciones que podían para destruirnos y matar y que no buscaban otra cosa sino en como podían meter piés en Gilolo para hacer lo que tenían urdido que era destruirle como habían hecho al Rey de Tidore, que estando de paz la habían quemado y muerto mucha gente pocos días antes que nosotros llegásemos en Gilolo ni en Tidore en que le pedía por merced ningunos tratos de paces hiciese con ellos sino por mano del dicho nuestro Capitán y aquellos portugueses andaban entendiendo en ello porque á nosotros no nos podían engañar con ninguna cautela.

Respondió que era verdad que él tenía treguas con los dichos portugueses, pero no tenía asentadas paces y las treguas y conversación que al presente tenía con los portugueses no era en perjuicio nuestro antes en nuestro favor, porque habiendo ya cerca de veinte meses que tenía castellanos en su tierra y dándoles cada día su ración de moneda de la tierra para su comer que se hallaba al presente con necesidad por haber gastado cuanto tenía, y que tuviendo un poco de trato con los portugueses y vendiéndoles algunos bastimentos se tornaría á rehacer de moneda para dar á los dichos castellanos, y también al presente había muchos portugueses en Maluco y estaban muy poderosos, que él se recelaba que si venían sobre él lo destruirían, porque al presente tenía muy pocos castellanos en su tierra, y que si él quería que tornase á romper con los portugueses que lo haría con que le diese treinta escopeteros que tuviese en su tierra para que si los portugueses viniesen sobre él, y porque el Capitán no se los podía dar quedando la cosa como estaba, el Rey prometió que no haría las paces sin hacerlo saber á él y al Rey de Tidore, y cuando las hiciese con contentamiento de todos, y después de haber pasado muchas pláticas en ello y en otras cosas del servicio de Su Majestad tornamos á Tidore: en este tiempo hicimos en Gilolo un bergantín muy bueno y el Rey ponía todo lo necesario para él, excepto clabazón.

En seis de Septiembre envió el Capitán Fernando de la Torre al

Rey de Gilolo con Pedro de Montemayor á decir que le enviaría veinte escopeteros y más, que tomase el bergantín para en guarda de su tierra, el Rey le respondió que él haría acabar el bergantín y que después le enviase los veinte escopeteros y que él no haría paces con los portugueses como se lo enviaba á decir, y que también levantaría guerras contra los portugueses y que él entretanto haría juntar mucha moneda de Picis, estos Picis son una moneda de cobre oradada por medio.

Lunes á veinte y ocho de Septiembre vino un parao de Gilolo con cuatro hombres castellanos dolientes y muy malos, y pareciéndonos que era el mal de ellos de ponzoña pusiéronnos en gran sobresalto porque nos digeron que quedaban en Gilolo malos otros cuatro ó cinco de la misma dolencia, luego les dieron á comer atriaca y les hicieron otros beneficios de medicina, empero poco les aprovechó que murieron los tres de ellos, y uno se abrió por mando del Capitán al cual le hallaron los bofes llenos de ampollas y llagas y averiguóse después que por respeto de una mujer quisieron dar ponzoña á un mancebo de los nuestros en una caña de vino de palmas, y al tiempo de beber halláronse muchos compañeros y todos los que bebieron del vino cayeron malos y de ellos murieron y otros guarecieron con muchos remedios que los indios les dieron para ello, porque saben curar así de ello como de otra cualquier dolencia: no fué sabidor de esta bellaquería el Rey de Gilolo.

A ocho días del mes de Octubre del dicho año de 1528 vino un parao de Gilolo en el cual venía un caballero que enviaba al Rey para el Rey de Tidore y para nuestro Capitán en el cual enviaba hacerles saber que él quería hacer paces con el Rey de Terrenate y que tenía ya hechos los capítulos, y pues había tanto tiempo que ellos también andaban en ello que sería bueno que todos juntamente los hiciesen: el Capitán le respondió que había dos días que había sabido nuevas de una nao que andaba en la isla de Moro y que le pedía por merced que hasta que supiese qué nao era no hiciese ninguna cosa, porque podría ser que fuese alguna nao de Castilla y que sabido lo que era que el tiempo diría lo que deberían hacer, esto le envió á decir por alargar tiempo.

Martes á diez de Noviembre fué nuestro capellán Juan de Torres á Terrenate con licencia de nuestro Capitán diciendo que se iba á confesar porque había más de un año que no se había confesado, y

llegado junto á la fortaleza pidiendo seguro dijéronle algunos portugueses hombres de bien que podía salir que un sacerdote consigo se traía el seguro, y aunque tornó á replicar tornáronle á decir que bien podía saltar en tierra sobre sus palabras y así salieron él y un mancebo que se llamaba Rafael Martínez, y como D. Jorge de Meneses le vió en tierra díjole si iba huyendo y el padre respondió que no sino á confesarse y besarle las manos y tornóle á decir el don Jorge que adonde se usaba salir en tierra de guerra sin seguro, y tras esto mandó que les echasen en prisiones al dicho capellán y á Rafael Martínez, y por el consiguiente tornaron los indios que fueron á llevarlos; este dicho día vino á esta fortaleza un indio de Tidore que era Gobernador ó Señor de un lugar que se llamaba Gayameli que es en la isla de Gilolo por la parte del Este, el cual es sujeto al Rey de Tidore que es en el pueblo de Camafo le habían venido nuevas que habían oido en su tierra hácia la mar ciertas lombardas y que tres hombres que no sabían si eran castellanos ó portugueses y habían llegado en una canoa al dicho lugar de Galamelin y decían á los indios que los llevasen á un lugar de Terrenate que ellos le pagarían muy bien, y como él supo estas nuevas determinó de venir á hacerlo saber al Capitán y al Rey de Tidore.

Sábado á catorce del dicho mes de Noviembre me envió el Capitán Fernando de la Torre con otros dos compañeros en un parao á saber si era verdad lo que decían aquellos indios y para si fuesen portugueses ó castellanos los trujese á Tidore: yo fuí derecho á Camafo y hallé seis paraos é hícelos armar y llevándolos en mi compañía atravesé á Bichole que es sujeto á Tidore y allá tomé otros paraos y gente y también los hice ir conmigo, y llegamos en Gayameli una noche y fuimos al lugar donde estaban los dichos cristianos, los cuales eran portugueses los que iban en la caravela para la Nueva España y el uno era Simón de Brito y el otro era Hernán Romero gallego patrón de la galera que habíamos tomado á los portugueses, y el otro era un esclavo del dicho Simón de Brito, y como los conocí luego pensé que habían hecho alguna bellaquería en la caravela y prendílos á muy buen recaudo, y preguntando por Saavedra dijéronme que á la caravela habían dejado ellos desde obra de doscientas leguas en unas islas de negros que estaba surta con tiempos contrarios y porque Saavedra había tratado muy mal al dicho Simón de Brito con despecho se habían salido de su com-

pañía, metiéndose en una canoa se había aventurado á tornar á Maluco para donde nosotros estábamos, que á los portugueses no fueran aunque supieran morir: ni por eso no dejé de llevarlos á buen recaudo, y así torné á Tidore donde hallé á Saavedra que se había tornado por hacer los tiempos contrarios y por no tener batel porque el dicho Simón de Brito y otros portugueses se habían huído con el batel estando en una isla tomando aguada y otras cosas que le convenía cuando el Alvaro de Saavedra vió al dicho Simón de Brito quisiérale matar á puñaladas si yo no se lo quitara.

Luego el dicho Alvaro de Saavedra dió queja criminalmente contra el dicho Simón de Brito y Fernán Romero y otros portugueses que se habían quedado en la dicha caravela y presentaron sus testigos de información y sacada la pesquisa y tomados sus dichos, confesaron el dicho Simón de Brito y Fernán Romero de como se querían alzar con la caravela, y viendo que no tenían lugar para ello se huyeron con el dicho batel, pareciéndoles que sin batel no era posible navegar; visto por Fernando de la Torre la información que contra ellos se tomó juntamente con sus confesiones dió sentencia contra ellos en que al Simón de Brito sentenció que fuese arrastrado por la ciudad de Tidore con pregón real publicando su delito y después fuese degollado y hecho cuatro cuartos y puestos en cuatro cantones de la isla para que todos los que pasasen por allí los viesen, y á Fernán Romero mandó ahorcar en una horca que estaba en esta dicha ciudad: todo lo susodicho se ejecutó en sus personas á los diez y siete del mes de Diciembre del dicho año de 1528, luego entendimos en aderezar el dicho navío para que tornase lo más presto que se pudiese para ir á la Nueva España, y porque hacía agua echámosle otro aforro de tablazón al costado dende la quilla hasta la lumbre del agua, en esta manera primeramente se encalló todo el costado del navío con una masa de cal y aceite, y después sobre aquello asientan tablas delgadas cosidas con el costado con unos clavos y después se calafeteó y por las costuras ponen un betún de resina y aceite y estopa que es cosa muy buena.

Este dicho día vino un parao de Gilolo con el cual hacía saber el Rey de Gilolo en como los portugueses y los de Terrenate hacían grande armada y que se recelaba que fuesen sobre él y que le pedía por merced le enviase algún socorro de más castellanos que los que tenía, luego el Capitán le envió diez hombres: en este tiempo

estaba por Capitán en Gilolo Fernando de Añasco, el cual había ido á Maluco con Saavedra.

Martes á veinte m.º del dicho mes de Noviembre tuvimos nueva de un junco que estaba en la isla de Maquian, luego envió el Capitán tres paraos y en ellos diez castellanos y hallando el dicho junco en Motiel lo tomaron por fuerza y lo trajeron á Tidore sin tocarles en ninguna cosa y el Capitán les hizo mucha honra y gran cosa fué tomarles este junco que venía cargado el junco de bizcocho de pan de Sagues, el cual vino á muy buen tiempo para proveer la caravela: este pan se hace en esta manera que abren ó yenden por medio unas palmas que hay en aquellas islas y quitan el miollo de dentro que sacando dos dedos de corteza todo es un miollo duro y aquel miollo remojado en agua estrujando en unas desgas y el zumo que sale de allí es una cosa blanca que cuaja queda como harina y de esto hacen pan.

En este tiempo no cesaban las amenazas de los portugueses y requirimientos y nosotros tener fuerte: á doce días del mes de Diciembre envió el Rey de Gilolo dos caballeros principales con embajada al Rey de Tidore y á nuestro Capitán diciendo que los portugueses y Quichil de Rabes le habían enviado á decir que dentro de cinco días asentasen las paces con ellos ó sino que le darían guerra y que si ellos determinaban de hacer paces que el Rey de Tidore y el Capitán enviasen á Gilolo con su poder para asentar paces con los dichos portugueses juntamente con el dicho Rey de Gilolo que no curase de nada de ello, porque él tenía puesto en plática los conciertos de las paces con los portugueses y que si más le aquejaban los portugueses les respondiese que asentase primero paces con nosotros y que él pasaría también por ello.

Los portugueses vinieron en concierto de paces pidiendo todavía la galera y la isla de Maquian y á los prisioneros, y que nos traerían al Padre y á Rafael Martínez que los otros prisioneros que tenían ya enviado á Maluco: respondió el Capitán que no lo podía hacer porque no era servicio de Su Majestad.

A diez y nueve del mes de Diciembre vino el Rey de Gilolo á Tidore solamente con dos paraos á verse con el Capitán al cual le hicimos el recibimiento que podimos disparando toda la artillería que teníamos así en la mar como en tierra hasta las escopetas, el cual dicho Rey se holgó mucho y no queriendo salir en tierra plati-

có con el Rey de Tidore y con el Capitán largamente dentro de su parao y preguntó al Capitán qué voluntad era la suya y la de los castellanos con los portugueses de tener paz ó guerra: el Capitán le respondió que su voluntad al presente no era sino de paz porque los portugueses eran muchos y nosotros pocos y por eso les dábamos los prisioneros y que no habíamos de largar á Maquian, antes sobre ello intentaríamos la guerra hasta que no quedase ninguno de nosotros vivo; el Rey de Gilolo dijo que no curásemos de darles nada antes debíamos de matar los portugueses que teníamos presos pues los habíamos tomado por fuerza en la guerra; el Capitán dijo que nosotros no usábamos matar á ninguno después que se nos rendía; el Rey holgó mucho con estas pláticas y después de pasadas muchas cosas, dijo al Capitán que ya el bergantín estaba hecho y cuando quisiese enviase por él que para nosotros lo tenía, el Capitán le rindió las gracias sobre ello en nombre de Su Majestad y le dijo que placiendo á nuestro señor cuando viniese armada de Su Majestad le serviríamos las mercedes que nos hacía haciéndole mucho mayor señor de lo que era aumentando y acrecentando más sus reinos y tierras, y presentóle al presente un paño de figuras y ciertas varas de paños de colores y otras cosas el bergantín es de once bancos y muy buena pieza; al tiempo de despedir pidió el Rey al Capitán un verso prestado porque no tenía consigo más de otro, él se lo dió y así se fué muy contento.

A veinte y seis de Diciembre envió el capitán á Pedro de Montemayor á Gilolo con veinticinco hombres por el bergantín y le trajo: el Rey envió á pedir al capitán algunos escopeteros y envióselos para complimiento de veinte hombres.

En treinta de dicho mes vino un capitán portugués que habia venido á Maluco pasando con un junco el cual se llamaba Jorge de Castro, el cual traia comisión para tratar en las paces y venido á platicar sobre ello pidió como otras veces solían, al cual se le respondió que si quería entender en las paces no hablase en ello, el cual respondió que le placía, y que solamente le diésemos los prisioneros que teníamos y nos tornaría al padre y su compañero, troque por troque; el capitán respondió con que asentásemos paces que él holgaría de ello, que si en lo de Maquian queríamos dar un medio que sí harían, lo cual era que porque nosotros decíamos que Maquian quería estar en servicio de Su Majestad y los portugueses

decían que quería estar en servicio del Rey de Portugal, sino que nosotros lo teníamos por fuerza, y que para esto pusiésemos á Quichil Humar en su libertad con su mujer é hijos en su isla, y que estuviésemos en que en este comedio pudiésemos contratar con ellos los unos y los otros, y que ellos nos asegurarían que no les fuese hecho á los indios de Maquian ningun enojo ni agravio, y que en este tiempo escogiese el dicho Quichil Humar á cuál de las partes se quería allegar. Así mismo pedía que el capitán Alvaro de Saavedra no partiese hasta veinte de Mayo primero siguiente porque el dicho D. Jorge había de ir á las islas de Banda porque creia que un Antonio de Abredo que estaba en Banda traería provisiones y mandados del Rey de Portugal para lo que habían de hacer para con nosotros, y que él juraría de volver para el dicho término de las islas de Banda, y que podía ser que el Rey les mandase que les dejasen la fortaleza y que se fuese; el capitán les respondió que en cuanto á lo de Quichil Humar, que no le tenía por fuerza, antes él por su propia voluntad había venido al servicio y sobre el amparo de Su Majestad diciendo que su padre había escrito á Su Majestad con Juan Sebastián de Elcano dándose por su vasallo y servidor, y después de muerto su padre había quedado por Gobernador y sucesor en la dicha isla de Maquian y que así como su padre se dió por su voluntad á Su Majestad, por el consiguiente lo quería ser él y que le había honrado y favorecido en todo lo que se había ofrecido, como á vasallo de Su Majestad y que ahora no haría menos, empero que él le quería enviar á llamar para ver si quería hacer lo que el D. Jorge pedia, é luego enviaron por él, é le contaron el caso, el cual respondió que si el dicho capitán Fernando de la Torre le quería cortar la cabeza que bien lo podía hacer; empero que no queria venir en aquellos términos, sino ser vasallo de Su Majestad. En lo de Sayavedra se le respondió al dicho D. Jorge de Castro que no era cosa que nos convenía, é que no hablase en ello. Viendo el dicho D. Jorge que no queríamos venir en ninguna cosa de las que él nos pedía, vino á pedir que le diésemos cuatro portugueses por el padre y su compañero: ni tampoco se lo quisimos dar, é cuando violo esto, hízonos un requirimiento de fieros é con su respuesta se fué.

Primero día de Enero de 1529 años envió el capitán Fernando de la Torre á Alonso de Rios é á mí al Rey de Gilolo á visitalle,

que estaba muy malo á la muerte, é también á decirle cómo habia sabido que Guichil de Rebés é los portugueses se aparejaban para ir á Gilolo á verse con él é para asentar paces, é pues que él estaba malo les enviase á decir que no se podía ver con ellos; por lo cual daba todo su poder complido al capitán é á Guichil de Rades para que en su nombre asentase paces con los portugueses é Guichil de Rebés. Al Rey le parecía bien esto porque él estaba muy malo; é díjonos que dijésemos al capitán en cómo él estaba al paso de la muerte é que le rogaba que después que Dios dispusiese de él, mirase mucho por aquel reino de Gilolo, como siempre había hecho, é más le encomendaba á un hijo suyo que era de seis años, que no tenía otro, é que le rogaba que lo tuviese en su lugar é le favoreciese, é por el consiguiente nos dijo al dicho Alonso de Rios, á Fernando de Añasco é á mí que nos rogaba que siempre aconsejásemos al capitán mirase é favoreciese á su hijo é al reino de Gilolo, é que él dejaba mandado que siempre fuesen muy leales amigos é servidores de los castellanos; é después de platicado muchas cosas con nosotros, nos dió licencia y nos volvimos. El Guichil de Rebés é los portugueses fueron á Gilolo, á verse con el Rey y les invió á decir como estaba muy malo, é que él daba por hecho lo que nuestro capitán é Guichil de Rades asentasen con ellos. Guichil de Rabés se enojó mucho desto, é le envió á decir que le prometia de serle enemigo é hacerle la más cruda guerra que nunca en Maluco se había hecho, é con esto se volvió.

A tres días del dicho mes de Enero vino un portugués llamado Duarte López, con cartas é requirimientos de los dichos D. Jorge de Meneses é D. Jorge de Castro é Juan de Torres, nuestro capellán, é un compañero, á los cuales requirimientos se le respondió cómo otra vez este dicho Duarte López tornó á pedir los cuatro portugueses prisioneros por los dichos capellán é su compañero, é de los cuatro que pedían fuesen un herrero y un carpintero, y el capitán les daba cuatro portugueses cuales ellos quisiesen escoger, afuera del herrero y carpintero, porque destos teníamos necesidad é porque no le quiso dar estos dos se volvió el dicho Duarte López sin hacer nada.

A catorce días del mes de Enero pidió el gobernador Guichil Rades al capitán algunos castellanos é versos, para ir á destruir á un lugar que se llamaba Chiaba en mar, á junto al pueblo de Za-

mafo, é por cuanto tenia por nueva muy cierta que Guichil de Rebés con muchos portugueses é indios aparejaba para ir á destruir á Zamafo, é que él quería atajar por el paso de Tomalalinga é adelantarse á destruir al dicho pueblo que tomando aquel lugar nosotros no hallarían tan buen aparejo los portugueses para tomar á Zamafo. El capitán se escusó de dar ningún favor para ir á pelear á ninguna parte diciendo que hasta que viésemos lo que hacían los portugueses no era justo que nosotros moviésemos guerra é tornando á repetir el Guichil de Rades, le tornó á decir el capitán que no era servicio de Su Majestad que destruyésemos é matásemos los indios de la tierra é que por los que habíamos muerto en las guerras le pesaba mucho, é Guichil Rades comenzóse á mostrar no de tan buena voluntad como solía, diciendo que qué cosa era que los portugueses y los de Terrenate tomasen é destruyesen toda la tierra, é que nosotros no nos diésemos nada é tanto anduvo que el capitán, por contestarle, dijo que le daría los hombres que fuesen menester, lo cual prometió mucho contra su voluntad, é partimos de Tidore á quince días del dicho mes de Enero con solamente tres paraos grandes y diez y seis castellanos é pasamos por Tomalalinga el mar del Este de la isla de Gilolo, é llegamos en Zamafo á diez y nueve del mes de Enero, é aquella misma noche mandó Guichil Rede al gobernador de Zamafo que mandase embarcar toda la gente de guerra que había en el lugar para que en amaneciendo diésemos en Chiaba, que está de Zamafo poco más de una legua: lo cual hecho, aún se embarcaron obra de dos mil hombres de guerra. El otro día segundo tomamos el dicho lugar de Chiaba: en la entrada matamos al gobernador del dicho lugar. Tomamos en este lugar dos tiros de bronce é muchas mujeres hermosas é con tanto nos volvimos. En este mismo tiempo escrivió el dicho Guillermo Flamenco de la isla de Manarao, donde estaba, rogando al capitán le quisiese rescatar, y tornó á escrivir de nuevo cómo el Romay avia seido en la muerte de su capitán don Jorge Manrique. Viendo el capitán lo que le escrivían mandó que le tomasen su dicho é si niegase, le diesen ciertos tratos de cuerda. Visto el Romay á cuánto peligro ponía su ánima, no pudiendo sofrir los tormentos, acordó de confesar la verdad, cómo había muerto á los dichos capitanes é á su hermano é á su hijo é á Benavides y él había sido uno de los matadores. Visto el capitán su confesión

sentencióle á que fuese arrastrado, é después le degollasen y le hiciesen cuatro cuartos, lo cual se hizo.

En veinticinco días del mes de Enero supo el capitán cómo Guiechil de Rebes y los portugueses habían pasado á Moro por tomar á nosotros é destruir á Zamafo é quisiera inviar á socorrernos el bergantin con algunos paraos é porque dende á dos días llegamos de vuelta no fué necesario.

Lunes á ocho del mes de Febrero año susodicho de 1529 vino al capitán un caballero de Gilolo llamado Rajaguna por parte del Rey á pedirle toda la armada de Tidore y más nuestra fusta, diciendo que quería ir á la isla de Terrenate y á destruir los más pueblos que pudiese, pues ya habíamos trabado guerra de nuevo. El capitán tomó el parecer de algunos de lo que debría hacer y acordó de inviar alguna gente en los paraos del Rey de Tidore á Gilolo, é llegados allá dijo el Rey que fuésemos sobre un lugar que se llama Dondera, que está cuatro leguas de Gilolo, en la misma isla, é fuimos juntos con la armada de Tidore y de Gilolo sobre el dicho lugar é le tomamos é quemamos, aunque con mucho trabajo, porque era muy fuerte é había dentro tres portugueses que nos tiraban con ciertos tiros y escopetas. Los portugueses vieron y mataron algunos indios é robamos lo que hallamos; otras muchas veces habíamos ido sobre este lugar é nunca le podimos tomar, antes nos había ferido muy mal.

A 26 de Febrero pidió Guichil Rade al capitán que le diese alguna gente é barcos para ir á Gilolo, que le inviaba á llamar el Rey para que fuese con su armada que no sabía á dónde; el capitán le dió diez hombres y algunos barcos y fué por capitán de ellos Pedro de Montemayor, su teniente, é llegados á Gilolo, el Rey mandó que fuesen á dicho lugar de Dondera é le derribaron todas las fuerzas de piedra movediza que tenía. Llegada la gente allí hicieron lo que el Rey les mandó y taláronles muchos bastimentos.

A trece de Marzo envió el Rey de Gilolo á pedir al capitán el bergantín para ir sobre Dondera, porque tenía nueva que Guichil de Rabés había ido allí con diez paraos á tornar á rehacerle. El capitán invió á Alonso de Rios con el dicho bergantin é fuimos en él veinticinco hombres, é llegados allá luego fuimos con la armada de Gilolo para el dicho lugar de Dondera é hallámosle muy fortalecido de paredes y gente y artillería é tornamos sin ganarle con

algunos hombres que nos descalabraron; anduvimos tan calientes ya en la guerra, que aún no nos dejaban reposar, é por otra parte, por lo mucho que servíamos pusiéronse los oficiales del Rey que una lacería que habíamos tomado algunos que viniesen á montón é que el Rey se le diese las dos partes de ellos é que lo otro se repartiese entre todos é cada uno conforme á lo que el Rey mandaba, y el capitán, por contentar á los dichos oficiales ó porque su voluntad era así, mandó que lo que cada uno hubiese tomado en las guerras viniese á montón para hacer lo que los oficiales pedían, no mirando con cuántos peligros y trabajos y derramamiento de nuestra sangre lo habíamos habido; mucho descontentamiento puso en la gente esta sinrazón que se les hacía, pero todavía quisimos obedecer á lo que el capitán nos mandó por no dar ocasión á que se perdiese todo lo que hasta entonces se había ganado.

En veinte y cinco de Marzo del año de 1529 vinieron á Tidore dos paraos grandes del Rey de Gapi que traían trescientos indios entre remadores y gente de pelea, al tiempo de saltar en tierra todos son de pelea; venía por capitán un caballero que se llamaba Parabela, y juntamente con este venían otros dos principales ancianos; dijeron que venían con cierta embajada para el capitán y el Rey de Tidore é juntamente el capitán y el Rey para recebirla, é venido el Parabela á donde estaban juntados, representó su embajada diciendo que el Rey de Gapí, su señor, le invía á Tidore porque había tenido nueva que estaban ciertos forasteros que decían ser castellanos, que le inviaba á saber si era verdad, porque había sabido que el Emperador nuestro señor era el mayor señor que había en el mundo, é pues había sus capitanes é gente en estas islas que él enviaba á ofrecérseles por amigo y vasallo de Su Majestad al capitán en nombre de Su Majestad, y en señal de esta amistad dió al capitán un presente de un alfange y un par de puercos é seis cuernos de búfano para frascos de escopetas y cierto arroz y pocas semejantes cosas que estos dan de presentes los señores en estas partes, y lo que dan no lo dan sino pensando en cobrar el doble; este Rey de Gapi es uno de los grandes señores destas partes, porque tiene muy buena gente de guerra é señorea muchas provincias é islas, y hay en su tierra mucho hierro que labran en ella de que se hacen alfanges é muy buenos para la guerra é hazagayas muy buenas é otros guerreros de armas para la guerra

é todo el hierro que venden es labrado, y estos dos paraos traían muchos alfanges é otras herramientas para labranzas como para la guerra y así mismo dijo al Rey de Tidore que el Rey su señor se le inviaba mucho á encomendar é que ya sabían cuán grandes amigos habían seido sus padres y él, y que por lo tal lo tuviese y que podría ser que antes de mucho viniese á Tidore no más de por ver á el Rey é al capitán é envióle ciertas espadas de presente; el capitán é Rey recibieron muy bien á los indios embajadores, dándose por muy grandes amigos del Rey de Gapi; estos dos paraos venían muy bien adrezados de guerra, los más de los indios son flecheros y tirando con yerba y traían corazas los más de cañas entretegidas con cierto hilo muy recio, y otros traían cosetes de algodón muy fuertes que les llegaban dende los pies hasta la cabeza, y todos traían paveses.

Sábado á tres de Abril del dicho año de 1529 invió el Rey de Gilolo al capitán á pedir que le inviase el bergantín con algunos paraos de Tidore que quería hacer correr todos los palmares de donde era y destruirle todos los mantenimientos que tenían del capitán; habló al Rey de Tidore y acordaron que fuesen siete paraos con el bergantín, y en ellos fuimos diez castellanos, y llegados en Gilolo fuimos con la armada de Gilolo juntamente adonde era é cortámosles muchos palmares de cosas y de pan, y volvímonos á Gilolo, porque á la verdad no íbamos los castellanos con voluntad de tomar el dicho lugar porque no esperábamos de sacar mucho provecho del; dende Gilolo fuimos juntamente las dos armadas á la isla de Moro, é quemamos en la isla de Gilolo á Erabo é Chabo y más de treinta pueblos, donde tomámos muchos esclavos y esclavas, y así nos volvimos á cabo de diez y siete días.

A tres de Mayo se partió Alvaro de Sayavedra ceron con su caravela por piloto al dicho Macías de Poyo; iba muy bien bastecida é aparejada para la nueva España.

En este tiempo murió el Rey de Gilolo de que nos pesó mucho, é recebimos mucho daño por ser muy grande amigo nuestro é nos favorecía muy bien; dejó por gobernadores á Guichil Tidore y á Guichi Uso, sobrinos suyos; juntamente con ellos dejó á cuatro *barrios* de Gilolo porque entendiesen en las cosas que fuesen de mucha importancia; este Rey viejo era hombre muy sabio, hombre muy guerrero y sagaz y de más gravedad que había en todas las

islas de Maluco; su hijo heredero dejó en poder de un hermano suyo, marido de una ama que lo había criado, que se llamaba Gois, muy grande amigo nuestro.

Después que partió la dicha caravela tuvimos todavía guerra con los portugueses y sus amigos, é nos hacíamos mucho mal los unos á los otros, é como había mucho tiempo que estábamos en estas islas é pasamos muchos trabajos en guerras é sin socorro ninguno, habiásenos muerto parte de la gente, los unos de dolencias, los otros en guerra, por lo cual nos quisiéramos sustentar sin hacer tantas salidas si pudieramos, empero los indios no querían lo que nosotros, antes los indios importunaban al capitán cada día para que fuésemos á pelear, y el capitán excusándose cuanto podía; vino la cosa á que Quichil Rade gobernador de Tidore mandaba que no hiciesen los indios plática de bastimentos ni nos vendiesen nada porque el capitán no le quería dar treinta hombres para ir á Moro, y viendo el capitán que lo hacían tan mal los indios decía al Rey é á Quichil Rade que como lo hacían tan mal con nosotros ó pues era notorio que porque nosotros no queríamos tantos castellanos juntos á pelear era porque eramos pocos porque al presente no éramos sino sesenta y dos personas con diecisiete que había de Gilolo, de estos los siete eran mozos y otros había que no se habían visto en ninguna enfrenta é que podría ser que los portugueses é los de Terrenate yendonos nosotros con nuestra armada venían á tomar la fortaleza que quedaba sin gente é que con semejantes razones les aplicaba, hubo de ser que en este tiempo murió el Rey de Terrenate é como esto supo Quichil Rede vino al capitán diciendo que ya no se le podía excusar de le dar gente é artillería para ir á pelear á Moro porque le hacía saber que esta vez ponía á Moro debajo del Señorío de Tidore por cuanto el Rey de Terrenate era muerto, y en aquellos XL días de Terrenate no podría salir armada á su costumbre de ellos y que podíamos ir muy seguros; viendo el capitán que los indios nuestros amigos andaban muy descontentos porque no les quería dar gente y nos iban perdiendo la verguenza acordó de contentarles y dijo que se aparejase que le daría diez y ocho hombres.

Martes á la noche á XVI (1) de octubre del dicho año de 1529

(1). ¿XVI? debe de ser 19 ó 20. (Nota del P. Uncilla).

partimos con Quichil Rade diez y ocho castellanos é llenamos nueve paraos grandes muy bien armadas y el domingo siguiente á XXIII del mes topamos con seis paraos grandes de Terrenate junto á un lugar que se llamaba Sugala, que está á cinco leguas de Zamafo hacia el norte en la misma isla de Gilolo, é peleamos é peleamos con los seis paraos muy reciamente de manera que los tomamos uno de ellos con toda su gente, el capitán se llamaba Celabuta el mayor Cosario que había en todos estos mares; matamos toda la gente que había en este parao que no quedaron sino cuatro mozos, había ochenta y siete personas y un tiro de bronce grande y otro pequeño, los otros cinco paraos se nos acogieron con la noche que andando peleando se nos anocheció; el otro día segundo llegamos en Zamafo é allí estuvimos algunos días, al cabo de los cuales echando los indios suertes parece que les salieron malas é nos bolvimos á Tidore con tres paraos y los otros siete que rodeasen la costa de Giloló: todos los indios de estas partes acostumbraban á echar suertes é dar mucho crédito á ellas: también salió en este tiempo la armada de Gilolo hacia Moro.

Partidos de Zamafo dende á cuatro leguas nos partimos los unos á una parte é otros á otra, yo fuí con otros cinco compañeros con Quichil Rede á Tidore por el pasage de Tomalalinga é Alonso de Rios fué con los otros doce á rodear las islas para ver si podría hacer algún salto, como llegamos en el paso tuvimos nueva como los portugueses habían ido con ayuda de Quichil de Rebés sobre Tidore é le habían tomado é destruido é tenían cercados á los castellanos en su fortaleza é les combatían cada día; cuando Quichil Rade y los indios supieron estas nuevas quedaron tan muertos y cortados que no sabían de sí; no menos pesar que ellos tovimos yo y sus compañeros, empero yo les comencé á conortar diciendo que aunque hobiesen quemado el lugar que no tomarían la fortaleza é é que debríamos de ir lo más presto que pudiésemos para que si no habían tomado les diésemos socorro, é dije á Guichil Rade que si caso fuese que hoviesen tomado la fortaleza y á los castellanos que nos fuésemos á Gilolo porque le hacía saber que si los portugueses le tomaban que le cortarían la cabeza é que para esto el mejor remedio sería que nos fuésemos á Gilolo é que nos juntaríamos allí los más de los castellanos que habían ido con el con otros diez y siete que allí estaban donde podríamos estar á pesar de los portu-

gueses, por ser el lugar muy fuerte, por ser el Rey mucho su amigo nuestro é que no podía ser que tardase mucho armada de Su Majestad, que como Sayavedra llegase á la nueva España que luego vernía grande Armada de más de mil hombres, é con estas palabras se conortó el dicho Quichil Rede é me dijo que así como yo quería hacer, é partidos deste dicho lugar de Tomalalinga atravesamos á Tidore de noche y fuimos á un lugar que se llama Sacamora pensando tomar plática é hallámosle quemado y sin gente ninguna, é de ahí fuimos el dicho Quichil Rade y yo adonde estaba nuestra fortaleza en una canoa é llegamos bien cerca de ella hasta que reconocimos como eran portugueses los que estaban dentro é tornamos atrás y embarcamos en nuestros paraos, yo quisiera que fuéramos derechos á Gilolo, empero quiso Quichil Rade informarse primero de lo que pasaba é fuimos á un lugar que se llamaba Zamafo que está en la misma isla de Tidore, y llegados allá supimos de los indios como habían tomado los portugueses é los de Terrenate la ciudad de Tidore é nuestra fortaleza y que nuestros castellanos se habían ido en un bergantín por ahí adelante, é que no sabían donde, y cuando Quichil Rede supo estas nuevas preguntome que era lo que yo quería hacer, y dígele que me quería ir á Gilolo que si el no quería venir me hiciese merced de darme un parao en que fuese, dijome que le placía y que por que el quería primero verse con el Rey é quería recoger sus mujeres y hijos que un caballero que se llamaba Macha iría conmigo, é que dende á cuatro días tornásemos por el á cierta parte de la isla con algunos paraos de Gilolo, mientras nosotros estábamos en estas páticas saliérosenme tres compañeros en tierra é pasaron á los portugueses y fué conmigo á Gilolo un lombardero que se llamada Roldan que es flamenco é un portugués que se llamaba Leonis Gomez é así fuimos á Gilolo, llevando con nosotros dos barcos de bronce é nuestras escopetas é armas é llegados á Gilolo fuimos bien recibidos de nuestros compañeros é por el consiguiente de nuestros gobernadores Guichil Humi é Guichil Tidore, los cuales se nos ofrecieron de nos dar todo lo que hobiésemos menester para nuestro sustentamiento hasta que viniese armada de Su Majestad: aquí supe en que manera habían tomado los portugueses la fortaleza de Tidore que fué lo siguiente.

Jueves por la mañana á XXVIII del mes de Octubre día de San

Simón y Judas vinieron los de Terrenate y portugueses sobre Tidore con la mayor armada que pudieron juntar é venían el mismo don Jorge de Meneses en persona como supo que nuestra armada estaba fuera, algunos dicen que de Tidore fueron avisados los portugueses de la Reina madre del Rey Mier que al presente reinaba porque quería mal á Guichil Rede é al Capitán Fernando de la Torre porque habían hecho matar á derrota su amigo, también los avisó Maestre Fernando médico natural portugués; llegada la dicha armada salieron los portugueses y los de Terrenate en tierra obra de una milla de la ciudad é dende marcharon á la ciudad sin que nadie les contradijese, por otra parte fueron los navíos por mar á ponerse en frente de la ciudad, é de la fortaleza comenzaron á bombardear, los pocos de los castellanos que había en la fortaleza se repartieron en cuatro partes por resistir la entrada á los portugueses, é halláronse siete castellanos con obra de XXX indios por donde acometió don Jorge de Meneses á entrar con su gente, é pelearon con ellos los nuestros muy bien é hirieron muchos de ellos, empero como los nuestros eran pocos todabía se les entraron los portugueses después de haber muerto á uno de los nuestros y herido á otro muy mal, después de entrados en la ciudad prendieron dos compañeros de los nuestros el uno llamado Antonio Corzo y el otro llamado Jorge Griego, en este tiempo no paró indio en la ciudad é fuyeron todos á las montañas, como el Capitán Fernando de la Torre vido á los portugueses dentro de la ciudad recogióse en la fortaleza con los que pudo juntar aunque fueron muy pocos, porque algunos no se pudieron recoger en la fortaleza é se huyeron al monte; como el Capitán se vió con tan poca gente demandó su parecer á los oficiales del Rey que allí se hallaron de lo que haría, y luego dijo Fernando de Bustamante que en su parecer era que se diesen á partido, porque no estaban á disposición de se defender de los portugueses y que él decía por sí que como ellos llegasen que no podría tirar más de un tiro con una ballesta que tenía é asimismo dijo mastre anse condestable de nuestros lombarderos é Francisco de Godoy é otros muchos de los que ahí estaban é no me maravillo que estos dijesen este parecer, porque ninguno de estos tres que he nombrado nunca se hallaron en afrenta ninguna ni en ganar la honra que teníamos ganada así con portugueses como por indios, lo otro el Bustamante contador general era sospechoso, porque ya de antes se había que-

rido huir á los portugueses y el Capitán le tuvo preso sobre ello é después le soltó; como se vido solo el Capitán Fernando de la Torre con diez ó doce no más y el Bustamante arguía porque aun los que estaban dentro que tenían voluntad de pelear estaban repartidos por la fortaleza para pelear cuando los enemigos les acometiesen é no estaban en estas pláticas vino á querer hacer partido, viendo que los portugueses se venían allegando los partidos que se hicieron fueron que el dicho Fernando de la Torre diese y entregase al dicho Jorge Meneses los portugueses que tenía por prisioneros é más la artillería é galera que teníamos del Rey de Portugal y más todos los esclavos y esclavas que se hallasen de los portugueses entre los nuestros y que el dicho Fernando de la Torre se saliese de las islas de Maluco con los compañeros que le quisiesen seguir, é que solamente llevasen dos paraos que el dicho D. Jorge le prestaría y el nuestro bergantín y que estos llevasen sus haciendas y la gente que tenían y más todo lo que pudiesen llevar de la factoria, é que se fuesen á un lugar que se llama Zamofo donde primero habíamos estado con la nao al tiempo que llegamos á Maluco, é que en ninguna de las islas pudiésemos entrar ninguno de los castellanos digo de Maluco de los que estuviesen en compañía de Fernando de la Torre, y que éste fuese en término de que á los castellanos ó portugueses viniese mandado de nuestros príncipes, que venido nos hiciésemos saber los unos á los otros lo que entonces determinásemos, y de esto hicieron escrituras firmes é juraron en una hostia consagrada, é así se salió Fernando de la Torre en el bergantín é dos paraos que le dió el dicho D. Jorge de Meneses: los compañeros que siguieron á Fernando de la Torre son Martín García de Carquizano tesorero general y Diego de Salinas factor é Pedro de Montemayor que al presente quedó en rehenes de los dos paraos que iban con el bergantín é Martín de Islares é Pedro de Ramos é Diego de Ayala....y de Barrios é Fernando de Guevara y Juan Minchao é Mastre Antonio de la Cal, é Paulo del Golfo, é Demitre del Golfo, é Pedro Gutierez de Espinosa é Quiple Flamenco é Juan de Mena alguacil mayor é Andrés de Carquizano é Juan Turco Grunete é Tristán de China, Lengua é Lucas de Arbenga é Lorenzo de Roma é Juanillo de Dios é Juan de Gopigi pajes, é todos los demás de los castellanos se quedaron con los portugueses é robaron toda la más de la hacienda que había en la factoría, y más todo lo que pu-

dieron de los castellanos que estábamos fuera en la guerra, que los que fueron en el bergantín harto hubieron que cobrar sus mozos é mozas que tenían porque no les dieron los portugueses más término que XXIV horas para salir de la dicha isla de Tidore, de manera que los que andábamos de armada quedamos solamente con las armas que nos hallamos: los que fueron con los portugueses son los seis: Fernando de Bustamante contador é Juan de Torres capellán los cuales robaron todo lo que pudieron así del Rey como de los compañeros, y el Bustamante llevó todas las escrituras é testamentos y enventarios y almonedas que se habían hecho y todos los libros del Rey porque todas las almonedas de hombres se hacían por su hermano é Francisco de Godoy llevó hacienda del comendador Conisa que en gloria sea y todas sus escrituras, Fernando médico portugués é Diego Saez trompete é Alfonso de Orogalo factor portugués é Antón de Aranguren por haberse hallado en montes al tiempo que se fueron con el bergantín Arias de León y Juanetín Grunetes é Diego Olleron ayudante de piloto é Pascual de Sanmareo ferrero con la fragua toda, todos los cuales excepto Antón de Aranguren quemaron é robaron todo lo que pudieron, así de la factoría como de cosas de compañeros, é también fué Artus lombardero con los portugueses, habiendo robado todo lo que pudo, todos estos dichos que quedaron con los portugueses eran panyaguados con Fernando de Bustamante contador el cual había deseado aquella hora muchos días había.

Dende cuatro días que yo llegué en Gilolo armamos ciertos paraos é fuimos de noche á la isla de Tidore é tomamos á Guichil Rede y á sus mujeres é hijos y otra mucha gente que con él venía, y los llevamos á Gilolo donde fué bien recibido de los gobernadores é también vino Guichil Humar gobernador de Maquian.

Dende á obra de diez días después que yo llegué en Gilolo nos vino nueva como Alonso de Rios estaba con ciertos compañeros en un lugar que se llama Tomacabo que es isla de Batachina por no tener en qué pasar á Gilolo; así como lo supe rogué á los gobernadores un parao esquifado y á cabo de tres días me dieron por pura importunación, porque en este tiempo nadie osaba salir fuera por miedo de los portugueses, é llegado al dicho lugar hallé Alonso de Ríos con otros cinco compañeros, los cuales son Diego de la Presa é Lorenzo de Castro é Francisco de Paris Gonzalo de Cenosa y Al-

fonso Gabino portugués, y embarcados fuimos á Gilolo; trujo Alonso de los Ríos dos barcos: estas nuevas fueron á los portugueses; con los nueve que me venía más juntamos veinte y seis castellanos y comenzaron algunos á querer que nombrásemos alguno de nosotros por Capitán, sobre esto comenzóse alguna diferencia entre los compañeros porque unos querían que fuese Hernando de Anaico y otros yo, é viendo nosotros cuan pocos éramos é la mucha necesidad que teníamos que no hobiese discordia diximos á los compañeros que no hablasen en ello porque queríamos que el Capitán Fernando de la Torre viniese á Gilolo con otros compañeros que con él estaban, el cual sería nuestro Capitán como hasta entonces lo había sido, é que para esto ordenaríamos con los gobernadores para que inviasen algún caballero principal juntamente con Alonso de Ríos é conmigo á Zamafo donde Fernando de la Torre estaba, é le rogaríamos é requeriríamos por partes de Su Majestad que viniesen á Gilolo con todos los compañeros que con él estaban porque cumplía así al servicio de Su Majestad é cuando por esto no quisiese venir le trairíamos por fuerza, é con esto les aplacamos mucho, aunque muchos de ellos no eran de nuestro voto ni nosotros lo hacíamos esto sino porque no hobiese alguna discordía entre nosotros.

Pasado el mes de Noviembre de 1529 llegó en Gilolo Martínez de Islares que venía de Zamafo por mando del Capitán Fernando de la Torre en busca de nosotros para que fuésemos á Zamafo á donde él estaba, no fuimos de este parecer los que estábamos en Gilolo por que no nos parecía servicio de Su Majestad, porque si nos salíamos de Gilolo luego lo destruirían los portugueses sin que los indios fuesen parte para resistírselo y que si mañana ó otro día viniese armada de Su Majestad é hallándose los portugueses apoderados en Maluco no sería parte la armada de Su Majestad sino fuese muy numerosa para entrar en Maluco, lo que sería estando nosotros en Gilolo aunque no viniese más de una nao sola, por esto é por muchos otros inconvenientes no quesimos aceptar lo que el dicho Capitán Fernando de la Torre nos inviaba decir, antes como primero teníamos acordado hablamos á los dichos Guichil Humi é Guichil Tidore gobernadores de Gilolo para que fuésemos á Zamafo por el dicho Capitán y los otros compañeros, parecídoles á ellos bien acordaron de enviar juntamente con nosotros á Guichil Biace hermano de Guichil Tidore é partimos de Gilolo con propósito de

bolvernos muy presto, porque teníamos nuevas que los portugueses é los de Terrenate se apercibían para venir sobre Gilolo, é fuimos por Tomalalinga é de la otra parte; en unos lugares del Rey de Gilolo esquifamos tres paraos en los cuales íbamos el dicho Alonso de Ríos é yo é Bernardino Cordero é Gonzalo de Canosa: á dos días del mes de Diciembre llegamos en Zamafo donde estaba el dicho nuestro Capitán, después de hablado en otras cosas dijémosle á lo que íbamos, asimismo Guichil Liaca le dió una carta de los Gobernadores de Gilolo, en la cual le inviaban á rogar que fuese á Gilolo con los compañeros que tenían é que le prometían de le dar para el gasto de toda su gente cierta cantidad de moneda de la tierra para cada día con que nos podríamos sustentar en la comida, y esto para todo el tiempo que quisiésemos estar en Gilolo esperando armada de Su Majestad; el dicho Fernando de la Torre se excusó de venir con nosotros diciendo que el día capitulado con los portugueses he urado en una hostia de no estar en Maluco hasta en tanto que le viniese algún mandado de Su Majestad é que en ninguna manera quebraría lo que con los portugueses tenía asentado, ni por más que le digiésemos ni requerimos no quiso hacer otra cosa, viendo nosotros que esto era su voluntad determinamos de irnos á Gilolo sin él; viendo Martín García de Carquizano Tesorero general que lo que nosotros decíamos era servicio de Su Majestad dijo al dicho Capitán que debía de ir con nosotros é que si su merced determinaba de quedarse, todavía le pedía le diese licencia para irse con nosotros á Gilolo á servir á Su Majestad, así mesmo pedieron licencia al dicho Capitán para ir con nosotros Juan Griego que se había venido de Terrenate con apoderado de Montemayor é Pablo del Golfo é Mitre del Golfo é Martín Antonio de la Cal é Juan de Minchaca é Andrés de Carquizano é Tristán de la China, á los cuales ni á ninguno de ellos quiso dar licencia, antes les requería que no se apartasen de su compañía, empero ellos viendo que era servicio de Su Majestad todavía fueron con nosotros é ansi tornamos á Gilolo excepto Bernaldino Cordero que se quedó con el dicho Capitán Fernando de la Torre é con los otros, el segundo día que llegamos en Gilolo de vuelta vino una fusta de portugueses con cierta armada de paraos á requerir á los castellanos que estábamos en Gilolo que nos fuésemos con él á su fortaleza ó nos fuésemos á Zamafo donde nuestro Capitán estaba; asimismo requirió al Rey de Gilolo se diese

por vasallo del Rey de Portugal; venía por Capitán de la dicha fusta D. Jorge de Castro al cual no le quisimos dar plática, antes procuramos de hacer ciertos aparejos para tomar la dicha fusta, de lo cual fué avisado el dicho D. Jorge é se volvió á su dicha fortaleza, é dende á tres ó cuatro días nos invió una carta D. Jorge de Meneses de muchas amenazas al cual tampoco respondimos.

Al principio de Enero de 1530 años vino Fernando de la Torre á Gilolo con otros dos hombres que traía en su compañía por el camino de Tomalalinga, el cual se vino porque la caravela florida había tornado arribar no pudiendo tornar la nueva España á Zamafo donde estaban, é porque tuvo noticia por los indios que los portugueses se aparejaban para ir á tomar la dicha caravela é á ellos, acordó de venirse á Gilolo é no les esperar en Zamafo; en una canoa vino desde Zamafo hasta Malalinga é desde ahí vino á Gilolo é mandó á Pedro de Montemayor é á los otros compañeros se viniesen en la caravela é bergantín á Gilolo, los cuales llegaron en Gilolo á diez y seis días del dicho mes de 1530.

Fuéronse en Zamafo para los portugueses los siguientes: Jacome Ginobes contramaestre de la dicha caravela, Alonso de Bobedo é Bicensio de Nápoles é Bernaldino Cordero portugués.

Arribó la dicha caravela de los treinta grados de la linia de la parte del norte por hallar los tiempos contrarios del esnodeste: murió Alvaro de Sayavedra capitán de la dicha caravela, asimesmo murieron otros algunos en la dicha caravela once compañeros, que los otros los unos se fueron á los portugueses é los otros se murieron en la mar de manera que nos juntamos en Gilolo por todos cincuenta y ocho personas.

El segundo día que llegó la caravela en Gilolo tuvimos nuevas como algunos de los castellanos que se habían fuído en Zamafo estaban en Tomalolinga, ya luego que se supo la nueva se armó un parao el cual me mandó el capitán Fernando de la Torre con otros tres compañeros para tomarlos si pudiese ser y idos allá supimos como eran pasados á Terrenate á hacer una emboscada: tomamos otro día por la mañana ciertos indios en un lugar que se llama Malayo á los cuales rescatamos luego por más de cien ducados, todavía nos aprovechaba nuestra parte con que volvimos muy alegres, así comenzamos á tornar á nuestro oficio.

De ahí en adelante los mas días hacíamos muchos saltos por to-

das las islas juntamente con los indios de Gilolo á pesar de los portugueses, con lo que cazabamos de esta arte nos ayudábamos mucho para con lo que el Rey de Gilolo nos mandaba probar el cual lo hacía muy bien con nosotros; también nos dimos en este tiempo á la caza que había muchas puercos monteses é con un perro que teníamos mucho bueno matabamos puercos monteses; también nos dimos á criar gozquejas de la tierra que son muy buenos para cazar.

A cabo de cinco meses poco más ó menos que estabamos en Gilolo comenzaron á haber diferencias los dos gobernadores el uno con el otro, de manera que muchas veces por respeto de ellos estaba el reino muy revuelto; algunas veces no podríamos también nosotros también de mostrarnos en favor del uno porque Quichil Tidore el uno de los gobernadores, era mucho nuestro amigo, al cual le quisiera echar de la gobernación Guichil Humi el otro gobernador, el cual según nos decían pretendía ser rey de Gilolo y el porque quisiera echar fuera de la gobernación era con propósito de alzarse con el reino contra Lermucha hijo del Rey que murió, é porque nosotros no consintiamos que á Guichil Tidore quitasen de la gobernación queríanos mal Guichil Humi y los de su balia lo cual andábamos con muchos sobresaltos que tampoco no nos convenía hacer otra cosa de lo que hacíamos, porque si el Guichil Humi quedaba por Señor no podíamos hacer menos de pasarnos á los portugueses que nos querían mal, é como creyera que teníamos favor del Rey la mayor parte de los indios estaban muy bien con nosotros: en este mismo tiempo hobo ciertas discordias entre los portugueses é los indios de Terrenate sobre un puerco que un principal de Terrenate mató porque se le había entrado en casa porque todos estos indios de Maluco son de la secta mahomética é son muy enemigos de los puercos, acertó de ser de la capitanía de D. Jorge de Meneses el puerco é como supo que aquel indio le mató envióle á llamar á la fortaleza é hízole comer por fuerza un pedazo de tocino, por lo cual agraviándose mucho Guichil de Redes comenzó á tratar traición á los portugueses, hizo saber su voluntad á Guichil Hume, el cual se ofreció también de matar á los castellanos é para efectuar su maldad acordaron de hacer paces: quiso Dios que el mismo día que Guichil de Rabes envió á decir su voluntad súpelo yo todo por un indio que me lo descubrió, é luego avisé al Capitán é dende en adelante comenzamos á hacer guardia é vino la cosa á tanto que

empezó á engañar á los portugueses é dijo Guichil de Redes á don Jorge de Meneses que asentase paces que él también haría con los de Gilolo é que le prometía de nos hacer le entregar á Guichil Hume todos los castellanos que estábamos en Gilolo porque estaba muy mal con ellos y que él mesmo se la había enviado á decir; como D. Jorge no deseaba otra cosa dijo que la hacía é venimos á hablar en ello aunque mucho contra nuestra voluntad, que nosotros más queríamos guerra que no tales paces; por tener más secreta su determinación acordaron desterrar á Guichil Tidore con el favor de Guichil de Rebes é de los portugueses como de hecho le desterraron para las islas de Maquiaun recelándose del que nos avisaría, y no estaban engañados que el indio que á mí me lo descubrió me parece que vino á decírmelo por su parte porque era mucho su deudo.

A veinte y tantos días de Agosto del dicho año de 1530 fuí yo á Terrenate con poder bastante del nuestro Capitán Fernando de la Torre juntamente con Guichil Liaca é Guichil Atimor asentar las paces con los dichos portugueses é las asentamos é hicimos escrituras firmes; para ello avisé á D. Jorge de Meneses de la traición que los indios ordían é que las paces no hacían con otro propósito sino para tener manera é orden para matar á ellos y á nosotros; el D. Jorge no me dió crédito pensando que lo haría por revolverle con los indios, antes me dijo que pasásemos á su fortaleza porque me haría saber que si estábamos en Gilolo nos matarían los indios antes de un mes, y después de platicado sobre esto muchas dichas cosas torné á Gilolo después de haber asentado las paces que para nosotros era guerra allende de otros respectos porque estábamos todos muy pobres.

Anduvo muy caliente Guichil de Rebes ordenando su traición á los portugueses é quesiere el que Guichil Humi nos matara á nosotros primero, y es á saber el Guichil Hume diciendo que nosotros éramos pájaros sin alas porque no teníamos fortaleza que cada vez que él quisiese matarnos lo tenía á su mano, é que Guichil de Rebes procurase matar los portugueses que tenían alas que nosotros no teníamos á donde huir, ordenaba de no matar de nosotros ni de los portugueses algunos lombarderos y oficiales carpinteros y herreros; tan público era ya lo que ordenaban que vinieron á saber los portugueses lo que pasaba y muy disimuladamente invió el Capitán

D. Jorge de Meneses á llamar al Rey de Terrenate que era de edad de hasta trece años é á Guichil de Rebes gobernador é á otros caballeros principales é venidos ellos á la fortaleza prendióles á todos excepto al Rey en lo alto de la fortaleza y dió algunos indios de estos que tomó tormento en que confesaron la verdad é como de allí á tantos días tenían acordado de matar á los portugueses; como don Jorge supo esto luego en la misma hora hizo degollar al dicho Guichil de Redes é hizo matar á otros muchos que entraron con él en la fortaleza; como los indios de Terrenate supieron esto luego se alzaron todos é se fueron á las sierras desamparando los lugares.

A catorce de Octubre del dicho año de 1530 vino la nueva á Gilolo como habían degollado los portugueses á Guichil de Rebes; como Guichil Hume supo esto luego se comenzó alborotar é mandó inviar un parao á Terrenate á saber lo que pasaba é comenzáronse todos los indios alborotar é tomar sus armas; como el Capitán vido que inviaban el parao á Terrenate rogó á Guichil Humi que fuese un castellano con ellos también para informarse, el cual dicho Guichil Humi dijo que no podía ser; nosotros nos recelábamos que no hoviesen muerto los de Terrenate á los portugueses é por asegurarnos al revés y estando el Capitán muy deseoso de saber la verdad yo le dije que me iría luego aquella noche en una canoa á la fortaleza de los portugueses é sabría lo que pasaba y diría á don Jorge lo que mandase; el Capitán me dió una carta de crédito é fuí aquella mesma noche á la fortaleza llevando conmigo á Demitre del Golfo é cuatro indios para bogar, el otro día por la mañana llegué á dicha fortaleza y supe lo que pasaba, y el Capitán D. Jorge me dijo si determinábamos de guardar las paces que con él teníamos asentadas, yo le dije que sí le favoreceríamos en todo lo que pudiésemos, él se me ofreció y me dió las gracias que así haría él por nosotros, y con tanto me volví á Gilolo y llegué la otra noche siguiente donde hallé á los compañeros puestos en armas con sus escopetas á cuestas.

El otro día siguiente por la mañana estaban todos los indios de Gilolo puestos en armas juntamente con Guichil Hume diciendo que el Capitán Fernando de la Torre quería matar al dicho Guichil Hume, lo cual por consejo de Guichil Baidua justicia mayor del reino de Gilolo é de Guichil Tidore, los cuales quisieron desterrar al dicho Guichil Humi con favor de nosotros y como el otro supo esto

apoderáronse las casas del Rey tomando al Reyecillo en su poder é juntó toda la tierra por lo cual cobraron miedo los dichos Guichil Tidore é Baidua que estaba con él é yo les dije que cosa era que siendo tan grandes amigos como ellos é nosotros éramos que viniésemos en tan gran discordia porque los portugueses y los de Terrenate se matasen los unos á los otros, é que el Capitán mandaba decir qué quería que hiciese que no haría otra cosa sino lo que él quisiese, respondióme que Guichil Humi estaba muy poderoso porque toda la tierra le favorecía y que no era tiempo de ejecutar lo que ellos tenían ordenado con el Capitán, que lo mejor sería que se disimulase é fuésemos todos amigos; yo le dije que así queríamos el Capitán y todos nosotros é que lo dijese á Guichil Humi para que así se hiciese, que yo diría al Capitán lo mesmo, é con esto me volví y dije al Capitán lo que pasaba, que no era tiempo de hacer otra cosa, é así comenzamos á entender los dichos Guichil Humi y el dicho Capitán que fuesen amigos é jurasen cada uno en su ley de se no quebrar la dicha amistad, é así se hizo que este dicho día á la tarde nos juntamos los unos é los otros é quedamos muy grandes amigos é por más firmeza juramos cinco ó seis de nosotros y otros tantos de ellos.

Jueves á tres días de Noviembre del dicho año vinieron una galera y un navío é un junco de portugueses de Malaca en los cuales venía Gonzalo de Pereira por Capitán de lo dicha fortaleza de los portugueses, el cual vino á muy buen tiempo que hasta que él vino tenían mucha guerra los indios de Maluco todos contra los portugueses, é por amor de nosotros no querían ayudar aunque los indios de Terrenate nos ofrecían muchas dádivas ansi á nosotros como á los de Gilolo para que les ayudásemos contra los dichos portugueses lo cual no quesimos aceptar; como el Gonzalo Pereira llegó luego vinieron los indios de paz é se le quejaron diciendo que el dicho D. Jorge de Meneses había muerto al dicho Guichil de Rebes é á otros caballeros de Terrenate sin merecerlo por no más de querer mal el dicho D. Jorge al dicho Guichil de Rebes, por lo cual el dicho Gonzalo Pereira prendió al dicho D. Jorge al tomar de la residencia y le invió preso al gobernador de la india.

A los veinte días del mes de Diciembre del dicho año fuí yo Andrés de Hurdaneta á la fortaleza de los portugueses por mandado del Capitán Fernando de la Torre é del Rey de Gilolo á asentar

de nuevo paces con el dicho Gonzalo Pereira, las cuales asentamos en la mesma manera que con D. Jorge de Meneses; el dicho Gonzalo de Pereira me dijo en como Su Majestad había empeñado las dichas islas de Maluco por trescientos é cincuenta mil ducados al Rey de Portugal y pues esto era así, bien podíamos pasar á los dichos portugueses donde nos sería hecha mucha honra é nos haría mercedes, yo le respondí que si su merced nos traía algún mandado de Su Majestad para que le entregásemos la tierra y nos fuésemos que le pedía por merced me lo mostrase que si tal provisión de Su Majestad traía que luego en la hora pasaríamos á ellos, respondióme que él no lo traía por parecerle que no sería necesario, aunque creía que el gobernador de la india lo tenía.

Al fin de dicho mes de Diciembre torné á la dicha fortaleza á negociar ciertas cosas donde hablé con un caballero portugués que había andado mucho tiempo en Castilla el cual se me ofrecía si los castellanos queríamos que él nos llevaría cualquier relación que á Su Majestad quisiésemos enviar, porque me hacía saber que todo lo que el dicho Gonzalo Pereira era mentira cerca de que Su Majestad había empeñado las islas de Maluco, yo le dije que la mayor merced que á todos los castellanos que estábamos en Maluco era hacer lo que decía é haría muy gran servicio á Su Majestad del cual sería muy gratificado, é que yo haría con el Capitán Fernando de la Torre suplicase á Su Majestad en su carta le hiciese grandes mercedes, é así concertado le hice jurar sobre una ara consagrada complira lo que me decía é luego me partí para Gilolo, é dije al Capitán Fernando de la Torre lo que dejaba concertado con el dicho portugués y él se holgó mucho y me dió la relación de todo lo que había pasado después que habíamos partido de España con una carta para Su Majestad é se la llevé al dicho portugués, el cual se partió de Maluco para la india dende á quince días.

A los cinco días de Enero fuí á la fortaleza de los portugueses por mandado de Fernando de la Torre á Gonzalo de Pereira á demandar dos negros esclavos que se nos había huído para la dicha fortaleza porque teníamos capitulado que cualquier esclavo ó esclava de la una parte á la otra se fuese fuésemos obligados á tornarla con todo lo que llevasen é así mismo á pedir á Melchior de Arena calafate que á pedimento del dicho Gonzalez Pereira le prestó el dicho Fernando de la Torre para calafatear dichos navíos, con con-

dición que aunque el dicho Melchior de Arena castellano quisiese quedar en servicio del Rey de Portugal el dicho Gonzalo Pereira no le consintiese, antes le enviase al dicho Fernando de la Torre aunque fuese contra su voluntad, é porque habíamos sabido que el dicho Melchior de Arena no quería tornar á Gilolo donde nosotros estábamos ni quería servir más á Su Majestad sino que se quería quedar en la dicha fortaleza de los portugueses en servicio del Rey de Portugal le requerí al dicho Gonzalo Pereira me entregase el dicho Melchior de Arena é los dichos esclavos, el cual dicho Gonzalo Pereira no queriendo cumplir lo que tenía asentado é capitulado con nosotros torné á Gilolo sin ninguno de los que fuí á pedir: á luego el dicho Fernando de la Torre tornó á enviarme á mí é á Diego de la Presa sobre el mismo caso é de esta vez llevé una cédula firmada del dicho Gonzalo Pereira en la cual se obligaba de volver al dicho Melchior de Arena como arriba se contiene é como le mostré la dicha cédula con su firma, como vió que no podía negar, dijo que le placía, que él le mandaría que fuese conmigo y en lo de los negros dijo que decían que no eran esclavos é que no eran obligados: el otro día por la mañana al tiempo de embarcar escondióseme el dicho Melchior de Arena, por lo cual fuí al dicho Gonzalo Pereira é le dije como se había ausentado otra vez el dicho Melchior no queriendo ir á Gilolo conmigo é que su merced mandase buscar por esas casas é me lo entregase, el cual me respondió que ya había cumplido conmigo que no era obligado á más. Sobre esto pasamos ciertas razones el dicho Gonzalo Pereira y yo, y todavía me volví sin él, é como supo el Capitán Fernando de la Torre lo que pasaba tornó á enviar al dicho Diego de la Presa á la fortaleza de los portugueses á hacer requerimiento al dicho Gonzalo Pereira sobre el mismo caso, é porque el dicho Gonzalo Pereira mandó que no pareciese ningún escribano ante quien pudiese hacer el dicho requerimiento por lo cual se volvió el dicho Diego de la Presa sin hacer el requerimiento; visto el Capitán Fernando de la Torre como el dicho Gonzalo Pereira no quería complir lo que tenía capitulado las paces con nosotros tornó á enviar á la dicha fortaleza al dicho Diego de la Presa é á..... de Ramos escribano para que le notificase un requerimiento al dicho Gonzalo Pereira sobre el mismo con protestación que si no volvía á los arriba contenidos tampoco guardaría ni compliría lo que estaba capitulado en los conciertos de las paces

que tenían hechas entre el dicho Fernando de la Torre é Gonzalo Pereira, é comenzado á leer Diego de la Presa el dicho requerimiento se fué para el dicho Diego de la Presa con un palo en la mano á quererle dar de palos, y si no fuera por ciertos caballeros portugueses que se hallaron presentes se los diera, é dijo el dicho Gonzalo Pereira que se embarcase é se fuese que juraba á Dios que antes de mucho nos había de tomar á los castellanos maniatados é nos había de desterrar á unas islas que se llamaban las Islas de Mandibar, é con esto se volvieron los dicho Diego de la Presa y..... de Ramos.

En este tiempo andaban los indios de Terrenate muy descontentos del dicho Gonzalo Pereira porque eran muy desbocados é los deshonraba é les daba algunas veces de palos, y como estos indios de Maluco es gente de buena talla siéntese mucho de cualquiera injuria, é también como había muy poco que los portugueses habían muerto á Guichil de Rabes determinaron de alzarse contra los portugueses é tomarles la fortaleza y holgábanse mucho que hobiese discordia entre nosotros y los portugueses.

Mediado el mes de Febrero fuí yo *Andres de Hurdaneta* á Gapi con tres paraos de Gilolo por mandado del capitán Fernando de la Torre á llevar cierta embajada y presentes para el Rey de Gapi, y en achaque de esto á rescatar herramientas de hierro que se hacen en aquellas partes á troque de cuentas de Flandes y de otras cosas: llegado allá hizo saber al Rey como llevaba cierta embajada del capitán é del Rey de Gilolo que le pedía por merced me mandase dar audiencia para ello, respondiome que había muy pocos días que era muerta la Reina é que á su costumbre en cierto tiempo no se podía ver con ningún forastero, que por tanto no se podía ver conmigo que le perdonase, é que si algo quería lo dijese á dos caballeros, que inviaba á mi para ello, yo le respondí que una embajada de un capitán de un tan gran príncipe no se solía dar sino á la misma persona del Rey ó señor á quien se inviaba la embajada, é que por tanto le pedía por merced me mandase escuchar de su persona á la mía, tornóme á decir lo mismo que antes y torné á replicar diciendo que no sería justo que á otra persona si á la suya no me mandase que dijera la dicha embajada ni por eso no quiso venir; más de veinte días á la postre vino á que me fuese á su casa donde el estaba solo que no llevase á ninguno de los de Maluco, como esto

vieron ciertos principales de los de Maluco enviaron á decir al Rey que les suplicaba les diese licencia para ir conmigo porque no era razón que yo fuese solo; respondióles el Rey que si querían comer puerco que bien podían ir que de otra manera no curasen allá; como esto vieron los indios de Gilolo no procuraron de ir allá porque estos son moros é son muy enemigos de ver puercos cuanto más comer y estos de Gapi son gentiles; llegado á las casas del Rey inviome á decir que le perdonase que no se podía ver conmigo en ninguna manera, como yo ví su voluntad dije la embajada por dos caballeros suyos á quien él me invió para eso y enviele los presentes; la embajada no era más de representarle como eramos vasallos del mayor príncipe que había en el mundo é como había inviado al capitán Fernando de la Torre con cierta gente á aquellas partes para contratar con los naturales de ella é para los favorecer y ayudar á todos los que se diesen por nuestros amigos é que había obra de dos años que habían venido á la isla de Tidore dos paraos que el dicho Rey de Gapi al dicho Fernando de la Torre ofreciendose por su amigo é que entonces no había respondido con los paraos porque los capitanes de ellos se habían vuelto sin hacérselo saber y sin decirle nada y que agora le haría saber como estaban en la isla de Gilolo con su gente esperando armada de S. Majestad, é que le pedía por merced que le tuviese por amigo é que tuviese por bien que cada año fuesen á su tierra algunos castellanos á tratar con su gente é que por el consiguiente podrían venir adonde nosotros estábamos muy seguros é otros muchos ofrecimientos le hice de parte del capitán é le invié los presentes que le llevába que eran cierta olanda é manteles alimañiscos é tres ó cuatro libras de margaritas de vidrio; el Rey se holgó mucho con los ofrecimientos, empero no le contentaron los presentes, y tomando solamente los manteles y la olanda tornome las cuentas diciendo que no era aquello cosa para dar á el é que los tomase para mí; yo los repartí por ciertos principales suyos que estaban conmigo los cuales se holgaron mucho porque precian mucho en aquellas partes toda cortesía de vidrio; pasado esto me invió de comer é me invió á decir que él comenzaba á comer y que comiese yo bien; de rato á rato me enviaba vino de Palmas é cada vez que me invia vino me inviaba un alfange de hierro ó un paño de algodón que ellos llaman utentos; este Rey es el mayor señor que hay en estas partes y es señor

de muchas islas y es muy rico de oro aunque no lo hay en sus islas, empero tiene mucho infinito hierro en una isla que se llama Tabuco que esta obra de treinta leguas de aquí hacia el Oeste, con el cual hierro tiene mucho gran trato con todo el archipiélago de los Celebes y por las islas de los Macicues de donde ha mucho oro á troque de hierro.

Al tiempo que llegué en esta isla había muy poco que era muerta la Reina y del luto todos los indios andaban trasquilados é mas ningún día no había que no mandaba matar el Rey diez ó doce indios é indias diciendo que para que le fuesen á acompañar en el otro mundo á la Reina; la maña como los mataban es que les daban un garrote por el pescuezo hasta que los ahogaban é después los cuelgan por un rato é después los echan en la mar, é asimismo en cierto tiempo no había de comer ninguna ave ni pescado ni arroz ni pan de palmas, algún marusco y tortugas y cosas frescas, bebían hasta caer de culo cada día de aquél vino de palmas; estuve en esta tierra XL días donde rescaté mucho hierro labrado, é despedidos de aquí queriendo ir á la isla de Tabuco á rescatar más hierro á troque de algunos paños de seda que llevamos allá más los tiempos contrarios y no pudiendo ir allá tornamos á volver á la dicha isla de Gapi que los naturales de ella le llaman Gambay, é como el Rey supo que volvimos tuvo mucho enojo diciendo que las cosas buenas y ricas no se los quería más feriar á el y qué los llebabamos á gente ruin é baja é por esto mandó apercebir su armada para tomarnos y avisaronnos ciertos caballeros de la misma isla é así tomamos nuestra vía para Maluco sin tener que beber ni comer, habiendo de allí á Gilolo pasados de cien leguas, que lo más deste camino comiamos tiburón crudo que tampoco no teníamos con que hacer fuego é para matar la sed comiamos del hígado del mesmo tiburón: esta isla de Gambay esta de Gilolo al oeste, es pequeña isla que no tiene diez leguas de boje que es tierra baja é doblada y es junto á ella una isla grande como la de Gilolo al norte de la del Gambay y obra de una legua.

Como atrás he dicho los indios de Terrenate ordenaron de vengar la muerte de Guichil de Rebes é también de sacar á su rey de la fortaleza que le tenían los portugueses sin dejarle salir á fuera, y un día sábado á ventisiete de mayo del dicho año de 1531 pusieron muchos indios de Terrenate é de otras muchas islas en celada obra

de un tiro de lombarda de la fortaleza; otros indios principales solamente entraban en ella como que entraban á ver á su rey é tenían llevado antes cada uno su daga é cuando les pareció que era tiempo para ello echaron mano á sus dagas é arremetieron para los portugueses que estaban dentro de la fortaleza en que mataron al capitán é á otros dos ó tres é hicieron señal de una ventana á los indios que estaban de fuera para que acudiesen á la fortaleza, los cuales indios habían ya salido de la emboscada tras un portugués que los había descubierto al cual mataron, é como los portugueses sintieron la traición acudieron á la fortaleza é llegaron á buen tiempo que la tornaron á ganar é mataron é prendieron los indios que hallaron dentro, é después de ganada la fortaleza dieron sobre los de fuera que andaban robando y quemando las casas de los portugueses é matando muchos de ellos echáronlos del lugar é quedaron los portugueses señores de la fortaleza y de su poblazon, aunque recibieron mucho daño; como en Gilolo tuvieron las nuevas luego inviaron un parao á saber lo que pasaba en el cual invió el capitán á P.º de Montemayor é llegados junto á la fortaleza bien que todos estaban puestos en armas no osaron salir en tierra, así se tornaron, mucho recelo puso esta revuelta entre los castellanos pensando que también serían en esta traición los indios de Gilolo, los cuales no fueron sabedores de la traición que los indios de Terrenate habían hecho y acometido, antes mostraban mejor voluntad para con nosotros que nunca.

Jueves á primero de Junio del dicho año de 1531 vinieron ciertos principales indios de Terrenate al Rey de Gilolo y al capitán por parte de la Reina de Terrenate é de todos los señores de la isla á rogarles que le pidían por merced les quisiese favorecer para contra los portugueses é que les darían cierta cantidad de hacienda, más tomando la fortaleza meterían con toda la munición y artillería que había á los castellanos é que ellos y todos sus señoríos é tierras estarían en servicio de su Majestad de ahí en adelante ó se tenían por vasallos é con estas ofertas é otras muchas é por saber que los castellanos estábamos muy mal con los hechos de Gonzalo Pereira bien pensaron que hicieramos lo que ellos querían; empero viendo nosotros cuanto tiempo había que partimos de España para estas islas que había cerca de siete años é no nos habían inviado socorro ninguno é que al presente eramos muy pocos porque de los que nos

habíamos juntado en esta ciudad de Gilolo se habían muerto algunos de dolencia é otros seis ó siete se habían huído á los portugueses, de manera que no éramos sino obra XL personas é por estos inconvenientes no nos pareció que debíamos favorecer á los indios contra los portugueses antes debríamos de procurar de concertarlos hacerlos amigos para ganarles la voluntad dejó los unos y á los otros para que si armada de S. M. no nos venía tarde que temprano no nos podíamos dejar de pasar á los portugueses é os haríamos cuenta que si armada de S. M. viniese ternía más por nuestros amigos á los indios de Maluco contra los portugueses cada vez que armada de S. M. viniese, é por esto é otros muchos inconvenientes nos escusábamos de aceptar lo que los indios pedían, los indios de Gilolo bien quisieran dar contra los portugueses, empero como vieron que no era nuestra voluntad dijeron que no harían nada sino juntamente con nosotros, aunque los indios de Terrenate vinieron tres ó cuatro veces á acometernos estos partidos siempre nos escusábamos con decirles que nosotros é los indios de Gilolo habíamos sentado paces con los portugueses é con ellos é hasta que nos hiciesen por qué los portugueses que no habíamos de levantar guerra contra ellos ni menos habíamos de ayudar contra los de Terrenate sino que queríamos estar en paz en nuestras casas.

A diez de Julio de 1531 años allegó al dicho Andrés de Urdaneta en Gilolo de vuelta de la isla de Gapi é antes que llegasemos en Gilolo con más de ocho días supimos como los indios de Terrenate habían muerto al capitán de los portugueses, todo lo cual supieron los indios por arte diabólica.

A los 20 del dicho mes vino á Gilolo una galera de los portugueses, en la cual venía por capitán Pereira el cual venía por mandado de Vicente de Fonseca capitán que nuevamente habían hecho los portugueses por falta del dicho Gonzalo Pereira, el cual dicho capitán de la galera traía carta del dicho capitán Vicente de Fonseca para el capitán Fernando de la Tore é para el Rey de Gilolo, haciendo saber la muerte del dicho Gonzalo Pereira é de como tenía presos al Rey de Terrenate é á dos hermanos suyos é al gobernador del dicho Rey de Terrenate por lo cual estaban de guerra ellos y los de Terrenate los unos contra los otros le amenazaban con nosotros diciendo que si no les volvía su Rey que con nuestro favor y con el de todo Maluco los habían de destruir, por tanto le pedían por

merced le inviase á decir nuestra intención si era que queríamos guardar los conciertos é paces que de primero teníamos asentado con ellos ó si queríamos hacer alguna novedad é que mirásemos todas cosas como todos eramos cristianos é si por caso quisiese ayudar á los indios se lo avisásemos porque supiesen de quien se había de guardar, y si tuvieramos por bien de estar por los conciertos primeros nos pedían por merced le mandase cargar de bastimentos aquella galera por sus dineros; el capitán Fernando de la Torre é todos los nuestros tuvimos por bien de favorecer con los dichos bastimentos á los dichos portugueses é guardar las paces que estaban hechas entre nosotros y ellos, rogamos al gobernador de Gilolo que tuviese por bien hacer esto, el cual dicho Guichil Humigobernador de Gilolo hizo juntar todos los principales de Gilolo é les dijo lo que el capitán quería que se hiciese é todos fueron de voto que no se hiciese más que lo que nosotros queríamos, pues era en provecho de ellos, que si á los portugueses vendiesen bastimentos que también venderían á los de Terrenate é que así cumplirán con ambas partes, así se cargó la dicha galera de bastimentos é se tornó para la dicha fortaleza, lo cual si no se hiciera corrían mucho peligro los portugueses por causa que no tenían bastimentos para quince días é el capitán Fernando de la Fonseca é todos los portugueses nos tuvieron en mucho este favor por lo cual se ofrecieron que harían por nosotros todo lo que ellos pudiesen en lo que se ofreciese.

Como los indios de Terrenate supieron como habíamos bastecido á los portugueses pesóles mucho y envió á decir la Reina de Terrenate al capitán Fernando de la Torre é al Rey de Gilolo que les pedía por merced que rogasen á los portugueses le quisiese volver sus hijos para que anduviesen en su libertad é como esto hiciesen que volveria ciertos portugueses que tenía presos é más serían amigos de ellos como de primero solían ser é que la merced que en esto le hiciese tendrían los Reyes é señores de Tidore que servir toda su vida é les echaríamos en obligación para si algún tiempo armada de S. Majestad fuese aquellas partes para que con mucha voluntad le sirviesen y favoreciesen en todo lo que le mandasen; viendo nosotros que en hacer en esto lo que pudiesemos por vía de ruego no se aventura á perder nada é ganabase mucho por ganar las voluntades de los unos é de los otros porque también tenían los portugueses mucha voluntad de tener paz con los dichos indios y

quisiera cobrar ciertos caballeros portugueses que los indios tenían en prisión porque allende de nueve ó diez portugueses que mataron tenían vivos algunos de ellos, é acordamos de entender entre ellos para hacerlos amigos á Guichil Humi é á los principales de Gilolo que también fuesen de este mismo parecer é así acordaron de escrivir sobre ello al capitán Vicente de Fonseca, é habida su respuesta acordaron el dicho Fernando de la Torre y el dicho Guichil Humi de ir á la isla de Terrenate para ver si los podían concertar é idos hallaron con toda la armada de Gilolo, estuvieron en Terrenate obra de ocho días al cabo de los cuales se volvieron no pudiendo concertallos; anduvo la cosa de tal manera que fué necesario que tornasen el dicho Fernando de la Torre y los de Gilolo otra vez alla é volvieron los dichos portugueses al Rey de Terrenate y á sus hermanos é por el consiguiente los indios á los portugueses que tenían en su poder é los hicieron amigos á los dichos portugueses y indios de Terrenate aunque duró muy poco la amistad, porque antes de tres meses se alzaron otra vez los dichos indios de Terrenate é todos los de Maluco excepto los de Gilolo contra los dichos portugueses.

Como los portugueses vieron con cuan buena voluntad habíamos trabajado en los negocios de ellos ofreciéronsenos á que harían cualquier cosa que les quisiesemos mandar como no fuese contra el servicio de su Rey, é como nosotros nos veíamos pocos y había tanto tiempo que S. Majestad no se acordaba de nosotros ni enviaba armada aquellas partes acordamos de enviar una embajada al gobernador de la India que al presente era Nuño de Anaya diciendo que como había tanto tiempo que habíamos venido á aquellas partes de Maluco por mandado de S. Majestad en una armada suya al trato de la especería y que hallando portugueses en las islas de la especería había habido entre ellos y nosotros muchas diferencias sobre las dichas islas é después venimos de concierto los unos á los otros y estábamos en paz é que en todo este tiempo no nos había venido socorro de S. Majestad antes teníamos noticias que S. Majestad había empeñado las dichas islas de Maluco al Rey de Portugal por lo cual teníamos pensado de nos ir de las dichas islas para España; por tanto le pedíamos por merced que si algún recaudo de S. Majestad tenia para nosotros nos hiciese merced de nos le mandar enviar para que conforme á lo que S. Majestad nos mandase hiciésemos lo

que fuese su servicio, y si por caso no tenía tal recaudo nos hiciese merced de dar pasage para España á Pedro de Montemayor que iba con la dicha embajada é si de esto no fuese servido nos enviase un navío en que fuésemos para la india é de allí se nos ofreçiese é obligase el dicho Gobernador Nuño de Arraya de nos dar pasage para España é más nos enviase con el dicho Pedro de Montemayor dos mil ducados para pagar ciertas deudas que teníamos porque estábamos muy alcanzados é así mismo mandase á todos los Gobernadores é capitanes de todas las fortalezas del Rey de Portugal por donde nosotros habíamos de pasar que en ninguna cosa pudiesen conocer en ninguna causa de nosotros mas de solamente el dicho nuestro capitán Fernando de la Torre é de esto nos inviase una cédula firmada de su nombre, é acordado de hacer esto hicimos saber al capitan Vicente de Fonseca pidiéndole por merced diese embarcación é pasage para la india á Pedro de Montemayor para negociar con el dicho Nuño de Araya, y á todo lo susodicho el cual Vicente de Fonseca respondió que le placía mucho é que se aparejase quien habia de ir porque dende á un mes se hacían á la vela ciertos navíos que iban para india.

Mediado el mes de Enero de 1532 años se partió el dicho Pedro de Montemayor para la India de Portugal en compañía de los dichos portugueses, é nosotros quedamos en la ciudad de Gilolo lacereando con mucha malaventura porque allende de otras malas venturas que teníamos, los indios de Gilolo, como no tenían guerra no nos trataban tan bién como solían; el mejor remedio que teníamos era andar á montería de puercos que habían muchos por estas partes, con la cual montería nos manteníamos é nos remediábamos é por todos los montes por ásperos que fuesen andábamos descalzos, é todos los trabajos, pobrezas é malas venturas é peligros que pasábamos, teníamos por bien empleados por hacer nuestros hechos como nos cumplía que convenía al servicio de S. Majestad y á nuestras honras.

Después de partido el dicho Pedro de Montemayor para la India hicieron una armada los indios de Gilolo para ir á las indias de Ambon que estaban obra de sesenta leguas de Maluco al Sudoeste cuarta del Sur: fueron en la dicha armada siete ú ocho castellanos é otros tantos portugueses é tomaron é quemaron ciertos pueblos en las dichas islas de Ambon.

Después de vuelta esta dicha armada tornamos á ir con otra é rodeamos toda la isla de Gilolo é tomamos é quemamos muchos pueblos de indios aunque no sacamos mucha ganancia más de volvernos heridos los más de los cristianos que fuimos en esta armada.

Después de todo esto fuí yo *el dicho Andrés de Urdaneta* en compañía de los indios de Gilolo á la isla de Tabuco á comprar hierros á trueque de cuentas de vidrio; en esta isla de Tabuco nace el hierro, es isla muy grande mucha parte de ella señorea el Rey de Gambajó de Gapi, está de las indias de Maluco al Sudoeste cuarta del Oeste: desta dicha isla de Tabuco se proveen de hierro todos los de Randan é Ambon é Maluco é Papuas é los Macacer é Burnio é Cele donde entran tantas islas que no hay número; no pude ver como hacían el hierro porque no osé entrar dentro de la tierra; es muy grande el trato que tienen en estas islas por respeto del hierro, los pueblos más principales que hay en estas islas de la banda del Oeste son Buto, el Hubale; el hierro es en esta isla muy barato; é todo se vende labrado; después de cargado el parao en que ibamos de hierro, fuimos á las islas de Ambon é allá vendimos la mayor parte de ello é de allí volvimos á Maluco.

Lunes á cuatro días del mes de Noviembre de 1533 vinieron dos navíos de portugueses en los cuales venía Tristán de Taide por Capitán de la dicha fortaleza é con él venía Pedro de Montemayor, el cual nos traía todo el recaudo que habíamos enviado á pedir al Gobernador Nuño de Anaya, é dende á dos días envió el dicho Tristán de Ataide al dicho Pedro de Montemayor á Gilolo é otros ciertos portugueses con cartas é presentes para el Rey agradeciéndole el favor que había dado á los portugueses juntamente con nosotros, é Pedro de Montemayor nos contó en como el Gobernador Nuño de Anaya le recibió muy bien é le hizo toda honra é cortesía que era razón é nos inviaba todo lo que habíamos inviado á pedir excepto que no tenía ningún recaudo de Su Majestad sobre lo que inviábamos á decir; luego pusimos en plática como pasaríamos á los portugueses é no se pudo hacer tan secretamente que no supieran los indios de Gilolo como queríamos ir con los portugueses, é dijéronnoslo diciendo que para qué queríamos ir con los portugueses que nos habían de matar cuando menos nos catásemos, nosotros les negamos todo, empero no aprovechaba nada porque sabían la verdad é les pesaba en el alma, é porque no tuviésemos lugar de pasar á

los portugueses levantaron guerra luego contra ellos é pidiéronnos que si nosotros no queríamos pelear contra los portugueses les diésemos toda la artillería que teníamos é nuestras escopetas, que con ello ellos bastarían contra los portugueses é todos los de Maluco; viendo nosotros que el pleito iba tan mal parado que no aprovechaban con ellos escusas ningunas, acordamos de darle á entender que nosotros queríamos pelear contra los portugueses juntamente con ellos é que luego porníamos la artillería que teníamos donde nos pareciese que más convenía, lo cual haciendo así algo satisfacimos á los indios, aunque todavía hubo algunos de ellos que eran de voto que nos matasen por tomarnos las escopetas, y otros algunos decían que no era justo que nos matasen, pues queríamos pelear é no les habíamos merecido porque nos debían de matar, é así estaban nuestras vidas en juicio de estos indios.

Como Tristán de Taide, Capitán de los portugueses, supo que los indios de Gilolo se alzaban envióles á requerir con la paz; empero no aprovechó con ellos, é como los portugueses vieron la cosa rota, hubo algunos de ellos que les hicieron encreyente á Tristán de Taide que los castellanos habíamos hecho con los indios que se alzasen porque no teníamos voluntad de pasarnos á ellos, lo cual creyendo el dicho Capitán nos invió á amenazar diciendo que juraba á Dios de antes de dos días tomarnos á todos é no dejar á ninguno á vida de nosotros nosotros le escribimos nuestra voluntad é que muy seguro podía venir con su armada en lo que tocaba á nosotros porque nosotros teníamos más voluntad que ninguno de pasarnos á ellos é que le pedíamos por merced no diese crédito á algunos portugueses que nos querían mal.

Miércoles á diez del dicho mes de Diciembre de 1533 vinieron los portugueses con grande armada suya é de todos los de Maluco sobre Gilolo é andando el dicho Capitán Tristán de Taide en un caluluz que es parao muy ligero mirando al luengo de la costa por donde podrían desembarcar más á su salvo, vídole un compañero nuestro que se llamaba Gonzalo de Bigo é púsose dentro en el agua detras de un mangle á esperar al dicho calaluz por donde había de pasar é al tiempo que el dicho Tristán de Taide pasaba tiróles con una escopeta sin pelota, é dijo como los dichos portugueses le oyesen por alto como el Capitán Tristán de Taide oyó al Gonzalo de Bigo que dijo por alto, luego creyó que nosotros no teníamos volun-

tad de pelear contra ellos, é luego mandó decir á toda su gente que ninguno fuese osado de enojar en ninguna cosa á ningún castellano de los que estábamos en Gilolo, antes mirasen mucho que los indios no nos matasen, é así el otro día segundo hizo muestra con ciertas fustas é bateles que querían desembarcar por lo más fuerte del lugar donde teníamos la artillería y desembarcaron por otra parte obra de un cuarto de legua de la ciudad de Gilolo é vinieron por los montes hasta que toparon con los indios de Gilolo, é como los indios vieron que los castellanos no peleaban como solían acordaron de huir é huyeron, é los portugueses marcharon é tomaron la ciudad é otros dos ó tres pueblos, é así nos acogieron á nosotros, por lo cual dimos muchas gracias á nuestro Señor Dios, pues nos libró del poder de aquellos indios é de la ira de los portugueses: los castellanos que nos hallamos en Gilolo este día éramos diez y siete hombres, que todos los otros eran ya muertos, é fué herido el factor Diego de Salinas de un escopetazo desmandado, el cual murió.

Idos á la fortaleza dió Pedro de Montemayor los dos mil ducados que el Gobernador nos enviaba, los mil quinientos de los cuales se repartieron por nosotros é los quinientos quedaron al Capitán Fernando de la Torre; toda la artillería que teníamos en Gilolo cobró el dicho Tristán de Taide é la trajo á su fortaleza; luego vinieron todos los indios de Gilolo de paz á los portugueses é se dieron por vasallos del Rey de Portugal.

Lunes á seis (1) de Febrero de 1534 partió el Capitán Fernando de la Torre de la isla de Terrenate para la India, con él fueron diez compañeros é los otros se quedaron en Maluco, é así mesmo me quedé yo en Terrenate con licencia del dicho Fernando de la Torre pensando de poder ir por el mes de Marzo en otro navío: los otros que quedaron en Maluco son: Gonzalo del Bigo é Macías del Poyo é Adán Brusa é Monterroso Levantiscos; los que fueron en compañía son los siguientes: el mismo Fernando de la Torre, Alonso de Ríos, Pedro de Montemayor, Diego de Ayala, Martín de Islares, Pedro de Ramos, Juan de Perea Menchacemelin y Lucas de Arvenga.

Las islas de Maluco que dan clavo son cinco islas allende de otras islas que hay entre ellas, las cuales son: la isla de Terrenate, que es isla muy alta é tiene de redondez obra de ocho leguas, está

(1) Fernando de la Torre dice que á dieciseis. (Nota del P. Uncilla).

en un grado al cabo de la línea de la parte del Norte; en esta isla tienen los portugueses su fortaleza; cógese en esta isla los años que cogen buena cosecha cuatro mil quintales de clabo, cada año dan los claberos clabo poco ó mucho unos años más que otros; todos los árboles de los claberos son árboles muy grandes é muy copados é tienen la hoja pequeña é quiere parecer á la hoja de laurel é críanse estos árboles en las sierras altas.

La isla de Tidore es isla muy alta é de la misma grandeza que la de Terrenate; cógese en ella cada año tres mil y quinientos quintales de clabo, está en altura de dos tercias de grado; hay de Terrenate á ella obra de una legua; en esta isla teníamos nosotros nuestra fortaleza; entre esta isla de Tidore é la de Terrenate está un isleo que se llama Maytara.

La tercera isla es Motiel; la cual no es tan alta como ninguna de estas islas ni con mucho; terna de redondez cinco ó seies leguas; cógese cada año en ella mil quinientos quintales de clabo; es sujeta á la isla de Terrenate; entre la isla de Tidore y esta de Motiel está una isla pequeña que se llama Mare; hay de Tidore á Motiel cinco leguas: la cuarta isla es la de Maquian, la cual es más alta y mayor que la de Motiel tiene de circuito siete leguas, cógese de cada año en ella tres mil é quinientos quintales de clabo y es el mejor clabo que hay en todas las islas de Maluco; hay de Motiel á esta isla de Maquian tres leguas, va la línea equinoccial por cima de esta isla.

Bachan es la quinta isla é la mayor de todas é no es tan alta como ninguna de las otras islas, cógese en ella cada año dos mil quinientos quintales de clabo y es el más ruin clabo de todas las islas: entre isla de Bachan y la de Maquian hay otras muchas islas, é córrense estas islas del clabo Norte sur las unas con las otras: todos los indios destas dichas islas y de otras algunas que están alrededor de estas son de la secta de Mahoma, es gente de mucha razón si la quisiesen usar, tienen muchos bastimentos de arroz é pan de las palmas que es muy bueno y sano y batatas y otras muchas frutas é cabras é gallinas como las de España y pescan mucho pescado; también hay puercos en los pueblos que son gentiles en la misma manera; no se coge oro en estas islas de Maluco, empero no dejan de tenerlo en cantidad que les viene de las islas de los Celebes que vienen á contratar cada año á estas islas de Maluco.

Junto con estas islas está la isla de Gilolo, que por otro nombre

llaman Aliora, es isla grande, está al cabo que es más allegado al Norte, córrese este dicho cabo Lestoeste cuarta del Norueste en seis leguas, e desde ahí se corre por la parte del Leste Norte Sur en 22 leguas, e de ahí vuelve la costa hacia el Leste cuarta de Nordeste en obra de treinta y tres leguas; toda la tierra que está en este comedio dende el cabo del Norte se llama Moro, y así hay muchos pueblos donde hay muchos bastimentos de donde se proveen todas las islas de Maluco: obra de seis leguas del pueblo está Sugala, que es sujeta á Terrenate, donde se coge mucha cantidad de arroz: hay en él quinientos hombres de pelea: dende á tres leguas está Roqui, donde hay más arroz y otros bastimentos, y hay en él doscientos hombres de pelea: dende á dos leguas está Mamuya, donde hay quinientos hombres de pelea: dende á tres leguas está Chiaba, donde hay seiscientos hombres de pelea: en todos estos pueblos se coge infinito arroz, y hay mucho pan de palmas, que se llama sagú, y muchas gallinas y cabras y puercos: todos estos lugares son sujetos á Terrenate: dende á dos leguas está Zamafo, donde hay dos mil hombres de pelea, y hay otros pueblos adelante que son sujetos á Tidore, y cógese mucho bastimento: en el cabo que sale al Este cuarta del Nordeste hay otros tres ó cuatro pueblos en que hay muchos bastimentos: corre este cabo en 25 leguas al Sur hasta otro cabo que se dice Seña: hácese entrestos cabos una ensenada que hace más de 15 leguas: en este cabo hay unos pueblos que no son sujetos á nadie, y en esta ensenada hay cinco ó seis isletas: á la puerta de Camafo hay una isleta á media legua de tierra, y de este cabo vuelve la costa al Oesnorueste hasta treinta leguas, y dende allí vuelve al círculo la costa al Sur cuarta del Sueste 35 leguas: en esta ensenada están ciertos lugares que no son sujetos á nadie, y encima hay muchos ríos donde hay muchos pueblos: en este cabo del sueste y beda están dos isletas: en el mismo cabo hay otra isleta pequeña, obra de una legua de tierra del Sueste: dende este cabo vuelve la costa al Oeste cuarta del Norueste haciendo algunas ensenadas para el Norte, y en esta derrota al Sur cuatro leguas hay dos isletas que se llaman Dacea, y asimismo en la misma derrota está la isla de Labacha y la de Bachan: al Sueste están otras dos islas, y del cabo del Sueste á la isla de Gilolo se corre al Oeste cuarta del Norueste 25 leguas hasta la vista de las islas de Maluco, y dende allí vuelve al Norueste hasta

la punta del cabo de Gilolo: en esta derrota está la isla de Maluco: toda esta isla de Gilolo es muy poblada, y del cabo de Gilolo está un pueblo que se llama Ganonaconora, se corre la costa al Norte cuarta del Nordeste diez leguas, y desde aquí hasta el cabo del Norte se corre la costa hasta en 28 leguas: en este dicho cabo hay unas islas que se llaman las islas de Day.

Al fin de Febrero de 1535 partí de las islas de Maluco para la la India de Portugal en un navío que llaman junco, los cuales dichos navíos ó juncos son grandes y bien hechos y gobiernan con tres lemes: íbamos de compañía yo y Macías del Poyo, piloto: los portugueses llevaban preso al Rey de Terrenate y á su madre y á otros dos caballeros principales á la India al Gobernador Nuño de Anaya por cierta traición que habían acometido contra los portugueses, y por el mes de Marzo llegamos en Banda, donde estuvimos hasta el mes de Junio del dicho año: las islas de Banda son siete, en las cuales nace la nuez moscada: cógese cada año doce ó trece mil quintales de ella; los árboles que llevan la dicha nuez son árboles bajos, nacen por silas hasta un tiro de piedra de la mar: también nace la macta juntamente con la nuez en esta manera que la nuez está metida en un capullo de macta y lo de dentro el grano es la nuez y sobre el capullo cría otra corteza propia como la de las nueces, sino que es más gruesa la hoja del árbol, quiere parecer mucho á la del laurel: parecen los árboles cuando están cargados nogales nuevos, y cárganse en tanta manera que parece que quieren romperse las ramas: la gente de estas islas de Banda no son de tan buena disposición como la de Maluco: también están estas islas en la demarcación de su majestad: hay de estas islas á Maluco obra de.....



Apéndice núm. 2

Profesión religiosa de Fray Andrés de Urdaneta

"Yo Fray Andrés de Urdaneta, hijo legítimo de Johan Ochoa de Urdaneta e de doña Gracia de Çerain, defuntos, que Dios los tenga en su gloria, vezinos que fueron de Villafranca de la provincia de Guipúzcoa, ques en los Reynos de España, hago profesión y prometo obediencia á Dios Todopoderoso y á la gloriosa Virgen Santa María su Madre y al glorioso nuestro padre Santo Augustín y á bos el venerable padre fray Augustin de Coruña, prior en este monesterio del nombre de Jesús de la orden de nuestro glorioso padre Santo Augustin desta gran ciudad de Mexico en nombre y en vez del muy benerable padre prior general de los ermitaños de la orden de nuestro glorioso padre Santo Augustin y de sus sucesores y de vibir sin propio y en castidad segund la Regla de nuestro glorioso padre Santo Augustin Asta la muerte, fecho en Mexico oy lunes á veynte dias del março de mill e quinientos e cincuenta e tres Años.=Fr. Augustin de Coruña, prior.=Fray Diego de Vertavillo=Fray Andres de Urdaneta."

(Esta partida fué copiada fielmente, hace muchos años, de la original que está á f.ª 30 vuelta del libro 1.º de profesiones de los religiosos de la Provincia del Smo. Nombre de Jesús de México, y cotejada segunda vez hoy dia 22 de Agosto de 1891.—José M. de Agreda y Sanchez.)

Apéndice núm. 3

Carta del P. A. de Coruña á Felipe II

„S. C. R. Mag.d—El mandato que V. Mag.d nos hizo merced de mandar açerca de la ida de fray Andrés de Urdaneta de nuestra orden á las yslas de poniente, se me dió á onze de maio deste año de sesenta y á la hora se obedesçió como mandato de nuestro Rey y Señor hecho á sus siervos y vasallos, por lo cual en nombre de toda esta orden beso los rreales piés y manos de V. Mag.d y así irán en los navíos que despacha vuestro Visorrey, fray Andrés de Urdaneta con otros tres Religiosos que se elegirán entre todos nosotros, que sean tales para más cómodamente servir á Dios y á V. Mag.d en esta jornada; y los demás quedamos prestos para obecer en lo que V. Mag.d fuese servido de mandarnos como á vasallos humildes; no van de presente más de cuatro, porque así ha parecido á vuestro Visorrey, hasta que se tenga clara noticia del viaje y vuelta para esta tierra, la cual tenemos por cierta mediante el divino favor y la práctica y avilidad de fray Andres de Urdaneta y la experiencia grande que de todas aquellas yslas y demarcaciones tiene, con la demás práctica que los Religiosos de nuestra orden (que envió don Antonio de Mendoça) truxeron. En lo cual tenemos por çierto nuestro Dios será muy servido y V. Mag.d cuya vida el mesmo Dios nuestro Señor conserve con augmento de mayores Reynos y Señoríos como por los humildes y verdaderos vasallos de V. Mag.d es deseado.—México y de Mayo veinte y dos de mill quinientos y sesenta años.—Sacra Çatholica, Real Mag.d—Besa los Reales piés y manos de V. Mag.d vuestro humilde siervo y vasallo —Fray Agustin de Coruña, Prior."

(De la *Bibliografía española de las Islas Filipinas* (1523-1810) por J. T. Medina.—Santiago de Chile.—Imprenta Cervantes. MDCCCXCVIII).

INDICE

